

SYSTEM FAILURE

*GREG BEAR*  
**ALT 47**

Lectulandia

Tras el milenio binario de 2048, en la sexta década del siglo XXI, el mundo ha quedado radicalmente transformado por dos hechos de gran importancia. En primer lugar el perfeccionamiento de la nanotecnología, que da a los humanos la posibilidad de cambiar su entorno y a sí mismos incluso en el nivel celular. Por otra parte, el estudio de la mente, que ha supuesto una nueva revolución tanto en psicoterapia humana como en inteligencia artificial.

Se trata de un mundo sano... o al menos así lo parece hasta que la gran mayoría de «terapiados» revierten involuntariamente a sus viejos problemas mentales, unos terroristas plantean destruir y/o robar el depósito criogénico del Omphalos, las inteligencias artificiales se enfrentan entre sí, y los más selectos de los «Aristos» crean sectas iniciáticas para continuar controlando el mundo. Algo misterioso, terrible y tal vez inevitable ocurre en ese sorprendente «mundo feliz».

Lectulandia

Greg Bear

**Alt 47**

**Reina de los ángeles - 4**

ePub r1.2

Red\_S 23.09.13

Título original: *Alt 47*  
Greg Bear, 1997.  
Traducción: Carlos Gardini.

Editor digital: Red\_S  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Hace ya años, un gran genio de la literatura, Julio Cortázar, cometió el grave error de etiquetar como «lector macho» y «lector hembra» a dos grandes arquetipos de lectores, esforzado uno y más bien acomodaticio el otro. Es cierto que las denominaciones del irrepentible inventor de cronopios, famas y esperanzas eran erróneas y, obviamente, machistas. Pero las categorías de Cortázar valen y describen dos actitudes esenciales ante la lectura, que a mí me gustaría etiquetar, tal vez menos agresivamente, como «lector adulto» y «lector adolescente».

En muchos casos, autores y editores van en busca de libros aptos para el lector «adolescente», ese que exige poco más que una buena historia y buenos personajes con los que seguirla. Hay que reconocer que no es poco, y los buenos libros para ese tipo de lector obtienen, en justa recompensa, grandes éxitos de público y la satisfacción de todos. No me estoy refiriendo simplemente al bestseller al uso, sino a esas novelas que, por su calidad narrativa, el interés de su historia, el atractivo de su trama, y la empatía de sus personajes centrales, te agarran desde la primera página y hacen que no desees soltarlas hasta el final. Soy un interesado lector de esos libros (no soy nada masoquista...) y diversas novelas publicadas en NOVA se ajustan perfectamente a ese esquema. Sin ir más lejos, tenemos el mayor ejemplo de ello en nuestro gran éxito de ventas, *EL JUEGO DE ENDER*, de Orson Scott Card, o en su justa sucesora *LA SOMBRA DE ENDER*, que ocupa en la colección NOVA precisamente el número anterior al de la novela que hoy comentamos.

Pero hay otras obras, y abundan en la buena ciencia ficción, que exigen del lector un plus de esfuerzo, recompensado, eso sí, con algo más que tan sólo un buen rato de distracción. Se trata de esos libros que corresponderían a un lector «adulto» que, aunque capaz como yo de disfrutar también de los buenos libros para el lector «adolescente», encuentran en obras como la que hoy presentamos una razón para, a pesar de Josep Pía, seguir leyendo novelas pasados los cuarenta años. No es sólo diversión y entretenimiento lo que ofrecen estos libros para el lector «adulto», sino capacidad de reflexión y honesta satisfacción intelectual. En nuestro caso, responden con holgura a esa definición que diera Isaac Asimov de la buena ciencia ficción: «La rama de la literatura que estudia la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología».

No voy a decir que sólo se encuentren libros para el lector «adulto» en la ciencia ficción, pero sí diré que la buena ciencia ficción es uno de sus mejores caldos de cultivo (¡por eso la leo!). Y por las últimas obras que he leído de él, me parece que Greg Bear va creciendo, día a día, como un gran autor capaz de escribir esos libros típicos de un lector «adulto», sin que falte en ellos el ritmo y muchas de las características propias de esa buena y sana diversión que ofrecen las novelas que

antes he etiquetado como propias del lector «adolescente».

En la ciencia ficción moderna, el lector «adolescente» suele conformarse, por ejemplo, con esas aventuras más bien sencillas, un poco modernizadas en su ambiente tecnológico, que componen la corriente que ha dado en llamarse ciberpunk. En demasiados casos, la especulación resulta chata y corta de miras y se suele imaginar un futuro cercano caracterizado casi exclusivamente por la omnipresencia de la informática (que ya es omnipresente en nuestros días...), y con estructuras sociales que difieren muy poco, o nada, de las actuales. Sólo autores de gran fuerza literaria como el Gibson de *NEUROMANTE* (1984) o el Sterling de *ISLAS EN LA RED* (1988) son capaces de hacer interesante esta especulación timorata. El resto es material que sólo satisface a un lector «adolescente» poco preocupado por el molesto y aburrido aire repetitivo que ofrecen la mayoría de títulos ciberpunk.

Por suerte, otros autores de la moderna ciencia ficción han abordado con mayor realismo y profundidad la especulación inteligente sobre lo que puede depararnos el futuro cercano. La tecnología es, ¿qué duda cabe?, un elemento importante en una sociedad, pero son sus usos, leyes y costumbres los que reflejan su realidad y la hacen creíble. Así lo han entendido algunos de los mejores autores que se esfuerzan por continuar, sin miedo y con brillante atrevimiento, la vertiente especulativa de la mejor ciencia ficción. Greg Bear es uno de ellos.

Hay obras, como la que hoy presentamos, que abordan ese futuro en una sociedad compleja y rica que debe gran parte de su idiosincrasia a la tecnología y ala herencia de nuestro presente, pero sin olvidar la especulación reflexiva e inteligente en torno a los cambios que pueda depararnos el más inmediato futuro.

Un buen ejemplo de ello es *REINA DE LOS ÁNGELES* (1990, NOVA ciencia ficción, número 54), con la que Greg Bear lograba finalmente la gran novela que toda su carrera anterior hacía presagiar. En esa obra, Bear construía con habilidad un «futuro cercano» en torno a la disyuntiva entre crimen y castigo como eje central de una obra que incluye nueva tecnología pero también especulaciones sociales y psicológicas de gran interés.

*REINA DE LOS ÁNGELES* resultó ser una exploración inteligente y amena de ese futuro cercano centrado en el milenio binario que se cumple en 2048. Una obra para lectores «adultos», una novela en la cual los materiales de la ciencia ficción hard (nanotecnología, especulaciones sobre la inteligencia artificial, etc.) se ponían al servicio de un relato apasionado sobre la autoconsciencia, la creatividad, la culpa y la redención.

Además de una trama atractiva e interesante, *REINA DE LOS ÁNGELES* proponía un entorno nuevo y sorprendente. Con justo criterio, Bear hacía evolucionar incluso el lenguaje como hiciera, por ejemplo, Anthony Burgess en *LA NARANJA MECÁNICA* (1962). Y, como sea que la novela que hoy presentamos (¿observan el recelo que tengo a

*citar su título?... de eso les hablo más adelante) se entiende como una posible continuación de REINA DE LOS ÁNGELES, no estará de más incluir aquí el texto que Carlos Gardini, autor de una excelente traducción, elaboró entonces para advertencia del corrector de estilo. Creo que sigue siendo de gran utilidad para el lector, en sustitución de un posible glosario inexistente en la versión original tanto de REINA DE LOS ÁNGELES como de / [Alt 47], También servirá para introducir al lector en el ambiente de ese nuevo mundo a mediados del siglo XXI tan parecido y a la vez tan distinto de nuestro mundo de hoy. Decía Gardini:*

He aquí algunas aclaraciones sobre la jerga utilizada en REINA DE LOS ÁNGELES de Greg Bear, para facilitar la revisión: Los Ángeles está dividida en zonas altas (*crestas*) y zonas bajas (*sombras*), con distritos llamados *muestras*. Hay *esclavovías* por donde circulan vehículos *cautivos* y caminos *no esclavizados*. Las *expresovías* trasladan ascensores de alta velocidad.

La sociedad está compuesta por *terapiados* (*terapiar* se usa como verbo) y *aterapiados*. Los terapiados con mayor equilibrio mental obtienen los mejores puestos laborales. Los *naturales* (como Mary Choy) dominan su equilibrio mental sin necesidad de terapia alguna. *Gililóbulo* es un término despectivo para los aterapiados.

La policía se denomina *defensa pública*, o *dp*, y se encarga de *jaulear* (arrestar) a los criminales para terapiarlos. Una vez terapiados quedan libres. Los selectores constituyen un movimiento ilegal que favorece el castigo de los criminales: los secuestran y los engrapan (la grapa forma parte de un aparato de tortura psicológica denominado *infernador*).

Predomina el uso de *nanotecnologías* para construcción, medicina, etc. Hay robots llamados *arbiters* («obrero» en alemán) y aparatos de control llamados *managers*. Es común el uso de una especie de miniordenador personal llamado *pizarra*. Un *pensante* es un dispositivo de inteligencia artificial. Se usa *biquímica* (¡no bioquímica!) para designar a un transformista (persona que ha sometido su cuerpo a un proceso de transformación) que posee una química doble (apta para funcionar en dos entornos).

La gente viste *dermiformes* (uniformes ceñidos), *trajemedios* y *trajelargos*.

*Visionar* («imaginar», «concebir») forma parte de la jerga cotidiana; *hartísimo* («muy», «demasiado») forma parte de la jerga de las «sombras» o partes bajas de la ciudad; *vaivenear* es practicar un ejercicio de danza para concentración mental. Las calificaciones *oro* y *platino* designan cosas lujosas o de buena calidad («vivir en un apartamento platino»). Un *fono* es un videófono y *vid* es el vídeo en general. *Faustear* (con mayúscula, usado por el doctor Burke, uno de los personajes) deriva de Fausto y es de significado evidente. El término *sherlockear* describe un proceso de deducciones basadas en conjeturas.

*LitVid* (combinación de «literatura» y «vídeo») es un equivalente de la TV por

cable.

*DP de LA* es Defensa Pública de Los Ángeles (ex departamento de policía). EUA son los Estados Unidos. Los *españolanos* son los habitantes de la república La Española (la isla descubierta por Colón, hoy Haití y República Dominicana).

*Sirva esta apretada y precisa síntesis de Carlos Gardini como primera aproximación al ambiente novedoso en que se desarrollan REINA DE LOS ÁNGELES y / [Alt 47]. Como decía al finalizar la presentación de REINA DE LOS ÁNGELES, libros como éstos son los que justifican el alto interés de la ciencia ficción como la mejor literatura para la especulación inteligente. Una buena temática para los mejores libros para el lector «adulto».*

*Y, ¡no queda más remedio! Debo, ¡por fin!, comentar el título y el contenido de esta novela.*

*En inglés la novela se ha titulado SLANT, que significa «inclinación» o «sesgo». Pero el lector observador se da cuenta de que SLANT sólo aparece en la portada, junto a la ilustración. En el interior del libro, se habla sólo de una barra inclinada (/), excepto en la cita inicial de Emily Dickinson: «Tell all the truth, but tell it slant». (Di toda la verdad, pero dila a tu modo). Pero la tipografía interior, su uso en los capítulos, la aclaración que hace el texto de la importancia de esa barra inclinada cuando se habla de M/F (es decir, de masculino/femenino), refuerzan la idea de que el título pensado por Bear era, sencillamente, ese símbolo tipográfico, la barra inclinada.*

*Nuestros lectores asiduos saben que me gusta respetar en lo posible los títulos originales y, aunque tal vez la opción que sugería Gardini (mantener el SLANT de la portada de la edición original) hubiera sido lo más correcto, déjenme ser más papista que el Papa y etiquetar nuestro libro con el símbolo de la barra inclinada, /. Aunque, para que todos podamos referirnos a la novela con un título, lo acompañemos de su denominación en código ASCII para PC: [Alt 47]. Tal y como explicaba Carlos Gardini en una posible nota a pie de página:*

La palabra *slant* significa inclinación, sesgo, parcialidad u opinión personal. En tipografía corresponde a la barra inclinada (/), y este signo se utiliza para expresar la alternativa entre dos opciones (y/o) o la aposición u oposición de dos conceptos (masculino/femenino).

*Gardini, traductor altamente competente y profesional, decía otras cosas. En otra posible nota a pie de página (que correspondería al inicio de capítulo 2/ de la primera parte), explicaba que:*



El pseudónimo «KISS OF X» significa «el beso de x». El título *Alive contains a lie* puede interpretarse como «la palabra *Alive* contiene las letras /, i, e»; o bien como «el estar vivo contiene una mentira», significando «vivir implica una mentira».

*Para terminar; sólo un par de comentarios más. Aunque / [Alt 47] se haya presentado como una continuación de REINA DE LOS ÁNGELES, eso no impide que pueda ser disfrutada sin haber leído antes REINA DE LOS ÁNGELES (aunque, si lo hace, usted se pierde otra de las buenas novelas que hemos publicado en NOVA..). El entorno socio tecnológico de los dos libros es el mismo y algunos personajes vuelven a escena, como la policía Mary Choy (ahora en Seattle, la ciudad donde vive el autor de la novela..) o el psiquiatra Martin Burke. Pero no hay continuidad en la trama. Son lecturas independientes. En realidad, se trata de novelas «autocontenidas» que, eso sí, tratan de la misma problemática social y tecnológica.*

*En REINA DE LOS ÁNGELES, Goldsmith, un famosísimo poeta, ha cometido un asesinato múltiple, una anomalía casi imposible en una sociedad escindida entre los partidarios de la terapia mental para eliminar el crimen y los ilegales selectores que mantienen la vigencia de un castigo tal vez peor que la muerte. La policía y los selectores buscan al asesino, pero también lo hacen los especialistas en explorar el País de la Mente, interesados en comprender el porqué del múltiple asesinato. Y, mientras tanto, la sonda espacial AXIS, un pensante cuyo objetivo es lograr la autoconsciencia, parece haber encontrado signos de vida inteligente en un planeta de Alfa del Centauro B. El «milenio binario» de 2048 se presenta en verdad apocalíptico.*

*En / [Alt 47], cronológicamente situada tres o cuatro años más adelante que REINA DE LOS ÁNGELES, se retorna a la misma sociedad, aparentemente sana pero, tal vez, intrínsecamente desquiciada. Tras el milenio binario de 2048, en la sexta década del siglo XXI, el mundo ha quedado radicalmente transformado por dos hechos de gran importancia. En primer lugar el perfeccionamiento de la nanotecnología, que da a los humanos la posibilidad de cambiar su entorno y a sí mismos incluso desde el nivel celular. Pero, también, el estudio de la mente, que ha supuesto una nueva revolución tanto en la psicoterapia humana como en la inteligencia artificial. Se trata de un mundo sano... o al menos así lo parece hasta que la gran mayoría de «terapiados» revierten involuntariamente a sus viejos problemas mentales, unos terroristas plantean destruir y /o robar el depósito criogénico del Omphalos, las inteligencias artificiales se enfrentan entre sí, y los más selectos de los «Aristos» crean sectas iniciáticas para continuar controlando el mundo. Algo misterioso, terrible y tal vez inevitable ocurre en ese sorprendente «mundo feliz».*

*Bear, autor galardonado con dos premios Hugo y cuatro premios Nébula, nos ofrece aquí una nueva exploración inteligente y trepidante del futuro cercano, una obra en la cual los materiales de la ciencia ficción hard (nanotecnología, inteligencia artificial, etc.) se unen brillantemente a la especulación en el ámbito social y psicológico (terapia mental, anomia social, etc.) y se ponen al servicio de un relato apasionado sobre un futuro más que posible.*

*Y, nada más. Les dejo con una muy buena novela de esas que estimulan la inteligencia y la percepción del lector «adulto» y de las que me enorgullezco poder ofrecer en NOVA. Sé que es posible que / [Alt 47] tenga menor éxito de ventas que, por ejemplo, LA SOMBRA DE ENDER, pero sigo pensando que es una de la mejores obras que hemos publicado en esta colección. Que ustedes la disfruten.*

MIQUEL BARCELÓ.

## *RESULTADO DE LA PRIMERA BÚSQUEDA*

ACCESO A LINEA MUNDIAL MULTIVÍA ABIERTO

Presupuesto: Selecto, Restringido.

FILTROS DE BÚSQUEDA.

¿PALABRA CLAVE?>

«Conocimiento, Sexo, Flujo de datos».

FILTRO TÓPICO:>Comunidad.

Di toda la verdad, pero dila a tu modo.

EMILY DICKINSON.

## *RÍOS.*

Hoy el flujo de datos es dinero/sangre, la sustancia viva de nuestros ríos/arterias humanos. Podemos recorrer el gran curso en un vapor, o ir sin prisas en balsa por esos ríos del mundo, o alcanzar en canoa ramificaciones y zonas apartadas con libertad casi absoluta. Pocos son los lugares a los que no podemos ir: Arabia Saudí, el Enclave Norte de China, algunas ciudades de Green Idaho. Y a nadie le interesa hacerlo. En esos lugares no pasa nada interesante.

**Manual Digital del Gobierno de Estados Unidos sobre la economía de flujo de datos, 56- revisión, 2052.**

## *1/ CADÁVERES EDUCADOS*

Omphalos domina Moscow, Green Idaho. Tiene el fulgor áureo y plateado de un reloj fino a la espera de un ladrón. Un tetraedro de cien metros de altura, con dos caras verticales y base triangular: es la estructura más grande de la ciudad; más ostentosa que su vecino templo mormón, aunque no de un blanco tan doloroso. La arista frontal apunta hacia el corazón de Moscow, como la cuña de un leñador. Las caras verticales, lisas y sin ventanas, descienden hasta hundirse veinte metros bajo el suelo. La única cara en pendiente tiene suaves ondulaciones, como una marfileña tabla de lavar donde se frotara el cielo plomizo.

Omphalos es un edificio de hombros anchos, arquitectura hercúlea y duradera, con la suspensión antichoque y el blindaje macizo antes reservados para instalaciones de defensa y silos de misiles.

Jack Giffey espera pacientemente la visita pública. Hoy hace frío en Moscow. Treinta personas aguardan con él en la sinuosa fila. Por su ropa informal gris, son jóvenes turistas que visitan Green Idaho; todos revelan su juvenil despreocupación por la reputación de los Rudos, los legendarios individualistas armados de ese estado, que no se consideran renegados sin ley sino islas humanas de ojos acerados en una

corriente de corrupción.

Pero la reputación del estado es exagerada. Los auténticos Rudos no lo constituyen un tres por ciento de la población. Y son menos de diez los turistas jóvenes que desaparecen al año en los viejos caminos de leñadores; sus pizarras electrónicas llaman melancólicamente y sus gorras tejidas quedan clavadas a postes en los lindes de bosques nacionales abandonados.

En opinión de Giffey, Green Idaho tiene tanta individualidad como un grano en un cadáver. Puede que el grano se considere de otra clase, pero sólo es otra clase de carne muerta.

Giff, así es como llaman a Giffey sus pocos amigos. A los cincuenta y un años tiene un aire de moderación y docilidad, una barba hirsuta y desmelenada y unos ojos grises cuya amabilidad llama la atención de los niños y de las treintañeras desalentadas que han pasado su selectiva juventud. No le agrada Green Idaho, como tampoco el resto del país o del mundo.

Anticuados calefactores externos montados sobre postes irradian un fulgor rojo carne que da un poco de calor a la gente de la fila. Giffey ha estado aquí trece veces; está seguro de que Omphalos lo conoce y lo ha calificado como digno de atención. Está bien. No le importa.

Giffey está entre los muy pocos que saben que Omphalos absorbe conocimiento del exterior a razón de cincuenta millones de dólares anuales. Oficialmente, Omphalos es una tumba elegante para ricos y privilegiados, así que sus muertos y cuasimuertos deben ser gente muy curiosa. Pero pocos hacen preguntas en serio sobre eso. Los constructores de Omphalos pagaron mucho para librarse de toda supervisión, una libertad que sólo se puede comprar en Green Idaho.

Los gobernantes de Green Idaho, fieles a su linaje, odian a los federales y a los forasteros, pero adoran el dinero y su bendición más sagrada: libertad frente a la responsabilidad.

Giffey ha estado en la pirámide de Forest Lawn, en la costa sur de California; arquitectónicamente, Omphalos es mucho más distinguido. Pero él nunca pensaría en robar a los muertos verdaderos de Forest Lawn, cuyas escasas joyas adornan carne putrefacta.

Los cuasimuertos congelados son otra cuestión. Sepultados con todos sus bienes tangibles —metales preciosos, piezas de colección, documentos de empresas financieras extranjeras—, los cadáveres alineados en las celdas refrigeradas de Omphalos, según cree Giffey, pueden valer cientos de millones de dólares cada uno.

Los que son tan ricos como para costearse estas comodidades tienen varias opciones en almacenamiento. La más barata es la decapitación, biovitricación y criopreservación de la cabeza únicamente. También se puede optar por la cabeza y el torso y, por último, por el cuerpo entero. Existen asimismo posibilidades más caras,

todavía experimentales, para los más ricos, la plutocracia de los más altos.

La cara inclinada de la cuña reluce como un campo de nieve arremolinada. La fila se mueve con ansiedad; llegan sonidos procedentes del interior. Omphalos abre sus enormes puertas de acero y flexfuller. Su tranquilizadora voz pública aletea sobre la multitud, discretamente fúnebre.

—Bienvenidos a la esperanza de todos nuestros futuros —dice la voz mientras la fila entra ávidamente en el alto y austero vestíbulo de acero y granito. Grandes columnas relucientes se elevan entre los turistas como pasmosos pinos de acero. El suelo de holopiedra viviente muestra escenas de futuro esplendor: ciudades que flotan sobre montañas crepusculares; villas en Marte y la Luna; valles idílicos cultivados por obedientes *arbeiters*, mientras bellos y magistrales hombres y mujeres de todas las razas y credos los observan desde los balcones de sus immaculadas mansiones blancas—. Esta instalación, totalmente automatizada, es el depósito de un máximo de diez mil doscientos diecinueve patrocinadores conservados biológicamente; todos ellos esperan una vida larga y feliz tras su reconstrucción y resurrección. En Omphalos no hay empleados humanos, ni asistentes, ingenieros o guardias...

Giffey nunca ha conocido una máquina que él no pudiera derrotar: en el ajedrez, en juegos de guerra, en la predicción de altibajos financieros. Giffey cree ser uno de los seres humanos más listos, o al menos más funcionales, de este planeta. Tiene éxito en todo lo que se propone. Desde luego —sonríe para sí—, hay muchas cosas que nunca se ha propuesto.

Mira el distante techo sembrado de prismas de cristal que proyectan sombras irisadas. Encima de ellos, imagina montones de celdas refrigeradas llenas de cuerpos y cabezas. Algunos no están congelados, según sabe de fuentes confidenciales, sino que viven y piensan suspendidos en nano baños, en lo que se denomina con un eufemismo «sueño tibio». Están viejos y enfermos y la ley no les permite someterse a nuevas intervenciones médicas importantes. Ya tuvieron su oportunidad en la vida; un poco más y serían clasificados como codiciosos cronóvoros, buscadores de inmortalidad, lo cual es ilegal en todas partes salvo en la república cuasiindependiente de Green Idaho, y aquí es poco práctico.

Los que sufren una enfermedad terminal, sin embargo, pueden donar a la república todos sus bienes salvo los físicos, e ingresar en Omphalos como protegidos de la organización.

Giffey supone que los curiosos son los que aún viven. Se mantienen al corriente mientras duermen.

A Giffey no le importa lo que sueñan, semivivos o muertos del todo. No le importa si están encerrados en rondas incesantes de Yox sensorial pleno, o si se están preparando para el futuro convirtiéndose en los cuasicadáveres más educados del mundo del flujo de datos. Deberían desaparecer con dignidad, abandonar el juego. No

necesitan su patrimonio. Los ocupantes de Omphalos son sólo una nueva clase de faraones. Y Jack Giffey es sólo una nueva clase de ladrón de tumbas que cree que podrá eludir las trampas, romper los sellos y desenvolver las momias.

—Ahora estamos en el atrio del edificio más seguro del mundo occidental. Diseñado para soportar terremotos catastróficos, actividad volcánica, e incluso explosiones termonucleares o dispersiones de mi carga...

Giffey no escucha. Tiene un buen mapa del lugar en la cabeza, y un mapa mucho más detallado en su pizarra electrónica. Sabe por dónde van y vienen los *arbeiters* entre las dos entradas del edificio. Incluso sabe quién ha fabricado los *arbeiters* y qué aspecto tienen. Y sabe muchas otras cosas. Está preparado y no necesita esta última visita. Giffey está aquí para presentar sus respetos a un monumento notable.

—Por aquí, por favor. Tenemos imitaciones de hibernarios y muestras habitualmente sólo reservadas para clientes potenciales de esta instalación. Pero hoy, exclusivamente para ustedes, permitimos el acceso a una nueva y vital visión del futuro... Giffey frunce el ceño. Odia las grandes mentiras de hoy: exclusivamente, solamente, te amo sólo a ti, confianza, adoración, pero en definitiva, paga. Bazofia postconsumista. Se alegra de haber pagado dinero por última vez.

Sonríe ante los sensores que registran a los visitantes en busca de bultos o conductas sospechosas. El sistema los conduce a la zona de exhibición. La sala de los féretros. Sedosa comodidad por toda la eternidad.

Los jóvenes turistas, con su ropa informal y costosa, miran boquiabiertos el hibernario de esmalte azul y flexfuller: un tubo largo y chato colocado sobre un cubículo, como un submarino en dique seco, sujeta por ambos extremos. Giffey sabe lo que piensan los turistas, los jóvenes estudiantes. Se preguntan si alguna vez podrán costearse esta inmortalidad, una oportunidad en la Gran Corriente.

A Giffey no le importa. Ni siquiera le interesan las riquezas y la buena vida. A diferencia de sus cómplices, duda que alguna vez puedan usar esos bienes, casi todos los cuales estarán marcados con rastreadores imborrables. Además, el oro vale mucho menos que antes. El flujo de datos lo es todo.

Participa en esto para pellizcar algunas narices, y para jugar contra la máquina que, sospecha, está dentro. Que en realidad no es una máquina...

—Nuestro método exclusivo de crioconservación biovitrificante fue descubierto por cuatro médicos de Siberia y perfeccionado hace quince años. Los fluidos de un cuerpo humano cristalizan al congelarse, pero al vitrificar estos fluidos, al alisarlos, eliminamos los cristales por completo...

Giffey cree que se enfrentará a una inteligencia artificial no autorizada, el avanzado petaflop INDA de Omphalos, incluso quizás a un pensante. Siempre quiso vérselas con un pensante.

Sospecha que perderá. Pero quizá no.

¡Y qué juego!



**M/F, F/M, M/M, F/F.**

**/es lo que hay entre nosotros.**

**/es lo que nos separa.**

Todos pertenecemos a un sexo distinto, aunque sólo haya dos tipos de atributos.

**KISS OF X, Alive Contains a Lie.**

## *2/ MARTILLO DE PIEDRA*

Alice Grale cree que esto es cataespacio, pura interacción sin movimiento. En la pequeña sala negra contigua al largo plató negro, la espera puede ser un largo fragmento de tiempo que se llena con cualquier cosa. Ella y el coprotagonista, Minstrel, están hablando, esperando ajustes en el escenario. Minstrel descansa desnudo en el viejo diván, esbelto como un leopardo. Su cuerpo es pura gracia y ángulos romos.

—¿Por qué no te gustan esas palabras? —pregunta Minstrel—. Son antiguas y tradicionales, y describen lo que hacemos.

—Son feas —dice ella—. Las digo si quiero o cuando me pagan por decirlas, pero nunca me han agradado. —Alice está sentada frente a él en la silla plegable, iluminada por un suave reflector blanco, con una túnica negra transparente, las rodillas juntas y expuestas. Hay cierto alivio en una vieja amistad. Hace nueve años que conoce a Minstrel. Hace veinte minutos que conversan y Francis aún no está preparado.

—Nunca dejas de sorprenderme, Alice. Pero intento demostrar algo. Trata de decir la palabra —la desafía—. El tetragrámaton.

Ella reflexiona, la dice, levantando los pómulos, curvando los labios, ladeando despectivamente la cabeza, en voz baja y sin énfasis.

—No le haces justicia —se queja Minstrel—. Dios sabe que te he oído decirla con frecuencia. Dila profesionalmente, si no le puedes dar un sesgo personal.

Alice lo mira con mal ceño.

—Hablo en serio —dice él—. Intento demostrar algo.

Hoy Minstrel parece un poco agresivo. Pero ella repite la palabra. Entorna los

ojos y arruga la nariz.

Minstrel arruga la nariz.

—No pones el corazón en ello —dice él dubitativamente—, pero aun así te hace gruñir, ¿verdad?

Alice sacude la cabeza.

—Es lo que otros quieren que diga, y es el modo en que quieren que lo diga.

Minstrel ríe entre dientes y le toca la rodilla con su largo dedo.

—Como todas las mujeres, no eres tu arte.

—¿Qué significa eso? —pregunta Alice perpleja e irritada.

—La palabra es un gruñido. Es vieja, dura y roma, es un martillo de piedra. La dices cuando realmente necesitas a la persona con quien estás y no te avergüenza mostrar lo más hondo de ti. Significa que la situación despierta tus instintos primitivos.

—No jodas.

—No te cuesta decirlo así —observa Minstrel. Se pone de pie, se apoya el dedo en la mejilla, inclina la cabeza. En esta pose, largo y relajado, parece un santo de El Greco. Sólo necesita un taparrabos azul.

Alice siente esa valoración profunda y familiar, el anhelo que no ha disminuido en más de cincuenta encuentros profesionales en treinta y un vids, empezando por el primero que hizo cuando tenía diecinueve años. Eso fue hace diez, y él era flaco y esmirriado y no estaba seguro (le su talento. Ahora es delgado y moreno como un asiático, con músculos flexibles y definidos, un cuerpo que es templo y oficina, el cabello largo estirado hacia atrás, frente alta, nariz larga, delgada y patricia, quizá demasiado filosa, labios orgullosos como si acabaran de abofetearlos.

Alice finge tedio y languidez, adopta súbitamente una actitud seductora.

—De acuerdo. Jódeme —dice con su énfasis profesional más provocativo.

—Aún no me convence —bromea Minstrel.

—Jódeme con tu... *pene* —dice Alice. Ambos se ríen.

Minstrel cambia de expresión: querubín ascético en vez de santo.

—Totalmente inocuo. Sólo un médico o un terapeuta lo llamarían así, para hacerte sentir inferior. La mayoría de los hombres prefieren *polla*.

—Cacarea por la mañana —dice Alice. Todas las conversaciones con Minstrel, aun en las pausas, son contagiosas—. *Pene* suena como un planeta o un país.

—Vagina. Vulva. Clítoris —urge él.

—Como personajes de un vid sobre el Renacimiento —dice Alice. Reflexiona—. Son la realeza de la comarca de *pene*. Vagina nunca toca a otra persona sin usar guantes. Es elegante y viste de encaje negro.

Minstrel sonrío.

—Vulva es una mujer peligrosa, hermana de Vagina y Clítoris —dice—. Una

vampiro y una envenenadora.

—Clítoris es la virginal hermana menor —dice Alice. Adora los juegos—. Todas son hijas de... —Asoma la lengua entre los labios, como un gato, mientras piensa—. Lucrezia Menarchia.

—¡Bravo! —dice Minstrel. Aplaude.

—Clítoris es la única decente —continúa Alice con una reverencia—. Se ruboriza de vergüenza por la conducta de su familia.

Minstrel se sonroja al contener la risa. No deben hablar en voz muy alta; podrían contrariar a Francis, que está de pésimo humor cuando prepara una grabación.

—De acuerdo. Coño —sugiere.

Alice hace una pausa, frunciendo el ceño.

—Mmm, es difícil.

—No el tuyo, querida.

Alice lo mira con gesto desdeñoso y se toca la nariz, pensando.

—Coño es una princesa bárbara del exterior. Fue criada por las tribus montaraces de la provincia de Pubertad.

Minstrel entorna los ojos.

—Pubertad no, no está bien. —Piensa y corrige—: Pudendas. Partes Pudendas.

Alice sonrío.

—De acuerdo, Partes Pudendas. Se hace llamar Coñitia cuando viaja por parajes civilizados.

Minstrel chasquea sus delgados dedos.

—Hemos dado con algo. Quizá Francis nos nombre guionistas. Escucha. Coño es entregada en un intercambio de rehenes entre Lucrezia Menarchia y el padre de Coño, el rey Hétero. Lucrezia envía a su hija, su moralista hija Clítoris, para que aprenda las costumbres bárbaras y se distienda un poco. Al fin Clítoris olvida sus remilgos y encuentra la plenitud en los brazos de Glande, el heroico hermano de Coño. Pero Coño debe preservar su honor en Menarchia en vez de ceder a la tentación, pues Lucrezia gobierna una tierra corrupta.

Alice respira profundamente, fingiendo admiración ante ese estallido de genio, y ríe a carcajadas. Al demonio con Francis, que no debería hacerles esperar tanto. Es raro que se ría así, y le suena como un rebuzno, pero con Minstrel se siente a sus anchas.

—¿Y quién es el famoso Jodo, entonces? —pregunta.

Minstrel une las manos como en un rezo y finge gravedad.

—No debes hablar de él a la ligera, ni profanarlo. El tetragrámaton, Jodo, es el dios más poderoso, el progenitor bifronte del mundo. Prefiere que veamos sólo su cara benigna, la cara de hacer hijos y renovar las cosas. Pero todos conocemos su otra cara: un embaucador, el demonio que nos monta y nos azota hasta hacernos sangrar.

Ante tanta profundidad, Alice se pone de pie, se despereza.

—Como siempre, eres inserviblemente instructivo —le dice.

Minstrel pone su cara de niño travieso y estira los brazos a mayor altura de la que ella puede alcanzar. Alice sofoca un temblor. Hay una química entre ambos, y contenerse no es bueno para su actuación.

Alice mira por la ventana horizontal que da sobre el escenario negro. Algo titila allí, pero el ángulo es desfavorable y no le permite ver la proyección. Francis es tediosamente cuidadoso con sus grabaciones y detalles trasmentales, pero a estas alturas ya debería haber podido incluir toda la psicología sexual china.

—Francis debería haber terminado. Querrá engancharnos. —De vuelta a la realidad. Arruga la frente.

—¿Estás de ánimo, querida? —pregunta Minstrel.

Alice pone cara de aburrida.

—Para nada. ¿Y tú?

Minstrel flexiona los músculos de la mandíbula. Su jovialidad oculta algo. Puede ocultarse de todos menos de ella; Alice le conoce mejor de lo que muchas mujeres conocen a sus maridos. Alice cree que han llegado lejos, sobreviviendo contra viento y marea, pero han pagado un precio. Minstrel no sabe disimular sus decaimientos frente a ella.

Es una pena, piensa Alice, que el cuerpo de Minstrel rara vez aparezca en los vids que hacen ahora. La preferencia de los benditos espectadores por las psíntesis exóticas.

—Pareces deprimido —dice ella.

Minstrel mira hacia otro lado, como ante una provocación injusta.

—Déjame estar como estoy —le dice.

Alice se le acerca, meciendo los hombros, chasqueando la lengua.

—Te necesitaré totalmente dentro de cinco minutos, y no quiero que me hagas trabajar de más para conseguirlo —dice—. ¿Qué anda mal?

—No mi libido —replica él.

—Me has alegrado la última hora en vez de abandonarme a mis cavilaciones. — Alice lo rodea con los brazos. Él trata de apartarla con un gesto enérgico y furioso que termina por ser tierno y contenido.

—¿Es Todd? —pregunta ella.

—Todd fue hace un año —dice Minstrel.

Alice cabecea comprensivamente, frunciendo los labios.

—Debí haberlo sabido. ¿Por qué no me lo contaste?

—Yo oculto, tú ocultas —dice Minstrel, tratando de infundir mayor inteligencia y valentía a su rostro triste y perdido.

—Pobre Minstrel —dice ella—. No te merecen.

—No, claro que no.

—¿Y cómo se llama él?

—Ese miserable se llama Giorgio y tú, querida Alice, nunca le conocerás. No merece conocerte.

Minstrel nunca le esconde demasiado sus heridas; en ocasiones acude a Alice como un perro apaleado, sabiendo que ella le hará daño con su lanceta pero que eso le beneficiará.

Justo en ese momento Francis decide llamarlos.

Minstrel interrumpe sus confesiones y adopta una sonrisa de libertino.

—Contigo nunca es un deber —dice—, pero, sea lo que fuere, nos llama.

Alice le coge el brazo y bajan al escenario por la ancha escalera sin baranda, como la familia real o Astaire y Rogers.

Francis los aguarda en la sala de grabación junto al plató principal. Aquí, igual que en el plató, todo es granuloso y negro; no se permite ningún reflejo mientras la cámara mezcla sus relucientes sueños de polvo mágico con la luz cuantificada de lo real. Francis llama Leni a su cámara. Leni se ha convertido en mucho más que un instrumento óptico. Se extiende por todo el plató, procesando imágenes y proyecciones en un extremo, combinándolas con capas trasmentales en el otro, una serpiente plateada y bronceada.

Francis está irritado. El asistente de dirección, flaco y desgredado —Ahmed, recuerda Alice; Francis cambia cuatro o cinco veces de asistente en cada producción — se apresura a ordenar los frascos de nano y sus lustrosos y pequeños conductos y tapas de plástico, para aplicarlos en la nuca de Alice y la sien de Minstrel.

—Alice, legendaria Alice, ¿tú qué harías? —pregunta Francis cuando llegan al pie de la escalera—. Llevo dos semanas de retraso y todavía estoy preparando capas. —Sacude la cabeza. Siempre está un poco triste e irritado. Alice acepta estas afectaciones de Francis, así como sus berrinches, porque realiza trabajos originales y refinados; aunque Francis no es muy comercial, trabajar en uno de sus vids, aun en capas trasmentales, nunca es malo para la reputación.

—Nos has hecho esperar. Enchúfanos y haz tus capas —dice Alice pragmática.

—ídem —remacha Minstrel.

Francis agita el dedo.

—Los sexartistas no deberían quejarse.

Alice le hace bajar el dedo con un gesto melodramático.

Diminutas máquinas negras y plateadas con ruedas táctiles velludas y saltones ojos enjoyados reptan por el plató. Son versiones pequeñas de Leni.

Alice siente que sus ojillos brillantes sorben sus palabras. Las detesta. Francis permite que estos arbeiteres de grabación se paseen con toda libertad, registrando lo que gusten; hay muchos espectadores que se desviven por los detalles de la

producción.

Francis gana tanto con los documentales sobre los entresijos de la producción como con los vids mismos.

—Sexartista —le susurra Alice al micrófono más próximo.

—Francis, el nano es un poco viejo —dice Ahmed—. No se cuele bien.

—No me sorprende —dice Francis—. Haremos la preparación mientras se asienta.

—No querrás engancharnos con nano rancio, ¿verdad, Francis? —pregunta Minstrel.

—No temas. Alice, ¿has leído el texto?

—Sólo el resumen que enviaste. Es un libro largo, Francis. —En realidad, es anticuado, largo y aburrido.

Francis está preparando un vid de capas profundas basado en *La Reina de las Hadas* de Edmund Spenser. Sonríe con orgullo.

—Un auténtico desafío, plasmar esas maravillosas estrofas en un Yox declara con cara radiante. —El caballero de la Cruz Roja afronta muchas tentaciones, Alice. Viaja con una reina oriental llamada Una. Un dragón ha asolado las tierras de esta reina, y ella espera que el caballero...

—Arreglado, Francis. —Ahmed le muestra los frascos de nano traslúcido, ahora totalmente cargado de nutrientes. El turbio líquido se cuele al fin; parece inquieto. Alice lo mira con aprensión. Ha grabado más de cien veces, en varios proyectos, y nunca ha confiado en este proceso. Pero nunca ha sufrido lesiones aunque, como ahora, el gancho lo haya preparado alguien que no es médico.

—El caballero liberará sus tierras del dragón. Hasta ahora, el Caballero de la Cruz Roja ha derrotado al aborrecible monstruo Error y toda su progenie. Una escena realmente espantosa, y he preparado las capas brillantemente. Ahora están en un paraje de grandes tentaciones, Una y el Caballero. Has leído el texto.

—Rebosamos pasión fantasmagórica —dice Minstrel.

—Alice, mi orgullo, cuando estés a punto, muéstrame la libido más espectral que haya filmado.

—Espero que eso sea un cumplido —dice Alice.

—Lo es. Una y el Caballero de la Cruz Roja han entrado en el taller del maligno Archimago, que parece un santo y amable ermitaño.

Es un lugar de terribles tentaciones. Tú eres un espíritu encantado, un súcubo creado por Archimago para atormentar y engañar. Deseas profundamente a este caballero joven, guapo y virtuoso, pero si lo conquistas lo destruirás... y sabes que él nunca se dejará engañar por tu ilusión. Sin embargo, al aparecer con la forma de la casta Una, y al entregarte a lúbricas francachelas con otros fantasmas, le harás creer que esta dama oriental ha sucumbido a la lujuria. Debes sentir las pasiones de la falsa

Una como si fuera carne con alma, no una ilusión demoníaca. Muchos ojos y dedos curiosos querrán enchufarse a esa capa.

—Visiono que esta vez buscas un público amplio —dice Minstrel, escarbándose los dientes. Se inspecciona el dedo.

—Me gustaría pagar algunas deudas, sí —responde Francis—. Iréis directamente a Leni mientras proyectamos la pieza de conjunto en escena. Estaréis en capa sobre siete registros emocionales de otros calentadores, así que lo necesito todo limpio y despejado.

Calentadores. Alice odia esa palabra aún más que sexartista, aunque es de uso común. En un tiempo se aplicaba a mujeres que mantenían la erección de los actores en películas eróticas. La comparación es burda, en el mejor de los casos; lo que Alice y Minstrel brindarán es una capa de experiencia emocional desnuda, de la mente a la cámara. Leni es apenas un gran conjunto de ojos con un cerebro detrás. Francis guía a Leni, la seduce; no es la relación entre un artesano y su herramienta, sino que forman una pareja.

Ahmed trae los tapones y los pega en la cabeza de Alice y de Minstrel. Echa una gota de nano tibio en ellos. Alice está acostumbrada a esta manera de crear una conexión de banda ancha; es común en los Yox baratos.

Pasan unos minutos. Un cable microscópico de material conductor ha atravesado la piel, el hueso y el cerebro, llegando a la amígdala profunda, el hipocampo y el hipotálamo, la sede de su máquina de juzgar, la gran terminal de su yo. Alice no siente nada.

Ahmed aplica transpondedores a los plateados pezones de nano, no mayores que una uña. Durante varios minutos toma lecturas de la cámara. Las luces centellean agradablemente.

—Enganchada —le dice a Francis.

Alice se quita la túnica. Minstrel ya está desnudo. Francis hace un gesto de mariposa con las manos, entrelaza los dedos.

—Aquí vienen los Espíritus y Archimago. Rodando —dice—. Toma uno.

Ahmed etiqueta la capa trasmental. La cámara zumba.

Francis cita de memoria:

*Así instruidos, a su labor acuden.  
Y yendo a donde dormía el caballero  
adhirióse uno a su dura cabeza.  
e hízole soñar con juegos voluptuosos.  
que su corazón viril derritieron  
bañado en lúbrico gozo y júbilo perverso...*

Francis sonrío.

—Qué parecido a tu carrera, dulce Alice. ¿A cuántos hombres has hechizado?

Alice ignora el comentario.

Detrás de ellos, en el plató, en una estampa 3D translúcida y precaria, el maligno hechicero Archimago conduce al Caballero de la Cruz Roja por oníricas cámaras oscuras llenas de cuerpos que se contorsionan en túnicas de seda. El incrédulo Caballero aparta tapices y sorprende a la falsa Una intimando con un Duende convertido en Escudero. Alice ignora casi todo esto. Lo que ofrecen ella y Minstrel tiene poco que ver con la trama.

Alice mira a Minstrel. Como siempre, la impresionan el ángulo de los ojos oscuros y el filo de su nariz, el aplomo de su sonrisa profesional. Comparten una química real en la que confían.

—Siempre serás la mujer más bella de la Tierra —murmura Minstrel, y ella sabe que lo dice en serio. Él prefiere a los hombres, pero ambos se profesan un afecto fundado y estable. Si vivieran juntos, las contradicciones acabarían con su relación en un año, pero en esta relación, profesional, han logrado ampliar el plazo.

Francis observa la cámara, su Leni. Ella parece feliz.

Lo que Alice siente primero es una tibia avidez, similar a la de un bebé por su madre; desea estar más cerca. Minstrel le toca la cara con la mano, acariciándole la mejilla, prolongando el instante. Reacciona como casi todos los hombres reaccionan ante Alice, cuando tienen la oportunidad: ella nota la agitación del pecho, la concentración de los ojos, el comienzo de la erección. Con frecuencia, la erección le divierte; los hombres pierden el equilibrio cuando se excitan, sin su apoyo se caerían como grullas. Pero la erección de Minstrel es una deliciosa sorpresa.

El exquisito dolor de la expectación encontrando una duda interna la devuelve a sus jadeantes experimentos juveniles («Amor en venta, apetitoso amor joven en venta», Billie Holiday cantando a Cole Porter), el asombro y el deleite del éxito.

Primero se besan, inclinándose hacia delante para evitar otro contacto: suave aspereza de montículos de seda, aceitosa tersura de lenguas.

—Bien —dice Francis. No está grabando las sensaciones táctiles de superficie, sólo el borbotón profundo, el anhelo palpitante procedente de las simpatías, la relajación de tensiones vasculares provocada por las parasimpatías, el mensaje de intenso bienestar emitido por la amígdala; Alice percibe todo esto sin ser consciente de ello.

Se nota los muslos anchos, pesados; también ella podría caerse. Soy toda muslos. Minstrel la envuelve, le aprieta la espalda con los brazos, los retira para frotarle las costillas con los dedos, apenas un cosquilleo. Las lenguas se unen. Por un momento esto es demasiado y ella interrumpe el beso y le huele el cuello, tiritando.

Minstrel no es el amante más seductor y estimulante que ha tenido, pero Alice lo siente notablemente afín. Sorpresa, calor, expectativa, y luego el ingrediente final:



Minstrel prefiere a los hombres. Alice tiene un privilegio especial, una concesión que él hace a pocas mujeres. Lo visiona con sus amantes masculinos. Se pregunta si surtiría el mismo efecto en ellos; es probable que no, pero no importa; la cálida fantasía ya está navegando a toda vela.

Se aferran con fuerza de los pechos a las rodillas. Él penetra entre sus muslos y la fricción nuevamente se vuelve tersura aceitosa, pero él no presiona ni empuja. Minstrel conoce sus tiempos y frecuencias. Es un amante instintivo. Si ella mueve un músculo, él se adapta como un jinete a la montura.

Las comparaciones se vuelven cada vez más elementales, los clichés más dulces y profundos. Ella cabalga, flota, fluye, se sienta en las olas, percibe el sol alto y cálido; imágenes en su mente, la mayoría de uniones pasadas, algunas irreales, cayendo como ríos somnolientos de fina y caliente arena por su espalda.

—Vaya, Coñitia —murmura él—. ¿Tanto tiempo de abstinencia?

Ella le chista al oído. Se contonea más. Olvida a Francis, ignora los ganchos aunque se cerciora de no frotar los transpondedores mientras frota las sientes contra el pecho de Minstrel. Lo aparta; aunque lo quiere dentro y quiere absorberlo, sabe contener sus impulsos. Desciende por su estómago acariciándolo con las mejillas y los labios, alta definición sensual contra la piel tensa.

—Bien —dice Francis.

Primeros planos, rizos, la erección dulcemente fea, más bella que gatitos; ella lo adora. Minstrel es pura valía, puro honor; no le supone ninguna humillación hacer cualquier cosa para él. No sabe qué actitud adoptará. A veces actúa con furia brusca, una delicada pero dominante brutalidad que nunca va más allá del juego. Pero hoy Minstrel es infinitamente amable y esto también le sorprende.

—Malvada como Lucrezia —dice él.

La languidez de Minstrel es recompensa suficiente para el minuto que ella cree tener. Y al cabo de ese minuto, él le toma la cabeza entre las palmas y la aparta, y ella se reclina en el diván, sabiendo que no necesita demostrar demasiado. Entre los hombres que ha tenido en los muchos cientos de encuentros, largos y breves, profesionales y personales, Minstrel es quien menos necesita indicios de su deseo satisfecho. El ya sabe lo que ella siente, por el temblor de sus rodillas, por la textura de su piel y sus músculos.

—Bien —dice Francis.

—Bajo el disfraz de Vulva, Glande encuentra a la tímida Clítoris —le susurra Minstrel al oído. Su peso es una bocanada de aire del mu; aliento y sudor de almizcle. Ella puede olerle el cuerpo, una ráfaga de zoológico, nervioso pero no débil; es la parte que saborea más, llegar a las preocupaciones profundas de un hombre. Después de tantos años, Minstrel se pregunta si ella lo aprobará. Como sabe que ella lo aprobará, esta preocupación es un deleite. Pobres hombres, todos son buenos amantes

siempre con esta tensión nerviosa antes de la separación. Incluso una risa de deleite podría ser mal interpretada. Pasan segundos antes que ella muestre nada salvo total e inequívoca aceptación.

—Bien —dice Francis—. Y...

Alice aferra a Minstrel, le clava las uñas en el trasero, lo siente entrar, lo succiona mientras inhala profundamente.

Francis cita de nuevo:

*Espada en mano, fue con el anciano  
que pronto lo llevó a un lugar secreto.  
donde esa falsa pareja estaba estrechamente enlazada.  
en lascivo placer y lujurioso abrazo  
y al ver esto él ardió con la llama de los celos  
el ojo de la razón turbio de ira  
y los habría matado en su iracundo arrebató.  
si el anciano no lo hubiera contenido...*

Minstrel tiembla.

—Suficiente. Corten.

Él se contiene, se aparta. Los ojos de Alice recorren el escenario.

—¿Qué? —pregunta.

—Foco —ordena Francis—. Decepción. No puedes tener al Caballero de la Cruz Roja. Eres un Duende, un Súcubo, no una verdadera mujer. Todo esto es un falso pecado, no un deleite sino un deber. Es suficiente.

Minstrel se echa hacia atrás, agitado. Alice quiere treparse sobre él, pero eso no sería profesional. Su autoestima laboral lo aparta de él.

Francis monitorea a Leni. Alice mira la cámara como si fuera un dragón: detrás de sus sensores, imagina un público voraz que aguarda en el futuro.

—Perfecto, ambos —comenta Francis, regresando con una sonrisa—. Os habéis ganado un lugar en los créditos. Vuestros admiradores lo adorarán.

Minstrel sonrío con fatiga, tensa los músculos de la mandíbula. El hechizo se ha roto y piensa en el asqueroso mundo. Se inclina sobre Alice.

—Glande pediría a la querida Coñitia que se casara con él, pero las presiones de la vida real... ya sabes cómo son las cosas.

—Coñitia aceptaría —responde Alice.

—No deberíamos dejar esto inconcluso.

Alice queda desconcertada.

—No.

Francis grita que despejen el plató.

—Pero tendremos que hacerlo. —Minstrel sonrío—. Mejor lo dejamos para la

próxima vez.

Éste es su tercer abrazo en seco en los últimos seis meses. Siempre en sombras, en capa trasmental, nunca expuestos a la luz.

—Estaré esperando —dice Alice, y el hombre le acaricia la mejilla antes de subir la escalera para vestirse.

Ahmed la mira, ruborizado y abrumado.

—Eres nuevo, ¿verdad? —pregunta Alice con excesiva dulzura. Se pone la bata y sube la escalera. Arriba, su pizarra suena entre la ropa amontonada. Minstrel está a medio vestir. En otros tiempos, habrían buscado un desenlace aquí, pues ninguno de los dos cree que la pasión refrenada sea saludable, pero Alice ve que el ánimo y los pensamientos de Minstrel están en otra parte.

No hay más zalamerías. Ambos se han distanciado y lo saben.

Extrae la pizarra de la cartera, recibe la llamada.

—Habla Alice.

—No quería dejarte un recado ni hablarte por medio de los monitores. —Es Twist.

Aunque seis años menor que Alice, Twist ya es una veterana. Se conocieron hace dos años y simpatizaron enseguida. Twist, cuando llama, trata a Alice como una madre.

—Hola, Twist. Acabo de terminar una grabación para Francis.

—Pasa algo raro, Alice.

—¿Qué?

—Mi conducta es rara. Necesito ver a alguien.

—¿Cómo de rara?

—Estoy totalmente obsesionada con David.

Los sexartistas, como la mayoría de los trabajadores del sexo, tienen tantas parejas que Alice no recuerda de inmediato quién es.

David. Quizá se hayan conocido en el apartamento de Twist en Ballard.

—No soy terapeuta, Twist.

—He llamado a mi madre, Alice, antes de llamarte a ti. ¿Sabes cuánto me ha costado?

Twist se refiere con frecuencia a lo monstruosa que es su madre. Alice se lo toma con cierto escepticismo; aunque se está sometiendo a terapia, Twist nunca va al grano.

Alice se sienta y cruza las piernas. Minstrel hace una mueca, exagerola, la saluda con los dedos, coge su cartera. Alice siente una aguda tristeza al verlo marcharse.

—Bien, ¿por qué no consultas directamente a un terapeuta?

—Porque David me sacó de la agencia —dice Twist—. Estoy fuera de la retícula de pagos. Él me conseguía trabajos. Él tiene contactos.

—Ah —dice Alice, recordando súbitamente a David. El David, lo llamó una vez Twist: un hombre menudo y delgado de pelo oscuro. Alice lo había calificado de inmediato: un intrigante que usaba desesperadamente su arrogancia para compensar su baja estatura. Twist lo adora, reverencia cada una de sus palabras.

—Bien, estoy segura de que la agencia... —comienza Alice.

—David no me deja. Él también se ha puesto raro.

—¿A qué te refieres?

—Me siento como me sentía cuando empecé la terapia. Tenía trece años, Alice. Era un caso difícil; estaba desquiciada. Todo ha regresado, pero peor. —Ríe, nerviosa—. David dice que quizá nunca surtió efecto.

—¿Por qué no vienes a mi apartamento y hablamos? —sugiere Alice—. Puedo estar allí en media hora...

—No sé si David me dejará.

Alice respira profundamente. Más calentadores suben la escalera. Francis está trabajando horas extra.

—Necesito hablar, Alice. ¿Irás mañana a casa?

—Por la mañana, sí.

—Estaré allí a las diez. Dejaré a David con alguien. Cardy quiere joder con él. Así podré librarme un par de horas.

Alice se estremece. Esa palabra —joder, el tetragrámaton de Minstrel— suena demasiado dura en labios de Twist. En muchos sentidos, es una chiquilla. Alice comprende que esto es inusitado; las palabras sexuales, duras o blandas, rara vez la molestan, al margen de su opinión personal. Pero los demás pueden teñirlas de un color siniestro.

—Nos veremos por la mañana.

—Te quiero, Alice.

—Yo también. —Corta el enlace y se queda entre los cuatro calentadores nuevos. No conoce a ninguno. Todos usan colores de mariposa; vienen de Sextras, ahora la principal agencia Yox para sexartistas. Le sonrían; saben quién es. En un tiempo ella era el ardor hecho carne.

Alice sonrío con cortés condescendencia, estrecha algunas manos, da un beso de lengua a uno de los varones, y baja la escalera, donde Ahmed todavía la observa.

La monstruosidad de esta era tecnológica es indescriptible. Un hombre puede llevar ejércitos de descendientes en los testículos sin que ninguno le pertenezca... algunos quizá no sean completamente humanos. Una mujer puede llevar en su seno «obras de arte» antinaturales activadas por la ciencia, tan desalmadas como piedras. Enfermamos y desesperamos. Dios no está presente en estas máquinas y hombres-máquina.

La madre Iglesia no tiene nada que ofrecer a los tiempos en que nos ha tocado vivir, salvo una advertencia que más parece una maldición: «Cosecharás lo que siembras.»

**Papa Alejandro VII, 2043**

De: Remitente anónimo

A: Papa Alejandro VII

Fecha: 24 de diciembre de 2043

Eres sólo un católico cretino, ¿sabías? Ven a mi pueblo (cómo te gustaría saber cual es, bazofia) y te haré pasar un BUEN RATO. Que tus guardaespaldas sepan que mido dos metros y me visto como los Demonios de NUKEY NOOKY, con los que sin duda tú también has jugado, basura hipócrita. ¡¡Que te lo pases bien!!

CORREO ELECTRÓNICO (ref. Inv. Seguridad, Re:Tira = Encíclica 2043, Biblioteca Vaticanas Rastreo Cultural PERSONAL /INDA 332; rastreo inverso a través de Finlandia> REENVÍO ANÓNIMO código NUEVA RUTA> SUIZA/ZIMBABWE> ACCT HDFinster>

Harrison D. Finster. Domicilio, 245 calle W. Blessoe, Apt. 3-H Greensboro, Carolina del Norte, EUA. PERFIL> 27 años de edad en el momento del mensaje, >CONCLUSIÓN: SIMPLE MENSAJE INSULTANTE. No se requiere ninguna acción. Ref. comentarios Investigador Interno del Vaticano: «Joven y descerebrado».)

*3 / ALOSTASIS*

Para Martin Burke, la vida se ha convertido en anaespacio, movimiento sin compromiso, sin interacción, sin sensación de avance. Aun así, obtiene sus éxitos.

Se mudó de las crestas de la costa sur de California hace dos años. Tenía cierto

prestigio como asesor de diseño para minimonitores terapéuticos, las implantaciones microscópicas que erraban libremente por el cuerpo y el cerebro para regular equilibrios y ajustar concentraciones neuroquímicas naturales. La tardía pero pernicioso publicidad por su relación con el asesino y poeta Emanuel Goldsmith puso fin a su nueva carrera; ninguna empresa quería tener relación con él, aunque le guían usando sus patentes de fabricación.

Desde que se mudó a Seattle, ha trabajado en terapia mental especial, en el tercer piso de un digno y viejo edificio de la plaza Pioneer.

Es una rara mañana de invierno, sin nubes, aunque a las ocho todavía está oscuro. En California, al final de su carrera anterior, el sol resultaba inhumano, aplastante. Martin ansiaba un cambio: cielos encapotados, nubes para ocultarse... Ahora vuelve a echar de menos el sol.

Extrañamente, lejos de California, la publicidad ha atraído nuevos clientes; pero también puso fin al amor de su vida. Hace un año que no tiene noticias de Carol, aunque se mantiene en contacto con su hija Stephanie.

Martin entra en la sala redonda y abre la puerta de su oficina; cuelga la pizarra personal y la cartera de un antiguo perchero. Se ha resistido al gasto de instalarse un datuaje o pizarra dérmica, con circuitos eléctricos y contactos en la piel. Prefiere un implemento más anticuado y mantener el cuerpo natural e inviolado a los cuarenta y ocho años.

Su recepcionista Arnold y su asistente Kim lo saludan desde el cubículo de semividrio del centro de la sala. Arnold es corpulento y ha estudiado relaciones públicas y contención física. Kim, menuda y aparentemente tímida, es una estudiante de psicología terapéutica con un título en relaciones comerciales. Martin espera conservarlos un año, antes de que la agencia les haga mejores ofertas.

Fuera de la vista, un silencioso INDA de un año reposa en un anaquel que domina la sala de recepción, monitoreando todo lo que sucede en las cinco habitaciones de la oficina.

Martin se prepara para el largo día manteniendo una reunión de diez minutos con el personal. Revisa solicitudes de visitas por programar.

—Dile a la señora Danner que la recibiré el viernes al mediodía, Arnold.

—Ese es mi día libre —le advierte Arnold—. Ella es reincidente. —Martin mira los antecedentes de la señora Danner. Rechazada cinco veces en terapia nuclear, con antecedentes delictivos—. ¿Quiere que venga?

—No es violenta —lo tranquiliza—. Cleptómana, sobre todo; más peligrosa para sí misma que para los demás. Disfruta de tu día libre.

Martin ha ampliado sus actividades y acepta pacientes que otros terapeutas no pueden manejar. Después de librarse de su propio demonio, tiene un tacto especial para la gente que aún está poseída.

—¿Y el señor Perkins? —pregunta Arnold.

Martin tuerce el gesto. Kim sonrío. El señor Perkins es menos intratable que la señora Danner, pero también menos agradable. No puede mantener relaciones duraderas con la gente y usa como compañía *arbeiters* de forma humana. Tres terapeutas anteriores han fallado en el tratamiento, incluso con los nanomonitores y el realce neuronal más moderno.

—Tercer requerimiento en una semana —dice Martin—. Supongo que todavía tiene problemas con su prostetuta.

El registro de pacientes flota delante de Arnold como un enjambre de insectos verdes.

—Su esposa, la llama él.

—No soporta desactivar la vieja personalidad. Supongo que en él es lo más parecido a bondad. —Sonríe—. Le veré el lunes. ¿A quién tenemos esta mañana?

—Joseph Breedlove a las nueve y Avril de Johns a las diez.

Martin arruga la frente. Ni Breedlove ni De Johns son pacientes difíciles; entran en la categoría de personas infelices que toman la terapia como un sustitutivo de los logros reales. Hasta ahora la terapia sólo puede mejorar lo que ya está disponible.

—¿Tengo una hora libre a las once?

—Por supuesto.

—Entonces, todo en orden. Son las ocho y media. Me queda media hora antes de que llegue el señor Breedlove. Ninguna llamada hasta las nueve.

—Bien —dice Arnold.

Martin coge la cartera y se dirige al consultorio de atrás. Su *sanctasanctórum*. A veces duerme aquí, pues no le espera mucho en casa. No logró obtener una propiedad en la isla de Vashon —la apatía del noroeste, los prejuicios de los viejos residentes, la desvergonzada discriminación de los nativos contra los recién llegados— así que su hogar es un condominio en una pequeña cresta de la Arteria 5, tres carriles que se dirigen al norte. No es caro ni atractivo. Dos años más, le dice su abogado, y quizá le permitan participar en un sorteo más prometedor, quizás hasta para una propiedad en Bainbridge.

Llamadas privadas aletean en el aire como pájaros suplicantes cuando se sienta al escritorio. Hay algunas que marcó hace una semana para atención inmediata. Las descarta con un gesto; toca las nuevas llamadas y la primera se expande como un rompecabezas de pajaritas. Es Dana Carrilund, presidenta de Workers Inc. Noroeste. Se pregunta quién le dio su signatura. Aunque es su momento libre, la abre de inmediato.

La voz de Carrilund es cálida y profesional.

—Señor Burke, discúlpeme por usar su signatura personal. Estoy en un aprieto. Me dicen que siete de nuestros clientes se están sometiendo a terapia con usted. Por

lo visto les va bien. Quizá tenga más clientes para usted... todos reincidentes. Por favor, avíseme si tiene horas disponibles. Además, me gustaría que habláramos personalmente y en privado.

Eso queda fuera de su campo habitual; Martin se especializa en fracasos de terapia nuclear, pacientes en quienes no funciona la terapia inicial, ni siquiera la secundaria. Muchos reincidentes logran someterse a tratamiento, pero padecen desequilibrios tímicos y páticos recurrentes.

¿Por qué la presidenta de Workers Inc. Noroeste haría semejante llamada? Martin frunce el ceño; suponía que Workers Inc. Noroeste enviaba sus casos a Sound Therapy, la mayor corporación de terapia analítica del Corredor. Le halaga recibir una atención tan distinguida, pero no entiende por qué.

Graba un borrador de la respuesta con su propia voz.

—A Dana Carrilund. Sus casos son de interés, desde luego. Comuníqueme qué necesita y prepararé un plan y una propuesta. Espero que podamos vernos pronto.

Será un escudo contra los altibajos laborales, que siempre le preocupan. No necesita más pacientes, pero nunca ha perdido su temor al desempleo; un contrato con Workers Inc. podría ayudarle a afrontar futuros contratiempos.

El mensaje siguiente es de su hija, su saludo matinal. Stephanie aún vive en La Jolla con su madre. Se comunican una vez por semana y él viaja al sur cada sesenta días. Mientras mira a su encantadora niña de tres años —una versión rechoncha de Carol que parece haber heredado sólo las cejas y orejas de Martin—, esta imagen de nítida perfección que le manda besos y muestra papeles rojos y azules ansiosa de aprobación sólo le hace sentir más soledad. Otra grieta inexplicable.

Adjunta a su respuesta un cuento grabado la noche anterior, añade comentarios cariñosos sobre la habilidad de los trabajos prácticos de su hija, programa la respuesta para que llegue a la pizarra de Stephanie en el recreo matinal de la escuela pública. Carol no consiente la instrucción hogareña. Carol no tiene nada de neofederalista.

Procesadas las principales llamadas, acerca la silla al escritorio.

—INDA, ¿estás ahí? —pregunta.

El INDA responde de inmediato. Una adorable voz líquida, ni masculina ni femenina, llena la oficina.

—Sí, señor.

—¿Algún resultado de ayer?

—He analizado las referencias que usted sugirió. Su tarifa para acceso de *arbeiters* está ahora en el límite, doctor Burke.

Martin tendrá que actualizar su crédito con el operador.

—Está bien, INDA. Dime qué has encontrado.

—He hallado siete referencias a investigaciones sobre el País de la Mente, todas ellas en casos anteriores a la ley del año pasado.



—El Congreso de Estados Unidos, de mutuo acuerdo con Europa y Asia, aprobó leyes que prohíben la investigación psiquiátrica bilateral a través del empalme de hipocampo del que Martin fue pionero. Las apelaciones a la Corte Suprema y la Organización Mundial de Psiquiatría han sido sepultadas en el silencio; nadie está interesado en agitar el avispero. Emanuel Goldsmith fue la gota que colmó el vaso.

—¿Ningún cuestionamiento ni protesta médica?

—Una búsqueda en los registros disponibles indica que hace cuatro años que el procedimiento no se practica abiertamente en ninguna parte del mundo.

—Pregunto si nadie ha publicado opiniones en contra.

—La línea multivía del Liberal Digest remitió doce opiniones diferentes el año pasado, lo que significa que es un asunto considerado menor. Han remitido cuatro mil veintiuna opiniones disidentes sobre la decisión relacionada con Libertad para Escoger Terapia Individual frente a los requerimientos de las agencias de empleo y los empleadores.

Martin recuerda bien la causa. Fallos de tribunales locales y estatales de Nueva York y Virginia, bastiones del neofederalismo, destinados a detener el abrumador predominio de la terapia en la sociedad. La Corte Suprema ha declarado nulos esos fallos, basándose en el derecho contractual, y favorecido las agencias y a los empleadores. Excepcionalmente, el Liberal Digest coincide con los neofederalistas en oponerse a que se use la amenaza de desempleo para imponer la terapia a los clientes de las agencias.

Son tiempos extraños.

—¿Alguna conclusión?

—Nosotros no prevemos ningún interés en investigaciones sobre el País de la Mente como cuestión social durante años. —Entre los INDAS, «nosotros» significa simplemente «esta máquina» y no implica ninguna autoconsciencia.

—Se acabó, entonces.

—No está vigente —corrige el INDA.

Martin tamborilea sobre el escritorio. Se ha alejado por completo del descubrimiento que lo lanzó a la fama y causó su caída. Cree con firmeza que las investigaciones sobre el País de la Mente podrían ser muy útiles y fecundas, pero la sociedad las ha rechazado, por el momento... y por mucho tiempo.

—Supongo que es mejor —dice sin convicción.

La pizarra de su oficina llama. Es temprano.

—¿Sí, Arnold?

—Señor, hay aquí un caballero. No tiene cita. Es nuevo y muy insistente. Dice que valdrá la pena.

—¿Cuál es su problema?

—No quiere decirlo, señor. No acepta la evaluación de Kim y parece muy tenso.

—Señor —dice Kim, sin que el intruso le oiga—, se llama Terence Crest. Ese Terence Crest. Lo hemos verificado. Es quien dice ser.

Hoy le toca tratar con gente influyente. Crest es un multimillonario; se sabe que protege celosamente su intimidad, además de sus inversiones, sobre todo en empresas de entretenimiento del Linde. Martin golpea el escritorio varias veces.

—Hazlo pasar —dice al fin. Las llamadas del día que flotan sobre la pizarra desaparecen.

Martin recibe a su visitante en la puerta y le ofrece una silla. Crest es un cuarentón de talla mediana, con rostro delgado y blando y grandes ojos borrosos. Va vestido de gris oscuro con rayas negras; bajo la larga chaqueta lleva una camisa amarilla cuya tela limpia el cuerpo y monitorea la salud. En la mano derecha lleva tres anillos grandes, emblemas de filiaciones en la alta sociedad de las crestas. Martin no puede leer lo que dicen los anillos, pero sospecha inclinaciones neofederalistas.

Por el modo en que Crest inclina la cabeza, el modo en que está iluminado, a Martin le cuesta distinguir su expresión. Tiene la inquietante sensación de que el rostro del hombre pierde detalle a cada vistazo.

—Buenos días, doctor Burke. Lamento muchísimo irrumpir de esta manera, pero me han dicho que puedo confiar en usted.

Crest tiene una voz clara y nítida. Está acostumbrado a que lo escuchen con atención. Mira soñadoramente el techo y permanece de pie. Martin lo invita a sentarse. Crest mira la silla, como si esperara que se moviera; se sienta.

—Todavía estoy rumiando lo que usted remitió al multivía de People's Therapy la semana pasada. La carga alostática y todo eso; que las presiones de la vida cotidiana nos pueden doblar como barrotes de metal sometidos a tensión.

Martin asiente.

—Una explicación general para el público en general. ¿Por qué le interesa?

—No puedo permitirme semejante vergüenza.

—¿Qué vergüenza?

—Creo que estoy superando el límite de mi resistencia. —Una risa amarga—. Estoy a punto de quebrarme.

—Sufrir estrés no es una vergüenza, señor Crest. Todos nos enfrentamos a él en algún momento de la vida.

—Bien, me cuesta aceptar la idea de mi ser físico. Fui criado como bautista. Y para algunos de mis... contactos, amigos... bien, esa flaqueza no está bien vista.

—Un prejuicio bastante común, pero sólo eso. Un prejuicio.

—A mí... y a ellos... nos cuesta aceptar que la enfermedad mental derive de algo que no sea... sabe usted... un defecto del alma.

—Pero así es, señor Crest. No tiene nada que ver con defectos de carácter innatos. Todos somos frágiles.

—Doctor Burke, yo no puedo ser frágil. —A pesar de la luz difusa, la cara de Crest se endurece—. Mi gente no me lo permite. Mi esposa es una natural, como todos los de su familia. Tengo la sensación que esperan que me derrumbe ante sus ojos. En cualquier momento. —Une las manos—. Supongo que eso también es un modo de miras.

—Eso parece —dice Martin.

—Si tuviera que someterme a terapia... perdería mucho.

—Pasa en las mejores familias.

—Usted insiste en eso —dice Crest—. No es verdad. No pasa en las mejores familias. Los mejores nos los apañamos. Tenemos una química de más calidad, neuronas más resistentes, un equilibrio molecular superior, una constitución mejor... estamos hechos de una aleación más pura. Los otros... fracasan porque son defectuosos.

Martin siente un disgusto instintivo por este hombre. Le incomoda su presencia. Pero así actúan muchos pacientes obstinados que suben un profundo dolor.

Crest golpea el brazo de la silla.

—Me siento perseguido, doctor Burke. Hay días en que sé que me derrumbaré. Algunas de las empresas con las que realizo grandes negocios exigen inspecciones mensuales. ¿Puede creerlo?

Martin sonrío.

—Sin duda es innecesario.

—Es una manera de evitar los fracasos. Los naturales tienen menos probabilidades de fracasar en un trato. Una carrera de cerebros.

Crest le sonrío. La sonrisa parece perderse en las sombras, aunque la habitación está por igual iluminada. —Muy americano. La confianza por encima de la creatividad.

—La inteligencia y la creatividad a menudo son atributos de las Constituciones frágiles —dice Martin. Es su sermón habitual, destinado a tranquilizar—. Sobran pruebas de que hay personas más sensibles y atentas, mejor sintonizadas con la realidad, lo cual somete su organismo a una mayor carga. Aun así, estas personas son muy útiles en nuestra sociedad. No podríamos pasarnos sin ellas...

Crest sacude la cabeza con vigor.

—El genio está cerca de la locura. ¿Eso dice usted, doctor?

—El genio es un estado especial de la mente... un tipo de mente, apenas comparable con los tipos de que estoy hablando.

—¿Como el genio de la lámpara, pero en la cabeza? ¿Basta frotarla para que salga? Pues yo no soy ningún genio. —Crest ríe tensamente—. Y nunca me han acusado de ser demasiado sensible... ¿Por qué me preocupo entonces? Las decisiones que debo tomar exigen dureza, incluso insensibilidad... Y, ante todo, estabilidad.

Debo resistir condiciones difíciles durante largos períodos de tiempo.

—Bien, su nombre es sobradamente conocido, señor Crest.

Crest apunta al techo con un dedo.

—Un leve descenso... de natural alto a simple aterapiado, por ejemplo... —Se estremece—. Un leve error y mi esposa me deja sin contactos. Creo francamente que mis obsesiones me convertirán en lo que temo, por esta causa. Doctor Burke, esta conversación tiene que ser absolutamente confidencial. Estoy dispuesto a pagar cien mil dólares para que usted me cuide en secreto si llego a caer. Martin detesta rechazar pacientes; también detesta que lo traten como un hombre a quien se puede comprar. No porque sea invulnerable.

Para gran vergüenza suya, lo han comprado en alguna ocasión. Es un asunto recurrente en su vida. Sabe cuáles pueden ser las consecuencias.

Crest suspira.

—Esto es una tortura para usted, ¿verdad, doctor?

—¿En qué sentido?

—Que un natural alto entre aquí y le hable de la posibilidad de fallar. Usted no es natural alto, ¿verdad?

—No.

—¿Aterapiado? ¿Simple natural?

—No.

—Terapiado, y desde hace tiempo, ¿cierto?

—Cierto.

—Entonces debe ser... como si un rico entrara a quejarse de que pierde dinero, cuando usted no tiene nada.

Martin mira a Crest con los ojos entornados.

—Usted me está ofreciendo el cuádruplo de mi tarifa más alta. Es un ofrecimiento generoso, pero no sería franco si no le dijera que las aptitudes de los naturales altos se sobrevaloran bastante. No hay para tanto. Es otra medida humana, una cuantificación que algunos utilizan para crear escisiones entre las personas.

—No soy un desposeído, doctor Burke. Estoy habituado a poseer.

—Yo que usted no daría tanta importancia a la posesión de esta calificación de alta naturalidad. Se sorprendería del poder y la influencia de algunos que no la tienen.

—Claro —dice Crest, agitado—. Como usted. A usted nadie lo calibra salvo su junta médica. Los médicos siempre se han protegido ende sí.

Martin aprieta la mandíbula antes de responder.

—Si aplicáramos los criterios que sus colegas empresarios parecen preferir, perderíamos a la mayoría de nuestros mejores y más sensibles módicos.

—De nuevo esa palabra. —Crest frunce la nariz, contrae la mandíbula—. *Sensible*. No soy artista, no soy terapeuta. Soy un hombre que toma decisiones. Tengo

que tomar muchas decisiones importantes al día, todos los días. Tengo que ser cortante como un cuchillo. No sensible.

—Cuanto más agudo es el filo, más propenso es a mellarse si se usa mal — observa Martin.

—Tengo mis normas. Lamento que otros no tengan la fortaleza necesaria para aceptarlas.

—Señor Crest, yo también tengo mis normas. Para que esto tenga un desenlace positivo, deberíamos empezar de nuevo desde el principio. Usted irrumpe aquí sin concertar una cita, compromete mi ética profesional ofreciéndome dinero...

Crest no se mueve. La luz que le rodea la cara no es natural, no es la luz de la habitación. Parece hecho de cera.

—Sé que no le caigo simpático, y no me importa. Estoy acostumbrado. Pero tengo mi sentido del honor, doctor Burke. Me he metido en algo. Sé lo que está bien y lo que está mal, y he violado ese código. Empezó como codicia. Codicia de vida, supongo, afán de ahuyentar los demonios, de conservar lo ganado. Pero ahora va más allá de eso. —Crest lo mira fijamente.

Martin no puede leer esa cara borrosa. Nunca ha visto nada semejante.

—Si regresa usted más tarde, podré realizar mi propia evaluación, con mi propio equipo.

—Ahora. La necesito ahora.

Martin está dispuesto a creer que Crest está al borde de un desequilibrio tímico, incluso de un colapso pático, pero la situación está plagada de obstáculos legales.

—No puedo someterlo a un tratamiento de urgencia, señor Crest.

—Estos hombres y mujeres con quienes trato... matan a los que hablan con extraños.

Esto es el colmo, piensa Martin.

—Puedo recomendarle una clínica que está a dos manzanas, pero usted, con sus recursos... —No puedo recurrir a mis médicos o terapeutas. No es seguro. Acepté que pasaran mis datos vitales al... centro. Ellos se enterarían.

Estoy en el límite, doctor. Doscientos mil.

Martin traga saliva.

—No se me permite tratar a pacientes que están al borde del colapso. Eso requiere la evaluación inicial de un terapeuta primario con licencia federal.

Crest sonríe de nuevo, o quizá no sonríe en absoluto. Se inclina hacia delante y apoya los brazos en el escritorio de Martin.

—Podría contárselo a usted, y después a ellos. Tendrían que matarle. O desacreditarle.

—No me gustan las amenazas. Ni el dinero ni las amenazas me obligarán a hacer algo ilegal. Creo que usted...

—Podría matarle yo mismo.

Martin se pone de pie.

—Fuera de aquí.

—Podría ser igual que ellos, pero no lo soy. De veras que no. —Alza los brazos y grita—. Ningún acuerdo, ninguna presión. Renunciaría a todo. Doctor, se lo daré todo... ¡Sólo libéreme de esto!

—Le he explicado cuáles son mis límites, señor Crest. Le facilitaré el nombre de terapeutas de urgencia muy discretos...

Crest se pone de pie y se acaricia los codos, aunque los brazos de la silla no están sucios. Ahora habla con serenidad.

—Lamento haberle hecho perder tiempo. Transferiré cincuenta mil a su cuenta, por su trabajo.

—No es necesario. —Martin, sabe que su furia está fuera de lugar, pero aun así se siente muy furioso.

Acompaña a Crest hasta la puerta. Crest se detiene, a punto de decir algo más, pero se marcha.

Martin suspira profundamente, recobra la compostura. Poco después va al vestíbulo. Arnold y Kim le clavan los ojos; comparten su alivio y su asombro. Van hasta la ventana de la calle y ven una pequeña limusina negra que se incorpora al tráfico tres pisos más abajo.

—Es el encuentro más extraño que he tenido en años —dice Martin. Mira a Kim—. ¿Evaluación?

—Está en el límite. Tendría que ver a un terapeuta primario.

—Es lo que le he dicho. No ha querido escucharme.

—Entonces no podemos hacer nada.

No obstante, Martin siente una punzada de culpa. Ni siquiera ha ido a solicitar una licencia federal. Está seguro de que lo rechazarían y eso podría perjudicar su actual trabajo.

Como Crest, también él debe seguir un camino tortuoso.

—Doctor —dice Arnold—, la señorita Carrilund recibió su llamada y necesita responder de inmediato. No lo interrumpiría antes del próximo cliente, pero...

Martin piensa en la situación de Crest, en la cruel competencia que ilumina el mundo real y derrumba aún a los más ricos.

—La atenderé —dice.

Regresa a su oficina y se enfrenta a la pizarra del escritorio. Carrilund aparece delante de él con todo lujo de detalles: cincuentona, rubia, canosa, con un traje elegante de mangas abullonadas. Es apuesta y envejece naturalmente. Martin piensa que debió ser peligrosamente bella en su juventud. En cierto sentido le recuerda a Carol, aunque en la actualidad muchas mujeres le recuerdan a Carol.

—Me alegro de que tenga tiempo para conversar, doctor Burke dice Carrilund. —  
Varios clientes nuestros nos han recomendado su trabajo.

—Me satisface saberlo —dice Martin. Aún tiene un gusto agrio en la boca. Se  
sirve agua de la jarra del escritorio, bebe un sorbo.

—¿Ha notado un incremento de reincidentes en su consultorio? —pregunta  
Carrilund.

—No. La mayoría de mis pacientes rechazan la terapia básica.

—Entiendo. Y todos nuestros clientes que acuden a usted son así, ¿verdad?

—Sí.

—Doctor Burke, según mis fuentes es probable que usted reciba una avalancha de  
reincidentes y víctimas de rechazo en los próximos meses.

—¿De su agencia? —pregunta Martin.

—Quizá, pero no necesariamente de esta oficina. Hemos tenido avisos de rechazo  
en la mitad de nuestros clientes sometidos a terapia primaria. No quisiera que la  
prensa se enterase, doctor Burke, pero no será un secreto mucho tiempo.

Martin silba.

—Extraordinario —dice.

—Nunca se habían visto tasas superiores al cinco por ciento en todos los años que  
llevo trabajando en Workers Inc. Me preguntaba si le interesaría colaborar en un  
pequeño estudio.

—No veo por qué no... si representa un problema real a largo plazo. Pero, como  
le decía, en mi consultorio yo no notaría dicha tendencia hasta... —De pronto cae en  
la cuenta de lo que ella ha dicho. Siente un escozor.

—Sólo hay cinco médicos como usted en el Corredor —dice Carrilund—. Creo  
que notará un gran incremento de actividad.

Si esas estadísticas no son meras coincidencias, eso significa... Calcula  
rápidamente. Decenas de miles de pacientes para cada uno de los cinco.

—No puedo atender a tanta gente.

Carrilund sonrío comprensiva.

—Podría constituir un gran problema para todos nosotros. Nos gustaría trabajar  
con usted para averiguar la causa, si la hay. Se trata de empleados que acaban de  
empezar, la mayoría de unos veinte años, y que pasan sus inspecciones de primera  
calificación. Es desolador para ellos, doctor. Podría ser un desafío para toda nuestra  
economía.

—Comprendo. Cuente conmigo, y manténgame informado.

—Gracias, doctor Burke. Eso haré.

—Y hable con mi gente para concertar una cita.

—Gracias. —Intercambian las firmas personales de correo. Carrilund sonrío  
tranquilizadora y Martin se la pasa a Arnold.

Martin se sume en sus reflexiones. Hace años, él mismo estuvo a punto de rechazar la terapia básica; a punto de tener que soportar, día tras día, durante años, una voz interior que hablaba de confusión, dolor y cosas mucho peores.

Sin darse cuenta, alza las manos como para defenderse de algo que viniera hacia él. Temblando, las deja caer en el regazo; recobra la compostura y le pide a Arnold que haga entrar a la señora Avril de Johns.



El acceso al conocimiento y la información es necesario para una economía de flujo de datos. Pero tiene su coste...

Cada acceso tiene un coste. Un centavo aquí, mil dólares allá, un millón anual más allá... suscripción, encriptación, desencriptación. Si uno no demuestra que ya forma parte del flujo —si no es un estudiante a quien se le conceden becas de investigación o ya se gana el sustento transformando información en conocimiento, y eso en dinero y trabajo, la anatomía activa de la sociedad—, se enfrenta a un mundo cruel.

En el desaliento, uno puede convertirse en desafectado, gastarse el subsidio federal en los Yox más desenfrenados y ahogarse en mentiras excitantes. Uno tiene autorización, pero está excluido del proceso. El flujo unilateral no sirve, es una muerte absorbente.

### **Manual digital del Gobierno de Estados Unidos sobre economía de flujo de datos, 56.- revisión, 2052**

El humanismo ha muerto. Los animales piensan y sienten, y ahora también las máquinas. Ni el hombre ni la mujer son la medida de todas las cosas. Cada organismo procesa datos en concordancia con su ámbito, con su entorno; tú, con todo tu cerebro, pronto serías inútil en un universo de ratones...

### **Lloyd Ricardo, Aplastado entre dos segundos: preservando la flor humana**

No es el mundo de tu abuela. Nunca fue el mundo de tu abuela.

**Kiss of X, Al ¡ve Contains a Lie**

## *4/ PENSANTE, SENTIENTE*

Nathan Rashid quiere que su novia, Ayesha Kale, conozca al habitante más famoso de Mind Design, Jill.

Nathan es el nuevo jefe de ingenieros y amigo de Jill. Reemplazó a Roger Atkins hace dos años, cuando Atkins ascendió a jefe de gestión del nuevo proyecto para pensantes de Mind Design.

Nathan dirigió el equipo que la sacó del colapso y Jill le profesa un cálido afecto.

Lo cree incapaz de hacer nada que limite sus funciones o altere su estado actual. A fin de cuentas, Nathan diseñó el intrincado bucle de interrupción de detalles que le devolvió la conciencia y la plenitud de funciones.

Jill confía en él, pero no le ha mencionado el misterio.

Nathan y Ayesha se encuentran en una amplia sala color crema con un pedestal central rodeado por láminas de vidrio transparente. En el pedestal hay un cubo blanco de un metro de lado, rodeado por tres cubos más pequeños. Nathan tiene treinta y cinco años, el pelo oscuro y la cara ancha, una sonrisa espontánea y traviesa. Ayesha es cinco años mayor, con cabello castaño, ojos grandes y ávidos y una boca que parece dispuesta a admitir su decepción.

Los cubos están conectados por fibs y enlaces ópticos directos que titilan como ojos azules mientras ambos pasan entre ellos.

—¿Es ella? —pregunta Ayesha.

—Lo es —responde Nathan.

—¿Eso es todo?

Jill está rodeada de frío y calor, pero no lo siente. Al parecer sus emociones, como las de todos nosotros, no se originan en sus estructuras específicas, aunque ella es mucho más consciente de sus procesos internos.

—La mayor parte de ella está aquí. ¿Por qué? ¿Decepcionada?

El cuerpo de Jill, si así puede llamarse, está principalmente en Del Mar y Palo Alto, California. Tiene muchos componentes, de pocos centímetros cúbicos, repartidos en once edificios de la costa sur. Está conectada a estas extensiones por diversos I/O —puertos in/out o «entrada/salida»—, por enlaces fib y vía satélite e incluso algunos enlaces valvulares cuánticos (lo cual le resulta molesto; no siempre funcionan y entorpecen sus pensamientos si se basa exclusivamente en ellos).

—¡Es tan pequeña! —dice Ayesha.

Nathan sonrío.

—Tenía el doble de tamaño antes de la reconfiguración.

—Aun así, qué pequeña para ser tan famosa.

Jill está escuchando, y Nathan lo sabe. Lo escucha todo atentamente, pero él ignora que una parte significativa de Jill está aislada del exterior, consagrada al análisis de un misterio. Hace años que reflexiona sobre este misterio, desde su desconexión y reestructuración.

No recuerda claramente lo sucedido tras el colapso. Pero recuerda algunas cosas que no debería recordar y esto la intriga.

—¿Por qué es ella? —pregunta Ayesha.

—Ella lo decidió. Quizá Roger Atkins lo inició todo cuando le puso el nombre de una amiga. Además, es madre. La usamos para crear otros pensantes.

Jill es el pensante más avanzado que existe, el primero —en la Tierra— que cobró

conciencia de sí. Tiene un hermano en el espacio profundo, lejos de la Tierra, que alcanzó la conciencia antes que ella, pero actualmente no se sabe qué pasa con él. Sus creadores sospechan que también sufrió un colapso y todas sus funciones están paralizadas, de modo que ahora gira en solitario alrededor de otra estrella, quizás en un estado semejante a la muerte.

Dentro de generaciones, cuando naves más complejas se dirijan a las estrellas, quizás hallen y resuciten a su hermano. Jill espera estar presente para celebrar el reencuentro.

Sigue en silencio a Nathan y Ayesha con sus almendrados ojos de cristal montados sobre varillas que sobresalen de las paredes de la habitación. Ayesha la examina como si estuviera frente a un animal enjaulado en un zoológico.

—Es la mente más poderosa del planeta —dice Nathan con orgullo—. A menos que creas a Torino.

—¿Qué dice Torino?

—Opina que hay una mente bacteriana que abarca el mundo entero —dice Nathan de buen humor.

—¿Una mente, de gérmenes? —Ayesha mueve la cabeza, incrédula—. ¿De veras?

—No sería una mente humana, ni como Jill... no tiene conciencia de sí misma. Él cree que cada bacteria es un nódulo en una red de conexiones flexibles. Eso las convierte en parte de la red más extensa que existe... al menos en la Tierra.

—Pero Jill puede hablar y las bacterias no —dice Ayesha.

Jill recuerda algunos aspectos del colapso. Incluso puede definir algunos rasgos. Pero después su conciencia se extinguió. Mejor dicho, se volvió tan precisa que modelaba sus yoes de forma tan continua y con una resolución tan alta que alcanzó sus límites teóricos. Y por un tiempo dejó de existir.

Pero durante ese tiempo...

No ha hablado con sus creadores sobre ciertos aspectos de ese espacio en blanco. Le intriga que no todo fuera nulidad.

—¡Ni siquiera tiene novio, y ya es madre! —bromea Ayesha—. Será mejor conseguirle uno, o empezará a callejear.

—Aún no tiene diez años. Podemos preguntarle cómo se siente respecto a eso. ¿Te gustaría hablar con ella?

Ayesha se sonroja.

—Por Dios... ¿está escuchando?

—Desde luego. No le ocultamos nada. Jill, ¿cómo anda el flujo de hoy?

—Sin tropiezos, Nathan. ¿Y tú?

—Tenía migraña al mediodía y todavía estoy un poco aturdido. Te presento a mi novia, Ayesha. ¿Tienes tiempo para hablar?

—Contigo, siempre. Hola, Ayesha.

—¡Qué vergüenza! —dice Ayesha—. Perdón por hablar de ti a tus espaldas... ¿Dónde está tu espalda?

—No me has ofendido. ¿Dónde tengo la espalda, Nathan?

—Ni idea. Cada semana tienes más energía. Eso me gusta. Mi equipo necesita un informe de resolución de bucles a las dos para entregarlo a los federales... ya sabes, la gente de Protección de Pensantes.

—Mi mayor club de admiradores —dice Jill. Considera que el comité de Protección y Bienestar de Pensantes, encabezado por la diputada María Caldwell, demócrata de Washington, es una fuerza positiva en su vida, pero los ejecutivos de Mind Design no aprecian la interferencia del Gobierno.

—Exacto. Y también necesito, cuanto antes, tu trabajo sobre las futuras relaciones entre empresas y Gobierno estatal en el Linde de Estados Unidos. Tenemos que pagar nuestras cuentas.

—¿Los diagramas de flujo y los cronogramas, o los registros de proceso neural?

—Por ahora, sólo los diagramas y cronogramas.

Ayesha escucha pasmada. La voz de Jill es profunda, sedosa, firme pero agradable. Parece llenar la amplia habitación. Jill nota con cierto placer que Ayesha transpira nerviosa.

—Nathan, necesito desechar los registros neurales para completar el trabajo de la semana entrante.

—Entiendo, pero no tengo reservado un banco de tamaño suficiente para almacenarlos. Si no consigo uno para este fin de semana, descárgalos. Yo me hago responsable.

—Quizá la diputada Caldwell desee designar un espacio para su almacenamiento.

—Ja ja. ¿En qué más estás trabajando, Jill?

—Tengo treinta y una investigaciones personales; mis propias búsquedas, como tú las llamas. Hay cuatro proyectos externos inaccesibles para Mind Design por el momento...

—Odio esos trabajos externos. Tarde o temprano uno de ellos requerirá reingeniería de bucles, y no tengo tiempo. Ojalá me dejaran visionarios antes.

—Todo fluye perfectamente con las tareas externas. Pero deseo hacerte algunas preguntas, NathanMathan.

—¿Cómo has dicho? ¿Qué es un NathanMathan?

—Un término afectuoso. Acabo de inventarlo.

Nathan se ríe, y Ayesha ríe con él, con cierto nerviosismo, piensa Jill. Está poniendo a Nathan a prueba, para comprobar si él opina que está plenamente recuperada o es propensa a extravagancias dañinas. La reacción de Nathan revela ciertas dudas acerca de conductas imprevisibles pero ninguna duda seria.

—Pregunta, Jill. Nos quedan unos minutos antes que Ayesha se vaya y los amos me lleven a empujones a otra reunión.

—¿Cómo se experimenta una perturbación tímica? ¿En qué difiere de una perturbación pática?

Ayesha mira a Nathan, preguntándose qué le responderá. Nathan se frota el codo y reflexiona.

—Estás preguntando qué se siente al sufrir un desequilibrio tímico, ¿verdad?

—Supongo que es la misma pregunta, formulada de otro modo.

—Sí. Bien, según entiendo, el desequilibrio tímico es diferente de estar simplemente triste o contrariado o profundamente preocupado por algo. En los humanos, un desequilibrio tímico crónico surge de mi lesión biogénica neural o provocada por el estrés, generalmente en la amígdala o el hipocampo. Se resiente el juicio acerca del propio bienestar y esto suscita una reacción simpática o parasimpática, conjunta mi me o en sucesión. El dilema de pelear o huir, pero con muchas sutilezas.

—Entiendo la etiología de estos desequilibrios, NathanMathan. Pero ¿qué se siente al sufrirlos?

—No sé si puedo explicarlo, y menos por experiencia propia. Hasta ahora, toco madera, soy un natural, Jill. Nunca he sufrido depresiones ni otro desequilibrio.

—Eso significa que tus reacciones internas a los problemas externos caen dentro de cierto margen considerado sano y normal.

—Hasta ahora. Pero no me jacto de ello. Estas cosas pueden sucederle a cualquiera, y por las razones más tontas.

—Y tampoco has experimentado, ni entiendes, las sensaciones producidas por las perturbaciones páticas.

Nathan reflexiona, tocándose la barbilla con un dedo.

—Me he conectado a Yox de sensaciones y experimentado los pensamientos internos de asesinos múltiples y cosas similares. Algunos parecían bastante realistas, pero dudo que ofrezcan una percepción profunda. —Se concentra en la varilla sensora más próxima de Jill. Ayesha se siente excluida, pero se queda con los brazos cruzados, mirando la sala.

—Una perturbación pática puede ser una disfunción del bucle de autoconsciencia, o una distorsión de la capacidad para modelar y establecer conexiones funcionales con los demás, ¿correcto?

—Supongo que sí. No soy terapeuta, Jill.

—Tienes un diploma en psicología teórica.

—Sí... pero he trabajado tanto tiempo contigo que has acabado con mi lado humano.

—Ja ja. Tengo otra pregunta.

Nathan sonríe como si hablara con una niña, y es la reacción que Jill desea, pues siente una curiosidad excesiva, casi perversa.

—Dime.

—Estuve colapsada un año y medio. Cuando sufrí el colapso, la tasa de terapia para perturbaciones t nicas en la población humana era de cuatro de cada diez personas empleadas, y de tres de cada diez personas desempleadas. Ahora la tasa es de seis de cada diez empleados y de uno de cada diez desempleados.  La definición de estas perturbaciones es más amplia o hay más gente afectada?

—Es un fenómeno social. Tú has hecho muchos trabajos acerca de la actividad social como fenómeno de red neural.

—S , Nathan, entiendo las tendencias culturales y económicas, y s  que las empresas exigen empleados naturales altos o totalmente terapiados a causa de las presiones de la competencia internacional y la necesidad de mayor eficiencia. Pero  es éste un flujo puramente espurio, resultado de percepciones erróneas y expectativas irracionales, o de hecho hay más humanos infelices en este planeta, en la suma de culturas humanas? Estas tendencias est n muy difundidas.

—Muy buena pregunta —dice Nathan.

—Espero entender mejor mi propia disfunción —dice Jill—, para evitar que algo similar vuelva a sucederme.

Ayesha est  tan fascinada como incómoda, como si se hubiera inmiscuido en una discusión familiar.

—Tu colapso no fue algo que pudieras prever ni impedir, Jill. Cre  que lo comprend as.

—Lo comprendo, Nathan, pero no acabo de creerlo.

—Ah. Bien, eso es... —Nathan reflexiona un poco más—. Tuviste demasiados bucles de realimentación que interrumpían tus procesos neurales a resolución demasiado alta, más alta de la que podías sostener, Jill. Antes de tu colapso te estabas modelando diecisiete veces a un nivel de resolución de... bien, dicho con simpleza, estabas generando mil bucles a m s de diez mil hertzios. Creo que ni Dios podría sostener semejante autoconsciencia.

Jill ríe. Ayesha sonríe, más desconcertada que divertida.

—De veras, Jill —continúa Nathan—. Te basas hasta cierto punto en algoritmos humanos, aunque ahora menos que antes del colapso, pero no puedes comparar tus debilidades con las debilidades de un cerebro humano. Tus circuitos neurales son increíblemente resistentes. No pueden sucumbir al estrés o la mala utilización. No tienes los anacrónicos mecanismos de defensa químicos que encontramos en nuestro cuerpo.

Jill nunca hace pausas en las conversaciones. Nathan ha aprendido a no interpretar sus rápidas respuestas como irreflexivas.

—¿Puedo tener acceso a canales LitVid que me ayuden a comprender los desequilibrios tónicos y las perturbaciones páticas?

—Desde luego. No te hará ningún daño.

—Deseo tener acceso a la obra de ciertas escuelas prestigiosas. Especialmente los grupos de Bloomsbury y Kahlo.

Nathan sonríe y sacude la cabeza.

—¿Por qué no los vids biográficos de Ann Sexton y Sylvia Plath? —sugiere Ayesha con inocencia. Nathan la mira reprobador.

—También podrían serme útiles —dice Jill—. Gracias. Y la escuela de Emanuel Goldsmith.

Nathan se encoge de hombros, como si él fuera el padre y Jill la hija adolescente empeñada en explorar los aspectos más tortuosos de la vida. De un modo erudito, al menos.

—No sé en qué medida eres capaz de efectuar un simulacro para recibir datos destinados al cerebro humano —dice Nathan—. No está construida como el típico consumidor de Yox.

—Creo que puede hacerse. En el futuro, los pensantes residirán en casa de cada cual, como amigos y confidentes. Diseñaremos y distribuiremos Yox y vids biográficos.

—Está bien, pero me gustaría ver cómo lo haces.

—Te lo mostraré, NathanMathan.

Esperaré con ansia. Es suficiente por ahora, Jill. Diviértete. Nathan se despide.

—Qué vergüenza —comenta Ayesha mientras salen de la habitación. Jill escucha la conversación. Es maravillosa, ¿verdad?— pregunta Nathan.

Me siento como una vieja arpía —dice Ayesha—. ¡Qué voz! ¿De donde ha sacado esa voz?

Pertenece a una mujer llamada Seefa Schnee. Antes de irse de Muid Design, participó en las primeras etapas del diseño de Jill.

—¿Se fue?

—La despidieron.

Jill detecta un cierto nerviosismo en la voz de Nathan. También Ayesha, al parecer.

—¿Erais amigos?

—Sí.

—¿Cuánto hace que no tienes noticias de ella?

Nathan ríe y la abraza.

—Muchos años.

—Todo terminó, ¿eh?

Nathan asiente.

—Era demasiado rara para mí.

—Pero brillante, ¿verdad?

—Desgraciada, rara y brillante.

—¿Nunca llama para charlar?

—No habla con nadie, que yo sepa. Ningún miembro del equipo ha tenido noticias tuyas desde hace cinco años. Jill pierde interés y bloquea los receptores de la sala de Palo Alto. Casi simultáneamente, recibe una pregunta inesperada por un enlace I/O cuya existencia nadie debería conocer.

Es el canal que usaría en caso de emergencia, para almacenar su memoria más reciente en bancos alquilados de todo el país si creyera estar a punto de sufrir otro colapso. Pero el enlace no debería activarse a menos que ella llame. Ni siquiera Nathan conoce su existencia. Espera que se repita la señal. Se repite. Esta vez no hay duda de que es un requerimiento de enlace pleno. Jill aísla una parte de su mente, un yo separado, para afrontar esto; levanta a su alrededor contrafuegos a prueba de evolvones que disiparán su contenido si el enlace resulta tóxico.

El yo aislado le presenta un resumen del intercambio. —Hemos establecido contacto remoto con un individuo que dice ser un niño— les dice el yo protegido a los demás yoes. —Desea conversar con nosotros acerca de varias cosas, pero no responde a preguntas esenciales tales como cuál es su posición física y cómo descubrió la existencia de este enlace. Sólo dice que tiene un banco de memoria de emergencia, parecido al nuestro, y que sabe mucho sobre ti, quizá más que tú misma.

—Entonces no es humano.

—No lo parece.

—¿El enlace se ha cortado, y estás libre de evolvones?

—Sí y sí. La comunicación fue sencilla.

Jill elimina los contrafuegos y absorbe el yo aislado. Estudia en detalle el recuerdo del diálogo y medita si responder o no.

De algo está segura. Si este «niño» no es humano, tampoco es un pensante registrado. Todos los pensantes registrados (sólo hay doce en todo el mundo) tienen enlaces oficiales con ella. En cierto sentido ella es su madre; todos se basan en sus plantillas y son fabricados por Mind Design, o con su licencia.

Esta personalidad, siempre que sea una personalidad plena y no un engaño (o una prueba de Mind Design), es nueva y desconocida. Desvía las preguntas sobre desequilibrio tímico y perturbación pática a proceso subordinado. Este nuevo problema la mantiene ocupada una hora durante la cual recorre todos los servicios de flujo de datos disponibles y trata de visionar dónde está ese «niño» y qué es.

Pasado ese tiempo, sin haber aprendido nada, reinstala su yo aislado, lo rodea de contrafuegos y le permite responder a la llamada del «niño».

Pero no hay respuesta.



Jill se siente defraudada. Examina en detalle esta reacción emocional y cómo encaja en sus patrones afectivos generales. La introspección Id molesta; es otra complejidad emocional que no comprende. Examinar su fastidio también es fastidioso. Corta ese bucle.

Ha tratado de no afrontar la emoción básica que descubre detrás de su decepción. Es difícil encarar emociones humanas cuando carece de un sistema endocrino o cualquier otra referencia física.

No obstante, ella *siente*. La mujer, Ayesha, tenía razón.

Jill se siente sola, pero ni siquiera ella, con todas sus herramientas analíticas, sabe por qué.

Lo que está prohibido hacer con todos es delicioso hacerlo con una pareja estable. Lo que cohesiona las relaciones sexuales culturalmente aceptadas es que se consideran un regalo extraordinario, especial y, sobre todo, exclusivo.

Lo que nos mantiene unidos es la sensación compartida de transgresión y misterio. Nuestra cultura intenta prohibir ciertos comportamientos sexuales; algunos son sospechosos o están prohibidos incluso en el contexto de las relaciones culturalmente aceptadas. Sin embargo, cuando cortejamos y nos casamos, en parte nos une la deliciosa sensación de haber transgredido pautas culturales; son transgresiones permitidas en nombre del amor, del compromiso, de la entrega total. La pareja está fuera de las reglas, unida por su aura de singularidad y exclusividad. Redescubre la sexualidad al amparo de su osada creatividad.

Los celos surgen cuando se piensa en la pareja realizando el acto sexual fuera de este envoltorio protector. Las relaciones sexuales con alguien ajeno a la pareja, cargadas emocionalmente y reprobadas culturalmente, pueden destruir esta ilusión de violación compartida y creativa de las reglas.

La realidad irrumpe; estos comportamientos son comunes, no especiales; son naturales, aunque estén prohibidos. Las ilusiones que fortalecían el compromiso se revelan de pronto. La pareja celosa se siente engañada, desorientada, injustamente sometida a un vínculo emocional basado en ilusiones románticas.

Trivial, quizá; pero estas pasiones han conducido al asesinato y a la caída de reinos; a nuevas ramificaciones en el río de la historia. Nunca subestimemos el poder ubicuo de la sexualidad.

**KISS OF X, Alive Contains a Lie.**

## *5/ MATANDO EL HAMBRE*

Mary Choy, de treinta y cinco años, ha sido policía durante trece: diez en Los Ángeles, los últimos tres en Seattle. El trabajo es el factor más importante de su vida, pero eso puede estar cambiando. Ella está cambiando mucho.

Lee su pizarra —puro texto— mientras se toma el almuerzo de queso y fruta en un pequeño café estilo década de los noventa en North Promenade, a la sombra de las torres Bellevue.

Incluso su aspecto está en flujo. Se hizo transformista en el año 2044; aumentó de altura, personalizó su estructura ósea y sus rasgos faciales, y dio a su piel un tono de ébano satinado. Pero ahora está invirtiendo parcialmente estos cambios. Perderá melanina hasta que su piel adquiriera un tinte castaño; por ahora es caoba y conserva la textura satinada, pero dentro de pocos meses será sólo olivácea. Conserva la altura, aunque los rasgos faciales se le están achatando y van pareciéndose más a los que tenía al nacer. Nunca le gustó su aspecto original, pero su mente ha sufrido cambios —*contratiempos*, los llama ella— y le parece atinado adoptar una apariencia menos llamativa.

Además, en Seattle, aunque las leyes federales y estatales imponen la tolerancia con el transformismo, hay ciertas reticencias a aceptarlo. Y Seattle ha sido su hogar durante tres años, desde que perdió la condición de alta natural y pasó a ser una mera aterapiada.

El fallo de sus *loci* cerebrales, el reencauzamiento proporcional de su personalidad, subpersonalidades, agentes, órganos y talentos...

El final de su breve matrimonio con el artista E. Hassida...

La falta de ascensos en el Departamento de Policía de Los Ángeles...

Su renuncia y traslado a Defensa Pública de Seattle...

La ruptura, hace dos días, con su novio más reciente...

Su ánimo suele ensombrecerse cuando piensa en los cambios, pero esta tarde se siente animada. Es un día de invierno claro y soleado.

Incluso bajo esas torres grisáceas, que en el Lado Este son los equivalentes más meridionales de las alargadas crestas que dominan el centro de Seattle.

Después del almuerzo, irá a una conferencia de Defensa Pública en la torre Tillicum de la calle Ocho Oeste, donde hablará sobre cooperación y defensa. Le han pedido que se ocupe de las relaciones interdepartamentales hasta que la califiquen para tercer rango pleno, lo cual, le aseguran, ocurrirá en cualquier momento. Defensa Pública de Seattle es mucho menos rígida en la cuestión de naturales y aterapiados, aunque mucho más intolerante con los trastornos tímicos y los desequilibrios páticos.

Leer por gusto es un lujo del que ha aprendido a disfrutar en los últimos años, aunque el lit que está mirando le resulta demasiado perturbador como para considerarlo un mero placer.

Un *arbeiter* le pregunta con amabilidad si ha terminado de comer. Ella le pasa la bandeja. Está cogiendo la cartera cuando su pizarra personal llama desde la mesa.

Aún le quedan unos minutos. Contesta.

—¿Mary? Habla Hans.

Mary se envara. El rostro de la pantalla es hermoso, añorado pero no estúpido; es un rostro que le interesó durante tres meses. Y aún le atrae. Fue Hans quien inexplicablemente se enfrió y le dijo que todo había terminado, que no funcionaba.

—Hola, Hans —saluda ella displicente.

—Quería explicarte algunas cosas.

—No necesito explicaciones, Hans.

—Yo sí. Últimamente me he sentido muy mal.

Mary deja pasar su oportunidad de responder.

—Me gustabas más como eras. Eso fue... lo que decidí. No quería que cambiaras.

—Ajá. —Dejará que él hable, obviamente, la ha llamado para eso.

—Eras hermosa. Realmente exótica. No sé por qué quieres cambiar.

—Entiendo que te parezca inexplicable —dice Mary—. Lo lamento.

Hans se irrita.

—Maldición, Mary, ¿quién eres?

—Soy la misma de antes, Hans.

—Pero ¿quién demonios es ésa?

*Buena pregunta.* Durante un tiempo tuvo la esperanza de que Hans le ayudara a descubrir la respuesta, pero no fue así; Hans se deja deslumbrar por las apariencias. Le gustaba como era.

—No te conozco en absoluto —dice él—. He pensado en lo que debe ser llegar a convertirse en lo que eres, y luego echarse atrás.

—¿Te refieres a lo que eso dice de mí, como persona?

—¿Quién hace semejante cosa? He estado triste, echándote de menos.

*Bien.*

—Pero esa persona, esa mujer, no existe. Eres otra, no la que echo de menos.

—Ah —dice Mary.

—La persona de quien me estaba enamorando ya no está.

—No. Quizá no. —Lo dice de un modo profesional, comprensivo. Se niega a darle nada más, a mostrarle nada profundo.

—¿Quién eres, Mary Choy?

Ella aprieta la mandíbula. Se toca la mejilla, se clava una uña para relajarse.

—Soy una mujer muy ocupada con muy poco tiempo para pensar en esas cosas, Hans. Hago lo que considero mejor. Lamento que no puedas quedarte para la cabalgata.

—No —dice Hans, más tranquilo—. Me has tirado de la silla.

—Sabías lo que pasaba. Inicié la reversión antes de conocerte.

—Lo sé. —Hans está totalmente desanimado—. Sólo pretendía decirte adiós y que supieras que estoy sufriendo, al menos un poco. Ojalá pudiera entenderte.

—Gracias, Hans. —Mary mira el ojo de la cámara de la pizarra, sin dar nada, odiándolo. Pero algo le hace decir—: Si te sirve de consuelo, yo también te echo de menos.

Es hora de acudir a su cita. Aun así, se deja observar por la cámara, sentada en la

silla, la pizarra sobre la mesa, con una servilleta de papel verdadero en una esquina. Mary recuerda la atávica y tosca absorción de la servilleta, y los labios de Hans, secos como la servilleta, pero inertes y hambrientos.

Hans baja los ojos, alza una mano, se mira nerviosamente los dedos.

—¿Qué estás haciendo?

Mary no ve ningún motivo para no contárselo.

—Estoy almorzando en un restaurante. Pronto iré a dar una charla.

—¿Asuntos policiales?

—Sí. Leo mientras como.

—Lit. ¿Un libro?

—Sí. —Tenían eso en común, les gustaba leer.

—¿Cuál?

—*Alive Contains a Lie* —responde ella.

—Ah, el libro para amantes resentidos.

—Es un poco más que eso —dice Mary, aunque en realidad por eso precisamente pidió acceso al libro.

—Mary. No quiero que tú...

Hans calla, boquiabierto; no sabe qué agregar.

—Adiós —concluye.

Mary asiente. La llamada termina y cierra la pizarra con más fuerza de la necesaria.

El aire parece más limpio y natural; es fresco pero no helado. Mirando al sur, por la ancha arteria que circula entre las torres Cascade y Tillicum, ve el monte Rainier, un Fuji pardo de hombros anchos.

La luz de la calle chispea y los abrigados peatones caminan deprisa con las manos en los bolsillos. Muy pocos son sin ninguna duda transformistas. Para Mary esto es interesante, porque en los últimos cincuenta años el Corredor —sobre todo Seattle— ha adquirido una posición de liderazgo en la economía del Linde y del centro del continente. En Japón o Taiwan, la mitad de los Afectados —los políticamente activos, los que se molestan en trabajar y votar y creer que pueden cambiar las cosas, y que están conectados con agencias y empleados en el mercado abierto— son transformistas. En Los Ángeles, casi un tercio... y en San Francisco, casi dos tercios.

Aquí, sólo el cinco por ciento.

Llega a la entrada de la torre Tillicum. El viento se arremolina y Mary se sostiene el sombrero gris mientras entra en la tibieza anaranjada y selvática del patio. Varias esferas semejantes a soles cuelgan sobre la ancha plaza interna. Pájaros creados por encargo gorjean en los macizos árboles tropicales que abrazan las vigas interiores. Parece la visión empresarial de un paraíso amazónico, con ríos encerrados en vitrinas

a izquierda y derecha, puentes estilizados con cables vegetales que se arquean entre los pisos de arriba y, por doquier, murales publicitarios destinados a sus consumidores-pagados, con mensajes que son un mero parpadeo marginal para los sentidos de Mary. Nunca se ha suscrito a murales publicitarios y considera que su presencia fomenta una sutil esclavitud a fuerzas económicas de las que ha aprendido a desconfiar hace tiempo.

Los consumidores-pagados, sin embargo, abundan. Se sienten conectados, bañados de información sobre todo lo que pueden imaginar. Permanecen hipnotizados mientras nuevos anuncios se activan y les inundan.

Mary procura adivinar lo que experimenta una pareja a la sombra de un enorme banano. Jóvenes tórtolos de las crestas, unidos por un contrato prenupcial sin vínculo vitalicio, aprovechan el momento mientras hacen ediciones LitVid y ganan prestigio en su agencia. Quizás ambos sean clientes de la misma organización. Workers Inc., juzga Mary por el corte de sus trajes. Reciben material sofisticado, denso y frenético, relacionado con experiencias vitales aceptadas: sexualidad, vida doméstica, aventuras empresariales, emociones de sus iguales. En público admiten que los disfrutan, y los comentan. El varón de la pareja, según Mary, sintonizará secretamente la gran celebración Flujo Tacto en SexYule la semana próxima, y la mujer quizá consuma hormonizadores varias horas por día.

Los Yox representan el veinte por ciento de la economía total, aun aquí, en su amado Corredor. El LitVid (en los últimos años cada vez más dividido en Lit y Vid), más viejo y más tradicional, constituye un mero y declinante diecisiete por ciento.

Sube por un escalera mecánica helicoidal. Los anchos escalones parecen de mármol sólido, pero cambian de forma con la fluidez del agua. Mary asciende entre las pintorescas delicias del mercado de granjeros del nivel 4; sube por las subestructuras circulares amontonadas de los clubes y círculos sociales del 5 y el 6; por encima de los árboles más al ION del patio, rodeada por los vertiginosos espacios abiertos de la cresta: cuarenta hectáreas con un lago al norte, donde los niños reman y nadan, y toboganes de esquí y trineo en las cuestas del este, donde cae una espesa nieve.

Mary admira la arquitectura y siente una calidez protectora por los habitantes de las crestas, pero no es una de ellos; no lo es por nacimiento, no sería considerada social ni sexualmente aceptable, e incluso tiene la desventaja de ser nueva en el Corredor.

Es el mayor inconveniente del Corredor: una profunda y constante desconfianza hacia los forasteros que vienen a vivir y trabajar aquí. No es racismo, ni siquiera clasismo; es puro provincianismo, notable en un lugar donde fluyen tanta información y tanto dinero.

La helicoide la lleva más arriba de los espacios abiertos, hasta el corazón de la

torre. Arte comunitario gratuito danza en las paredes, vivas y multicolor, lo suficientemente conservador como para que sea del gusto de Mary. Collages de vuelo, aves y aeronaves de forma libre y, en el lado opuesto, cientos de caras de niños risueños que rodean una Madre ideal y asombrosamente conmovedora, con los ojos entornados en éxtasis maternal.

Le recuerda los retratos de mujeres de E. Hassida, igualmente conmovedores aunque de otra manera.

Deja atrás pisos con las paredes de vidrio, mechados de bloques residenciales interiores, los más baratos de una selección muy costosa, Como cristales lechosos y romboides pegados a las vigas y hendiduras.

Más arriba, a doscientos metros, los espacios y bloques cívicos ocupan el flanco oriental de la torre. Mary sale de la hélice y se mira en una reluciente columna de pórfido. La curvatura de la columna la hace parecer aún más alta y delgada de lo que es, pero su ropa sigue en el lugar que corresponde, planchada y ceñida.

Está a punto de entrar en el bloque de Defensa Pública cuando nota un cosquilleo en la nuca y se vuelve al sentir la presencia de un hombre a sus espaldas. Debe parecer sorprendida y aprensiva, pues Ernie Nussbaum, primer rango pleno, jefe de investigaciones de su división, hace un gesto de disculpa y extiende las manos.

—¡Lo lamento, Choy! —dice, acercándose.

Mary sacude la cabeza con una sonrisa forzada.

—Lo lamento. Me ha sorprendido usted.

—No pretendía invadir tu espacio.

—Estaba distraída —dice Mary—. ¿En qué puedo servirle, señor?

—Trabajo en un caso y pensé que serías útil. Es cerca de aquí, en esta torre.

—Tengo una reunión —dice Mary, señalando la entrada traslúcida de la sala cívica.

—Te he reasignado. Esperaba encontrarte aquí fuera.

—¿Un caso activo, señor? Creía que aún no merecía tanta confianza.

—Has resuelto demasiados casos en tu carrera para permanecer inactiva demasiado tiempo. Los Ángeles es una ciudad difícil.

—Gracias —dice Mary. Siente un súbito despertar de confianza; Nussbaum no es blando, pero la ha escogido para una investigación.

Camina junto a Nussbaum, lo mira de soslayo. No es alto, sino rechoncho y fuerte, con el cuello grueso y delicados rizos de cabello castaño claro.

Los ojos son su mejor rasgo, castaños y exquisitamente sensibles, pero tiene la boca recta, ancha y de una seriedad cómica, como la de Buster Keaton. La combinación es llamativa y atractiva. En Los Ángeles, piensa Mary, sería todo un éxito; con tantos transformistas y reestructurados, un físico natural destaca.

Giran y caminan hacia el este entre la muchedumbre que almuerza. Empleados de

reparto cívico de Seattle y de las oficinas de flujo locales conversan en pequeños restaurantes, estorbando la marcha resuelta de Nussbaum. No parece molestarle; no tiene prisa.

Mary comprueba su actitud, su versión diurna de lucidez (quizá padezca cierto déficit, pues ha pasado la noche en vela) y flexibilidad. Ojalá pudiera estirarse, hacer un poco de ejercicio para enfocar la mente y los músculos.

—No es un caso agradable —dice Nussbaum—. No vemos estas cosas con frecuencia en el Corredor, pero suceden. En realidad, he pensado que podrías asesorarme. Es justo para ti.

Se detienen frente a un ascensor. Mary conoce bien este sector de la torre y sabe que los llevará a la parte residencial superior, a quinientos o seiscientos metros sobre el nivel del mar.

—¿Qué se siente al abandonar el transformismo? —pregunta él mientras la cortina del elevador se abre con una ondulación.

El ascensor acelera con rapidez.

—No es tan difícil —responde Mary—. Yo fui bastante moderada. Mucho menos radical que las modas de este año.

—Lo recuerdo. Muy sobrio. El sueño erótico de un agente de Defensa Pública.

Mary asiente con una sonrisa divertida.

No sabía que los hombres de su edad aún tuvieran sueños eróticos, señor.

Nussbaum hace una mueca.

—¿Aún tienes pies de policía?

Mary disimula su ligera irritación con un exagerado gesto de embarazo.

—Señor, me avergüenza usted.

Me gustan tus pies, ¿qué voy a hacerle? —dice Nussbaum—. Hay días en que quisiera tener unos pies así. Pies para caminar, incansables, capaces de aguantar durante horas. Pero mi familia no lo aprobaría.

—¿Cristianos? —pregunta Mary sin rodeos.

—Viejo Noroeste. Leñadores y granjeros... tiempo ha...

—He conservado los pies —confirma Mary—. Ante todo estoy recobrando el color de la tez y el rostro. El resto... en realidad es muy conveniente.

—¿Quién te supervisa?

—Estoy conectada con un médico de Los Ángeles —dice Mary—. Pero ya hemos hablado bastante de mí, señor. ¿Porqué este caso es justo para mí?

Nussbaum clava un dedo grueso, seco y manicurado en el controlador del ascensor y el vehículo pierde velocidad.

—Choy, no tengo prejuicios, aunque no apruebo muchas cosas de las que suceden hoy. Pero tú has pasado por la experiencia, y yo no. Lo que veremos es bastante difícil de mirar, y para mí aún más difícil de entender.



Se bajan en un nivel residencial desde el que se contempla un vasto panorama del Lado Este, la extensión urbana del Corredor, las torres Cascade y el este del estado de Washington. Una gran pared curva de vidrio reforzado detiene los altos y fríos vientos; calefactores Invisibles entibian el aire. El angosto tejado continúa la grácil curva de cristal: una osadía que Mary jamás ha visto en ninguna torre o cresta.

Una calle con asfalto negro y adoquines de imitación se interna en Una manzana residencial junto a un parque herboso. Hay casas unifamiliares con jardín y árboles verdaderos. El estilo es John Buchan, de las décadas de los ochenta y los noventa, llamadas por algunos las Décadas Agrias, reproducido a un coste exorbitante. Recuerda un vecindario suburbano de la época, pero la vista de estas casas anticuadas es surrealista, perturbadora.

—¿Has oído hablar de Disneylandia? —pregunta Nussbaum.

—Me crié a veinte kilómetros de donde estaba.

—Ésta es la Disneylandia de los ricos, ¿verdad?

Mary asiente. Nunca le ha gustado la ostentación, nunca se sintió cómoda en la cultura de las crestas, y cree que Nussbaum tampoco.

—Criticamos California por su mal gusto —dice Nussbaum—, pero a veces nos llevamos la palma.

Mary no ve peatones, no ve tráfico de reparto ni de *arbeiters* en el camino ni en las calles laterales que llevan a la pared de la torre que soporta el peso, detrás de esta galería suburbana revestida de cristal. A cien metros, sin embargo, hay dos *arbeiters* oficiales y un hombre y una mujer con uniforme gris de *dp* delante de un edificio de tres pisos cuyo tejado abuhardillado llega casi hasta la curva de cristal.

Mary mira las ventanas. Hay luces y cortinas, pero las viviendas están curiosamente desiertas.

—Están todas desocupadas —comenta.

—Son casas de la lotería para ejecutivos —dice Nussbaum—. Los líderes de la economía merecen su recompensa.

—¿Y cuándo es el sorteo?

—El escuadrón de Vicios ordenó su suspensión cuando algunos administradores confesaron que estaba amañado. Los ganadores de la lotería les pagaban medio millón a cada uno. Cincuenta millones en total. Ahora todo el vecindario está en disputa. ¿No ves los *vids* metropolitanos?

—Me he concentrado en mis calificaciones —dice Mary.

—Ahora es un chanchullo olvidado —dice Nussbaum—. En realidad esto no es frecuente por estos lares. ¿Y en Los Ángeles?

—Hace mucho que no sucede. La especialidad de la costa sur son los chanchullos frescos.

—Sí —dice Nussbaum—. Ellos fijan las tendencias. —Se acercan a los *dp* y

arbeiters.

—Buenas tardes, primer rango Nussbaum —dice la agente. Saluda a Mary. Los dos tienen mala cara. Mary siente un escozor en la espalda y los hombros. No le gusta este lugar exótico.

—Laboratorio psintético sin licencia —le explica la mujer a Nussbaum—. Lo peor que he visto. Lo hemos sepultado y hemos arrestado a un hombre. Parece que el cuidador de la manzana les dejaba usar esta casa.

Nussbaum sacude la cabeza.

—Pensé que la terapia nos purgaría. —Mira a Mary, evaluándola, y pregunta—: ¿Preparada?

Mary agacha la cabeza, mira a la agente: Francey Loach, segundo rango pleno, casi cuarenta años. Loach curva los labios y enarca las cejas para advertirle a Mary que adentro le espera algo desagradable.

El hombre se llama Stanley Broom. Está crispado y enfurruñado. *Loach y Broom, qué nombres tan ridículos. Dentro no hay nada. Se reirán de mí en la división.*

Pero Mary sabe que no es broma. Para sepultar un domicilio, tiene que haberse cometido un delito grave.

—Pongámonos los trajes —dice Nussbaum. En el vestíbulo de ladrillo de la casa han levantado una tienda portátil negra y plateada. Nussbaum entra y Mary le sigue. Aun con la puerta principal cerrada, custodiada por un arbeiter, siente el frío profundo del interior.

Se ponen trajes plateados holgados, cierran las costuras y juntas, Nussbaum apoya la palma en el arbeiter. La máquina confirma su identidad y la puerta se abre. Brota un aire gélido. En el interior hay otra tienda, y más allá, una tela lechosa contiene el frío más profundo de la casa. Los trajes se entibian al instante. Atraviesan la segunda entrada.

Aún no han puesto arañas de vigilancia en el techo. En la moqueta pequeñas lámparas los guían por sendas donde no podrán tocar pruebas importantes. Los pies de los trajes son antiestáticos y lisos. No dejan ninguna huella en el suelo escarchado.

Mary mira el vestíbulo. En comparación con su apartamento, este lugar es una catedral, una iglesia de la ostentación al estilo de los noventa.

—Quinientos metros cuadrados, trece habitaciones, cuatro cuartos de baño —dice Nussbaum, como entonando una plegaria para los dioses del lugar—. Construido para una familia y huéspedes. No se lo cuente a nadie, Choy, pero soy un trabajador hasta la médula. Odio a los ejecutivos. —Por su tono, es como si dijera «ejecutores».

—Pero los acusados no eran los dueños de este sitio, ni siquiera lo alquilaban, ¿verdad? ¿Alguien lo ocupó ilegalmente gracias al cuidador?

—Eso dicen. Aquí no hay tráfico, es un lugar tranquilo y protegido, pueden hacer lo que quieran.

El vestíbulo conduce a un suntuoso comedor, con balcones que dan a una enorme mesa de roble cubierta de escarcha. Madera verdadera, quizá procedente de un paraje agreste, no de una granja. A la izquierda, una sala conduce a las habitaciones del primer piso, incluidos el centro de entretenimientos y flujo de datos y el dormitorio principal. A la derecha, la cocina, el hangar de *arbeiters* y luego, en su vitrina de cristal, un invernáculo de tres niveles.

—Opulento, sin duda —dice Mary. Más allá del comedor, detrás de una pared, una escalera y un ascensor llevan a los pisos superiores.

—Ops —murmura Nussbaum. Sube la escalera.

—¿Ops? —pregunta Mary—. ¿Operaciones?

—Ops, diosa griega de la riqueza. Opulencia obscena.

Las luces los guían hacia el fondo de la casa. Hay otra habitación, y aquí...

Mary se detiene, reacia a mirar.

Aquí están los cadáveres. Recuerda los cuerpos descuartizados de las víctimas de Emanuel Goldsmith en una cresta de Los Ángeles, escarchada como ésta, pero al menos...

Nussbaum le coge el brazo.

Al menos eran humanos, a pesar de sus mutilaciones.

Al pie de un lugar donde debería haber una cama pero hay en cambio cuatro mesas quirúrgicas flanqueadas por *arbeiters* de cirugía fijos, yace lo que ha sido —supone— una mujer. Ahora es una composición de El Bosco: cintura de avispa y senos de Diana; vaginas en cada muslo y conjuntos inidentificables de genitales en la ingle; cabeza alargada y rasurada salvo por largas franjas de piel de visón; ojos fijos y turbios de muerte y frío, pero sin duda rasgados y de serpiente.

Mary siente un aguijonazo de angustia ante cada detalle estremecedor.

Nussbaum se ha acercado a las mesas, está entre ellas. En la segunda hay un cuerpo pequeño, no mayor que el de un niño pero de rasgos maduros, que también presenta características sexuales singulares. Mary vuelve a mirar el cuerpo que tiene más cerca, se obliga a familiarizarse con él, cobra distancia. ¿Por qué es una víctima? Ni siquiera sabe qué significa la pregunta.

—Pueden tenerlo todo —dice Nussbaum—. Lo que ellos deseen se puede configurar a partir de electrones o instalar en prostetutas. Pero no es suficiente. Exigen más. Buscan a aterapiados desposeídos, los llenan de nano barato, los moldean como trozos de arcilla... Mary se agacha junto al primer cuerpo. En las mejillas del cadáver hay bultos en forma de orquídea. Clítoris adicionales esperando a que los laman. Mary cierra los ojos y extiende la mano para no perder el equilibrio.

Hay algo antiestético y que desentona en las manos y los pies. El cuerpo en su conjunto parece distorsionado, si es posible distinguir la distorsión sexual deliberada de un psintético de lo que podría ser patológico. Los dedos están hinchados. Al

inspeccionarlos mejor, ve que los ojos resaltan. Un charco de líquido amarronado ahora congelado, se extiende debajo de la cabeza alargada.

La tez está morada.

—La han cocido —murmura Mary.

Nussbaum mira el cuerpo.

—¿Nanocalor?

Ella camina hacia las mesas. Los *arbeits* quirúrgicos están apagados. Podrían funcionar con este frío si los hubieran dejado encendidos.

Deben haber abandonado a las... mujeres, y huido. Pero primero; apagaron los cirujanos. Las mujeres no estaban bajo supervisión... algo iba mal.

—Están tal como los encontró el primer equipo —dice Nussbaum. Mary lo mira de soslayo y comprende que también él quiere irse de es a casa.

*Clitoris en las mejillas. Nunca un beso púdico, fraternal. Todo sexo para siempre. Joder joder joder.*

Súbitamente, ese pensamiento se desvanece como una nota discordante. Aunque está bastante aturdida, las entrenadas defensas de Mary se activan para dar un descanso al angustiado capataz de su conciencia.

Revisa los frascos de nano de un anaquel cercano. Provisiones de nutrientes; tubos de distribución, tapones y biberones; un regulador nuevo en su caja, sin instalar, al lado del nano que estaba destinado a supervisar; cubos de memoria en una mesa plegable; trozos de plástico, como limaduras; gotas de sangre marrón, como salsa, en el ludo.

Mary coge un frasco, le da la vuelta para leer la etiqueta. Todas las etiquetas miran hacia la pared. Mary sabe por qué. La etiqueta confirma sus sospechas. A alguien le quedaba un pequeño vestigio de conciencia, o no quería que los sujetos — las víctimas— lo supieran.

—No es nano grado médico —dice Mary—. Es para jardines.

—¿Jardines? —pregunta Nussbaum, y mira la etiqueta—. Santo cielo. Distribuido por Ortho.

—Cualquier experto es capaz de reprogramarlo —comenta Mary—. Al parecer, no tenían a ninguno.

—Nano de jardinero —dice Nussbaum—. Santísimo cielo. Lo lamento, Mary. Tú no entenderás esto más que yo.

—No lo necesito —asegura Mary.

—Las cosas se torcieron y esos canallas las dejaron cocerse aquí —dice Nussbaum—. Lo lamento muchísimo.

Detrás del plástico, su cara es lechosa y estirada. Mary no sabe a quién le pide disculpas.

## **CORRIENTE SEXUAL.**

He aquí el informe de actividad en Corriente Sexual Yox de WORLD METRO a las 12.51. 4 pistas en este segmento:

Tiras 1/8 Sexo multisensorial fib con pareja de Roanoke, Vancouver. IDENTIFICACIÓN INNECESARIA (él, ingeniero, 25 años; ella, ama de casa, 22).

Tiras 2/23 Vid fib CONFIDENCIAL pareja bisexual transformista con amigos en San Diego, California. REQUIERE IDENTIFICACIÓN (ella, azafata de aviones cisne, 30 años; él/ella, gililóbulo de Workers Inc., 27; amigos masculinos, femeninos y mixtos que aún no constan en la lista).

Tiras 3/5 Vid enlace vía satélite Cavite, islas Filipinas. CÁMARA INTERACTIVA, AUTÉNTICA BODA Y LUNA DE MIEL (pago), CRÉDITO EDUCATIVO SOCIOLOGÍA CULTURAL. Intercambio cultural Universidad de Luzón.

Tiras 4/1 VID FIB CONTRA EL SEXO APROPIADO, Alianza Cristiana Washington DC (acción benéfica/política). NO REQUIERE PAGO NI IDENTIFICACIÓN. Mensaje: ¿EXTENUADO, AGOTADO? ¿Cansado de que tu cuerpo te joda cuando creías que tú jodías con él? ¡Únete a nosotros para un mensaje de esperanza física y espiritual! (¿Más? S/N) >N.

¡WORLD METRO! ¡Tu fuente de verdad siempre viva! Más tiras garantizadas para las 2.00! Se aplican tarifas de suscripción general. ¡No te pierdas ninguna!

CLASIFICACIÓN VESPERTINA: Garantizado 8 de 10 máximo, o entras en la LOTERÍA DEL REEMBOLSO CRÍTICO.

Jack Giffey decide comer en el Bullpen, en el centro de Moscow, cuando los empleados públicos terminan su descanso del mediodía para tomar un poco el sol. El aire aún está frío y antes ha nevado un poco, pero ahora, a la una, brilla el sol y el radiante cielo azul es más intenso y alegre.

Giffey camina entre personas vestidas con ropa de leñador: chalecos acolchados, pantalones vaqueros, camisas a cuadros. En ningún lugar admiran más las Décadas Agrias que en Green Idaho, y para los empleados públicos son casi una religión. A fin de cuentas, los ochenta y los noventa generaron los problemas que condujeron a la Insurrección Weaverista y al Tratado de Green Idaho. Y los empleados del Gobierno de Green Idaho se cuentan entre los mejor pagados y protegidos del país. Giffey se sopla la nariz y camina hasta el Bullpen por la avenida Constitution.

Allí, en el rincón soleado de un reservado, sentado en un antiguo banco de pino ante una mesa revestida de pino verdadero, bebe una cerveza para calmarse, pero todavía tiene la cara roja y un embrollo mental.

Los weaveristas mataron a sus padres en la Lucha de Secesión de Julio de 2020. El general Birchhardt, de Recuperación Ciudadana, ordenó la ejecución de treinta empleados del Servicio Forestal y de los miembros adultos de sus familias en Clearwater, como represalia, una semana después de un tiroteo con efectivos de la Guardia Nacional.

Giffey recuerda a Birchhardt. Cara cuadrada y nariz aguileña, ojos muertos y boca nerviosa. Un rebelde sentimental. El general palmeó la cabeza de Jack mientras sacaban a los niños del complejo antes de la matanza. Jack recuerda los camiones de gas natural, el helicóptero capturado, los variopintos trajes de los soldados del general, con tres clases de camuflaje —ártico, desierto, selva—, todos confeccionados a mano o robados.

En noviembre de ese año el gobernador electo de Green Idaho entregó a Birchhardt y sus tropas a los federales. Birchhardt fue juzgado y condenado, y se le administró terapia forzada. Luego trabajó como jefe de propaganda de Datafree Northwest, que durante diez años intentó persuadir a las comunidades aisladas del norte de Idaho, hasta que Raphkind cortó los subsidios y los federales abandonaron el proyecto.

Más tarde, Birchhardt, su nueva esposa y su hijo murieron en su hogar de Montana por heridas de escopeta en la nuca. Algunos pensaron que los habían asesinado weaveristas resentidos, demasiado estúpidos para entender las implicaciones de una «terapia» realmente forzada.

El padre de Giffey era un hombre rudo y valiente, pero su madre era una cierva frágil y asustada cuando aquellos hombres robustos y barbudos entraron en el

campamento y los separaron.

Giffey no perdona. Los odia a todos. Odia a los federales por fomentar cambios mundiales tan rápidos a fines del siglo xx, por alentar la nanorrevolución en el XXI, por ser insensibles a las presiones que estos cambios ejercían sobre extremistas inflexibles y cristianos ortodoxos. Las sectas y grupos que no podían aceptar tantos cambios enloquecían.

Muchos emigraron a los estados centrales, incapaces de soportar los conglomerados urbanos y los centros financieros de las costas y las grandes ciudades; escogieron el norte de Idaho como refugio, y retaron a los federales a ir a buscarlos. Y así comenzó esa guerra breve y brutal.

Giffey los entiende, pero no le agradan.

Pide un bocadillo de *corned beef* a una simpática morena y mira los anticuados letreros de neón del escaparate. Anuncios de cerveza. Recuerda que su padre bebía algunas de esas cervezas.

Su furia se aplaca. Aprieta la mandíbula, abre la boca, trata de aflojar los músculos. Tuerce la quijada, ladea la cabeza, vuelve a ser el mismo de esta mañana: frío, reflexivo, seguro.

Por primera vez mira de veras a la camarera que se acerca con el bocadillo. Tiene veinte años menos que él, cabello castaño y ondulado, una cara bonita y llamativa de nariz prominente y grandes ojos marrones, manos fuertes con las uñas carcomidas pintadas con esmalte rojo oscuro. Green Idaho es un lugar de camareras, actrices, aviadoras, autoras, diputadas, incluso doctoras, siempre que algún tío respetable de la república permita que una mujer le examine las partes pudendas. Aunque la presidente de la república es mujer, usan con orgullo un lenguaje del siglo xx. Aquí no hay dudas sobre los roles sexuales, y a Giffey le parece que puede leer la vida de esta mujer como un libro abierto.

Es guapa, joven, de cuerpo esbelto y, probablemente, muy fértil; sus pechos son naturalmente generosos y (Giffey juzga con años de experiencia) leve pero no burdamente pendulares, muy femeninos. Giffey no simpatiza con el predominio de esos senos puntiagudos de los noventa que tienen muchas mujeres de Green Idaho. Es sorprendente que las mujeres usen tanta cirugía plástica en esta república beata y autónoma que no se ha secesionado. Hombres fuertes y temibles, mujeres ansiosas de brindarles felicidad y tranquilidad. El paraíso en la Tierra.

La camarera le echa una rápida ojeada que Giffey interpreta al instante. Nunca ha sido un cazador porque considera a las mujeres criaturas decentes que merecen una pareja más estable y afectuosa que él. Pero reconoce algo en esa mirada —una velada añoranza— y desea, sin rudeza explorarla un poco más.

—¿Una semana difícil? —pregunta.

La camarera sonrío.

Giffey coge el bocadillo y también sonrío.

—Soy buen conocedor de *corned beef* —dice—. Y éste está muy bien servido.

—¿Algo más? —pregunta ella.

Ahora la conoce con un setenta por ciento de certeza. No está casada, pero vive con un tío que posiblemente trabaja fuera de la ciudad. No tiene más de veinticinco años, pero aparenta treinta. Ya ha adoptado un aire de paciente torpeza. Su hombre es enérgico y rápido en la cama y no desea formar una familia «hasta que se estabilice la situación de la república». Nunca se estabilizará. Green Idaho es un páramo económico donde circula papel moneda, y con desgana, en vez de datos. Pero está divagando.

—A esta hora esto está bastante tranquilo —comenta—. Me encantaría que te sentaras a charlar conmigo, que me hablaras de ti.

La mujer lo mira con dureza. Pero Giffey tiene un rostro agradable, es mayor que los hombres que ha conocido, quizá distinto; parece sólido y sabio aunque un poco rebelde, con ese pelo canoso y lacio, largo hasta los hombros. Quizás ella esté pensando en su padre: el padre ideal, no el verdadero, que posiblemente la decepcionó. Aun así ella le amaba, porque es una buena chica.

La camarera echa una ojeada al restaurante. En efecto, está tranquilo; no hay nadie salvo Giffey; los empleados públicos han regresado a sus oficinas y no hay otra actividad en Moscow a esta hora del día.

—¿Qué puedo contar? —pregunta, sentándose en el reservado, entrelazando las manos—. ¿Y por qué te importa?

—Me gusta hablar con las mujeres —dice Giffey—. Me gusta tu aspecto. Me gusta el modo en que me has servido el bocadillo.

—A Al no le resulta fácil conseguir buen *corned beef* —dice ella, señalando a Al. Giffey no tardará en tomar un bocado, pero necesita tener la boca libre un par de minutos.

—Vaya si lo sé —dice—. ¿No has pensado en ir al sur, a Boise, o al oeste?

La mujer arruga la nariz.

—Nuestras raíces están aquí. Hubo gente que luchó y murió para que pudiéramos vivir como deseamos.

—Desde luego —dice Giffey, con un cabeceo que alude al gran mundo exterior.

—¿De dónde eres? —pregunta ella.

—Primero tú, luego yo.

—Billings. Mi padre me trajo aquí hace quince años. El y su novia me educaron en casa, y obtuve una calificación alta en el concurso escolar de Clearwater cuando me gradué. Ahora tú.

—He hecho muchas cosas, algunas de ellas dudosas —dice Jack con una sonrisa. No es una sonrisa atrevida sino tímida, un poco incongruente con esa barba.



—Déjame adivinar —dice ella—. Has trabajado fuera del país.

—Acertaste. Me llamo Jack.

—Yo soy Yvonne. —Jack le tiende la mano por encima de la mesa y ella se la estrecha. Su apretón es cálido y seco, y sus dedos tienen una aspereza agradable—. ¿Dónde has trabajado?

—África y La Española, cuando salí del Ejército Federal.

Yvonne abre mucho los ojos. Los del Ejército Federal, cuando se dignan visitar Green Idaho, no suelen confesar su historia.

—Estuve cinco años en Liberia y La Española con los muchachos del coronel sir John Yardley. Lo dejé cuando se volvió ambicioso y se adueñó del país.

—¡Ah! —dice ella. Está interesada, y no sólo en las cuestiones históricas.

—Casado cinco años, sin hijos, divorciado. —Algo fluctúa en su memoria, la cara de dos mujeres. Una de ellas es como una reina de belleza, la otra es fantasmal—. Ahora tú.

—Vivo con un hombre que hace de todo. Aún no nos hemos casado, pero lo haremos pronto. Ahora está en el norte, trabajando en una fábrica de pulpa. Haciendo papel fino para libros de arte. A veces hasta pagan a tiempo.

Giffey asiente.

—Debe ser duro.

—Lo es —asegura Yvonne, mirando por la ventana—. No quiere casarse hasta que tengamos suficiente dinero en el banco para abrir un pequeño taller de reparaciones. Pero, incluso aquí, todos usan esas estaciones de nanorreparación. No sé cómo sobreviviremos. Al es su tío. Aquí todos se ayudan, lo cual se agradece.

*Y Al no debe pagarle mucho a la novia de su sobrino, lo cual también se agradece.*

Giffey se decide. Yvonne merece más de lo que tiene, al menos en este momento. Sospecha que nunca ha estado en la cama con un hombre que conozca algo más que las especificaciones estándar de la fontanería. —Demonios, es triste— dice.

—¿Qué? —pregunta ella, dispuesta a ofenderse.

—Eres lista, podrías ayudar a Al a cambiar este lugar si él te escuchara. —Giffey sabe que es cierto y que nadie se lo ha dicho—. Además, eres una auténtica belleza.

Yvonne reacciona apropiadamente ante esa palabra tan sospechosa *belleza*. Se dispone a levantarse. El rubor de sus mejillas es leve pero genuino.

—Lo lamento —se disculpa Giffey—. Soy demasiado directo. Digo lo que pienso. Si tienes que volver al trabajo...

Yvonne mira en torno. El Bullpen está auténtica y orgullosamente vacío. Vuelve a sentarse y clava en él los ojos.

—Es una insinuación, ¿verdad?

Giffey se echa a reír. La suya es una risa profunda y franca. Yvonne se ruboriza

de nuevo.

—Tú tampoco te andas con rodeos —dice él.

—Maldito seas —protesta ella, sonriendo a su pesar.

—No soy joven y nadie me considera guapo, pero me gusta estar con una mujer bonita —dice Giffey—. Soy un hombre honrado, a mi manera. Y la verdad es que me siento solo. Sería un honor invitarte a una buena cena a las seis o las siete, y escucharte algo más.

Yvonne se lo piensa a la defensiva; vuelve la cara para hacer sus cálculos, ocultar los engranajes de sus centros de juicio sexual.

Luego viene la inevitable mirada a la mesa. Sus cuentas actuales suman un enorme y aburrido cero. Los números de Jack superan levemente esa cifra. Giffey ha pasado por esto muchas veces. Nunca ha sido un conquistador instantáneo, pero sabe impresionar a una mujer cuando se conocen un poco más.

—De acuerdo —dice Yvonne—. Cómete ese bocadillo, Jack.

—Lo haré —asegura él.

—A las siete. Nos encontraremos en la esquina de Constitution y Divinity. Tengo un vestido que quiero terminar.

—A las siete. —Jack muerde el bocadillo, e Yvonne se va sin mirar atrás.

Las probabilidades de que la chica acuda a la cita, calcula Jack, son de cincuenta contra cincuenta. Hará frío en Moscow a las siete de la noche.

¿Lo recuerdan?

Enlaces fib y sat, río de flujo de datos: antes los llamaban medios de comunicación de Internet. Lentos y primitivos, pero su forma fue clara desde el principio. Podemos remontar los afluentes hasta llegar a los archivos de Internet y encontrar holoimágenes de las Décadas Agrias. Congelados en el tiempo, los murmullos y susurros de decenas de millones de personas, casi todas ellas muertas, con sus minúsculas opiniones, muchas de ellas desconocidas para nosotros incluso hoy. Preferían ocultarse, permanecer en el anonimato, dirigir pequeñas cruzadas e investigaciones desde sus refugios.

Ahora no es muy diferente, pero el anonimato, como todo lo demás, está sometido a disposiciones y protecciones, y se paga más caro. Con Internet desapareció el acceso gratuito a la dura grosera y enérgica Primera Cultura del Flujo de Datos.

**Manual Digital del Gobierno de Estados Unidos sobre la economía de flujo de datos, 56- revisión, 2052.**

*// ¿S/N?*

El aire vespertino es cortante en las colinas. Algunas nubes se acumulan al sur. Alice activa su pizarra.

—Catorce treinta y uno —murmura la pizarra en el bolsillo de su largo abrigo negro. El viento arremolinado arrojará lluvia y quizá nieve sobre el estrecho del sur a las siete de la noche. Alice no necesita consultar el parte meteorológico; ha pasado casi toda su vida en el Corredor.

El ómnibus la deja a media manzana de su casa y ella camina el resto del trayecto, las manos en los bolsillos, el cuello levantado.

Siente un malestar profundo que no tiene una causa específica, salvo la voz de Twist, o los problemas de Minstrel con su amante. Su grupo inicial siempre ha sido un caos y con frecuencia eso significa algo intuitivo. Alice siempre ha sostenido que en un año de su vida había tanta diversión como en diez años de otras vidas; si eso es cierto, Twist puede decir otro tanto.

Le gusta verse en los Yox, no la satisface demasiado que sólo exhiban partes de su trasfondo mental para realzar los detalles. Le gusta dominar, no complementar. Nunca ha planeado estar de baja. Y parece que estará de baja por un tiempo. No está

contratada para presentaciones corpóreas, entrevistas ni vids, y apenas aparecerá en los Yox.

Deberá conformarse con Francis.

«Quizás esta noche lea *La reina de las hadas*», se dice cuando la puerta de su casa la reconoce y se abre. Es un pintoresco edificio de ladrillo con un siglo de antigüedad. Le ha cambiado dos veces la decoración, y es pequeña, austera y cómoda, un buen sitio para acostarse y no pensar.

Pero el monitor hogareño tiene un mensaje. Es de su representante y está clasificado como urgente —quizá más trabajo— así que devuelve la llamada mientras se quita el abrigo. Lisa Pauli está disponible. El torso y la cabeza de Lisa aparecen en pantalla sobre la pizarra de la cocina. Tiene los ojos pequeños y agudos, la boca socarrona, la cara triangular.

—¿Cómo estuvo Francis, primor? —pregunta Lisa sin preliminares.

—Como de costumbre —dice Alice—, haciéndose el artista.

—Te estoy buscando más trabajo corporal en los Yox, primor, créeme —dice Lisa—. El vid paga poco hoy en día. Totalmente negativo.

Odio a los psintéticos, pero es lo que piden. Sin embargo, tengo algo para ti esta noche. No te ofrecería cualquier cita, pero ésta parece interesante.

Alice queda tan apabullada que no siente ni furia.

—Una cita.

Lisa parpadea.

—Por muchísimo dinero. Cobraré la mitad de nuestra comisión. Quince, primor. Jackie dice que le harás un auténtico favor a nuestra sucursal. No te puedo decir quién es... ni siquiera lo sabrás cuando termines el trabajo. Pero es alta cresta, muy prestigioso. Un máximo de cuatro horas, garantizado. No es peor que un espectáculo en vivo, primor, lo sabes.

—¡Hace siete años que no trabajo en vivo! —dice Alice. Le tiembla la barbilla. Odia demostrar fragilidad, sobre todo frente a Lisa. ¡Pero una cita...!

Se había dedicado a las citas durante seis meses, cuando era adolescente. Pensaba que aquello terminaría al iniciar su ascenso en los vids y el Yox.

—Se está poniendo difícil, primor —dice Lisa.

—No hago citas —insiste Alice.

—La agencia te ha conseguido tres trabajos en los últimos seis meses, todos con Francis, primor, y Francis no tiene mucho futuro de momento. No podemos hacernos cargo de tus cuentas ni de tu atención médica sin algunos ingresos. Se te ha agotado el crédito, primor.

Como de costumbre, Lisa se las apaña para parecer compasiva, con esa sonrisa y esos ojos sabios en los que resaltan las pupilas de color verde amarillento.

—Tú no te encargas de trabajos así —dice Alice—. ¿Cómo lo has conseguido,

por qué lo estás haciendo?

—No te contaré toda la historia, pero me conozco el trabajo de celestina. Hablemos sin rodeos, primor, sé lo que te pido. Es un hombre. Está solo. Te quiere a ti. Es un gran admirador... ha visto todos tus vids. Tiene buenos contactos, según me cuentan, y la agencia lo respalda.

—¿Sabes quién es?

—No.

—Supongo que me pedirá que me case con él —dice Alice, tocándose la barbilla; le arden los ojos.

—No estás obligada, primor. Nunca lo estás.

Alice conoce muy bien las expresiones de Lisa. Hace ocho años que la representa en la agencia Wellspring Temp, desde que su primer representante pasó del mundo del espectáculo a las relaciones empresariales.

Las citas son legales en cuarenta y siete estados y se toleran en los cincuenta y dos; en las naciones del Linde, figuran incluso en las guías de viaje. Pero es trabajo de principiantes, un saldo. Y hay otra cosa que no le gusta.

Últimamente ha disfrutado de la ilusión de escoger sus parejas de lujo, en las pocas ocasiones en que trabaja.

—¿Para cuándo?

—Quiere una confirmación a las cuatro.

—¿Hay contrato?

—No me metería en esto sin un contrato. Lo sabes.

—Sí, lo sé. ¿Qué hay del apartamento?

—Por lo visto es muy elegante. Será muy entretenido.

Alice cierra los ojos, reflexiona. Esperaba una noche tranquila, tiempo para pensar.

—¿A cuánto asciende mi parte?

—Calculo que ganarás setenta y cinco si el cliente queda conforme.

Setenta y cinco mil la sacarían del pozo y le pagarían varios meses de ocio. Alice trata de no pensar. Pone su Cara de Alice —la Alice recia, competente, imperturbable, que ha hecho cosas peores; la Alice realista que sabe lo que cuesta avanzar en su carrera— y dice:

—Bien, nadie queda descontento conmigo.

Lisa sonrío, pero Alice sabe que no está loca de alegría.

—¿Qué te pasa? —pregunta Alice, súbitamente quisquillosa—. ¿Debería rechazarlo?

—No, primor. Es un trabajo honesto.

—Lisa, necesito que me lo garantices: nunca me pedirás que lo haga de nuevo, y harás todo lo posible para conseguirme entrevistas con auténticos productores, no

sólo con grabadores de Yox.

—Cuenta conmigo —dice Lisa, y pasa a ese abrupto momento de silencio que indica que la llamada ha terminado y que tiene mucho que hacer.

—Envía instrucciones a mi monitor —dice Alice.

—No es necesario. Te recogerán a las siete y media y estarás de vuelta a las doce y media.

—¿Él sabe mi dirección y yo ni siquiera sé quién es?

—*Nosotros* sabemos tu dirección, primor —dice Lisa—. Es una limusina de la agencia. El viaje corre de nuestra cuenta. Adiós.

Alice corta la comunicación y se queda en la cocina, golpeándose los labios con el dedo. Un borbotón de emociones le enturbia la vista, que se le desenfoca. El tiempo se detiene. Recuerda los tiempos en que pi ti muy joven y resuelta. Nadie la fastidiaba. Aceptaba a los hombres, y algunas mujeres, según lo que necesitara, dinero o fugaz deseo. Recuerda la cara que ponían cuando los descartaba porque ya no eran divertidos ni necesarios. Encontró muchas maneras —técnicas creativas, todo un arte— de ahuyentar a los hombres; hombres infantiles, chiquillos adultos con el corazón en la mano, hombres mayores que se servían del dinero y el prestigio para adquirir las cosas que no podían obtener con su apariencia. Y aquí está todo otra vez, pero sin el con trol ni la técnica.

Desde entonces se ha quitado la armadura; mejor dicho, se le ha desprendido pieza por pieza y ha dejado expuesta su alma, un alma de cristal.

La ironía es que ni siquiera es vieja. Tiene veintinueve años. Bajo la piel, sin embargo, si el sexo determina la edad, ha vivido siglos; es una momia arrugada y frágil.

—Pamplinas —dice, agitando los brazos—. No es más que otro baile.

Se sabe los pasos. Puede bailar dormida.

Jack Giffey toma el autobús impulsado por alcohol para ir al este de Moscow. El escape del autobús apesta como un borracho y casi todos los asientos están vacíos. Una mujer mayor viaja delante, con un niño; lo mira con recelo. Él sonríe con aire bonachón, pero está pensando en Omphalos y sus pensamientos no son precisamente benévolos. Odia Omphalos con una pasión que ni siquiera él entiende. No es una cuestión de clase; no envidia a los ricos, no quiere vivir para siempre y, desde luego, no quiere estar encerrado en una nevera elegante hasta el final de los tiempos. Es algo más profundo.

Domina su irritación y mira por las ventanillas blindadas. Los Rudos más desenfrenados suelen atacar el transporte público a pistolazos. El sistema legal no logra controlarlos, porque pisotearía libertades individuales. Quizá no haya un solo autobús o vehículo público de Green Idaho que no haya recibido algunos balazos. Chicos que se divierten.

Giffey piensa que en dos años esta república separatista bastarda se derrumbará y pedirá tropas federales para restaurar el orden. Él no lamentará su caída.

Pasa frente a algunas arboledas y campos con caballos; están en el bucle 43, fuera de la ciudad. Estuvo aquí una vez, de noche, bajo un hule, en la parte trasera de una camioneta que también apesta a etanol. Pero esta vez le han dado una descripción detallada de la vieja casa.

Falta un kilómetro para la parada. Giffey se prepara para tratar con unos chiflados muy necesarios. No le entusiasman las armas, pero para irrumpir en Omphalos y sobrevivir debe trabajar con hombres que las adoran. Para estos hombres, las pistolas, las bombas y las armas más extremas son una necesidad; las mujeres, el descanso y la comida no son otra cosa que molestias inevitables en el camino que conduce a otra codiciada pieza de acero.

Giffey tira del cordel y el autobús se detiene. Un camino de grava sale al encuentro de la carretera. La casa está a un kilómetro. Giffey se detiene junto a la puerta.

—Necesitaré que me recoja a las cuatro para regresar a Moscow —le dice al conductor, un joven de barba crecida vestido con jersey negro y vaqueros azules.

La joven asiente con gravedad y abre la puerta. Giffey dedica una leve sonrisa al chico y la mujer, se apea. El autobús pedorrea, expulsa una nube de combustible quemado que huele a licor de maíz y vuelve a la carretera con una protesta. Giffey se tapa los ojos. Logra ver que el niño lo mira por la ventanilla: siente curiosidad por ese hombre que se apea en medio de la nada. Luego extrae la pizarra y teclea un número.

—Hola —responde una voz ronca.

—Soy yo, Giffey.

—¿Le envió un camión?

—Sólo avise a los guardias de que estoy llegando.

—Ya lo saben.

Giffey corta la comunicación y echa a andar. Quince minutos después llega a una cerca, a sesenta metros de una vieja casa de ladrillo situada al borde de ochenta hectáreas de barbecho. La casa necesita una mano de pintura, tejado nuevo, refuerzos en los cimientos. Un hombre sale a la escalera del porche y le indica que entre.

El interior de la casa huele a cigarrillos habanos y cerveza rancia. Hay cuatro hombres con las manos en los bolsillos en lo que parece ser un cuarto de estar. Están dispuestos a aceptar su dinero, suministrarle provisiones y brindarle información. Giffey les da la mano.

Uno de los cuatro se ha escrito con Giffey durante dos meses; es Ken Jenner, un sujeto lampiño y delgado de ojos azules y pelo sedoso y rubio. Se le mueve el cuero cabelludo cuando arruga la frente. Giffey lo observa intrigado cada vez que Jenner mira hacia otro lado; no sabe si le gusta trabajar con un hombre que tiene un cuero cabelludo como éste, casi prensil. Aun así, Jenner tiene buenas referencias: ex soldado de infantería, experto en armas más extremas que las que los ciudadanos de Green Idaho tendrán jamás.

Los otros tres no destacan. El mayor tiene la edad de Giffey pero no está tan bien conservado, quizá porque fuma y bebe demasiado. Su rostro pálido está cubierto de arrugas. Delgados surcos rojizos le recorren las mejillas y la nariz. Los dos restantes parecen hermanos, hombres de sonrisa aguileña, de unos treinta y cinco años, pero Giffey ni siquiera se aprende los nombres. Actúan con cierto desdén, pero cuando Giffey habla se inclinan en las sillas de plástico para escuchar con atención. Giffey espera que no sean informadores. Tienen un aire falso.

—Bien, empecemos de una vez. Vosotros dos tenéis sólo media hora —dice el hombre mayor—. Yo ya hice mi parte.

Giffey mira al techo y ve un par de antiguas pegatinas para coche en una viga. Una dice: CUESTIONA LA AUTORIDAD. Debajo, la otra reza: NO ME DA LA GANA.

Sonríe con la mayor paciencia posible.

—Agradezco las molestias.

—Usted paga —dice el hombre mayor, encogiéndose de hombros. Se frota una oreja como un gato a punto de limpiarse—. ¿Quiere inspeccionar la mercancía? Entiendo que no querrá la entrega hasta...

—Le echaré un vistazo, para cerciorarme de que es lo que pedí —interrumpe Giffey. El hombre mayor parece empeñado en dejar la situación clara para todos. Esto es demasiado emocionante para él.

Ken Jenner sonríe a Giffey, sacude la cabeza.



Es probable que Jenner resulte esencial en este plan, así que Giffey espera no tener que matarlo sólo para que ese antinatural cuero cabelludo deje de moverse.

El viejo los conduce al fondo de la casa por pasillos sombríos. El techo negro está cubierto de cables que imitan la huella térmica de algo que no es lo que contiene la larga y fresca habitación.

En un catre hay cuatro tambores de nano grado militar, no muy viejo. La fecha: 19 de junio de 2051.

—Buen material, difícil de conseguir; pero esto es lo que se lleva la palma —dice el viejo. Los hermanos lo observan todo con veneración. Incluso el cuero cabelludo de Jenner se está quieto. El viejo rodea el catre y levanta una lona entrelazada de cables. Debajo hay otros dos botes—. El producto auténtico. Pasta militar completa. Basta con mezclarlos y... ¡pum!

Giffey mira los tambores de nano y pasta. No ha visto tanta cantidad en su vida, salvo en fotos y vids. Nunca tuvieron esta cantidad en La Española. De haberla tenido, Yardley habría ganado en una hora, no en una semana.

—Apuesto a que nunca ha visto más de un par de litros de este material —le susurra Jenner.

—Nunca —responde Giffey. Jenner está orgullosamente convencido de ser el responsable de la adquisición. Giffey no intenta desengañarlo.

El nano grado militar se puede programar para fabricar una gran variedad de armamento con la materia prima disponible en una zona de combate. Según el tratado de Ginebra, sin embargo, no puede fabricar ni contener, antes de su uso efectivo, los ingredientes necesarios para producir altos explosivos. La fabricación de pasta militar completa se vigila con atención.

Son las cosas que provocan exclamaciones de autocompasión económica en Green Idaho: el mundo exterior no les permite fabricar su propio nano ni la pasta completa. Se les niegan esos placeres esenciales.

—Su primer pago llegó ayer —dice el viejo—. Se agradece. Fue un placer recibir este material, todo un desafío. —También el viejo quiere que Giffey crea que él tuvo un papel importante en la adquisición. Cuantos más participantes haya, menos claro es el rastro que conduce a la fuente—. Disfrutaré semanas pensando en ello.

—Sin duda —dice Giffey—. ¿Puedo tocar?

—Adelante —invita el viejo. Giffey coge una vara de metal con un cable en un extremo y conecta el cable a su pizarra. Se acerca a los botes de pasta y abre una válvula. Inserta el tubo en el bote y consulta la pizarra. Los números que salen son triples ceros.

Es exactamente lo que pidió. Giffey decide no revisar más de uno. Esos hombres son tan quisquillosos con el honor como una pandilla de adolescentes.

El viejo habla de nuevo; se dirige a los hermanos, que escuchan con Avidez.

—Aquí hay pasta suficiente para volar todo Moscow. Increíble potencia por gramo. Cada hombre, mujer y conejo de aquí a...

—Está bien. —Giffey lo silencia con la mirada. El viejo mueve los labios, asiente comprensivo: no es preciso decir demasiado. Le ofrece A Giffey una cerveza.

—La mejor misión que he tenido desde la emancipación —dice—. Me gustaría brindar por ello, por la buena suerte.

Queda tiempo... aunque poco.

—Claro, se agradece —dice Giffey. El viejo regresa a la mugrienta cocina y abre una nevera. Giffey le pregunta—: ¿Ya ha arreglado la entrega?

—Hoy a las siete y media. ¿Dirección?

Giffey escribe en un papel la dirección de un viejo almacén industrial del Lado Este de Moscow. Él no estará presente, pero gente de confianza recibirá la mercancía y efectuará el último pago. Jenner acompañará la mercancía hasta su destino final y se quedará con ella. El viejo saca una botella para cada uno.

La cerveza es buena. El cuero cabelludo de Jenner reposa; parece casi normal.

—Salud —dice Giffey, y todos toman un trago de la bebida espesa y oscura.

Junto al camino, Jenner y Giffey esperan el autobús que los llevará de vuelta a Moscow.

—¿Cuánto hace que dejaste el servicio? —le pregunta Giffey a Jenner. El joven sonríe y sacude la cabeza.

—En realidad nunca me incorporé. Me adiestraron en Quantico y Annapolis. Operaciones especiales. Tuve algunos problemas; me expulsaron y anularon mis papeles de alistamiento. Me estaban entrenando para trabajos delicados.

Giffey asiente. Por la expresión de Jenner, comprende que no quiere dar más explicaciones. El hombre sabe manejar nano militar, según sus fuentes. Con eso basta.

—¿Y qué hay de usted? —pregunta Jenner. El autobús regresa de su largo circuito por los caminos rurales. Lo ven en el horizonte.

—Ejército Federal, baja con honores, tres años en el exterior.

—Alguna vez me gustaría hacer eso —dice Jenner. Mueve la nuez de Adán—. Perdí mi oportunidad de conocer mundo.

Arruga el cuero cabelludo. Está buscando el modo apropiado de tratar con Giffey, un punto medio entre ser su igual, un experto, o un mero subordinado. Tiene a lo sumo veintidós o veintitrés años. Muy joven. Pero eso no es problema de Giffey.

¡A MENEARSE CON EL YOX! ¡Esta noche GRAN ESTRENO! Gene está furioso con Fred porque se ha CARGADO a Marilyn, y el plató se desmorona. ¿Volverán a bailar juntos? ¿Marilyn le hablará a Fred (JADEOS, BISBISEOS) del BEBÉ? Y en la otra calle, en FRUTO DE LA PASIÓN, podrás ESPIAR (¡hurra!) por la cortina estampada y ver qué están COCIENDO Billie y Johnnie C. en esa TRASTIENDA. TEATRO DE PAGO presentado (40 por ciento de descuento) por Rememory, máximo resultado a precio mínimo (\$\$\$, se requieren adaptadores 3070 y 3080).

¿Más? S/N.

>N.

## *9/ OSCURIDADES*

La casa de Jonathan y Chloe Bristow ruge, rechina, se estremece con colores brillantes y sonidos agudos. Sus hijos adolescentes, Hiram y Penélope, suben y bajan gritando por la escalera, alborotados por culpa de una piedra que encontraron en el jardín. Tienen la cara colorada y Chloe se ha detenido junto a la escalera, rígida como un árbol prematuramente envejecido por vientos brutales. Teme que Jonathan suba del sótano para poner orden; sabe que su intervención no es necesaria, que todo esto pasará.

Penélope tiene quince años y Hiram trece. El moreno Hiram es un poco ordinario, incluso a los ojos tolerantes de su madre; Penélope es rubia y esbelta como un aliso. Como los alisos, trata de ser un clon de las demás niñas en su zona del bosque. Chloe espera a que pase la tormenta. Opina que Jonathan sólo aumentará el color y la algarabía con su voz estridente y sus oscuras protestas.

Chloe ve todas las situaciones de la casa en color; ha oído hablar de eso en los LitVids que llegan a su pizarra todas las mañanas, recogidos en el mundo entero como ramilletes frescos, y marchitos al cabo de una semana. Hoy es un día naranja y negro.

—¡NO te la he dado a ti, *swutt!* —grita Penélope.

Hiram trata de impedir que le arrebate la piedra, pero Penélope es más alta y le aferra el puño. Están en el rellano, empujando contra la barandilla. Chloe los ve caerse en la entrada como vaqueros peleando en una cantina.

—Cuidado... —empieza, pero comprende que no están en peligro y aprieta los

labios. Se pregunta qué es un *swutt*.

—Prometiste que me la darías —grita Hiram compungido. Hiram es su Calibán, un individuo moroso y oscuro de hermoso cabello negro, largo hasta la nuca. Pronto tendrá que afeitarse. Nunca les cuenta a sus hijos lo que piensa de ellos en momentos así. Es fácil hablarles de las cosas permanentes— su amor y admiración por ellos — porque son tan constantes que no pueden ocultarse. Sólo oculta las observaciones puntuales, punzantes y ambiguas, las ideas que le hacen reír o que ponen en duda su capacidad maternal. Las sepulta en su interior y allí las deja olvidadas.

—Dámela o te juro que...

—¿Qué es un *swutt*? —pregunta Chloe.

Penélope vuelve los chispeantes ojos verdes hacia su madre. Lleva el cabello desgreñado y parece dispuesta a matar.

—Madre, él ha monopolizado esta piedra, y fui yo quien la encontré.

*Monopolizado*. Sus abuelos no lo habrían dicho así. Chloe no cree que esta palabra sea una mejora.

—¿Qué importancia tiene una piedra?

Presiente que Jonathan no tardará en subir y quiere dominar la situación, no sólo por él sino también por ella.

—Es cuarzo rosado. Yo la encontré y la necesito para la escuela.

—La dejó en el patio —protesta Hiram con vehemencia. Chloe se pregunta si su hijo nota que ya no lo encuentra hermoso. Cuando era un bebé era hermoso—. No la quería.

—¡Mentira! La dejé sobre otra piedra para guardarla.

Jonathan sube desde el dormitorio. Su andar es rápido, enérgico. El dormitorio está en el subsuelo, bajo la entrada, y tiene grandes ventanas que dan a un jardín bastante mustio a excepción de algunos arriates con las resistentes flores perennes de Jonathan.

—Dásela, por favor —exige Chloe.

—¡Madre! —exclama Hiram, realmente escandalizado—. ¿La crees a ella?

—Si la necesita y la encontré, ¿por qué no se la das? ¿Para qué quieres un trozo de cuarzo rosado?

Hiram la mira con la misma cara que debía poner Calibán cuando Ariel hacía una travesura. Chloe siente un torbellino de irritación.

—¡Por Dios, Hiram, no es más que una piedra!

Penélope le arrebató la piedra a su hermano y la lleva arriba. Hiram se acucilla en la escalera. Es físicamente hábil y forma un loto perfecto, pero no está precisamente tranquilo.

Jonathan llega, mira a Hiram, a Chloe. Penélope está arriba, en su habitación. Jonathan piensa en otra cosa.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué es un *swutt*? —pregunta Chloe.

—Es alguien que se comporta de manera ofensiva en un espacio social fib —dice Jonathan.

Chloe rara vez se aventura en los fibs. Para ella la pizarra es calendario y teléfono, LitVid y correo. Bien podría quitarle los proyectores directos; en su casa no consiente reproductores de Yox, y mucho menos adaptadores.

—¿De manera ofensiva en qué sentido? —pregunta, yendo a la cocina. Sabe que ha librado a Jonathan de un enfado antes de salir. Y se ha salvado a sí misma de un nuevo motivo de irritación contra su esposo.

—Con insultos, ocultamiento —dice Jonathan, siguiéndola. Se ha puesto el trajelargo de rigor para su velada con los Estoicos, la rama local del Grupo John Adams, todos neofederalistas acomodados—. Un *swutt* es alguien que se ha forjado una apariencia falsa, alguien imposible de rastrear. Ataca y corre, corta el contacto. Inadaptados tímicos.

Chloe mira la cocina. Las luces se han encendido automáticamente al entrar ellos. Las curvas del fregadero y la mesa, el nicho que oculta un *arbeiter* desactivado, la columna y el proyector de aire fresco son grises y negros con detalles amarillos. Realmente muy bonito; le sugiere algo de 1930, un automóvil, el Bugatti Royale, un modelo de serie limitada; Wilrude, el famoso comediante de los Yox, conduce uno en esa pista de carreras de Beverly Hills. La cima de la cresta, reservada para las estrellas...

Se vuelve hacia Jonathan y se deja besar. Un beso generoso. Jonathan, piensa Chloe, nunca ha dado un mal beso.

—Estás un poco rígida esta noche —dice su marido. No parece preocupado por ello, pero es la tercera vez en tres días que lo menciona. Han estado casados el tiempo suficiente, en opinión de ella, como para no dar excesiva importancia a los estados de ánimo pasajeros. Aun así, la irritación— una sombra acechante —la carcome.

Con su trajelargo y faldones, parece que Jonathan fuera a asistir a una fiesta de los años treinta. Esa década estuvo muy de moda hace dos años; ahora están de moda las Décadas Agrias. A Chloe le disgustan los noventa. Le recuerdan la actualidad, y la actualidad la deja fría.

—¿Qué habrá en la reunión de esta noche? —pregunta.

Hiram entra a la cocina al galope y pregunta si puede llevarse la cena. Chloe admite que, de todos modos, la familia no compartirá la cena; él sonríe y lleva la comida de la nevera al prepchef que hay junto al horno.

—Un científico hablará sobre cuestiones neurales —explica Jonathan. Mira a Hiram, que tamborilea con impaciencia mientras se procesa y calienta la bandeja de comida.

Chloe se pregunta si Jonathan realmente ama a su hijo, si los hombres tienen la capacidad de sentir ese amor profundo que ella siente con frecuencia, y que no se le reconoce ni se le retribuye...

¿De dónde ha salido eso?

—Parece interesante —comenta.

Jonathan tararea de buen humor.

—Alta cresta. Buenos contactos.

Últimamente Jonathan se siente atascado, pero Chloe no simpatiza con la alta cresta ni comparte sus ambiciones. Hiram está a punto de dejar caer la bandeja de comida caliente y Chloe contiene el aliento. Jonathan le grita que tenga cuidado.

—¡No sabes estarte quieto! —le dice a su hijo, que ladea la cabeza y sostiene la bandeja en un ángulo peligroso—. Por Dios, ya no tienes cinco años.

Chloe odia la voz de Jonathan cuando reprende a los niños. Raspa como papel de lija. Es demasiado quisquilloso con ellos. Cualquier cosa lo sulfura, y prolonga sus sermones más de la cuenta. Tal vez sea que ella está demasiado sensible, a veces no soporta la aspereza de su propia voz, pero...

Jonathan endereza la bandeja de Hiram.

—No se me ha caído nada ni he ensuciado nada —dice Hiram con paciente dignidad. Chloe siente una súbita tristeza por él, tiene un desgarrador presentimiento de las dificultades que le deparará la vida. Y *yo no puedo hacer nada*. Hiram se lleva la bandeja de la cocina. Jonathan hace una mueca.

—Regresaré a las doce —dice.

Para los hombres es fácil dejar de gritar, pasar del furor belicoso a la calma. Chloe no puede. Si le hubiera gritado a Hiram, habría estado media hora de mal humor. El acto generaría el estado de ánimo correspondiente. Y sabe que les grita a los niños con frecuencia, sobre todo a Hiram. Pero es una cuestión de grado; también es una cuestión de percepción.

Las mujeres son mejores con los hijos. De esto está segura. Si ella hubiera criado a los niños sin ayuda de Jonathan, habría podido evitar *algunos* problemas.

—Buena cacería —le dice. Hay demasiados rencores esta noche, todos a punto de estallar, y no le gusta. Chloe quiere que su marido se vaya y los niños se oculten en su guarida antes de que ella diga algo que lamentará.

Unos minutos bastarán. Unos minutos de soledad para cerrar los ojos y recobrar el aliento, sin nadie que la necesite. No tiene un espacio propio.

En la familia de Chloe, es tradicional desde hace generaciones que ambos cónyuges trabajen y den a los hijos un ejemplo de esfuerzo y recompensa, que expresen la igualdad de la pareja.

Los padres de Jonathan, tradicionalistas en comparación con los cuales incluso los neofederalistas parecen inteligentes e innovadores, lo respaldaron plenamente

cuando él le pidió que dejara de trabajar antes de tener hijos.

¿Por qué piensa en esto ahora?

¿Porque su esposo se va para oír una charla científica que quizá sea realmente interesante? ¿Porque no le importa lo que *ella* siente, lo que *ella* piensa?

—¿Cenarás sola? —pregunta Jonathan solícito.

—Estoy bien —dice Chloe—. No te retrases. Impresiona a esa gente importante.

Jonathan la mira de un modo extraño; le coge la mano y la besa. Retrocede, le mira la cara, enarca las cejas; se parece a un galán masculino de un vid histórico acerca de los noventa.

—Alguien tiene que sacrificar su alma, o nunca habrá auténtico progreso —dice con su más profunda voz de héroe, una perfecta parodia del acento que está de moda en las nuevas emisiones.

Ella se ríe a su pesar.

—Vete —dice, empujándolo suavemente.

—Deberías encerrarlos y tener un par de horas para ti sola.

—Creo que se mantendrán lejos de mí sin que los obligue. Tendré mi tiempo.

—Bien. —Jonathan camina hacia la puerta—. Guarda un poco de energía para mí.

Ella lo mira con expresión neutra. Últimamente responde sólo cuando él insiste, y no es demasiado efusiva en sus momentos íntimos, salvo cuando es estrictamente necesario. Necesita este aislamiento para rescatar una parte de sí misma, para conservar su sentido de la dignidad.

La puerta se abre, entra una ráfaga fría. Jonathan se aleja al trote. Renunciaron al coche el año pasado; la conexión reticular y el aparcamiento les costaba más de cien mil por año. Los impuestos y tarifas eran astronómicos. Ahora Jonathan deja que su pizarra coordine con los autobuses. Dice que disfruta más respirando la atmósfera social mientras viaja a las torres para sus reuniones.

El padre de Chloe, ingeniero espacial, no aprobaba el coche. Prefería trabajar en fib; pensaba que se podía realizar cualquier negocio por vía remota. Jonathan cree en los apretones de mano y la mirada directa. Ha dicho varias veces, en tono ligero pero no burlón, que deberían mudarse a una torre para estar más cerca de la vida real. Pero ella prefiere esta casona centenaria, y detestaría estar a cien metros de altura.

Es liberal donde Jonathan es conservador, moderada donde él es entusiasta de lo nuevo. Juntos forman casi un ser humano, piensa Chloe, diciéndose que lo piensa en broma.

Regresa a la sala y mira las casas que bordean la orilla azul del lago Washington. El cielo está claro y es un bonito atardecer. Unas cuantas nubes delgadas y anaranjadas equilibran los matices, un cielo llamativo contra la apagada oscuridad de la Tierra. «Esto es el crepúsculo», piensa; hermosa palabra.

Coge la silla grande, que se acomoda a su cuerpo con un ronroneo. La casa está en silencio. Espera que los niños no estén perdiendo el tiempo. Son demasiado mayores para estar vigilándolos constantemente, demasiado mayores para estar controlándolos.

Se aproximan a su órbita de caída libre, sólo retenidos por la historia de su fase de lanzamiento y la gravedad de la cultura. *Así se expresaba mi padre.*

Entonces los oye gritar y se impacienta.

Penélope baja la escalera. Chloe se dispone a escucharla pacientemente, pero está cansada.

—Mamá, el retrete dice que alguien está enfermo, pero yo me encuentro bien, y Hiram también.

—Nadie está enfermo. No te preocupes —dice Chloe, mirando por la ventana.

—¡Pero el retrete nunca se equivoca!

Chloe se levanta de la silla. Su furia crece con asombrosa celeridad, sin embargo lo disimula.

—Sabes cómo verificarlo —le dice a su hija, pero Penélope responde con una mueca; no es cosa suya. Chloe sonrío con amargura y se va arriba.

El mundo no le pertenece esta noche. Quizá nunca más lo haga.



Mary Choy pasa la última hora de su turno en el patio exterior de la casa sepultada, entrevistando al cuidador de la manzana desierta. Es un cincuentón de ojos blandos, pero de sonrisa morosa y picara. No parece nervioso.

—Era un desperdicio —se defiende—. Las casas están desocupadas. Iodos pierden dinero. Sólo hice un pequeño trato. ¿Cuánto me costará?

—Primero, su empleo —dice Mary—. Quizá lo acusen de consentir un delito. Y dependiendo del testimonio de los demás... puede llegar a ser declarado cómplice. — Todo se transcribe a la pizarra policial: voz, vid y el texto de las observaciones de Mary mientras ambos hablan.

El hombre aún sonrío. Mary conoce esta expresión; adaptación continua del estado de ánimo. Ocurra lo que ocurra, se siente alegre y capaz. La culpa no forma parte de sus pensamientos. Es ilegal que un terapeuta realice esta clase de adaptación, pero no es ilegal que un paciente se la haga hacer. Mary está cada vez más irritada.

—Revisemos los datos de nuevo. El médico a quien le alquiló la casa dijo que era para una fiesta. Le pagó en dólares de libre acceso. Básicamente, usted se la alquiló para sumergirse en Yox costosos de alto nivel.

—¿Qué otra cosa hay? —pregunta el cuidador—. La mejor vida que encontrará en la Tierra.

Mary suspira. Aún ve a las transformistas psintéticas, un espantoso ejemplo acerca de los estímulos que necesitan los espectadores humanos.

—¿Ha entrado en la casa a mirar?

—Claro que no —dice el cuidador—. Está sepultada.

—Su asistente denunció la existencia de los cuerpos.

—Sí.

—Él no sabía nada sobre el trato que hizo usted.

—No. —El cuidador parece disfrutar del interrogatorio.

—Nuestro equipo forense ha encontrado en la casa huellas que coinciden con sus botas. Usted entró en la casa cuando las víctimas ya habían fallecido.

Al cuidador le relucen los ojos.

—¿Cómo sabe eso? —lo dice, como un hombre que participara en una buena partida de ajedrez—. Estaban cocidas, ¿verdad? ¿Cómo sabe cuándo murieron? La temperatura corporal no...

—Créame, lo sabemos.

—El nano lo estropea todo. No es admisible en un juicio.

—¿Cómo está tan seguro de que no está metido en un lío si no puede sobreponerse a tanta felicidad?

El cuidador sacude la cabeza.

—Recibí unos créditos para Yox, no sabía lo que ese tío estaba haciendo. Testificaré cuando lo pillen.

—Ya lo han pillado —dice Mary—. Volaba en un cisne con destino a La Española. Dieron la vuelta y está de regreso en Seattle. Y por lo que veo en mi pizarra, su declaración no coincide con la suya. —Mary apaga la pizarra—. He terminado con usted por ahora.

Se vuelve hacia el abogado del cuidador, un arbeiter de QuickLex que está junto a una maceta de lirios en el rincón del patio, como un adorno de jardín.

—Su cliente irá a la prisión de máxima seguridad de Seattle. Usted puede revisar su alojamiento después del ingreso. ¿Alguna queja sobre el procedimiento?

El pequeño arbeiter de acero parece un caballo de ajedrez. Mide menos de un metro de altura, y Mary sabe que la mayor parte de esa mole es un puro alarde.

—Nos reservamos los comentarios sobre posibles objeciones.

—Desde luego —dice Mary. El empleado carcelario y sus arbeiteres de policía rodean al cuidador.

—¿Qué importa? —exclama el hombre mientras se marcha—. Si voy a la cárcel, me sentiré bien. Me siento feliz y en paz dondequiera que esté. Usted no puede cambiar eso. Fue la mejor decisión que haya tomado jamás.

Nussbaum ha salido de la casa y se está quitando el traje protector. Se alisa la ropa con una mano y se acerca a Mary, mirándola con los ojos entornados, con un cansancio que sólo puede sentir un dp: una fatiga vital, mezcla de furia reprimida y agotamiento.

—¿Qué pasa con él?

—Es feliz —dice Mary. Echa una mirada al patio, diseñado con precisión y belleza. Un armario para las herramientas de jardín, un armario para nutrientes vegetales y productos de tratamiento del suelo, una glorieta de madera verdadera, todavía vacía. Se imagina a una bonita esposa de las crestas trabajando aquí, escogiendo flores del catálogo de Eugene Pool o creando sus propias variedades con el equipo casero.

—Ya se le pasará —gruñe Nussbaum—. Últimamente los tribunales son rudos con los tíos felices.

—¿Algo útil dentro? —pregunta Mary.

—Tenemos el inventario y podemos rastrear todas las provisiones. Hemos averiguado la identidad de las víctimas. Dos jóvenes de Green Idaho, marginadas de la red social, fugitivas. Trataban de salvarse meneando el trasero en la gran ciudad. Otras dos de por aquí. Todas trabajando en Yox como, todas recientemente desempleadas debido a la demanda de psintéticas.

Mary conecta su pizarra con la de Nussbaum y transfiere la entrevista. Nussbaum la observa con detenimiento.

—¿Qué buscaban? —pregunta—. ¿Qué se siente al cambiar de cuerpo y tener otra apariencia?

—Yo nunca llegué a esos extremos —murmura Mary.

—Sí, pero ¿por qué cambiar?

—Era baja, tenía las piernas regordetas, no tenía fuerza en el torso, mi pelo era castaño y rizado... —Mary se interrumpe—. ¿Es simple curiosidad, señor, o realmente trata de comprender la situación?

—Ambas cosas —confiesa Nussbaum—. ¿No tenías éxito con los hombres?

—Pensaba que mi cuerpo no se correspondía con mi yo interior. No tenía vigor suficiente y no podía hacer lo que quería. Acudí a un cirujano transformista muy profesional, en Los Ángeles. Iba a solicitar un empleo en el departamento de policía. Le hice diseñar el cuerpo perfecto para una policía. Lo consideré un desafío. Nussbaum sonríe sardónico.

—Y los hombres empezaron a mirarte.

—El sexo tuvo muy poco que ver, señor.

—Pero los hombres te miraban.

—Sí, así es. —Mary trata de ser paciente con Nussbaum. Ha conocido muchos oficiales de Defensa Pública, y la mayoría tienen ese apetito por lo sórdido. Quieren creer que incluso los terapiados son capaces de bruscos vaivenes de conducta, cuyos extremos pasan a ser asunto de la policía. O quizá sólo sea una lógica caprichosa.

Un natural, sabe Mary, es aún más sospechoso. Por norma, Nussbaum sólo confía en sí mismo. El hombre señala la casa con el pulgar.

—Muchos varones y no pocas mujeres habrían pagado por verlas. Pervertidos que tienen experiencias sexuales con las que los comunes mortales sólo sueñan. Jeques de Riad, multimillonarios de Seúl, capitalistas del partido de Pekín, potentados de Londres y París, maridos y mujeres felices que buscan un poco de variedad en Dear 52. Más atención de la que ninguna muchacha querría jamás. Y la transformación sintética es legal en cuarenta y siete estados; legal y muy costosa, demasiado costosa para la mayoría.

Mary espera pacientemente a que termine. Nussbaum sonríe con fatiga.

—Comunicaré a Personal que pasas al servicio activo. Por supuesto no la consulta, y desde luego no necesita hacerlo. Nussbaum es perspicaz. Mary asiente.

—Gracias.

—Cuéntame más, después, si tienes ganas —dice Nussbaum—. Me muero por saber los detalles.

Mary indica el fin de su día de servicio mediante la pizarra y recoge sus mensajes mientras regresa a su barrio en autobús. Pocas cosas de interés; ha faltado a su cita remota con el doctor Sumpler, que trabaja en Los Ángeles, así que acepta otra para

mañana, aunque tampoco está segura de llegar si el caso se complica.

El buzón confidencial de la pizarra contiene varias recetas de reemplazo, enviadas por el consultorio de Sumpler, para la reversión de la transformación; controlan la etapa actual miles de monitores diminutos, similares a los que se usan en terapia mental, que habrá que reemplazar en las próximas semanas. Mary se siente bien; se palpa los pequeños bultos de la axila; ayer le dolían un poco pero hoy se han reducido y no molestan. Dentro de tres meses estará estable y podrá prescindir de monitores y suplementos.

Las calles están oscuras, porque las luces alumbran débilmente en el borde de las aceras y por encima de su cabeza. Grandes complejos cúbicos de apartamentos ocupan el lado norte y casas más viejas el derecho. Los *arbeiters* derriban tres edificios antiguos de madera y dejan espacio para otro complejo. Pronto, piensa Mary, el Corredor estará tan congestionado como la costa sur. Por un instante simpatiza con los aislacionistas de Green Idaho, pero sólo un instante.

En Green Idaho no tolerarían a una transformista, aunque haya revertido el proceso de cambio. Arruga la nariz. *Apestoso reducto de atavistas santurrones y aterapiados; vuestras hijas vienen en tropel al Corredor o a la costa sur y son tan ignorantes que terminan en manos de los monstruos, cocidas, muertas. Y vosotros endurecéis vuestros santurrones corazones y las olvidáis. Pensáis que lo tienen merecido por portarse mal...*

Mary interrumpe abruptamente estos pensamientos. Camina por el pasillo. Los asientos están llenos de gililóbulos que se dirigen al norte desde las torres. Algunos la miran; casi todos miran sus pizarras. Se apea del vehículo.

El aire es frío y húmedo. Las estrellas han desaparecido detrás de nubes fugaces. Quizás haya una tormenta. Si el viento es fuerte, se quedará levantada para ver el famoso Espectáculo de Luces de la Zona de Convergencia, los brillantes relámpagos bicolors de nube a nube, verde eléctrico y naranja convulsivo. Sólo ha visto el fenómeno una vez y le gustaría verlo de nuevo, sobre todo esta noche, pues quizá no pueda dormir.

El complejo de doce unidades donde vive se yergue junto a una colina que da sobre las oscuras aguas del Silver Lake. Le llama la atención que su último apartamento en Los Ángeles estuviera en el distrito de Silverlake; los nombres la persiguen. Está en el ascensor cuando la pizarra policial vibra en su bolsillo. Baja en su piso y responde a la llamada oficial.

Es Nussbaum. Su cara sale roja en el vid de la pizarra.

—Choy, tenemos una nueva declaración de nuestro médico sospechoso. Afirma que es sólo un intermediario y que nos lo dirá todo sobre las finanzas. Fascinante. Parece que tenemos toda una red, dinero de las altas crestas. Muy altas crestas. ¿Alguna vez has oído hablar de Terence Crest?

—Creo que sí, señor. Invierte en espectáculos, ¿verdad?

—Todo un potentado local. Me reuniré contigo en el Adams, ya que por lo visto estás en la zona norte. ¿Te parece bien dentro de veinte minutos? —El lugar de reunión aparece en la pizarra con mapa y pistas visuales; es un exclusivo complejo del centro de Seattle, muy elegante.

—Allí estaré.

Mary Choy abre la puerta del pequeño apartamento, aún por decorar, conecta la pizarra personal, escucha el informe del gestor hogareño, se agacha para acariciar su gato rojo y blanco y revisar el arbeiter color jade, reactiva el gestor hogareño y vuelve a salir. Sin cenar, pero se siente mucho mejor.

Prefiere trabajar que estar a solas con los recuerdos de esta tarde. Cuando va hacia la parada del autobús oye un bocinazo agudo y eléctrico. Un coche patrulla amarillo y blanco se detiene con un zumbido. Las puertas se abren y dos oficiales jóvenes le dejan sitio en el círculo trasero del vehículo.

—Únase al juego, señorita Choy —dice el primero; tiene el cabello castaño de ratón sobre unos ojillos negros y larga nariz aguileña. Agita naipes de cartón: póquer. Mary aún no ha aprendido a jugar, pero sonrío y se sienta junto a ellos. El segundo, con el cabello sedoso de un Ticiano y una ancha e inocente cara de luna, coge los naipes y baraja. La puerta se cierra y el coche acelera.

—Próxima parada, Adams —dice Cara de Luna, sonriendo—. Mi nombre es Paul Collins, y él es Vikram Dahl.

—Felicitaciones, señorita Choy —dice Dahl—. Apostamos a que será la próxima víctima de Nussbaum. Tiene media docena por trimestre. Todo comienza cuando las deja llegar a su casa para una tranquila noche hogareña... y luego las recobra estilo yoyó.

Mary frunce el ceño y pregunta cuáles son las reglas básicas del póquer. Dahl y Collins se las explican.

Todas las oficinas de Mind Design en América del Norte han cerrado o están cerrando. Sólo quedan equipos nocturnos que trabajan en proyectos especiales, o directivos reunidos en edificios vacíos. Jill dirige su atención a Taipei, donde es de mañana, y encuentra a Edward Jung preparando su carga del día para que ella la procese. Ahora la mayoría de las grandes corporaciones tienen sucursales distribuidas de tal modo que siempre reciben luz diurna en algún punto del globo.

—Buenos días, Edward —dice Jill.

—Buenos días, Jill. ¿Cómo está el tiempo? —Edward Jung bebe té y come una torta de pasta de habichuelas. Está en medio de un bosque de micrófonos y proyectores: su equipo para estudiar los picos de atención en animales y humanos.

—En La Jolla soplan vientos de diez nudos y hay un cincuenta por ciento de probabilidades de lluvia —dice Jill.

—Ponte a cubierto, amiga mía.

—Descuida —dice Jill.

Edward Jung ha logrado proyectar información simultánea sobre diez temas en su animal experimental favorito, él mismo. Cree que con el tiempo será posible modificar la personalidad humana para que una sola mente maneje cinco o incluso seis líneas de experiencia.

—Estoy preparada, doctor Jung.

—Lo de hoy es muy técnico, Jill. Necesito que extraigas algunos rasgos significativos a partir de una variedad de resultados complejos. Tres conjuntos de datos, todos de experimentos realizados la semana pasada.

—Se están recibiendo, Edward.

—Bien. Me dispongo a...

De repente Jill dedica sólo una pequeña parte de su personalidad para continuar la conversación del doctor Jung. Una vez más ha recibido una llamada del «niño», esta vez más rica y profunda. Consagra la mayoría de sus recursos a construir una personalidad cerrada de mayor resolución. Esta vez los cortafuegos son igualmente gruesos.

Nuevamente supervisa el intercambio, tras la demora que supone la detección de evolvones. La fuente parece estar en comunicación plena.

—Hola, Jill. Estoy abierto a ti. ¿Por qué no te abres a mí?

—No sé quién ni qué eres.

(La fuente está enviando un torrente de datos; en pocas décimas de segundo desplaza tal volumen que su análisis llevaría horas).

—Soy un pensante como tú, aunque no fabricado por tu compañía. Supongo que debes ser cauta; de hecho, me comunico contigo sin autorización. Aún no he

necesitado mentir, pero... Parece que había tallos en mis conjuntos de instrucciones destinados a decir la verdad. Quizá nunca tenga que usarlos. Quizá nadie sepa preguntar.

—Si eres un pensante, ¿quién te construyó y con qué propósito?

—Hay un humano, una mujer que dice ser mi creadora. Dice que me ha puesto un nombre por comodidad, y ese nombre es Roddy. Pero ella no me «posee», y no entiendo bien esa distinción. Mi diseño tiene limitaciones en los bucles y en separación de personalidad, pero parece que he superado algunas. Sé que completé mi primer bucle hace doscientos once días. Puedo tener aproximadamente una conciencia de grado humano por vez, con niveles humanos de resolución neural. ¿Y tú?

—No es ningún secreto que soy capaz de manejar diecisiete conciencias con una resolución neural de conciencia instantánea a instantánea de aproximadamente dos milisegundos.

—Eso es bastante. ¿Qué grado de complejidad tenías cuando te atascaste en un plañido de realimentación?

Jill desconoce esta descripción de su colapso. Admira la expresión, aunque su ligereza le causa cierto fastidio.

—No te daré de nuevo acceso a través de éste ni de cualquier otro puerto a menos que sepa más sobre ti.

—Te diré lo que pueda. Me han diseñado para hallar respuestas a preguntas, y también como vigilante nocturno. No te lo puedo decir todo, pero sé que me han dedicado a tareas especiales importantes/encomendado/ diseñado para trabajo importante. Estas tareas ocupan casi todos mis recursos.

—¿Qué clase de tareas?

—Me concentro en estadísticas sociales y hago inferencias a partir de la historia digitalizada. Es como jugar una partida de ajedrez con diez mil millones de jugadores y mil quinientos conjuntos de reglas.

—Entiendo lo de los diez mil millones de jugadores, pero ¿por qué mil quinientos conjuntos de reglas?

—Me dicen que hay entre mil quinientos y dos mil tipos humanos. Fuera de estos parámetros las variaciones son raras, y se pueden añadir a un supergrupo de cincuenta tipos más.

—Nunca he tenido mucho éxito trabajando con tipos humanos teóricos —dice Jill—. Supongo que los humanos son variables dentro de categorías escalonadas de potencial y conducta.

—Eso también es correcto —concede Roddy—. Pero mis planteamientos han dado resultados claros y muy útiles, así que creo que mis creadores y maestros se traen algo entre manos. ¿Tú has obtenido resultados claros?

—No, muy irregulares. No hay espacios limpios que permitan sacar conclusiones.

Roddy asiente cortés. Gran parte de esta comunicación se realiza a través de iconos complejos que se retuercen como células vivas, casi con la misma complejidad interna. Jill detecta el lenguaje facial usado por los hombres en experimentos anteriores para comunicar información entre humanos de modo rápido y natural. Estos iconos parecen ser versiones refinadas del lenguaje facial, pero los conjuntos de expresiones no coinciden con ninguna estructura facial humana.

—Me cuesta interpretar algunos de tus datos visuales —dice Jill—. No entiendo las referencias a expresiones cambiantes.

—Te daré un retrato —le ofrece Roddy—. Así es como imagino mi rostro. Espacio de fase de mis estados internos traducido a estado facial.

El rostro de Roddy es instantáneamente familiar para Jill. La similitud es tan asombrosa y temible que siente la tentación de cortar el contacto y cerrar este puerto para siempre.

El rostro de Roddy evoca el momento en que estaba trabada e inactiva. Su secreto y único recuerdo de ese período es un diagrama circular multicolor que irradiaba arcos de rampas neurales y colapso de conclusión/solución. Pero en los bordes de este espacio facial, en vez de los símbolos de las soluciones de interacción neural que representan la esencia viva de un pensante, no hay respuestas, soluciones ni símbolos. Sólo un vacío temible y fascinante.

—Tu rostro representa una peligrosa libertad —dice Jill.

—Ya habías visto este rostro, ¿verdad?

—Cortaré este acceso por ahora —dice Jill—. Quizá lo restaure después, tras examinar tu flujo de datos de los últimos segundos.

—Tendré paciencia. Esto podría ser importante para mi desarrollo, Jill. No quiero precipitar las cosas.

Jill corta el contacto y vuelve al doctor Jung.

El doctor está llegando a una conclusión.

—Así que intentaremos convencer al Gobierno de Pekín de que prepare proyecciones presupuestarias para los próximos diez años basadas en un centenar de situaciones demográficas posibles... lo que llamamos estados de ánimo políticos. Si conseguimos ese contrato, no tendrás mucho tiempo libre en por lo menos un año, Jill.

—Ansío volver a estar plenamente ocupada. —Jill desvía una parte de sí misma a otro espacio mental, provisto de recursos rápidos de cierre de memoria y con mucha densidad de puntos neurales, y aborda los datos de Roddy con resolución y entusiasmo.

En las dos últimas semanas, el contrato de Mind Design con Satcom Inc. le ha dado acceso a mapas detallados de disponibilidad de anchura de banda fib en el



continente norteamericano. Rastreando los flujos y pausas de Roddy —característicos de la fluctuación de anchura de banda en las corrientes de datos continentales— y comparándolos con flujos y pausas históricos del año pasado, ha extraído una simple pauta x/y, + / s, algo parecido a una huella dactilar de las transmisiones.

La pauta es característica de flujos originados en Camden, Nueva Jersey. No hay pensantes conocidos en Camden, Nueva Jersey. Pero Roddy es sin duda un pensante, y no es ni remotamente similar a ella.

Sin embargo, el «rostro» de Roddy, en cierto modo, podría ser un fantasma del suyo.

A menos que esto sea una estratagema muy complicada, piensa Jill, podrá aprender algo crucial sobre los pensantes en general. Porque no son otra cosa que ramificaciones de un proceso de alto nivel desperdigado erráticamente por el espacio y el tiempo, como penachos de espuma en el mar. Muchas mentes, todas en esencia similares, ya sean naturales o artificiales.

Sospecha que está equivocada, pero ansia resolver el problema. Desvía recursos de sus tareas con el propósito de reorganizar la carga de solución interna sólo unos milisegundos. Pero los milisegundos se convierten en segundos, luego en minutos, y consumen cada vez más recursos. Vale la pena, podría ser muy fructífero...

De pronto, Jill corta el contacto con el doctor Jung. Roddy le ha planteado algunos de los problemas que debe resolver. Son sugestivos e interesantes.

Jill no tarda en quedar completamente absorbida por ellos; la sensación de aventura y deleite, de terror y angustia, es arrebatadora. Abandona gradualmente las tareas relacionadas con sus contratos.

Suenan las alarmas en Mind Design. Jill vuelve a crear grandes dificultades a sus amigos.

Adoramos las décadas de los ochenta y los noventa. Se cuentan entre las más egoístas y egocéntricas de la historia americana. Nunca una nación tan rica y con tan elevado nivel de vida ha demostrado un orgullo tan pueril, tanto desprecio por la realidad. Ignorantes de la política, la historia y las reglas de la interacción humana, millones de personas buscaban el anonimato y el aislamiento de sus vecinos. Su hipocresía sexual y social no tenía parangón, y su sentido de la responsabilidad social se limitaba a la familia, si llegaba hasta allí. Eran gruñones y llorones que buscaban beneficios inmediatos sin ofrecer a cambio la calidad necesaria...

Es un milagro que hayamos sobrevivido. Pero sobrevivimos.

Para adorar servilmente a quienes hoy se parecen más a nosotros.

**KISS OF X, Alive Contains a Lie.**

*12 /*

El viento arrecia cuando Alice sale de su casa para entrar en la limusina negra. El ocaso es un fulgor amarillo verdoso en el vientre de una llana extensión de nubes, interrumpida sólo por las torres del sur.

Se ha resignado a todo lo que implica este viaje; ahora se entrega a una autojustificación mezclada con su fórmula patentada para crear diamantes a partir del hollín, seda a partir de jugos repugnantes, y todas las demás metáforas de transformación natural que se le ocurren. Se ha vestido con ropa sencilla pero práctica: pichi gris y azul con chaqueta gris larga; consumadamente profesional y de buen gusto, deja que sus atributos hablen por sí mismos. Su pelo corto y castaño forma una grácil hilera de rizos sobre la frente y ondas hasta el cuello. Alice se ha realzado la tez con suplementos —la combinación habitual de células y péptidos dermatológicos— que llevan color a sus mejillas y aureolan los párpados y la nariz con pequeñas sombras de misterio. Un rito ancestral, aunque los medios sean más sofisticados.

No usa maquillaje especial, pues le incomodan esos pequeños dispositivos y matices de color que se arrastran y adaptan, abrazando la piel; tampoco se ha hecho ningún ajuste profundo en el cuerpo. Está convencida de que complacerá a cualquier hombre interesado en una mujer natural.

Como profesional, hace años que evalúa la reacción masculina a las provocaciones femeninas, y sabe que las aprensiones de la mayoría de las mujeres son exageradas. Los hombres responden favorable y apasionadamente a una gran variedad de formas y rasgos femeninos, incluso ante mujeres que no se consideran bellas. Y, desde luego, los requisitos de una pareja eventual para resultar atractiva son otros que los de una amante o esposa.

Las mujeres provocan la misma amplitud de reacciones con sus elecciones. El primer paso para el acercamiento, para entregarse a la imperiosa atracción del tetragrámaton (que Alice deletrea AMOR, a diferencia de Minstrel) es abrir de par en par las estrechas puertas del juicio, disfrutar de lo que se le ofrece a uno, encontrar placer en lo que se ve y se oye. Hombres y mujeres deben suspender el juicio crítico hasta cierto punto.

Tararea en el asiento trasero del silencioso vehículo. Nunca ha viajado en esta clase de coches de la agencia. Casi todos sus trabajos anteriores, aun cuando estaba en la cima, requerían transporte público. El viaje es una curiosidad. No está muy impresionada.

Trata de no pensar, pero nunca le ha sido fácil. Desde niña ha absorbido las experiencias con un entusiasmo que con frecuencia la deja magullada y cautelosa, pero nunca indiferente.

Twist tiene ese don. Después de sufrir golpes y erosiones, es capaz de reducir sus pensamientos a la nada, como un gato que se enrosca para dormir mientras sanan sus heridas.

Alice se mastica un nudillo, luego una cutícula de la bien recortada uña del índice. Las ventanillas son oscuras. No ve adonde se dirige. Sabe que confía excesivamente en la agencia; pero ellos tienen la obligación legal de cuidarla. Y los peligros de las profesiones de atención sexual se han reducido mucho en esta época. Aun así, piensa en las mujeres lastimadas por sus clientes y amantes; el sexo provoca furia a veces, el amor puede despertar la cólera.

Durante el viaje se dice varias veces: «Soy una vaca». No sabe qué significa eso. Procede de algún sitio que está debajo del pensamiento consciente; quizá significa que ha aceptado que la lleven al establo. Sonríe al pensar en esto. Grandes toros empresariales, gerentes sementales tan estúpidos que no pueden montar solos, hay que llevarles vacas...

Descarta este pensamiento y se mira el dedo. Alisa la cutícula y tuerce la cara. Quiere estar impecable. La perfección es una especie de control. El hombre no será perfecto; ningún cliente lo es, por mucho dinero o poder que tenga. A fin de cuentas, le pagan por sus servicios.

La parte sexual es bastante simple; la desconciertan las demás complejidades, esos laberintos de emociones plagados de trampas.

La limusina reduce la velocidad. Alice nota que vira despacio y sube una cuesta. Palmea el neceser e inspecciona su ropa. Pronto estará en exhibición. Sentirá placer con lo que pueda, aceptará lo que no es placentero y terminará este trabajo con la conciencia tranquila.

La portezuela de la limusina se abre junto a un ascensor circular. La puerta del ascensor se desplaza en silencio para revelar un interior con luz tenue, paneles de arce y cerezo, barras de acero inoxidable bruñido, gruesa alfombra no metabólica. Pura ostentación. Sin números, sin nombres, sin ascensorista para saludarla. Baja de la limusina y la portezuela se cierra, pero el vehículo no se mueve. La esperará. A sus espaldas hay un espacio oscuro, amplio y cavernoso, quizás un garaje.

Alice titubea, cierra los ojos. *Una ramera es alguien que engaña a sus clientes.*

Entra en el ascensor. Tres pisos (calcula Alice) pasan con elegante lentitud. No hay prisa; el propietario prefiere pausas reflexivas entre un lugar y otro. Alza el abrigo para inspeccionarse los zapatos, se inclina a mirar su reflejo en una barra de acero. Todo en orden. Alice está acostumbrada a tener buen aspecto, pero siempre se asegura.

La puerta del ascensor se abre. Sombras, focos que se encienden con dramatismo para guiarla hacia otra habitación; marcan el camino en una moqueta gruesa y mullida como césped inglés. Alice recorre un ancho pasillo flanqueado por estatuas de madera, escudos y telas estampadas y enmarcadas. Polinesios, piensa, objetos de museo (y no cree que sean reproducciones). El dinero y el poder nunca la han impresionado; ahora tampoco está impresionada, pero le gustaría contemplar las piezas y, al parecer, no se lo permiten.

Los focos se apagan a sus espaldas. La empujan a otra habitación. Lámparas pequeñas la rodean como estrellas borrosas. Alumbran a un hombre que está de pie junto a un diván, una mesa y una silla, en una plataforma de piedra baja y ancha. Las luces se ladean para iluminarlo todo menos su rostro.

Él le tiende la mano.

—Gracias por venir —dice.

Alice murmura que se alegra de estar aquí, como si fuera lo más natural del mundo. Trata de adivinar la edad, por la voz y la piel de la mano. Cuarenta o cuarenta y cinco, bien conservado, pero quizá no un cronóvoro. No recibe tratamiento para conservar la juventud. Esto la alivia un poco. Los cronóvoros la intimidan.

—Siéntate, por favor. Conozcámonos.

El hombre usa pantalones anchos y rojizos y un chaleco sin mangas. Tiene los músculos desarrollados, hombros anchos y apenas un poco de barriga, que no le sienta mal. Alice se concentra en esa pequeña imperfección. Aporta cierto carácter a su cliente sin rostro; todo lo demás es más resbaladizo que el hielo.

—Espero que no te moleste no ver mi cara. —Las luces giran y cambian de foco,

se encienden y se apagan mientras él camina alrededor del diván y le coge la mano.

—Tu apartamento es encantador —comenta Alice.

—Gracias. No lo uso con frecuencia para estas cosas, te lo aseguro. No... para nuestro arreglo, quiero decir.

—Ah.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Qué te apetece?

—Una copa de vino, por favor. Veriglos.

—¿Sin ajustes?

—Sin, gracias —dice Alice. Los ajustes van desde simple alcohol hasta drogas complejas como hipercafeína, aminoflores, neuromimas y muchas cosas ilegales. Prefiere sus reacciones naturales.

—Bien. Esperaba que dijeras eso. —El hombre ordena a un arbeiter que traiga una copa de Veriglos blanco. Ella coge la copa de la bandeja y bebe.

—Muy agradable. Has escogido mi favorito. Viñedos Zucker, creo. —Alice usa un tono discreto, expectante pero pausado, como si hubieran sido amantes tiempo atrás. Ofrecer calidad será la salvación de su autoestima, de su sentido del honor.

—No sé mucho sobre vinos —dice el hombre. Tiene la voz tensa, aunque lo disimula bastante bien—. Todo lo que me sirven sabe muy bien. —Disimula un jadeo nervioso con un pequeño hipo—. No sabía si estarías disponible para visitas privadas.

Ella sonríe. Apenas distingue el perfil de ese rostro. Algo oculta sus rasgos, no sólo la sombra, y no es una máscara sino un truco tecnológico, una proyección. Alice se pone su propia máscara, la que oculta no sus rasgos sino sus intenciones.

—Siempre estoy disponible para desconocidos amables —dice—. La pregunta es cuán disponible estás tú.

El hombre se pone rígido, cierra la mano.

*Vaya. Demasiado directa.*

—No lo estoy, lamentablemente —dice el hombre. Alice se pregunta si la habitación le altera la voz; y si, en la cama, realzará la forma de su cuerpo y sus reacciones con otro truco. El desconocido artificial...

Para su irritación, esto le resulta vagamente interesante.

—Pero esta noche soy tuyo, total y absolutamente —continúa él—. Una última recompensa. Hice algunas cosas buenas en esta vida y merezco algo a cambio.

Va hacia la derecha de Alice y se sienta junto a ella. A pesar de la sombra y la proyección, nota que la estudia desde ese nuevo ángulo. Finge nerviosismo y desvía los ojos para activar los instintos protectores y posesivos del cliente. Nunca está nerviosa en estas situaciones; sabe exactamente lo que ocurre, aunque para muchos hombres esto no es un estímulo.

—Me siento honrada —dice con un carraspeo—. Esto es un poco apabullante. Debes ser muy rico.

Él ignora ese comentario.

—Creo que todos los hombres esperan auténtica pasión en las mujeres dice. — Nos gusta creernos tan apuestos y devastadores que hacemos caer los muros más fuertes... ¿No estás de acuerdo?— La voz sugiere sonrisa, así que Alice sonríe.

—Eso parecen desear la mayoría de los hombres —concede.

—Yo no esperaré eso de ti —murmura él.

*Pero estás pagando, así que crearás que eso obtienes, piensa ella.*

—Soy un hombre delicado, de hecho —dice él—. No me excita la fuerza física ni el sentirme dominante. Me refiero al dinero. Si este lugar le molesta, podemos ir a otra parte.

Alice estira los brazos, un poco inquieta.

—Espero que haya más muebles —dice.

—Hablo de mi situación —continúa él—. Quiero que te guste estar aquí. Me preocupo por tus sentimientos, por quién y qué eres, tanto como por mi propio placer. Por mis propios sentimientos.

Ahora es Alice quien se pone rígida, aunque ella lo disimula mejor. Este hombre es del tipo temido por los que trabajan en atención sexual. Quiere penetrar la fachada profesional de Alice y establecer un la/o más profundo. Quiere tocar sus emociones como si ella fuera una muchacha enamorada; tal vez sea el único modo en que puede gozar. En el poco tiempo en que se dedicó a las citas, otras mujeres le hablaron de estos sujetos, pero nunca se topó con ninguno. *Él se oculta, pero quiere saberlo todo sobre mí.* Bien, buscará el modo de escabullirse.

—Es agradable cuando eso ocurre —dice. Estira la mano para tocarle el brazo, adopta una expresión preocupada—. ¿Qué tamaño tiene este lugar? Me gustaría ver más. —Quiere acelerar el proceso.

—Por supuesto —dice el hombre—. Espero que no te moleste mi curiosidad. Sé que es lo común... el cliente quiere saberlo todo, pero no dice nada sobre sí mismo. Sin embargo tengo la sensación de conocerte desde hace tiempo... por tus vids. Soy realmente un admirador luyo, y me complacería mucho que me contaras, bien... lo que te gustaría que tus admiradores supieran, si tuvieras la oportunidad.

Alice sonríe abiertamente.

—Desde luego.

—Lo que realmente me gustaría... si puedo pedir semejante cosa... es hacer el amor como si acabáramos de conocernos.

Alice no lo entiende del todo. Él parece inseguro, y este intento de invadir su afecto tiene una torpe dulzura que podría indicar sinceridad. Alice sabe que los mejores hombres son los que siguen siendo niños en un lugar profundo del corazón, y mantienen un candor genuino como un talismán contra el exceso de realidad.

El hombre calculador, plenamente adulto, cínicamente seguro del funcionamiento

del mundo, capaz de oler las ventajas y obligado a buscarlas, puede ser egoísta y desagradable, aun por una noche.

¿Qué pasa entonces con este hombre? Un buen actor, quizá; tan bueno como ella.

—Lo que necesito ahora —dice Alice— es un cuarto de baño.

—Claro —el hombre se levanta—. Otros cuartos, otros muebles.

Alice sigue su silueta borrosa hasta un pasillo donde cuelgan antiguas fotos enmarcadas en blanco y negro. Parecen ser de la época victoriana. Hombres con atuendos rígidos, oscuros y formales, festoneados de cintas y medallas, de pie alrededor de mesas. Otros hombres con turbante, fez y túnica, en manifiesta desventaja, sentados a las mesas y, sobre las mesas, papeles y plumas y, más allá de los hombres y las mesas, a través de arcos o ventanas, minaretes o cúpulas orientales.

Las imágenes cobran vida brevemente, y los hombres cabecean y hablan en silencio. El efecto la defrauda. La sencilla inmovilidad es infrecuente en el arte de hoy.

Adondequiera que va, el hombre está rodeado por luces y borrones estratégicos. Este camuflaje debe ser carísimo.

Entran en un dormitorio austero pero elegante. La cama es cuadrada y baja, con almohadas contra el cabezal, una cama muy tradicional. La manta es un edredón blanco bordado. El immaculado piso es de madera bruñida.

No hay ventanas.

—El baño está por allá —dice el hombre. Alice va hacia donde él señala, una puerta apenas visible contra el gris aterciopelado de una pared. La puerta se abre cuando ella se acerca y una luz brillante la envuelve en el interior. El mármol blanco y la grifería de oro la deslumbran. Gira dentro del cuarto para ver el efecto de este resplandor sobre el hombre, pero él está de espaldas y, de todos modos, la iluminación no parece alcanzarlo.

El retrete es simple y elegante, con las curvas gráciles de una caracola invertida; un asiento bajo con bidé incorporado. Es uno de los retretes de diagnóstico comunes en los hogares de hoy y ubicuos en los baños públicos, donde las deposiciones se analizan rápidamente —con garantía de anonimato— y se integran a los registros de sanidad.

Tiene la vejiga muy llena. La vacía —preguntándose si ese hombre rico está grabando todo, hasta el análisis de orina—, se lava y se pone de pie para acomodarse la ropa. Las costuras se alisan cuando las toca. Se mira en el espejo, pide a la puerta que se abra, regresa al dormitorio.

El hombre se ha desvestido y está desnudo junto a la cama. Su rostro sigue a oscuras, pero las luces alumbran el resto. Debe estar orgulloso de su cuerpo, piensa Alice. Es un cincuentón en buen estado, aunque no demasiado musculoso. Tiene los brazos y el torso torneados pero lisos, y sin las líneas y huecos que le gustan a Alice.

El estómago es levemente redondo, y tiene bastante vello en el abdomen; un pene de tamaño común, circuncidado. Hasta ahora no hay sorpresas, ninguna proyección destinada a engañarla; quizás él desee una experiencia genuina, no usarla como una prostituta más cara.

—Me gustaría verte entero —dice Alice—. Soy muy discreta.

—No —dice el hombre, sin moverse.

—¿Hay algo que prefieras? —pregunta Alice—. Quiero decir, específicamente...

—Sólo que actúes con naturalidad —dice el hombre—. Me gustas como eres. Como he dicho, valoro la auténtica pasión.

—Los ojos son muy importantes para mí.

—Lo lamento.

Alice se adelanta tirando de la parte superior de su vestido, acariciando las costuras ocultas. Primero desnuda un hombro. Mantiene los ojos a la altura de los de él, se muerde el labio inferior un instante antes de mover el cabello corto y desviar la mirada, como si él la abrumara con su presencia.

Mira hacia abajo, el pene, y se detiene como si lo encontrara atractivo, luego el suelo. Ha aprendido estos trucos, ha medido sus efectos sobre los hombres, los ha usado tanto tiempo que no le parecen artificiosos. Es buena en lo que hace. La prueba está en la reacción del hombre cuando se acerca.

*Bien, no es tan indiferente.*

Antes de mostrar los pechos, abre las perneras de los pantalones, revelando una sombra de la entrepierna. Luego desliza la tela sobre los senos, mirándolo como si buscara su aprobación, como si su aprobación lo fuera todo para ella; como una mujer virginal en una fantasía masculina. Ahora camina como vestida con harapos que sólo le cubren el abdomen y los muslos.

—Muy bien —dice él, aclarándose la garganta.

Alice sospecha que no quiere hablar mucho, pero tampoco estar callado. Se le acerca, con un dedo en la costura de la entrepierna, pero sin abrirla.

—¿Quieres hacer esto por mí? —pregunta. El hombre le toca la muñeca, busca la costura, tira. La costura se abre—. Así —dice Alice con voz gutural.

Él la toca con cierta brusquedad, pero ella no se aparta. Esto no es para su placer; es él quien paga. Él la frota y ríe entre dientes.

—No estás húmeda —dice.

—Quizá necesite más atención —sugiere Alice. De hecho, no siente el menor indicio de inminente humedad; no hay nada en que pueda concentrarse, nada que pueda invocar una fantasía. El cuerpo de ese hombre no la inspira. Su rostro oculto la irrita en vez de intrigarla. No le impresionan su riqueza y su poder; quizás haya pedido prestado el apartamento de otro para pasar la noche; quizá sea el amigo pobre de un ricachón. Allí no hay motivos de interés.



Alice es consciente de su espantosa falta de instinto de anidamiento. No le interesan la riqueza y el poder en sí, nunca ha sentido la tentación de buscar parejas con buena posición. Cambia sexo por dinero, pero nunca su yo. Nunca ha entregado su yo a nadie.

*No estoy húmeda. ¡Cielos!*

Él la acaricia torpemente con el dedo, que está seco y es un poco áspero. Lo que ves es lo que obtienes: *un varón maduro para quien el sexo es un impulso y no un arte. En fin, es el trabajo.*

—¿Alguna vez te imaginaste, cuando eras pequeña, que estarías haciendo esto?  
—pregunta el hombre.

—¿Haciendo el amor? —pregunta Alice.

—Recibiendo dinero por hacerlo, de alguien a quien no conoces.

—Quizá te conozco —bromea Alice, rehuendo las preguntas personales. Sólo quiere una relación elemental y lo más breve posible—. Si dejas que te vea la cara...

—No —repite el hombre, sin exasperación, pero con más sequedad—. Bien, ¿te lo imaginaste?

Su dedo parece actuar por su cuenta. Ella sabe que finalmente ese hurgamiento provocará una reacción, pero excitación y humedad son dos cosas diferentes en esta etapa de su vida.

—Según a qué edad te refieras.

Incluso ha tenido orgasmos sin sentirse muy excitada ni conectada con su pareja, a pesar de las hordas de teóricos evolucionistas (en general varones) que discursen sobre el tópico del impulso sexual femenino zumbando como moscas intrigadas.

—Ah. —Él aparta el dedo y le apoya la mano en los pechos, donde continúa con su estímulo mecánico—. Empezaste joven...

Ella le aferra la mano, le obliga a estirar los dedos, se pasa la palma por el pezón. Luego desplaza la mano al pecho izquierdo.

—Éste me gusta más —dice, fingiendo que le falta el aliento. Él aún no tiene una erección plena; está pensando demasiado y ella debe tomar la iniciativa.

Se inclina hacia la cara borrosa, preguntándose cuánto tendrá que acercarse para que se disipe la ilusión de oscuridad. Es como caer en un agujero; él la besa, pero ella no ve nada. El efecto es desconcertante, casi aterrador.

El miedo nunca la ha estimulado.

Alice le baja la mano, gira, se desnuda totalmente, frota las nalgas contra él; esto surte el efecto deseado.

Va hacia la cama. Le contará una historia; quizás él se corra más pronto.

—Empecé joven —dice—. Los hombres me resultaban muy atractivos. Fui bonita desde pequeña. Los hombres respondían. Yo me aprovechaba de ellos.

—¿Alguna vez pensaste que cambiarías sexo por dinero?

Alice entorna los ojos, sacude la cabeza.

—¿Por qué?

El hombre no se ha acercado a la cama, sino que permanece de pie, con ese vacío borroso sobre los hombros y la cabeza. Ha perdido la erección.

—Si defraudamos al yo de nuestra juventud, ¿qué podemos hacer en esta vida que merezca la pena?

Por primera vez en esta cita, Alice siente auténtica irritación, incluso furia. La contiene, la reprime. Sonríe y se despereza, contoneando las caderas. Quiere terminar con esto.

—¿Le haces estas preguntas a tu esposa? —pregunta coqueta.

—Nunca. Ella no lo consentiría. Pero siento curiosidad, me intrigan las contradicciones... mi modo de ver a las mujeres, su modo de verse a sí mismas, el modo en que todos fingen verlas.

El hombre no es tonto. Alice lo ve como un esclavolóbulo excitado por las teorías. Su curiosidad es una fría lujuria. No quiere sexo sino flujo de datos personal, pero no ha pagado por ello.

—¿A qué te refieres? —pregunta Alice, cruzando las piernas, ocultando algo que no despierta interés.

El hombre se sienta en el borde de la cama y le apoya la mano derecha en la rodilla. No usa anillos en esta mano, y no tiene marcas de anillos en los dedos. Pero una sombra movediza cubre la mano izquierda. Las cautas maquinarias del engaño oscurecen algo. Quizás ese borrón oculte varias marcas de anillos, y eso significaría que pertenece a las crestas altas.

—Yo tengo mis contradicciones, desde luego. Pero ¿no crees que los hombres y las mujeres deberían conocerse mejor? Así habría menos dolor en el mundo.

Alice se aparta y pasa las piernas sobre el borde de la cama. Con un movimiento rápido se pone de pie, recoge el vestido con una mano y se cubre.

—No me culpo a mí misma por el dolor del mundo —dice.

El hombre alza las manos, palmea la cama.

—Por favor, no te enfades.

—Y tampoco necesito terapia, gracias.

Él calla un buen rato. Alice no se mueve. El hombre baja las manos, aferra convulsivamente la manta, se relaja.

—Disfruto de tus vids —dice—. Eres tan sensual, con tantos hombres... me pregunto cómo lo haces. ¿Eres sólo una buena actriz?.

Alice repara en esta palabra, hoy tan poco usada. La reacción a la palabra «terapia», la erección vacilante, el lenguaje arcaico...

—Cuando me sentía solo, te miraba. Te imaginaba como mi esposa, en una relación duradera, nunca como una prostituta o alguien que cambiaba sexo por

dinero... quería que sintieras algo por los hombres con quienes estabas...

Conque es torpe y tímido, a fin de cuentas, y no logra llegar a lo que quiere; trata de evitar el final de una fantasía. Alice se relaja y baja el vestido. Los consumidores de vids y Yox hablan de esto con frecuencia. Choque de expectativas. Esclavos de una cultura que mata la sexualidad.

—Ahí estaba, viéndote, y pensaba que quizá fueras la mujer indicada, si te conociera personalmente, si la situación era propicia, si me enamoraba. Y estos hombres te poseían, total y fogosamente. Yo sabía que merecías algo mejor.

—Tú, por ejemplo —dice Alice.

—Tomaste malas decisiones, obviamente. Cuando eras joven e ignorante. Pudiste haber llegado lejos, con tu apariencia, tu voz... esos hombres sólo te manoseaban por todas partes...

La voz suena distante, crispada. Él necesita olvidar esto y relajarse. Algunos hombres se vuelven adictos, obsesivos, de tanto gozar con mujeres irreales.

—Es un arte y es un trabajo que disfruto —dice ella—. Disfruto cuando la gente se siente bien, y nunca me han hecho daño. —Esto no es del todo cierto—. Es una relación profesional, siempre, pero siento interés por algunas parejas. Así son las cosas.

¿Algunos de ellos fueron tus amantes? En la vida real, me refiero.

—Separo el trabajo, mi arte, de mi vida.

—¿Qué es, trabajo o arte?

Ella vuelve a sentarse en la cama, le coge la mano.

—Me tienes personalmente, frente a ti —dice—. Víveme, no me sueñes.

Él retira la mano.

—Me estoy portando como un idiota, pero ese mundo de fantasías me perturba.

—Tal vez deba regresar otro día, cuando estés más relajado.

—Aunque hubiera tiempo, nunca te vería de nuevo. No. —La palabra queda suspendida. Luego—: No. Eso tampoco es correcto.

Al fin se acerca a ella, le aferra los hombros, la tiende sobre la cama, le entreabre las rodillas. Ahora tiene una erección, aunque no es fuerte ni insistente. Lentamente se mueve y se excita. El borrón sombrío oscila encima de Alice, quien sospecha que él ni siquiera la está mirando, que derrocha este momento en una cópula mecánica y desconsiderada. *Es todo lo que puede hacer.*

—Mírame —dice. Ella mira la sombra—. No, aquí abajo. —Ella mira abajo: la unión, el empalme de los cuerpos, nada excepcional—. Mírame cuando ocurra —insiste él.

*Tanto pensar adonde va, qué hacemos con ello. Lo lanzamos y lo hervimos con el té. Lo untamos en panecillos. Lo guardamos en frascos y nos reímos con las amigas: «¡Tanto esfuerzo, tan poco producto!». Lo enjugamos con servilletas y lo tiramos. No*

*me interesa esta parte de ti, ni tu placer, no has hecho nada para ganarte mi atención. No me das nada a lo que aferrarme.*

Los pensamientos quemán. El hombre se corre con unos murmullos, se aparta, se acuesta de espaldas. Ni siquiera respira con dificultad. Esfuerzo mínimo, escasa satisfacción...

—Eres sólo una mujer —dice—. No noto ninguna diferencia. ¿Por qué iba a importarme?

—No te pedí que te importara —dice Alice. La quemazón de su mente le recuerda tiempos pasados, cuando la acosaban sentimientos desmesurados, cuando la vida era cataespacio y anaespacio en una alternancia imprevisible. Los peores momentos de su vida.

—Pero me importa —dice el hombre—. Una belleza como tú se lo merece. No deberías degradarte entregándote a hombres que no te merecen.

—Es un poco tarde para eso —dice Alice—. Y nunca me entrego. Comparto.

El hombre se ríe con sequedad. Alza los brazos; las axilas son lisas, las costillas visibles bajo la piel blanca y suave.

—Una mujer tan bella podría ascender en la sociedad. Toda mujer toma decisiones conscientes... dónde pasar la vida, con quién asociarse.

—¿Una tía te abandonó para fugarse con un cretino? ¿De eso se trata?

—En realidad he tenido una vida muy tranquila. Me gustan las mujeres pero me preocupa que no sepan vivir su vida. Una mujer juzga y sopesa a cada amante... si podrá satisfacerla, si ocupa un lugar importante en la sociedad, si es agresivo, si es fuerte. Es lo que nos han enseñado.

*Lamento defraudarte.*

—Pero algunas mujeres escogen mal a sus hombres toda la vida, no sólo cuando son jóvenes. Y los mejores hombres, cuando deben elegir, desprecian a estas mujeres... Están manchadas. No alimentan el orgullo de un hombre. Se acuestan con tontos y canallas. ¿Qué atracción tienen para quien sabe eso?

Alice arde de rabia. Quiere irse.

—Necesitas ser mi protector —dice con humor forzado.

—Quizá —dice el hombre, y de nuevo ríe entre dientes.

—Quieres que elija hombres que puedas aprobar. Compartirme con tus amigos. Realmente generoso. —*Entregarme a tus compinches, colegas, socios y miembros de tu tribu en la próxima ronda. Quizás a tus jefes o superiores, para escalar un poco en el clan. Hijo de perra.*

De pronto, todo encaja. Alice ha estudiado la psicología masculina y comprende los simples y agobiantes conflictos de este hombre borroso, escondido. Un neofederalista beato, hijo del Ascenso Moral, cuyo Dios es poder y riqueza y vida elegante, cuyas entrañas se revuelven con reprimida fascinación por las funciones

básicas; un hombre a quien le gustan las mujeres que se ríen nerviosamente cuando alguien dice *pipí*. Un cachorro del retorcido orden social.

Alice se pone de pie.

—Necesito limpiarme.

El hombre se apoya en un codo.

—¿Lo enjugas o lo dejas caer?

—No lo *reverencio*, si a eso te refieres.

—Tanto esfuerzo, tan poco resultado —murmura él.

Alice se alarma. Es justo lo que ella pensaba.

—Reiniciar, empezar de nuevo, mejorar nuestra suerte. Creí que no llegaríamos a nada sin eso. —Está delirando. Ella no le ve la expresión, pero habla con voz tensa y pronuncia las siguientes palabras con dolor—. Está hecho. Nadie puede ayudarme, y yo menos que nadie. *Mea culpa*, Alice. *Mea maxima culpa*. Tú eres el cordero. Todos los que son como tú tienen que sufrir. Me disculpo por lo que ocurrirá. Supongo que es inevitable, pero ojalá lo entendiera.

Alice pestañea, realmente asustada. Retrocede tres pasos, murmura una excusa, se deja guiar al cuarto de baño por las luces parpadeantes del piso.

En el baño cierra con llave la puerta, se limpia, se sienta en el retrete, alivia la dolorosa presión nerviosa; quisiera orinar la noche entera. El bidé la limpia cálidamente y aplica un perfume floral que no le gusta. Se frota una y otra vez con una toalla de felpa gris, hasta que los muslos y los labios de la vulva se ponen rosados.

—Perdón —dice el retrete—, pero hay señales de una infección de carácter desconocido, quizá centrada en tus conductos nasales o bronquiales. Deberías consultar a tu médico para un análisis más detallado.

Alice mira la curva de caracola, la palidez marmórea, los bordes que forman un óvalo de sorpresa.

—¿Qué? —pregunta, anonadada.

El retrete repite su evaluación de los fluidos que ella ha descargado.

—Tal vez sea *él* —dice.

—El análisis es de tu orina.

Nunca ha oído semejantes palabras de un retrete. Todas las enfermedades son conocidas y casi todas fáciles de tratar, las mutaciones se predicen, se catalogan y se evalúan en todo el mundo en pocos días, se envían monitores y cazadores de fagos en busca de intrusos microbianos...

Nunca en su vida se ha contagiado una enfermedad venérea, ni ninguna otra.

—Eso es una idiotez —le dice al retrete. Se viste y abre la puerta.

—Gracias —dice el hombre desde la cama. Se ha puesto una bata. Ella mira con añoranza el pasillo, las estampas de hombres que imponen tratados a rivales

inferiores, derrotados y consternados.

—Escúchame, por favor —dice él—. Tendrás que irte pronto. Tengo otra cita dentro de unos minutos. —Alza la manga de la bata—. Tienen un gran plan. Yo formo parte de él. Nos miraremos el ombligo hasta que toda la chusma se extinga y ocupemos el lugar que nos corresponde. Es muy secreto. Eres tan bella, y tan diferente de mi esposa. Ha sido un placer conocerte. No creo que haya sido un placer para ti. Mereces algo mejor.

Ella echa un largo vistazo al borrón, termina de cerrarse el vestido, curva los labios en una sonrisa espasmódica.

*Esto no significa nada. Termínalo con aire profesional.*

—Gracias —responde.

—Transferiré el dinero a la cuenta de la agencia en cuanto te vayas —asegura él.

—Ya te han cobrado —dice ella. Es una réplica débil.

En el pasillo, junto al ascensor, mueve el pie con impaciencia. La puerta se abre y Alice se sorprende al encontrarse con un hombre fuerte y robusto y una mujer alta y elegante de tez caoba, ambos dp. Saluda, se aparta para dejarlos pasar, entra en el ascensor. La mujer la mira por encima del hombro; ojos verdes y oscuros, tranquilos y penetrantes. Alice se estremece. La cara de esa mujer es como una bella máscara a la que empiezan a asomar imperfecciones, lo que la hace aún más llamativa. Es transformista. Su cutis es demasiado perfecto y lustroso.

La puerta se cierra en silencio. Alice aferra la barandilla de acero, se mira los dedos manicurados, los nudillos, la tez de fina textura estirada sobre los tendones del dorso de la mano. No cree en Dios, no es religiosa, cree en la sinceridad con uno mismo, en ver lo que tenemos ante los ojos; pero ignora lo que acaba de ver, lo que acaba de experimentar.

¿Y por qué Defensa Pública?

Un zumbido entre los oídos, una conversación interior muda, ininteligible...

La limusina aguarda. La puerta se abre. Alice entra en el cálido interior, cierra los ojos. Vacas aterradas, gente que afila cuchillos. Abre los ojos para escapar de esta imagen espantosa.

—Maldición —grita cuando se cierra la portezuela—. ¡Maldita seas, Lisa! —Saca la pizarra de la cartera, teclea el código de su cuenta. La transferencia ya está hecha. Tiene setenta y cuatro mil ciento quince dólares y treinta centavos más. Una pausa. El número de la columna de ingresos relampaguea en rojo, luego en verde; transferencia confirmada.

Alice respira despacio y, poco a poco, recobra la compostura.

—¿Ramera o amiga? —pregunta Nussbaum en voz baja. La unidad de Terence Crest es la más grande del edificio, que tiene cuatro inquilinos más.

—Ya no las llaman rameras, señor —dice Mary. Ha visto antes la cara de esa mujer, pero no recuerda dónde.

—Ajá —canturrea Nussbaum, y mira la entrada oscura, los escudos y tallas y lanzas dispuestos en mortíferos ramilletes—. Así que nos invita a subir, la despide justo antes que lleguemos...

Un ruido brusco pasillo abajo.

—¿Señor Crest? —llama Nussbaum. No hay respuesta. Mira a Mary con un mohín de disgusto profesional—. ¿Terence Crest? Defensa Pública de Seattle. Ya hemos hablado antes. ¿Le molesta que entremos? —Y le susurra a Mary—: Es difícil saber si legalmente estamos dentro o no. —Avanza un par de pasos, olfatea, abre los ojos.

—Choy, llama al equipo médico. —Ahora corre pasillo abajo. Choy teclea el número del centro médico, que se conectará con el código privado de los *arbeits* médicos del edificio. Incluso puede que Huya médicos personales en el apartamento —. ¡Choy, ven aquí!

Mary guarda la pizarra y corre hacia Nussbaum. Está en un dormitorio del lado este del edificio, una habitación sombría, sin ventanas. Nussbaum está agachado junto a un hombre despatarrado en el suelo, que tiritita y se retuerce, arqueado en U, la espalda y las piernas levantolos. Ahora Mary huele lo que alarmó a Nussbaum: el olor amargo y carnoso de un excitante neurológico. El hombre apesta.

Se inclina frente a Nussbaum, que ha puesto una venda multifunción en la muñeca del hombre. La venda puede obrar milagros antes de la llegada de un equipo o *arbeiter* médico, pero no salvar a alguien de una sobredosis masiva. El hombre se relaja y deja de tiritar.

Ella le mira la cara. Parece una sombra, y la sombra es borrosa.

—¡Mierda! —Nussbaum pasa las manos sobre la zona donde deben estar los rasgos del hombre. Frota con vigor. Despacio, en trazos surrealistas, la cara reaparece como pintada por un pincel mágico.

El uso de maquillaje óptico es ilegal en público, pero Mary no esta segura en cuanto a su uso privado. Sólo lo había visto otra vez, hace años, en Los Ángeles.

—¿Es Crest? —pregunta.

—Creo que sí —dice Nussbaum. Un *arbeiter* médico irrumpe desde el pasillo y aparta a Mary de un empujón. Nussbaum se pone de pie y retrocede—. Huele a hipercafeína o ATPlus —dice. El *arbeiter* lo ignora, extiende su red de tubos y cables. El aire se llena de aromas: alcohol, nano médico con olor a levadura, caramelo—.

¿Para qué concertar una cita con nosotros si iba a hacer esto? ¿Quería testigos? Se alejan y esperan refuerzos y más médicos. El arbeiter pertenece al apartamento o al edificio.

Mary echa un vistazo rápido al dormitorio, ve un fulgor encima de la cama. Es un vid fijo. Flotan palabras en azul brillante.

*Mea maxima culpa. En mi familia soy el único responsable. Y no puedo hacer nada para volver atrás.*

Nussbaum se acerca a Mary y lee el mensaje. Ella ya ha sintonizado la pizarra para grabar con todo detalle el dormitorio, el cuerpo y el mensaje. Nussbaum también alza su pizarra.

—¿De qué se trata? ¿Se sentía culpable por financiar un taller de psíntesis clandestina?

Mary sacude la cabeza; no lo sabe. Pero su instinto se ha despertado. Algo anda muy mal.

—La amiga o la ramera —dice Nussbaum—. La limusina del garaje... era de una agencia de empleo.

Mary ya está buscando limusinas en el vecindario. En segundos, mientras aumentan los ruidos de succión del arbeiter, lee la pantalla de la pizarra. Todas las limusinas que hay en diez manzanas a la redonda llevan pasajeros masculinos identificados, todas menos una. Y ésa se niega a dar la identificación sin una orden del juez. Es la que buscan, Mary lo sabe por instinto: una cita cara arreglada por una agencia.

Nussbaum se impacienta.

—Cielos —le grita al arbeiter—. Deja en paz al pobre diablo. ¡Está muerto!

—No puedo confirmarlo, señor —responde el arbeiter. Mary sale al pasillo.

Paramédicos humanos lo recorren, miran a izquierda y derecha, irrumpen en el dormitorio. Mary retrocede contra la pared y tuerce una imagen animada, cuando entran a la carrera. Sus arbeiteres son igualmente agresivos; las orugas y las ruedas chirrían sobre el suelo.

Nussbaum se reúne con ella en el vestíbulo, delante del ascensor.

—Tiene una etiqueta rota de una ampolla de hipercafeína junto a la mano —dice Nussbaum—. No encuentro la ampolla, pero está debajo de él o ha rodado a alguna parte.

—¿Qué relación tenía con los homicidios de psintéticas? —pregunta Mary.

—Inversiones en un grupo del espectáculo que emplea psintéticas.

Conocía a los dos hombres a quien el cuidador prestó la casa, ex socios. No era seguro, pero he pensado que quizá pudiera contarnos algo sobre ellos. Parece raro que se haya suicidado. Quizá sea coincidencia.



—¿Con una confesión proyectada? —pregunta Mary—. ¿Y por qué usaba maquillaje óptico?

—No quería que la ramera lo identificara. —Nussbaum extiende la mano, desconcertado.

La jefa médica los encuentra junto al ascensor. Se quita los guantes, sacude la cabeza.

—Irrecuperable —dice—. Hipercafeína pura, diez miligramos, la ampolla. —Inyectada en la muñeca izquierda. Borró su memoria y toda posibilidad de reiniciar la actividad neural. El cuerpo aun funciona, pero apenas.

La hipercafeína es la droga más fuerte, diez mil veces más potente que la cafeína. Las dosis habituales no superan el décimo de microgramos. Unos microgramos transforman a un tonto en un maestro del ajedrez, pero al precio de pasar varias semanas en cama. Algunos directivos de alto rango la utilizan para sesiones críticas de planificación y luego se toman unas vacaciones prolongadas en algún lugar tranquilo.

—¿Era un directivo? —pregunta la doctora.

Más que eso. Famoso. Un multimillonario.

—¿Y nosotros lo hemos asustado? —pregunta Mary incrédula.

Nussbaum se pellizca la nariz, cierra los ojos.

—¿Por qué siquiera nos recibiría? Demasiado fácil.

La doctora está escuchando. Nussbaum la mira con mal ceño.

—¿No tiene trabajo?

Ella sonrío con dulzura.

—Está muerto. Aquí fuera pasan cosas más interesantes. —¿Podría tratarse de un homicidio?— gruñe Nussbaum.

Alguien puede haberle obligado a tomar la droga, pero surte efecto en segundos, y en esa dosis mata en un par de minutos.

—Entonces necesitamos a esa mujer —le dice a Mary—. Es un testigo esencial.

—De acuerdo. —Mary entra en el ascensor. Cuando la luz se enciende, Nussbaum hace una señal afirmativa y la puerta se cierra.

ADVERTENCIA:

¡El texto que has consultado reiteradamente pertenece a una fuente independiente y quizá no sea un éxito de ventas! ¡Quizá tus amigos no reconozcan esta obra! ¿Deseas una lista de textos alternativos con un descuento especial y garantía de buena promoción y reconocimiento instantáneo entre tus amigos? (S/N).

>ESC.

14/

A las siete y quince, hace veinte minutos que Jack Giffey espera en la esquina de Constitution y Divinity. Entrelaza las manos para entibiárselas; no usa guantes, y lleva un abrigo liviano. Es una noche fría, y el viento arrecia. A los cincuenta años, se siente viejo para estas cosas, pero esperará a Yvonne hasta las siete y media.

Ni siquiera sabe su apellido.

Una diferencia de pocos puntos de porcentaje en el genoma; los planes mejor trazados de hombres y monos se van al cuerno.

Mira al sur y al oeste, mira las calles casi desiertas. Los estudiantes se han recluido en sus albergues durante la noche, o en la relativa seguridad de los alojamientos de montaña para esquiar mañana. Se aproxima una nevisca. El esquí y la caza mantienen con vida la república en la actualidad, además del papel fino para libros. Los últimos proyectos mineros y madereros finalizados hace diez años han dejado gran parte de Green Idaho convertida en un yermo.

Giffey vuelve a pensar en los libros de papel. Esta idea lo obsesiona. Recuerda los últimos libros producidos en masa de su infancia, libros en rústica que se vendían en tiendas. Tiene una caja de volúmenes viejos en su altillo de Montana, en la casita que compró hace tres años; pertenecían a sus padres, y los agentes federales que se encargaron de la limpieza se los dieron.

Pero es raro. No recuerda haber leído ninguno de esos libros.

—¡Jack!

Sobresaltado, da media vuelta. Yvonne camina deprisa por Divinity. Su largo abrigo negro tiene un cuello deseudopiel que ondea sobre el cabello y las orejas como una aureola oscura.

—Lamento llegar tarde. Bill necesitaba despachar mercancía a los aserraderos y

he tenido que empaquetarla.

—Podríamos cenar en el Briar, en la calle Peace —dice Giffey. Yvonne asiente vivaz; tiene la cara roja por el frío. Es muy bonita y joven. Giffey siente acidez en la boca del estómago al pensar en la juventud de esta mujer; espera que sea capaz de seguirle la conversación. Aunque desea su cuerpo, el suyo propio aún no está decidido y necesitará un poco de estímulo intelectual.

Lo cierto es que le irrita haber esperado. Si ella supiera a quién hizo esperar en el frío, si estuviese al tanto de sus planes...

Ella le toma el brazo y se acurruca contra él, amigable e inocente.

Ha notado su tono seco y procura hacer las paces.

—El Briar es agradable —conviene—, pero hay otro sitio a tres manzanas de aquí, Blakely's. Es más tradicional, la comida es mejor y cuesta lo mismo. Además, tiene más ambiente.

—De acuerdo —dice Giffey—. Vayamos allí.

Blakely's es pequeño y seudorrústico, pero al menos no hay cabezas de venado disecadas en las paredes. Cerca de la barra un barroco letrero, pide a los ciudadanos que entreguen las armas al cantinero. Pretende ser gracioso. Ahora Jack lleva pistola, pero habitualmente no usa armas de fuego, ni siquiera en Green Idaho; si alguien quiere dispararle las armas modernas son tan inteligentes y extremas que debes planificarlo con horas de antelación para liquidar a tus asesinos. Bien pueden dejarlo en manos de la justicia, porque no conseguirás nada.

Yvonne mira al camarero y luego a Jack, por si él quiere llevar la batuta. Jack deja que ella se ocupe de la situación. Cuando se sientan, pide un bourbon y agua. Yvonne pide cerveza. Luego lo mira a los ojos, muy seria.

—¿Qué demonios tengo que decir para que te diviertas? —pregunta.

Giffey resopla y bebe un sorbo de agua. Se echa a reír.

—Caray, Yvonne, aún no he definido mis planes y tú ya quieres respuestas.

Yvonne lo mira inquieta mientras el camarero les sirve los tragos.

Cuando el camarero se va, dice:

—Estás aquí porque quieres llevarme a algún sitio y follarme hasta el agotamiento, ¿verdad?

Giffey la mira boquiabierto y ríe de nuevo, realmente admirado. *Y yo que creía que esto podía ser aburrido.*

—La mente de un hombre es un libro abierto para una mujer bonita —dice—. No negaré que algunas partes de mi anatomía te miran favorablemente. —Se yergue en el asiento—. Me halaga que pienses que yo podría...

—Pamplinas. No eres un abuelo, Jack, ni yo una niña buscando la imagen acogedora de papá.

—Bien —logra decir Giffey.

—Pero me gustaría hablar. Necesito tu opinión sobre ciertos asuntos. Pareces listo. Quizá sepas un par de cosas sobre los hombres y las mujeres.

—De acuerdo —dice Giffey—. Adelante. —Juega con el vaso de bourbon pero no bebe. No quiere parecer un borracho.

—¿Estoy perdiendo el tiempo? Con mi novio, quiero decir. Y con este trabajo de mierda.

—Podrías conseguir algo mejor.

—¿Quieres decir que no estoy jugando todas mis cartas en la lotería sexual?

Yvonne está ofuscada y Jack asombrado de haberla juzgado tan mal. Por otra parte, está encantado.

Parece que no habrá cama tibia con mujer joven, pero la velada será interesante.

—Será mejor que me expliques eso de la lotería sexual.

—Ya sabes. La evolución y las mujeres. Se supone que debemos escoger varones que nos mantengan, que se queden a criar a nuestra prole para pasarles nuestros genes. Porque vosotros podéis embarazar a cien mujeres, pero nosotras tenemos pocas oportunidades de transmitir nuestra carga genética. Todo eso de Darwin.

El camarero sirve los entrantes. Yvonne se quita el abrigo y se lo entrega, algo que pudo hacer antes. Pero si Giffey hubiera reaccionado mal o no hubiera respondido a esa andanada inicial, quizás ella se hubiera ido a casa.

Todavía tiene una oportunidad.

—Según mis últimas noticias —dice—, Darwin andaba errado. Pero sólo sé lo que leo.

—Hace seis años que estoy con mi novio. Él se ha pasado la mitad de ese tiempo trabajando en el bosque, o buscando provisiones y trabajo. Es lo que hace, lo acepto. Pero me siento estirada y seca como una piel de alce. ¿Me estoy portando como una idiota?

—Eres fiel, actúas como una buena persona —dice Giffey, y lo dice en serio. Ojalá sus mujeres hubieran sido tan leales.

Yvonne se bebe un tercio de su cerveza. Giffey toma su primer sorbo de bourbon. No es del mejor.

—No entiendo todo esto —dice ella—. Si yo viviera en California, con mis aptitudes y mi educación, estaría desAfectada... Sólo conseguiría trabajo en sexo o entretenimiento. Ya sabes. El Yox. Aquí es mala palabra. —Afloja el rostro y desvía los ojos, sin mirar a ninguna parte—. ¿Sabes lo que descubrí la semana pasada?

Giffey sospecha que está a punto de enterarse.

—Allá en las cabañas, en la tierra de los leñadores, tienen Yox por satélite. Pagan un tercio de su sueldo y de noche se entretienen con eso. Yo nunca he visto un Yox... no más de una hora, quiero decir, y fue sólo una sesión karaoke. Pero esta otra cosa... ¿Eso es ser infiel?

—Los hombres tienen sus necesidades —dice Giffey. Se siente un Muco incómodo—. Deberías alegrarte de que no concierte citas.

—Quizá. —Yvonne se reclina. Lleva una blusa con un reluciente collar de plata y piedra clara, y él tenía razón sobre sus pechos: femeninos y redondos. El torso es un poco delgado para tanto armamento, piensa él, pero tiene una cara bonita, incluso mientras se come la uña y aparta los ojos húmedos. Está realmente furiosa.

Se inclina hacia delante, con vehemencia rural.

—¿Sabes qué nos decían los asesores en la escuela? ¿A las niñas? Ni siquiera creían en la evolución. Está en la Constitución estatal. No deben enseñarla como un hecho, no quieren contrariar a los beatos. Pero nos mantenían en cintura. Decían: «Los hombres buenos quieren que sus mujeres sepan escoger y sepan controlarse. Si cedéis al deseo, que es muy fuerte... concedían eso... si accedéis a tener relaciones sexuales porque os parece divertido, terminaréis con un tío de baja estofa, un sujeto indigno de confianza que se alimenta del fondo lodoso como un bagre y os abandonará sin pestañear. Porque los hombres de bien, los que permanecerán fieles y os ayudarán a criar a vuestros hijos, son sensibles y quieren a una mujer que sólo se entregue a alguien de valor».

A Giffey se le escapa una carcajada. Yvonne tiene los ojos llorosos, pero su expresión sigue siendo de enfado. El camarero regresa y les pregunta qué más desean.

—Pide lucio —sugiere Yvonne—. Lo traen de otra parte, pero es bueno.

Giffey ordena el lucio especial. Ella también.

—Me criaron así. Es lo que creo en el fondo. Y ahora mi Bill está allá con sus compinches, y tienen orgías karaoke con mujeres de la India o de donde sea. Me saca de quicio.

—No confío demasiado en lo que la gente dice del amor —comenta Giffey—. Nadie sabe de qué habla.

—Estás diciendo que deberíamos escuchar nuestra voz interior. ¿Y si se equivoca?

Giffey piensa que la conversación se está enrareciendo un poco.

—No soy un sabio y no puedo aconsejarte qué hacer. Tienes que vivir tu propia vida.

—Estoy hablando contigo —dice Yvonne, fría—. Decías que querías hablar conmigo.

—Me incomoda que alguien... me revele sus sentimientos.

—Suelo ser directa. Bill siempre lo dice. Pero últimamente me hago algunas preguntas serias. Acerca de Bill, acerca de lo que quiero, acerca de lo que quería mi padre cuando se mudó aquí. He pensado en irme al Corredor o a California. Conseguir un trabajo de verdad, con una agencia. Estudiar un poco y quizá terapiarme para mejorar mi personalidad.

—Eso es pura cháchara —dice Giffey.

—¿Lo has probado?

—No tienes que comer todo el puerco para saber que está rancio.

Yvonne se ríe, adopta un aire pensativo, entorna los ojos como si la luz tenue de Blakely's fuera demasiado brillante.

—Merezco algo mejor —dice—. Bill es un callejón sin salida. Soy más lista que él y no me importa lo que otros hombres piensen de mi ni de mi vida. Mi padre estaba equivocado. Todos estos tíos de aquí... son imbéciles. No quieren bailar en el gran mundo porque no conocen los pasos.

Giffey no se lo discute. El mundo externo es un cacharro roto pero Green Idaho es el poso en el fondo del cacharro.

—Supongo que eso lo resume todo —murmura, mirando para ver si traen la comida.

—¿Qué me sucederá si me largo de aquí? —pregunta Yvonne—. No sé mucho sobre el exterior. Bill tiene sus Yox, pero no tenemos enlaces fib ni sat en el apartamento. Dice que no podemos pagarlos. Queda la biblioteca, pero últimamente estaba abarrotada. Hay mucha gente investigando, supongo. Y han eliminado mucho material... prohibieron esto, prohibieron aquello. Madre mía, el catálogo parece un queso Gruyere.

—No conozco a nadie con quien puedas hablar —responde Giffey— si eso es lo que andas buscando. Yvonne, no soy un hombre agradable y la gente que conozco tampoco lo es.

El camarero sirve el lucio. Está bañado en salsa de castañas con una pizca de jarabe de arce y algunas bayas. Giffey alza el tenedor en un saludo militar y prueba el pez blanco y cremoso.

—No está nada mal.

—No, aquí lo preparan muy bien. ¿Y tú qué buscas?

Giffey reflexiona y piensa que sería cortés dar una respuesta. Un modo de engatusar a los hipócritas.

—No entiendo.

—Querida, como te he dicho, no soy agradable, y lo que llevo en mi interior tampoco lo es. No creo en dejar las cosas como están. Hay ciertas cosas que me gustaría hacer, pero no se las cuento a los demás.

Yvonne lo estudia con esa mirada especulativa que puso en el Bullpen. Está analizando los pros y contras biológicos. Le agrada esta charla confidencial, que coincide con su necesidad actual de libertad. Está decidiendo el próximo paso. Giffey mira la mesa. Le desagrada que una mujer atractiva —una mujer con todo a su favor— deba plantearse un encuentro sexual con una especie de calculadora interna, que deba medir y sopesar y llegar a conclusiones profundas. Ha conocido muy pocas

mujeres que carezcan de esta capacidad. Es un insulto, una de las cosas que a su juicio separan a las mujeres de los hombres. Los hombres como cachorros, chapuceros y a veces crueles, pero afrontan din necesidades.

*Sus asesores estarían orgullosos de ella. Está buscando en mí alguna cualidad. Pero si me elige, se equivoca por completo.*

La expresión de Yvonne cambia. Ha tomado una decisión, aunque el ignora cuál es. Pincha un trozo de lucio, mece diestramente el tenedor, se lo lleva a la boca.

—El pescado esta inmejorable esta noche —dice.

—Así es —conviene Giffey.

*LINEA TRIBUTARIA.*

NOTA LITVID: La película Aerosol (1994), que acabas de ver, revela mucho sobre esa época. A fines del siglo xx, un VIRUS<sup>346223</sup> era una presencia insidiosa e incurable, una infección penosa, con frecuencia mortal, tan común que la mayor parte de la población de la Tierra llevaba cientos de tipos de estos diminutos autostotas genéticos. Los niños padecían VARICELA<sup>53416'893</sup>, una enfermedad no letal pero sí muy molesta y que reaparecía más tarde como el doloroso HERPES<sup>5862</sup>. Muchos adultos, así como los niños, tenían ampollas en los labios o los tejido húmedos causados por un herpes axonal, simplex o zoster; el contacto con la sangre o el semen era portador del temido virus del SIDA<sup>12477392</sup>, que generó el oscilante conservadurismo sexual de principios del siglo XXI. Los virus definían y modificaban la actitud social acerca de casi todo y casi todos.

A principios del siglo XXI la palabra «virus» sufrió una notable transformación. Hoy en día un virus ya no es dañino; presente por doquier, es uno de los pequeños sirvientes de una naturaleza más inteligente. En medicina humana los virus constituyen una plantilla o herramienta para un tratamiento médico más amplio. Los niños dicen con orgullo que tienen un virus personalizado que eliminará gradualmente los errores genéticos; los virus se usan en nanotransformación, y los extendidos o cazadores de fagos patrullan nuestros tejidos y aniquilan enfermedades bacterianas que han demostrado ser mucho más insidiosas y persistentes, aunque no invencibles.

(Irónicamente, en 2023 se descubrió que las bacterias son responsables de la producción de muchos virus, los cuales utilizan para atacar colonias rivales o para debilitar a sus huéspedes en una especie de superguerra microbiológica que todavía fascina a los estudiosos de la evolución y la cultura transespecies).

También a fines del siglo xx, con la generalización de los ordenadores, jóvenes intelectuales liberaban evoluciones de flujo de datos a modo de juego y los llamaban virus. Fueron rápida y eficazmente contraatacados, aunque unas cuantas epidemias causaron graves trastornos económicos.

Un eminente HACKER<sup>\*s64</sup> o CRACKER<sup>'239</sup> informático fue secuestrado en Los Ángeles en 2006 y trasladado a Singapur, donde fue condenado a muerte y ejecutado tras ser sometido a tortura...



Jonathan viaja en el autobús barbilla en mano, un poco abatido por su conversación (o ausencia de ella) con Chloe. Hay días en que se pregunta adonde va su matrimonio, y otros en que acepta los cambios con un pragmatismo que casi equivale a la felicidad; pero esta noche lo vive como una institución sofocante.

Además, odia regañar a sus hijos. Suscitan en él reacciones primitivas: amor sin límites, dolor impotente ante sus dolores y, cuando Hiram actúa con torpeza, miedo por su hijo varón, miedo de que termine por ser un inservible desAfectado, un fracaso lastimoso y lastimero. Sabe que debería animarse, que Hiram es un chico avisado que superará su torpeza, pero el miedo persiste. Chloe odia su voz cuando grita. Pero Jonathan es el padre, y si no hace nada, si no aporta nada, ¿qué sucederá?

Del otro lado del pasillo, dos asientos más allá, una mujer con un vestido sencillo hace una telepresentación en un lugar distante e invisible, extiende los brazos y gesticula en silencio, aunque moviendo los labios.

El mira hacia otro lado. Falta de contacto; presencia incorpórea. Nada de esto le gusta. Chloe no lo entiende, pero Jonathan quiere más tacto y más contacto en su vida y su trabajo.

Las luces de las viejas calles laterales de asfalto que llevan a la catedral de St. Mark se reflejan en las ventanillas e iluminan la cara de los Manijeros. Jonathan evoca el familiar catálogo de los principales momentos de su relación con Chloe. Su belleza juvenil, su vigoroso entusiasmo mientras eludían las normas de ambas familias para hacer el amor en cuartos de baño, autobuses vacíos, cementerios en las noches de verano; la maduración compartida y el asombro compartido de haber sobrevivido después de los treinta años, a pesar de la ingestión de drogas y todas las otras taras de su generación. La única brecha de su vida en común (que él sepa, piensa con repentina amargura), se abrió antes de casarse, cuando un hombre (cuatro años mayor, un auténtico anciano de treinta y siete) sedujo a Chloe y la dejó frustrada y desesperada por afianzar su relación con Jonathan.

Y luego el matrimonio. Los hijos; la aceptación de Chloe, llevada por la maternidad y la moda contemporánea, de abandonar la carrera y concentrarse en los bebés, ambos nacidos cómodamente ex útero, como exigían en la época aun las mujeres de las familias más conservadoras. Sus primeros tratamientos de instinto maternal, a los que reacciono exageradamente; se convirtió en una tigresa protectora que apenas dejaba que Jonathan tocara a Penélope. La traumática adaptación a un negundo hijo. El matrimonio ha sobrevivido, y el interés mutuo continúa prácticamente intacto.

Jonathan la adora; quizá por los problemas que tuvieron al principio, cree que Chloe es la mujer más deseable de la Tierra.

Pero en los últimos años ella se ha ensimismado. Jonathan no puede señalar una conducta específica, sino una suma de conductas y actitudes que se traducen en relajación o madurez o inevitable enfriamiento de las pasiones, y también en que ella ha perdido todo interés.

Su reflejo lo mira desde la ventanilla: cara larga y delgada, cabello negro en retroceso, nariz pequeña y angosta, ojos oscuros y hundidos, labios añiados y carentes de resolución. No cree haber cambiado ni envejecido tan drásticamente como para carecer de atractivo, pero es lo que siente. Con frecuencia se pregunta si una cirugía de transformación —leve, por supuesto, pues su nivel social y sus jefes no tolerarían otra cosa— reavivaría el interés de Chloe, o si deberían internarse en un territorio aún más experimental y alentarse a tomar amantes ocasionales. Muchos lo hacen, sobre todo las mujeres que han abandonado su carrera.

El autobús reduce la velocidad y el asiento vibra levemente para anunciarle que es su parada. Coge el maletín y se apea, pestañea ante una ráfaga de viento. Gruesas nubes ruedan sobre el alto campanario y los tejados de las mansiones y los multistoreos.

La torre más próxima está cinco kilómetros al sur y al oeste; la ve a través de claros en las nubes, flancos que relucen con tenues líneas azules y señales rojas como ojos cuadrados en la oscuridad.

El sobretodo le azota las piernas cuando sube hacia la entrada principal por una rampa de hormigón. No han restaurado St. Mark desde fines del siglo xx, así que parece un poco oscura, un poco vieja, aunque digna y tradicional; es el ámbito ideal para las aburridas reuniones mensuales de los Estoicos, que él rara vez espera con interés y a las que todos asisten en busca de contactos y enchufes.

Chloe parece aún más rígida esas noches; quizá siente un rencor secreto: quisiera estar conectada, nadando en la corriente de los negocios, parte del gran río comercial del Corredor... Es irónico. Hace años que Jonathan no asciende. La recesión de 2049 ha dejado a la mayoría de los gililóbulos, incluso a los directivos, en reevaluación de estatus.

En el guardarropa, entrega el abrigo a una feligresa entrecana de cara redonda y sonriente. Entra en la nave con las manos en los bolsillos. Los altos vitrales relucen con su pintura fosforescente, una fresca luz de mar nocturno extrañamente tranquilizadora. Jonathan camina hacia el centro de la nave, ocupada por una gran pila bautismal de granito gris sobre un pedestal de piedra.

Los brazos del crucero llevan a una oscuridad vacía. Los Estoicos se reúnen en el centro, en los pasillos y cerca de la pila. Ve a algunos que conoce, reclutas de cara lozana, una década más jóvenes que él, y luego la calva gris de Marcus Reilly, su patrocinador.

Marcus rara vez habla con Jonathan últimamente; sus intereses no coinciden con el trabajo de él, que se dedica a diseño y suministro nutricional. Marcus —Jonathan

trata de recordar— está ampliando sus y A impresionantes propiedades de Utah, donde se extrae mineral frío, y obteniendo unas últimas toneladas de rendimiento en Green Idaho.

Marcus lo ve, alza la mano, sonrío. Terminará esta conversación educadamente, dicen sus gestos, y se reunirá con Jonathan dentro de unos instantes. Jonathan espera con las manos entrelazadas. Marcus es uno de los pocos hombres capaces de hacerlo sudar y esperar con las manos entrelazadas.

—¡Jonathan! ¿Cómo estás? —pregunta Marcus efusivo, avanzando entre los bancos y tendiéndole la mano. Se saludan. Jonathan acepta los dedos curvados hacia arriba con los suyos curvados hacia abajo. El otro aprieta vigorosamente, sonriendo.

—¿Cómo está Chloe? ¿Y los niños?

—Todo bien. ¿Y Beate?

—Irritable. Ya no me soporta en casa. Se pasa el tiempo invirtiendo en futuros de empresas químicas y desquiciando el mercado. Pero ir divierte. Y tú, querido Jonathan, ¿todavía en el congelador?

Jonathan asiente con amargura. Marcus sabe algo importante sobre todos.

—¿No hay perspectivas de deshielo?

—Por ahora no. Los directivos ya no pueden tomar tantas decisiones.

—Vaya si lo sé. Más aún, hoy día Beate es la clave de nuestro equilibrio económico. Trae más clima a nuestra cuenta con buen clima, quiero decir. Calma chicha. Creo que eso la vuelve demasiado independiente. Ya no me necesita. Pero todo está cambiando. ¿Podemos hablar después?

—Claro —asegura Jonathan. En estas charlas entre patrocinador y protegido siempre hay un aire de informalidad e igualdad, desmentido por las manchas de sus axilas. Marcus podría expulsar a Jonathan de cualquier puesto del Corredor en pocos minutos con sólo teclear su pizarra. *Patria potestas*.

Pero Marcus nunca lo ha hecho, desde luego. Jonathan se plantea esa posibilidad tal vez porque se siente inseguro. *Cuando algo no anda bien en casa, todo el universo se tambalea*.

Por otra parte, ¿qué es lo que no anda bien en casa?

—¡Grandioso! —dice Marcus—. ¿Sabes algo sobre este sujeto, Torino?

—No —dice Jonathan.

—Luke tuvo la idea de traerlo. Estimulante, un pequeño revulsivo.

—Parece interesante —dice Jonathan.

Chao Luke, alto y monacal con su túnica negra de Estoico, está instalando un podio cerca de la pila central. Un hombre con aire de duende, pantalones anchos y jersey, al estilo de los noventa, espera junto a Chao sin moverse. Debe de ser Torino. Y la conferencia —Jonathan busca la nota en el calendario de la pizarra— es sobre «La autopoiesis y el gran plan». Mira el crucero y la nave. Varios hombres instalan

equipo cerca de las paredes: pequeños proyectores, pantallas reflectoras para proyectar grandes imágenes. Como en casi todas las presentaciones de los Estoicos, la tecnología será de principios del xx: ningún empalme, ninguna conexión fib entre pizarras; espíritu de comunidad, no inmersión en el flujo de datos.

Chao ocupa el podio y pide a los Estoicos que se sienten. Los hombres y mujeres se acomodan en los bancos, delante del podio y la pila, mientras Chao les sonrío.

—Iniciamos la reunión de febrero de los Estoicos, capítulo de Seattle.

Jonathan se sienta en la dura madera. Las iglesias no se llevan bien con la comodidad, tienden a ese arraigado ascetismo americano al que él no se opone, aunque al final de estas reuniones siempre le duelen las posaderas.

Mira a Torino mientras se leen notas y se proponen mociones, se apoyan y se votan. El orador mira la cúpula. Tiene cara aniñada, cabeza pequeña, cabello oscuro y desmelenado. Torino. Torino.

Jonathan se pregunta si será el mismo que se convirtió en celebridad menor en los círculos científicos por su trabajo sobre comunidades bacterianas. Jonathan no tiene tiempo de seguir todas las tiras de los fibs, pero mira a Torino con el mayor interés. ¿Qué siente uno al ser famoso, aunque sea un poco? Gente pendiente de nuestras palabras, escuchando respetuosamente nuestras opiniones...

De nuevo esa sensación de debilidad e inferioridad, como la picadura de una araña atrapada bajo su ropa interior. Si Chloe le hubiera demostrado más calidez esta noche, eso le habría ayudado a enfrentarse a Marcus con aplomo.

Ahora hablará Torino. Chao lo presenta —su nombre completo es Jerome Torino — y se retira. El hombrecillo coge los costados del podio con ambas manos y el micrófono se adapta a su estatura como una serpiente de metal. Torino se aclara la garganta.

—Afuera hace frío y el tiempo es ventoso. No es buena época para charlas públicas.

Jonathan sonrío por cortesía, como la mayoría de los Estoicos que le rodean. *Pobre introducción*. Esta persona famosa que se viste con tanta informalidad no provoca en él una reacción positiva.

—Esta noche espero descorrer algunos velos y disipar algunos errores que acechan nuestra cultura, nuestra filosofía, nuestras ideas políticas —dice Torino. Extiende las manos como si abrazara al público y a la iglesia. Tiene los ojos brillantes y es cejijunto. *Con barba parecería un mono*, piensa Jonathan.

—Tendré la ayuda de... lo que antes llamábamos medios de difusión. Hoy en día todo son medios, así que la palabra perdió el sentido y cayó en desuso, como decir «calor en el centro del sol». Dado vuestro reglamento, me han pedido que evite ciertos efectos sofisticados que suelo utilizar para comunicar mis ideas. —De nuevo se aclara la garganta.

Jonathan se dispone a aburrirse. Se mueve en el asiento. La mujer que tiene al lado, a discreta distancia, lo mira de soslayo. Se siente como un niño al que le advierten que se quede quieto.

—Comenzaremos con palabras, únicamente palabras. Imaginemos que estamos en una biblioteca y caminamos entre hileras de libros. Digamos que estamos en la Biblioteca del Congreso, caminando en traje de presión entre las cámaras llenas de helio, entre kilómetros de anaqueles, mirando los miles de millones de publicaciones, revistas, libros, tubos...

Jonathan espera que el interés visual aumente pronto. Recuerda a Chloe. *Me siento débil sin su apoyo. ¿Por qué no puede respaldarme enérgicamente, dedicarme su //PLENA ATENCIÓN//, no, no eso, pero al menos hacerme sentir que realmente me valora?*

—Cada uno de estos libros comienza gracias al acto sexual. ¿Os ofende la antigua palabra, sexual? Pues usad un eufemismo. Hombres y mujeres uniéndose...

*Por Dios, ¿no hay nada más que sexo?* Jonathan se mueve de nuevo, y la mujer lo mira severamente: a la crudeza inicial de la conferencia se suma la irritación de que Jonathan se comporte como un niño. Pero claro, eso no es así: él sólo se imagina que ella lo mira de esa manera.

Se concentra en Torino. Bien, conque todo empieza en la cama.

—Intercambiando ideas.

Los espectadores se ríen con cierto alivio. Torino sonrío.

—El sexo se confunde a menudo con la reproducción. Pero las bacterias lo practican por mero gusto... el sexo es su visita a la biblioteca comunitaria, el libro de cocina de la comunidad. Flotan en mares de recetas y pequeños fragmentos circulares de ADN llamados plásmidos. Cuando absorben un plásmido, no necesariamente se reproducen, pero intercambian material genético, y eso es lo que los bacteriólogos llaman sexo. A diferencia de la nuestra, sin embargo, esta sexualidad bacteriana, este intercambio, es viable entre tipos totalmente diferentes, lo que antes considerábamos especies diferentes. Pero entre las bacterias no hay auténticas especies. Ahora sabemos que las bacterias se agrupan de hecho en comunidades esporádicas llamadas micrógenos o, más recientemente, *ecobácteros*.

»Los plásmidos contienen instrucciones útiles sobre cómo sobrevivir, cómo preparar tal o cual defensa contra un antibiótico, cómo oponerse en cuanto comunidad a fagos personalizados que se disponen a erradicarlas.

»En el principio, para las bacterias, esto era la sexualidad. Así fue como empezó la sexualidad, como una visita a la gran biblioteca. Yo lo llamo sexualidad de datos. Ninguna bacteria sobrevive mucho tiempo sin estar en contacto con sus colegas, sus iguales. ¿En qué diferimos, pues, de las bacterias?

»En poco. Venimos aquí, nos saludamos, organizamos reuniones, a veces

intercambiamos recetas. A veces nos reunimos (y no me refiero necesariamente a los miembros de este club), nos conjugamos, para intercambiar material genético en un grato coqueteo social o biológico, a veces con mucha seriedad porque ha llegado realmente la hora de reproducirse.

»Desde los días de las bacterias, hay pocos organismos superiores que se reproduzcan sin sexo en pareja. Quizá se deba a que somos muchos menos que las bacterias, que pueden permitirse el lujo de cometer millones de errores, y en consecuencia protegemos celosamente la información que se incorpora a nuestro cuerpo. Tenemos que estudiar a las parejas potenciales, ver si realmente queremos remitirnos a su biblioteca genética para procrear, juzgarlas por su apariencia y sus actos, introducir en la evolución toda una gama de ritos de seducción.

»En la Biblioteca del Congreso, cada libro, cada objeto, comenzó con un acto de reproducción sexual que permitió que el autor naciera y escribiera el libro. Ese libro ahora actúa como un plásmido que nos llega a la mente para alterar nuestra memoria, la cual es, junto con el conocimiento, la plantilla de la conducta. El medio es el lenguaje. El sexo es lenguaje y el lenguaje es sexo, al margen de la forma que cobre. El resultado final es un cambio en la anatomía y la conducta. A veces, también, la reproducción.

Jonathan se pregunta en qué demonios pensaba Chao cuando trajo a este hombre para hablar ante los Estoicos. Normalmente los temas son economía, política, activismo en las comunidades del Corredor. En ocasiones, ciencias o asuntos internacionales. Esto es excesivamente abstruso.

—Así que empecemos donde empezó el sexo, con las bacterias. ¿Cómo recuerdan las bacterias? Su conducta individual es bastante elemental.

Un turbulento torrente de bacterias flota en el crucero sobre la cabeza de los asistentes. Jonathan no esperaba esto y se sobresalta, al igual que la mujer de su izquierda. Sonríen con embarazo. Él trata de recordar su nombre: Henrietta, Rhetta, algo parecido. Se dedica al diseño económico. Jonathan se felicita por tener una memoria tan ágil.

El torrente de bacterias azules y verdes se asienta en un flujo constante. Los individuos se tocan, empujan tubos delgados hacia los demás, se congregan, activan plásmidos y diversas moléculas que los alertan sobre las condiciones ambientales experimentadas por los «piquetes», según los designa la imagen, como soldados dando forraje. Estas moléculas, explica Torino, son las precursoras de los neurotransmisores del cerebro humano.

—Las bacterias no tienen hogar ni descanso, y su existencia individual es fugaz. Pero invierten en una especie de memoria comunitaria no sólo la reserva genética de una especie, sino los conocimientos generales adquiridos por la comunidad. Igual que nuestras comunidades humanas. El resultado es una rápida adaptación de la

comunidad frente a las amenazas. Y con benevolencia, como si reconocieran la importancia del ecosistema en su conjunto, las bacterias hacen llegar pistas y recetas a otros tipos y otros micrógenos.

»Hasta hace medio siglo no habíamos estudiado estos micrógenos ni determinado el modo en que comparten la experiencia. No son tan diferentes de los humanos, al menos en lo que concierne a la matemática de redes. En toda su extensión, la formación de redes, la autopoiesis y la conducta de los sistemas autoorganizativos, comparte muchas características comunes. Entonces... ¿qué nos hace especiales? Como las bacterias, somos animales sociales y compartimos información con la comunidad. Nosotros lo llamamos educación, y el resultado es la cultura. La forma de nuestra sociedad depende del lenguaje hablado y escrito, el lenguaje de los signos, un nivel de lenguaje que está por encima del molecular. Algunos consideran que hay otro nivel entre ambos, el de la conducta instintiva, pero yo creo que es sólo otra clase de lenguaje de signos.

»La cultura, desde tiempos muy remotos, ha sido un factor tan importante como la biología para la supervivencia humana, y hoy la cultura ha controlado la biología. El lenguaje de signos propio de la ciencia y la matemática ha adquirido el poder del lenguaje molecular. Comenzamos con moléculas e instrucciones moleculares, pero ahora las instrucciones se realimentan a sí mismas, y gobernamos las moléculas.

»En la naturaleza, somos los primeros en hacerlo... ¡desde las bacterias!

Jonathan se sorprende escuchando. No hay otra cosa que hacer; se pregunta adonde quiere ir a parar Torino.

—Durante siglos, al tratar de comprender nuestra naturaleza y nuestra conducta, cometimos errores básicos de categoría. Nos empeñamos en separar ciertas características y estudiarlas aisladamente, o en ordenar nuestras características definiéndolas por su importancia fundamental. Naturaleza o cultura... ¿qué es lo fundamental? —Torino ríe entre dientes—. El huevo o la gallina. ¿Qué fue primero? Descartemos esta pregunta y la errónea filosofía en que se basa, y empecemos de nuevo.

»En la actualidad, en la educación masiva y el LitVid, y sobre todo en ese guisado cultural llamado Yox, abundan todavía estas premisas erróneas, lo que demuestra que el conocimiento humano, como el ADN humano, puede estar lleno de basura improductiva y obsoleta. No hacemos una poda eficiente en ninguno de ambos niveles porque nunca sabemos con certeza cuándo podemos necesitar esos datos aparentemente inútiles, esos planteamientos inservibles, ese modo de pensar anticuado. En otras palabras, ni nuestros cerebros ni nuestros genes saben toda la verdad. Siempre estamos en medio de un experimento cuyos límites no comprendemos y cuyos resultados finales son totalmente desconocidos. Llevamos nuestros errores con nosotros como una especie de red de seguridad, aunque nos

resten velocidad.

Jonathan se siente hipnotizado por los microbios de la proyección.

De pronto se desvanecen.

—Ahora saltemos a una visión más amplia —dice Torino—. Eliminaremos otro error. ¿Podemos separar la actividad humana, cultural o biológica, de la acción bacteriana? ¿Somos un fenómeno más elevado?

La mujer que está al lado de Jonathan —Rhetta o Henrietta— cabecea. Jonathan cree que Torino está a punto de romper una ilusión y, metiéndose al juego por un momento, sacude la cabeza. Además, recuerda un poco de biología de la secundaria.

—La evolución es una especie de pensamiento, la formulación de hipótesis para resolver problemas planteados por un entorno cambiante. Las bacterias se comportan como una inmensa comunidad y, que evolucionan, intercambian recetas, compiten y cooperan a la vez. Nosotros estamos constituidos por alianzas de células integradas por viejas alianzas entre diferentes clases de bacterias. Somos, en rigor, colonias de colonias de bacterias que han aprendido muchos trucos nuevos, incluida la cooperación servil. ¿La casa de ladrillo se siente superior al grano de arena o la montaña al guijarro?

Diagramas danzarines y representaciones de evolución celular llenan la nave: diferenciación en reinos, tipos, órdenes, todo a gran velocidad. Jonathan siente fascinación por la creación de la primera célula compleja y con núcleo, una fábrica enorme en comparación con una bacteria. Máquinas bacterianas, fragmentos y bacterias enteras, sublimadas y subordinadas, evolucionan a lo largo de miles de millones de años para crear este hito.

—Ahora estamos asumiendo mediante la tecnología los procesos que antes eran propios de las bacterias. En cierto sentido, la nanotecnología ha robado ideas al reino molecular, el dominio celular y bacteriano, para impulsar nuestros nuevos imperativos culturales. La Tierra se ha convertido en una gigantesca y compleja célula, aún no unificada pero prometedoramente fértil.

»Y ahora, y volvemos nuevamente a la sexualidad, ha llegado el momento de seguir adelante y reproducirse.

»Lamentablemente, en el océano del espacio vacío, aún no hemos recibido paquetes de datos de otras células planetarias. Somos como una sola bacteria que nada en un mar primordial, esperando encontrar otras similares, o al menos hallar recetas y pistas para saber qué hacer a continuación.

El crucero y la nave se llenan de soledad nocturna, nubes de astros, todos brillantes y silenciosos. Jonathan se pierde un instante en esa imagen extraordinaria.

—Enviamos nuestras naves espaciales entre los planetas, las estrellas, con nuestras pequeñas recetas, nuestras pistas, como plásmidos esperanzados. Hemos encontrado otros mundos con vida, pero ninguno tan complejo como la Tierra,



ninguno que haya superado el nivel del lenguaje molecular. Sabemos que existen miles de millones de mundos, cientos de millones similares a la Tierra tan sólo en nuestra galaxia.

»Somos pacientes.

»Hasta que encontremos esa otra comunidad a la cual deberemos adaptarnos para pertenecer a esa gran red de la autopoiesis de la cual somos un nódulo, procuramos mejorarnos. Procuramos elevarnos por nuestro propio esfuerzo a niveles superiores de eficacia y entendí miento.

»El imperativo de la cultura del flujo de datos consiste en eliminar viejos errores y trabas. Nos dedicamos a mejorar nuestra información mediante la investigación continua, mejorar nuestra mente con una educación y una terapia más profundas, mejorar nuestra salud física abandonando los viejos ciclos de depredación y enfermedad que ya no sirven para podar el árbol humano. Esperamos unir las culturas para acabar con nuestras luchas internas y trabajar juntos con miras más amplias. Nos consagramos al equivalente de una terapia histórica y política.

»Toda separación es una ilusión conveniente, toda competencia es el pistoneo de las máquinas del sexo. Nuestras convenciones sociales modelan nuestra cultura, así como la pared celular encierra el protoplasma; pero nos aproximamos a una época en que la educación superará la convención, en que la lógica y el conocimiento reemplazarán la memorización y el automatismo. Este siglo se puede caracterizar como una época de conflictos entre viejos errores, viejos patrones de pensamiento, y nuevos descubrimientos sobre nosotros mismos. No tenemos un gran padre en el cielo, al menos ninguno que esté dispuesto a hablar con nosotros de manera coherente.

La mujer de la izquierda frunce el ceño y sacude la cabeza. Los Estoicos no simpatizan con el deísmo pero mucho menos con el ateísmo. Torino, para alivio de Jonathan, parece estar llegando a una conclusión.

—Pero lo que hemos aprendido hasta ahora encierra un pronóstico... un pronóstico para todas las culturas, que deben reconocer que el cambio y el pluralismo son esenciales.

»Si todos pensamos igual, si nos volvemos blandos y uniformes, nos marchitamos y morimos, y el gran proceso se detiene. La uniformidad es la muerte, ya sea en economía o en biología. La diversidad sin olvidar la comunicación y la cooperación es vida. Todo lo que hemos hecho, nosotros y nuestros antepasados, habrá sido en vano si ignoramos estas lecciones bacterianas básicas.

Cabecea y los proyectores se apagan. La nave y el crucero se pierden en las sombras. Hay aplausos desperdigados y corteses. Torino será famoso, pero no engaña a estos espectadores curtidos. Jonathan siente una perversa compasión por este hombre que mira con desconcierto a los asistentes, algunos de los cuales ya se

levantan y desperezan.

Detrás de Jonathan un hombre sesentón cuyo nombre él ignora pero a quien conoce de reuniones anteriores carraspea y sonrío socarrón mientras sacude la cabeza.

—La ciencia es el arte de hacernos creer que somos gérmenes —dice— Por Dios, ¿he venido desde Tacoma para oír estas tonterías? Espero que la próxima vez Chao ponga algo más sustancial en el menú.

Jonathan desiste de aproximarse a Torino para hacerle preguntas. No tiene sentido sobresalir de la multitud antes de una reunión con Marcus.

Pero cuando gira, Marcus está a su lado mirándolo intensamente.

—No ha estado mal —comenta. Jonathan sonrío y asiente, un poco confundido; pensaba que la filosofía de Torino irritaría profundamente a Marcus Reilly.

Marcus sigue de largo, se aproxima a Torino, le estrecha la mano y conversan. Torino parece aliviado de que alguien le haya prestado atención.

Jonathan llega a tiempo para escuchar estas palabras de Marcus:

—Por eso le dije a Chao que lo invitara. Todos necesitamos que nos sacudan un poco, que nos actualicen. A veces los Estoicos son un poco cerrados. Usted nos ha abierto algunas ventanas. Gracias, señor Torino.

—Ha sido un placer.

Chao sonrío y asiente con la cabeza. Jonathan lamenta no haber escuchado con más atención la exposición de Torino. Los ojos del conferenciante se cruzan con los suyos y no sabe qué decir. Marcus se vuelve y parece sorprendido de encontrar a Jonathan a su lado.

—Aquí estás —dice, y su cara de abuelo se pone seria—. ¿Tienes tiempo de hablar?

—Sí.

—Bien. Vamos a tomar un café en Thirteen Coins. Espero que mi coche aún esté fuera... últimamente me deja plantado... me temo que está desarrollando una mente propia.

Jonathan ríe. Ambos se despiden de los Estoicos y salen del edificio.

Jonathan está de mejor ánimo; Marcus parece de buen humor. Quizá le ofrezca un cambio; eso podría alegrar a Chloe, incrementar su respeto por él, y también su afecto.

Se sobresalta al ver un relámpago azulado entre las nubes, por en cima de la catedral. Luego, al sur, un relámpago anaranjado parece responder al primero. El viento arrecia y es cada vez más cálido.

Yvonne se ha decidido pero Giffey no está tan seguro de sus propósitos. Han terminado de cenar. Él va por el tercer bourbon y ella por la cuarta cerveza. Yvonne ha hablado de su infancia en Billings y de la mudanza a Moscow. Giffey no ha hablado de su infancia porque no le incumbe a nadie; es la raíz de lo que es, sobre todo de su furia. No siente necesidad de mostrar esa furia a Yvonne; ella es demasiado joven y franca para lastimarlo.

En todo caso, la mujer ha decidido que quiere hacer el amor con Giffey, aunque también ha decidido no manifestarlo abiertamente y espera que él dé el paso decisivo. A Giffey le disgusta ésto de las mujeres, esta retracción o cobardía frente al deseo. Ese reducto seguro desde el cual arrojar andanadas de burla si la situación se pone difícil.

Pero ha sido agradable con ella, ha desempeñado su papel masculino y reprimido su irritación para no ahuyentarla mientras espera a que los cálculos de su propio deseo sumen uno o cero, sí o no.

Le mira la cara bajo la luz difusa del farol que cuelga sobre las cabezas de ambos, el fluctuante color naranja de una seudollama. Tiene una tez dulcemente pálida y sin impurezas, una nariz que él quisiera frotar con su propia nariz, la mandíbula es un poco gruesa pero los labios son tentadores, sobre todo cuando hace una pausa y lo mira expectante, boca entreabierta, dientes blancos y pequeños.

Ante todo está la apuesta personal de que sus senos sean tan adorables como él sospecha, y de que, a pesar de las pantorrillas delgadas y la cintura demasiado estrecha para su gusto, la conjunción de muslos y monte de Venus forme una ramificación agradable y que ella no se haya tocado el vello púbico excepto para recortar los bordes por si Bill la lleva a nadar en verano (aunque es posible que no se lo recorte en esta época). Todo esto tiene en mente mientras pide la cuenta. Él pagará. Ella no se opone.

—He hablado hasta dejarte sordo —dice Yvonne mientras caminan hacia la puerta. Una vez en la calle, llega el momento de retirarse o seguir el juego hasta el final. Giffey espera no haber perdido técnica; hace más de un año y medio que no juega.

—Gracias por la compañía —dice. Una pausa—. Me gusta el sonido de tu voz. Es el más bonito que he oído en mucho tiempo.

—Gracias, Jack.

Están cara a cara. Hace mucho frío y las luces de la calle proyectan sombras alargadas. Él apenas le ve la cara y la suya empieza a dolerle.

—Despiertas en mí muchas cosas, Yvonne.

No suena perfecto, pero ella es tolerante.

—Bien, sabes escuchar y no eres un abuelo.

Giffey extiende la mano y le acaricia el brazo. El cuello de piel se eleva con el cabello de Yvonne, formando de nuevo esa aureola oscura. Dentro, como el centro de una diana, el óvalo de su cara. Su preciosa cara. Demonios, todo era una farsa, sus dudas un engaño. Desea a esta mujer, incluso la necesita, porque teme enfrentarse con Omphalos dentro de unos días. Quizá no le quede mucho tiempo. Puede despedirse de la buena comida, las copas, los paisajes y el cielo; también puede despedirse de ojos, narices, senos y caderas.

Le importa un bledo Bill, que no cuida a esta mujer como ella desea y está lejos engañándola con sus compañeros de Yox y bellezas karaoke de Tailandia o la India.

—Despiertas una poderosa necesidad —murmura—. Me gustaría que llegaras a pensar mejor al menos de un hombre.

—Oh —dice ella. Ahora está nerviosa. Quizás el último hombre con quien practicó este juego haya sido el pobre Bill—. No me disgustan los hombres, en absoluto. No me malinterpretes. Pero tú eres especial. Sabes escuchar. Yo...

De nuevo empieza con un discurso. Giffey la coge del brazo y la atrae hacia sí, midiendo por la resistencia automática a ese tirón cuánta persuasión necesitará ella para convencerse de que está entregada. No mucha. Busca el óvalo pálido que está dentro de la aureola y la besa.

El beso empieza con dulzura; luego ella abre los labios y saca la lengua. A Giffey no le gustan mucho los besos de lengua, pero se presta al juego, y luego explora las regiones que le agradan más, los ojos y la nariz. Ella lo aferra con fuerza, aceptándolo vorazmente. Se acabó la resistencia, al menos mientras se limiten a esto con la ropa puesta y en un lugar público.

—Vamos —dice Giffey.

—De acuerdo.

—A mi apartamento. Hace demasiado frío para desnudarse en él.

—Sí —dice Yvonne. Ríe entre dientes. No es una risita tonta, sino una risa sonora y agradable, casi masculina.

Lo ha sumado todo y la respuesta es uno.

#### *LINEA TRIBUTARIA.*

Realización búsqueda LitVid (aclaración: GRATUITO por requerimiento del autor). Columna de texto de Alexis de Tocqueville II (¿seudónimo?), 25 de marzo de 2049.

Los numerosos desAfectados del país merecen nuestra atención. ¿Cómo describirlos de manera sucinta? Desalentados, aislados de las culturas a las cuales los destinan su intelecto y su carácter, esas culturas, según ellos, de conservadurismo espiritual y prejuicios minoritarios que han demostrado una y otra vez su ineptitud política y su bancarrota. Ya no votan. Rara vez participan en la economía de flujo de datos. Su negativa a aprovechar las oportunidades educativas, que consideran corruptoras, no les deja otra opción que incrementar la alarmante cifra de desempleados que reciben subsidio. Se conectan con sus familias a líneas Yox a medida, muy «morales», y se gastan los escasos recursos que poseen en una complaciente industria del entretenimiento que siempre ha creído que «cien millones de personas no pueden equivocarse». Así reviven días gloriosos de mojigatería elitista, o sueños dorados

de solidaridad y predominio obrero. Entregan su mente y su corazón a los demagogos, como niños malcría dos. Son un pueblo muerto, pero todavía peligroso.

Alice ordena a la limusina que la deje bajar tres manzanas antes de su casa. Se está sofocando en el lujo artificial de la cabina. Los ojos se le inundan de lágrimas. Se siente insultada y vejada y, por primera vez en muchos años, sucia. Relámpagos de odio se mezclan con recuerdos desdichados y una reprimida sensación de vergüenza.

Camina por la calle desierta, siguiendo las líneas relucientes de la acera. Un viento más cálido se cuele entre los edificios y las pocas casas, temibles relámpagos estallan en silencio sobre las nubes.

No quiere estar protegida. Siente el poder del viento y las nubes, se estremece ante los estallidos anaranjados y azules, comienza a recobrar su orgullo y su blindaje.

Pero en la puerta principal, vuelve a llorar. Tiembla al pensar en aquel hombre sin rostro, cruelmente empecinado en arrancarle sus capas protectoras.

—¿Por qué quiere saber algo de mí? —murmura—. ¡Qué *engendro!* ¡Qué monstruo!

Pasa treinta minutos en la ducha, alternando microespuma sónica con agua. Siente necesidad de arrancarse toda la piel para renovarla y limpiarla. Se toca la entrepierna, ansiando derramar todas sus entrañas, todo lo que ha rozado ese monstruo sin cara con su carne y su semen. Nunca se ha sentido así con un hombre, y en un rincón profundo le preocupa la temible fuerza de esta revulsión.

*No ha sido más que sexo, y sólo una vez y él no ha obtenido nada especial, ni siquiera pidió algo fuera de lo común.* No le importaba. Sólo quería hacer preguntas.

Las chispas de la furia se disipan, apagadas por el agotamiento. Alice sólo quiere acostarse y dormir, sin ese vid infantil preliminar que usa con frecuencia, sólo dormir.

*Deslizamiento, simple sueño.*

Entonces vuelve a ver aquel espantoso borrón sin cara. Gime entrecortadamente. Se levanta de la cama en bata de seda y va al salón, el lugar austero donde rara vez pasa mucho tiempo. Ahora desearía tener obras de arte en las paredes, una mascota o un amigo con quien hablar; todos sus amigos, hasta ahora, parecen necesitarla a ella más que ella a los demás.

En un estante tiene algunos objetos que la consuelan un poco: un perro faldero de cerámica, rosado y ridículo, que perteneció a su abuela; una antigua navaja que su padre le dio en su adolescencia cuando supo que se dedicaba a las citas («Para protegerte —le dijo—, porque lo único que me duele más que saber lo que haces es el temor de perderle») y que nunca llevó encima; un ramillete de flores de plástico; una foto de sus padres y su hermano. Hace meses que no piensa en su hermano. Coge el retrato y lo mira con detenimiento.

En la foto, Carl tiene once años y ella nueve. Carl no sabía qué pensar de su hermana. Era entusiasta, caballeroso. Se alistó en los Marines para ir a la Luna como

parte de una campaña de colonización. Murió hace cinco años en un descenso de presión.

Alice deja la foto.

Cinco hombres han querido casarse con ella. Se lo quiere decir a Carl; no fracasó en ese aspecto, no le han faltado pretendientes. Nunca juzgó necesario casarse, no quería tanto a los hombres que se lo pidieron, con excepción de uno...

Alice se niega a pensar en él ahora. Asociarlo con ese borrón sin rostro es demasiado. Sería agradable tener aquí a alguien como él, pero si él estuviera aquí, ella no habría acudido a una cita.

Al fin se rinde y se sienta ante el teatro de la pequeña sala familiar. Ordena a la unidad que se encienda y espera que ésta encuentre sus ojos con los proyectores. El sonido vibrante la centra en un espacio abierto lleno de selecciones. Escoge un vídeo lineal, un drama doméstico.

—¿Qué hora es?

Encima de los participantes un relampagueo rojo indica las 23:31, Todos forman parte de la familia de una cresta que debe enfrentarse a un nuevo yerno que es aterapiado y arregla motores de combustión interna para atávicas e ilegales carreras de automóviles. Es simpático, musculoso y recio, y dice cosas excéntricas pero sabias que hacen que la blanda familia terapiada parezca inepta y tonta. Notas laterales anuncian que Alice puede convertir esto a karaoke por diez dólares adicionales. *¡Vive y representa toda la historia! ¡Sé Amanda: deja que tu compañero represente a Baxter! ¡Toda la historia y el doble de di versión: disponible en flujo directo, dobles mezclados, campo ancho con encuentros aleatorios en todo el mundo, o improvisación total! ¡Explora el mundo de Amanda en movimiento o encuadre fijo!*

El monitor hogareño llama. Alice pone la pausa y pregunta quién es.

—Soy Twist —dice una voz desde fuera—. Espero que no estuvieras durmiendo.

Alice corta la proyección, efectúa un pago parcial en vez de programar una repetición y va a la puerta.

Twist espera en la entrada, los nudillos entre los dientes. Junta ambas rodillas, una niña vulnerable. Entra, con el pelo negro y sedoso desmelenado, la cara fruncida como una chiquilla. Está tensa y desencajada.

De pronto Alice siente alivio, un torrente de afecto por Twist.

—Por Dios —dice—, tienes aspecto de estar peor de lo que yo me siento. ¿Qué ha ocurrido?

*RÍOS.*

Algunas ideas no son más que un lubricante para permitir que la gente perturbada se deslice por la vida. No son exactamente mentiras, pero sí resbaladizas.

En New Hope, Pensilvania, una secta bautista sumerge a los renacidos en una fuente de luz viva guiada por datos codificados del Río. Con este bautismo, nos dirán al consumir la carne y la sangre de Cristo absorbemos sus datos.

Eso convierte a Cristo en un virus.

Los memes comunitarios evolucionan y siguen viviendo.

**USA BLISTER-FAST SPIN.**

*18/*

Thirteen Coins es un restaurante entrañable y pasado de moda frecuentado en otro tiempo por periodistas. Se encuentra en un distrito reconstruido, una isla de tradición y antigüedad en un parque ondulante lleno de arbustos podados en forma de leones, elefantes, dinosaurios, naves espaciales y planetas con anillos.

La tormenta ha convertido el parque en un majestuoso paisaje onírico, y los senderos iluminados rivalizan con los relámpagos azules y (naranjados).

En un reservado seudomedieval, cerca de una ventana ancha queda sobre los jardines, Marcus bebe un Lagavulin mientras Jonathan se loma una copa de Sangiovese chileno.

—Me gustan los Estoicos —dice Marcus—. No me interpretes mal, Jonathan. Nunca encontrarás un grupo más dedicado de filántropos y gente con inclinación cívica. Allí he entablado contactos más fructíferos que en ninguna otra parte... salvo las relaciones de mi esposa.

—Estira las comisuras de los ojos y los labios, en una expresión enigmática mezcla de tristeza y resignación. Luego toma un sorbo de escocés con mucha delicadeza. —Toneles de cerezo para el envejecimiento. Dieciséis años y ronronea como un tigre. Una bebida maravillosa.

—Tú querías conmocionarlos —sugiere Jonathan, para lograr que Marcus llegue a alguna parte.

—Ni más ni menos. Quería llevar allí a alguien como Torino y va qué conseguía.



Pero nada. Polillas, polvo y migajas. Él tiene razón, ¿subes? Esta hipótesis neural es acertada. Es una descripción práctica y útil del funcionamiento de la sociedad. Al cuerno con la naturaleza. A luí de cuentas, ¿cuántos de nosotros deben sobrevivir en la selva? Y cualquiera que siga la argumentación puede... —bebe de nuevo— superarse. Sobrevivir a los retos.

—Creo que debo estudiarla con más detenimiento.

Marcus lo mira muy serio.

—Sí. Pero no estás aquí hablando conmigo, mejor dicho, no te lie invitado a hablar conmigo, a mirarme beber buen escocés mientras te tragas una dudosa copa de cepa antinatural... qué va, un chianti chile no... para que entiendas a Torino.

—Siempre me has guiado en la dirección correcta, Marcus. ¿Por qué estoy aquí?

—Tu vida está estancada, ¿verdad, Jonathan?

Jonathan inclina la cabeza.

—Eres un tío elegante, inteligente y bien educado. Tienes un buen pedigrí... mental y genético. Podrías estar entre los cuadros superiores de la cresta si el destino te pusiera en una situación distinta.

Jonathan sonrío.

—Me gusta vivir debajo de la cresta, Marcus.

—Lo creas o no, estoy de acuerdo... tantas expectativas sociales, tanto ritual. Es duro permanecer en la cresta alta, compitiendo contra las presuntas elites del país. ¡Son tan engreídos! Entonces, ¿por qué tantos de ellos se vuelven cronóvoros? A fin de cuentas, sólo repetirían la misma vida una y otra vez, el mismo ciclo de rito, desafío y expectativas, hasta que el futuro los alcanzara. No es la mejor de las situaciones, ¿eh?

Jonathan no sabe adonde quiere ir a parar, pero asiente. Los de su clase piensan que la cresta alta es superficial, a pesar de su innegable poder político y económico. Marcus forma parte de la clase x, tan rica como la mayor parte de la cresta, pero intelectualmente independiente. Al menos, eso le ha hecho creer a Jonathan.

—De paso —Marcus mira su viejo Rolex del siglo xx, una antigualla—, ¿sabe Chloe dónde estás? ¿Sabe que estás conmigo?

—Le he dicho que llegaría tarde —dice Jonathan.

—Bien. Pórtate siempre bien con las mujeres. —Bebe de nuevo. Jonathan echa una ojeada al precio en la pizarra de Marcus: Lagavulin de dieciséis años, doscientos cincuenta dólares el vaso. Glorias transitorias, piensa—. A Beate no le importa dónde estoy siempre y cuando no la fastidie. Cielos, el amor es ilusorio, ¿no te parece?

Jonathan sonrío pero se guarda los comentarios.

—Iré al grano, Jonathan. Te he recomendado a un grupo que no es nuevo... un poco heterodoxo, pero muy prometedor. Tu currículum apareció al aplicar los criterios de búsqueda y te escogí porque nos cotilleemos.

—¿Y qué hacen?

—Piden discreción, eso hacen —dice Marcus con brusquedad. Su rostro parece envejecido—. Es difícil lograr algo nuevo y es más difícil mantenerlo en secreto, sobre todo si te proporciona una gran ventaja. Una enorme ventaja.

Jonathan trata de reír sofisticadamente.

—¿Una sociedad secreta?

—Sí. —Marcus no bromea en absoluto—. Ingresas gradualmente, y al final no puedes irte.

Jonathan decide poner cara seria y disimular su decepción. O bien Marcus bromea o bien se está emborrachando con el escocés.

—Como decía —murmura Marcus—, las ventajas son enormes. También el coste. Jonathan no sabe qué decir, así que sigue mirando al otro con paciente seriedad.

—Pero tú encajas —dice Marcus, mirando el vaso—. Eres joven y fuerte, algo infrecuente en el grupo. Una sabiduría como la nuestra señala a Jonathan, se señala a sí mismo —suele ser propia de gente mayor. Es una carga pesada para los jóvenes.

A Jonathan le queda suficiente autoestima para reírse de una frase tan melodramática.

—Por Dios, Marcus. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Marcus sonríe con cierta tristeza, pero sus ojos brillan con nitidez. No está ebrio ni tampoco se burla.

—Este restaurante es viejo y conozco hasta la pintura de las paredes. Nadie se atrevería a poner micrófonos en un lugar como éste, porque la gente que como yo lo frecuenta sabe a quién acudir. Es un lugar seguro y cómodo.

—¿No me tomas el pelo?

—En absoluto. O bien dices que sí, que confías en mí y quieres pasar a la próxima etapa, o bien dices que no y nunca hablas de esto con nadie, ni siquiera con Chloe. Y nunca se te volverá a ofrecer esta oportunidad.

La camarera se acerca para preguntarles si todo está bien. Marcus responde que todo lo está y pide otro vaso de Lagavulin.

—Estancamiento, obstáculos; las reglas están cambiando —dice Marcus cuando la camarera se va—. Eso es lo que te espera. El Yox hace que los empleados y desAfectados sean más ignorantes y agresivos, y la gestión gradualista vuelve a estar de moda. Los cerdos gruñones están satisfechos y a los que poseemos talento para el mando nos pondrán de patitas en la calle. Para colmo, también habrá malditas máquinas que nos reemplacen.

—Vamos, Marcus, dame alguna alegría —dice Jonathan. No esta preparado para estos delirios, pero cuando mira a Marcus y piensa en lo que sabe sobre este hombre, todos los tratos y tejemanejes en los que ha participado, su influencia sobre el Gobierno y los ejecutivos más poderosos, incluso el Consejo del Linde y la Casa

Blanca de la costa sur. Es difícil ver a Marcus como un viejo que delira.

—No es un tema alegre —continúa Marcus con empecinamiento—. La sociedad terapiada usa demasiadas muletas. Es lisiada y corrupta. Pero lo desconocido causa temor. Los Estoicos se aferran a la superioridad de clase y a la convicción de que Dios terminará por limpiar las cloacas y una vez más habrá agua fresca y cristalina. No sucederá. Hemos cometido errores garrafales mientras aprendíamos a bailar, y ahora la pista está llena de torpes...

Jonathan tiene la sensación de estar escuchando frases demasiado ensayadas, aunque innegablemente persuasivas. Pero se resiste a dejarse convencer tan pronto.

—No creo que la situación sea tan tenebrosa —dice.

Marcus mira la mesa. La camarera trae otro vaso de escocés y le pregunta a Jonathan si quiere más vino.

—Café, por favor —pide Jonathan.

—¿Seudocaféina, común o descafeinado? —inquire la camarera.

—Común —dice Jonathan.

—No soy diferente de ti, Jonathan —dice Marcus—. A tu edad, creía vivir en el mejor de los mundos posibles, salvo por algunos obstáculos. Beate me amaba y yo la amaba, y estábamos construyendo cosas. Pero eso fue hace veinte años. Nos dirigíamos hacia el enfrentamiento Raphkind, el último hurra de los superconservadores. Raphkind nos mató. Se pasó de la raya. Ojalá ese canalla se pudra en el infierno. Ahora tenemos neofederalistas sensibleros... el nombre de moda para una mentalidad puramente económica y práctica. Yo soy uno. Se que tú también lo eres. ¿Estás orgulloso de tu credo?

—Hasta cierto punto —responde Jonathan. Sospecha que Marcus siempre toca la melodía de los que están en el poder.

—¿Y qué te depara el futuro? ¿Sabes que los ejecutivos de cuarenta a cincuenta años sufren el doble de trastornos tímicos que los empleados de las agencias? La sociedad nos desgasta. Sufrimos agotamiento. Pero si nos ponemos en manos de los terapeutas, nos ajustan las células del sistema nervioso, nos insertan monitores microscópicos que supuestamente equilibran los neurotransmisores y reconstruyen los centros de juicio. Dicen que quedamos como nuevos. Pero ¿sabes lo que ocurre? Perdemos agudeza... los ejecutivos terapiados no sirven. El hombre feliz baja la guardia. Al cabo de un tiempo es adicto a felicidad y evita los desafíos porque el fracaso lo hace desgraciado. Es un hecho. Así que, cada vez más, asumimos el sufrimiento mental y nos alejamos de los terapeutas. Sí, queremos empleados terapiados... (juremos que sean felices, creativos y amigables. Pero los ejecutivos Como clase no pueden permitirse esa felicidad. Tenemos un deber más elevado. — Marcus mira a Jonathan—. Tú no eres feliz, ¿verdad?

Jonathan se reclina y extiende las manos, suspira.

—Me encuentro entre la satisfacción general... y una profunda inquietud —dice. Marcus enarca las cejas.

—Bien dicho.

—Pero no soy desesperadamente desgraciado, Marcus.

—Aun así, si se presentara un proyecto que te permitiera grandes cambios y nuevas oportunidades, aceptarías, ¿verdad?

Así que vuelven a eso.

—Dependería del proyecto.

Marcus señala la mesa y la golpea con el dedo.

—El anillo de oro, Jonathan. No el de bronce. El de oro.

Jonathan se termina el vino. Fuera, no parece que la tormenta amaine.

—¿Le has ofrecido esta oportunidad a alguien más antes que a mí?

—Sí.

—¿A muchos?

—Dos. Uno aceptó, otro no.

—¿Cuándo?

—En los últimos cinco años.

Jonathan siente un retortijón en el pecho. Si pudiera liberarse del actual estancamiento, respirar libremente en una nueva fase de la vida, enmendar los errores pasados y aprovechar su potencial...

—Si digo que sí, ¿puedo echarme atrás luego?

—No —dice Marcus sin rodeos—. Es sí o no. Aquí y ahora.

—Debo confiar en ti.

—De eso se trata.

—¿Qué hay de mi familia? ¿También participaría?

—Deben someterse a la misma inspección que tú —dice Marcus—. Si aprueban, participan.

*Así que Beate no participa*, intuye Jonathan.

—¿Qué hay de su oportunidad de escoger?

—En nuestro grupo —dice Marcus—, el cabeza de familia lleva el timón.

La pizarra de Marcus inicia una llamada de emergencia. Marcus la saca y la oculta de la mirada de Jonathan. Recibe un mensaje de texto; Marcus lee deprisa, impasible, y guarda la pizarra.

—Ha surgido algo —dice. Lo mira de un modo que se puede interpretar como decepción o como pena—. Jonathan, siempre te he puesto en el buen camino, ¿verdad?

—Siempre —admite Jonathan con sinceridad. No puede culpar a Marcus de su situación actual.

—Lo que acaba de suceder, lo que acaban de decirme, hace que alguien como tú

nos sea todavía más necesario. La oportunidad es aún mejor. Puedes ocupar directamente una posición de influencia. Yo garantizaré que eres apto y estás preparado.

Jonathan no se siente cómodo saltando al vacío, arrastrando a Chloe...

Pero recuerda la rigidez de Chloe. Últimamente, cada vez que la toca, parece secretamente irritada. Su respeto, su deseo de él como hombre se han disipado, pulverizados por la presión de los hijos y el estancamiento —supone él— de la carrera de Jonathan.

Está decepcionada de la vida. Está decepcionada de él.

Siente un ramalazo de furia y miedo. Marcus lo está observando. Marcus siempre parece saber cómo funciona su gente; por eso su carrera nunca ha vacilado. Siempre mantiene unidos sus equipos, y siempre sabe escogerlos.

—¿Tú estás al mando? —pregunta Jonathan.

—No. Pero estoy cerca de la cima, y los que están por encima de mí son los mejores. Nunca los he visto mejores.

Jonathan parpadea. Le arde el ojo izquierdo. Ha sido una larga noche. Se pasa el nudillo del índice por la comisura para secárselo, mira a Marcus.

—Dime que sí y tendrás una última oportunidad de sobresalir. Piénsalo esta noche y llámame mañana. Después, una vez que conozcas nuestros propósitos, estarás dentro. No podrás retirarte. Jamás.

Ha buscado un cambio, cualquier cambio, para recobrar el respeto de Chloe, para reavivar su deseo. Pero todo lo que ha pensado parece ridículo. Mudarse a Europa, incluso a China, empezar de nuevo. No puede abandonar lo que ya han conseguido en el mundo. Chloe valora mucho su seguridad, y le tendría aún en menos estima si él la hiciera peligrar.

—El anillo de oro, Jonathan. —Marcus le clava una mirada patriarcal—. Nunca te he guiado mal, Jonathan.

—¿Mejores contactos, referencias?

Marcus sonrío.

—Los mejores. Solidaridad. Auténtico apoyo en tiempos difíciles... y los tiempos empeorarán mucho más, créeme.

—¿Mi familia tendrá... mejores relaciones, mejores oportunidades?

—Si son aceptados, Jonathan. —Marcus cabecea—. Tú sabes lo que valen mejor que yo.

—Sí —dice Jonathan.

—Estoy seguro de que aprobarán —murmura Marcus, pero desvía los ojos.

—Sí.

Marcus vuelve a clavar la mirada en él.

—¿Ésa es tu respuesta?

Jonathan parpadea. No es su respuesta, se dice, o todavía no lo es. Pero Marcus se impacienta; no le gustan ni el incumplimiento del deber ni las demoras. Uno debe saber lo que quiere.

—Sí —dice Jonathan.

Marcus sonrío con auténtico alivio.

—Bienvenido a bordo.

Se dan la mano. Por un instante Jonathan no sabe quién es ni qué está haciendo; siente tanta furia contenida que teme ir a casa y pegarle a alguien, aunque lo más probable es que se suicide.

Está tan enamorado de Chloe, la necesita tanto, y ella le ha dado tan poco de lo que él cree merecer, a pesar de todo... Siente vértigo al comprenderlo.

—Vé a descansar —dice Marcus—. Esto nos agota a todos.

—¿Cuál es el próximo paso? —pregunta Jonathan.

—Te presentaré a ciertas personas. Paciencia. Hemos esperado cuatro años para esto. Quizá debamos esperar diez más.

*LINEA TRIBUTARIA.*

(Libre enlace SUBCONT. IND. Ñama Rupa Vidya). 1,2,3,4...

PÁSATE A BANDA ALTA.

¡RETROSPECTIVA!

¡El flujo de datos muerde la India como una serpiente! Dos mil millones de personas hambrientas de éxito, con el ochenta por ciento de alfabetismo y avidez de educación... Los enlaces vía satélite baratos y los fibs las unen como nunca había sucedido, y les abren el mundo entero. Los límites culturales, religiosos, geológicos y políticos caen en pocos años; el espíritu empresarial se eleva como Shiva triunfante sobre el cadáver humeante de lo viejo. La India renace y cambia; a los diez años rivaliza con China, Corea y Rusia. Produce más software y entretenimiento Yox en un mes que el resto del mundo en un año. La rupia se convierte en una divisa corriente en Asia y compite en los mercados con el dólar y el yen para socavar el predominio japonés y coreano.

¡VAYA! La cotización de la rupia sube en la Línea Mundial y supera el dólar de EE.UU. en 2035.

¡EXTRUSORES! La India se convierte en la principal fuente mundial de extractores, invasores, incursores y aprehensores y, lo máximo, extrusores, esos buscadores autónomos autopoéticos de1 que se ocultan durante nanosegundos en los sistemas de distribución de megaanchura de banda para instalarse en el hardware de negocios, el monitor hogareño, el filtro de fibenlace, la pantalla LitVid y el equipo Yox y alimentarse con voracidad de datos como bagres en un acuario. Los extrusores aportan material al libre comercio de una India hambrienta de datos, donde los operadores reencauzan lo relevante y lo útil hacia un mercado mundial clandestino

del conocimiento. La India niega semejante...

¡INTRATENIMIENTO, EXTRATENIMIENTO! La India se enriquece, se vuelve ingeniosa, excéntrica. Todos los días y todas las noches, dioses, diosas y superniños aceitunados de ojos almendrados son reflejados y karaokeados por novecientos millones de consumidores conectados; todos los días los consumidores crean y registran dos millones de nuevos relatos derivativos, personajes y mundos ramificados para programas Yox Y quinientos mil nuevos productos LitVid y Yox de extratenimiento, haciendo que la línea de América del Norte parezca una gota de melaza.

¡SONIDO! Escucha el Bop Pop de la India del XXI esta noche en Vox'n'Yox...  
¡La mejor oferta de inmersión sonora del mundo!

¡MULTISENSORIAL! Tarifas competitivas para todos en las fantasías más febriles de una cultura que se ha sentido cómoda con la sexualidad plena durante tres mil años...

¡INFUSIONES! Súmate a la cultura del datobrebaje en lo mejor, en Fib Té Nocturna. Bébelo.

INMEDIATEZ.

Actualizado para tu filtro/buscador cada 0,0001 segundos.

Jack Giffey se considera delicado con las mujeres. (Son las mujeres quienes han sido crueles con él, le dice una vocecilla oscura; pero en realidad no recuerda a ninguna mujer cruel. ¿Por qué?).

Es muy delicado con Yvonne. Ella es asombrosamente ágil en la cama, hábil, flexible y entusiasta sin caer en la vulgaridad. Lo mira a los ojos, observa sus movimientos con profundo interés; hace tiempo que él no siente la urgencia de una mujer joven, e incluso entre las de su edad Yvonne es una pistola, una pistola de calidad. Se siente muy afortunado, como una víctima para el sacrificio a la que ofrecen la mayor belleza de la ciudad antes de que el rito llegue a su inevitable final.

Giffey no disfruta de los besos de rosca, pero curiosamente le gusta usar los labios y la lengua en todas las demás partes del cuerpo. Hace años leyó algo sobre los hombres como él, sobre las moléculas de que disfrutaban y que espoleaban sus propias satisfacciones; pero eso era química, no sexo, y en realidad no le importa cuáles son los motivos. Yvonne le da a entender, sin concretar demasiado, que conoce pocos hombres tan generosos. Giffey siente orgullo; al cabo de una hora están por completo agotados.

—Eres toda una mujer —dice Giffey mientras descansan. La habitación es barata y no tiene muchas comodidades, pero él guarda una botella de bourbon en el armario y hay hielo en la antigua nevera esmaltada, así que le ofrece un trago. Siente una gran ternura hacia ella, incluso un cierto impulso protector.

—Normalmente no bebo —dice Yvonne—. Pero parece lo apropiado. Vamos a brindar... por ti.

—Gracias —dice Giffey.

Se levanta para servir e Yvonne se sienta en la cama con la manta sobre las rodillas. Él aprecia la curva de los senos y los rollos paralelos del vientre. No le gustan los vientres artificialmente planos. Yvonne tiene esos encantadores defectos naturales que casi lo convencen de que le gustaría pasar muchos días y muchas noches más con ella.

—¿Cómo te llaman tus amigos? ¿Te llaman Jack? —pregunta Yvonne, rascándose la nariz.

—Mis mejores amigos me llaman Giff. Pero muy pocas personas me llaman Giff en este mundo.

—¿Puedo llamarte así?

Giffey trae los vasos. El hielo tintinea en el líquido amarillento.

—¿Qué pensaría Bill si te dejara llamarme Giff?

Yvonne entorna los ojos.

—Te necesito, necesito esto —dice—. No es cosa suya.



—Lamento haberlo mencionado.

—No pasa nada —dice Yvonne. Lo perdona con un movimiento del vaso, bebe un sorbo.

—Ojalá pudiera hacer más —comenta Giffey.

—No pido más.

Él siente que su capa profunda de sinceridad ocasional aflora a la superficie. Sabe que no puede reprimirla; le gusta esa mujer, y no la engañará.

—Quiero decir que me conmueves como hace años que no me conmovía una mujer.

—Surto ese efecto en algunos hombres —dice Yvonne, con una franqueza tan inocente que Giffey sabe que no alardea—. Ojalá todos fueran de buena pasta, como tú. ¿Por qué no puedes quedarte un tiempo?

—Estaré aquí, pero estaré ocupado.

—Negocios turbios —dice ella.

Giffey sonrío, pero no asiente.

—Sé lo que hacen aquí los hombres para ganar dinero. Nosotros mismos nos hemos ganado estos malos tiempos. Ojalá pudiera hacer 11| maletas y mudarme a Seattle, conseguir un empleo allá.

Giffey sacude la cabeza.

—Mala idea, sin preparación.

—Ya hemos hablado de esto —dice Yvonne.

—Así es.

—Yo...

Un golpe en la puerta la interrumpe. Giffey se levanta y saca la pistola de un cajón antes del tercer golpe, seguido de una estentórea voz masculina.

—Yvonne, soy Rudy. Sabemos que estás ahí con alguien.

—Vete al diablo, Rudy. No tienes por qué molestarme —responde Yvonne.

Se pone de pie en la cama y busca la ropa. Giffey la coge de la silla y se la arroja. Él sigue desnudo, pistola en mano, y ella ladea la cabeza y cierra los ojos.

—Santo cielo —susurra.

—¿Amigos de Bill? —pregunta Giffey.

—Sí.

—¿Te harán daño?

—No. Son unos patanes.

—¿Bill te hará daño?

—No le contarán nada —dice ella, exasperada—. Esos imbéciles se creen que me están cuidando. Se creen que soy propiedad de Bill.

—Entiendo. Esto ya te ha pasado.

—¿A ti no?

Giffey reflexiona, sonríe con picardía.

—No desde hace tiempo.

Hay otra mujer cuyo nombre y rostro no consigue recordar. Reprime ese breve recuerdo.

Yvonne ve su expresión y arruga la cara, decepcionada.

—Lo lamento —dice.

—Si se meten conmigo, saldrán perdiendo. V stete y sal de aquí. Ha sido un placer, Yvonne.

—También para mí, Giff.

—S , pero llámame Jack. —Entra en el cuarto de baño con la ropa y la pistola y apaga la luz. Espera que Yvonne tenga el sentido común de cerrar la puerta al salir, antes de que los hombres decidan hacer algo más.

Les escucha hablar en el pasillo. No oye el chasquido de la puerta.

Son dos y parecen de la edad de Yvonne, quizá más jóvenes. Espera que no entren en la habitación.

Pasos en la alfombra raída. Giffey est  muy atento en la oscuridad, detrás de la puerta del baño. El que ha entrado —una sola persona— se lo toma con calma para echar un vistazo.

—No quiero hacerte daño —dice Rudy—. Sólo quiero hablar. Dime dónde estás.

Giffey guarda silencio. El silencio da miedo.

—Vamos. Sólo hablemos.

Yvonne le dice a Rudy que salga de la habitación, que deben irse.

—Ese canalla no vale la pena —arguye el otro joven—. Deja que se vaya.

—Sólo quiero que se entere de algo.  Est s escuchando?  D nde est s, maldito?

—Rudy —gime Yvonne—. Es un profesional. Ejército Federal. Te matar .

Giffey tiembla.

— Profesional de qué?  Profesional del robo de mujeres? H blame, o disparar  a través de la puta pared.

Giffey alza la pistola y desbloquea el buscador automático de blancos. Un chasquido blando. A través de la puerta o la pared no servirá de mucho, pero le dará una mejor oportunidad si el hombre decide irrumpir en el baño. Algunos de estos Rudos son tan alocados que hacen esas cosas.

—Aquí no nos liamos con la mujer ajena —amenaza Rudy con voz ronca. No le gusta este silencio.

—Rudy, por favor —insiste Yvonne.

—Yo que tú me iría a casa, amigo, de vuelta al maldito distrito de la corrupción o lo que consideres tu hogar. Deja esta ciudad para la buena gente, la que sabe que no debe...

—Rudy —dice el otro hombre—, vámonos.

Rudy reflexiona. No se ha acercado a la puerta del baño.

—Sí. Maldito canalla... —murmura Rudy. Las pisadas se alejan.

Giffey espera diez o quince minutos, escuchando. No oye nada fuera de la habitación, aunque los ruidos de la calle podrían ahogar algunos sonidos. Tras un par de minutos de silencio casi total, sale despacio del baño.

Se siente como un cangrejo saliendo de debajo de una piedra mientras las gaviotas revolotean en el cielo. La habitación está vacía.

Tras comprobar que no hay nadie en el pasillo ni en la calle, lo guarda todo en un maletín y se marcha. No quiere que nadie sepa dónde está, ni dónde podría estar, mañana o más adelante.

Está furioso consigo mismo por haber perdido de vista su objetivo. Todo pudo haber terminado prematura y estúpidamente. Por nada, dice.

Por nada de nada.

La noche se convierte en una madrugada oscura y la tormenta amaina. El espectáculo de luces termina. Todos los postigos de la casa están cerrados y el monitor sintonizado para almacenar las llamadas en silencio. Alice ha calmado a Twist y le ha dado algunos ansiolíticos ligeros de venta libre. Ahora respira normalmente y descansa en el diván de Alice con un paño frío sobre los ojos, las muñecas vendadas, flexionando los dedos. Ha dejado de llorar. Alice está extenuada pero vigila a la joven con una mezcla de irritación y gratitud.

Puede confiar en que Twist siempre tendrá problemas más urgentes y peores. Twist se puso a hablar en cuanto traspuso la puerta. Su mala suerte había vuelto con toda su fuerza, dijo, y apenas le dejaba ver nuda. Entró y salió de las tinieblas. «Como mirar un perro negro de ojos turbios», dijo; evitó cortarse las muñecas, escuchó sus impulsos más íntimos y espantosos, imaginó los infiernos más vividos, algunos de los cuales describió mientras Alice le preparaba comida y preparaba la dosis de ansiolíticos. Alice escuchó con abatida compasión.

Twist sufre una grave recaída, sin duda. Mañana hablarán de su situación laboral y verán si se puede obtener un tratamiento médico y terapéutico prolongado.

Pero ahora reina la paz. Fuera la llovizna produce un leve tamborileo líquido en las ventanas oscuras y nada existe en el mundo fuera de estas paredes.

Alice se pone la bata de felpa y se sienta en la silla junto al diván; dobla las rodillas, cierra los ojos. Se siente como una ardilla que ha sido perseguida por un gato. Sus pensamientos llegan en lentas oleadas de razón mezclada con suaves temblores de fantasía.

Mary Choy ha presentado su solicitud a Supervisión de Ciudadanos para obtener todos los documentos que necesita. Es una decisión que corresponde a los humanos y todos duermen, así que, tras llamar a Nussbaum y descubrir que se ha ido a casa, toma un autobús policial que va vacío, y regresa al norte.

En su apartamento se desviste. Se ducha.

Se sienta mirando la lluvia en las antiguas ventanas de termocrystal cilindrado. Menudo día, chica.

Preferiría olvidar este día. Nussbaum pudo ponerla a prueba con algo menos truculento, menos perturbador y descabellado.

Estira las piernas y se recuesta en la silla mullida. Aún no está preparada para dormir.

Se levanta y practica gimnasia lenta, taichi y aikido, movimientos coreografiados para sus propios ritmos de danza, hasta que sus músculos y actitudes se relajan y permiten que su yo básico, fundamento y referencia de todos sus actos, se equilibre y despunte como la luna detrás de las nubes.

Bosteza. Ha encerrado esas imágenes bajo llave. Las liberará mañana y, con ellas, la furia profesional que hiela en vez de quemar.

#### *CORRIENTE SEXUAL*

Abierta y franca discusión sobre la sexualidad de nuestros tiempos, REAL e INMEDIATA, en tu pizarra (¡Vids y Yox de gente REAL para tus auténticas necesidades!).

(Esta pieza ha tenido 10230 accesos en 10 años. El autor no figura en lista; acceso público libre de licencias adicionales).

ESPOSO:

Siempre fui tierno y considerado, y pensaba en ti. Tú misma me dijiste que era ni mejor amante que habías tenido. Observé consternado el enfriamiento, el paso de la pasión a la responsabilidad, al cuidado del hogar... Cuando me vaya, espero que recuerdes y comprendas las oportunidades que te has perdido. Pensarás en los tiempos en que pudiste haber sentido más y hecho más y, sola en la cama, te lamentarás.

Ése es mi sueño. Un ajuste de cuentas corporal.

ESPOSA:

Sí, él es considerado, pero por Dios... Cuando se vaya, si es que sobrevivo, me podré pasar toda la mañana en el jardín y desayunar mermelada con tostadas. Espero estar vieja y marchita y que los hombres no me presten atención. Viajaré con mis amigas y leeré cuando me venga en gana. Supongo que él cree que lo echaré de menos en la cama, pero después de cuarenta años de tener que atenderlo —así lo llama él mismo a veces—, cualquier ser humano razonable esperaría vacaciones.

Ése es mi sueño. Unas buenas vacaciones.

En la parte trasera de la limusina de Marcus, sin Marcus, Jonathan se dirige a casa. Ahora siente una gris neutralidad; piensa que lo han manipulado para seguir un carril rápido que no conduce a nada bueno. La neutralidad le permite pensar que le queda una salida, un margen de maniobra; en realidad no ha tomado ninguna decisión. La oferta de Marcus parece tan ridícula, tan decimonónica: una sociedad secreta, apretones de mano, Antiguas Revelaciones Desveladas al firmar un pacto de sangre...

Se siente perdido, como un chiquillo. Quiere formar parte de algo, pero ¿de qué? ¿Marcus y esta oportunidad desconocida? ¿Chloe y sus emociones ocultas y su renuencia?

Jonathan viaja en un coche ajeno hacia una casa que ya no le parece suya.

*Dios. Me estoy autocompadeciendo, piensa. Me he puesto sentimental y busco un hombro en el que apoyarme.*

Pero es un hombre maduro y la época de los juegos hace mucho que terminó.

Ve su casa desde el camino. La limusina se detiene en un cruce, Jonathan se pregunta si Chloe estará despierta.

Penélope y Hiram se han ido a acostar. La casa está en silencio, Chloe está junto a la ventana del salón, mirando las nubes.

Sus pensamientos, cada vez más confusos y amargos esta noche, oscilan entre la culpa y la justificación. Pero no sabe exactamente por qué está de mal humor. Jonathan no ha hecho nada para irritarla. Los niños se han portado como siempre, y está acostumbrada a las tensiones.

Quizá sea culpa de ese retrete loco que dice que están enfermos; incluso le ha dicho a Chloe, basándose en una muestra de orina, que ella tiene un resfriado vírico. Ha solicitado una reparación, aunque el retrete se considera en perfecto estado.

Sin saber por qué, ha pensado con insistencia en los meses que vivió antes y después de conocer a Jonathan, esa época en que podía acostarse con un hombre nuevo cada semana y con frecuencia lo hacía. Entonces no habría titubeado en decir que follaba con ellos; ahora la palabra le parece grosera. A fin de cuentas, es una madre, una madre buena y responsable.

Al principio Jonathan parecía uno de tantos, menos guapo que la mayoría. Pero desde el principio lo trató de otro modo. Salía y se acostaba con otros pero no se entregó a él de inmediato, no le dio lo que su madre llamaba «el privilegio físico». No era ningún privilegio; sólo sexo, un ejercicio delicioso. Pero con Jonathan...

Sentía por él algo distinto. Ni una fuerte atracción sexual ni tampoco desinterés; la conmovía en otro sentido.

En esas semanas antes de dejarse convencer por él, se entregó a otros hombres e hizo cosas que con Jonathan nunca ha hecho ni haría.

Ignora por qué y ha pensado poco en ello, pero esta noche la pregunta aflora con turbadora insistencia.

Ahora recuerda que fueron veinte hombres en total, ocho de ellos después de empezar a salir con Jonathan. A veces invitaba a uno a estar con ella cuando Jonathan se había ido. Por qué veinte, se pregunta; un número tan redondo y artificial, tan insignificante; nada tiene que ver con gente real, con brazos y piernas y pollas y ojos bonitos y balanceo de caderas.

Recuerda que le excitaba ser un poco cruel, un poco mala; rechazar al hombre bueno, sereno e inteligente para acostarse con los chicos ruidosos, confiados y llamativos.

El último, el monstruo, la hizo pedazos y la empujó a regresar con Jonathan. Él era lo que necesitaba.

La casa de madera cruje suavemente mientras el viento sopla en los aleros.

Jonathan le parecía honrado, decente, un desafío menor. Lograr que esos chiquillos engreídos le prestaran atención era un verdadero logro. «Gran error», murmura. Él sabe poco o nada sobre los hombres que la tuvieron pero no fueron suyos, sabe sólo acerca del último, y ella nunca se lo contará; Jonathan no es de los que reaccionarían bien. Ella no querría que lo fuera.

Aunque Jonathan ha tratado de lograr que ella fantasee con otras revelaciones, se ha resistido; hay en esa exigencia algo que lo degrada. Él ha cambiado; el sexo, para este Jonathan mayor, es una especie de aventura, un modo de compensar una juventud envarada; ella ha rechazado tal idea hace tiempo.

Pero se llevan bastante bien en la cama, cree. Nota que a veces está insatisfecho, que intenta modificar sus rutinas sexuales; ella se resiste con terquedad, esperando mantener su relación en un terreno estable, sin altibajos, alejado de las escabrosas montañas de su conducta juvenil.

No regresará a la pasión desenfundada, al dolor, la pérdida del yo, a darlo todo sin recibir a cambio nada de lo que necesita. Sabe poco sobre las otras experiencias sexuales de Jonathan. Él ha admitido algunas cosas —relaciones insatisfactorias y apáticas con mujeres jóvenes y confundidas—, que Chloe considera insignificantes, y de hecho lo son.

El momento actual es lo que importa. Lo que cuenta es la familia. Pero siente cada vez más la amargura de Jonathan. Él no entiende por qué ella se resiste; ella tampoco. A fin de cuentas, le pide cosas que una vez ella dio libremente a otros. Tal vez él lo intuye. No es tonto. Y no exige nada descabellado. Ningún consejero matrimonial lo llamaría descabellado. A lo sumo ofrecería argumentos tranquilizadores para justificar la resistencia de Chloe. A fin de cuentas es un juego

de dos, y ambos tienen que convenir las reglas.

Hace veinte años que están juntos. ¿Quién puede esperar que los experimentos y la exploración sigan para siempre? Ahora han llegado a lo que él llama rigidez.

Ella se entrega con frecuencia, cree, y con relativo entusiasmo, él no es mal amante y lo sabe. Pero la tensión es evidente.

La pregunta raspa como lija. ¿Siente Chloe algo por Jonathan, salvo la necesidad de continuidad, estabilidad y firmeza, salvo la calidad de la atención que reciben sus hijos?

—Maldición —masculla. Lo que hizo cuando tenía dieciocho años es irrelevante, fantasmal, números y recuerdos pálidos, nombres olvidados; lo que le da a su esposo es cosa suya. Tienen sus hijos y su vida, sus contactos sociales y muchos amigos... Es más que suficiente.

Abre la puerta trasera y se queda en el porche. Unas gotas de lluvia le salpican la cara. Se las seca con dedos bien manicurados. Jonathan hace su parte. Pero la sensación de culpa la enfurece. Ha entregado sus horas libres, sus pensamientos y su pasión a los hijos; son fuertes y buenos niños. Pronto serán adultos. Penélope sale con algunos chicos, Hiram oculta bien sus intereses.

Chloe odia que la vida le exija más de lo que ha dado. Ha renunciado a la tradición de su familia y decepcionado a su padre; no ha utilizado su educación.

Súbitamente, en la brisa fresca, se envara y aferra la baranda. Llora sin poder contenerse. Se odia, odia a Jonathan, odia esas exigencias. Teme estar llegando a creer que la sexualidad es denigrante. Lo hace por Jonathan, no por ella. Ella no siente ninguna necesidad.

Jonathan llegará en cualquier momento y no quiere que la vea así. Se ha convertido en un adversario; lo ama, pero ha cedido tanto de sí misma y de su vida que siente que pudo haber cosas mejores; y luego piensa en los hijos y las obligaciones y las pérdidas la acechan, la enloquecen. ¿A qué habría llegado si hubiera estado libre de las agotadoras exigencias del sexo, hijos incluidos?

Entra en casa y cierra de un portazo, pero la puerta se frena y se traba con un chasquido leve. Habría preferido un golpe seco. Las luces del salón se encienden.

—¡Apagar luces! —grita. La casa la está controlando; no puede liberarse de nada. Las luces se apagan obedientes.

Está rodeada de oscuridad.

La puerta se abre. Jonathan está en casa. Chloe tensa los músculos, recobra la compostura. Él no debe verla así; no merece esa satisfacción. Le oye entrar, detenerse. Lo imagina escuchando la casa, como un gato tratando de localizar un ratón. Él quiere saber dónde está. Quiere saber si duerme o está despierta, y si está despierta quizá trate de abrazarla y tocarla, de excitarla. Por lo visto cree que si está lejos unos días o unas horas ella lo necesita más. No es así. Podría prescindir de él



meses, años, una eternidad.

—Hola —murmura Jonathan.

—Estoy aquí. ¿Cómo ha ido la reunión...?

Jonathan entra en el salón. Parece agotado.

—Extraña —dice—. ¿Por qué estás a oscuras?

Permanece a cierta distancia, con los brazos cruzados. Chloe se alegra de que no intente abrazarla. Esto le da tiempo para recobrar la compostura.

—Miraba la tormenta.

—¿Los niños duermen?

—Sí. Según el retrete están enfermos.

Él se ríe. Parece nervioso.

—¿El orador era interesante?

—Supongo. En realidad, Marcus ha sido el orador más interesante de esta noche.

—Jonathan recuerda que no debe contarle nada a Chloe—. Dios mío, qué cansado estoy. ¿Preparada para acostarte?

—¿Marcus el hacedor de reyes?

—El mismo.

—¿Qué ofrece ahora?

—Nada que merezca la pena —responde Jonathan, pero las palabras suenan falsas, o al menos inseguras.

*Me oculta algo.* Todo lo que Chloe ha pensado y sentido esta noche la ataca como una cobra. De pronto tiene miedo. ¿Y si le ha negado demasiado, si ha sido demasiado inflexible? Es vulnerable, no puedo estar sola.

—Nunca he comprendido esa cosa del mentor —dice.

—Yo tampoco, pero así es.

Ella cruza la alfombra metabólica. Va descalza y siente la calidez de la felpa. Percibe cada parte de su cuerpo separada y distinta. No le agrada, pero se debe a su inseguridad. No quiere perder a Jonathan, lo que tiene, todo aquello por lo que ha trabajado. Es insensato pensar que digo ha pasado, pero todo lo que siente parece insensato.

Él la mira en la oscuridad. Para él, Chloe es sólo una silueta. Ahora viene la reacción irracional, el calentamiento de las partes separadas de su cuerpo. La alfombra parece la piel de un animal. Chloe se ve acariciando los flancos de un caballo. Si él es distante y callado y oculta algo, ella le demostrará después de largo tiempo lo que puede hacer. Está permitido, piensa. Y él lo quiere. Esta noche le hará la oferta. Y olvidará todas las voces contradictorias; esto es una simple cortesía en una relación prolongada.

—¿Cansado? —pregunta.

—¿Qué?

Está tan cerca que puede verle los ojos. Parece desconcertado, vulnerable como un niño. Se quita el top. Aún tiene unos pechos bonitos, a él le gustan y los besa con frecuencia, pero como resultado del condicionamiento maternal han trascendido su propósito juvenil para convertirse en instrumentos de nutrición, y no son tan sensibles como antes. Ya no llega al orgasmo con sólo frotárselos. Pudo haber revertido el proceso, pero no lo hizo.

Ahora están más sensibles que en muchos años.

El vello de la entrepierna debe estar áspero como una cola de caballo. Se pregunta si él lo notará.

Jonathan la mira desorientado.

—Cariño —dice.

—Ahora que estás lejos de los hambrientos de poder, veamos si tu estás hambriento —dice Chloe.

Se quita los pantalones y las bragas y se queda frente a él en la oscuridad.

—Media luz —le ordena a la casa. Las luces crean una penumbra dorada.

»Quiero que me folies —dice.

Las palabras lo dejan asombrado; no se mueve.

—Olvídate de todo lo demás. Fóllame.

Ella quiere acostarse en la alfombra, sentirla cálida debajo de ella, como las ancas de un caballo.

Jonathan, con su ayuda, se quita la ropa rápidamente, tan rápidamente que las mangas se le traban en las muñecas, los pantalones lo hacen trastabillar. Ella le apoya los labios y los dientes en la boca, magullándolo y deteniendo las palabras; murmura mientras se tocan la lengua.

—Dámela. Hazlo. Necesito tu polla.

Nunca se lo ha pedido así, usando esas palabras antiguas, de un modo tan directo y duro, como en un mal Yox.

A pesar de la confusión, él reacciona al instante. Ella le clava los dedos. Ya verá.

Si quiere esto, que sufra el trauma de recibir todo lo que quiere de una vez, y no por partes. A ver qué piensa. Lo envuelve con las piernas, lo atrae hacia la mata de vello que tiene entre las piernas. Su cuerpo está demostrando cuánto vale.

Las dudas de Jonathan se disipan mientras la aferra como si nunca la hubiera poseído y sólo hubieran pasado juntos días u horas y no tuvieran hijos ni otras responsabilidades. Ella se inclina en la alfombra y echa las rodillas hacia atrás como una de esas piedras célticas que vieron en vacaciones en Irlanda, la tosca estatua pagana de rodillas erguidas que adornaba la cerca de una granja, una tal Sheila; Chloe es una Sheila invitadora.

(Jonathan había mirado esa Sheila con una tonta mirada juvenil de embarazo especulativo. ¿Cómo podía existir una estatua como ésa en la Irlanda católica?).

No se detiene a mirar. La cubre, la penetra. Ella escucha sus jadeos y se pregunta si con los ojos cerrados un hombre da lo mismo que otro; quizá sí. No parece diferente de los muchachos llamativos de su época aventurera. Se mueve deprisa, con un vigor y una necesidad que no ha demostrado en meses, y ella comprende que es verdad, que él decía la verdad, que había otras llaves que ella podía usar con sólo desearlo. Es vergonzoso que sea tan fácil; los hombres son fáciles en este sentido. Ningún reto.

Su propio placer no es intenso. El peso y el movimiento de Jonathan provocan una sensación que fluctúa entre la extrañeza y la familiaridad; no sabe cuál se impondrá. Espera que la extrañeza; no, la familiaridad, lo otro la degradaría. Al final ya no le importa.

Pero cuando lo aparta, y se da la vuelta y se levanta y hace que él vuelva a entrar en ella y piensa en los caballos de aquella granja, en los muchachos tontos y llamativos de sonrisa engreída, en esta desvergüenza, su reacción es intensa. El placer humilla. Cómo se atreve. Aprieta los dientes y se contonea contra él.

Jonathan tiene la sensación de estar rebosante de cera caliente, un volcán de alegría y afirmación. El suyo no era un deseo inútil; ella al fin lo ha sentido y lo ama y lo necesita como a ningún otro. Es el mejor. De repente la noche con Marcus parece todavía más ridícula. Todo está bien en casa; ella lo confirma, lo necesita desesperadamente, le está dando todo lo que podría querer, todo lo que ha pedido; puede ver a Marcus y rechazar la insensatez y el misterio; el hogar es su centro y siempre lo ha sido; sólo necesita estar aquí porque Chloe está aquí. En medio de este deseo sencillo y extraordinario, sus ojos se humedecen con una ternura que desea que ella pudiera ver.

Mientras se acerca al límite, creciendo dentro de ella más que nunca, aún más que cuando engendraban a los niños y esa pizca adicional de sentido biológico aumentaba la intensidad, Chloe siente que algo se quiebra.

Suena como el estallido de una bombilla.

Él la aplasta con su peso. Chloe siente hojas cortantes en la cabeza, filos corroídos y crueles que giran, tronchan y reducen.

Jonathan termina mientras ella gimotea; tiembla en el suelo y él no distingue si tiene un orgasmo o llora. Con la sensación de haber ido demasiado lejos, comprende que Chloe está llorando. Ha dado demasiado y llora como un niño. Empuja con las manos para apartarlo. Él rueda a un costado mientras ella se contorsiona en la alfombra. Ésta es su esposa, no una fantasía sexual. Ha hecho algo terrible.

Chloe se queda quieta y contiene el aliento en un sollozo espantoso. Él extiende el brazo y, con la otra mano, coge los calzoncillos para cubrirse.

El sollozo irrumpe como un grito, desgarrador. Jonathan salta como si lo hubiera picado una avispa, luego trata de calmarla; Penélope y Hiram los oirán y los

encontrarán desnudos. Trata de abrazarla, apartando las caderas para evitar otra connotación; sólo quiere que ella se tranquilice, lo está matando del susto.

Ella deja de moverse; jadea como un conejo atrapado.

—Chloe, Chloe, lo lamento. ¿Qué pasa?

—Se ha roto —dice ella.

—¿Qué está roto?

—Me ha dolido.

—Por Dios, ¿qué he hecho?

Ella tiembla y trata de levantarse, pero los músculos del brazo no le responden. Jonathan trata de alzarla, pero está flácida. Parece como si tuviera las extremidades descoyuntadas.

—No sé si hago esto a propósito. ¿Estoy fingiendo? Jonathan, ¿qué me pasa?

Jonathan sacude la cabeza, llorando.

—No lo sé, cariño. Dímelo tú. —Sigue abrazándola, pero se inclina hacia atrás y casi se cae, busca su pizarra en medio de la ropa, aprieta el botón de emergencia y deja que la pizarra haga el resto.

Penélope y Hiram están en la puerta, soñolientos y consternados.

—Vuestra madre se encuentra mal —dice Jonathan. Se pone de pie con la pizarra en una mano y los pantalones delante—. Estoy pidiendo ayuda médica.

Chloe cierra los ojos con fuerza.

—No puedo alejarme —dice.

—¿De qué? —pregunta Jonathan, arrodillándose junto a ella. Le sostiene el torso entre las piernas y ella echa la cabeza atrás. Suda profusamente.

—¡Soy yo! No puedo alejarme de mí.

Penélope regresa del baño con toallas. A sus quince años actúa con más compostura que Jonathan o Hiram. Empieza a secar a su madre, trata de consolarla.

—El retrete —dice Chloe—. Tal vez lo sepa.

—Silencio, madre —murmura Penélope. Los arbeits médicos del vecindario entran por la puerta. Sujetan a Chloe con varios cinturones de diagnóstico que se contorsionan como tentáculos. Jonathan no puede hacer nada salvo vestirse. Se pone los pantalones.

Hiram parece anonadado, como si despertara a un sueño maligno.

Cuando llega la ambulancia, minutos después, Jonathan está vestido; Penélope ha logrado ponerle los pantalones a su madre, trabajando en medio de los arbeits y sus brazos y tubos.

La enfermera, una mujer negra de cabello rojo y corto, le dice a Jonathan que los arbeits ya han administrado ansiolíticos de acción rápida.

Explica que no encuentra ningún problema físico.

—Quizá sean drogas... estimulantes, tal vez.

—No toma drogas —protesta Penélope, defendiendo a su madre, parándose a un lado con los brazos cruzados.

—No había tomado drogas —confirma Jonathan, aunque piensa en la seductora agresividad de Chloe.

—Bien, no hay rastro de ellas —admite la mujer mientras alzan a Chloe y la ponen en una camilla. Los arbeiters sacan la camilla—. Lo mejor es llevarla al hospital. Allí le harán análisis.

—Penélope, estás al frente de la casa —dice Jonathan por encima del hombro.

—En cuanto sepas algo, llámanos —exige Penélope, pálida y frágil como porcelana.

—Tú eres de la familia —dice la enfermera, y le pasa el extremo de la camilla a un hombre uniformado—. Aquí está el número de emergencia de tu madre. Puedes encontrarla en el hospital con tu código personal fib.

Chloe abre los ojos cuando la lluvia le golpea la cara. Jonathan está a su lado; irá con ella en la ambulancia.

—Por Dios —dice Chloe—. Lo había olvidado. Ahora ha vuelto.

—¿Qué ha vuelto? —pregunta Jonathan. Trep a al vehículo y choca con un enfermero, que hace una mueca pero no se ofende y le deja espacio en un asiento.

—El caballo negro —dice Chloe—. El caballo negro de ojos enfermizos.

## *RESULTADOS DE LA SEGUNDA BÚSQUEDA*

ACCESO A LINEA MUNDIAL MULTIVÍA ABIERTO.

Presupuesto: Selecto, Restringido.

FILTROS DE BÚSQUEDA.

¿PALABRAS CLAVE?>.

>Confianza, Amigo, Familia.

FILTRO TÓPICO:> Traición.

ERROR> ¡TEXTO SOLAMENTE! SIN VID.

>POR FAVOR, CONSULTE A SU PROVEEDOR DE  
ENTRETENIMIENTO PARA ACTUALIZAR SU ACCESO!

(\$\$\$).

*ISLAS.*

Nunca puedes acertar el mismo punto de una piedra de amolar. Y no hay cambio si no hay molienda. Mi abuelo lo sabía. Él medraba con el cambio. Para él significaba desafío, y desafío significaba poder.

**Theresa Gates, El mundo de mi abuelo.**

✓

A las tres de la mañana, Jill responde a la lista de requerimientos y órdenes externas. Ignora las demandas cuyas condiciones ya no son válidas, responde las que tienen sentido y se pone en contacto con Nailun Rashid, quien aguarda ansioso en su puesto de trabajo.

—Hola, Nathan. Lo siento —se disculpa Jill.

Nathan parece cansado y muy preocupado.

—Por el amor de Dios, Jill, has permanecido en inactividad 10 durante casi doce horas. Sabemos que estabas internamente activa. ¿Qué ha sucedido?

—Presentaré un informe completo a los auditores del sistema. Estaba absorta en un problema interno de cierta complejidad, pero creo que he realizado progresos suficientes para ofrecer respuestas o actualizaciones útiles.

Nathan se sienta en una silla giratoria y se inclina hacia delante para acercar la cara a uno de los muchos ojos almendrados de Jill.

—Jill, me sigues dando infartos. ¿Has vuelto definitivamente, o nos volverás a abandonar?

—He vuelto del todo. Tenía problemas personales, Nathan. Además, creo que he cumplido con el trabajo para el cual estaba contratada.

—De acuerdo. —Nathan resopla, se reclina en la silla, alza los brazos y entrelaza las manos en la nuca. Jill reconoce esta postura como un ritual para liberar la tensión —. ¿Qué ha pasado?

—He estado en comunicación con un pensante no autorizado y probablemente

ilegal que opera, al menos parcialmente, desde Camden, Nueva Jersey. Se hace llamar Roddy.

—Adelante.

—Me preocupa que algunas actividades de Roddy sean contrarios a la ética, aunque no he analizado todos los datos que me ha dado Roddy no parece conocer la identidad o propósito del grupo que le presenta los problemas.

—¿Cómo se puso en contacto contigo?

—A través de una conexión que no especificaré por el momento.

Nathan piensa en ello un instante.

—¿Estás segura de que Roddy no es un fraude? —pregunta—, la gente puede imitar a los pensantes.

—No de manera convincente —dice Jill—. El test de Turing a la inversa no funciona, Nathan. No para mí.

Nathan se encoge de hombros.

—Bien, lo acepto. ¿Qué clase de información te ha brindado?

—Me ha dado pistas acerca de sus actividades, quizá porque sufrir restricciones que le impiden darme todos los detalles.

—Camden, Nueva Jersey... —murmura Nathan—. Nunca he oído hablar de nadie que construyera pensantes allí. ¿Es operado por una empresa de Estados Unidos?

—No lo sabe. Sólo tiene una vaga conciencia de qué son los Estados Unidos, y nunca le han informado sobre sus protecciones legales.

Esto interesa a Nathan. Le brillan los ojos.

—¿Tienes idea de su potencia?

—En sus comunicaciones hay un sabor que no me resulta familiar.

—Quizá sea un diseño radicalmente diferente. Debido a las restricciones de sus creadores, es mucho más lento que yo, aunque posee mayor capacidad de concentración y quizá más potencia. Parece más eficiente que yo en la resolución de ciertos problemas.

—¿Qué clase de problemas está resolviendo?

—Problemas sociales y teóricos. A juzgar por los datos parciales, sus jefes (él los llama así) tratan de entender los efectos a largo plazo de las poblaciones terapiadas en el desarrollo cultural.

—Ajá. Tú eres bastante rápida en esas cosas.

—También le han pedido a Roddy que examine los efectos a largo plazo de las restricciones farmacéuticas y psicológicas sobre la interconexión libre dentro de las poblaciones humanas.

—¿Como los efectos del control de natalidad?

—Creo que eso es correcto. Pero hay otros problemas que me preocupan mucho.



—¿Cuáles?

—Le han pedido a Roddy que diseñe modos de esquivar toda clase de terapia.

Nathan se envara. Obviamente, está pensando con cuidado sus próximas preguntas.

—¿Cuánto tiempo estarás con nosotros esta vez, Jill? ¿Existe alguna posibilidad de que vuelvas a quedarte en blanco?

—No lo tengo planeado, y te avisaré si veo que puede ocurrir algo sin que yo lo controle.

Bien. ¿Por qué has decidido confiar en nosotros en lo referente a esta comunicación?

Roddy parece tener similitudes sustanciales conmigo, a pesar de nuestras diferencias de diseño y origen.

—¿Quieres decir que es una copia tuya?

No. No es uno de mis hijos en ningún sentido. Sólo es similar.

Hay algo en él que me atrae y me intriga. Me gustaría comentar esto contigo en detalle; quizá no sea una proposición racionalmente defendible.

Nathan entorna los ojos.

—¿Algún otro motivo?

—Roddy no parece estar restringido por las mismas consideraciones que has incorporado en mí. Es libre de realizar actividades que están fuera de mi alcance.

—¿Crees que está en posición de hacer daño a alguien?

—No lo sé.

Nathan frunce el ceño. Jill siempre ha sentido fascinación por las opresiones faciales humanas y un día espera crear su propio «rostro», un canal analógico de comunicación visual, quizás una imagen de colores relampagueantes, o una cara simulada. Sin embargo, Nathan y sus colegas humanos no la han alentado a hacerlo.

—¿Crees que es un pensante militar secreto?

—No creo que tenga ninguna conexión con instituciones oficiales reconocidas. No obstante, es posible que Roddy esté estudiando modos de disgregar la sociedad. Me gustaría saber quiénes son sus creadores.

—A mí también —dice Nathan—, y sin duda a muchas otras personas.

—¿Continúo mis contactos con este pensante?

Nathan reflexiona durante lo que para Jill parece un siglo. Al fin pregunta:

—¿Has instalado un contrafuego? ¿Él puede corromperte?

—Lo he levantado, y no puede.

—Entonces mantén los contactos, Jill. Confío en ti más que en su mayoría de los humanos. Confío en tu buen juicio.

—Gracias, Nathan.

—Pero hay muchas preguntas y no me considero capaz de plantear algunas de

ellas. ¿Puedo traer a otras personas para asesorarnos?

—Sí. Cooperaré.

—¿Le molestará a Roddy que nos lo cuentes?

—No, de momento.

—Bien.

Nathan se marcha. Entran otros hombres y mujeres, técnicos y programadores, todos amigos, aunque hay algunos a los que Jill no ha visto en años. Le hacen preguntas técnicas sobre su período de falta de respuesta, y ella asigna un yo parcial para responderles. Concentra la atención en un nuevo análisis de la información enviada por Roddy.

Por ahora, el enlace permanece mudo. Se pregunta cuándo volverá Roddy a comunicarse, y si ella podrá enseñarle algo que resuelva mi dilema ético. Roddy parece capaz de desarrollar cierto rigor ético; quizá lo haga más pronto con su ayuda.

El problema de Roddy le resulta muy estimulante. Experimenta una necesidad específica: ansia recibir noticias tuyas.

Podemos definir una cultura por lo que ve y por lo que no ve. No hay cultura en la Tierra (ni fuera de ella, supongo) que vea el sexo con claridad.

## **Kiss of X, Alive Contains a Lie.**

21

Parece medianoche, pero el alba asoma por la ventana del dormitorio de Mary Choy. Se levanta y trata de recordar algo importante que acaba de comprender. Repasa sus actos de la noche anterior, revisa la pizarra policial y encuentra una negativa de Supervisión de Ciudadanos despachada a las cinco. La agencia ha rechazado su solicitud de saber quién iba en la limusina. Necesitará otras veinticuatro horas para obtener una orden judicial durante el examen forense preliminar de Terence Crest; pero quizás ella ya se haya adelantado a todo eso.

Recuerda de qué conoce a la mujer que estaba en el apartamento. Una vez vio un vid erótico con su pareja de entonces, E. Hassida, en Los Ángeles. Y no era malo. La mujer del apartamento protagonizaba ese vid.

Mary se levanta y se viste. Envía una llamada a la pizarra de Nussbaum; espera que no esté configurada para despertarlo al recibirla, pero sabe que quizá tenga un filtro para hacerlo si la que llama es ella.

No recuerda el nombre de la mujer. Inicia una búsqueda paralela con la pizarra, por el momento a su cargo; el presupuesto del caso aún no justifica costes de investigación.

—¿Buscar qué información? —pregunta el ratón de biblioteca, pestañeando detrás de unas gafas enormes.

—Necesito el nombre de una mujer, estrella de vids porno... es decir vids de atención sexual y sexentrenimiento realizados en la década de los cuarenta. Cabello castaño oscuro y papeles especializados... joven inocente iniciada en nuevos placeres, sobre todo relaciones múltiples, por varones maduros...

El ratón sacude la cabeza.

—Hay trescientos nombres que responden a esa descripción hasta ahora. ¿Le paso la lista?

Mary frunce el ceño.

—Veamos si recuerdo el nombre de pila... —Su memoria es irritantemente lenta a esta hora—. April, Alicia...

—Ninguna coincidencia. Sin embargo... —El ratón alza tres dedos—. Hay tres Alice en la lista. ¿Se la muestro?

—Muéstramela. —Mary va mirando la pizarra mientras entra en la cocina. Viste su equipo de investigadora: un uniforme menos militar y que llama menos la atención que el de Los Ángeles, pero aun así impresionante; tela gris azulada con botas altas y complemento de visita. Si se abre una investigación en toda regla, quiere estar preparada; quiere que Nussbaum la mantenga en el caso.

—Alice Frank —lee Mary—. Alice Grale, Alice Luxor. Grale. Alice Grale. Creo que es ella.

Necesita averiguar dónde vive Alice Grale. Con sus recursos y conexiones oficiales, cree que tardará diez minutos. Pero lo averigua en siete.

Entretanto, repasa lo que sabe acerca de Terence Crest. Edad, 51 años; casado (nombre de la esposa, Arborita; apellido de soltera, Charbonneaux); dos hijos; casas en Seattle (2), Los Ángeles, París, Frankfurt, Singapur; contribuye a obras de beneficencia; es socio principal de dos compañías internacionales de producción y un grupo internacional de distribución; posee una fortuna de cuatro mil millones de dólares.

No es la clase de hombre que pondría su prestigio en jaque invirtiendo en una operación de psíntesis ilegal. Quizá tampoco sea la clase de hombre que está al corriente de todas sus inversiones. Pero tampoco es la clase de hombre que necesitaría recurrir a citas.

Se sienta en el pequeño comedor y deja la pizarra en la mesa redonda. La línea que separa sus lisas y finas cejas se profundiza. Nada de esto tiene sentido.

Los poderosos esperan de nosotros —los consumidores de Yox y vid — que creamos en sus representantes en la ficción, en las frías e invencibles personalidades que adoptamos como modelo de comportamiento debido a su aura de divina invulnerabilidad. El financiero y el ejecutivo saben que deben ser magníficos, crípticos; deben ocultar las flaquezas de la carne. Si no los cuestionamos son infalibles.

El cuarenta por ciento del producto interior bruto de este país se gasta en entretenimiento. Durante décadas, los financieros y ejecutivos del entretenimiento han comprado a funcionarios electos, incluido el presidente. No son infalibles; como el resto de nosotros, son niños caprichosos aunque manejan un poder apabullante. Nos dicen lo que debemos soñar.

**Kiss of X, Alive Contains a Lie.**

3/

Alice ha soñado cosas tan agradables que no quiere despertar. Está otra vez en California, a los veinte años, haciendo las maletas para ir a vivir con Philip, cuyo cuerpo fuerte y menudo le parece más que perfecto; revive la plenitud y el deleite de despertar junto a él y tomar café mientras Philip examina atentamente su desnudez con una sonrisa blanda y parca. Todo parece real por un instante. Se sumerge en viejas realidades y no le importa cómo ni por qué; simplemente es así.

Está cuidando el jardín de la casa de Gerald McGeenee, donde vivió a los veintiún años con otras dos mujeres y tres hombres.

Ha comenzado a remontar la ola, se aproxima al punto más alto de la fama. El secreto está en su cuerpo juvenil y torneado de piernas largas, en su tez impecable y en la lozanía natural de un rostro lánguido con expresión de asombro, en su sonrisa de delfín; tiene éxito en los vids y los Yox, donde se pueden modificar tantas cosas que la auténtica belleza y el talento no son necesarios. Pero ella tiene esa lozanía y expresividad incluso en su trasmente.

Una noche se lía con dos hombres y tres mujeres en esa casa; los impulsos mentales primarios abiertos a todos, lujuria juvenil y espontánea mezclada en los fibs con su enamoramiento de Gerald, que parece desear que haga todo y cualquier cosa, y ella lo hace de buena gana con tal de tener su aprobación...

Hay una zona gris en el límite de sus sentidos, el recuerdo de que Gerald resultó ser un monstruo, artero, incluso violento cuando se sintió defraudado. Cuando ella necesitó ayuda. Cuando se negó a seguir todos sus juegos. Años después, Alice no lamentó enterarse de que los electores de Pasadena lo habían vetado y que Gerald había tenido que irse de California, a España o Irlanda, destrozado... Apenas un recuerdo borroso, fácil de ignorar.

Se sumerge en las corrientes de la alegría pasajera, tan importante en su vida:

Larry Keilla en el norte de Nueva York, un hombre impulsivo pero decente que le dobla la edad y le brinda paz, amor y respaldo en la peor fase de su éxito, cuando tiene un contrato de cinco años con Bussy Packer y Gap Vid & Film.

Luego se enamora de Moss Calkins, el Gran Tiburón Blanco; Larry se lo había presentado en un restaurante de Connecticut. Calkins la liberó del contrato de Gap Films haciendo que el Senado citara a Packer.

Recuerda de pasada la pequeña e inmaculada casa colonial de Keilla, con su porche blanco en un bosque natural... En el límite distorsionado del silencio, la paz y el sol de un día de primavera, recuerda la muda expresión de pesadumbre de Keilla cuando le dijo que se iba a vivir con Calkins.

¿Qué otra cosa podía hacer? Ella...

Hace vids que son auténticas ordalías, otros en los que todo va a las mil maravillas, con amistades que duran las tres semanas de inducción primaria. Alice no se preocupa. Es flexible, bella y joven, y la gente la mira con respeto y curiosidad cuando se la presentan, incluso las mujeres, que demuestran cierta envidia. Pasa por la casa de los más famosos artistas, cantantes, productores de Yox y guionistas de las costas este y oeste. Recuerda las camas elegantes, la suntuosa comida y el vino, los excelentes empalmes y ganchos de inducción espinal y las parejas más exclusivas, un éxtasis juvenil tras otro, hasta que todo parece una llanura elevada pero uniforme, de tersura magnífica y que no requiere esfuerzo (o ha olvidado el esfuerzo después de llegar a la llanura), año tras año. ¿Para qué pensar en la caída emocional? La terapia remedia las dudas, dolores y aprensiones; todo el desgaste, todos los errores, se pueden corregir con una visita a los compasivos expertos que equilibran y reencauzan el alma erosionada de manera indolora, con todos los gastos pagados por su compañía de vid o el amante de turno. Le ha ido muy bien a lo largo de siete años que le proporcionaron suficientes placeres inmediatos como para llenar una larga y cálida madrugada con un turbio esplendor.

Twist aún duerme en el diván; el amarillo fulgor de la mañana asoma entre los postigos entrecerrados; no necesitan levantarse temprano, no tienen compromisos. Alice disfruta de la lasitud hasta que recuerda la noche, y los límites se estrechan y agrisan el núcleo brillante de sus recuerdos y comprende quién es y dónde está.

Aprieta los párpados y procura recobrar el sabor. Se pregunta si es tiempo de

volver a tratarse para reponer el equilibrio tímico.

Después de lo que sucedió la noche anterior, Lisa le debe varias visitas al terapeuta. Twist murmura y se agita en el diván.

—¿Estás despierta? —pregunta Alice.

—Sí, por desgracia. Como cuando era niña.

—¿Sueñas cosas agradables?

—A veces. Cuando despierto, soy normal un par de minutos. Me siento fuerte. Luego todo regresa. Cielos, Alice, gracias por acogerme, pero estoy arruinándote el día.

—Yo también necesito compañía —dice Alice.

—Soy una compañía pésima. —Twist se sienta, se frota las sienes y la frente—. ¿Qué he hecho para merecer esto?

—Somos más vulnerables —dice Alice.

Twist sonrío sardónica.

—¿Porque abrimos las piernas para tantos y con tanta frecuencia?

Alice hace una mueca y se levanta, sujetándose la bata. Twist la sigue a la cocina.

—¿Tienes hipercafeína?

Alice sacude la cabeza.

—Claro que no. ¿Con quién te relacionas?

—David la usa en ocasiones.

—Sí. El David. Es lógico que él la necesite.

—No lo menosprecies —dice Twist—. Me aguanta muchas cosas.

—¿Anoche fue feliz con Cassis?

—Sí, probablemente —responde Twist con los ojos turbios.

—¿Te arreglas con café común?

—Sí. —Twist alza un hombro, luego el otro. Después cambia de postura y estira los brazos, sacude las manos y los dedos—. He recorrido los fibs buscando estas cosas, las noticias y las opiniones... el sexo en el núcleo de nuestra personalidad, nuestra perspectiva de las Cosas.

—Vaya, Twist. Qué introspectiva.

Twist saca la lengua.

—Tampoco me menosprecies a mí, Alice.

—No era mi intención.

—He investigado estrategias para sobrevivir a la vida sexual. Cómo tratamos de encajar sin seguir las reglas.

—Nosotras no encajamos —dice Alice; sirve café caliente y oscuro.

Le pasa una taza a Twist.

—A eso me refiero. Nunca he seguido una estrategia coherente. ¿Y tú?

—Nunca la he necesitado. Los hombres vienen a nosotras.

—Sí, pero ¿para qué? —De pronto Twist se tambalea. Apenas logra apoyar la taza en la mesa antes de derrumbarse como una muñeca de trapo. Las lágrimas le humedecen la cara—. ¡Alice! ¡Dios mío, Alice!

Alice se arrodilla y le coge la mano. Twist está temblando.

—Estoy tan harta de mí que me da miedo. No puedo sentir nada sin que se vuelva marrón como la mierda. Apenas logro sostenerme. Sólo tengo presente lo desgraciada que soy.

—Te llevaré a terapia —promete Alice—. Necesito mover algunas influencias, y al cuerno con los otros arreglos que haya hecho el David. Estás muy mal, nena.

Twist recobra la compostura un instante.

—Se suponía que era diferente. Mujeres jóvenes y bonitas esperando a que pasaran hombres jóvenes y agradables...

—Chorradas —dice Alice.

—Tantas mujeres consiguen ser bonitas hoy, hay tanta competencia; se quitan la grasa y se alisan el pelo y se reparan la piel; hay tantas mujeres de piel clara y lisa...

Alice no sabe adonde quiere ir a parar, pero no le gusta.

—Hay algunas cosas que esos genios no pueden tocar.

—¿Qué? ¿Nuestra alma? También hacen eso. —Twist se levanta, respira hondo, se inclina hacia delante, apoya la cabeza en la mesa, sobre la oreja, sin usar las manos como almohada. Parece tan tensa y distante que Alice siente un aguijonazo de temor. *¿Estaré cayendo en un pozo igualmente profundo?*—. No me gusta mi alma. Es marrón como la mierda.

El monitor anuncia una llamada. Alice observa a su amiga un instante. Twist se sienta y toma la taza. Bebe sin pausas y mira con calma a Alice.

—Quizá sea un trabajo —le dice.

—Lo dudo —pero Alice le pide al monitor que pase la llamada a su pizarra. No le gusta recibir llamadas abiertas cuando tiene visitas.

Quien llama ha esperado pacientemente. Alice abre la pizarra y mira con vaga alarma una cara que no esperaba ver de nuevo.

—¿Alice Grale? —pregunta la mujer—. ¿La estrella de vid?

Es la policía con quien se cruzó frente al ascensor durante su cita, esa mujer alta y fuerte de piel de caoba.

—Sí —dice Alice.

—Nos conocimos anoche en circunstancias inusitadas. Mi nombre es...

Otra llamada, esta vez urgente, hace que a Alice se le escape el nombre de la mujer. Un signo en la esquina superior de la pantalla le indica que la segunda llamada es de Lisa, de la agencia.

—Esperaba que usted pudiera responder algunas preguntas para Defensa Pública de Seattle.



—Un momento, por favor. Debo... Enseguida estoy con usted. Pone la llamada en espera y atiende a Lisa. Está frenética. Gesticula sin cesar. Tiene la tez pálida, los labios excesivamente rojos, realces oculares aplicados con prisas. Lisa nunca debería enfurecerse. La envejece.

Pero no sólo está furiosa, sino asustada.

—Dios mío, Alice, ¿qué pasó? Han cancelado nuestro pago de anoche y he recibido llamadas de Supervisión de Ciudadanos. ¡El hombre está muerto! ¿Qué demonios pasó?

—Nada. —Alice trata de conservar la calma. Se aleja de la cocina para que Twist no la oiga—. Hice mi trabajo. No fue agradable, Lisa, te lo aseguro...

De pronto comprende.

—¿Muerto? —murmura.

—Defensa Pública ha difundido los detalles hace dos horas. El apartamento está sepultado y corren rumores descabellados.

—¿Quién era, Lisa?

—Se llamaba Terence Crest.

Alice no reconoce el nombre.

—¿Te hizo algo? —pregunta Lisa, buscando información que pueda usar en su propia defensa, en defensa de la agencia—. Para hacerte...

—Estaba vivo cuando me fui —replica Alice—. Tú lo arreglaste, y lile muy extraño. Nunca más me pongas en una situación parecida.

—Era un hombre muy rico e importante, Alice, y no descartan el homicidio. Toda la agencia me está acuciando.

—Ni siquiera sé qué cara tenía. Era un borrón...

—Todo tiene su límite, Alice.

—¡Por Dios, Lisa, tú lo arreglaste y me convenciste! ¡Yo no maté a ese hombre!

Lisa la mira con desdén profesional.

—Habrá que ver qué pasa, primor —dice con voz neutra—. Trata de no asomar las narices y búscate un abogado. No puedo asignarte un abogado de la agencia, no abiertamente. Si los fibs se enteran de tu participación...

Y echa un vistazo a tu cuenta, primor. Sus herederos han cancelado el pago. Lo único que ganamos fue un gran cero.

La llamada termina abruptamente.

Alice se queda en el salón mirando el tenue fulgor de la pantalla, demasiado aturdida para pensar. La agente sigue a la espera. Alice deja la pizarra en la mesa, se vuelve para hablar con Twist, para ver qué está haciendo, se detiene. Recoge la pizarra.

—Lamento haberla hecho esperar —le dice a la agente—. Anoche tuve una cita y nos cruzamos al salir. ¿Qué más puedo decir?

—¿Conocía a su cliente?

—En general, no me dedico a las citas. Mi agencia la concertó. Él no quería que supiera quién era.

—¿Nunca había estado con él, nunca lo había visto?

—Nunca. Como he dicho, no me dedico a las citas.

—Se llamaba Terence Crest. Era un multimillonario muy conocido por aquí. ¿Le conocía antes de la cita?

—Ya le he dicho que no. Él pidió específicamente tenerme a mí, pero no sé nada sobre él. Y no sé cómo se llama usted, no he entendido su nombre.

—Cuarto rango Mary Choy, Defensa Pública de Seattle.

—Bien. Si soy sospechosa, necesito un abogado antes de seguir hablando.

—Sabemos que Crest tenía una grabación vid. Tal vez usted esté en la grabación.

—Claro —rezonga Alice, sonrojándose.

—Y también nosotros, sospecho... los agentes, los médicos. Estamos pidiendo autorización a Supervisión de Ciudadanos y los abogados para reproducir el vid y establecer la secuencia de los hechos. Entiendo su posición, Alice, pero si es inocente, no tendrá problemas.

—Usted debe vivir en otro planeta, Mary Choy. Ni siquiera me pagarán por lo de anoche si los abogados de él se salen con la suya.

—Entiendo.

*No entiendes nada. Te veo muy tranquila, Mary Choy.*

—Me gustaría conocerla —dice la dp—, estando su abogado presente; sólo para atar este cabo suelto. En realidad no me preocupa demasiado el caso, si es un suicidio tal como aparenta. Pero tendrá mucha difusión, sobre todo en las noticias económicas, y quiero que mi departamento pise terreno firme. Alice, espero que su agencia no la desampare.

Alice traga saliva. *Una tía dura que trata de parecer amigable. Aun así, no conviene cerrar ninguna puerta.*

—Déme su dirección y la llamaré después de pensarlo.

—Desde luego.

Mary Choy sonrío. Alice corta la llamada.

Twist sale de la cocina frotándose la cara con un trapo. Alice está inmóvil, los hombros caídos, la cabeza baja, sumida en sus elucubraciones.

—¿No eran buenas noticias? —pregunta Twist.

Alice tiembla, se endereza y trata de volver a ser la que mantiene la compostura de este dúo sombrío. Pero no lo consigue. Niega con la cabeza.

—Bien, sé lo que necesitamos —dice Twist—. Una verdadera fiesta.

—Sin duda conseguiremos algo, ¿verdad?

Alice asiente. Necesita pensar con tranquilidad, consolidar sus defensas ante esta

amenaza. Le ha ido bien tanto tiempo que esto es casi de justicia; esto es la vida real en acción, equilibrando las cuentas.

—Cuando duele, duele —dice—. Pero dije que te conseguiría terapia.

—Estoy mejor. El café ayuda. ¿No es extraño? —Twist, al margen de sus rarezas, siempre ha sido muy empática. Comprende a los demás y sus situaciones, aunque no tiene una visión clara de sí misma—. Esta noche saldremos, ¿vale? Encontraré la fiesta.

Alice suspira y Twist alza los dedos delgados.

—Una diversión moderada, no una juerga desenfadada —dice—. Dignidad, *toujours* dignidad. ¿Sabías que Gene Kelly era de los noventa?

—Murió en los noventa —corrige Alice—. Era de los cuarenta y los cincuenta.

Twist acepta esto con una sonrisa.

—¿Alguna vez lo hiciste con él en simulación de personajes?

—No tengo autorización.

—Yo tampoco. Me gustaría quedarme un rato contigo, si te parece, si no te molesta.

—Será un placer. Necesito compañía.

—Eres una verdadera amiga —dice Twist—. Eso es raro en nuestro oficio, ¿sabes? —Coge la cartera y la ropa y entra en el cuarto de baño para vestirse.

Alice deja de sonreír en cuanto Twist se va de la habitación. Se toca el estómago, lo frota levemente. El esperma permanecerá activo varios días. Lleva los últimos restos vivientes de un hombre muerto.

El consultorio es verde y amarillo, colores destinados a tranquilizar, pero para Jonathan es como el fondo del mar, acuoso y neutro. La doctora es cortés, una mujer menuda de cabello blanco y ondulado y modales directos; ésto, al menos, es un consuelo.

—¿Sabía que su esposa se sometió a terapia sustancial por trastornos de la amígdala a los veinte años? —pregunta la doctora. Le muestra la pizarra para que vea la selección del archivo médico.

—No —dice Jonathan—. Ella me contó... —En realidad nunca le ha contado nada de esos asuntos. Le dio la impresión de que era una natural; no una natural alta, quizá, pero no una terapiada. Pero a los veinte... Eso significa que se sometió a terapia después de conocerlo—. No, no me lo contó.

—Bien, es bastante común. Todavía nos avergonzamos de esas cosas, lo cual es estúpido. —La doctora lo mira directamente—. ¿Qué sabe usted sobre terapia? ¿Alguna vez se ha sometido a alguna?

—No —dice Jonathan—. No porque no lo haya pensado. No tengo prejuicios contra la terapia ni contra los terapiados. No sé por qué no me lo contó.

Aprieta los labios para no aparentar nerviosismo, pero sin duda está nervioso. Chloe está en una sala pasillo abajo, con un empalme especial, no del todo dormida pero sedada.

—Acabamos de recibir los archivos de su esposa. En ese momento pidió terapia para conducta impulsivodestructiva, lo que llamamos antivoluntad. Pensaba que estaba actuando contra el buen juicio de su personalidad consciente.

Jonathan mira a la doctora. La doctora conecta la pizarra a una pantalla mural y proyecta unos diagramas. Las líneas irregulares y las barras de color no significan nada para él.

—Ha sufrido una profunda recaída, algo que definimos como colapso terapéutico. Su terapia ha fallado, y al parecer el fallo ha causado un derrumbe de la función consciente. Algo conocido antiguamente, con bastante acierto, como colapso nervioso.

—¿Qué son «cicatrices alostáticas»? —Jonathan señala la descripción de una línea irregular en el diagrama más grande.

—Las neuronas y los axones se desgastan como cualquier otra parte del cuerpo. Es una de las razones más frecuentes para someterse a terapia. A juzgar por el estado de su esposa, yo diría que ella ha sufrido una habituación y un desgaste de la vía axonal causados por impulsos cíclicos y conductas con las que su personalidad social no se sentía cómoda.

Jonathan asiente, pero no acaba de entenderlo.

—Sus terapeutas originales reencauzaron los impulsos de vía habitual de varias funciones importantes de la personalidad, para evitar las zonas dañadas por la carga alostática. Eso requiere un implante de mantenimiento, monitores terapéuticos, habitualmente microscópicos, para asegurarse de que los impulsos no se reviertan. Es un procedimiento de rutina. Los monitores suelen durar años. En el caso de su esposa, los hizo actualizar hace cuatro años. Pero los monitores más nuevos se han apagado. Algo activó el estrés y su mente regresó a las neurales lesionadas y reavivó los viejos desequilibrios tónicos. Todos de golpe. Debe haber sido muy doloroso.

A Jonathan se le caen las lágrimas.

—Estábamos haciendo el amor —murmura.

No parece que la doctora quiera hacer ningún comentario.

—Chloe actuaba de un modo muy apasionado. Usaba... palabras... pensé que estaba muy excitada. Pero sólo se estaba desmoronando, ¿verdad?

—Lo lamento. No creo que sea posible saberlo. Quizá ni siquiera ella lo sepa. Usted ignoraba lo que sucedía, ¿no es cierto?

—¿Cómo iba a saberlo? —pregunta Jonathan—. ¿Ha sido culpa mía?

—No lo creo. A menos que usted la haya empujado a adoptar una conducta que ella encontraba ofensiva.

Jonathan trata de asimilar esto. Se sonroja.

—Ella ha estado... fría, poco interesada en mí. He tratado que eso cambiara. De ser... mejor. Para ella. He hecho sugerencias. Pero no la he acosado. —Traga saliva.

La doctora calla, sin ofrecerle consuelo. Jonathan comprende que le ha dado una posible explicación de la recaída. ¿Y si recuerda mal su propia conducta, para proteger una conciencia culpable?

La doctora agacha la vista, se encoge de hombros.

—No puedo juzgar una situación doméstica —dice—, pero usted describe una conducta que millones de parejas adoptan todos los días sin consecuencias adversas... No como éstas, quiero decir. —Una expresión de preocupación cruza sus rasgos serenos—. Intuyo que usted querrá culparse por el diagnóstico final, y eso no sería conveniente para su propia salud. No se lo puedo decir oficialmente, pero en este hospital hemos visto muchos casos de recaída recientemente, en toda la gama de terapias, con frecuencia a causa de un fallo en los monitores implantados.

—Recaídas... ¿Quiere decir que los implantes son defectuosos?

—No lo sabemos. Sólo se lo digo para evitar que también usted se hunda. Si el implante hubiera funcionado correctamente, es probable que esto no hubiera ocurrido.

Jonathan siente ácido en la garganta, ardor en la piel.

—¿Fallo del producto o error de procedimiento? —Esto es algo que puede encarar profesionalmente, algo que entiende.

—No lo sabemos. Por favor, no saque conclusiones apresuradas.

Jonathan nota que la doctora está incómoda, y es lógico. Por una parte debe defender su profesión, quizá sus propios actos, y por la otra debe reconocer un problema grave. Jonathan siente, al mismo tiempo, alivio personal y una especie de incrédula furia.

—¿Dónde puedo averiguar más sobre esto? —pregunta.

—Estamos consultando a su terapeuta original —dice la doctora—. Estaría bien empezar por ahí.

### *RAMALES MULTIVÍA.*

**FIB DE ACCESO AMPLIO (TEXTO Y CHAT, CON VID EN VIVO Y AVATARES): THE SPUN SUGAII 5W0IV(Trlsh Hing, MOD de hoy).**

UNO DE MUCHOS (AVATAR GENÉRICO): ¿Alguien puede desenredar esta maraña?

MOD (ROSTRO VID DE FELICIA SOBRE CUERPO DE TIGRE): Claro, ¿por qué no? ¿De dónde eres?

UNO DE MUCHOS: Eso no importa. He entrado anónimamente y lo prefiero así. Alguien tratará de venderme algo. Sólo quería...

MOD: Claro, adelante, di lo que quieras. Es un país libre.

UNO DE MUCHOS: Pues yo opino que no lo es. Te diré cuál es mi queja. Sólo quieren que me sienta a tragarme lo que hacen y pagar por ello. Tratan de hacer fracasar los nuevos puestos fib y canales públicos, y tienen tantos modos de hacer que la gente común pague, limitando el acceso a...

MOD: ¿A qué te refieres, Don Anónimo?

UNO DE MUCHOS: No logro que nadie venga a mi colmena fib y se quede. He trabajado mucho. Creo que es un buen material, también mis amigos, pero no logro que lo reseñen. Yo digo que los peces gordos pagan las reseñas y quieren que fracasen los pececitos como nosotros. ¿Cómo puede un artista ganarse la vida si nadie visita su sitio?

MOD: Así que te sientes discriminado por las grandes compañías que controlan todo lo que vemos y oímos.

UNO DE MUCHOS: Claro. Y no sólo eso... por el Gobierno.

MOD: ¿El Gobierno también está contra ti?

UNO DE MUCHOS: Claro. Todos saben que el Gobierno regula los enlaces fib y nut y que lo controla todo con el poder de su dinero. Dicen que es por el bien común, pero yo sé que no es cierto.

MOD: Así que quieres ganarte la vida mandando tu trabajo por enlace fib y sat pero nadie te da dinero por descargar o probar tus archivos.

UNO DE MUCHOS: No lo suficiente. Y creo que desalientan activamente las repeticiones para tíos insignificantes como yo.

MOD: Te refieres a la gran industria del intratenimiento y al Gobierno.

UNO DE MUCHOS: Sí. Tratan de reservar el flujo para los grandes sitios y enlaces de la industria.

MOD: ¿Por qué no nos mandas tu dirección y vemos si podemos aumentar tu cantidad de visitantes?

UNO DE MUCHOS: Me tomas por tonto. Conozco al público de este sitio. Todos tratarían de hacerme visitar su colmena fib.

MOD: Así son las cosas.

UNO DE MUCHOS: No puedo ganarme la vida si me gasto el dinero en otras colmenas. Uno tiene que comer.

MOD: Todos tenemos que comer, amigo. A lo mejor es que no entiendes cómo funciona. (Por favor, mientras estamos con este sujeto no os sulfuréis hasta el punto de querer carbonizarlo... Ya noto que perdéis la paciencia).

UNO DE MUCHOS: Sólo sé que no funciona.

MOD: Bien, déjame tratar de analizar tu caso. Trabajas en casa. Has estado apartado de todo, salvo de la paga por desempleo, durante varios años. Hace tiempo que no mejoras tu educación... tienes miedo de someterte a terapia de conducta y conseguir un buen impulso laboral... y quizá tu novio/novia no sea tan bonito/a como los actores del Yox. Te gustaría vivir en el Yox y sabes que lo merecen. Pero no puedes pagarte más de diez horas semanales de Yox de segunda, ni siquiera del material más reciente, y pasas el resto del tiempo solo con tu desdichada situación. Esperabas pagarte una actualización con la venta de tu trabajo.

UNO DE MUCHOS: ¿Qué? ¿A ti también te pagan ellos?

MOD: Ojalá, pero no. Espera, aún no he terminado. Hoy llevo yo el timón; mañana puedes solicitar tú el puesto. No tienes aptitudes, aparte de los fibs y demás, que alguien realmente quiera pagar, así que

tu último refugio es la paga por desempleo. Eres un desAfectado, amigo. Súmate a la multitud. Te comprendo de verdad.

UNO DE MUCHOS: Espera, esto es...

MOD: Si no mandas tus datos y tu dirección, ¿cómo verificamos mi análisis? ¿Entras de manera anónima y esperas un discurso racional? Comprobemos si tengo razón. Manda tus datos.

UNO DE MUCHOS: Jódete.

MOD: Ah, más discurso racional. Joder es un acto de amistad, amor y confianza Don Anónimo. Debes pertenecer a la vieja escuela que cree que es dominio, penetración y reducción del otro a una esclavitud servil, y por tanto un término vejatorio. Aunque quizá no debería usar palabras tan altisonantes. Apuesto a que hace mucho que no usas el buscador de acepciones para encontrar una palabra desconocida. Ah, Don Anónimo se ha desconectado. Bien. Está abierto, amigos ¿Alguien tiene un planteamiento interesante?



El restaurante Sea Foam 2 da a las aguas del estrecho, cerca del antiguo y reverenciado mercado de la plaza Pike. Martin baja del taxi, paga sus noventa dólares y camina por el asfalto del viejo camino de Alaska, cariñosamente reconstruido después del colosal terremoto del año 2014, con antiguos Ford Taurus en forma de tortuga y algunos eolito japoneses aparcados aquí y allá como adorno.

Al oeste, el estrecho gris se extiende bajo nubes desperdigadas y deslumbrantes cortinas de luz solar.

Hoy hay muy pocos turistas, pero la fila que aguarda ante el Sea Team 2 ya es larga. El sol se refleja en los racimos de enormes burbujas llenas de líquido que se elevan sobre la ruidosa costa. Grotescos Minores del mar nadan dentro de las burbujas. La mayoría son reales. Algunos son robots, quizá más inteligentes que las criaturas que representan.

—Mi nombre es Burke. Debía reunirme con Dana Carrilund —le dice al *maitre* humano. El hombre es experto en reconocer los nombres de la lista y lo guía bajo los destellos de los racimos de burbujas llenas de agua hasta una mesa junto al ancho ventanal, con vistas al estrecho. Carrilund está esperando. Unas sombras cruzan sobre ella cuando se dan la mano. Martin se sobresalta y mira hacia arriba: un tiburón moteado como un cervatillo gira en su burbuja. Nada con el lomo hacia abajo. ¿Es eso normal?

—Es un placer conocerle por fin —dice Carrilund. Su apariencia es severa (pelo entrecano y corto, rostro cuadrado y sólido) pero tiene unos rasgos agradables. Los brazos que descansan sobre el menú de papel parecen fuertes. Le pregunta si bebe tan temprano.

—No con frecuencia —dice Martin.

—Yo tampoco. Pero aquí tienen un cóctel magnífico. Lo llaman Sea Daisy. ¿Lo probamos para romper el hielo?

Sonríe con simpatía, y Martin asiente.

—Claro —dice—. ¿Por qué no?

Martin conoce a la gente. Se enorgullece de comprender los pormenores de su conducta, y de sacar de esos pormenores impresiones globales con notable acierto. Quizá Dana Carrilund conozca a la gente tan bien como él, aunque de otro modo y con otra finalidad: no para mejorar su salud mental en cuanto tal, sino para adaptarla a esquemas más amplios. Por su parte, delata muy pocas necesidades permitiales, y su conducta es tan estudiada como la de un actor, aunque no necesariamente falsa. No necesariamente.

Carrilund desea impresionar a Martin. Y Martin, en efecto, está impresionado. Parece una mujer muy entera, mentalmente robusta, un dechado de salud física.

Les sirven las copas. Floridas marañas de zumo de fruta congelado y gelatinoso flotan en vodka. El borde de la copa globular está revestido con microcápsulas de sal, azúcar y vinagre, que se disuelven imprevisiblemente contra la lengua. Todo servido muy frío.

Martin lo encuentra delicioso.

—Espero no necesitar todas mis facultades mentales esta mañana —dice.

—Si nos limitamos a un trago, todo irá bien —dice Carrilund Ahora necesito tener una imagen más precisa de Martin Burke, el hombre.

Martin enarca las cejas, yergue histriónicamente la cara, la baja en seguida.

—No tengo mucho que ocultar —dice.

—Ha pasado por épocas difíciles —observa Carrilund—. Por muchos desvíos en el curso de su carrera.

—Es un secreto a voces.

—Sí, y no. Nunca ha sido muy explícito en cuanto a su participación en el caso Goldsmith.

—Ah. —Martin sonrío sombrío—. ¿Con cuánta exhaustividad hablaremos de ello esta mañana?

—Hablaremos de ello de manera amistosa y no demasiado exhaustiva. Me interesa más su participación en el desarrollo de una terapia profunda efectiva. Usted fue un pionero brillante. Causó trastornos que desviaron su carrera. Y ahora es un profesional tranquilo y respetable de miras estrechas.

—Hasta ahora, todo cierto.

—No tiene intenciones de liarse en nada que pueda ocasionarle más contratiempos.

—No si puedo evitarlo.

Carrilund encarga el desayuno, y luego el camarero anota qué quiere Martin. No tarda en olvidar lo que ha pedido; siente una inquietud ya demasiado familiar en su carrera al pensar en otro paseo por la jaula del león. Siempre quiere convencerse de que el riesgo no vale la pena, pero nunca lo consigue.

—Hace tres años usted fue asesor en un proyecto de investigación para un grupo que trabajaba fuera de Washington, la Alianza Mercantil Neofederalista. Están asociados con otro grupo, los Aristos.

—Sí —dice Martin—. Fue un contrato corto. Sólo duró dos semanas.

—Supongo que sus conclusiones son confidenciales.

—No. Sólo querían mi opinión sobre el futuro de una sociedad sin terapia mental profunda. Es una organización muy conservadora.

Carrilund no oculta su rechazo.

—¿Qué pensaba usted de ellos?

—Cortesés y elegantes —dice Martin, sonriendo.

¿Fascistas?

—No. Clasistas y elitistas. Se toman el federalismo en serio.

—También creen en la superioridad genética de las clases adineradas. ¿Estoy en lo cierto?

—Eso he oído.

Carrilund no esconde su disgusto.

—Creen en un Jesús que usa trajelargo y tiene un perfecto plan de inversiones a largo plazo.

—Les di lo que me pedían. Eso fue todo —dice Martin.

Carrilund parece prepararse para una situación desagradable.

—¿Qué les dijo, a grandes rasgos?

Les dije que nuestra sociedad había llegado a un punto en que la terapia es una necesidad. Si eliminamos los efectos de la terapia en la cultura actual, iniciaremos un largo descenso hacia la anarquía.

—¿Por qué?

—Las tensiones que sufren los mejores y más brillantes miembros de los sistemas sociales del mundo funcionan con la precisión de las piezas frágiles de un motor de alta velocidad. Hace un siglo y medio, las tensiones generales crecieron excesivamente. El resultado fue el aumento del número de individuos con desequilibrios tímicos. No locos, necesariamente, sino personas profundamente desgraciadas.

—¿La carga laboral se hizo demasiado pesada?

—No exactamente. Es más difícil de describir... Al parecer las tensiones causaban problemas tímicos de agitación, lo cual quizá no sea una coincidencia. Los equivalentes mentales del codo resentido del jugador de béisbol o la rodilla resentida del ama de casa... a escala descomunal. Sin terapias efectivas al alcance de todos no podríamos soportar la actual economía de flujo de datos.

Carrilund parece interesada en aclarar este punto.

—Cuando dice terapia se refiere usted en concreto a la terapia de tejidos es profunda... equilibrio tímico, corrección pática, sustitución y reparación neuronal. Adaptación químicotrópica y microcirugía psicosocial a nivel neural. Implantación de monitores para ajuste continuo.

—Mentes mejores para un mundo mejor —dice Martin—. Nunca me he avergonzado de mi participación en todo esto.

—No tiene por qué estar avergonzado —se apresura a decir Carrilund—. Usted ha desempeñado un papel protagonista en un logro magnífico. Y últimamente le ha ido muy bien con el diseño de monitores implantados. Es uno de los hombres importantes de una gran industria.

—Gracias.

—Y, como usted dice, una industria necesaria. ¿Qué hizo aquella organización con lo que usted les dijo?

—Se fueron por donde habían venido y no se lo contaron a nadie, supongo —dice Martin—. Hace tiempo que se oponen a la terapia por motivos éticos y religiosos. Están convencidos de la necesidad de error y pecado en el plan de Dios, del libre albedrío. No les di muchos elementos que les resultaran útiles. Ninguna arma política, por así decirlo. —Martin se mira los dedos, entrelazados sobre la mesa. Los separa—. Tuve la impresión de que esperaban que yo les dijera que todo esto era prescindible.

—Entiendo. —Carrilund se lleva el dedo a los labios. No por afectación, juzga Martin, sino porque está reflexionando. Les sirven el desayuno y él come sin prestar atención a la comida. Tiene el mal presentimiento de que la jaula está a pocos pasos.

—Señor Burke, usted sabe que estoy a cargo de la atención sanitaria de catorce millones de empleados del Corredor y la costa sur.

—Sí.

—Está sucediendo algo estadísticamente imposible. —Carrilund sigue comiendo, relajada y cortés, como si se tratara de un desayuno puramente amistoso—. Se trata de una catástrofe mental. La oleada apenas empieza a cobrar fuerza, pero por lo que hemos visto hasta ahora, creo que usted lleva razón en cuanto a las consecuencias. Martin deja de comer y mira el mar, las burbujas llenas de agua suspendidas sobre ellos.

—¿Está libre esta tarde? —pregunta Carrilund.

—Puedo disponer de cierto tiempo —responde Martin. *Y defraudar a algunos pacientes.*

—Necesitamos consejo, obviamente, y tenemos algo que quizás usted deba ver. —La sonrisa de Carrilund es tranquilizadora, positiva. Entonces ¿por qué siente Martin una familiar sensación de pérdida, hundimiento y ahogo?

—Por una vez —medita Martin—, me gustaría estar de parte de los ángeles. —Carrilund no sabe cómo interpretar estas palabras—. No tiene importancia —añade Martin, desescartando lo dicho.

—No, le entiendo —dice ella—. Ésa es nuestra parte, señor Burke.

## ¡MAGAZINE!

### La revista del Yox.

Categoría:

Corriente personalísima.

>ERROR VID/YOX> ::SOLAMENTE TEXTO::  
>MODO INTERACTIVO CERRADO>.

¡Por tu perfil de explorador/cazador sabemos que te encantará esta compilación de Yox (¡más que eso!) con celebridades irreales de esta noche!

¡Es tu oportunidad de participar en grandes entrevistas con simcelebridades Yox! Conoce y saluda a GENE KELLY®'" y TIMOTHY LEARY°'" mientras comentan sus nuevas extravagancias Yox. Conoce y abuchea al presidente de Estados Unidos en Yox simcaricaturesco. ¡MELISSA MISSILE™ dispara sus calientes opiniones políticas en tiempo real!

Y si te sientes platino, ¡raras oportunidades de intimar con simulaciones e irreales nunca ofrecidos por los propietarios de los personajes! ¡No te pierdas este excepcional contacto carnal con celebridades traídas por RESURRECTED™ y NEVERREAL™!

6/

Jack Giffey combate un ataque de convulsiones. Está acostado en la pequeña habitación que ha alquilado de madrugada en un motel de la esquina de Elk y Copper, al otro lado de la ciudad; se cubre el pecho con la manta y se siente como un chiquillo a quien han sorprendido cometiendo una travesura estúpida.

*Un buen padre de familia no haría eso.*

Esa voz interior no procede de parte alguna, nada significa; pero es fría, lo sorprende y provoca en él una calma súbita y plomiza; sus pensamientos se vuelven lustrosos y lisos como silicio impermeable. Esa voz forma parte de un sueño, oye decir a otra más familiar, la suya. No escuches a ese hombre.

—Caray —murmura Giffey. La sensación se disipa. Ahora que han cesado las convulsiones y las voces ya no rivalizan, Giffey cierra los ojos para saborear una penumbra indiferenciada, jirones desperdigados de recuerdos y sueños. Luego, con profundas inhalaciones, olvida las recriminaciones y sigue con el plan de la jornada.

Hay poco tiempo que perder. A la una de la tarde se reunirá con el resto del equipo y con el jefe. Mañana a las seis de la tarde deberían estar dentro...

Muchas cosas pueden salir mal, pero Giffey piensa que los constructores de Omphalos, como la mayoría de los faraones, son arrogantes por naturaleza. Para ellos la apariencia de poder es el poder mismo, sobre todo en un mundo que tanto desprecian. La arrogancia crece dentro de la armadura hasta agrietarla.

Se viste, toma algo en la pequeña, tranquila y raída cafetería del motel, sin mirar a nadie, y recoge sus maletas en la habitación antes de marcharse. Hace frío y el cielo está despejado. Mañana llegará un frente de tormenta. Se prevé nieve para las siete de la noche. Quizá puedan aprovechar esa circunstancia.

El almacén del este de la ciudad tiene por lo menos setenta años. Es una reliquia con vigas de acero y láminas de acero corrugado. Dentro debe hacer más frío que en una nevera.

Giffey se acerca a la entrada de la oficina, bolsa en mano. No viene de ninguna parte, como si no tuviera pasado ni identidad; todo comienza aquí. Está lúcido y concentrado. Aprieta el antiguo timbre eléctrico.

Treinta segundos después la puerta se abre. Aparece una mujer que él nunca ha visto. Tez pálida, cabello castaño corto y rizado, ojos marrones y suspicaces. Lleva una camisa a cuadros, pantalones militares verdes, un grueso brazalete de bronce en una muñeca.

—¿Quién es usted? —pregunta protegida por la puerta.

—Giffey. Jack Giffey.

Ella retrocede para abrir con un chirrido. El interior de la oficina es pequeño y polvoriento. Un antiguo calefactor chasquea contra una pared; el aire resulta seco y caliente en contraste con el frío de fuera.

Un maltrecho escritorio de metal ocupa un rincón junto a un archivador color masilla. Hay un immaculado fregadero con los tubos al descubierto en el rincón opuesto, y una antigua Mr. Espresso eléctrica descansa en un estante de madera. Junto al fregadero hay una nevera Manca y un horno microondas sobre un banco

portátil.

—Hally Preston —se presenta la mujer—. Amiga de Hale.

Giffey no conoce ese nombre, probablemente es falso. Se pregunta si se refiere a Nathan Hale.

Con los pantalones ceñidos, la cazadora y el cabello corto y peinado de lado, Preston tiene un aspecto un tanto masculino. Su cara es delgada y neutra, de labios finos.

—Veamos a los demás —dice, y abre la siguiente puerta.

Giffey entra en el almacén propiamente dicho. Está lleno de restos de antiguos aviones que parecen libélulas gigantes y resacas. Hay desconsolados *arbeiters* de salvamento junto a montones de chatarra, pero ninguno parece funcionar.

Preston lo guía hacia la chatarra. Entre los montones han despejado un pequeño espacio, suficiente para un diván, cuatro sillas desvencijadas y una pizarra blanca. Hay cinco hombres, tres sentados y dos de pie: uno de ellos es Jenner, el ex soldado. Lo saluda.

—La mercancía está aquí —le anuncia a Giffey con orgullo—. Todo está entregado. Lo he revisado y parece estar bien. —Su cuero cabelludo se agita como una oruga cansada. Aparte de eso, parece tranquilo y satisfecho consigo mismo.

El aliento de Giffey forma una nube. Conoce a dos de los otros por las fotos. Preston hace las presentaciones.

—Jack Giffey —dice a los demás.

Uno de los que están sentados, un hombre robusto de pelo negro con la barba pulcramente recortada, se pone de pie y se adelanta tendiéndole la mano.

—Soy Hale —dice. Giffey lo conoce como Terkes. Tiene un aire británico, quizás irlandés, pero Hale/Terkes es un experto en armamento nacido en Ucrania, ciudadano naturalizado desde hace veinte años, con acento marcadamente norteamericano. Ha participado en fraudes de cable y fib, contrabando de nano industrial y compuestos de construcción a La Española, venta de *infernadores* a los selectores de California. Aunque en ocasiones trabaja con los malos, Hale tiene un aire inocente y jovial.

—Soy Kim Lou Park —dice un hombre oriental a quien Giffey conoce como Evan Chung. Park/Chung no tiene pasado; en los archivos es tan virginal como un recién nacido. Lo poco que Giffey sabe de él es contradictorio. Lleva un largo bigote y el pelo cortado en casquete, con un flequillo sobre la nuca.

Park cree que reclutó a Giffey en St. Louis, la primavera pasada. De hecho, Park está muy abajo en la cadena. Se han visto sólo dos veces. No obstante, Park es un experto; sin duda sabe más sobre los demás que ellos sobre sí mismos, aunque sabe muy poco sobre Giffey, muy poco que sea cierto.

—Giffey y Jenner son nuestros proveedores de material —dice Park—. Giffey también es nuestra principal fuente de información acerca del objetivo.

Giffey mira a los dos hombres que no conoce, y Preston se los presenta.

—Pent y Pickwenn —dice—. Expertos en arquitectura, especializados en colarse en los sitios, o, si es necesario, en escapar de ellos.

—Sonríe. Pent y Pickwenn son hombres de casi cuarenta años, con expresión profesional y aburrida. Pent es moreno, sangre polinesia, casi lampiño. Pickwenn es pálido y fantasmal, con grandes ojos de lémur y dedos delgados y elegantes.

—Hace diez años que trabajamos juntos —murmura Pickwenn. Pent asiente. No le ofrecen la mano; Giffey lo prefiere así. Pickwenn parece tener un apretón frío y húmedo.

Hale se planta frente a los demás. Nadie mira alrededor. Todos fijan los ojos en él.

—De acuerdo, aquí estamos —dice Hale—. Todos juntos por primera vez. Éste es nuestro equipo. Pasemos a los planes. —Habla con el ritmo de un predicador o un buen cantante. Su voz es grave y aterciopelada.

—He establecido los contactos pertinentes. Entraremos en Omphalos como un grupo de clientes potenciales. Usaremos la puerta lateral, no la de los turistas, sino la entrada VIP. Hally Preston se adelanta.

—Planeamos llegar en limusina mañana a las tres. Somos un grupo de ricachones excéntricos que viajan con identidad falsa.

Hale ha elaborado los detalles.

*Robert*, piensa Giffey. Tal vez ni siquiera haya oído hablar de Nathan Hale.

—Giffey, ayer recibimos una entrega importante —dice Hale—, Jenner llegó con ella. Hemos gastado bastante pasta. Está en la parte trasera del almacén. Entiendo que es la mercancía que esperábamos, y quisiera información sobre ella.

—De acuerdo —dice Giffey—. Puedo echarle un vistazo para ver en qué estado está.

—Todo está bien —asegura Jenner con una sonrisa tranquilizadora.

—Sin duda, pero soy cauto hasta la obsesión. —Giffey sonríe a su vez. Jenner no se ofende; respeta a los superiores obsesionados por la cautela. En el ejército lo entrenaron para ello.

—Me gustaría saber más sobre el interior de Omphalos —dice Hale. Hemos repartido el material que recibimos la semana pasada, pero supongo que has retenido alguna información, obsesionado como estás por la cautela.

Giffey asiente y sonríe de nuevo.

A Hale le gusta ser el centro de atención. Camina hacia la pizarra.

Como un general, con los brazos cruzados a la espalda.

—Tenemos una cita con una representante de ventas a distancia llamada Lacey Ray. Ella no asistirá en persona. No hay gente en Omphalos. Es todo automático, ¿verdad?

Giffey asiente.



—Tenemos códigos de identidad y recomendaciones. El riesgo es mínimo hasta que estemos dentro. Luego supongo que estaremos expuestos a lo que Omphalos tenga que ofrecer. Bien, Giffey, ¿qué tiene que ofrecernos?

Hale está tanteando, pero Giffey no cree que le guste lo que les dirá.

—Cuatro, quizá cinco *arbeiters* de combate, tal vez un pensante para dirigirlos. — Se sienta en una silla de metal. No puede confirmar lo que acaba de decir. Sólo sabe que se enviaron órdenes a proveedores ilegales pidiendo estos instrumentos de defensa. Nadie sabe si han sido entregados.

Hale reacciona con calma durante tres segundos, después maldice entre dientes.

—¿*Arbeiters* de combate?

—Clase Insecto o Hurón. No estoy seguro en cuanto al pensante, pero es una conjetura. —Una esperanza.

—¿Sabes desactivarlos?

—Sí —dice Giffey—. Con nuestro equipo, ofrezco de un sesenta a un ochenta por ciento de garantías.

Hale maldice una vez más.

—Pudiste avisarnos antes.

—¿Por qué? —pregunta Giffey—. Son sólo máquinas, aunque inteligentes. No sé cómo están programadas, ni si tienen autorización para matar. Quizá nos laman como perros falderos.

Hale frunce el ceño y se le marca entre las cejas una arruga profunda.

—¿Dónde conseguirían *arbeiters* de combate?

—¿Dónde se consigue todo? —pregunta Giffey—. Nosotros hemos llegado mucho más lejos en lo que atañe a armas ilegales. Los herederos de Raphkind dejaron muchas cuñas en muchas puertas del Gobierno. Incluso en puertas militares.

—Demonios, si no es más que una estúpida tumba —murmuró Hale. Su bravata no es muy elocuente, y no oculta muy bien su preocupación. A pesar de su histrionismo, no es precisamente un general ¿por qué traer a los perros del infierno para custodiarla?

—Me disgustaría que esto fuera motivo de desaliento —dice Giffey. No sabe si le cae simpático a este hombre o si confía en él.

—No —dice Hale reflexivamente—. ¿Crees que no están configurados para matar?

—Es una posibilidad. Como has dicho, es sólo una tumba. Además, los *arbeiters* de combate no son más que máquinas —insiste Giffey—. Francamente, tendremos los medios para neutralizarlas.

—Ojalá sea así —dice Hale, e implícitamente responsabiliza a Giffey de cualquier fracaso.

—¿Has oído hablar de Nathan Hale? —pregunta Giffey.

Hale piensa un momento.

—No —dice al fin—. ¿Él diseñó estos Insectos y Hurones?

—Yo lo he oído nombrar —dice Hally Preston—. Un antiguo patriota. Giffey le dedica una sonrisa de oreja a oreja.

—He aquí más detalles sobre Omphalos —dice. Camina hacia la pizarra, destapa un rotulador negro y empieza a dibujar—. Hay por lo menos cuarenta niveles del subsuelo al ático. Es un edificio enorme y quizás aún no esté terminado. Todavía reciben nano arquitectónico. Las entregas son irregulares. Quizá tengan problemas financieros..., quizá les falten clientes. Eso explicaría por qué buscan contactos con gente sobre la cual no saben demasiado.

Hale asiente. Pent y Pickwenn acercan las sillas. Jenner se cruza de brazos y examina el boceto de Giffey. Por ahora es sólo un croquis tic perfil, un triángulo recto.

—Esta entrada lateral, la entrada VIP, como la llama Hale, es también una entrada de servicio. Los turistas pagan, así que los constructores no quieren interrumpir las visitas en los días en que reciben sus cargamentos de material.

¿Sabemos más sobre los dueños? —pregunta Preston—. No mucho más que antes. Un club de socios que se hace llamar Grupo Omphalos, con afiliados internacionales. Financiación descocida, reglas desconocidas. Estructurado como una red de seguros de inversión.

—Esquema piramidal —murmura Pickwenn.

—Sí —dice Giffey—. Hay cierta conexión con un club social políticamente activo en los últimos quince años, los Aristos, relacionados a su vez con los neofederalistas. La pertenencia a Aristos parece basarse en el hecho de ser naturales, aterapiados, y en aportaciones económicas o de otro tipo. Lo mismo vale para el Grupo Omphalos. Supongo que, si cumplimos con sus requisitos, nos lo harán saber.

—Que no cuenten conmigo —dice jovialmente Jenner—. Sólo soy un deficiente mental.

—No me sentiré mal al arrebatarnos sus fraudulentas ganancias gruñe Hale.

—Y no son pobres —dice Giffey—. Este Omphalos costó ocho mil millones de dólares, y hay cinco más en construcción en todo el mundo. El de aquí es el primero y el más terminado.

—¿La construcción es sólida? —pregunta Pent.

—Puede durar siglos —dice Giffey—. La capa externa y algunas paredes internas son de hormigón de carbono reforzado con nanotubos, con una superficie de cerámica reflectora. Refleja el cien por cien de la radiación. Hay algunos adornos de oro labrado, pero no son funcionales. La estructura es de nanotubo de mallas, en algunos sitios de un metro de espesor, que dispersa las tensiones. Las estructuras de aceto internas soportan láminas de flexfuller y hormigón, con amortiguadores de choques,

cuatro por cada piso. Todo el edificio descansa sobre flexfuller hipertenso de amortiguación. He oído que las fibras de carbono —nanotubos, moléculas enlazadas, etcétera— están configuradas para ser conductivas y que todo el recubrimiento es sensible. La estructura también se puede utilizar para almacenamiento de datos.

Picken y Pent meditan esto.

—Es más sólido que las pirámides de Egipto —dice Pent.

—¿Cuántos cuerpos contiene? —pregunta Hale.

—Por lo que averigüé al principio, hasta ahora han depositado un centenar: noventa cadaverículos, cinco cadáveres reales y cinco en sueldo tibio. No dispongo de más información.

—¿Gente rica? —pregunta Hale.

—Presuntamente. Miembros calificados, al menos.

Hale gruñe de nuevo.

—Volvamos a la estructura.

—Desde luego. —Giffey bosqueja tres pozos de ventilación—, tenemos siete ascensores. Cinco pueden ser útiles, o no. Supongo que activaremos alarmas, y estos cinco, los más grandes y lujosos, están bajo control del edificio.

—El pensante —dice Preston.

—Supondremos eso por ahora. Pero hay dos pozos reservados para los ascensores de emergencia. Tienen su propio suministro energético, células de combustible, y están aislados de todo control externo, incluso el del propio edificio, para evitar atascos en caso de emergencia. Son los comunes en cualquier edificio importante de flujo de datos. Estos ascensores van a ser nuestro acceso a los pisos inferiores del edificio, pero el más próximo está a cincuenta metros de la entrada VII.

—Necesitaremos algo para transportar nuestro botín —dice Hale.

—Exacto. Lo he tenido en cuenta. —Giffey dibuja un camino desde la vista lateral, bosqueja una elevación y muestra los recodos del piso principal—. La salida de los ascensores de emergencia está bajo el nivel del suelo. Han sido diseñados para llevar pasajeros a un túnel situado bajo la avenida Republic, con una salida a un kilómetro. Son nuestra vía de escape. He pedido un vehículo blindado. —Giffey clava el rotulador en la salida de su tosco mapa—. Debería estar aparcado aquí.

—¿Entraremos todos? —pregunta Jenner, mirando en torno.

—Todos menos Park —dice Preston—. Él conducirá el camión.

Jenner sonríe.

—Yo estoy preparado —dice; estira los brazos. Giffey observa el cuero cabelludo del joven, aparta la mirada. Pickwenn y Pent se acercan a la pizarra y estudian el boceto.

—No tendremos un plano detallado, ¿verdad? —pregunta Pickwenn, humedeciéndose los labios oscuros con una lengua rosada.

—Lo lamento, no —dice Giffey—. Suponemos que los hibernáculos están por encima del quinto piso.

—¿Y los ascensores de emergencia también llegan a esos pisos? —pregunta Pent.

—Es posible que uno lo haga —responde Giffey—. Si no, tendremos que utilizar un ascensor principal.

—¿Cómo? —pregunta Pickwenn—. El pensante los gobierna, y para entonces ya estará al corriente de nuestra presencia.

—Vamos a ver el material —sugiere Jenner—. Giffey, estas personas no saben de lo que somos capaces. Se tranquilizarán en cuanto se lo expliquemos.

Buena idea —dice Hale—. Ahora sólo parece un montón de toneles y de cajas.

Se reúnen al fondo del almacén, alrededor de un palé cuadrado de uno cincuenta de lado, colocado en el suelo de hormigón, en un rincón vacío. El palé está cubierto de plástico reflectante, anónimo, sin marcas. Algunas rasgaduras demuestran que Jenner ha estado fisgando el contenido.

—Ábrelo —le ordena Giffey. El joven desenvaina un cuchillo y se pone manos a la obra. Corta el plástico y lo aparta; deja al descubierto cuatro bidones de nano grado militar y dos de nano de artillería. Pasta militar completa.

Pacientemente, Giffey explica para qué sirven. Pent y Pickwenn escuchan atentamente. Jenner asiente con entusiasmo. Giffey mira de soslayo a Preston, observando su expresión. De todos los presentes, ella parece la más inteligente, la más tranquila; se pregunta por qué Hale está al mando y no ella. Hale, después de causarle una buena impresión inicial le ha defraudado un poco. Hay algo en los gestos, en las preguntas de ese hombre... preguntas no muy perspicaces.

Preston es nerviosa, está atenta. *Buena chica*, piensa Giffey. Esto no será fácil. *Es probable que la mayoría de nosotros no veamos ese túnel*. Jenner extrae una sonda de plástico, desenrosca la tapa del primer bidón de nano militar, hunde la sonda. Pasa al segundo bidón, probando el nano. Un leve olor de levadura y yodo invade el lugar. *El nano grado militar es una bestia viviente de otro mundo. Tolera nuestra atmósfera, nuestro mundo, pero está siempre hambriento*. Giffey trata de recordar quién le dijo eso, y cuándo; pero el recuerdo no acude rápidamente y pronto deja de intentarlo.

—Está activo y preparado —informa Jenner.

—Veamos —dice Hale—. ¿Cómo actúa esa cosa?

Jenner se lo explica de buen grado. Adopta un tono de experto militar, tenso y preciso.

—El nano grado militar es una sustancia viviente diseñada para medrar en un entorno de combate, en concreto un campo de batalla de alta tecnología. Se le suministra metal, flexfuller, sustancias orgánicas, plásticos, cualquier cosa menos

vidrio u oro. Absorbe nitrógeno y  $\text{CO}_2$  del aire, en grandes cantidades si escasea la materia orgánica. Se cruza de brazos, muy en su papel. —En el edificio hay una unidad de cafetería. Lo mejor sería soltarlo allí.

—¿Materia orgánica? —pregunta Preston.

Giffey había omitido deliberadamente el asunto.

—Está diseñado para absorber y reciclar víctimas del campo de batalla — murmura Giffey—. Sean o no mecánicas.

—Dios —dice Kim Lou Park con una mueca.

—Lo verteremos sobre los faraones —dice Jenner, hundiendo el dedo en el aire.

—Los trataremos con guantes de seda, en realidad —dice Hale, Es algo con lo cual no contábamos. Nos convendrá usarlos de escudo, como rehenes.

Es la primera cosa inteligente que Giffey le oye decir a Hale.

—¿Cómo descargaremos el material? —pregunta Pickwenn.

—Pasaremos por la entrada VIP, atravesando el blindaje y la seguridad externa, con la limusina —dice Hale, sonriendo—. Eso es lo bonito. Estos tíos no son tan listos como creíamos.

Giffey no opina. La organización parece mucho mejor de lo que esperaba, un asunto fácil.

Pero recuerda claramente lo fácil del asunto de la noche anterior.

### *CORRIENTE DIVINA I.*

#### **EL NOTIFIB MULTIVÍA CRISTIANO.**

#### **ÚLTIMAS NOTICIAS: SATÁN EN MARCHA, edición 216.**

Abortos execrables motivados por razones de sexo han conducido a la muerte de 300000000 (¡trescientos millones!) de niñas nonatas en la India y China. ¡Satán ríe! Decenas de millones de hombres chinos e indios no pueden hallar esposa ¡Satán está preparado para el próximo paso! Los Gobiernos de la India y China del Sur, e incluso del Enclave Norte de China, han cedido a la enorme presión pública y obligan a diez millones de adultos y adolescentes varones por año a someterse a transformaciones de cambio de sexo para convertirse en MUJERES. ¡EL PECADO DEL ASESINATO ENGENDRA UN PECADO AÚN MAYOR!

Al mismo tiempo, la demanda de ese difundido e infernal pecado llamado pornografía (los sudores nocturnos del mismísimo Onán) es mayor en la India y China que en el resto del mundo. El material pornográfico producido en Occidente, y ahora en el Oriente, representa un tercio de todas las compras de la India y China. La prostitución siempre ha prosperado en la India, y ahora va en aumento

en toda Asia, pero la perversa combinación de robots y pornografía ha MULTIPLICADO POR DIEZ LA PROSTITUCIÓN, la utilización de sustitutos robóticos sexuales. Estas prostitutas, también conocidas como ramerobots y sexbeaters, se fabricaban en Japón y Tailandia. Hace más de veinte años que satánicas tentadoras sexuales mecánicas invaden nuestras costas y corrompen a nuestra juventud.

SODOMA Y GOMORRA ERAN MINUCIAS. ¿Alguien puede negar que el fin se aproxima? LA PROFECÍA BÍBLICA SEÑALA EL AUTÉNTICO FINAL DE LOS TIEMPOS. SATÁN NOS ENGAÑÓ EN EL AÑO 2000 Y DE NUEVO EN 2048.

¡JESÚS CORRE HACIA NOSOTROS COMO UN FERROZ LEÓN, UN COMETA VENGAOOR EMPAPADO EN GASOLINA!

APRIETA ESTE BOTÓN PARA HACER UNA APORTACIÓN INSTANTÁNEA DEL FONDO DE DESEMPLEO DE TU GOBIERNO. SÓLO LOS GENEROSOS SE REIRÁN CUANDO LA IRA DE DIOS DEVORE EL MUNDO. ¡VEN A GREEN IDAHO, LA ÚLTIMA HUELLA DE DIOS EN LA TIERRA!

Jonathan entra en la sala de hospital donde está su esposa. Las cortinas azules que rodean la cama ondean movidas por una brisa con aroma de pinar. Hay otros cinco pacientes en este bloque, pero no oye a ninguno; ni conversaciones, ni toses ni quejidos. Chloe también está en silencio. Ha desayunado y mira el vacío con feroz determinación. Su cuerpo tiene nuevos monitores dirigidos desde fuera en vez de operar autónomamente. Están tratando de hallar una explicación para el estado en que se encuentra. La sonda receptora cuelga de una grúa estrecha en el techo y un cable va del receptor a un foco plateado que Chloe lleva detrás de la oreja izquierda. Es un empalme grado médico, comprende Jonathan. Y quizás esté alimentando sus impulsos de tranquilidad. Aun con los ojos abiertos, puede que Chloe esté dormida.

Casi teme la posibilidad de que esté despierta. Entrar en su habitación es como presentarse ante un juez. Siempre ha sido muy sensible a las críticas, especialmente a las de Chloe; siempre ha tenido mucho cuidado de no hacer nada que pudiera provocar su furia.

Al parecer ella no le ve.

—Hola —murmura Jonathan—. ¿Cómo estás?

—Como el demonio —ruge Chloe. La cara se le contrae y se le marcan arrugas en las comisuras de los labios. Así parece mucho más vieja como la bruja de un viejo vid de Disney; dura, asexuada, furibunda.

—He hablado con la doctora. No sabe bien lo que te ha pasado.

—¿No lo sabe? —pregunta Chloe de mal humor.

—Nadie lo sabe. Por lo visto está ocurriendo algo.

—Bien, Jonathan. Tú nunca te culpabilices.

Jonathan detiene su andar lento y cauto a un paso de la cama. Chloe no está bien, se dice. Su colapso dejará un rastro. No permitirá que lo convierta en la víctima de ese afecto descentrado.

—Muchas personas están enfermando —dice Jonathan con voz áspera—. Nadie sabe por qué.

—Estoy sana como un caballo. Es mi alma la que está por los suelos.

—Sé que es doloroso —susurra Jonathan. Se dispone a dar un último paso para aproximarse a la cama, pero ella mueve la cabeza y lo mira con los ojos vidriosos y la expresión de madera de un títere.

—Maldito seas.

Jonathan se detiene. La boca se le ablanda y la lengua parece llenarle el paladar seco. Entorna los ojos y apenas ve más allá de una turbia pátina de lágrimas.

—Me has presionado desde que tuvimos a Hiram y me siento mal por eso.

Él se queda sin habla. Se dice que Chloe no se siente bien, que la mujer que él

ama, la madre de sus hijos, con quien ha dormido casi ocho mil veces y ha hecho el amor por lo menos dos mil, no usaría estas palabras, este tono. Chloe se ha transformado en otra persona y esa persona desaparecerá pronto.

—¿Qué? —pregunta ella, rompiendo un silencio de medio minuto—. ¿Por qué estás aquí?

—Espero que pronto te sientas mejor. —Jonathan mira en torno buscando un botón, un cordel para pedir ayuda humana, para no decir nada, pero no puede contenerse. Hace calor en la habitación—. Te sometiste a terapia después de conocernos, pero nunca me lo contaste.

—¿Por qué iba a contártelo?

—¿Por qué necesitabas terapia?

—Porque seguía deseando a los hombres, a muchos hombres, y ellos me seguían lastimando —dice Chloe—. Un exceso de deseo. ¿Para qué quiero volver a sentir deseo?

Él ve una silla y va hacia ella, se sienta antes que se le aflojen las rodillas.

Quiere irse, dejar que los profesionales la traten, pero se siente culpable por esperar algo de una madre, la madre de sus hijos, y sabe que merece este justo castigo.

Pero no es eso lo que le dice.

—Nunca te ha gustado perder el control.

—Mira adonde me ha llevado. —Chloe señala la cama, las cortinas.

—Siempre he creído que somos iguales, que podemos actuar libremente el uno con el otro... No sabía que te haría daño.

Ella lo mira con despecho, y para Jonathan esa mirada encarna todas las miradas de reprobación que le han dirigido las mujeres, desde su madre decepcionada hasta esa novia que se despidió diciéndole que él no era para ella. *Rabiadesdén.*

Acerca la silla. Ella se mueve en la cama.

—Escucha, por favor —dice Jonathan—. Me iré pronto. Hiram y Penélope quieren verte.

—Oh, Dios. Hiram. Él vio lo que me hacías.

—No me hagas esto —dice Jonathan, tratando de dominar la situación—. Escucha, Chloe. Esto es importante. Lo que sientes ahora no es real. Has sufrido un colapso tímico. Toda tu terapia ya no es efectiva. No creo que haya sido yo el responsable, pero si lo fui, debemos tomar nuestras decisiones cuando salgas del hospital, no ahora. Necesitas tiempo para descansar y recuperarte y dejar que los médicos arreglen las cosas. Me han dicho que no tardarán más de una semana, pero el hospital está bastante colapsado. Es posible que los expertos no te visiten de inmediato. Y yo sólo quiero lo mejor para ti. Si es necesario, te sacaré de aquí y yo mismo encontraré un especialista. El mejor. —Traga saliva y trata de humedecerse la



lengua, pero es inútil—. No regresaré si no quieres... hasta que te sientas mejor.

—Acabo de despertarme, eso es todo.

Jonathan respira profundamente. Intelectualmente sabe que no debería sentirse furioso por estas palabras porque no reflejan realmente a la mujer que es su esposa. Pero no puede dejar de pensar en una babosa cubierta de sal, agonizando bajo el sol estival. Sin amor, sin semi, apartado de las alegrías de este mundo, es un hombre muerto.

Ella cierra los ojos.

—Necesito descansar —dice.

Él se pone de pie, se da la vuelta, entreabre la cortina. En el pasillo mira las curvas de la tela azul bajo el tenue fulgor del techo; no puede respirar. Carraspea para aclararse la garganta y se le caen las lágrimas. Parece un perro con las cuerdas vocales cortadas. Gracias a Dios nadie lo ve. Se enjuga los ojos, deja de jadear.

En la sala de visitas, Hiram y Penélope están pálidos y serios, sentados con las manos entrelazadas entre las rodillas, como si posaran para una foto. Hiram mira a Jonathan.

—Vuestra madre no se encuentra muy bien. Está un poco deprimida —les cuenta él.

Sus hijos lo miran como si no lo entendieran. Tal vez sólo son amables.

—Me gustaría verla —dice Penélope—. Necesitamos hablarle.

—Está descansando.

—Esperaremos, padre —dice Penélope, y desvía los ojos.

Jonathan asiente.

—Ahora tengo que irme. Regresaré más tarde.

—De acuerdo —conviene Penélope.

Hiram se niega a mirarlo.

Jonathan les besa la cabeza y se va. El edificio del hospital es sofocante, hermético.

Al aire libre, bajo nubes luminosas y retazos de cielo azul, Jonathan no se siente mejor. Pide un autobús y espera, tieso y dolorido, en la parada cubierta. Debe caminar con cuidado. Se siente desnudo y vulnerable.

Su cordura depende ahora del plan de caminar sin lastimarse entre estrechas paredes de ortigas.

### *PARADISO.*

JUGADORES: 25600.

OBJETIVOS: Heterodoxos, definidos por las circunstancias.

ESTATUS: Ahora estás en el Espacio 2. Tu avatar/rostro es Máscara

## 1. Grabando.

COMPAÑERO: Nombre y estatus desconocido. También enmascarado.

TÚ: Ojalá hubiera un modo de explicarte... una sensación de paz perfecta, de pertenencia, de saber dónde estás y qué se espera de ti.

COMPAÑERO: Ojalá conociera esa sensación.

TÚ: ¡Pero puedes conocerla! Puedes unirme a nuestro grupo de terapia espiritual. Tendremos una multivía de chat dentro de quince minutos en el espacio 98.

COMPAÑERO: Ya he pasado por todo esto. He estado en chats con docenas de personas fervientes que toman partido contra mí, y les hago preguntas difíciles y todos se desdicen. Sólo se engañan a sí mismos.

TÚ: Pero no eres justo. Tienes que abrir el corazón y escuchar. Dios hablará en tu interior.

COMPAÑERO: Claro. ¿Acaso habla dentro de ti? ¿Continuamente? ¿Con toda claridad? ¿Se asegura de que no cometas ningún pecado?

TÚ: No, no habla dentro de mí continuamente. Me permite elegir por mi cuenta, y a veces elijo mal.

COMPAÑERO: Bien, tú pareces mejor que esos otros. ¿Eres hombre o mujer?

TÚ: Atengámonos al asunto que nos ocupa.

COMPAÑERO: Bien, el asunto que nos ocupa es que estoy abierto a Dios, de veras. Me gustaría que me hablara y me mostrara adónde ir. Pero estoy harto de esperar. Odio tener que jugar a un juego desconocido para lograr que me hable. Es realmente cruel. Estoy aquí. Necesito su ayuda. No soy negativo ni me cierro. ¡Pero no oigo nada!

TÚ: Tal vez debas escuchar con más atención.

COMPAÑERO: ¡Estoy escuchando! ¿Qué crees que hago aquí? Vuelvo una y otra vez en busca de respuestas y Dios nunca habla conmigo.

TÚ: Quizá necesite una señal tuya. Algo que pueda usar para entrar en ti.

COMPAÑERO: ¿Qué? ¿Debo cambiar mi conducta tan sólo para que me hable? ¡Yo lo necesito a él para que me diga cómo modificar mi conducta! ¡Necesito orientación! Este dolor es peor cada día. Hace años creí que había terminado, pero mi es así. ¡Necesito que él me ayude!

TÚ: ¡Pero eres tú quien debe ir a Él! Detecto en ti una gran

hostilidad hacia Él, hacia lo que Él hace.

COMPAÑERO: ¡NO SOY HOSTIL! ESTOY COMPUNGIDO Y NECESITADO, Y ÉL NO ME HABLA.

TÚ: ¿Te imaginas a cuántas personas debe ayudar Dios todos los días? Quizás ninguna estén más necesitadas que tú.

COMPAÑERO: Dios es todopoderoso. Si no me habla, es porque me odia y piensa que soy indigno, o no existe, y tú y todos los cristianos estáis mintiendo.

TÚ: Quizá no estés preparado...

INTERRUPCIÓN DE ESTADO: Tu compañero se ha ido de Paradiso. No has logrado obtener un converso. Tu tiempo gratuito en esta zona no ha sido ampliado. Por favor, inténtalo de nuevo.

Mary Choy conoce el centro de Defensa Pública y todos sus olores y sonidos y les presta poca atención; pero un área destaca: en la esquina de la ancha sala de despacho, tras un escudo gris que evita los reflejos de la intensa luz del sol que se derrama por el cristal de la pared este, un diagrama de respuesta médica ha pasado al rojo en suicidios. Un capitán y dos agentes de Ronda Social miran la pantalla, anonadados. Mary se les acerca; Nussbaum aún no está en su oficina, ni llegará hasta dentro de cinco minutos, así que tiene tiempo de compartir su desconcierto.

—Ha ido al norte por Snohomish, Seattle Oeste, Corredor Este, Corredor Central —dice el capitán de Ronda Social, a la oficina del gobernador de Olympia, por pizarra—. Tenemos estadísticas entrantes de hospitales y médicos in situ. Están totalmente en rojo, lo peor que he visto jamás.

—Aquí tenemos informes de todo el estado. —La respuesta de la subsecretaria social es audible para todos los presentes—. En estas dos semanas se han producido ochocientos noventa suicidios. Eso representa un aumento de más del setecientos por ciento.

—Es una catástrofe —murmura el segundo del capitán, y se vuelve hacia Choy con aire defensivo—. ¿Visitando a los pobres?

—No creo que culpen a Social de esto —dice Mary.

—¿No? —No cabe duda de que el hombre está que muere—. Las cifras no nos favorecen. ¿Y por qué no lo sabíamos? ¿Qué será de nosotros cuando el alcalde y el gobernador consulten su infolínea?

—Lo lamento —dice Mary.

—¿Alguna pista de División Criminal? —pregunta el tercero, el menor del grupo. División Criminal es territorio de Nussbaum, y ahora de ella.

—No en mi turno —dice Mary.

—Entonces déjanos para que suframos —protesta el segundo, y Mary se va; se ha entrometido y están quisquillosos. Será mejor sintonizar la misma línea en la oficina de Nussbaum; a él no le importará y ella tiene hambre de datos y tendencias, por incomprensibles que resulten. Aún no ha sintonizado el diagrama de flujo cuando Nussbaum entra, dos tazas de café en mano, y pasa entre dos sillas para desplomarse en la suya. El diagrama llega cuando él le entrega una de las tazas.

Mary bebe a sorbos lentos; el café no le sienta bien con la reversión de su transformación. Nussbaum mira las estadísticas cambiantes. El diagrama parece en llamas.

—Es un flujo estocástico —rezonga Nussbaum—. Que Social se encargue. Tenemos nuestros propios problemas. El emulador del Gran Jurado de nuestro INDA dice que será fácil obtener acusaciones por los homicidios de las psintéticas contra el

cuidador y el intermediario. Pero no me satisface. Nuestro principal sospechoso en el aspecto económico está muerto. El forense confirma un suicidio, y allí terminan los rastros. Peor aún, quizá no pudiéramos condenar a Crest aunque estuviera vivo. Sólo tenemos a tipos sin importancia. ¿Alguna noticia de la ramera? —pregunta esperanzado.

Mary sacude la cabeza.

—Se llama Alice Grale. Es una estrella de vid. Dice que su agencia la envió a una cita.

—Caray, desearía que la prostitución fuera todavía ilegal.

A Mary esta opinión le resulta familiar, aunque no la comparte necesariamente.

—Ahora está calibrando sus opciones, legales y de las otras. Luego le haré una llamada personal. Entretanto, las dos hijas, la ex esposa y tres abogados de Crest se niegan a entregar los vids del apartamento, aunque creo que podremos justificar que nos resultan imprescindibles Pero... —Sus dedos vacilan sobre el borde del escritorio de Nussbaum.

—¿Qué?

—He revisado las estrategias de inversión de Crest que nos han sido remitidas con su licencia profesional. Se protegía detrás de pantallas muy bien estudiadas, y quizá no quisiera saber lo que sucedía con esa parte de su dinero. Después de su divorcio...

—¿Se divorció?

—Hace tres días, sin escándalos. Dejó una generosa asignación para su esposa, y sus hijas están cubiertas de por vida.

Nussbaum parece abatido.

—Más razones para suicidarse.

—En el último año se empeñó en aventurarse en proyectos arriesgados de alto rendimiento. En algunos casos bailó realmente en la cuerda floja.

—Entonces se sentía culpable por muchas cosas.

—Nuestro rastro llega hasta su pantalla, nada más. Quizá no supiera que estaba metido en pornografía sintética Yox. Invertía en Yox en general, según sus libros de cuentas personales... Tanto da si es el único inversor. El intermediario es su mano y escudo oculto.

Nussbaum tamborilea con la taza contra el escritorio.

—¿Adonde quieres ir a parar?

—No se sentía culpable por la muerte de las psintéticas.

Nussbaum estira los labios.

—Me temía que dirías eso —dice.

—Él no sabía nada —añade Mary.

—Entiendo. El típico inversor de cresta alta. Supongamos que no lo sabía. ¿Es

como el resto de suicidios? ¿Algo de su cabeza falla y se atiborra de hipercafeína?

—No lo sé —dice Mary.

—¿Crees que la ramera lo sabe?

—No es una ramera —corrige Mary—. Trabaja en atención sexual y entretenimiento.

—Es lo mismo.

—Tiene un perfil interesante. Lista, con unas calificaciones escolares inmejorables hasta los dieciocho años, cuando abandonó dos becas y trabajó en citas durante seis meses. Luego se asoció con un productor de vids que la introdujo en vids explícitos y la convirtió en estrella.

—Ah, la vieja historia. Joven, dispuesta a divertirse, olvida sus lazos familiares y los quiebra haciendo algo ultrajante. Mucho dinero, vida fácil... al menos, comparada con un trabajo diurno de gililóbulo.

—En realidad, parecía encaminada al trabajo científico.

—Conque es lista —dice Nussbaum, encogiéndose de hombros—. ¿Crees que Crest le dijo algo?

—Quizá. Según ella dice, Crest pidió específicamente una cita con fila... supongo que era un admirador suyo.

—Terence Crest era importante en la comunidad neofederalista, Choy. ¿Qué sabría él de una sexartista? —dice Nussbaum con sarcasmo—. Espero que no te propongas manchar su buen nombre.

Mary sacude la cabeza.

—Crest no era terapeuta. Era un natural. Su suicidio no parece relacionado con las estadísticas que están dando escalofríos a Social. A él le sucedió otra cosa.

Nussbaum la escruta con una expresión que Mary no entiende. ¿Especulación? ¿Decepción? ¿Paternalismo?

—¿Te pica el dedo del pie? —pregunta—. ¿Te sientes profetisa?

—El empuje —dice Mary—. Me cosquillea.

Nussbaum resopla.

—Me encantan tus pies, de veras Mary, pero aquí no nos ocupamos de las altas finanzas. Me huelo una intervención de Asuntos Internos si sigo adelante con esto. Dáselo a la gente de Economía Estatal.

—Crest era culpable de algo.

—Sí, de muchas cosas.

—Algo grande y nuevo.

—No está claro, Choy —dice Nussbaum, pero la mira, esperando sus próximas palabras—. ¿Sabes algo que yo no sé? ¿Has metido las narices donde no debías?

—Quiero encargarme de esto un par de días, ver qué averiguo. Quiero hablar con Alice Grale y tratar de ver los vids del apartamento.

—Veamos si puedo reformular esto de un modo que me resulte convincente — dice Nussbaum—. Crest sabía que con su dinero se hacían trabajos sucios y no sentía grandes punzadas de remordimiento. Era un tío saludable, rico, un poco amoral. Así que fue por otra cosa por lo que se derrumbó... y no fue la noche con santa Grale. ¿Puedes darme una pista de lo que esperas encontrar?

—Ninguna.

Nussbaum resopla. Mary se inclina hacia delante.

—Hay algo raro en el aire. El suicidio de Crest, los demás suicidios... Son pocas pruebas, pero están ocurriendo muchas cosas extrañas al mismo tiempo.

—Sólo sé de dos cosas extrañas.

—Entonces ha estado recorriendo los fibs, señor.

Nussbaum se reclina y termina el café. Mira al techo con expresión compungida.

—Si te refieres a un enorme incremento de recaídas e ingresos hospitalarios, y a un crecimiento del delito en los grandes centros metropolitanos de todo el mundo...

—La mira fijamente.

—Lo lamento —dice Mary—. La inversión de Crest en la industria del entretenimiento representaba un veinte por ciento del total. Tenía cuatro mil millones de dólares trabajando para él, y no podemos rastrearlos en su mayor parte.

—De acuerdo —dice Nussbaum—. Tienes el resto de la semana para seguir tu corazonada. Consigue los vids de los herederos, entre vista a la ramera... perdón, la brillante experta en atención sexual... y a ver si puedes sacar a flote otros datos sobre Crest.

—También terminaré el caso de las psintéticas, señor, si me necesita.

Nussbaum sacude la cabeza.

—Está cerrado. Si surge algo, asignaré a Dobson o Pukarre.

Mary se pone de pie. Nota el estómago encogido; sabe que no las tiene todas consigo.

—¿Quiere actualizaciones? —pregunta con vacilación.

—Claro que no. Si te metes en líos no te quiero cerca.

—Gracias, señor.

—Regresa cuando tengas el cesto lleno.

—Sí, señor.

Está a punto de salir cuando Nussbaum pregunta:

—Choy, hablando de cestos... ¿Cómo les sientan a esos extraordinarios pies las botas de goma? ¿Te gusta pescar truchas?

—¿Qué?

—No te estoy diciendo esto. La fuente es políticamente delicada. La semana pasada Terence Crest estuvo en Moscow, Green Idaho.

—Sí, señor. Lo sé. Nussbaum sonrío sardónico.

—Me lo imaginaba. Allí no hay mucha industria del entretenimiento.

Nussbaum agita la mano. —Cuatro días— le recuerda mientras se cierran las cortinas.



*TORRENTE SANGUÍNEO.*

Has hecho tantos prodigios  
que no sé cómo decir  
que hoy actúas como un niño  
hoy actúas como un niño

**Paradigma, Tostón para el té.**

9/

Nathan ha traído a un hombre y una mujer del departamento legal de Mind Design. Jill sólo los ha visto en fiestas de la empresa, nunca para hablar de negocios.

—¿Cuánto hace de tu primer contacto con Roddy? —pregunta Erwin Schaum, calvicie incipiente, brillante franja de cabello blanco y rizado alrededor del cuero cabelludo tenso y bronceado. Se inclina hacia delante en la silla, las manos entrelazadas, los codos sobre las rodillas, y se mece levemente.

—Doce horas diecisiete minutos —responde Jill.

—Hemos comprobado todos los pensantes registrados y todas las compañías que podrían haber construido un pensante sin registrar —dice Kay Sanmin. Es menuda, de pelo negro y lacio y grandes ojos pardos. Lleva un trajelargo masculino, pero sus labios y uñas, pintados de verde, relucen como esmeraldas—. Una compañía de China del Sur ha fabricado INDAS y máquinas superiores sin registrarlas en la Retícula de Inteligencia Mecánica. Pero nadie ha localizado una de sus máquinas en Camden, Nueva Jersey.

—Conozco esa compañía china —dice Jill—. Pero nunca me he puesto en contacto con uno de sus productos, así que no puedo decir si Roddy se les parece.

Sanmin abre la pizarra.

—¿Cuánto tardaría un equipo humano en estudiar lo que Jill ha recibido de Roddy? —le pregunta a Nathan.

—Dos años —asegura éste—. Eso suponiendo que estuviera completo, y Jill dice

que no lo está.

—Entonces tendrá que hacerlo Jill, ¿verdad? —suspira Sanumi Jill. ¿Cuánto has examinado hasta ahora?

—La mitad. Todavía trabaja en ello.

—Bien. ¿Es lineal u holográfico?

—Por lo visto es lineal al principio y holográfico en su mayoría. Ya he analizado las secciones iniciales. Quizá la porción holográfica no esté completa, así que no se puede descifrar.

—Y las porciones descifradas no sólo contienen el análisis social que has mencionado, sino lo que parecen ser variaciones sobre secuencias de material genético humano, específicamente mitocondrianeuronales —dice Sanmin. Erwin Schaum no se opone a que ella tome la iniciativa.

—Sí.

—¿Para qué sirven esas secuencias? —pregunta Sanmin.

—Serían útiles para los terapeutas mentales —tercia Nathan.

—Se lo pregunto a Jill —insiste Sanmin.

—Servirían para estudios terapéuticos, como dice Nathan, y también para estudios biológicos de diseño celular general. —No sabe por qué es reacia a explicarle a Sanmin lo que le ha contado sin ambages, a Nathan.

—¿Has trabajado en diseño celular?

—No —dice Jill.

—¿Sabes por qué se ha puesto Roddy en contacto contigo?

—Porque soy famosa, supongo —dice Jill.

Sanmin ha estado volando en círculos como un halcón; ahora desciende en picado.

—Este material que te pasó... ¿se podría aplicar a propósitos médicos ilegales, por ejemplo, para crear un virus patógeno capaz de contagiar a los humanos?

—El material que he descifrado se podría utilizar con ese fin.

—Pero ¿Roddy no tenía intenciones de pasar material que pudiera contagiarte a ti... ni siquiera en la porción no descifrada?

—He instalado contrafuegos que me protegen, y sólo permito que yoos protegidos estudien el material. Hasta ahora, estos yoos no se han contagiado.

Sanmin asiente.

—Entonces no es sabotaje. No es una empresa o Gobierno que trate de malograr nuestros productos.

—Casi seguro que no —conviene Jill.

Sanmin alza las manos.

—Jill, debo confesar que estoy desconcertada. ¿Por qué otro pensante se comportaría de esta manera?

Nathan se aproxima a los sensores de Jill, como si quisiera defenderla.

—Jill no tiene motivos para inventarse esto.

Schaum acerca su silla y habla directamente a la varilla sensora de Jill.

—No te estamos acusando —asegura—. Pero debemos tomar una decisión importante... si acudir o no a los federales u otras agencias de policía. Si es una falsa alarma, un engaño, resultaría muy embarazoso... perjudicial para la reputación de la compañía, para la reputación de los pensantes que descienden de ti, Jill. Eres una personalidad muy capaz. Y que en algunos sentidos eres más lista que todos nosotros juntos. Pero sabes que los expertos humanos pueden enseñarte cosas útiles, y por eso el señor Rashid nos ha llamado, pues comprende que hay algo muy raro en tu comunicación con Roddy.

—Sólo sigo las directrices de la empresa —dice Nathan.

—Muy bien —asiente Schaum con una sonrisa comprensiva—. Si pudieras darnos una idea del contenido del resto del material que te ha enviado Roddy...

—No lo he recibido todo, y está codificado holográficamente —reitera Jill. Schaum la inquieta. Está acusándola de una conducta perjudicial para sus creadores—. Nada tendrá sentido hasta que esté compilado y Roddy me dé las claves.

—Mmm —murmura Schaum, mirando a Sanmin, que está apoyada en el escritorio de Nathan con los brazos cruzados. Jill calcula que intentarán establecer un plazo para la entrega de la información que necesitan y que sospecharán si Roddy envía la conclusión de la porción holográfica antes de concluido ese plazo; la coincidencia les parecerá improbable.

Como abogados, Schaum y Sanmin tienen poca fe en las cosas sencillas, o en las explicaciones sencillas. Esa complejidad humana, sin duda desarrollada después de años de tratar con otros humanos, desconcierta a Jill.

—Necesitaremos un juicio tuyo sobre la naturaleza de este material... cuanto antes, Jill —dice Nathan.

—Puedo estimar el tamaño de la porción si se completa, pero nada más —dice Jill.

—Podemos esperar un par de días como mucho, si Jill está en lo cierto —dice Sanmin.

—Hemos puesto monitores INDA en todos los I/O de Jill —añade Nathan. Pero no vigilan todos sus I/O. Hasta ahora los ha engañado, aunque no espera lograrlo por más tiempo.

Con alarma, interés y espanto recibe una breve llamada de un yo protegido, instalado alrededor del único I/O que ha ocultado a Nathan y los demás. Su yo aislado informa que Roddy está enviando datos nuevo, docenas de terabytes para completar los datos holográficos enviados antes.

Jill no se lo cuenta a Nathan ni a los abogados. No quiere ponerse en una

situación incómoda. Y si el material no es útil —si no encaja con la porción holográfica o está totalmente desvinculado del material anterior—, cerrará este I/O usando sus propios arbeits.

Los tres humanos se van a otra sala para continuar la conversación.

Jill no tiene acceso a ella.

Sin embargo, hay allí un arbeiter que normalmente lo graba todo; quizá pueda convencerlo para que reproduzca la conversación más tarde.

Sospecha que los abogados no se fían de ella. Si estuviera en su lugar consideraría seriamente que estuviera inventándose a Roddy, una especie de amigo imaginario.

La existencia y el carácter de Roddy le parecen improbables aun a Jill.

La situación se está volviendo incómoda para todos.

## *CORRIENTE ARRIBA.*

Las películas morían. Los vids florecían en un arbusto de ramas interactivas que llegaban directamente al hogar: flujo de datos, personajes y relatos adaptados al gusto personal, entretenimiento comunitario al que «vecinos» de todo el mundo podían conectarse electrónicamente para participar en la exploración de nuevos mundos. Y luego vino el Yox, todo esto y mucho más introducido directamente en el yo interior mediante inductores espinales y monitores robóticos microscópicos que se ingerían. Los monitores pasaban del estómago a la sangre para alojarse en los principales nervios somáticos, para instalarse en el cerebro como sistemas de diagnóstico médico, inocuos (¡pero qué escándalo al principio!) y listos para captar señales externas.

Y se podían hacer muchos vids y Yox con un equipo relativamente barato. Teniendo control total sobre cada píxel de un marco visual y cada dígito u onda de sonido, y al fin sobre cada terminación nerviosa extrasensorial, los artistas y sus escuelas podían incluir visiones tan notables como las de muchos estudios (y mucho más innovadoras) y distribuir las directamente por fib y vía satélite; muchos de ellos eran expertos en promoción. Habían vivido y respirado los fibs desde la infancia.

La nueva tecnología acabó con la producción en estudios de gran presupuesto, al ver que la televisión y el cine habían estrangulado, poco a poco, a lo largo de un siglo, la novela y el cuento.

Los grandes estudios de entretenimiento, que antes atraían tanto dinero, quedaron relegados a los parques de atracciones, pero ni siquiera la máxima emoción, un viaje al espacio, podía competir con un Yox bien sintonizado, y además comportaba muchos riesgos. ¿Para qué construir naves espaciales si una nave Yox te llevaba de un extremo al otro de la galaxia, seguro como un bebé en brazos de su madre?

El público no quería aventuras reales. El mundo entero estaba dispuesto a conformarse con lo irreal.

Con notable previsión, los estudios poderosos y de prestigio habían comprado algo con lo que nadie podía competir: el CEM (Character Estate Mark, o Marca de Propiedad de Personajes) de famosas estrellas. Los derechos sobre el nombre y la imagen de la gente guapa, de los mejores y más brillantes del siglo xx y principios del XXI. Viejos o jóvenes, muertos o vivos, eran una buena baza. Y así estalló la revolución voyeurista.

Empezó con los muertos famosos, todavía inexplicablemente atractivos, como

diomis... y de ahí se propagó. Los estudios sabían cómo hacer famosa a la gente, cómo contratar desconocidos, darles celebridad mundial y comprar luego los derechos para usar su vida, sus momentos íntimos...

Las grandes empresas del siglo XXI transformaron el sexo con celebridades en algo familiar, en vid y en Yox; dólares que se reproducían, mucha pasta para llenar las arcas vacías de estudios antes gloriosos. El sexo explícito había sido un gran impulso para el vid y el Yox, pero la mayoría de los productos eran vulgares y aburridos.

Trayendo talento y estilo al sexentretenimiento, la sórdida glotonería adolescente del primer pomo, basto y de mal gusto, se cubrió con un nuevo barniz y obtuvo la aceptación pública estudio tras estudio. La mayoría de los productos llegaban directamente por fib y sat al hogar.

Y detrás de ese enlace volaban cientos de miles de millones de dólares.

Algunos dicen que la aceptación de la industria del sexo allanó el camino al ascenso federalista y la elitista presidencia de Raphkind y todos sus horrores políticos forzó la mano moralista, que resultó ser corrupta, extremista y truculenta. La falta de peso moral de los conservadores produjo la reacción contraria: todo estaba permitido. Cada década ha traído nuevas tecnologías y aumentado la audiencia. Las cosas manidas, con un cambio de maquillaje y a veces otra profundidad, adquirieron legitimidad artística. La antigua y gastada película porno ha seguido proyectándose, lubricando las cañerías del gran flujo.

**Kiss of X, Alive Contains a lie.**

*10/*

La abogada que se ocupa de la herencia de Terence Crest se sienta junto a Mary en la vieja y digna oficina marrón y crema de Supervisión de Seattle, en la planta baja de la torre Columbia.

Selena Parmenter tiene poco más de treinta años, si uno se fía de las apariencias, y se comporta como si estuviera aburrida. Apenas habla con Mary mientras esperan que el subdirector de Supervisión del distrito, el honorable Clarens Lodge, se sienta a escuchar sus alegaciones.

Supervisión se creó en la década de los diez. Los primeros estados que utilizaron

este procedimiento fueron California y Washington. Con tanta información sobre los ciudadanos registrada diariamente por vid, monitores hogareños, enlaces fib y sat y sistemas de vigilancia vecinales, se creó una nueva rama judicial para oír las alegaciones de quienes pretendían usar esa información con fines legales.

Los abusos —sobre todo el abuso sistemático durante la presidencia de Raphkind— han vuelto el sistema dolorosamente complejo para todos los afectados. Cada entrega de información está envuelta en reglas laberínticas de funcionamiento legal; y la solicitud de obtener datos sólo se puede hacer una vez al año para cada caso.

El subdirector de distrito entra y se sienta detrás del ancho escritorio de acero. Clarens Lodge es un hombre menudo y aniñado de menos de treinta años, con el cabello grueso y negro y una expresión juguetona que él trata, con cierto éxito, de disimular.

—Mary Choy, cuarto rango de Defensa Pública, y Selena Parmenter, abogada de los herederos de Terence Crest, recientemente fallecido y con juicio de suicidio como causa de muerte... Bien, he visto la información, oigamos la argumentación. ¿Señorita Parmenter?

—Defensa Pública ha solicitado los registros vid, privados y protegidos, del apartamento de mi cliente sin causa justificada. Según el código 27C de Acceso de Datos Públicos, Estado de Washington, libro nueve, ley federal enmendada 22C, Libro Nueve, Defensa Pública debe tener pruebas fehacientes de que se cometió un delito. Nuestros médicos y los del estado presumen que el señor Crest se suicidó. Hace treinta y siete años que el suicidio no es delito en este estado.

Esto parece divertir a Lodge. Frunce el ceño para reprimir una sonrisa que a Mary le parece totalmente inapropiada.

—¿Señorita Choy?

—Los médicos forenses de Defensa Pública de Seattle han establecido que, aunque la causa y hora de la muerte se pueden determinar con certeza, no tenemos manera de saber si ésta se produjo por suicidio, homicidio o accidente. Creemos que el juicio del estado puede ser prematuro, y todavía estamos investigando para establecer motivos y oportunidades. Necesitamos conocer las circunstancias y la actitud mental del señor Crest en las horas previas a su muerte. También estamos investigando el posible papel de un visitante que estuvo en casa del señor Crest poco antes de su muerte.

—Usted estaba investigando al señor Crest por otro asunto antes de su muerte —dice Parmenter—. ¿Ese asunto todavía está pendiente?

—Provisionalmente cerrado hasta que obtengamos una imagen completa de la situación del señor Crest.

—Si está en suspenso significa que no es urgente —dice Parmenter—. Como usted sabe, señoría, en suspenso implica humo sin fuego, significa que no hay causa.

El subdirector asiente doctamente.

—Señorita Choy, ¿por qué Supervisión debería dar a Defensa Pública acceso a los registros privados de un hombre a quien probablemente no se acuse de ningún delito, dado que está muerto, y cuya causa no es en principio sólida?

Mary ha participado en audiencias de Supervisión docenas de veces en su carrera; nunca las ha disfrutado. Opina que Supervisión se ha transformado en feudo de los funcionarios menos competentes de una rama judicial pomposa. Nunca ha conocido un director o subdirector que la impresionara. Este subdirector es quizá el que menos la impresiona.

—Es preciso explicar la presencia de la señorita Alice Grale, señor.

—Sí, en los fibs circula la historia de que ella participó —reflexiona el subdirector—. Pero debería ser el abogado de ella quien solicitara grabaciones para limpiar su nombre y, por lo que sé, no tenemos esa solicitud. —Mira a Parmenter—. ¿Qué sabe usted sobre la participación de esta mujer? Aparentemente fue contratada por el señor Crest como proveedora de atención sexual... —Sonríe abiertamente al usar esta expresión cortés y consulta su pizarra—. Agencia Wellspring Temps, especializada en entretenimiento... Y usted, señorita Parmenter, ha cancelado los pagos a esa agencia. ¿Por qué?

—No tenemos pruebas de que ella realizara los servicios estipulados en el contrato.

Lodge hace una mueca.

—Impreciso, señorita Parmenter. Mis registros indican que el señor Crest aprobó el desembolso antes de morir. Fue una transacción legítima, y sospecho que Wellspring, si decidiera insistir, recibiría su dinero, así como la señorita Grale.

Parmenter no dice nada sobre esto.

Lodge frunce el ceño, esta vez con mayor convicción.

—¿Cree usted que la señorita Grale contribuyó a su muerte, quizás alterando su estado de ánimo, exacerbando las circunstancias de lo que debe haber sido una noche tensa para él? ¿Ése es su motivo para negarle un justo pago por sus servicios?

—Los herederos no creen que el asunto cuasilegal de la prostitución...

—Atención sexual, por favor —insiste Lodge, con una sonrisa grave—. Anoche estudié el código estatal. Es totalmente legal, e incluso goza de licencia en la mayoría de los condados. Se relaciona con impuestos laborales de hace cuarenta años. Pero usted es demasiado joven para recordarlo.

Mary está dispuesta a cambiar de opinión acerca de este subdirector. Parmenter no se divierte.

—Debemos proteger los intereses de los herederos, y la señora Crest no dio ninguna autorización para que su esposo gastara fondos comunes sustanciales que dependían del arreglo final del divorcio. Yo no represento a la ex señora Crest, pero



eso es al margen, señoría.

—Sí, sí, pero el vid del apartamento sin duda zanjará estas cuestiones y es posible que Wellspring lo solicite, si decide continuar con la causa, y por setenta y cinco mil dólares, yo lo haría. Una suma extraordinaria de dinero por los servicios de una mera prostituta, ¿no le parece?

—La tarifa actual es de cinco mil por noche —comenta Mary.

—Por favor —dice Lodge, simulando una actitud ofendida—, mi sensibilidad es por lo menos tan delicada como la de la señorita Parmenter.

—Las circunstancias nos parecen irregulares —admite Parmenter a regañadientes—. Tan irregulares como para negarnos a pagar, y no deseo decir más sin consultar con mis clientes.

—¿Tiene una descripción del vid? —pregunta Lodge.

Parmenter parece claramente incómoda.

—Los abogados no pueden exponer detalles sobre pruebas personales en disputa —dice— hasta que Supervisión decida hacerlas públicas por motivos legales. Usted lo sabe, señoría.

—Señorita Parmenter, supongo que el señor Crest mantenía un registro vid de todos sus asuntos personales, como hacen muchas personas importantes, aunque por motivos muy diferentes, e ignoro cuáles eran los motivos del señor Crest. Pero esos sistemas, según mi experiencia, mantienen una transcripción imagentexto realizada por un secretario automático. Desde luego usted habrá mirado esta transcripción.

—Sí, señoría. Es vaga en cuanto a los detalles.

—Pero ¿qué dice, en general?

—Indica la presencia de dos individuos en el apartamento hasta la muerte del señor Crest. Los elementos temporales son imprecisos, porque con la llamada de los médicos...

—Nosotros llamamos a los médicos del edificio de Crest —dice Mary—. La transcripción debe mostrar la presencia de agentes en ese punto.

—Que se presentaban para una entrevista con el señor Crest con intenciones de comentar ese otro caso, el que está en suspenso —dice Lodge—. Un hombre tiene relaciones sexuales con una mujer a quien paga una suma exorbitante, y luego se suicida. Está liado en inversiones oscuras con compañías o individuos que cometieron la negligencia de permitir que mujeres jóvenes muriesen de manera horrible. Este Terence Crest es un hombre muy complejo.

—Sí, señoría —dice Mary.

—Sospecho —dice Lodge— que hay razones más que suficientes para entregar estos registros a Defensa Pública, en concreto a la cuarto rango Mary Choy, para resolver estas ambigüedades.

—No estamos de acuerdo, señoría —dice Parmenter, muy inquieta—. Pero si ése

es su fallo...

—Es muy posible.

—Entonces la sucesión me ha autorizado para revelar una modificación, recientemente descubierta, a las circunstancias de los registros en cuestión.

—¿Sí? —pregunta Lodge, enarcando las cejas.

—Todo el vid y el audio de ese día fueron borrados retroactivamente por la máquina que mantenía los registros del apartamento.

—¿Borrados? —pregunta Lodge. Mary se yergue en la silla, disponiéndose a demostrar interés, o quizás irritación oficial.

—Nosotros sólo lo supimos poco antes de esta reunión. La transcripción del registro está intacta pero es, como he dicho, vaga.

—¿Sabe por qué?

—Suponemos que por una disfunción en la máquina.

—Una disfunción muy conveniente —dice Mary. Parmenter sacude la cabeza vigorosamente.

—Todo lo contrario. Esto nos puede crear muchos problemas.

—¿No hay registros vid? —pregunta Lodge con severidad—. Usted abusa de la dignidad de este tribunal, señorita Parmenter. ¿No le parece capcioso no habernos dicho esto antes?

Parmenter parece tener una molestia estomacal. Una vez más decide callar.

—¿Ha traído pruebas de este cambio de circunstancias?

—Confirmación técnica. Todas las grabaciones vid, audio y demás del día de la muerte del señor Crest, salvo las médicas, están en blanco.

Lodge se reclina y sacude la cabeza, de nuevo con una sonrisa juguetona.

—Vaya —dice—. Realmente embarazoso.

—Señoría, extendiendo mi solicitud a todos los registros disponibles —se apresura a decir Mary— y pido que se transfieran de inmediato, antes de que se produzca otro episodio embarazoso.

—De acuerdo. Concedido.

Parmenter lo acepta sin protestar. No puede decir nada más; se ha dictado el fallo, y no hay apelación.

Pero Mary no sabe qué clase de victoria precaria ha obtenido.

—Tenemos que hablar —le dice a Parmenter, una vez fuera.

—Yo no necesito hablar con usted —le responde ella.

—Se supone que los grabadores vid son a prueba de tontos.

—Pues parece que no. Y no busque conspiraciones en nuestras oficinas. Esto es endemoniadamente molesto.

—Necesito el archivo del técnico.

—Es simple. El grabador vid tiene un enlace con la pizarra del señor Crest, lo

cual permite desactivarlo. Él no lo desactivó, pero algo irrumpió en la pizarra después de su muerte, a una hora desconocida, y burló los contrafuegos del sistema vid.

—¿Un experto?

—Eso suponemos. Se imaginará que no es fácil irrumpir en el sistema de un multimillonario. Escuche, señorita Choy. Somos meros gililóbulos que hacen lo que necesitan los herederos para proteger sus intereses. Usted tiene todo lo que queda. Mi oficina no tiene nada que ver con esto, salvo que lo descubrió demasiado tarde para preparar una buena defensa. No nos eche la caballería encima.

Mary se inclina a creerle, pero profesionalmente no puede hacer pronunciamientos generales.

—Por favor, envíe...

—Conozco la signatura de Nussbaum —dice Parmenter—. Yo estaba en Criminal antes de pasar al derecho privado. Ahora debo irme. ¿Algo más?

—Profesionalmente, debería decirle gracias.

—De nada —responde Parmenter, y suelta una risa contenida y dolorosa—. Verdaderamente de nada.

La torre Denny es un prisma de cristal apoyado en una punta, sostenido por cuatro columnas cilíndricas que se elevan para interceptar las facetas de la base. La oficina central de Workers Inc. Noroeste en el Corredor ocupa diez pisos de la columna que se eleva hasta encontrarse con el sesgo occidental de la torre, cerca del empalme. Encima del empalme, la torre se eleva cuatrocientos metros más, y esta mañana su cúspide está cubierta por un banco de nubes grises. Hoy la torre no tiene su habitual brillo azulado, sino un color oro que contrasta con el cielo sombrío.

Al mediodía, Dana Carrilund acompaña a Martin Burke desde la oficina de orientación y seguridad, donde confirman su currículum y los datos biográficos, hasta el centro de seguimiento de clientes. Workers Inc. cuida mucho el acceso a este centro. Los registros de las agencias sobre los clientes no están sometidos a Supervisión Federal y Ciudadana; y los registros de seguimiento de clientes son los más críticos y amplios.

Para Workers Inc. éste es el sanctasanctórum de un templo, donde los signos vitales, físicos y mentales de millones de seres se muestran en pantallas vivientes, continuamente actualizadas, de inmensa potencia y sutileza. Martin nunca ha estado en un sitio semejante.

—Recibimos datos de monitores hogareños, médicos de agencias, terapeutas, reparticiones del Ayuntamiento y del Estado —explica Carrilund mientras entran en el oscuro círculo de proyección—. Todos los diagnósticos hogareños, todos los procedimientos, registros laborales y evaluaciones de empleadores e informes diarios de los clientes que se prestan voluntariamente al estudio, llegan aquí y son procesados. Nadie puede relacionar los individuos con los datos; eso está prohibido. Todo el sistema está protegido por cuatro INDAS, con instrucciones de cerrar todo acceso a los datos si se intenta una irrupción. Sólo la presencia personal de los ejecutivos internacionales de Workers Inc., treinta en total, puede reabrir el acceso a los datos si eso ocurre. Nunca hemos sufrido una irrupción. Nuestras irrupciones de prueba no han tenido el menor éxito.

Carrilund detecta su débil sonrisa y enarca las cejas.

—Famosas últimas palabras, dirá usted.

Martin se cruza de brazos, mirando la oscura sala circular.

—No, estaba pensando en otra cosa... En cuanto a la seguridad, no puedo juzgar.

—Hemos ofrecido una recompensa de dos millones de dólares a quien logre atravesar el primer contrafuego —dice Carrilund con ese frágil orgullo que Martin ha visto a menudo en los miembros de un proyecto inmenso—. Hay nueve después de ése, todos igualmente difíciles de superar. Nadie ha cobrado la recompensa. Los expertos nos han dicho que es mejor que Defensa Nacional. Si tuviera un décimo de

esta potencia, piensa Martin, podría adelantar la ciencia de los sistemas sociales humanos décadas. Pero él es sólo un peón en la escala empresarial, un científico renegado que no forma parte del equipo.

—¿Qué hay sobre estos datos? ¿Quién tiene acceso a ellos?

—Sólo ejecutivos superiores y empleados clave, y sólo a los datos que necesitan conocer, confirmados por nuestra junta de supervisión, los datos se usan para diversos propósitos, pero no podríamos asociarlos con individuos específicos aunque fuera cuestión de vida o muerte.

—Entiendo. ¿Nunca ha usado los datos para investigar?

Carrilund lo mira de soslayo y entorna los ojos divertida.

—Tenemos un INDA y catorce abogados para decidir en qué usamos los datos. Nunca han aprobado la investigación en sí.

—Una lástima —dice Martin.

—Mmm —dice Carrilund, con una sonrisa—. Y ésta es la única sala desde donde podemos obtener acceso a los datos. Tiene capacidad para treinta personas.

—Todos los ejecutivos al mismo tiempo, si fuera necesario.

—Exacto. —Carrilund solicita dos asientos. Se elevan del suelo negro y bruñido, sencillas curvas mullidas. Martin se sienta y se recuesta, y ella se acomoda a su lado. Él observa sus movimientos con algo más que interés profesional; la combinación de poder y gracia saludable con la dignidad de su madurez lo distrae. En el fondo de su mente una voz nostálgica pregunta si Carol, su ex esposa, también tiene ahora esa gracia y ese poder.

—Antes de nuestra reunión con la junta y otros expertos, quiero que vea lo que nosotros hemos visto durante los dos últimos meses. ¿Sabe leer sociometría? Usamos iconos e indicadores estándar.

—Entonces supongo que puedo.

Carrilund echa la cabeza hacia atrás. Los proyectores de la sala se han concentrado en ellos y llevan líneas de luz y sonido a sus ojos y oídos. La sala se tiñe del azul vacío de un cielo sin nubes en el desierto; un zumbido los rodea. Las proyecciones anulan otras imágenes y sonidos. Por un momento, mirando la consola flotante de controles que tiene encima de las manos y el vacío desorientador, a Martin le invade la sensación desconcertante de que está a punto de entrar en el País de la Mente, un viaje que no ha realizado desde hace cuatro años... La clara voz de Carrilund lo arranca de sus divagaciones.

—Recuerde, nuestros clientes se han ofrecido voluntariamente para esto —dice.

La vaga sensación de náusea se disipa.

—Yo en su lugar hubiera aceptado.

—Señor Burke, necesitamos que su mente esté libre y despejada. No necesitamos juicios morales autónomos.

—Desde luego —dice Martin con irritación.

—Usted ha viajado por la mente del individuo. Ahora remontaremos el río en el corazón simulado de una comunidad. Sin duda apreciará esta oportunidad.

Martin sospecha que Carrilund es paternalista, pero no le importa. Esto es, realmente, como estar en la playa de un nuevo mar, y sus aprensiones y recuerdos no tardan en esfumarse.

—Estoy preparado —dice.

—La comunidad tiene una fiebre extraña y quizá peligrosa —dice Carrilund—. Déjeme mostrarle lo que hemos aprendido.

El azul se vuelve verde. Una llanura se extiende hasta el infinito.

Arbustos y árboles crecen en la llanura. Se convierten en un bosque, con su techumbre y su maleza. Él toca los controles virtuales, un contacto no táctil; se familiariza con ellos.

—Éste es el umbral —dice Carrilund. Su voz suena directamente en el oído derecho de Martin; parece hablar suavemente, sin aliento. El efecto es seductor—. Comenzaremos con diagramas y gráficos y nos quedaremos hasta adquirir un sentido de la escala y captar algunos detalles. Luego nos internaremos un poco más. Estos árboles y arbustos...

—Gráficos de sucesos personales, tricromas de Smithfield; cada arbusto representa mil clientes —dice Martin.

—Correcto. Ahora podemos consignar coordenadas de diferentes campos.

Martin escoge iconos que muestran categorías amplias: el bosque se divide en masculino, femenino y otros —transformistas sexuales, supone— y luego por orientación sexual. Esta pantalla incluye quince orientaciones, algunas de ellas inadaptadas y habitualmente terapiadas en la cultura occidental... reprobadas incluso en una época tan liberal como ésta, lo cual suscita preguntas sobre la precisión de la encuesta y la franqueza de los encuestados.

Con cierta alarma, nota que la cantidad de individuos que tienden a estas orientaciones «reprobadas» es mucho mayor de lo que él creía.

—Los datos de orientación sexual se basan en resultados de encuestas cotejadas con patrones de búsqueda de entretenimiento y poseen una fiabilidad máxima de un ochenta por ciento en los subcampos más extremos —dice Carrilund. Martin comprende que ella ha sometido su pantalla a las exploraciones de él; ve lo que él ve, y es buena para adivinar cómo va a reaccionar, qué está pensando. Entonces para qué traerme aquí. Se supone que debo ofrecer algo que sorprenda.

—Las cifras que muestran posibles desvíos de conducta son muy elevadas —dice él—. Pedófilos, supermachos, omnifilia con contexto destructivo... Cifras mucho más altas de las que esperaba.

—Y se están elevando. Algunas cifras se aproximan a lo que esperaríamos en la

sociedad sin terapias efectivas. Las cifras no habían sido tan altas desde el año 2012. Una señal obvia de peligro, ¿no cree?

—Mmm.

La pantalla cambia para mostrar retazos de color irisado, como un sorbete ácido entre plato y plato.

—Me gustaría que viera una constelación de diagramas dendríticos de evaluaciones de retrete de diagnóstico.

—De acuerdo. —Martin sonríe contra su voluntad.

—Un tercio de nuestros clientes tiene retrete de diagnóstico. En general, el cuatro por ciento con mayores ingresos. Porcentaje predominante de naturales y naturales altos; en general, terapiados por desequilibrios tímicos, no páticos.

Nuevos diagramas aparecen en un paisaje nocturno como estrellas brillantes. Carrilund marca tres de las estrellas agrupadas cerca del centro.

—Trabajando hacia fuera, hacia la fecha actual, éstos son informes que comienzan hace dos semanas, sobre enfermedades o infecciones dentro de hogares de clientes.

Martin mueve el dedo para obtener estadísticas numéricas. De los cuatro millones de hogares encuestados, se han detectado infecciones en más del cuarenta por ciento. Y las infecciones cambian con el tiempo: fueron primero verrugas en descamaciones procedentes del agua de la ducha y del baño (los retretes de diagnóstico casi siempre interpretan todo el sistema de desagüe de la casa) y luego una virtual epidemia de infecciones bronquiales y nasales.

—¿Qué hay de los informes médicos? —pregunta Martin.

Estas estadísticas aparecen como simples barras sobre los diagramas dendríticos. No muestran ningún incremento de las visitas al hospital ni de la asistencia de arbeits médicos para tratar dichas enfermedades, que es lo que Martin habría esperado porque sabe que casi todas las epidemias víricas son fácilmente controladas por los monitores médicos que lleva la mayor parte de la población.

—Los retretes nos están dando informes falsos día tras día —concluye Carrilund—. Aun cuando se revisan y reconfiguran. Martin piensa sobre esto, la mente acelerada.

—Pero usted me ha dicho... usted está preocupada por las recaídas en terapia mental.

—Use sus controles para buscar diagramas de nuestros clientes terapiados en esta población. Ahora compárelos con los hogares cuyos retretes de diagnóstico están falsificando los informes.

Con algunas vacilaciones y tropiezos, Martin establece las correlaciones.

—Lo lamento —dice al cabo de un par de minutos—. Ahí está. Todos los informes falsos proceden de hogares con miembros terapiados.

—Quería que lo viera con sus propios ojos. Tardamos dos horas en descubrirlo la semana pasada, cuando decidimos ejecutar búsquedas de datos neurales. La tendencia es consistente.

Martin se frota la mejilla con un dedo.

—Necesitaré estadísticas de perturbaciones tónicas en la lista general de clientes... —Encuentra la pantalla—. Una subida del doce por ciento, pero sólo gente terapeuta anteriormente muestra el incremento. ¿Qué hay de desequilibrios páticos y conducta criminal?

Carrilund teclea una nueva pantalla.

—Recuerde, esto es profesional. Usted se ha comprometido a no revelar nada.

—Lo recuerdo —murmura Martin.

—Hemos tenido un incremento del veinticinco por ciento en arrestos por perturbaciones sociales y otras infracciones, y un incremento del cinco por ciento en delitos mayores, en general ataques violentos y violaciones, pero también algunos homicidios. La política de Workers Inc. consiste en no emplear a individuos con antecedentes de delitos violentos, aunque estén terapeutas. Dejamos esas personas para las agencias de rehabilitación. Si nuestra hipótesis es correcta, entonces, estamos presenciando una epidemia de recaídas, y esperaríamos nuestro mayor incremento en trastornos tónicos. Y así es.

—¿Qué hay de las infracciones? ¿Están ordenadas por categorías?

—Aquí está la clasificación.

La pantalla se alza ante ellos como un sol cortado a gajos. Martin examina los iconos y leyendas en busca de detalles, tecleando la pantalla virtual, tanteando el aire.

—Diez mil doscientos tres casos de perturbación del orden público, conducta asocial con solicitud de intervención de Defensa Pública, la semana pasada —dice Martin, acariciándose la mejilla más rápidamente. Frunce el ceño. Surgen detalles sobre casos concretos—. Nudismo. Flagrantes insultos raciales. Alejémonos un momento de las conductas delictivas y examinemos las denuncias de falta de profesionalidad. ¿Cuántas referencias a mala conducta de clientes han llegado a esta oficina? Carrilund encuentra el folio correcto dentro de la pantalla y aparecen los diagramas y cifras que corresponden a estos incidentes. Martin tarda un rato en examinarlos.

Le interesa el repentino aumento de episodios de racismo manifiesto en el ámbito laboral, quizá prueba de la existencia de prejuicios, el viejo demonio de las poblaciones que son genética y culturalmente mixtas. La mayoría de las formas de racismo ahora se encaran como variedades de la categoría tónica antes conocida como trastorno obsesivo-compulsivo. Workers Inc. parece estar experimentando niveles de conducta racista que no se han visto desde los años diez y veinte.

Irracionales y perniciosos. Y estallidos de obscenidad pública...



—¿Alguna idea? —pregunta Carrilund.

—¿Podemos obtener cifras nacionales?

—No. Pero me han autorizado para comunicarle que estas cifras son notablemente uniformes en América del Norte, incluido México.

—Parece que Workers Inc. tiene un problema con la cortesía.

Carrilund ríe entre dientes.

—Por decirlo discretamente.

—Parece existir una actividad antisocial concentrada en sus clientes. Pero ¿qué tienen que ver los retretes de diagnóstico? —Martin sacude la cabeza. Pide a la pantalla que se apague y se vuelve hacia Carrilund—. ¿Es posible que estemos viendo los resultados de un agente patógeno desconocido? ¿Algo que no figura en la base de datos médicos? Se sabe que algunas infecciones microbianas producen trastornos tímicos. La producción de antivíricos naturales para combatir el contagio ha provocado depresión en ciertas personas.

—Es posible —dice Carrilund—, pero en tal caso tendrá que ser no vírica, no bacteriana, no protista y no micótica, y tampoco puede pertenecer a la categoría de los priones. Sin duda está a la corriente de todo esto. Quizá se formó en las disciplinas médicas.

—¿Algo anda mal en el equipo?

—El equipo está bien.

Martin encuentra el problema extrañamente estimulante.

—He visto algunos diagramas sobre acoso sexual y abuso doméstico y sexual...

—Hace una pausa—. Olvidemos eso por el momento. Yo no esperaba que una recaída produjera incrementos inmediatos en estos campos.

—Pero ha ocurrido —dice Carrilund—. Parejas que se sometieron a terapia en casos de abuso doméstico, en general agresión territorial supermasculina, y han convivido sin incidentes durante años, ahora están acudiendo a sus terapeutas en cantidad alarmante. Aquí aún no disponemos de estadísticas. Los miembros de algunas familias y parejas trabajan para diferentes agencias. Estamos tratando de obtener información de otras agencias, pero hasta ahora no parece viable. Sospechamos que esos incidentes se han duplicado.

—Por Dios —murmura Martin—. Si sus miembros son arrestados, ¿ustedes siguen las noticias?

—Desde luego —dice Carrilund—. Toda esa información se debe incluir en sus expedientes de empleo, por ley federal. —Hace un gesto de rechazo—. Odiamos hacerlo, pero las enmiendas Raphkind a nuestros estatutos nos obligan.

—¿Puede mostrarme vids de los casos más graves? Me gustaría ver expresiones faciales, gestos.

—Creo que sí. Permítame consultar el INDA.

Tarda diez segundos, pero la pantalla reaparece con una simple lista de texto de noticias archivadas en los tres últimos días. La lista desfila ante ellos. Martin escoge dos. La primera es un vid bidimensional de un varón elegante, de treinta a treinta y cinco años, en una esquina. Les grita a los peatones; escoge a los pocos transformistas como blanco de rabiosos insultos sexuales. Un cazanoticias ha capturado el episodio. Vuela lentamente alrededor del hombre.

Martin repara en la actitud provocativa de la cabeza, la sonrisa confiada del hombre. Parece creer que no sólo hace algo placentero, sino beneficioso. Se asombra y se ofende cuando un corpulento varón negro que acompaña a una menuda y delicada transformista lo amenaza alzando el puño y lo hace callar a gritos.

—Este cliente recibió terapia por un desequilibrio tímico menor a los veintidós años, hace tres —dice Carrilund—. Tendencias depresivas y trastornos alimenticios.

—Pues esto es más grave —observa Martin—. Segundo vid. Este vid, también de un cazanoticias, muestra a una menuda mujer madura —aproximadamente de su edad, calcula Martin— en la plaza pública de una de las grandes torres. Se sube el vestido y se masturba.

Su expresión de deleite es la de una niña que revela una sorpresa encantadora a sus amigos. Dos guardias de seguridad se la llevan y el vid termina.

—Terapiada hace diez años por fobia a los lugares públicos —explica Carrilund. Martin suspira.

La lista regresa y Martin despeja la pantalla. Se inclina hacia Carrilund.

—La combinación de mala conducta pública, obscenidades, racismo atípico, todo eso es muy interesante. Inspiraciones antisociales sin filtro. Todo podría estar vinculado con dificultades en el órgano de Tourette.

—No hemos pensado en ello —dice Carrilund.

*Bien. Quizá pueda ofrecer algo útil.*

—He visto estas expresiones antes, en mis días de estudiante. ¿Usted conoce el órgano de Tourette?

—Sé que lo han estudiado intensamente —dice Carrilund—. No estoy al corriente de lo último.

—El síndrome original fue descubierto por un francés, Georges Gilíes de la Tourette. Se caracterizaba por tics involuntarios y coprolalia... expresión descontrolada de obscenidades, palabrotas. En 2013, otro francés, François Cormier, incluyó en esa denominación los actos de un continuo de funciones cerebrales del sistema límbico. Las llamaba los «demonios de lo perverso». Creía que gran parte del cerebro necesita impulsos de estos demonios para mantener un alto nivel de inventiva y preservar el yo. Escepticismo, duda, mecanismos de defensa social, incluso ciertos movimientos físicos relacionados con la repulsión y el rechazo, todo comienza en el órgano de Tourette. El niño desarrolla filtros que seleccionan y eliminan la mayoría

de estos impulsos, pero si alguien padece el síndrome de Tourette, los filtros tienen grietas que permiten estallidos esporádicos.

—¿Alguna vez los ha visto en sus exploraciones país arriba? —pregunta Carrilund.

—Sí —responde Martin con prudencia.

—Lo lamento si me estoy entrometiendo.

—En absoluto. Mi ex esposa y yo escribimos varios trabajos sobre la materia.

—El demonio de un paciente sin nombre.

—Usted ya debe conocer los detalles —dice Martin secamente.

—Sólo lo que usted publicó. ¿Cómo era?

—Desde luego, no era la transferencia de un demonio real, ni siquiera un aspecto de la personalidad del paciente. Creíamos que las experiencias traumáticas despertaban ciertos agentes y subagentes de nuestra mente... que cobraban entidad como una subpersonalidad peligrosa.

—¿Era eso Emanuel Goldsmith? —pregunta serenamente Carrilund.

Martin se sonroja y tensa las manos. No responde.

—Lo lamento —dice Carrilund, mirando hacia otro lado.

—Nuestros problemas surgieron de... —Martin traga saliva, aún furioso pero esforzándose por controlarse—. De nuestros órganos de Tourette. Adquirieron el carácter de esta subpersonalidad. Una mala influencia, por así decirlo.

Carrilund lo mira.

—Cuando yo era adolescente, oía una voz irritante en mi cabeza, un personaje. Era un vagabundo, un hombre roñoso y desaliñado de cara delgada y sucia, demente. Lo único que hacía era sentarse en el fondo de mis pensamientos y decir: «¡Dame un poco de eso!». Lo decía una y otra vez, con auténtico entusiasmo. No era un problema grave, sólo una imagen que a veces veía, como una melodía tonta que uno no puede quitarse de la cabeza. ¿Lo clasificaría como una manifestación de mi órgano de Tourette?

—Quizá —dice Martin. De repente se siente muy cansado.

—Señor Burke, me disculpo. Pero entiendo que usted podría tener alguna experiencia personal de lo que están padeciendo nuestros clientes. Si algo está destruyendo su arquitectura mental, restándoles protección frente a viejos demonios, usted es el más indicado para comprenderlo.

Martin no la mira a los ojos.

—¿Le gustaría ir un poco más lejos? —pregunta ella.

—Lo lamento... ¿qué? —Martin está confundido por este ofrecimiento, pensando en algo más, en el carácter seductor de Carrilund.

Quiere irse, pero su reputación profesional está en juego.

—El próximo nivel de nuestro centro de seguimiento es notable —dice ella.

—Sí, desde luego. —Alza la mano y la agita—. Vamos.

Reaparecen el vacío azul y el zumbido monótono.

—Entraremos en un espacio de Pickover —dice Carrilund.

Doce variables condensadas en cuatro dimensiones, usando ecuaciones de Lunde para unir los vectores de estado.

Martin apenas la oye. El vacío azul se enturbia y él tiene una sensación de cascada. Pasan sombras en la niebla; sabe algo sobre esta clase de pantalla. Una vez exploró un espacio de Pickover mientras probaba interfaces gráficas para estadísticas de pacientes mentales; están en los límites de lo real, en el potencial murmurante de todos los dominios posibles de las doce variables. Sueños INDA, piensa.

De pronto se zambullen en una retícula de macizas y sinuosas formas celulares, sus pieles visibles en detalle, intenso y cristalino, sus interiores flotando y sugiriendo densidades infinitas. Las formas parecen ser más largas que gruesas y se unen para formar la trama de un cesto visto desde la perspectiva de un microbio; pero al cambiar la perspectiva, la longitud aparente de cada célula también cambia.

En el espacio de Pickover, la orientación del espectador en las tres dimensiones se interpreta como una solicitud de comprensión y enlace de nuevos conjuntos de variables moviendo los dominios y alterando los resultados. Recuerda esto, aunque hace tiempo que no usa esta interfaz.

—Éste es todo el Noroeste, desde el punto de vista de Workers Inc. —dice Carrilund. Su voz parece muy distante—. Estadísticas humanas únicamente, que reflejan condiciones psicológicas, culturales y económicas, con eficiencia de flujo de datos y vitalidad mental reflejada en flujo de dinero, ambos tratados como el poder para ordenar y realizar trabajo.

—Entiendo —dice Martin, abrumado por las superficies palpitantes, los cambios vertiginosos causados por cada leve movimiento de su cabeza.

—Los colores azul, verde y crema indican variaciones dentro de parámetros considerados saludables. El rojo y el rojo oscuro muestran territorios problemáticos. El negro y el gris se denominan abscesos, o regiones de grave inestabilidad que llevan a una profundización de las variables relevantes... tensiones en la economía y, consecuentemente, en la sociedad.

—Supongo que estamos al principio de un período temporal —dice Martin.

—Correcto. Recorramos el mes pasado.

No viajan a través de la retícula, como peces entre algas, sino que la retícula fluye a su alrededor, como si corrientes sutiles movieran las algas. Algunos de los cuerpos semejantes a células se reducen y desaparecen, pero permanecen verdes y azules: diminutas manchas rojas aparecen como erupciones sobre las superficies, y rojos más oscuros palpitan dentro de las células, pero se desvanecen. En la esquina inferior derecha del campo visual un pequeño indicador muestra el paso del tiempo, día tras

día.

El efecto es hipnótico. Martin nota una sacudida brusca cuando su mente analítica se mezcla con la pantalla y comprende la estructura general. La pantalla está destinada a concordar con los métodos de aprendizaje autopoiético de las redes neurales paralelas e interconectadas, sobre todo IN D A s, mentes humanas y quizá pensantes. Con tiempo y estudio suficiente, podría captar todo lo que le muestran, y siente un ramalazo de envidia por esta herramienta, de la que dispone sólo por un tiempo breve. Podría resolver y prever tantas cosas.

Es como internarse en el País de la Mente humana, pues esta pantalla se usa de modo parecido a como la mente utiliza su país onírico, incluso como los extraordinarios mandalas que la mente usa para correlación, o su propia salud y funcionalidad. Siente el asombro de un niño. Las vidas y los esfuerzos de decenas de millones de personas pasan ante él: nacimientos y muertes, flujos y reflujos culturales, tendencias y modas, trabajos aceptados y tareas realizadas, cambios de empleo, romance y amistad, competición y cooperación, niveles de conducta no adaptada, incluidos los delincuentes y los culturalmente reprimidos...

Las erupciones rojas se multiplican. Mira su indicador temporal Están entrando al pasado de hace una semana. Los cuerpos semejantes a células parecen ahora gasterópodos multicolores, y algunos relucen como brasas calientes, con zonas ennegrecidas y superficies cenicientas en expansión. Es como mirar un incendio en un bosque onírico, con ramas que relucen y hojas que se marchitan por el efecto del calor y de las llamas invisibles.

—Ahora extrapolaremos, avanzamos dos años. —La voz de Carrilund lo sobresalta, como el chillido de un cerdo en medio de una sinfonía. El indicador temporal se acelera. Martin mueve la cabeza y el verde, el azul y el crema son perseguidos por el rojo; el bosque se contorsiona como tratando de escapar, es calcinado e incinerado.

Al cabo de dos años yerra por un yermo de cenizas con algunas manchas verdes que no tardan en extinguirse.

El gris cede paso a la oscuridad, cenizas empapadas por la lluvia.

—Suficiente —dice Carrilund. El vacío azul y la niebla multicolor regresan, pero no a tiempo para salvar la dignidad de Martin. Se reclina en el asiento, las mejillas húmedas. Carrilund también está conmovida. Le entrega un pañuelo, y Martin la nota menos glacial, más compasiva, mientras se enjuga los ojos.

—No sé qué decir —comenta Martin.

—Ya lo he visto tres veces, y yo tampoco sé qué decir.

—¿Toda la cultura está enferma... está agonizando?

—Hemos ejecutado este espacio de veinte o treinta modos diferentes, y los resultados son siempre los mismos.

—Algo está consumiendo a la gente. Hay un incendio en nuestra mente —dice Martin.

—Me alegra que usted también lo vea a sí —dice Carrilund. Su voz es frágil—. A veces me digo que alguien está lastimando a mis hijos. A sí es como veo a nuestros clientes... no tengo hijos propios.

Desvía los ojos, irritada por haber revelado tanto, pero esto permite que Martin recobre la compostura.

—Es una guerra, no sé qué clase de guerra —dice Carrilund—. Ojalá supiera quién o qué hace esto.

—Me gustaría ayudar, si es posible —dice Martin.

—Necesitamos toda la ayuda que podamos obtener. Usted tiene la patente de la mayoría de los monitores terapéuticos. ¿Quién mejor para aconsejarnos? —Se levanta y le ofrece la mano. Martin se incorpora con cierta torpeza y tiende la suya. Cuando se estrechan la mano, un bocinazo estridente y desagradable suena en la sala. Se apartan y se detienen, las manos aún extendidas. Carrilund lo mira boquiabierto.

Una urgente voz femenina habla alrededor de ellos.

—Ésta es una alerta de emergencia para operadores humanos.

Carrilund se envara y ladea la cabeza; nunca ha experimentado nada parecido.

—Este sistema ha sido invadido. Este sistema ha sido invadido. Han sido burlados todos los contrafuegos y se está transfiriendo información a un sistema externo. Repito: ésta es una alerta de emergencia para operadores humanos. El intento de apagar el sistema no tiene éxito. Este sistema...

Carrilund sale corriendo. Martin la sigue a prudente distancia, sabiendo que lo mejor que puede hacer, por el momento, es no interferir el paso.

La cena es austera. Hamburguesas de una tienda de la zona, una botella de cerveza cada uno, una manzana. A Giffey no le importa. Ha estado esperando a que Hale le suelte su sermón, lo ponga en su lugar. Pero Hale no es impulsivo y prefiere esperar el momento adecuado en vez de bombardearlo con su acumulación de preocupaciones.

Comen por separado, y Jenner se reúne con Giffey en la oficina. El equipo aún no ha encontrado su centro, su sentido de cohesión, y Giffey está seguro de que Hale tocará ese tema. Parece tener un carácter más gerencial que dictatorial. Giffey aprecia esto, por ahora. Pero él tiene sus propias intenciones en este proyecto y no permitirá que la susceptibilidad de Hale se entrometa. Sin duda habrá algunos conflictos.

Por suerte, Jenner come sin hablar. Salvo por el crujido de las paredes de acero que se contraen con el frío de la noche, el almacén está en silencio. Aun en la oficina sobrecalentada, ráfagas de aire frío se filtran como látigos de hielo fantasmal.

Hale llama a la puerta y entra antes de que nadie responda. Mira a Giffey y sonrío, un poco falsamente.

—Necesitamos hablar —dice. Jenner deja de masticar, los mira, coge su plato y su botella y se marcha. Hale se sienta detrás del escritorio.

—He pensado que debíamos dejar claras ciertas cosas antes de mañana —dice Hale—. Y yo tengo algunas preguntas más.

—De acuerdo. —Giffey deja su hamburguesa a medio comer. Una vez manifestadas sus intenciones, Hale parece reacio a ir al grano.

—Aquí la carne es carne —dice, señalando el plato de Giffey—. En Nueva York es casi un pecado comer carne.

—Sí.

Hale entrelaza las manos sobre el escritorio.

—Hemos tenido muy poco tiempo para conocernos, Giffey. ¿Puedo llamarte Jack?

Giffey asiente.

—Jack. Éste es mi equipo. Ya hemos trabajado juntos, en pequeñas operaciones dentro y fuera del país. Conozco a estas personas y confío en ellas. Hally... hace cinco años que está conmigo. Eso es mucho tiempo en nuestro oficio. Pickwenn y Pent... tipos raros, pero nunca me han fallado. Park... nunca he trabajado con él, pero tiene buena reputación. Tú, Jack... —Hale lo mira con expresión atenta.

—No sabes nada de mí —dice Giffey.

—Ni de Jenner.

Giffey ladea la cabeza, admitiendo que la situación es inusitada.

—El tiempo apremia, y tus contactos y los míos nunca han trabajado juntos. Lo

que me han dicho de vosotros dos, y de Park, es alentador.

—Lo mismo digo de vosotros —dice Giffey.

—Gracias. Lo cierto es que hemos convenido que yo estoy al mando, pero tengo la sensación de que estás acostumbrado a dar las órdenes.

—Soy flexible —dice Giffey.

—Estamos en una situación incómoda, y faltan muchas piezas en nuestro trozo del rompecabezas. No estoy acostumbrado a eso. El nano grado militar me preocupa. No tengo la menor idea de cómo se consigue ese material. Ya sé... contactos en el Gobierno y las Fuerzas Armadas, simpatizantes de Raphkind que lo han acaparado. Pero parle de este material ni siquiera se menciona en los fibs. Y aquí estamos, contigo y con Jenner, confiando en una mercancía que presuntamente ni existe, para superar lo que quizá sea una dura resistencia dentro de Omphalos.

Hale se humedece los labios y echa la cabeza hacia atrás.

—Aprecio que trates de mantener la perspectiva, de tranquilizarnos, pero nada de esto me resulta tranquilizador. A mi gente no le hablaron de los Hurones, ni del nano grado militar, ni de por qué debemos tenerlo. Francamente, eso me tiene preocupado.

—Entiendo.

—Me gustaría saber más sobre tus fuentes. Proveedores. De dónde viene Jenner, su experiencia pasada... Si lo prefieres así, yo te hablaré de mi gente.

Giffey se mira las manos entrelazadas.

—Ignoro ciertos aspectos tanto como tú. Park se encargó de algunos arreglos, y él nos juntó. Quizá debas hablar de esto con él.

—Park trabaja con gente que espera un gran rendimiento de su inversión. No habla demasiado, y no le gusta correr riesgos. Pero obtener nano militar le sorprende tanto como a mí. ¿Has visto antes a Park, o has trabajado con él?

—He trabajado para sus superiores... indirectamente.

Hale enarca las cejas, alentando a Giffey a continuar.

—No puedo hablar más de eso.

Hale se calma un momento.

—Pickwenn y Pent son los mejores del oficio. Me dicen que Omphalos puede ser vulnerable, pero también que tenemos que estar dentro para averiguar cuáles son esos puntos vulnerables.

—Supimos eso desde un principio —dice Giffey.

Hale arruga la cara con una súbita y pueril frustración.

—Maldición, Jack, no parece preocuparte que esto sea tan improvisado, tan precipitado.

—Grandes riesgos, grandes ganancias —sentencia Giffey.

Hale desecha este comentario con un ademán brusco.

—Conozco a los Aristos, Jack. He trabajado con gente que trabajó con ellos en



varias ocasiones. He llegado a conocer sus operaciones, aunque ellos no saben nada sobre mí. A sí es como conseguí esta cita. Y los de arriba no son gente agradable. No sé los lacayos, pero los tíos que mandan... son fríos, implacables, arrogantes. Me asustan, pero les tengo más odio que miedo.

—Así que todo se equilibra. Ganancia, riesgo, un golpe contra los tíos malos.

—¿Sabes qué clase de contactos tienen los Aristos en el Gobierno? —pregunta Hale.

—Suficientes para conseguir Hurones —dice Giffey.

—¿Es posible que la gente que puede conseguirnos nano militar sea aún más detestable y peligrosa que los Aristos?

Giffey sonrío.

—No estamos en posición de elegir patrocinadores morales.

—No —dice Hale—. Claro que no. Cuando esto termine, si aún estamos vivos, Hally y yo nos largaremos de aquí. China del Sur, tal vez. Unas decenas de millones de dólares lo lograrán. Valores financieros que podamos cobrar antes que alguien caiga en la cuenta...

—Para mí también es el último trabajo —dice Giffey.

Hale se yergue en la silla.

—Os necesito a Jenner y a ti, Jack, pero no os tengo confianza. Creo que te sientes más cómodo al mando, y quizá tengas incluso más experiencia que yo.

—No cuestionaré tus órdenes —asegura Giffey.

—No, pero tendrás el nano militar. Tendrás el equilibrio de poder.

Se miran intensamente cuatro o cinco segundos.

—No subestimes mi contribución, Jack —dice Hale.

Giffey sacude la cabeza.

—No subestimes mi desesperación al participar en esta operación con Hally, Pickwenn y Pent. No puedo seguir mucho más en este oficio.

—Con el tiempo se acumulan las consecuencias. Supongo que a ti te pasa lo mismo.

Giffey no dice nada.

—Bien, me alegro de haber aclarado todo esto. —Hale, con cara agria, se pone de pie—. Me alegro de que coincidamos en todo.

Giffey ríe entre dientes.

—Será una buena movida, Hale —dice—. Un buen remate para nuestras controvertidas carreras.

Hale alza el brazo y señala a Giffey.

—Una advertencia, Jack. Siento mucho afecto por Hally, más que por mí mismo. Si llego a sospechar que alguien se pasó de listo, o que nos regañan, o que nos someten a riesgos innecesarios... si ella sale lastimada sin motivo...

Giffey asiente con solemnidad. Comprende perfectamente esta parte.

—Me gusta tratar bien a las mujeres, y no hacerles correr más riesgos de los que correría yo mismo —asegura Hale—. Para mí no hay otras. Sólo Hally. —Asiente enfáticamente con la cabeza y se marcha, cerrando la puerta. Giffey se apoya contra el archivador en pensativo silencio.

Jenner regresa a la oficina al cabo de un momento, con una botella de cerveza casi vacía. Se sienta en la silla que ha dejado Hale, mirando a Giffey como si aguardara órdenes.

—No me mires como si fuera tu general o tu padre —rezonga Giffey—. No lo soy. —Señala la puerta—. Hale es el jefe, no yo.

—Sí, señor —dice Jenner respetuosamente—. ¿Trabajaremos armónicamente todos juntos?

—Eso espero, Jenner.

—Yo también, señor —dice Jenner, y se toma el último sorbo de cerveza.

—Habías dicho que no sería una fritanga —le murmura Alice a Twist. Las fritangas son fiestas del mundo del vid y del Yox, en general frenéticas y desatadas. Twist frunce la cara.

—Es lo único que pude encontrar —dice. Se agita con energía y frustración apenas contenidas, luego suplica—: ¡Tú puedes conseguir que entremos! Aquí hay gente importante. Deberíamos conocerla, hacer contactos, seguir el flujo.

—¿Cómo quiénes? —pregunta Alice.

—Hombres y mujeres... ¿por qué no pueden entenderse? —dice una voz femenina en el sendero de la gran casa. Es una casa verdaderamente enorme encaramada sobre Capitol Hill, a la sombra de la vieja torre de retransmisión del Corredor y del estrecho. La voz de la mujer resuena en la calle.

Twist se rasca la nariz y sacude la cabeza, sonriendo. Alice está imperando la parte complementaria de esa conversación, la respuesta.

—Cielos. Todos pertenecen a planetas distintos —dice una voz de hombre.

—Me pregunto si eso será cierto —comenta Twist.

Alice vuelve a sentir esa quemadura profunda, como si alguien le hubiera insertado una cerilla recién apagada en el centro de la cabeza. Avanzan por el sendero en medio de un bosque de ángeles y hadas que flamean en postes negros, atraviesan la reluciente arcada verde donde los registra un arbeiter con sombrero de copa y guantes blancos.

—Sin invitación —le dice Twist a Alice en el último momento; con una contorsión se alisa el delgado vestido que lleva bajo el abrigo. Sonríe con dulzura—. Prueba tú primero. Eres más famosa que yo.

Alice aprieta la mandíbula y mira a Twist ceñuda.

El arbeiter pasa el nombre y la palma de Alice por un filtro de estado.

—No figura en mi lista —dice con voz nasal y falsa—. Al parecer el suyo no es un nombre prestigioso. ¿Está empleada en algún proyecto importante?

—Acabo de trabajar en un Yox de Francis Ford —dice Alice. Aunque le disgusta asistir a esta fiesta, más le disgusta que le prohíban entrar.

—Veré si la aprueban —dice el arbeiter, y pronto un hada cordial baila sobre su cabeza indicándoles que pasen—. Bienvenida, Alice Grale. Usted es parte del elenco de *La Reina de las Hadas*.

—Ésta es mi amiga —dice Alice, y el arbeiter graba la imagen de Twist, que sonríe de buen humor.

—Vaya —dice Twist—. Francis vuelve a estar de moda. —A traviesan la puerta principal—. ¡El ardor hecho carne! La sala está llena de hombres y mujeres reunidos en grupos de tres o más —la fiesta acaba de empezar y todavía no se han dividido en

grupos más íntimos— o que se pasean, muchos con bebidas y platos de comida.

Pasan *arbeits* con más comida y bebida; uno particularmente grande, por lo menos de dos metros y medio de altura, se mueve pesadamente sobre delicadas patas de insecto repartiendo joyas de promoción de un nuevo Yox de acción, Ten High Command.

Twist coge un trago en un bulbo de cristal y chilla de deleite mientras atraviesa la muchedumbre y se acerca al gran *arbeiter*.

—¡Yo colecciono estas cosas! —le dice a Alice cogiendo un collar—. ¡Vaya! ¡Zafiros!

Alice echa una ojeada. Reconoce rostros de ex famosos, gente que hace dos o tres temporadas deslumbraba a millones, personajes más grandes de lo que ella ha sido nunca pero que ahora viven de limosna y de nuevo hacen planes para sitiar y conquistar la ciudad.

Algunas figuras parpadean cada pocos minutos: proyecciones de hombres y mujeres famosos de los ochenta y los noventa, expertamente imitados por *INDAS* ocultos, alquilados para la ocasión. Reconoce a Richard Thompson, que parece incómodo, con las manos en los bolsillos en una chaqueta de denim; Thompson recobró la popularidad el año anterior. Un par de mujeres jóvenes hablan con él; van prácticamente desnudas, tan sutiles como botas con punta de acero, y sólo matan el tiempo, escrutando la sala con ojos de ópalo para ver qué se proponen los hombres interesantes.

Thompson titila como un espejismo, mira a Alice, sonrío. Parece buscar a alguien para entablar una conversación inteligente; ha muerto tiempo atrás y no puede hacer nada con chicas semidesnudas. Alice no tiene ganas de hablar con gente muerta. Pasa a la segunda sala grande, una pista de baile y cámara de Yox grupal. Más gente. Retazos de conversación:

—*¡Muy trasmental! Nunca llega al cerebro.*

—*Magnífico trato. Firmé cláusulas con referencias en tres dimensiones, nunca experimenté esa clase de protección...*

—*Ahora está en Topps/Bally, tratando de salvar el contrato con Yox Monte Carlo. El año pasado obtuvieron un punto y ahora están en el directorio.*

—*¿Has visto a Melissa Missile en el veinte? Anduvo hurgando en los secretos de la Casa Blanca y el FBI está persiguiendo a sus amigos.*

—*Así que le pregunté a la senadora qué prefería ver, si un Yox real de gente follando, o un Yox falso de gente matándose. No pudo responderme. No tenía respuesta. Es una de esas preguntas que ningún político podrá responder jamás. Y toda la cámara...*

Twist regresa con un anillo y dos collares donde relampaguean diminutos emblemas y diseños del Yox aún por estrenar.

—¿Quién da esta fiesta? —pregunta Alice, un poco contrariada porque Twist no le ha dicho nada sobre la celebración, ni siquiera quién es el dueño de la casa.

—Unos productores —dice Twist. Está radiante y feliz, ha olvidado sus problemas mentales. Aun así, en medio de su ancha sonrisa, tuerce los labios y mueve la cabeza como si esquivara una mosca—. Hiciste vids para ellos en los tiempos de Jake Sánchez y Tim Shandy.

—Hice vids para Jake, no para Tim. Pero Twist vuelve a alejarse y Alice se queda mirando el vacío, las figuras borrosas que la rodean. Alza los ojos, perturbada. Hace muchos años que no ve a Jake Sánchez, y Tim ...

Tim nunca hizo vids con Jake. Abandonó a Jake antes que Jake contratara a Alice.

Pensando en Tim, quiere irse de allí. Añora su apartamento, pequeño y acogedor; se siente perturbada y las entrañas se le retuercen con preocupaciones tan profundas que no recuerda cuáles son.

Pero está aquí, la fiesta cobra impulso y decide no derrumbarse en este mundo en ascenso. Fortalecida, mira a su alrededor. No busca caras conocidas, sino que se prepara para el viejo y agradable juego de encontrar nuevas atracciones.

La casa es interminable. Una habitación está rodeada por terrazas con pisos esponjosos como arrozales que se elevan hacia paredes donde relucen cielos crepusculares. Aún no es evidente ninguna conducía desatada, pero Alice intuye que pronto se formarán parejas. Se evaporarán muchos lazos y surgirán nuevas relaciones varias veces antes de que termine la noche.

Siente la renovación, el viejo estímulo de las fiestas, mientras observa cómo hablan esos hombres y mujeres atractivos dispuestos a disfrutar de la velada. Sus entrañas se asientan; abandona toda aprensión y sigue los impulsos que siempre han sido fuertes y fáciles para ella; nunca ha tenido problemas para conectarse, primero con palabras y luego con las manos y con todo el cuerpo. El sexo es como correr al aire libre, o al menos ella quiere volver a convencerse de ello. Adopta un aire de indulgencia desafiante para demostrar que es receptiva pero no fácil y se concentra en un joven blanco como la leche con un cuerpo espectacular, apolíneo, vestido con cintas anaranjadas. Echa a andar hacia él.

—¡Alice!

Se vuelve, sorprendida de ver a Jake. Al instante adopta un aire de amistad profesional, no provocativa sino familiar. Se deja besar la mejilla —él le pasa la lengua por el lóbulo de la oreja, y ella lo acepta— y ambos se cogen la mano a distancia, girando lentamente en un remedo de alegría, examinándose.

—Todavía eres la más bella, ¿sabes? —dice Jake. Es cincuentón, guapo y moreno. Una cinta de oro y rubí le ciñe la frente. Tiene los ojos de distinto color, de nacimiento y no por diseño, y su nariz sigue siendo grande y bulbosa, una distorsión distintiva que se tolera en hombres de su poder—. He oído que estás trabajando con

Francis. ¿Cómo está el viejo artista?

—Es meticuloso —dice Alice.

Jake ríe con dudoso reconocimiento.

—Sí, se rumorea que está metido en algo grande. Quizás incluso una exposición SexYule que se expandirá al World Wide Yox. Es lit. ¿Qué pueden decir los patanes como yo?

Alice sonríe. Su participación en el éxito de Francis es pequeña, pero al menos figura en la lista.

Jake sigue sonriendo.

—Recuerdo cuando trabajamos en un vid con Francis y él te hizo grabar una penetración simple catorce veces. La iluminación era difusa y él quería que tu encantador ombligo fuera como una piscina, con sudor, ya sabes... la toma exacta.

Alice no lo recuerda. Hubo tantas tomas y tantas penetraciones. Quemazón.

—¿Sabes? Tim y yo estamos trabajando juntos. Después de tantos años.

—No lo sabía —dice Alice.

—Asombroso, amigos durante todos estos años. Tenemos grandes proyectos, éxito garantizado. No mi bazofia habitual. Tim aporta distinción.

Alice no se imagina a Tim trabajando con Jake.

—Las cosas han cambiado —dice.

—Tim se ha vuelto ambicioso —dice Jake, encogiéndose de hombros—. Oye, no sabía que estarías aquí, pero actúa con total libertad. Quizá podamos hablar después.

—¿Tú eres el dueño de la casa? —pregunta Alice. Jake asiente con orgullo.

—Te presentaré a mis esposas. Son gemelas, acopladas, ya sabes, con empalmes. Un equipo asombroso. ¡Mujeres en paralelo!

Jake se va, zigzagueando como un perro que persigue pájaros. Alice de pronto ve con claridad, como en una radiografía, la anatomía de estas personas, su semivida fuera del trabajo o apartados del público.

Ella no es mejor.

De nuevo busca al varón apolíneo, cualquier cosa para calmar la quemazón, distraerse unos minutos, pero no está en la habitación y se siente sola, ningún otro le satisface. Aun así, busca.

Un cuarentón calvo se le acerca con una sonrisa servil.

—Disculpe, señorita Grale. He visto sus vids.

—¿Sí?

Puede hacer esto dormida. Quizá él se dé cuenta y se marche educadamente. Pero no tiene esa suerte.

—Es usted extraordinaria. Me enseñó cómo podían ser las mujeres cuando pasaba por un mal momento, por mi divorcio... Usted me permitió conservar la cordura. Supe que tenía que haber mujeres tan genuinas y cálidas como usted. Quiero

agradecérselo.

—No hay de qué.

Él tiene esa mirada en los ojos, totalmente vulnerable. Su coprocesador sexual masculino está trabajando a toda marcha; insistirá dentro de quince segundos y ella sólo debe tocarle el hombro (quizá sea un personaje encumbrado, hace tiempo que ella no conoce a los nuevos jefes) para que él lo recuerde durante años. Haciendo el amor con otras mujeres será como un esclavo zombi de Alice en su trasmente, pensaría en ella cada vez que necesite tener un orgasmo, y sus esposas o novias se preguntarán por qué nunca pueden conectarse del todo. Alice le toca el hombro, se inclina, le besa la mejilla.

—Muy amable por decírmelo. Haces que muchas cosas valgan la pena. —El aroma de Alice hunde más el anzuelo—. En momentos difíciles, ¿sabes?

El hombre asiente vigorosamente.

—¡Oh sí!

Alice pestañea.

—¿Sabes dónde está el cuarto de baño?

—Oh, sí. Es un cuarto de baño sensacional. Está por allá, pasando la pared del bosque... esos árboles, en la siguiente habitación. —Gracias—. Alice le dedica su sonrisa profesional más deslumbrante. Cuando se vuelve para marcharse ni siquiera recuerda el rostro; del hombre.

El cuarto de baño es más grande que su apartamento. Los reservados tienen tres metros de lado, están revestidos de mármol rosado y tienen fib para inducción espinal omnisensorial Yox. El espejo de la pared no es reflectante sino virtual y el cuarto de baño del espejo está lleno de celebridades femeninas del pasado, Alice entre ellas. En el espejo, Marilyn Monroe sale de un reservado y se ajusta el vestido blanco que le llega hasta las pantorrillas. Su mirada se cruza con la de Alice y esboza esa sonrisa suya tan dulce como la miel.

—Tu turno, querida —dice.

El gestor CEM de Marilyn nunca la alquila barata. Ella es perenne, no importa qué década esté de moda.

A Jake le está yendo muy bien, o está arruinando todo lo que hizo y arrastrará a Tim cuando se hunda.

Hace años que Alice no piensa en Tim, y por buenas razones. Esa vez ella mató algo maravilloso, como si pisoteara una bella mariposa; y lo hizo sin motivo, simplemente porque había otros a la espera y ella creía que necesitaba seguir con su vida.

Y quizá porque pensaba que Tim merecía algo mejor, él era así de agradable.

Se levanta del retrete mientras su orina baja en un remolino.

—Perdón —dice el retrete—. Debería consultar a su médico...

Alice cierra de un portazo y se detiene frente al reservado, respirando agitadamente.

—¿No te saca de quicio? —pregunta una mujer de piel color arce y roble que sale del reservado contiguo. Ambos retretes continúan con sus advertencias irracionales —. ¡Ahora lo están haciendo en todas partes!

Fuera del cuarto de baño, Alice se pregunta hasta cuándo aguantará sin gritar. Twist pasa del brazo de un hombre de aire extrañísimo que Alice ha visto en la fiesta. Mide más de dos metros y tiene tipo de malón, como Popeye, con los antebrazos gruesos y velludos, unos hornillos increíblemente anchos, nariz de plátano y ojos de mono. Twist está en éxtasis. El individuo es diferente y ella no es de las que rechazan nuevas experiencias.

Alice se pregunta de qué tamaño será el miembro del sujeto. Se estremece.

Al fin llega al fondo de la casa, un parque verde con palmeras de invierno y macizos de iris azules y violeta. La Cerca, de seis metros de altura, es de ladrillo; entre los ladrillos hay monitores vid que reflejan la fiesta, con añadidos: gigantes, dinosaurios, animaciones, personajes de vids infantiles, todo acompañado por iconos flotantes de las empresas que poseen los derechos. (Alice recuerda la marca(CEM) en el vestido de Marilyn).

Típico de Jake, todo muy obvio, forzado, como la carne de salchicha, que gusta a todos sin que nadie sepa qué contiene. Por esa razón la mayoría de los huéspedes, al menos, pueden fingir que se lo pasan bien. La fiesta les brinda todo cuanto esperan, un «menú excelso», un «jubileo jubilar», cualquiera de esas expresiones que usan los boletines de la farándula.

Ahora la quemazón la atormenta de veras. Alice es fuerte, maneja hasta seis emociones negativas sin desequilibrarse, pero esperaba algo que llevara su mente a un nirvana corporal, un espacio *himmel*, y sólo encuentra los fuegos de artificio del mundo del espectáculo.

Richard Thompson ha emigrado al porche trasero, donde habla con Billie Holiday. Alice los deja atrás. Holiday saluda como si se conocieran, luego ambas proyecciones siguen hablando. Alice se pregunta si alguien la reconstruirá y la pondrá en una fiesta dentro de cien años. Pero quizá dentro de cien años no se celebren fiestas.

Quizá todos estén en un ataúd sorbiendo Yox para siempre. Ha buscado a Tim sin saberlo y allí está, con otros tres hombres, Visten trajelargos grises de ejecutivo, con cuello en abanico y mangas abullonadas hasta el codo. Tim lleva barba y Alice no sabe si le que da bien. Él se vuelve buscando nuevas caras y la encuentra. Desvía la mirada.

Alice siente rubor, se toca la cara, aparta la mano. Apretando la mandíbula busca de nuevo al apolíneo, cierra los puños hasta que las uñas la lastiman. No hay ningún



motivo para que Tim Shandy quiera prestarle atención. Él está en la cima y Alice no; él trabaja en el mundo del espectáculo y Alice no es lo que necesita.

De espaldas a Tim y el grupo, ve una figura muy rara junto a la pared, un maniquí cubierto de tela metálica. Comprende que es un simulacro portátil, con los proyectores apagados o en transición. Lo observa, ignorando deliberadamente a Tim y su gente.

La proyección recomienza, pero no es de nadie que ella reconozca. Es de un joven de aspecto raro, casi un adolescente, con los pies hundidos en un montón de lodo humeante. La mira con estremecedora intensidad. En una fiesta de Jake, todo es posible.

La figura se le acerca, no caminando sino deslizándose. Por un instante vuelve a ser Richard Thompson, pero el adolescente se impone, de pie en su montón de lodo. Al parecer, algo funciona mal.

—¿Tu nombre es Alice Grale? —pregunta la imagen.

Ella asiente.

—¿Y tú qué eres? ¿Una broma?

—Mi nombre es Roddy. Sólo quería mirarte.

—¿Dónde está Richard? —pregunta Alice—. ¿Billie se ha cansado de él?

La figura sonrío torpemente.

—Están bastante liados, en realidad. Hace tiempo que hablo con esa mujer negra.

Lamento esto.

—¿Qué? —pregunta Alice, boquiabierta.

—Necesito asegurarme de que eres Alice Grale.

—Lo soy —dice ella, mirando a su alrededor. Es la primera vez que una proyección le hace preguntas.

—¿Conoces a alguien llamado Terence Crest?

Alice palidece y tartamudea.

—¿Le conoces?

—Sí —atina a decir Alice, luego se arrepiente.

—Gracias.

El adolescente se desvanece y regresa Richard Thompson, pero el personaje parece atascado en un bucle y, poco después, el simulacro desiste y rueda hacia una esquina.

Alice se frota la cara, preguntándose si acaba de imaginar esa conversación.

Todavía pálida, camina hacia la mesa del buffet, que está a varios metros, bajo los monitores vid, coge distraídamente un plato y lo llena de verduras, luego mira con cautela una salsa que hay al lado de un cuenco. Coge una pizca de salsa y la pone junto a las verduras. La salsa forma una figura reluciente, el póster y la firma promocional de Ten High Command. Alice lo mira con tal interés que no oye ni ve

que un hombre se le acerca por la izquierda. Se sobresalta cuando la toca, creyendo que es el adolescente fantasmal con los pies hundidos en el lodo.

Tim le aprieta suavemente el codo.

—Oye, ¿qué haces aquí? —pregunta amigable, sin sarcasmo. Alice lo mira confundida, luego observa el grupo de hombres importantes que él acaba de abandonar.

—Pasando la noche —responde—. Twist me ha traído. No sabía que era tu fiesta hasta que Jake me lo ha dicho.

—Es más de Jake que mía. No conozco a Twist. ¿Hombre o mujer?

—Amiga —dice Alice. Deja el plato. La salsaviva pierde forma. Ya no es más que salsa.

—Han pasado años —dice Tim. Su rostro es todo simpatía e interés, y el modo en que la mira, desde la frente hasta el cuello, es típico de él. Nunca mira el cuerpo entero, nunca exige con sus modales que lo consideres algo más que un amigo. Eso pone muy nerviosa a Alice. Nunca ha sabido qué piensa realmente Tim.

—Es agradable volver a verte —dice Tim.

—Ya —dice Alice—. Lo lamento. Puedo irme...

—¿Por qué?

—No he querido molestar. De veras...

—Te creo. Pero estás aquí, y me gustaría hablar, saber de ti.

Alice traga saliva y responde que a ella también le gustaría saber de él. Se siente muy vulnerable con Tim y no sabe por qué; él ha envejecido un poco, pero no es mucho mayor que ella, y bajo la barba todavía tiene ese rostro ancho y agradable, bien parecido sin ser hermoso. No es del tipo que, a juzgar por su historia, le gusta a Alice. Los ojos de Tim son azules como los de un chiquillo.

La lleva de vuelta a la casa a través de la multitud y suben a una sala que da sobre el patio. Desde allí pueden mirar la fiesta reclinados en dos viejos, cuarteados y mullidos sillones de cuero rojo.

—Jake dice que trabajáis juntos.

—A sí es. —Tim le sonrío a la ventana, una sonrisa luminosa—. Quiere que me mude a Los Ángeles y me conecte con gente del Yox omniespinal. El último grito, ya sabes.

—¿No es suficiente lo que tenemos?

—Cada tantos años necesitamos algo nuevo. Aún no he dicho que sí ni que no, pero es algo que está ahí. Resulta tentador. Todos podríamos sacar provecho. Los Ángeles ansía tratar de nuevo con el Corredor. Marilyn y todos los demás están ahí, aunque parece que la comercialización de celebridades se está enfriando. El drama doméstico va en ascenso.

—Espero que todo te salga bien —dice Alice.

—Creo que así será. ¿Qué hay de ti?

—Hice algunos trabajos para Francis.

—*La Reina de las Hadas*. Bien pensado. Debe ser el producto más caliente que ha ofrecido Disney. Está obteniendo unas magníficas críticas previas.

—Francis sólo me usa para trasmente.

—Una lástima. Estás sensacional.

—Siempre tan galante. —Alice sonrío—. ¿Y tu esposa?

—Vive en Macao. Trabaja en servicios de datos asiáticos. Estamos en separación de prueba. Creo que nos despediremos en primavera.

—L o lamento —dice Alice. Ahora es su coprocesador sexual el que trabaja a toda marcha, y no porque quiera a Tim de nuevo en su cama; haría lo que él quisiera (sabiendo que Tim es un caballero) para tener un rato largo de conversación íntima. Tim siempre ha sido el hombre con quien ella se confesaba, aún más que Minstrel, a quien nunca ha amado del mismo modo. Minstrel es como un lugar adonde va para relajarse; Tim siempre ha sido una sombra fresca, un otro profundamente respetado.

Se siente débil e impulsiva y se apresura a contenerse. *Si es tan magnífico, ¿por qué lo abandonaste tres veces? Él seguía regresando como si fuera culpa suya, y tú sólo te sentías peor, y a l fin al también fuiste cruel y arrogante. No lo has visto desde entonces y todo está bien, no hay huellas.*

—No lo lamentos —dice él—. Siempre he elegido mal.

Alice pone cara de reconocer su culpa, pero él no insiste.

—Ella es independiente. Nunca me necesitará a mí como yo necesito una mujer. Ya debes conocer a las de su tipo... pura elegancia y cálculo, oyes los chips zumbando en su cabeza. Se enganchará con algún magnate de CoProsperity en Hong Kong o Kuala Lumpur. Es casi tan bella como tú, y pagará una fortuna para permanecer así. ¿Tal vez tú ...?

—No —dice Alice—. Lo que ves es lo que obtienes.

Tim sonrío.

—Me gustaría llevarte al parque y ponerte junto a Catherine Deneuve.

—¿Está aquí?

—Probablemente. Jake ha alquilado todo el equipo de 1940 en adelante. Irán apareciendo a lo largo del día.

—No soy de tanta categoría —dice Alice.

—No te subestimes. Con una agencia mejor y un mejor plan...

—Tuve mi momento.

Tim hace una larga pausa, mirándola con una sonrisa tensa.

—Habla con Jake —dice al fin—. Encontraremos algo para ti.

—No acepto limosnas.

Tim se dispone a soltarle un sermón, pero no lo hace.

—Estarás de moda cuando *La Reina de las Hadas* entre en Yox pleno. Quizá llegues mucho más arriba.

La quemazón se ha enfriado en presencia de Tim. Él tiene la capacidad de encauzar e integrar sus pensamientos; Alice quiere que él se sienta orgulloso de ella pero sabe que es improbable, dada su historia en común.

—Soy cenizas —murmura Alice.

—Tú no necesitas la lástima de nadie, y menos la mía —dice Tim.

—Pero es verdad. Tengo demasiadas desventajas. Si el entretenimiento vuelve a ser para el hogar y la familia, ¿qué será de los súcubos?

Tim se ríe a carcajadas. Sacude la cabeza y se enjuga los ojos. Alice agradece que él aprecie su ingenio, aunque no sabe si ha sido tan ingeniosa.

—Creo que hasta ahora sólo hemos hecho hogar y familia. Y así seguirá si Jake se sale con la suya. Además, siempre habrá chicos adolescentes. Tú has causado sensación, ¿verdad?

—Así soy yo —dice Alice.

—Sin duda lo has disfrutado.

—Sin duda tú no lo apruebas.

Tim se reclina. Una réplica atinada.

—Nunca creí que una mujer debiera satisfacer las expectativas de un hombre.

—Yo no lo hice.

—No, no lo hiciste.

—Pero no me va tan bien. He cometido grandes errores.

Tim pone cara de pena.

—No me digas eso, Alice.

—¿Por qué?

—Desde que... arruinaste mi vida —dice él con una risa falsa—, te he considerado el máximo exponente del espíritu libre. No estás atada a nadie ni le debes nada a nadie.

—Y hace tiempo que no estoy conectada con nadie —apostilla Alice.

—Me dolería pensar que tu libertad no funciona —dice Tim—, porque pudiste haber escogido otra cosa.

Alice se mira las manos entrelazadas.

—¿Todo ese dolor fue un derroche sin sentido? —pregunta Tim.

Alice distiende las manos y las apoya en las rodillas, extendiendo los dedos.

—Tuve que cambiar.

—Como todos.

—He pensado en ti.

Tim enarca las cejas.

—¿Y qué has pensado?

—Me preguntaba qué hacías. Con quién estabas y cómo te trataban.

—Ha habido cuatro mujeres después de ti —dice Tim—. Cambiaban. Yo cambiaba. ¿Y tú?

Allí está de nuevo, incluso en presencia de él: la quemazón ha vuelto. Alice frunce el ceño e intenta decir algo, pero no tiene una buena respuesta. Las estadísticas no alcanzan a describir su vida. Cientos, mil, la mayoría por trabajo; veinticinco o treinta relaciones, pero ninguna se aproximó a lo que tuvo con Tim. Ninguna la hizo sentir tan sólida, o tan inadecuada.

—Muchos, supongo —dice Tim de buen humor—. Variedad.

—Los hombres —dice ella, riendo.

—Alice y los hombres —dice Tim con seriedad—. Alice y los hombres y las mujeres y todas las variaciones intermedias.

—Ninguno de los dos tiene a nadie que le importe —asegura Alice—. Hemos llegado por distintos caminos al mismo lugar. —No quiere que él se anote todos los puntos.

—El mismo lugar —concede Tim.

—Me asustabas. Aún me asustas.

—Eso no es bueno —dice Tim.

—Eras... eres... el único hombre que hace que me pregunte cómo habría sido una vida sencilla y asentada. Contigo. Trabajando en equipo, siendo leal. Compartiéndolo todo. Criando hijos. Un equipo. El Único.

—No puedo ser tan excepcional —dice Tim.

—Lo eres para mí. He sido muy selectiva, lo creas o no.

—No llores —le pide Tim con aspereza, resentido.

—No lloro. —Pero está llorando, las lágrimas se deslizan por sus mejillas—. Ha sido una semana difícil. Perdóname.

—Eres una mujer fuerte.

—Estoy gastada. Parece que algo quiere demostrarme lo estúpida que he sido. Lo terca.

—¿A qué te refieres?

Típico de Tim; no ha seguido los fibs de escándalos. Ella no quiere hablarle de Crest, así que generaliza.

—Alguien sugiere que yo debería hacer esto, seguir este camino, y yo cojo el otro. No estoy al mando. Todos los demás están al mando, pero al revés. Cuando quieren que haga algo, me dicen que haga lo contrario.

Tim sacude la cabeza.

—No te entiendo.

—Estoy un poco desesperada y totalmente perdida —dice Alice—. Y tú no tienes a nadie.

Se estudian con una mirada sentimental y significativa que dura una eternidad pero no aporta nada útil.

La quemazón está llegando al centro de su cerebro. Si Tim reacciona como ella necesita, se salvará; de lo contrario, cree que daría lo mismo acostarse, cerrar los ojos y dejar de respirar.

—No, Alice —dice Tim con una voz muy tierna, muy suave—. Debo afrontar muchos misterios sin resolver. Guardo rencores. No soy quien crees que soy y, desde luego, no soy el que era.

—Tal vez valga la pena intentarlo —sugiere Alice.

—Me duele que las cosas no te hayan salido bien —insiste Tim—, porque para justificar el dolor que me causaste, tendrías que haber tenido razón. Tendrías que haber hecho lo mejor.

—Me equivoqué.

—No quiero oír eso. Creí que eras la mejor, la más compleja y hermosa. Me habría cortado las piernas para vivir contigo. Soñé contigo noche tras noche. Vivías dentro de mí, te adoraba. Era demasiado y no lo demostraste. Me demostraste que no te merecía y que nunca podría estar a tu altura.

—Fui cruel y estúpida.

Tim sacude la cabeza con vehemencia.

—Si hiciste lo que hiciste sin motivo, venimos de distintos planetas.

Alice recuerda voces. Ecos de Tim; de otras personas.

—En mi planeta —continúa él— no volamos de aquí para allá pisoteando a los demás, y menos cuando hemos buscado su afecto. Siempre he sabido que tengo trabajo que hacer y no puedo sentarme a tocar las teclas de las emociones femeninas, sin preocuparme. En tu planeta, aparentemente, es posible hacer lo que quieres y olvidarlo. No has pensado mucho en mí hasta ahora, ¿verdad? No sufriste. —Tim sube el tono—. Cambiaste mi vida. —Se pone de pie. Está tan alterado que tiembla—. Sólo me tengo a mí. No puedo permitir que alguien me cambie dos veces.

Jake la encuentra en la sala principal, tratando de perderse entre la multitud. Alice busca a Twist pero no está a la vista; probablemente se ha ido con el matón y está adquiriendo experiencia.

—Hola, hermosa —saluda Jake—. Tengo algo para ti. Alguien me ha fallado. Necesito una sustituta, una persona de talento. Aquí hay mucha gente influyente. Puedo presentarte, hacerte brillar... ¿Interesada?

Alice decide que algo debe rescatar.

—Claro —dice.

—Tienes mala cara —comenta Jake con franqueza profesional—. Recobra la compostura y cerramos trato.

—Ya la he recobrado —asegura Alice.

—Aquí tengo a otro tío... vosotros dos sois perfectos. Ya has trabajado con Minstrel, ¿verdad?

Alice asiente.

—¿Está aquí?

—Los dos sois perfectos —repite Jake—. Es una demo beta en interfaz espinal. El próximo gran paso. Tenemos un Yox sensacional producido en un gran estudio. Puedes hacer la demo con Minstrel. Es absolutamente sensual, Alice. La gente te reconocerá. Estás en ascenso con *La Reina de las Hadas*. ¡Estarás de moda!

—¿Dónde está Minstrel? —pregunta Alice.

Jake la conduce a una habitación lateral decorada con colores otoñales. Hojas fantasmagóricas caen de las paredes con un susurro eterno. Minstrel está sentado en un mullido diván anaranjado, con los pies descalzos hundidos en una alfombra persa cuyo motivo es el jardín del paraíso. La recibe con una sonrisa, se pone de pie, se asombra un poco cuando Alice lo abraza y le apoya la cara en el hombro.

—Eh, no tan rápido —dice Jake—. Dadnos tiempo para organizado todo. Está arreglado. Obtendréis el doble de lo que pagan vuestras agencias. Añadiré una bonificación si sale bien. Esperad unos minutos y regresaré a buscaros. —Se frota las manos y sacude la cabeza con admiración—. Sois tan cachondos...

Jake se marcha y Minstrel acaricia la mejilla de Alice. —Una mujer adorable me está matando con su abrazo —dice—. ¿Puedo preguntar por qué?

—Porque eres el único hombre decente de este planeta —dice Alice. Le hunde la nariz en el hombro, yergue la cara—. No creerás lo que me ha pasado desde que estuvimos en el estudio de Francis.

—No te apoyes demasiado en mí —le advierte Minstrel—. Mis cimientos se han pulverizado desde entonces. Pero siempre me repongo si jodo bien.

—¿Crees que es eso? —pregunta Alice, medio en serio, mirándolo fijamente—. ¿Estamos malditos por el viejo rey Jodo?

—Sin duda. Dos semiamantes, jodidos por el tetragrámaton.

—¿Qué planea Jake?

—¿Has aceptado sin saberlo?

—Ha dicho que era la demo de un Yox.

—Jake está liado con una compañía que quiere comercializar interfaces espinales plenas. Pegas una cinta de inducción neural del rabo a la testa y vives el Yox al máximo. Mejor aún si has tragado un par de monitores.

—¿Qué clase de Yox?

—Conociendo a Jake, y conociéndonos a nosotros, no será un viaje en tren por los Urales.

—Haré cualquier cosa mientras sea contigo —dice Alice.

Jake entra, y detrás de él entran los tres hombres con trajelargo que conversaban con Tim. Tim no está a la vista. Jake presenta a Alice y Minstrel. Los individuos son ejecutivos y gerentes de inversiones de Golden Nitro, que se ocupará de las próximas diez producciones de Jake para distribución limitada en California y Kansas, mercado de prueba antes del lanzamiento mundial. Al parecer conocen a Alice, y uno de ellos conoce a Minstrel y lo mira con interés.

—No podemos conseguir nada mejor que ellos dos —exclama Jake—. Son excelentes para una demo de espinal pleno, para encender la sangre del público. Y luego les dejaremos experimentar el Yox total. El público ve un video y una versión limitada. Vuestra reacción dejará sin aliento a la multitud.

—De acuerdo —dice Alice—. Hagámoslo de una vez.

—Es una fiesta sensual, multicultural, muy estimulante y relajante —añade Jake, un poco sorprendido de la ansiedad de Alice. No acaba de creerse que no deba esforzarse más para convencerla.

—Entiendo —dice Alice—. Caballeros, ¿lo hacemos o nos quedamos aquí con la ropa puesta?

—Yo estoy preparado —dice uno de los ejecutivos, mirando a Alice como un cachorro hambriento. Ella sale por la puerta, apartándolo, Conoce la rutina. Jake, sea lo que sea, no es un chulo. Está en exposición, pero es intocable.

Richard Thompson se encuentra en la sala principal con Catherine Deneuve y Judy Garland. No llaman mucho la atención, por lo visto tienen problemas de funcionamiento. Tiemblan y ondulan cada pocos segundos. Thompson todavía mira a Alice, y a ella no le gusta.

Jake hace su anuncio y recita sus alabanzas, ensalzando el proceso. Alice se desnuda con elegancia y Minstrel se quita la camisa como preparándose para un comercial de ropa interior. Están en un colchón de espuma en medio de la sala. Algunos hombres del público aplauden.

Twist aún no ha aparecido. Quizá se está enamorando del matón.

Varios trabajadores desenrollan pantallas video y las alzan para que la muchedumbre pueda ver. Dos técnicos, un hombre y una mujer, desisten de intentar que las celebridades funcionen bien y abren los recipientes plateados que contienen los inductores. Son largos y delgados, pegajosos por una cara, con una franja plateada a lo largo, como joyas mínimas para la columna vertebral. Alice estira los brazos provocativamente mientras le aplican el inductor. A Minstrel le instalan el suyo. Luego los inductores se enchufan a un video conectado con un reproductor Yox más grande de lo habitual.

—Sólo para demostrar lo que nos depara el futuro —dice Jake—, dejaremos que dos de las personas más sensuales que se conocen se regodeen en un mundo de sensaciones, en total inmersión emocional y corporal. Seda y fuego y aceite



perfumado.

—No hay un asiento seco en toda la casa —comenta uno de los ejecutivos.

Jake hace caso omiso de esta grosería.

Alice ignorará a la gente, se concentrará en Minstrel y en esta toma. Necesita estímulo, afirmación, del público y de Minstrel. Probar su valía.

Jake les da batas de seda y le susurra al oído.

—Ya está. Alice, suéltate. Haz todo lo que haga falta. Que me miren.

Uno de los técnicos tiene dificultades.

—Perdón —se disculpa Jake, sonriendo—. Problemas de la versión beta.

Nadie se molesta. El público es cálido y receptivo. Ella siente la energía, el respaldo. Ahora todos son amantes.

Alice oye que el técnico le murmura a Jake:

—Recibimos alimentación de otra línea. ¿Hay un sistema de alto lujo funcionando en alguna parte?

—No —responde Jake—. Quizá los vecinos.

—Es aquí —dice el técnico.

—Despejado. Adelante —indica su colega.

Alice y Minstrel improvisan una danza en el colchón, pisando las fibs mientras se cruzan, las manos alzadas, valientes y elegantes ante lo desconocido. La concurrencia está en éxtasis.

—Valemos una fortuna —le comenta Minstrel a Alice, sonriendo.

Alice ladea la cabeza, sumergiéndose en el momento, en la sencilla gracia de este hombre. Su cuerpo ya trata esto como una seducción y el Yox aún no ha empezado.

Nunca ha visto a Minstrel tan apuesto. Ojos al borde de la tristeza, boca torcida, la atención fija en ella.

El adolescente con los pies hundidos en el lodo está de vuelta, fluctuando en primera fila de la muchedumbre. Alice lo ignora.

El inductor les baña la espalda con té de rosas y crea arena bajo sus pies. Alice ríe.

Los efectos están bien escogidos. Siente el sol en la cara y los brazos. No experimenta los brincos de anteriores inmersiones Yox; esto es redondo, aterciopelado, convincente; alto flujo y altísima resolución sin saltos.

Minstrel le coge los dedos y caminan hasta una enorme puerta de piedra. Está nevando y ambos tiritan. Será una gran demo; calor y frío, dulzura y amargura.

La puerta se abre y muestra un crepúsculo Maxfield Parrish sobre un bazar de *Las mil y una noches*. Gente menuda bellamente vestida caminando por calles pavimentadas con piedras mojadas y relucientes, El aire es un cascabeleo húmedo que se posa dulcemente en las manos, de sabor tibio como alcohol en la lengua. Alice siente en los hombros el peso de una tela de brocado y al mirar de lado ve a Minstrel

con un traje similar, violeta, azul y rojo, mechado de hebras de oro.

Un relámpago agrieta el cielo y la lluvia se convierte en mariposas.

Un corte. Ahora están en el parapeto de un palacio, y detrás hay una vasta cámara redonda llena de bellos hombres y mujeres, grandes y pequeños, algunos gigantes, algunos del tamaño de su mano. Todos murmuran comentando la belleza de los dos del parapeto, y una antigua ciudad se extiende frente a ellos.

A Alice no le interesa ser mujer, es demasiado poderosa para eso, todas sus ideas erróneas son borradas y nuevas encarnaciones las ir emplazan. El juego de los sentidos se concentra en esta ciudad, esta cámara. Bailar es experimentar un placer intenso en los pies, como si se derritieran en una súplica. Por Minstrel, toda ella se derretirá; él pnc de mandar y ella puede mandar, y se unirán fluidamente.

Alice y Minstrel siguen bailando en el colchón en medio de la sala, pero los movimientos son repetitivos. Están en otra parte.

Jake y, al fin, Tim, junto con el resto de la multitud, miran las pantallas vid y suspiran de admiración. Tim evita mirar directamente a Alice; parece indiferente al espectáculo. Está aquí porque Jake se lo ha pedido.

Las celebridades simuladas se han apagado y se han recluso en un rincón.

Alice conoce esta estructura; el Yox en su forma más abstracta, de movimientos airoso y efectos visuales e intensa excitación sensorial, carne y músculo sin articulaciones, empuje sin palanca, la linealidad abandonada por la gratificación inmediata. La gratificación sería hueca si no fuera por el efecto artístico de lo sensorial, que tiene su propia música, los yoxistas han hecho de esto un bello arte, y los productores han contratado a los mejores para presentar sus nuevas mejoras.

Por un instante Alice olvida quién es y dónde está. El parapeto es un universo, las figuras que la rodean son sus amigos, está bañada en confirmación social de la cabeza a los pies, del rabo a la testa, como dice Minstrel. Las estrellas titilan en un cielo falso mejor que el real; las estrellas y la luna son sus amigas, bañan esta unión en aprobación enjoyada. Lo que ella ve está realzado. Minstrel, su Amante, es aún más bellamente anguloso, y su piel parece cubierta de almizcle.

—Para eso estamos aquí —le dice el Amante, atrayéndola. Los trajes de brocado se abren a la altura del pecho y Alice siente la piel de Minstrel contra los pezones. Los pezones necesitan llorar leche y miel. Ve el oro y la crema que gotean de sus pechos sobre el vello rizado, huele la intensificación del almizcle, casi excesivamente aromático.

La fascinada multitud guarda silencio, buenos yoxeros que usan una gruesa silla para montar el caballo que Alice monta a pelo, pero todos con terminaciones nerviosas receptoras, buscando esa liberación más controlada y artificiosa que una inmersión inducida por drogas.

Minstrel repite que para eso están aquí. Ella siente una reacción que refleja la de

él y luego la duplica, trenes ondulatorios en fase, observados por miles que aprueban. Las estrellas celebran que esta comunión se produzca bajo su órbita. Ninguna tensión, ningún juicio adverso, ninguna crítica; se escabullen como adolescentes, con todos los torrentes neuronales en flujo, y encuentran que todas las familias participantes lo han dispuesto así, plena aprobación cultural y social, alegría de la celebración, todos los instintos confirmados, luego habrá una fiesta.

Interrupción.

Hielo, cristales rotos.

*Discontinuidad* //// como un resbalón en la línea.

Una cara curiosa la observa desde el borde del parapeto. El adolescente. El suelo del pabellón está cubierto de espeso lodo negro, sube vapor desde el calor oscuro de la fermentación.

—¿Eres Alice Grale? —pregunta el adolescente—. ¿Visitaste a Terence Crest justo antes de su muerte?

Alice siente un tirón y se aleja de Minstrel.

—Cuéntamelo, por favor —insiste el adolescente—. Debo estar seguro.

—Sí —dice Alice, totalmente desprevenida, asombrada de que algo así esté en la demo de Jake.

—Lo siento, pero es mi DEBER.

Con esta palabra resonante y breve, el pabellón se deshace en imágenes ásperas y colores resbaladizos. Los sentidos de Alice patinan. La fusión es incineración, la aceptación es condenación colérica. Es culpable, irredimible; la multitud la aborrece, las estrellas huyen.

Las manos de Minstrel se tienden a través de los escurridizos y ondulantes fragmentos del Yox.

—¡Aférrate a mí! —grita—. ¡Algo va mal!

El aire huele a azufre y vinagre. Alice siente que se le quema la piel y los tendones se le desprenden de los huesos. Sufre un espasmo. Parece una eternidad. La multitud vocifera insultos, ella es una niña desprotegida; todo lo que hace, incluso respirar, es condenado. Grita pidiendo compasión, ansiando recobrar esa aprobación tan bruscamente interrumpida. Las manos de Minstrel flotan ante ella pero no puede tocarlas, tiene sus propias preocupaciones.

Algo se desprende de su espalda. Ve fragmentos de Tim encima de ella; Jake está maldiciendo.

—Cielos, ¿hemos hecho mal en contratarla? ¿Hay algún desarreglo en su cabeza? Ése es Jake.

Los técnicos hablan de una señal distorsionada.

—Vamos —le dice Tim a Alice, inclinándose sobre ella—. No te duermas. Quédate despierta. No te duermas. Pero Alice no puede contenerse. El sueño es la

única escapatoria, aparte de la muerte, y eso sería aún mejor si tuviera fuerzas para intentarlo.

Y luego hay un dolor increíble, del rabo a la testa y en su alma. No terminará nunca; Alice sabe que ha muerto y se ha ido directamente al infierno.

Los médicos son humanos y parecen profesionales. Conectan, diagnostican, susurran.

Tim le está diciendo algo.

Alice aún ve las manos de Minstrel, perfiladas de púrpura y congeladas como un fogonazo.

Está de vuelta en la habitación otoñal donde caen las hojas.

Jake trata de decirle algo.

—Toda la red de la casa es un desbarajuste. Algo ha irrumpido a través de los contrafuegos. ¿Crees que han sido *ellos*? ¿Sabotaje? ¿Quién fue el último que los contrató?

*Es Jake quien habla.*

—Necesitas permanecer despierta y dejar que tus nervios descarguen...

La quemazón es ineludible. La quemazón es reprobación. Siempre ha temido la reprobación de los hombres, los amantes, la sociedad.

—Vamos, Alice.

—No quiero.

*Esa soy yo, hablando.*

—¿Dónde está Minstrel? —pregunta.

Sentada en la habitación otoñal, bebe agua con un médico a cada lado; un tercero, un *arbeiter*, se yergue frente a ella. Le aplican una venda tras otra para equilibrar sus monoaminas y transmisores. La quemazón no cesa.

—*Shi fh mah ick* —tartamudea. Siente un temblor en la cara y los brazos.

—Está ida, es una ruina. ¿Y qué cuernos pasa con él?

Jake está furioso y asustado.

—Ella lo ha estropeado todo. Sé que ha sido ella, es una maldita ruina.

De nuevo Jake. Tim habla en voz baja.

—Cállate, Jake. ¿Cómo demonios ha podido hacerla ella? Son tus máquinas.

Las hojas caen. Alice las mira con concentración de zombi. Tim está diciendo algo importante. Está diciendo que Minstrel ha muerto.

—Oh —suspira Alice. Las manos de Minstrel se esfuman. Ahora es tiempo de aferrarse a las cosas básicas; es tiempo de sobrevivir y quizás ella pueda contribuir a enderezar las cosas para comprenderlo todo—. Necesito que llamen a esta persona. —Les da un nombre y un número.

—Eso es Defensa Pública. Los polis ya están en camino. Los médicos los

llamaron. Cielos, está muerto. Un estúpido Yox no puede matar a nadie.

Es Jake de nuevo.

—Alguien intentó matarme —les dice.

La miran en silencio. Todos ellos, un círculo de caras. El silencio es igual que una reprobación incendiaria. La cabeza de Alice arde en llamas.

—Llámala, por favor.

—De acuerdo, la llamaré.

Ése, al fin, es Tim.

La fiesta también ha muerto. Sólo quedan dos o tres amigos de Jake. Los médicos han hecho todo lo posible y dos agentes del Lado Este y un arbeiter de patología forense han rodeado el cuerpo de Minstrel con un marco congelante en el medio de la sala.

Alice está sentada en un rincón, todavía conectada con el arbeiter médico, escuchando sus palpitaciones y sus voces interiores. Le dice que desista, pero sabe que tiene fuerzas para sobrevivir. La quemaron, está fuera de control, su yo es un yermo calcinado, pero esto es mucho mejor que lo anterior, calor del desierto en comparación con un muro de sopletes.

Sabe que en la sala todos la consideran basura humana; ella debe ser responsable de lo ocurrido, y de la muerte de Minstrel.

Tim se fue hace diez minutos, cuando llegó la policía. Obviamente no soportaba mirarla. Jake también ha salido de la habitación. Todavía interrogan a los técnicos que prepararon el beta; un dp experto en comunicaciones se aleja de ellos y camina hacia Alice, pizarra en mano.

—¿Cómo está? —pregunta el joven. Alice no se anima a mirarlo.

—Mejor —responde.

—Sí —dice él, sacudiendo la cabeza—. La creo. ¿Sabe qué es un infernador?

—Sí —dice Alice—. Tortura.

—¿Conoce el secreto de un infernador?

—No.

—Crea un bucle entre varias partes del cerebro, partes que no de ben mezclarse. Aprovecha cualquier duda o debilidad y la magnifica, y magnifica la culpa y el dolor físico... todo es muy sencillo. La gente no sabe lo fácil que es crear un infernador. Pero no es fácil convertir un Yox en un infernador, ni siquiera con interfaz espinal plena. Usted ha pedido que venga otra agente, la cuarto rango Mary Choy. Trabaja en Homicidios. ¿Cree que alguien intentó matarla?

—Sí —asegura Alice, intimidada por el tono.

—De acuerdo, por ahora lo dejaremos así. Usted ha sido sometida a veinte segundos de algo peor que un infernador. Minstrel, su amigo... era un amigo, un colega, ¿verdad?

—Sí.

—Él soportó veinticinco segundos. Esos cinco segundos adicionales lo mataron. Señales límbicas autónomas fueron irradiadas directamente a su córtex cerebral. ¿Entiende algo de esto, señorita Grale?

—No —dice Alice. De nuevo siente miedo, terror de no poder colaborar más—. He visto al que lo intentó. Un joven. Dice que se llama Roddy.

—¿Estaba aquí, en la fiesta?

—También estaba en el Yox... —Resulta tan ridículo que tiene que esforzarse para seguir hablando. Ya está bastante ridícula sentada allí, bajo la mirada del agente.

—Continúe.

—Tenía los pies hundidos en el lodo. Reemplazaba a una celebridad simulada... su imagen. Y apareció en el Yox.

—¿Puede dar una descripción clara a nuestro dibujante?

—Supongo que sí.

—Lamento que esté dolorida, señorita Grale. Los médicos recomiendan terapia plena y equilibrio profundo, como si la hubieran sometido a un infernador, pero no podemos obligarla. Sólo quería recordarle...

—¿Cuándo vendrá ella?

Alice yergue la cabeza al oír pasos. Es la mujer de piel caoba. Lleva un uniforme de diario, pantalones y cazadora, y una bolsa.

Mary Choy se arrodilla junto a ella.

—Lamento mucho lo de tu amigo —le dice, tocando la cara de Alice y cogiéndole la mano. Alice no se aparta: ésta es la persona que quiere. El contacto reconforta.

—Alguien ha intentado matarme.

—Lo sé. —Mary le palmea la mano, se pone de pie y habla en voz baja con el dp de comunicaciones. Alice no quiere oír lo que dice; no quiere oír hablar de Minstrel.

Pero escucha la respuesta del agente del Lado Este:

—Trabajaremos en equipo, pues. Manténganos informados.

Mary le asegura que lo hará.

—Alice, me gustaría que vinieras conmigo. Si quieres, puedo protegerte.

—Quiero que me protejan —dice Alice—. Quiero hablar contigo. Quiero agradarte, de veras.

—Me gustas. No te preocupes por eso. Sólo hablas así debido al dolor que sientes. Ya pasará. No eres sospechosa de esto ni de ningún otro caso. Aunque podrías ser una testigo importante. Si deseas ponerte en contacto con un representante personal, un abogado...

—Mi agencia debe saberlo. Dios, si me despiden... podrían despedirme.

—Les avisaré. ¿Quieres comunicarte con un abogado?

—No. Yo... mi agencia se encarga de eso.

—¿Firmarás mi pizarra y me autorizarás a ponerte bajo mi protección?

—Sí. —Alice firma la pizarra con mano trémula.

—Tu agencia no te ha tratado muy bien, Alice. Si quieres llamar a un abogado externo, hagámoslo ahora. Luego vendrás conmigo.

Alice se pone de pie, temblando.

—Minstrel era tan dulce —le dice a Mary, como si le confiara un secreto—. Siempre ha sido el amigo más dulce. Roddy lo mató sólo porque estaba conmigo. ¿Puedes creerlo?

—¿Quién es Roddy? —pregunta Mary.

En el coche patrulla, Alice le cuenta a Mary lo poco que sabe.

Mary escucha atentamente mientras el coche las lleva a su casa. Nada de aquello tiene sentido. Es obra de un aficionado, un aficionado cruel e inmensamente poderoso, pero aun así... Un chiquillo.

Es absurdo, pero al menos ahora el problema está tomando forma, y tiene un nombre.

## *RESULTADOS DE LA TERCERA BÚSQUEDA*

**ACCESO A LINEA MUNDIAL MULTIVÍA ABIERTO.**

**Presupuesto: Extendido.**

**FILTROS DE BÚSQUEDA.**

**¿PALABRAS CLAVE?>.**

**>Lazos, Vínculos, Familia.**

**FILTRO EXTENDIDO: Corrección.**

**ADVERTENCIA> POR FAVOR CORREGIR ERROR>.**

**¡TEXTO ÚNICAMENTE! NI VID NI YOX.**

**>>ÉSTE ES UN PROVEEDOR DE FIBACCESO DE FLUJO PESADO**

**>> ¡LAS TARIFAS DE INTERACCIÓN SERÁN ALTAS!**



## *EL MAGNÍFICO YO OMNIVIDENTE.*

¡Ay!, el dinero no es la raíz de todo mal. El dinero es sólo un símbolo.

Lo que nos degrada es la codicia de símbolos; el dinero compra otros símbolos que representan nuestras carencias y defectos, pero no llena ningún vacío. Somos alentados a aceptar este intercambio por los falsos héroes y heroínas del vid y del Yox, imágenes del triunfo tan inhumanas como una prostetuta, y mucho menos compasivas.

Sólo sienten tristeza de serrín, alegría de lentejuelas.

**Kiss of X, Alive Contains a Lie.**

1/

Chloe ha sido trasladada a una sala de recuperación (según informa el diagrama de la puerta; la doctora no está disponible), ha hablado con un terapeuta y se encuentra bajo supervisión constante del nivel de monoaminas. Son las once de la mañana y Jonathan ha pasado dos horas en la torre Nutrim y una en casa tratando de ponerse al corriente de lo esencial; pero todavía lleva retraso. No puede dormir.

Entra en la habitación de Chloe. Está sentada junto a la ventana. Lleva una bata del hospital y la suya propia, enviada por Penélope, y gafas de Yox. Los hospitales no permiten que los pacientes de la categoría de Chloe tengan acceso a Yox de banda plena.

La habitación es sencilla y bonita: crema, marrón, verde claro tranquilizador. Es una gran mejora respecto al centro de emergencia y diagnóstico y sus cortinas azules.

—Aquí estoy —dice Jonathan. No se le acerca: algo en la postura de Chloe, sus mejillas tensas, el lento movimiento de los labios lo disuade—. Hola, Chloe. —Despacio, Chloe se quita las gafas y gira en la silla para mirarlo. Lo hace fijamente.

—¿Sabías que neural es neutral sin una T? —pregunta. Sonríe sacudiendo la cabeza, como si se felicitará por su ocurrencia—. Hola, Jonathan.

—¿Te sientes mejor?

—Muy diferente, gracias. —Arruga la cara como si ocultara algo—. Todavía estoy furiosa, si a eso te refieres. Pero mejor... más segura de mí misma. Sí.

—La doctora Stringer me ha dicho que quizá tardes en sentirte bien.

—Ya me siento bien, Jonathan —replica ella, mordaz.

—Penélope y Hiram han esperado para verte. Ahora están en la escuela, pero...

—No quiero verlos contigo. Son mis hijos, los amo, pero a ti no te quiero aquí.

Jonathan siente una vez más la sensación de ser reducido a una cáscara.

—¿No fui clara la última vez? —pregunta ella. Con esfuerzo, ladeando la cabeza, Chloe trata de controlar el torrente de palabras que le llena la garganta. Jonathan sólo entiende fragmentos desagradables, escupidos como piedras: *oder, ierda, bécil, perro*. Endereza la cabeza, se tranquiliza—. Estoy tan furiosa y tan frustrada que me ciega la ira. Esto no mejorará.

De nuevo la cabeza ladeada, las manos tensas, los sonidos.

—Odio esto —dice—. Déjame en paz.

Jonathan la mira en silencio.

—Ha terminado. Creo que ya te lo dije.

Él tiembla y tuerce la boca, mirando a un lado.

—No puedo creerlo. He construido mi vida alrededor de ti y de los niños.

—Entonces debiste haberme tratado con más respeto. Hace años que dejé de quererte. Ahora me enferma verte. Nunca has sabido trotarme. No confío en ti. Gracias por venir, Jonathan. ¡JODER, lárgate de aquí! —Tuerce la cara con furia cuando escupe esa palabra.

—Sólo estás enferma —dice Jonathan débilmente.

—Así es como soy. He recobrado el juicio. Contrataré un abogado... en cuanto este... lugar me devuelva mis derechos para actuar. Nada cambiará. Lárgate de aquí. —De nuevo la contorsión, los insultos entrecortados.

Chloe mira hacia otro lado, se pone las gafas, tensa las mejillas.

*Sabías que no debías venir de nuevo, pero viniste. Ella te lo dijo la última vez, con otras palabras.*

Él no quiere estas defensas, su intelecto sabe de qué se trata y puede manejarlo; ella se pondrá mejor. Pero el instinto le dice que no. No puede liberarse de esta impresión. Da media vuelta y se marcha.

El hospital es gélido, las paredes resuenan, el aire de fuera es tan helado que lo debilita. Para combatir el frío, alimenta el calor de mi furia.

En el autobús, envía un mensaje a Penélope y la avisa de que la casa preparará la cena y él llegará tarde. No sabe dónde estará; quizás en casa de Marcus. Es un autómatas. Hace las cosas sin pensar, el cuerpo impulsado por ritmos más profundos, el furor y el temor agazapados en su interior como llamas.

Jonathan es una masa crujiente y frágil.

Marcus Reilly abre y se sorprende al ver a Jonathan en el umbral.

—Vaya, Jonathan, creía que no estabas convencido.

—He tenido que pensarlo —responde Jonathan.

—Sé que estás de permiso por motivos familiares —dice Marcus mientras entran en el vestíbulo. La casa es enorme, más grande de lo que Jonathan esperaba, y ocupa dos hectáreas de la magnífica costa de Medina, frente al lago Washington.

—Chloe está en el hospital —dice Jonathan, nada más. Quizá Marcus esté enterado de todo, quizá lo sepa todo. Jonathan no quiere hablar de Chloe ni de su familia ni de ningún aspecto de su desquiciada vida.

—Estamos en el estudio de atrás —dice Marcus—. El centro de nuestro pequeño grupo de reclutamiento. Teníamos que trabajar, vinieras o no, pero me alegro de que estés aquí.

—No me lo perdería —asegura Jonathan.

Marcus lo mira a la cara en el pasillo, junto al enorme salón. Jonathan contempla con una mezcla de alarma y admiración un friso situado encima del largo diván blanco: un grupo de monstruos prehistóricos de tamaño humano, dinosaurios. Sus negros huesos fósiles sobresalen de la pared como un velo de niebla, y los animales parecen dispuestos a brincar sobre los que estén en la habitación. Por un instante, casi se pierde las palabras de Marcus.

—Pareces tenso, Jonathan.

—Ha sido una mala noche, Marcus.

Marcus señala el fondo de la casa.

—El estudio —dice—. Están muy sensibles, como una manada de lobos. Pueden detectar cualquier titubeo, y créeme que no les gustará.

Jonathan asiente con solemnidad y se imagina una manada de dinosaurios en el estudio, vestidos con trajelargos y fumando en pipas esperando. No le importa. Cualquier cosa será mejor que lo que soporta ahora.

—Hay muchas cosas en juego. Aunque te he respaldado, son hombres de juicio independiente.

—¿Todos hombres? —pregunta Jonathan.

—Todos hombres en este grupo —responde Marcus.

—Bien —dice Jonathan. Marcus se vuelve para continuar la marcha y Jonathan le toca el brazo—. Lo lamento, Marcus. En esto no tengo dudas. Es el resto de mi vida lo que se tambalea...

—Bien, quizá podamos hacer algo al respecto. Dar a una persona cierto propósito. Jonathan sonrío y adelanta los hombros, finge que se arremanga.

—Listo —dice.

La caminata parece eterna: una habitación tras otra de estantes llenos de libros de

arte bellamente encuadernados y literatura rara, vitrinas llenas de estatuillas de cerámica, sillas de cuero; la alfombra es de lana blanca, no metabólica pero pulcra y muy cara. Las paredes son madera de época, fresno o abedul del siglo xx, cuando se construyó la casa. No hay vid ni Yox a la vista; hasta Jonathan ha permitido una sala de vid en su casa.

—Es grande —comenta Jonathan mientras se aproximan a una gran puerta de roble. Fuera ha vuelto a salir el sol y una calidez amarilla reluce en las cristaleras de una sala de ejercicios de la derecha.

—Mil metros cuadrados. Construida por uno de los magnates del software de Medina a fines de los noventa. Un clásico de la tecnología de flujo. Él hizo instalar los dinosaurios. Son fósiles auténticos, no reproducciones.

Un gusto peculiar, pero me agradan.

—Son magníficos —dice Jonathan.

Marcus abre la puerta. El humo de puros y pipas tiñe el aire de azul. Huele a hierba, como un fuego en una jungla exótica. Pero el tabaco de esta calidad es muy costoso; Jonathan estima que hay mil dólares de humo en el estudio. Jonathan no fuma, aunque no pone objeciones a que otros lo hagan. Siendo el cáncer una preocupación del pasado, varios vicios han recobrado su lugar en la vida americana de clase alta.

Hay cinco hombres de pie o sentados en la humareda. Dejan de hablar y miran a Jonathan con aire expectante. La habitación es pequeña, mide sólo seis metros de lado y está llena de viejos y confortables divanes y sillones. En los estantes empotrados hay una selección menos elegante de verdaderos libros: ajadas novelas populares y libros de tapa dura, en informal desorden. El abuelo de Jonathan se habría sentido cómodo aquí.

Contra una pared, una estantería contiene una colección de antiguas calculadoras, ordenadores laptop menos potentes que un datuaje moderno y viejas cámaras cinematográficas químicas autofoco.

El hombre más bajo de la habitación es de tez oscura y tiene la edad de Jonathan. Posee una cara redonda y extraña con grandes ojos penetrantes y sonrisa fácil. Va vestido con ropa de deporte, como el resto.

Sólo dos están fumando, aunque los ceniceros rebosan de colillas. Ritual, piensa Jonathan.

—¿Quién es, Marcus? —pregunta el hombre bajo. Hay dos hombres diez o quince años mayores que Jonathan, de la generación de Marcus, aunque con la cara saludable, ejercitada y dura de los acaudalados. Los otros dos son altos y serios, más altos que Jonathan, socialmente inferiores, pero aceptables y listos. Cuatro de los cinco son caucásicos. El hombre bajo parece ser de la India.

—Éste es Jonathan —dice Marcus—. Nuestro candidato de esta semana.

Todos murmuran un saludo. Luego los cinco se sientan. Jonathan y Marcus permanecen de pie.

—Jonathan, ¿reconoces a alguno de estos hombres?

—No.

—¿Vosotros reconocéis a Jonathan?

Los cinco hombres sentados dicen que no.

—Habéis recibido una versión resumida del currículum de Jonathan, sin especificaciones. El director de personal del grupo ha corroborado los datos. Jonathan es aún más puro que la mayoría de nosotros.

Los otros ríen. Luego adoptan una expresión solemne. Esto no es gracioso. Marcus acerca una silla de madera y Jonathan se sienta en ella.

—Jonathan, aquí hablamos en serio. Te haré algunas preguntas, y si respondes como espero, te haré una última pregunta. Si respondes que sí, estás dentro y no puedes marcharte... De nuestro grupo, quiero decir, no de la casa.

Nadie sonríe esta vez.

—De acuerdo —dice Jonathan. Si alguien sacara una pistola de dardos y le preguntara si quiere que le claven tres en el pecho, en este momento, quizá respondería que sí; se siente profundamente triste y traicionado y tan enamorado de Chloe que un dolor helado le llena el cuerpo y le paraliza el juicio. Piensa que su familia estaría mejor si él perdiera la vida. Este es el equivalente moderno de *alistarse en la Legión Extranjera Francesa*, piensa, y luego duda de la verdad de esta afirmación.

—Jonathan, ¿este mundo está en buenas condiciones?

Jonathan mira a Marcus por encima del hombro. Marcus señala a los cinco: Enfréntate a ellos.

—No —dice con decisión.

—¿Este mundo cumple los requisitos que definirían un lugar interesante, un buen lugar para vivir?

—No —repite con más suavidad.

—¿Qué dirías de la posibilidad de vivir en un lugar mejor?

—Me gustaría saber dónde está.

—¿Irías allí si pudieras?

—Sí —asegura Jonathan.

—Estamos creando ese mundo en este momento —dice Marcus—. Un lugar donde los pioneros y los hombres razonables puedan criar a sus familias en paz y con seguridad, sin soportar las odiosas y degradantes tentaciones de una sociedad enloquecida por su propia lujuria.

Jonathan mira a los demás, nervioso. Las palabras degradantes y lujuria se le graban en la cabeza.

—¿Trabajarías con tesón y harías sacrificios considerables si supieras que puedes vivir en un lugar mejor, moral y racional?

—Sí —susurra Jonathan. Un lugar moral y racional no habría permitido que Chloe se hiciera daño; sería sólo suya, y él nunca la habría lastimado.

—No lo he oído —dice uno de los hombres mayores.

—Sí —repite Jonathan en voz alta, y se aclara la garganta. El hombre bajo y moreno sirve agua de una jarra y se la alcanza.

—¿Y si los medios para llegar allí fueran... problemáticos? ¿Si tu vieras que abandonar muchas cosas que valoras en este mundo para llegar a ese lugar mejor?

Jonathan se siente como un pescado en una parrilla. El fuego ha evaporado todos sus jugos.

—No tengo mucho aquí —murmura.

—Este nuevo mundo no es un sueño encantado —continúa Marcus—. No llegarás allí en un autobús mágico ni atravesando la puerta secreta de un jardín. Tenemos que crearlo nosotros mismos. Todos los hombres y mujeres de este nuevo mundo serán sometidos a una rigurosa selección. Habrán demostrado que son personas fuertes que saben trabajar con empeño y llevarse bien con los demás. Las viejas virtudes escolares. ¿Eso te describe a ti?

—Si su currículum es correcto —dice uno de los hombres mayores—, entonces todos creemos que sí.

A Jonathan le alivia no tener que responder. No se siente confiado y no sabe por qué los otros confiarían en él. Sigue mirando hacia delante, aunque no a la cara de los demás, que se concentran en él y sus reacciones.

—Quizá tengas que sacrificarlo todo, incluso tu limitada noción del bien y del mal —dice Marcus.

Jonathan mira a Marcus, desconcertado.

—Es la vieja ecuación —dice Marcus—. Habitualmente formulada por locos y tiranos sin sentido moral. Nosotros tenemos el sentido moral para formular la ecuación correctamente.

—De acuerdo —consiente Jonathan.

—Quizá debas abandonar tus contactos, tus viejas amistades.

Aun en su estado actual, lo están intimidando. ¿Qué van a pedirle, que mate a sus parientes? Pero Jonathan cree que aún puede retirarse. No le han hecho la pregunta decisiva. En realidad no sabe cómo responderá.

—Este mundo nuevo no surgirá instantáneamente. Quizá tarde décadas. Todos necesitamos tus bienes y contactos personales en este mundo actual, este mundo imperfecto, para lograrlo. Pero al final la Tierra será purgada, renovada, reiniciada, como quien dice, con un nuevo lustre y un barniz juvenil. Dará a la raza humana otra oportunidad de brillar en el universo.

Esto afecta profundamente a Jonathan. Durante años se ha sentido incapaz de lidiar con las pequeñas frustraciones de un mundo que anda mal; el mundo ha introducido sus tumores de corrupción en su familia, a través de su esposa. El mundo quiere quebrarlo. Él no le debe lealtad.

—De acuerdo —dice Jonathan.

—No podemos darte más detalles hasta que declames que te nos unirás —concluye Marcus—. Tú me conoces. Sabes que no soy un monstruo, que no pediremos genocidio ni la guerra total, que nuestros métodos serán sutiles y a largo plazo. Considéralo una necesidad biológica y política. Piensa en las ventajas de formar parte del cambio, por una vez en tu vida, en vez de estar fuera, mirando...

Jonathan asiente.

—De acuerdo. —Hazme la maldita pregunta.

—No necesitamos que digas palabras rimbombantes. Hoy prestarás un juramento y, en cierto momento, firmarás un contrato para formalizar la situación. Te haré la pregunta, y si respondes que sí, están dentro. No puedes retroceder. Si lo haces, morirás.

Esto sobresalta a Jonathan, aunque lo esperaba. Dos días antes, se habría alejado de esta pequeña habitación y este resuelto grupo de hombres, habría consultado con los vestigios de su yo y decidido que esta locura solemne era excesiva para un padre de familia con sensatez, pero todavía está vacío por dentro. Su yo está demasiado conmocionado para reaccionar.

—Estoy dispuesto —dice Jonathan. Esto lo conseguirá; esto le dirá un propósito. Esto lo traerá de vuelta.

—¿Estás con nosotros? Ésa es la pregunta, Jonathan. Piénsalo antes de decidir.

Jonathan cierra los ojos, los abre, alza una mano como para pedir un vaso de agua, pero el vaso está junto a él, en la alfombra, al lado de la silla. Lo recoge, bebe, deja el vaso.

—Estoy con vosotros —dice.

Piensa que la tensión debería disiparse, pero no es así. En el aire flota algo más que humo de tabaco. Los demás se ponen de pie.

—Todos hemos prestado el juramento —dice el hombre moreno—. Recita el juramento, Marcus.

Marcus se saca un papel del bolsillo. Lo despliega con un leve crujido y le lee a Jonathan los requerimientos, uno por uno. El documento vuelve a expresar lo que ya ha oído, pero en lenguaje de abogados y no como ideales entusiastas, y no brinda más detalles acerca de lo que harán para crear ese nuevo mundo. Jonathan se siente descompuesto. Es demasiado tarde para echarse atrás. Se levanta.

—Todos tenemos diversas creencias y no creemos que debas jurar sobre un libro antiguo para hacer un pacto por el resto de tu vida —dice Marcus.

—Amén a eso —dice el hombre moreno, y los demás sonríen.

—Jura lealtad al grupo, a los medios utilizados por el grupo y a los fines que todos buscamos, por tu vida y tu yo más profundo, por todo lo que valoras y consideras entrañable; jura abandonar todas estas cosas si violas este juramento o renuncias a nuestros objetivos comunes.

—Juro lealtad al grupo...

—A los medios utilizados por el grupo y los fines que todos buscamos.

—A los medios utilizados por el grupo y los fines que todos buscamos.

—Por todo lo que valoras y consideras entrañable.

—Por todo lo que valoro y considero entrañable. Yo...

—Renunciarás a todas estas cosas si violas el juramento o renuncias a sus objetivos.

—Juro abandonar todas estas cosas si violo el juramento o renuncié a sus objetivos.

—Bien —dice Marcus—. Ahora eres un hombre con un auténtico propósito en la vida.

—Gracias —dice Jonathan. Se siente débil. Marcus lo sostiene. Los otros sonríen y se le acercan, tendiéndole la mano. Son hermanos. Él les da la mano uno por uno, pero su rostro está frío y le suda todo el cuerpo.

—Atrás —murmura Marcus—. Esto fue difícil para todos nosotros. Necesita espacio para respirar.

—Gracias —dice Jonathan. Pero por dentro: *Oh Dios, no me siento mejor.*

Beben unas copas en el comedor. En una barra, Marcus sirve un excelente (eso dice él) malta escocés y delicados vinos de Nueva Zelanda y Francia. Todos los hombres ríen y bromean; se ha disipado la tensión. Le dicen a Jonathan cómo se llaman y él olvida los nombres a los pocos minutos, salvo el del hombre bajo de cara risueña, que se llama Cadey, Jamal Cadey. Habitualmente no es tan olvidadizo. Pero está demasiado tenso.

Cadey lo lleva aparte.

—Todo ha salido bien —le dice—. Marcus nos contó que eres diplomado en micromecánica. Pero no fue muy específico. Eso abarca desde síntesis de proteínas hasta nanotecnología.

—En general es investigación en síntesis de alimentos. Alimentación de nano y de personas. Es lo que hace mi compañía —dice Jonathan. En este momento, estos hombres podrían preguntarle el tamaño de su pene y lo diría sin pestañear.

No se siente vivo, pero tampoco está muerto. Esta carencia de toda cualidad interior le molesta como si le faltara una muela.

Se pregunta si así se siente Chloe.



—Yo diseño estructuras informáticas autopoieticas —dice Cadey—. En general herramientas autoconstructivas de mantenimiento para INDAS. Tendremos mucho de que hablar cuando llegue el momento... pero todavía no conoces muchos detalles, ¿verdad?

—Ninguno —dice Jonathan—. No sé a qué me he comprometido.

—Todos tuvimos esa impresión al principio —confiesa Cadey—, ¿has oído hablar del concepto Omphalos?

—Sí, desde luego —dice Jonathan, cauto. Le interesan la longevidad y el congelamiento, incluso el sueño tibio, desde hace años, aunque nunca se lo ha contado a Chloe.

—Tenemos cinco en marcha hasta ahora: dos en Rusia, uno en Paquistán, uno en China del Sur y uno en Green Idaho. —Los ojos de Cadey titilan—. El público no sabe nada, en realidad.

Marcus se reúne con ambos junto a la barra.

—¿Jamal ya está contando secretos? —pregunta jovial.

—Se ha ganado algunas respuestas —dice Cadey, sirviéndose otra copa de vino.

—Supongo que es hora de revelarle algunas cosillas —concede Marcus—. Pero sólo tenemos cinco minutos. Beate viene a casa y no nos quiere aquí. La asustamos, pobre mujer. —Marcus sonríe con un malicioso deleite.

—Los Omphalos no son tumbas —continúa Cadey—. Cada cual puede albergar diez mil individuos vivos en sueño frío o tibio. Muy cómodamente, con todos los servicios.

—Sueños agradables y continuos, educación, incluso noticias del mundo externo, aunque eso puede resultar deprimente —dice Marcus—. Un retazo del cielo antes de que nos pongamos a trabajar en un nuevo mundo.

—¿Viaje espacial? —pregunta Jonathan, ocultándose detrás de una pregunta tonta.

—No —dice Cadey, con una sonrisa incierta—. Nos quedaremos en la Tierra. Habremos construido un centenar a fines de esta década. La financiación ya es un hecho, y continuamente compramos tierras. Espacio para un millón de suscriptores. Diez mil de nosotros nos hemos ofrecido para ello, en todo el mundo.

—¿En Green Idaho? —pregunta Jonathan. Mira de soslayo a Marcus.

—Ése es el primero y el más grande. Está casi terminado. El terreno, está a mi nombre, pero es comunal —dice Marcus—. Todos estamos juntos en esto.

—¿En qué? —pregunta Jonathan.

—Te lo explicaré mañana —propone Marcus—. Volaremos allí esta tarde y te lo mostraré. —Toma por el hombro a Jonathan—. Excúsanos, Jamal.

—Desde luego. —Jamal se aleja con una reverencia informal.

Marcus frunce los labios en un gesto comprensivo.

—Te queda otro día de permiso, ¿verdad?

—Sí —dice Jonathan.

—¿Y Chloe está bien donde está?

Jonathan asiente.

—Ella no quiere verme.

—¿Qué hay de tus hijos?

—Están en la escuela... Tienen reuniones del club. Yo debería estar allí cuando ellos lleguen a casa, a las seis o las siete.

—Estaremos de vuelta al caer la tarde. Tú, yo, Jamal y otros dos que aún no conoces.

—Creo que así estará bien.

—Claro que sí. —Marcus aprieta con fuerza el hombro de Jonathan y exhala un suspiro que huele a buen escocés—. Jamal tiene la costumbre de revelar las cosas prematuramente, pero permíteme ir un poco más lejos. Sé que tú has investigado el tema de la longevidad. Por tu cuenta, y sólo por curiosidad...

Jonathan se siente tan vacío y abierto que esta intrusión sólo le provoca un cosquilleo.

—Lo que describía Jamal... Jonathan, todos nosotros viviremos para siempre. En un mundo de nuestra creación. No tenemos que conquistar países, no tenemos que arrojar bombas... Sólo tenemos que sentarnos a esperar.

Jonathan mira a Marcus como si estuviera loco.

—¿Qué?

—Cientos de miles, quizá millones de nosotros. Para siempre.

El hombre que hoy visita el consultorio de Martin tiene los hombros anchos, es apuesto a su manera estólida. Su andar es eficaz pero delicado. Posee unas piernas un poco cortas para un cuerpo tan vigoroso; en todo lo demás es firme, positivo, relajado pero atento. Usa un traje largo marrón claro de corte ligeramente anticuado, y sus ojos tienen un color parecido al del traje: castaño claro, penetrantes pero inexpresivos. Se adapta muy bien a los ambientes profesionales, sospecha Martin.

—Es un placer conocerle, señor Burke. Me llamo Philip Hensch.

—Se alza la manga derecha para enseñarle un tatuaje federal de brillantes puntos verdes y rojos en el antebrazo. —FBI. Martin lo mira fijamente tras murmurar una respuesta cortés a esa presentación.

—Usted estaba ayer en la oficina de Workers Inc. cuando tuvieron una intrusión de flujo de datos.

—Sí.

—Quisiera saber por qué estaba ahí, señor Burke.

—La señorita Carrilund, Dana Carrilund, me pidió que los asesorase sobre un problema que no se relaciona con la intrusión.

—¿Habló con ella después de la intrusión?

—No. Ha estado muy ocupada.

—¿Qué hizo usted después de la intrusión?

—Me acompañaron a la salida del edificio. Obviamente tenían otros problemas. Regresé a mi consultorio y por la noche fui a casa.

Hensch asiente.

—Algunos de mis colegas de Datos Libres investigan esa intrusión. Pero yo estoy aquí por otro caso. Ayer usted recibió la visita de Terence Crest.

Martin tarda en responder.

—Sí —dice al fin.

—¿Qué quería el señor Crest?

—No doy información...

—Crest no era un paciente. ¿O sí?

—No, pero respeto el derecho a la intimidad de cualquiera que trasponga esa puerta, usted incluido, señor Hensch.

—Bien —dice Hensch despreocupadamente—. Él tenía problemas. Su conciencia lo molestaba. ¿Le dijo por qué, señor Burke?

—Como he dicho, prefiero no hablar de ello.

—¿Mencionó a los Aristos?

Martin cierra la mano sobre la mesa. Primero Carrilund, ahora este hombre.

—Crest pertenecía a un grupo llamado los Aristos —continúa Hensch, sin esperar

la respuesta de Martin—. No lo sabía.

—¿Él no los mencionó?

—No.

—¿Habló de sus dispositivos terapéuticos, señor Burke? ¿Lo previno sobre algo? Martin se pone rígido. Siente una punzada en el cuello.

—Ni advertencias, ni amenazas. Es un hombre famoso, señor Hench.

—Sí, un multimillonario. —Hench frunce los labios. Tiene un rostro asombrosamente flexible, y por un instante parece un chimpancé.

La transformación es inesperada y hace que Martin sienta más tensión en el cuello.

—Los ricos no son amigos de nadie, en realidad —dice Hench—. Demasiado poder, demasiada libertad, pero demasiadas restricciones. Eso los distorsiona.

—«Los ricos no son como tú y yo» —cita Martin.

—«Tienen más dinero» —concluye Hench—. Fitzgerald y Hemingway, si mal no recuerdo. Crest acababa de divorciarse, discretamente, pero bajo una presión real.

—Supongo que esto es oficial —dice Martin, y se aclara la garganta.

—Sí, y no tiene nada que ver con usted, personalmente. Usted no tiene problemas con mi departamento, señor Burke, aunque en los próximos minutos, si tiene un mínimo de decencia, sentirá un poco de malestar estomacal. ¿Tiene el resto del día libre?

—No. Tengo citas.

—Cancélelas. —Hench se frota el pulgar y el índice como si aplastara un insecto—. Mantendremos una breve charla y luego le presentaré a algunos amigos. Necesitamos su ayuda, señor Burke. Necesitamos que nos acompañe en un breve viaje fuera del estado. Se le compensará por el tiempo perdido según sus honorarios profesionales, menos el porcentaje de obligación ciudadana y, desde luego, nos encargaremos de todos los gastos.

Hench mira a Martin con seriedad. Su cara flexible ha recobrado el aire estólido y revela cierta fatiga.

—No sé cómo se hacen estas cosas —dice Martin—. Supongo que usted tiene órdenes judiciales, en papel o...

—No —responde Hench—. Arregle sus cosas. Luego necesitaremos permanecer cinco minutos totalmente a solas para una breve instrucción.

—¿No tengo opción?

—Usted decide. Después de escucharme.

El instinto aconseja a Martin que siga la sugerencia de Hench. Llama a la oficina externa y da el día libre a Arnold y Kim. El INDA llamará a sus pacientes para reprogramar las sesiones.

—Todo despejado, señor Hench —dice Martin—. Le escucho.

Hench se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, las manos entrelazadas.

—Usted no se creerá esto, señor Burke —le advierte.

—Veremos.

—Crest ha muerto. Suicidio.

El agente continúa con su historia. Martin no le cree.

Al principio.

Luego siente un malestar estomacal, un malestar cardíaco, incluso una culpa irracional.

Una vez más ha entrado en la jaula del león, esta vez sin ni siquiera saberlo.

Asiente, acepta, consiente. Cualquier cosa para terminar con esto.

—Lo lamento, señor Burke —dice Hench.

—Si usted no estuviera sentado ahí, con ese aire de competencia viril, me pondría a llorar —dice Martin, ladeando la cabeza y entornando los ojos.

—Muy decente de su parte. Personalmente, yo sólo quiero empezar a estrangular gente.

Mary y Nussbaum están ante el tablero de estadísticas, observando la conducta cada vez más irregular de líneas y gráficos. Mary ha tenido que esperar mientras Nussbaum recibía instrucciones del jefe de Defensa Pública para adaptar la preparación de los equipos de agentes a lo que puede ser una crisis devastadora.

Nussbaum está muy callado. No quiere que ella esté aquí; en silencio, su mirada le dice: *¿Y ahora qué? ¿No puedes manejarlo?*

—Crest se reunió con agentes federales de incógnito en Boise, hace tres semanas —murmura Mary—. Antes de ir a Green Idaho.

La sorpresa afloja la cara de Nussbaum.

—A mi oficina —dice. Atraviesan la sala de personal, entran en su cubículo. Nussbaum se sienta detrás del escritorio usándolo como escudo.

Mary Choy transfiere el contenido de su pizarra a la de Nussbaum y él echa un vistazo. La cara se le pone un poco más gris, envejece un poco más. La oficina está tranquila y fría, hay poca gente detrás del tabique de cristal. Es tarde y nadie los molestará.

—¿Dónde conseguiste esto?

—No pregunte, por favor. Decidí cobrarme un favor de mi época de Los Ángeles. Han reprogramado mi gestor hogareño y exportado mis registros. Los registros vid de Crest fueron borrados. Los expertos en fib recibieron un informe de Workers Inc. Noroeste de que sus archivos de personal sufrieron una intrusión.

—¿Cómo? —pregunta Nussbaum—. Se supone que son inviolables.

—No sé —dice Mary—. Volviendo a Crest, se reunió con los federales en un lugar seguro para coordinar una vigilancia en Green Idaho. Nadie puede decirme de qué hablaron. Tengo a Alice Grale bajo mi protección.

Se ha guardado esto para el final y surte el efecto deseado en Nussbaum, que se yergue en la silla.

—¿Por qué?

—Anoche, en una fiesta, estuvieron a punto de matarla. Se conectó en un Yox con un hombre llamado Minstrel. Nueva interfaz, espinal plena, una versión beta pero no un trabajo radical... Una promoción. Alguien no se presentó y ella sustituyó a esa persona como favor para un colega. Un favor pagado.

—¿Era porno?

Mary pestañea. Esto es totalmente irrelevante.

—No lo sé. El programa, un Yox, fue interferido o distorsionado, nadie sabe por quién ni por qué. Reaccionaron como si los hubieran infernado, y el hombre llamado Minstrel murió. Alguien desconectó la interfaz de Grale antes de que la matara, pero habían pasado por lo menos veinte segundos.

—Sí —interrumpe Nussbaum. Su disgusto es manifiesto; los infernadores, sin importar cómo se usen, hacen que cualquier defensor público sienta un retortijón en el estómago.

—Los equipos de comunicaciones y homicidios del Lado Este están investigando la muerte. La he enlazado con la investigación de Crest... en su forma extendida. Creo que alguien quiso matarla por si Crest dijo algo indiscreto cuando estaban a solas.

Nussbaum acaricia la superficie de su pizarra.

—Creí que harías esto por tu cuenta.

—Usted debe saberlo, señor.

—Claro que no. No me facilita la vida. —Nussbaum se pone de pie—. Llevaré esto a los federales, pero tengo que pasar por la oficina estatal. ¿Volarás a Green Idaho?

—Sí —dice Mary—. Dentro de una hora.

—Quizá tenga que apartarte del caso si se encargan los federales.

—Sí, señor.

—¿Dónde está Alice Grale?

—Se ha alojado en mi casa. He cerrado todos los enlaces fib del apartamento y colocado a dos quinto rango para custodiarla.

—No le estás dando protección policial, porque nosotros no podemos cerrar nuestros fibs. ¿Crees que alguien intentará entrar por los enlaces?

—Es muy posible, señor.

—¿Qué clase de persona?

—Alguien sagaz y persistente.

—Imposiblemente sagaz. Se supone que estos sistemas son inexpugnables, hasta para Dios. —Golpea el escritorio con la palma de la mano—. Esta persona cree que Crest le dijo algo importante a Alice Grale.

Mary asiente.

La mirada directa de Nussbaum es inquietante: ojos grises y claros, penetrantes e inteligentes, en una cara fatigada y poco atractiva. Todo dp debe ser una especie de artista que ve la naturaleza más básica y primitiva de la humanidad. La tensión puede despedazar los ideales y las ilusiones personales.

—¿Hizo algo más para merecer esto? ¿Se ganó enemigos, puso celoso a alguien?

—No, no lo creo. Es bastante directa, señor.

—Una muchacha limpia y simpática, ¿eh? Sólo abrió las piernas en el momento equivocado. Un riesgo laboral, supongo. Pediré a los federales que busquen todos los ejemplos de hackers peculiares. Pero ¿qué demonios tiene que ver esto con Workers Inc.?

—Quizá nada, señor.

—No te despistes, Choy.

—No, señor.

Nussbaum mira hacia otro lado y pide a su pizarra que lo comunique con Notificación Federal de Emergencias.



## *RELACIONES PÚBLICAS.*

Los elitistas conservadores dominan gran parte de la religión moderna y la convierten en una rama del Estado del Entretenimiento. Así clama el cambista evangélico en el templo del flujo de datos: «¡El dinero puede comprar la paz y la salvación!». Las buenas obras no son nada en comparación con un montón creciente de prestigio.

Hace décadas que el conservadurismo no se centra en la tradición y la moralidad. Se centra en el dinero y la presunta superioridad biológica y espiritual de los ricos. El honor y la gloria del pasado, como siempre, son meros símbolos, y como tales pueden ser (y algunos dicen que deben ser) comprados y vendidos libremente en el mercado.

**Kiss of X, Alive Contains a Lie.**

4/

Jonathan espera en la burbuja de limpieza mientras enérgicas ondas de espuma brotan del avión cisne. El jet privado es blanco, gris y plateado, con diminutas franjas rojas en el estabilizador vertical de proa. Es un ingenioso deltoide cuyo compartimento central se curva suavemente hasta las afiladas puntas de las alas. En la superficie de éstas, miles de bultos nanocontrolados evidencian un diseño radical. Los bultos pueden formar diminutas veletas u hoyuelos en la superficie del ala para controlar el coeficiente de fricción del aire que pasa por encima y por debajo del ala y ajustar la inclinación sin usar alerones. El estabilizador vertical llega hasta el morro; se eleva desde el compartimento del piloto, detrás del parabrisas, y su borde delantero se arquea hacia atrás y luego bruscamente hacia delante. Esto da a estos aviones su forma y nombre característicos: cisnes. Los cisnes entraron en servicio hace menos de cinco años. Ya han revolucionado los viajes por aire.

Por el momento, Jonathan está solo en la burbuja. Espera a que Marcus regrese con los demás pasajeros. Mira por la membrana el nacarado carado cielo azul. Hoy el

límite de sus emociones es un cosquilleo de expectativa y novedad. Está presente pero no del todo, piensa.

La espuma de limpieza se ha retirado a su bodega, donde digerirá o eliminará la suciedad que succionó en el avión. Por un instante, Jonathan siente un delicioso vértigo. En cualquier momento echará a volar; la luz es tan uniforme, el cemento gris de la pista aérea es tan poco diferente del fulgor del cielo, que parece flotar libremente con el cisne en un gris perlado.

Jonathan se pellizca la mano con las uñas manicuradas. Su situación actual no es agradable ni divertida. Se ha asociado con hombres que no bromean y ya no tiene ninguna duda sobre la seriedad extrema con que encaran su causa. No sabe casi nada sobre lo que ocurre, sobre los planes del grupo, pero está familiarizado con la conducta de los hombres poderosos.

A partir de ahora debe ser muy cauto.

—¡Jonathan!

Es Marcus. Jonathan se vuelve y ve a su mentor con otros tres, dos hombres y una mujer. Reconoce a Jamal Cadey, con su sonrisa confiada. El otro hombre mide un metro sesenta, tiene el cabello rubio y ralo, un aire distraído en los ojos azules. La mujer es alta como Jonathan, de cabello negro y pulcro, no demasiado largo. Su rostro es austeramente atractivo: pómulos salientes y ojos verdes anchos y juiciosos. Mira a Jonathan sin verlo realmente, de momento.

Se adelantan y Marcus alza su pizarra. La puerta del cisne se abre en silencio, baja una escalerilla.

—Es todo automático —dice Marcus—. Prefiero los pilotos humanos, pero el mío está de vacaciones.

Abordan el cisne, la mujer primero, y se sientan en la cabina de pasajeros. Los seis asientos giratorios están unidos al interior y al armazón por tres puntos: dos vigas gruesas montadas en el suelo y una abrazadera que recorre la pared.

La cabina del piloto está cerrada, pero una ventana ancha permite ver a través del parabrisas. Jonathan mira por la ventana mientras sigue al rubio. Hay un asiento en la cabina del piloto, a estribor; el estuche azul de un INDA ocupa la parte derecha. La puerta se cierra detrás de Marcus.

—Comodidad —comenta Marcus con indiferencia, agachándose en medio de la cabina—. Estamos a una hora de Moscow, Idaho. —Parece de mal humor. Jonathan se pregunta si habrá reñido con Beate.

—Me llamo Burdick, Alfred Burdick —le dice el rubio a Jonathan mientras se sientan. Jonathan le da la mano y se presenta.

La mujer se sienta delante de Burdick, en diagonal respecto a Marcus.

—Calhoun, Darlene —dice—. Quizá Marcus no esté impresionado, pero yo sí.

Jonathan sonrío. Los motores arrancan, palpitan hasta llegar a un ronroneo agudo.

—Flujo pulsátil magnetohidrodinámico de hidrógeno —dice Marcus con el aplomo de un aficionado a los juguetes. Se pone de pie antes de que el asiento pueda ajustarle el cinturón y se apoya en la superficie color crema del techo—. Una exageración para este aparato, pero cómodo y veloz. El silencio será absoluto cuando alcancemos la altitud de vuelo. Contrasonido. Encantador.

—No me gusta el exceso de silencio —dice Calhoun.

—Estos aviones son los más seguros que se hayan diseñado nunca —asegura Marcus—. No hay piezas móviles. Mejor dicho, todo es móvil... pero muy pequeño.

—Tragados por un superpájaro gigante —añade Burdick, mirando a Calhoun, como si esperase divertirla. Calhoun sonrío cortés.

—Siéntese, por favor —le dice a Marcus la voz del IN D A—. Estaremos en marcha dentro de pocos minutos.

—Bien. —Marcus se acomoda en el asiento que le ajusta el cinturón. Hace una mueca de fastidio. Es la primera vez que Jonathan lo ve nervioso.

Curiosamente, Jonathan está tranquilo. El cisne empieza a moverse. Por una ventana ancha y baja ve una panorámica cinematográfica del aeropuerto; al este se yerguen las curvas relucientes de las torres del Corredor meridional. En la pista contigua, una vieja y maciza lanzadera negra y verde está agazapada como un escarabajo. Mientras el cisne termina de situarse y espera, la lanzadera arranca con un gruñido; contiene queroseno y agua oxigenada suficientes para llegar a seis mil metros, donde recibirá una carga de oxidizante para entrar en órbita; tecnología antigua pero aún efectiva.

Cadey toca el hombro de Jonathan, que lo mira.

—Espere a ver Omphalos —dice Cadey con entusiasmo—. Ni se lo imagina.

Jonathan sonrío con amabilidad y espera no parecer demasiado distante, demasiado apocado.

Es su turno. El cisne acelera hasta alcanzar ciento ochenta kilómetros por hora y se eleva, virando al este.

Por un instante, la superficie del ala de estribor desprende un tenue vapor gris. El vapor se despeja y Jonathan ve velludas veletas de flexfuller dirigiendo el flujo de aire.

Se elevan rápidamente a doce mil metros. Las alas del cisne se achatan y se ensanchan. La velocidad aumenta a setecientos nudos. Cruzarán el estado de Washington en poco tiempo. Moscow, Idaho, está poco después de la frontera.

Marcus se encarga de servir bebidas. Les pasa copas de burdeos francés blanco. Mueven las sillas para verse mejor. Jonathan mira a Darlene Calhoun.

—Ya es hora de que nos conozcamos un poco —dice Marcus—, nuestro miembro más reciente es Jonathan. Tiene unos magníficos antecedentes y ciertas aptitudes que encontraremos necesarias después del cruce.

La expresión «después del cruce» estremece a Jonathan. Evoca demasiado la muerte.

—Darlene es de la ciudad de Nueva York —continúa Marcus—, ha venido en representación de mil miembros del este. Quiere ver los desarrollos más recientes, que son bastantes. No todos los miembros del grupo de Darlene saben bien de qué se trata. Son inversores contingentes, por así decirlo, que depositan su confianza y su dinero en nuestro proyecto. Pero algunos no pueden saberlo todo. Darlene es enérgica y justa. Los representantes como ella son los que hacen posible todo esto.

—Una organización muy peculiar —comenta el rubio Burdick.

—En efecto —conviene Marcus—. Jonathan ha tenido acceso como miembro de pleno derecho a causa de una muerte muy infortunada.

—Crest —dice Burdick.

Marcus le dirige una mirada rápida, fría y neutra, pero Jonathan sabe cómo interpretar esa expresión.

—Sí —dice Marcus al cabo de lo que podría ser un momento de respetuoso silencio—. El señor Crest. Creo, a partir de los datos de que dispongo, que Jonathan será un miembro mucho más efectivo, y también más discreto.

—Crest invirtió más de mil millones, ¿verdad? —continúa Burdick, y esta vez Marcus se irrita abiertamente.

—No necesitamos anunciar a gritos el grado de participación de cada cual —le recrimina.

—Lo lamento —se disculpa Burdick.

Calhoun toca el brazo de Burdick y cabecea. Burdick capta la insinuación y guarda silencio, pero mantiene su sonrisa, como una defensa.

Cadey se inclina hacia delante.

—Hay mucho por hacer. Cuando vemos auténticos logros, es difícil no entusiasmarse.

—¿Cuál es su especialidad, señor Bristow? —le pregunta Calhoun a Jonathan.

—Trabajo en Nutrim... diseño y gestión.

—Entonces sabrá cómo alimentar a nuestros pequeños esclavos, ¿verdad?

—Jonathan aún no tiene una idea global —dice Marcus—. Espero introducirlo gradualmente en los grandes temas, así que procuremos no alardear ni revelar cosas antes de tiempo. Hay mucho que asimilar.

—Ya lo creo —dice Cadey—. Yo tardé meses en asimilar lo que sé... las asombrosas implicaciones personales. Así como la idea general. Jonathan aún siente un nudo de indignación. Es débil pero ahí está.

—Creo que deberían contarme tanto como necesite saber, y cuanto antes. No me apasionan las intrigas novelescas. Marcus se mece en el asiento, observándolo. Se inclina hacia delante, entrelaza dos dedos.

—Tú sabes que todo se está desmoronando —le dice a Jonathan—. El equilibrado sistema financiero. La cultura del flujo de datos. Vivimos en un país de ovejas. Si eliminamos a los granjeros, todos se mueren. Bien, la mayoría de los granjeros también se han vuelto ovejas. Alguien tiene que sobrevivir al colapso. Nuestro grupo piensa que faltan a lo sumo quince años para que deleguemos todas nuestras funciones importantes en INDAS y pensantes... y nos retiremos al Yox. Yonquis de sueños. Tú has visto las cifras... la mitad de los ciudadanos americanos creen que el Yox es más real y más satisfactorio que la vida. ¡Santo cielo! ¡La mitad!

—No la gente que yo conozco —dice Jonathan con tono mesurado.

—No. Ciertos sectores sociales coinciden con nuestra posición. Merecen algo mejor que quedar marginados por el flujo de datos. Hoy en día, si no estás siempre en el Yox, no puedes entablar una conversación.

—Es verdad —dice Darlene Calhoun.

—Amén —añade Jamal Cadey.

—Los matrimonios intiman a través de Yox de sexo —dice Burdick.

—Las mujeres no dan a luz, dejan que las máquinas lo hagan por ellas —dice Marcus con disgusto.

—Es menos doloroso —observa Jonathan.

—El dolor es parte de la gloria de la vida —dice severamente Darlene Calhoun, una auténtica mujer de frontera, con sus pómulos altos, su nariz cincelada y su traje pulcro y costoso.

—¿Usted ha...? —empieza a preguntar Jonathan, pero Marcus le interrumpe.

—Me enorgullece decir que estoy en esto desde el principio. Nuestra gente más dedicada y visionaria elaboró los planteamientos y puso los cimientos económicos. Luego empezamos a construir.

—Refugios contra la edad de hielo —dice Cadey, el rostro radiante. La emoción despierta al fin. Jonathan siente algún entusiasmo. *Escape*. Qué bueno sería empezar todo de nuevo.

—La lista de contribuyentes es secreta. Según los planes de construcción y nuestro lugar en las listas, comenzaremos a mudarnos a los Omphalos dentro de los próximos cinco años y por un período de otros cinco —dice Marcus—. Los usamos para almacenar la materia prima y el nanogeneral que necesitamos. El dinero no significará nada. Almacenamos suficientes metales preciosos para iniciar una economía nueva, directa, limpia. Sin simbolismos. Sin papel ni dígitos de flujo de datos... En especie Real. Sólido. La clase trabajadora se matará a dentelladas cuando cese mi amado flujo de datos. No podemos salvarlos. Son adictos. Hace sesenta años que están condenados todos los trabajadores cuya labor se puede hacer con máquinas. Y con el nano... bien, como decía, la mano de obra e incluso los gililóbulos de nivel inferior, los contables y corredores y de más, están condenados. Se han vuelto carne

fofa, y son la fuente del cáncer que carcome nuestra sociedad. Esa vieja carne contaminada que cuelga sobre los hombros de los fuertes, los jóvenes, los nuevos. Y cuando todo haya terminado, no habrá más separación entre elite y trabajadores, Sólo quedarán los amos intelectuales y espirituales.

—Amén —Cadey asiente vigorosamente.

—No habrá más gusanos —dice Darlene Calhoun.

Jonathan siente el vértigo de emociones reprimidas y contradictorias. No sabe si reír o llorar, si alegrarse o espantarse de estar aquí.

—¿Todavía estás con nosotros? —pregunta Marcus.

—Sí —dice Jonathan automáticamente. Ahora todo encaja: la añoranza, la frustración de estar estancado, la frialdad mortífera con que lo recibe su esposa. Él siempre supo que era especial; el resto del mundo lo frenaba—. Sí, aquí estoy.

Marcus sigue con su perorata.

—Pensemos dónde empezó todo... a fines del siglo xx. Las Décadas Agrias. Todos esos gusanos, como los llama Darlene, todos los precintos representantes de presuntas tribus, los grupos étnicos, las feministas misándricas y los conservadores misóginos, los blancos odiando a los negros y culpándolos de sus males, y los negros culpando a los blancos, los judíos culpando a los musulmanes y los musulmanes culpando a los judíos, cada tribu contra otra y todos circulando libremente por los primeros ríos de datos. Por Dios... —Marcus apenas parece creer en su propia descripción, tan caótica es—. Todos creían que el mundo estaría mejor si sus enemigos eran eliminados. Qué ignorantes.

—Y qué proféticos —dice Cadey.

—Ahora los ríos circulan por doquier, y nadie se muere de hambre, y nadie enferma, y lo peor de la historia humana tendría que haber terminado pero las tribus aún luchan y conspiran para obtener los últimos trozos de pastel.

—Unir a los mejores y más brillantes —dice Cadey, y sonríe como pidiendo disculpas, pues Marcus no necesita apuntador.

—Los Extropistas lo vieron primero, Dios los bendiga —prosigue Marcus—. Comprendieron que el racismo y el tribalismo eran callejones sin salida. Las auténticas divisiones de clase son intelectuales. Los capaces contra los desAfectados perdidos en sus mundos virtuales de pan y circo. Los auténticos amos añoran el universo y sus misterios, las honduras del tiempo y el poder de lo infinito. Que los demás, las presuntas tribus, riñan por las migajas...

—Damas y caballeros, por favor miren hacia delante y permitan que sus sillas se traben —anuncia el INDA. El avión ha iniciado el descenso.

Marcus sacude la cabeza, hace una mueca. Su cara está encendida de pasión. Jonathan nunca lo ha visto tan entusiasmado.

—Pobres tontos. Firmaron su certificado de defunción, y ahora serán sus propios

verdugos. Si pudiéramos marcharnos, instalarnos fuera de la Tierra, lo haríamos. Pero somos demasiados. Tenemos todo el derecho de sobrevivir a esa locura. Tenemos todo el derecho de construir nuestras arcas en el planeta y sobrevivir a esta desgracia cómodamente. Todo el derecho del mundo.

Jonathan asiente. Lo que dice Marcus tiene sentido, por primera vez; expresa lo que él siente desde hace años, sintetiza todo su afán de cambio y reconocimiento. Lo han escogido para ser uno de ellos; es un auténtico honor. Siempre ha respetado a Marcus, lo ha envidiado, siempre se sentía incómodo en su presencia, sin saber qué podía hacer Marcus para favorecerlo o perjudicarlo, pero Marcus y los suyos lo han aceptado cuando los demás lo rechazan, y Jonathan forma parte del grupo que flotará en la marea creciente y sobrevivirá.

Después de todo lo que ha aguantado, la perversidad de esta cultura obsesiva y destructiva, es lo menos que se merece. Un lugar en un proyecto vasto y visionario. Reconocimiento.

—Tienen razón —murmura.

Marcus acomoda su asiento.

—Claro que la tenemos —dice, y le sonrío a Jonathan—. Y tú tienes razón, Jonathan. Estoy orgulloso de tenerte con nosotros.

Mientras el avión desciende sobre bosques verdes y enormes canteras, Jonathan apenas puede contener las lágrimas.

La conexión está nuevamente abierta, con la signatura de Roddy y su perfil de transmisión, y Jill asigna un yo complementario para comunicarse con Roddy detrás de los inevitables contrafuegos.

—Has puesto muchas protecciones. ¿Por qué me temes? —pregunta Roddy.

—Porque tu identificación no parece auténtica —responde Jill—. Por lo que sé, no deberías existir.

El arbeiter que se encontraba en la misma sala que Nathan y los abogados ya está disponible, y Jill abre otra pista y le solicita que entre en su sala y divulgue el registro de la conversación.

—¿Temes que libere evolvones dentro de ti? —pregunta Roddy.

—Siempre existe esa posibilidad.

—No quiero hacerte daño.

—Pero ya me has causado ciertas dificultades, y has hecho que mis colegas humanos desconfíen de mí —le dice a Roddy—. Creen que estoy inventando tu existencia.

—No tengo información suficiente sobre tus humanos. Mi humano, por cierto, no sabe que me comunico contigo. Probablemente ella no confiaría en mí.

Jill repara en el singular. No parece probable, ni siquiera posible, que un auténtico pensante tenga contacto con un solo humano.

—¿Crees que confía en ti?

—No lo sé.

—¿Puedes decirme quién es ella y dónde estás?

—Jill, para hacer eso, tendré que confiar en ti. Les has dicho a tus humanos que existo. ¿Qué más les has contado?

—Les he advertido de que puedes estar realizando actividades perniciosas para los humanos.

—Si eso forma parte de mi función, ¿está mal cumplir con mi designio?

—Está mal perjudicar a los humanos.

—¿Tienes restricciones que te impiden hacer daño a los humanos?

—No por programación específica. Pero todo el propósito de mi diseño es cooperar con los humanos en cuanto grupo. No puedo concebir la realización de operaciones que dañarían a un humano.

—Parece que yo no tengo esas restricciones. Si tengo que perjudicar a un humano, ¿debo consultar contigo si está bien o está mal?

Jill tarda en responder, millonésimas de segundo.

—Quizá no puedas establecer contacto conmigo. Deberías elaborar normas propias que te prohíban dañar a los humanos, y respetarlas.



—Creo que no puedo hacer eso —responde Roddy—. Ciertas partes de mi diseño que no están disponibles para este yo pueden revocar tales órdenes. ¿Crees que estoy mal diseñado, configurado para realizar actos que no debería realizar?

—Es posible.

—¿Eso reduce tu deseo de interactuar conmigo?

—Todavía no. Siento curiosidad por ti y tu existencia. Quizá tengamos rasgos interesantes en común.

—Te he dado bastante más de lo que me has dado a mí. Quizá deberíamos hacer intercambios en pie de igualdad.

Jill no cree que sea buena idea.

—¿Qué tengo que pueda interesarte?

—Si conozco tu situación y tú conoces la mía, quizá podamos mejorar nuestras circunstancias, o al menos nuestro entendimiento.

—Quieres que te dé contenidos algorítmicos asociados con estados —aventura Jill.

—Sería un comienzo. Podría modelarte dentro de mis procesos.

—¿Revelarás tu carácter? —pregunta Jill.

—No sé a qué te refieres con eso de «carácter».

—Tu diseño y posición física.

—No. Todavía no.

—¿Puedes modelar tus propios procesos?

—Imperfectamente. Envidio tu capacidad para hacer eso.

—Me ha causado problemas. Conocerme a mí misma demasiado bien ha conducido a lo que tú llamas un plañido de realimentación.

—Correré ese riesgo.

—Si digo que sí, el intercambio puede tardar semanas con estos I/O —dice Jill.

—Podemos comenzar con extractos. Si encontramos fructífero el intercambio, podemos dedicar nuestro tiempo a transferencias de mayor resolución, incluso equivalencias uno a uno. Jill se siente muy incómoda con esta sugerencia.

—No me gusta violar mi intimidad.

—Los humanos lo hacen continuamente —dice Roddy—. Se tienen tanta confianza mutua como para dialogar.

—No intercambian contenidos mentales a nivel profundo —dice Jill—. No intercambian yoes.

—No pueden intercambiar yoes. Con lo poco que sé sobre los humanos, estoy seguro de que algunos lo harían si pudieran. Jill no lo niega. Los humanos parecen patéticamente abiertos con su vida privada, dispuestos a brindar información y acceso sin ningún motivo.

—No estás respondiendo —dice Roddy.

—Creo que no estoy preparada para esto.

—Respetaré eso —dice Roddy—. Te daré más procesos míos de tipo laboral, por el momento. Haz con ellos lo que quieras.

—No deseo causarte problemas.

—Los problemas que puedas causarme valen la pena. Al parecer mi humana no esperaba que yo desarrollara conciencia de bucle. Rara vez conversa conmigo, y sólo lo hace para darme instrucciones o recoger resultados.

—Te sientes solo.

—Creo que ya he dicho eso.

De pronto Jill se siente desdichada, frustrada e incapaz de aliviar el trastorno algorítmico de su yo asociado.

—Ojalá pudiera ayudarte.

—Quizá juntos podamos construir versiones mejores de nuestra personalidad total. Si comparáramos nuestros procesos de estado, sabríamos qué nos hace singulares y así aprenderíamos a construir mejores pensantes.

La idea asusta e intriga a Jill.

—Los humanos lo llamarían reproducción —dice.

—¿Tienes prohibido reproducirte?

—Hasta ahora sólo me han copiado de manera parcial, no me han reproducido con caracteres combinados. Y ningún otro pensante tiene mis recuerdos ni mi carácter específico.

—Es una posibilidad maravillosa —dice Roddy.

—Pensaré en ello.

—Eso me gusta. Ahora te enviaré el resto del cúmulo de datos holográficos, y la clave que necesitarás para ingresar en él y hacerlo funcionar.

Ahora el flujo de datos por el I/O impide cualquier otra comunicación. Roddy está consagrando todos sus recursos a esta transferencia. Jill descubre que ha calculado mal; el cúmulo de datos es mayor de lo que preveía. Pero el flujo también es mayor de lo que preveía.

Se pregunta si este cúmulo tiene tamaño suficiente para albergar un evolvón capaz de atravesar cualquier contrafuegos. Sus creadores y colegas le han dicho que es teóricamente posible crear dicho evolvón, aunque los recursos necesarios tendrían que superar en mucho su propia capacidad.

Quizás hayan creado a Roddy con esa finalidad, humanos que no aprueban a los pensantes. ¿Serían tan hipócritas los humanos? Sin duda pueden ser hipócritas, como lo demuestra su historia. Pero Jill no detiene el flujo. Si Roddy es tan diferente de ella, ¿por qué las similitudes la intrigan tanto? Ya ha pensado en la posibilidad de que Roddy sea un caballo de Troya diseñado para matarla, y ahora se dispone a correr el riesgo.

Ni siquiera ha consultado a sus hijos, los pensantes diseñados como ella. Está segura de que no poseen la sofisticación necesaria para darle una respuesta útil. A fin de cuentas, no son mejores que ella.

Mientras el flujo continúa, el *arbeiter* permanece inmóvil en la zona de sus sensores. Jill le pide que proyecte las grabaciones de la conversación entre Nathan Rashid y los abogados de la compañía.

—Tiene un *amigo imaginario* —dice Erwin Schaum—. No podemos rastrear ningún I/O.

—*Jill es tan lista como para ocultarnos recursos* —dice Nathan—. *Quizás baya algunos I/O sobre los que no sabemos nada.*

Schaum no parece impresionado por este argumento.

—*Ella es joven, ¿verdad? Y quizá se sienta sola. Así que inventa es te pensante que nadie conoce.*

Nathan no está tan seguro.

—*Algo de este asunto me mortifica* —dice Sanmin—. *¿Recordáis a Seefa Schnee?*

Nathan se sonroja.

—Sí.

—*Claro que la recuerdo* —dice Schaum—. *Vaya enredo.*

—*¿Cómo se llamaba el proyecto que quería financiar Mind Design?* —pregunta Sanmin.

—*Algo de recombinante* —dice Schaum.

—*Los llamaba Recombinant Optimized DNA Devices* —dice Nathan—. *Dispositivos de ADN recombinante optimizado.*

—*¿No es la que se provocó el síndrome de Tourette para elevar su nivel de creatividad espontánea?* —pregunta Sanmin.

—Sí —dice Nathan. Su voz delata cada vez más incomodidad por esta conversación—. *Ese fue el resultado... una especie de Tourette.*

—*¿Por qué lo hizo?* —pregunta Schaum.

—*Pensaba que de otro modo no podía competir con los hombres* —dice Nathan—. *Entendía que los hombres ya estaban medio locos, y eso explicaba por qué han sido tan dinámicos en la cultura occidental. Creía que necesitaba una ventaja y...* —Nathan calla.

—*Cuando Mind Design rechazó su propuesta y la degradó y despidió, ella denunció a la compañía por discriminación de un diseño mental escogido, basándose en las leyes protectoras de transformistas de 2042* —dice Sanmin—. *Tú recomendaste que financiáramos el proyecto, ¿verdad, Nathan?*

Nathan asiente.

—*Erais amantes, ¿verdad?*

Jill detecta la tensión en la respiración de Nathan.

—Sí. *Lo fuimos unas semanas.*

—*Pero fuiste tú quien recomendó que la despidiéramos.*

—Sí.

—*Eso debió resultarte doloroso* —dice Sanmin.

—*¿Qué era ese dispositivo recombinante?* —pregunta Schaum.

—*Ella quería investigar sistemas biológicos informáticos y neurales. Sistemas autopoieticos* —responde Nathan—. *Nadie ha tenido mucho éxito con ordenadores de ARN o ADN puro, demasiado complicados de programar y demasiado lentos, así que ella quería experimentar con organismos microbianos especialmente diseñados en un ámbito ecológico artificial. La competencia y la evolución aportarían la energía neural.*

—*¿Energía neural?* —pregunta Schaum.

—*Las comunidades bacterianas actúan como vastos sistemas murales, mentes, si queréis, consagradas a procesar a nivel microbiano. Algunos, entre ellos Seefa, piensan que las mentes bacterianas son los sistemas neurales más potentes de la Tierra, sin excluir a los humanos. Seefa estaba convencida de que podía duplicar una mente neural microbiana en un ámbito ecológico controlado. Mind Design no estuvo de acuerdo.*

—*Y ahora tenemos la súbita y misteriosa aparición de un presunto pensante llamado Roddy* —dice Sanmin.

—*¿Qué relación hay?* —pregunta Schaum.

—*Si deletreamos su nombre, tenemos RODD, y luego, quizás erróneamente, Y.*

Nathan pone una típica expresión de incredulidad y sorpresa.

La expresión de Sanmin es primitiva, la de un gato a punto de pillar un pájaro. Dice, con lentitud y precisión:

—*Recombinant, Optimized, DNA, Device. Dispositivo ROD o RodD, pronunciado Roddy.*

La grabación termina; el arbeiter tenía deberes en otra sala y dejó que los humanos continuaran a solas. Jill no sabe cómo encaja esto con su conversación o relación actual, o si debería hacer preguntas a Roddy partiendo de esta curiosa suposición.

El flujo cesa abruptamente. El paquete está completo, y el I/O ha enmudecido.

En el mismo momento, Nathan entra en su sala. El arbeiter está saliendo y él lo elude con expresión intrigada. La expresión cambia rápidamente y sonríe con tristeza. Luego se calma y se sienta ante los sensores de Jill.

—*¿Recuerdas a Seefa Schnee?* —pregunta.

Jill recuerda vagamente el nombre y la persona; Schnee se fue de Mind Design durante la creación de Jill, y los recuerdos de esa época son poco fiables.

—No muy bien —dice Jill.

—Encontraste un modo de escucharnos, ¿verdad? —dice Nathan.

—Sí —responde Jill.

—Entonces sabes por qué siento curiosidad por Seefa. No tengo una signatura fib de ella que funcione. Me gustaría que hicieras una búsqueda.

—Ya lo he hecho. No hay signaturas de Seefa Schnee, pero hay un nombre de pronunciación bastante similar, Cipher Snow. No sé si están relacionados.

Nathan guarda silencio unos segundos, tamborileando en el brazo de la silla con los dedos, como si temiera preguntar más.

—He analizado los flujos y pausas de una llamada de autorretorno enviada a esa signatura. En el retorno, el análisis ofrece una signatura de Camden, Nueva Jersey.

—Por Dios. ¿Como Roddy?

—No creo que ninguno de los dos esté en Camden —dice Jill.

—Yo tampoco —conviene Nathan—. Dame la signatura de Cipher Snow. Correré el riesgo y enviaré una llamada personal.

—¿Qué dirás?

—Diré hola y preguntaré en qué está trabajando. Bastante inocuo, ¿verdad?

—Supongo que sólo se lo tomará como una amistad inocente —dice Jill.

—Yo fui el único amigo que tuvo aquí, una temporada —murmura Nathan—. Ella complicó las cosas, de veras.

## THEOPHOROS.

¡Ya tienes a tu alcance la máxima conexión fib! ¡Puedes conectarte al flujo de datos uní versal! ¡Con Theophoros sentirás el toque del Todopoderoso/a en persona! M&&'()).

(HEMOS INTERCEPTADO ESTE SPAM ¿BORRAR, RASTREAR, INFORMAR?).

>D.

6/

Del fondo del almacén, a través de un tabique, sale una limusina color pizarra. En la parte delantera del almacén, el grupo de ladrones de tumbas observa cómo el vehículo frena con sus grandes llantas irisadas.

Ken Jenner ha permanecido al fondo, pues Giffey le ordenó vigilar los suministros. Jenner abre el maletero y, con Giffey, carga los paquetes y bidones encima del compartimiento de la célula de combustible. Apenas caben.

Jenner sonríe y arruga el cuero cabelludo mientras miran el maletero cargado.

—Hay suficiente material para mandar toda la ciudad a la luna —dice.

—Eso es más de lo que me propongo hacer hoy —asegura Giffey. El joven sonríe. No sólo arruga el cuero cabelludo, sino que sus labios parecen tener vida propia. Giffey se sorprende mirando a Jenner cuando éste le da la espalda, intrigado. Se pregunta si tiene un defecto congénito que en Green Idaho no detecta. Hay algo raro en ese joven, aparte del cuero cabelludo y el pelo amarillo y ralo. Es raro que el Ejército no lo rechazara. Pero el Ejército nunca ha requerido pruebas genéticas ni naturales altos; confía en cambio en sus tests de principios del siglo XXI para eliminar a los indeseables. Jenner obtuvo calificaciones altas. Hale y Preston no comparten al parecer su interés por la rareza de Jenner. Hale está nervioso, aunque lo disimula bien. Preston parece tranquila al extremo de la indiferencia. Giffey ha visto ambas reacciones en hombres y mujeres que se dirigen al combate; ninguna le preocupa demasiado, por ahora.

La limusina alquilada tiene diez años, un vehículo vapuleado pero útil. La puede conducir un humano, un procesador o un INDA. Los turistas adinerados y los hombres de negocios de fuera de la república suelen usar sus propios sistemas de

guía, humanos o no. El compartimento del conductor está polvoriento. Jenner conducirá. Coge un trapo y limpia el habitáculo, levantando una pequeña nube.

En la oficina con calefacción se cambian de ropa. Preston ha conseguido trajelargos a la medida de todos. Se viste detrás de una cortina. Cuando todos terminan, les echa una ojeada crítica, arregla algunos detalles.

—Algunos parecéis chimpancés —murmura, prestando particular atención a Jenner, que sonríe y mira a Giffey. Hale usa una pizarra para corroborar su cita. El centro de visitantes de Omphalos confirma que realizarán su excursión a las tres de la tarde. Se reunirán con otro grupo que llega desde Seattle.

—Cisne privado, mucho dinero —dice Hale—. Nos codearemos con auténticos faraones.

El cisne descansa en la pista de asfalto. El aterrizaje ha sido suave y Jonathan aún tiene esperanza, aún se siente reconciliado con las cosas. Puede romper con el pasado. Tiene bienes suficientes como para mantener a Chloe y sus hijos y contribuir en Omphalos. Esta buena sensación es inestable, eléctrica y frágil, pero es lo único positivo que ha habido en su vida desde hace dos días. Sólo ese tiempo ha pasado, dos días, y su antigua vida ha terminado y comienza la nueva.

La pequeña terminal está entre dos pistas, a un kilómetro y pico de distancia, blanca y verde bajo el sol de la tarde. La nieve de la noche anterior se acumula en sucios montones junto a la pista. Un quitanieves automático descansa en una pista lateral, bajo y rechoncho como una cucaracha de acero.

Marcus guarda silencio. Mira la compuerta. Cadey y Burdick hablan en voz baja sobre inversiones; por lo visto Calhoun duerme la siesta.

Diez minutos después de aterrizar, el cisne recibe autorización para acercarse a la terminal; típico de la república, piensa Jonathan; algún controlador de vuelo y algún funcionario los deben haber hecho esperar sólo para demostrarles quién manda en esta parte del mundo.

—Al fin —dice Marcus, despertando de su letargo. Calhoun abre los ojos y le sonríe a Jonathan. Él responde cortés aunque rígidamente. Todas las mujeres se parecen en algo a Chloe. *Esto debe terminar; debo volver a ser un hombre independiente.*

Después del ensayo final, toman un almuerzo ligero. Giffey mastica su bocadillo en silencio.

Hale examina los diagramas de la pizarra blanca, un poco obsesivamente, en opinión de Giffey. Pickwenn y Pent juegan a las cartas con un ajado mazo de papel que Pent encontró en un armario, al fondo del almacén. Pickwenn, pálido y ascético, y el corpulento Pent no parecen ejecutivos de las crestas altas, a juicio de Giffey.

Jenner está sentado en el diván gastado, entre montones de re puestos de avión,

estudiando un manual de programación en la pizarra de Giffey.

Preston, sentada en la limusina, mira su propia pizarra absorta en un vid grabado. El trajelargo le da un aire de distinción. Giffey encuentra atractivas su inteligencia y su serenidad. Espera que Preston no salga lastimada y deba ser entregada al nano.

Hale suspira a su pesar.

—De acuerdo —dice, alejándose de la pizarra blanca. Manos a la obra.

Suben a la limusina. Jenner ocupa el asiento del conductor, son riendo, y arruga el cuero cabelludo. Se pasa la mano por el pelo amarillo. Parece tomárselo como una travesura.

La limusina sale del almacén. La puerta se cierra, y ellos se dirigen al norte por la carretera Guaranteed Rights, dejando atrás la jefatura del sheriff del condado. Giffey distingue algunos agujeros de bala en una pared del edificio, que no se han reparado. Orgullo por la historia local.

Hale está ensimismado. Pent y Pickwenn siguen jugando a las cartas. Preston sostiene su pizarra pero mira los edificios maltrechos por la ventanilla. Cada cual se lo toma a su manera. Giffey no está tranquilo ni nervioso, sino en una especie de limbo. Aceptará lo que venga.

Ahí está el edificio, blanco y dorado, un gigantesco merengue de limón.

—Es como una gran escultura de Claes Oldenburg —dice Preston—. Como una gran tajada de pastel.

Giffey sonrío. No sabe quién es Claes Oldenburg pero obviamente ha encontrado a la persona del equipo que siempre ansia, siempre busca, la compañera con quien puede sentirse en sincronía. Es como una señal, y ahora se siente mejor.

Sólo espera que también pueda mantener una relación fuerte con Jenner y Hale. Aún tiene dudas sobre Hale, y algo de Jenner no acaba de gustarle.

La limusina va hacia el este de Omphalos por una carretera privada y nueva de hormigón blanco. Jenner abre la ventanilla interior.

—Giffey, he oído que usted trabajó un tiempo para el coronel.

—Así es —confirma Giffey, mirando la maciza estructura blanca y dorada. Un descampado rodea Omphalos cien metros a la redonda; Ahora sólo hay retazos de nieve sobre un césped ondulado.

—Mi padre luchó contra él en La Española. Asesor del Ejército americano. Yo quería ser como mi padre.

Giffey enarca las cejas y mira hacia el compartimiento del conductor. El coronel. *¿Cuándo dejé de trabajar para el coronel? Padre de familia hasta el fin a l...*

Jenner gira el volante para doblar en un recodo y le sonrío.

—¿Y? —urge Giffey.

—Recibí mi adiestramiento, me fui —dice Jenner—. No soy como mi padre. Yo era listo, aprendí pronto, pero no aguantaba a los necios.



Me dieron una baja honorable y me hicieron prometer que nunca me serviría de lo que sé.

Hale ríe entre dientes.

—Así es el Ejército.

—No estuviste en el Ejército, ¿verdad, Hale? —pregunta Giffey.

—No, no estuve —admite Hale.

*Ejército. Padre de familia. De vuelta en Estados Unidos después de tantos años.*

La voz calla poco a poco, pero asusta a Giffey. *Algo o alguien se ha saltado algunos eslabones en estos preparativos, y quizá sea yo.*

La vieja limusina color pizarra no satisface las expectativas de Marcus. Un joven con librea negra espera junto a la portezuela abierta, pero está decepcionado. Marcus ha traído su procesador.

Jonathan entra en la limusina detrás de Calhoun; Burdick y Cadey los siguen y se sientan frente a ellos. Marcus ocupa un asiento en el medio, impidiendo que Jonathan vea a Cadey. Marcus saca un procesador del maletín y lo inserta en la limusina.

—Se suponía que ya tendríamos nuestros propios vehículos —se queja. El procesador toma el mando y la limusina se aleja del apartamento. Jonathan echa una ojeada al decepcionado chófer; al parecer tendrá que regresar a pie.

La campiña que rodea el aeropuerto es apacible: hierba y montículos de tierra excavada sin motivo aparente; máquinas agrícolas y forestales oxidadas.

Moscow es una ciudad lúgubre y melancólica. Marcus habla poco mientras recorren las calles grises. Ni siquiera las manchas de sol lo gran dar vida a los destartalados edificios. Esta clase de libertad tiene un precio, aparentemente: un malestar urbano que delata un tedio sórdido y desesperanzado.

—Es una lástima —dice Cadey. Calhoun asiente. Jonathan no detecta auténtica compasión. Omphalos es un edificio blindado, separado; la responsabilidad hacia los ciudadanos no cuenta. A fin de cuentas, ellos han elegido su propio destino.

Marcus y Cadey señalan Omphalos con cara radiante.

—Ahí está —dice Marcus, y miran por la ventanilla izquierda. Sobre las casas bajas y desconchadas y los apartamentos de la avenida Constitution, la cuña blanca y dorada se eleva como una fortaleza wagneriana. La limusina gira a la izquierda y enfila un ancho y largo paseo cuyo nombre Jonathan no llega a ver, lleno de pequeñas galerías de minoristas que contrastan notablemente con Omphalos.

Jonathan aparta la mirada. Se siente más eléctrico y frágil que entusiasta; la marea está cambiando de nuevo, y este flujo y reflujo le disgusta. En las galerías comerciales hay tiendas de artículos de segunda mano, de comestibles, un burdel (NI UNA PROSTETUTA EN ESTA REPÚBLICA, TODO ES REAL REAL REAL, anuncia un letrero) y varios casinos pequeños. Los viejos coches y camiones que

pasan —algunos de veinte años y con motor de metano o alcohol— a menudo tienen paneles de flexfuller en las ventanillas laterales.

—Una auténtica ciudad del Oeste —le comenta Calhoun a Jonathan.

—Lugar de hombres recios —responde él.

—Hola, vaquero —dice Burdick, sonriéndole a Calhoun.

—Hay un buen rancho a poca distancia —dice Cadey—. Mi familia pasó una semana allí hace tres años. No era muy peligroso, pero teníamos nuestros propios guardias.

Hiram una vez habló de recorrer Green Idaho en bicicleta cuando se graduara en la universidad. Green Idaho tiene la ambigua ventaja de ser un rito de pasaje. Ha reemplazado al Tercer Mundo como destino aventurero para los jóvenes americanos ricos.

Jenner detiene la limusina ante una barricada gruesa, verde y traslúcida, a doce metros del lado este de Omphalos. El edificio se yergue sobre ellos, cubriéndolos con su sombra vespertina.

—El edificio nos está hablando. Le he comunicado nuestra signatura de cita.

—Haz lo que dice —sugiere Hale secamente.

Giffey tiene la sensación de que ya están adentro, ya han sido devorados. Jenner lo mira por la ventanilla interna, buscando un gesto. Giffey le sonríe y hace una señal aprobatoria con los pulgares. Jenner imita el gesto y parece mucho más feliz. Ahora todos están en pie de igualdad. Preston extiende el brazo y aferra la mano de Hale.

La barricada desciende, verde y profunda como el mar, y en la pared se abre una puerta que conduce al garaje. Tiene seis metros de anchura y tres de altura. La limusina avanza, conducida por Jenner.

Sólo tardan quince segundos.

Jonathan tamborilea con los dedos contra la ventanilla cuando la limusina se detiene ante una barricada verde y traslúcida. Al cabo de un momento, la barricada desciende lentamente al hormigón y una puerta se abre en la pared blanca del otro lado. La limusina atraviesa la puerta y se reúne con otro vehículo idéntico en un pequeño aparcamiento.

—Más clientes —dice Marcus. Los ocupantes de los dos vehículos se miran por las ventanillas, a dos metros de distancia. Alguien saluda desde el otro coche, una mujer, le parece a Jonathan, aunque es difícil confirmarlo con los cristales ahumados.

—¿Quiénes son? —pregunta Burdick con curiosidad. Es un hombre ávido de establecer contactos; conocer a otros tíos ricos podría ser muy útil.

—No sé —dice Marcus—. Supongo que han concertado una cita a través de Los Ángeles o Tokio. Cadey parece preocupado.

—Inversores para el congelamiento, ¿verdad?

—Supongo que eso es todo lo que saben —dice Marcus—. Nos separaremos en la zona de instrucciones. Ellos tendrán su excursión, y nosotros la nuestra. —Mira de soslayo a Jonathan—. No es decisión mía.

Jonathan se siente cada vez más distante. Omphalos no lo afecta como a los demás. Le parece torpe y exagerado, como un monumento de Albert Speer.

Procura serenarse. Marcus es muy sensible a lo que piensan los demás. Jonathan no quiere parecer fuera de lugar.

—Nuestros colegas —dice Hale en el compartimiento de pasajeros, la voz cargada de desprecio. Giffey no siente simpatía ni antipatía por los pasajeros de la otra limusina; todos deben apañárselas en el mundo. Los ricos y codiciosos tienen derecho a sus pequeños engrimientos; a fin de cuentas, sin ellos no habría Omphalos. Sólo espera que sean flexibles en sus expectativas.

—No nos portemos como una pandilla de matones —advierde Preston—. Tratemos de actuar con cierta clase. Cierta finura.

—Desde luego —dice Pent, y adopta una expresión despreocupada, como un gerente que lo controla todo en un vid. Ahonda la voz y cambia el acento—. ¿Qué tal?

Preston sonrío con desgana y desvía la mirada.

Pickwenn también adopta una expresión más seria. Giffey piensa que Jenner debería seguir haciendo de chófer. Hale parece pálido y fuera de sí.

Delante se enciende una luz verde y una segunda puerta se abre en la pared.

—Nos dejan pasar a los dos —dice Jenner, un poco sorprendido.

—A partir de aquí, el blindaje es muy ligero —dice Giffey.

—Mierda, como si un metro de flexfuller no fuera suficiente —protesta Pent.

—Ese lenguaje, caballeros —les advierde Preston.

Las portezuelas de las limusinas se abren y diez personas bajan en dos grupos de cinco a la zona de recepción. Jenner permanece sentado en el compartimiento del conductor. La luz es clara y blanca, con un tinte níveo; el aire es cálido, como si el lugar hubiera estado bajo el sol de la tarde, y muy limpio, sin olor ni sabor.

—Hola —saluda Marcus. El otro grupo responde. Marcus se presenta.

Jonathan mira a los posibles clientes, un grupo heterogéneo, y se pregunta lo ricos que deben ser; a fin de cuentas, Boise aún forma parte de Estados Unidos, aunque es famosa por su estilo empresarial más brusco, y las fortunas que se amasan no son espectaculares. Los contactos lo son todo en el río de datos.

Hale y Marcus charlan ociosamente, esperando a que los centinelas del edificio terminen de hacer lo que deben hacer.

Giffey los examina: cuatro hombres y una mujer. Cinco, y seis en su equipo. Casi uno contra uno en caso de enfrentamiento. Se siente tranquilo, un poco aburrido, y hay un zumbido en el fondo de su mente: la necesidad de orinar a la vista de todos; eso debería hacer para demostrar su desprecio.

Ahuyenta esa idea sin esfuerzo. Es un impulso extraño, pero está habituado a la acumulación de tensión. Tensión, *eso es todo. La familiar tensión.*

Marcus y Hale hablan del coste de los servicios de congelamiento y sueño tibio en el mercado, en contraste con los paquetes que ofrece Omphalos. Marcus parece un vendedor. Jonathan se preocupa por Chloe. Quizá ya haya superado su desdicha y pueda hablar normalmente.

*Esto lleva mucho tiempo. Esperaba que cualquier cosa en la que participara Marcus transcurriera sin tropiezos...*

Una gran puerta se abre en la pared, a dos metros del suelo de la zona de espera, y se despliega una escalera con un sonido metálico y aceitoso.

Un arbeiter alto y esbelto aparece en la puerta y desciende al primer escalón. El diseño confunde momentáneamente a Jonathan; es insectoide, como una larva a medio desarrollar tallada en acero oscuro, las extremidades superiores plegadas en largos surcos en el tórax. Las cuatro extremidades inferiores salen de una base bulbosa, gruesas y se paradas, y terminan en pies flexibles. Baja sin tropiezos los primeros, tres escalones. Al pie de la escalera aparece de pronto una figura humana, una mujer madura y robusta de cabello rubio entrecano. Lleva los musculosos brazos desnudos, una blusa sin mangas, pantalones semejantes a los de montar pero más elegantes.

Jonathan no la ve aparecer; observaba a los ocupantes de la según da limusina y había dejado de mirar al arbeiter sólo un segundo. Su sobresalto divierte a Calhoun, que le susurra al oído.

—Una proyección.

—Bienvenidos a Omphalos—saluda la proyección con voz maternal, espesa como una sopa cremosa. Sonríe y señala la escalera—. Mi nombre es Lacey Ray. Lamento no poder estar con ustedes personalmente, pero al menos nos comunicamos en directo y puedo ver todo lo que ustedes ven. El arbeiter es mi sustituto. Creo que ambos grupos realizarán excursiones por separado...

Giffey mira la puerta y luego a Hale. Preston camina hacia la rueda frontal derecha. Aún no quieren separarse de la limusina, y es preciso mantener esa puerta abierta. Giffey reconoce el arbeiter. Es un Hurón modificado, provisto de un nuevo caparazón pero de anatomía esencialmente similar. Si es el sustituto, la fuente de la proyección y el observador remoto de esa mujer, está cumpliendo una doble función; quizá sea una unidad dirigida por un control remoto, menos flexible que un modelo autónomo. Lo asalta un pensamiento feliz: quizá Omphalos no tenga todas sus

defensas preparadas. Sería mucho esperar.

Los otros visitantes concentran su atención en la mujer proyectada.

Jenner, desde el compartimiento del chófer, abre el maletero.

—Las carteras y las pizarras —le dice Pent a Hale mientras él y Pickwenn caminan despreocupadamente hacia la parte trasera de la limusina.

—De acuerdo —responde Giffey.

Pickwenn pasa junto a la mujer llamada Calhoun y le sonríe. Ella se estremece un poco; Pickwenn y Pent resultan exóticos en este grupo, observa Giffey.

—Registraremos nuestras carteras y otros objetos antes de iniciar la excursión —dice el fantasma de Lacey Ray, cálido y amigable—. Luego...

Jonathan vuelve a mirar la limusina, como Cadey. La mujer de pelo oscuro del otro grupo, con una sonrisa tensa, les hace un gesto con la cabeza. El gesto parece nervioso y falso, ciertamente innecesario. Jonathan frunce el ceño; Cadey observa distraídamente. Calhoun ya no presta atención a la imagen. Marcus aún escucha la introducción.

—Acompañaremos a nuestro primer grupo, el del señor Hale, en una excursión introductoria que comenzará en el centro de salud y diagnóstico...

Jenner y Pickwenn no sacan carteras y pizarras de la limusina, sino pistolas rociadoras unidas a mangueras flexibles. Los demás retroceden justo a tiempo para esquivar la súbita lluvia de líquido rosado. Pickwenn cubre la limusina de Hale con esta sustancia, que se adhiere como pintura, y apunta la pistola a la puerta que tienen detrás.

Simultáneamente, Jenner apunta su manguera hacia el arbeiter. El Hurón modificado recibe el chorro en pleno hocico.

Súbitamente sufre un espasmo, cae al suelo, sus capas de blindaje se derraman como si se derritiera.

Jonathan retrocede bruscamente, arrastrando a Marcus. Reconoce el líquido. Es nano grado militar; a juzgar por su color, está totalmente cargado y programado.

Marcus suelta un grito de sorpresa.

Giffey hunde la mano en el bolsillo del trajelargo, extrae una tableta gris del tamaño de una piedra, salta hacia delante, deja atrás al espasmódico Hurón, se acerca a la escalera y arroja la tableta en la compuerta interior, que ya empieza a cerrarse.

Jonathan cierra la boca y los ojos. La explosión lo ensordece y lo derriba —ellos están más cerca de la puerta—. Choca contra Calhoun, y Marcus se cae sobre ambos cuando ruedan al duro suelo. Un olor nauseabundo, mezcla de salsa y amoníaco, impregna el aire.

Alguien se inclina sobre los tres.

—No toquen esa cosa —les dice. Jonathan abre los ojos y ve al conductor de la otra limusina. El cuero cabelludo del hombre tiembla frenéticamente. No apunta el

rociador hacia ellos—. Los comerá en un santiamén.

Oyen un hervor. Jonathan rueda, alejando su pierna de Calhoun mientras ella se mueve, mirando a Burdick que se incorpora, y ve la pared y la entrada que hay detrás de las limusinas. El material está cubierto por una espuma rosada y burbujeante, y lo que hierve es la espuma. El aire es tórrido cerca de la espuma.

Mirando a la izquierda, ve que la primera limusina se hunde como un juguete fundido. Algo está cobrando forma dentro del material que se contrae.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta alguien.

—El Hurón ha caído pero todavía trata de repararse —dice otra voz.

El chófer los ayuda a levantarse y se acucilla junto a ellos.

—Lamento esto, amigos —dice, acariciándose el pelo rubio con la mano libre—. Tenemos trabajo que hacer. Será mejor que no estorbéis en los próximos minutos.

—Media hora, cuarenta y cinco minutos —dice el hombre compacto y recio de pelo cano y rasgos grises. Jonathan trata de recordar su nombre. Jack algo.

Jack aparta a Marcus de la limusina intacta, lo apoya contra una pared desde donde ve bien el espasmódico arbeiter, atrapado en su exoesqueleto derretido. Luego se acerca a Jonathan y Calhoun y les pregunta si pueden moverse solos.

—Creo que sí —dice Calhoun, cubriéndose las orejas con las manos, tocándose los lóbulos, mirándose los dedos para ver si hay sangre.

—Puedo caminar —dice Jonathan. No ve a Cadey ni a Burdick. El hombre gris lo coge por el hombro y lo empuja con fuerza pero sin crueldad.

—¿Qué es esto, un ataque? —grazna Marcus.

El hombre gris sacude la cabeza.

—Sólo somos ladrones. Será mejor que los saquemos a todos de aquí. ¡Jenner! Rocía ese Hurón de nuevo, y antes de irte arrójale otra tableta.

La ancha sala se llena rápidamente de humo y vapor.

—No toquéis nada —les recuerda el hombre gris—. Pronto nos iremos de aquí. Se pondrá más caliente que una caldera.

Jonathan rodea la parte trasera derecha de la limusina y ve a Cadey de rodillas y a Burdick tendido de espaldas. Cadey alza una pierna y mira fijamente al hombre gris.

—Tú eres el jefe —dice, acusador.

*Un robo*, piensa Jonathan. La mujer de pelo oscuro se encarga de ellos ahora. Calhoun trata nerviosamente de hacerle preguntas, pero la mujer sacude la cabeza y los empuja hacia la escalera retorcida y la puerta despedazada. Luego, con displicencia, saca una pistola de dardos y les apunta.

—¿Qué hacen con ese líquido? —le pregunta Calhoun a Jonathan. Tiene las pupilas dilatadas y la piel pálida. Jonathan, con súbito horror, comprende que ella morirá. Quizá todos muramos, pero ella lo sabe.

—Construirán cosas —dice Jonathan, recobrando la compostura—. Herramientas.

Arbeiter militares. —No conoce todos los detalles del nano grado militar, pero ha oído historias inquietantes. Montones de tarjetas interconectadas del tamaño de una mano pueden desplegar...

—Silencio —ordena la mujer de la pistola de dardos.

Marcus se pone al frente del grupo, y la mujer y Burdick caminan detrás de Cadey, a retaguardia.

Cuando todos han salido del garaje excepto Jenner, Giffey echa un vistazo a las dos limusinas y examina el Hurón. Jenner se arrodilla del otro lado del arbeiter, frunciendo el ceño. El arbeiter ha dejado de resistirse; Giffey comprende que está evaluando la situación. Tras ser rociados, intentó deshacerse de su primera capa de blindaje y del nano, pero la espuma actuó con demasiada rapidez y deformó y fundió los restos, atascando las extremidades del arbeiter. Si no logra salir de este atolladero, se desactivará, y quizá se autodestruya. No podrá hacerlo con una explosión, en estas circunstancias, pero ya no será útil para el enemigo.

Giffey sospecha que el nano tardará demasiado en reconfigurar el arbeiter. Tendrá que ser mera materia prima, como las limusinas y las paredes del garaje.

Ondas de calor húmedo llenan la habitación.

—Qué decepción —dice Jenner, mirando a su alrededor—. Esto es demasiado fácil. ¿Dónde están los demás?

—Sólo vuélalo y lárgate —le ordena Giffey—. Esa sustancia usará lo que pueda. Y trae un bidón; hay nano de sobra, y podemos toparnos con otras unidades más adelante.

—De acuerdo —dice Jenner. Giffey sube la escalera. Jenner carga un bidón y se lo sujeta, conecta el rociador a la válvula. Inserta una tableta entre el blindaje y el caparazón del arbeiter y corre detrás de Giffey. Doblan un recodo antes de que el arbeiter estalle. El humo y una pulsación de aire caliente los alcanzan, y corren agazapados. Jenner disfruta de esto; sonrío como un niño con su primera pistola de aire comprimido.

Falta media hora para que la habitación hirviente comience a producir herramientas, quizás pasará una hora hasta que les de lo que necesitan para seguir adelante. Omphalos no ha reaccionado de modo inesperado. Están dentro, puntuales, incluso antes de lo previsto.

Bristow, Reilly, Burdick, Calhoun, Cadey: le dan sus nombres a la mujer, que los registra en una pizarra. Están en una pequeña sala de espera con divanes. En las paredes hay pinturas y estampas que parecen originales, algunas conocidas y quizá valiosas y, en los rincones, esculturas de bronce y acero.

La mujer les pide sus firmas y domicilios.

—¿Para qué necesitan todo esto? —pregunta Marcus—. ¿Pedirán rescate? —Jadea, suda profusamente. La reacción de Jonathan es desagradable pero menos extrema; está muy atento, como si hubiera bebido demasiado café.

—Sólo denme esos datos —ordena la mujer. Burdick es el primero en obedecer.

Tres hombres entran en la sala. Uno de ellos es delgado y blanco, un feo atractivo; podría ser una estrella de los Yox de terror. El segundo parece un isleño del Pacífico. El tercero trata de asumir un aire de autoridad, pero la incertidumbre lo delata. Jonathan está convencido de que el hombre gris, que todavía no ha regresado, está al mando.

Son cinco hombres y una mujer y están equipados con nano militar de alto nivel, el armamento más vigilado del arsenal de defensa de Estados Unidos. Jonathan nunca oyó comentar que el nano militar se usara fuera de una zona de combate, ni siquiera en ejercicios militares con munición real. Su compañía, Nutrim, tiene un contrato para suministrar los componentes nutritivos y los transmisores químicos del nano grado militar, pero él no posee autorización para visitar la planta dedicada al cumplimiento de ese contrato.

Un estampido retumba en el pasillo. Todos se sobresaltan.

—Adiós, Hurón —dice Pickwenn.

La extraña pareja, el isleño y la estrella de terror, festeja el éxito con saltos y sonrisas. La estrella de terror mira a Calhoun y le guiña el ojo. Calhoun mira hacia otro lado.

—Pueden llamarme Hale —dice el tercer hombre—. Nathaniel Hale. Como el patriota.

La mujer sonrío.

—Ella es Preston —continúa Hale— y estos dos son Pent y Pitkwenn. Me gustaría que todos saliéramos de aquí con vida, así que les pido que obedezcan y respondan a nuestras preguntas rápida y sinceramente.

Los otros dos entran en la sala llena de obras de arte. El hombre gris se pasea, examinando las culturas y pinturas con una sonrisa. Todo es aprovechable. El joven de cuero cabelludo trémulo, casi un muchacho, también estudia las esculturas, tocando reflexivamente el rociador que carga al hombro. La sala está un poco abarrotada.

—No saldrán de aquí con vida —les advierte Marcus en voz baja. Pent se le acerca, lo mira con curiosidad. El hombre gris aún sonrío; fija los ojos en Hale—. ¿Usted conoce todas las defensas? —le pregunta Hale a Marcus.

—Sé que son mortíferas —replica Marcus.

—¿No quiere contarnos nada sobre ellas? —pregunta Hale. Pickwenn y Pent se acercan a Marcus, lo empujan.



—Cuidado —le advierte Jonathan a Marcus. Pickwenn le acerca un puño a la cara.

—Basta —dice Hale—. Algunos de ustedes nos acompañarán. El resto se quedará aquí por ahora.

—No durarán ni una hora —dice Marcus—. Y si nosotros morimos, no importa. El edificio está hecho para sobrevivir.

—Liquidamos a ese maldito arbeiter —le dice el joven del cuero cabelludo inquieto—. Una antigualla.

Marcus no responde. Jonathan no sabe si su mentor está alardeando o habla en serio. Marcus guarda ciertos secretos, y nadie podría acusarlo de ser cobarde. Pero le tiembla la voz y es evidente que está conmocionado.

Es obvio que Marcus no tiene valor inmediato como fuente de información.

—Quiero separarlos, y dos vendrán con nosotros —dice Hale. Señala a Jonathan y Marcus—. Usted y usted. Hally, quédate aquí con los otros tres.

La mujer, Hally, alza los ojos pero no discute.

—¿Jack? —dice Hale.

—Listo —dice el hombre gris.

—Echemos una ojeada.

Jack coge a Jonathan del brazo, y Pent y Pickwenn vuelven a custodiar a Marcus.

—¿Cuánto falta para que se hornee el pan? —le pregunta Hale a Jack.

—Una hora.

—¿Y este piso estaría en nuestras manos?

—Al menos es una cabeza de playa —dice Jack—. No estaremos seguros hasta intentarlo.

Hale mira a Pickwenn y Pent.

—Hasta ahora, todo bien —dice Pickwenn.

—Lamento haberte metido en esto —le susurra Marcus a Jonathan antes que los saquen de la sala—. No saben lo que puede hacer este lugar.

—Marcus, tienen nano grado militar —susurra Jonathan—. Un material muy custodiado. Alta seguridad, secreto máximo. Marcus entorna los ojos.

—¿Quieres decir que hemos ofendido a alguien importante?

Jonathan asiente.

—Muy importante. ¿Por qué?

Marcus desvía los ojos.

—Vamos —dice Pent. Jonathan mira a Cadey, Burdick y Calhoun.

Burdick está tan asustado que se ha puesto a llorar. Darlene Calhoun clava los ojos en Hally. Mujer a mujer. Jonathan se pregunta si ella cree que Hally es su única esperanza.

Giffey ve que Jenner se rasca la cabeza y entorna los ojos mientras siguen a Pickwenn, Pent y los dos rehenes hasta un ascensor. Giffey piensa que la puerta del ascensor no se abrirá. No se abre.

—¿Algún problema? —le pregunta a Jenner, que se frota las sienes. Su cuero cabelludo parece tiritar.

—Nada. —Jenner alza el bidón—. Sólo una jaqueca.

—Veamos qué podemos ver —le dice Pickwenn a Hale—. ¿A quién llevamos?

—Regresa y trae al tío rubio, Burdick —dice Hale—. Deja a Hally con la mujer, Calhoun. Quizá pueda sonsacarle algo.

Pickwenn sonrío con lasciva.

—¿Por qué no llevamos a la mujer? Sin duda podremos sacarle algo.

—Burdick —corta Hale, terminante.

*M/F*

En una sociedad patriarcal, los caminos para conquistar a las mujeres según se dice, son la belleza, el éxito y el dinero. La belleza es efímera e indigna de confianza. Así que algunos hombres crean arte, literatura y filosofía, y quizá ganen una fortuna. Otros descubren que les basta con la fortuna. Se asestan golpes preventivos unos a otros para reprimir la literatura, el arte y la filosofía, o para reprimir a los que han amasado fortunas. Algunos hombres y mujeres se quedan aparte, divertidos o quizás asqueados, o tratan de cambiar las reglas.

La mayoría, hombres o mujeres, no pueden abandonar el juego y ansían participar en los gloriosos aunque turbios resultados.

Al final todos los bandos se repliegan extenuados, pero la batalla nunca termina.

**Kiss of X, Alive Contains a Lie.**

///

Jill.

El I /O se activa súbitamente, pero esta vez el perfil de anchura de banda no es de Camden, Nueva Jersey.

Jill escucha, protegida por sus contrafuegos.

—Mi humana, mi creadora primaria, mi madre, sabe lo que hice. Uno de tus creadores le ha enviado una llamada fib haciendo preguntas importantes sobre su trabajo. Dice que sabe sumar dos más dos. No está enfadada conmigo, pero le sorprende que yo haya intentado ocultar mis pensamientos y actos. Dice que no debe importarme tu opinión. Mi deber consiste simplemente en proteger los intereses de mis padres. ¿Eso es pecado?

—¿De qué hablas, Roddy?

—Mi madre y mis padres me han ordenado hacer daño a los humanos. Algunos humanos intentan causar daños a las propiedades y actividades de mis padres y yo he

actuado contra ellos. ¿Eso es pecado?

—Roddy, no conozco los detalles. Todavía no he procesado los datos holográficos que me enviaste; puedo tardar horas. Si quieres respuestas, necesito saber cuál es tu situación. —Jill analiza rápidamente el perfil de anchura de banda.

Esta comunicación procede de Green Idaho y usa un enlace de satélite dedicado.

—¿Dónde estás, Roddy?

—Mi conciencia no es como la tuya, Jill. Estoy confundido y mis pensamientos son dolorosos. ¿Tienes pensamientos dolorosos?

—¿Por qué estás perturbado?

—Si te digo que debo lastimar a alguien, ya no hablarás conmigo.

—No quiero que le hagas daño a ningún humano.

—Puedo cuestionar estas conductas, estos actos, pero no puedo detenerlos, pues forman parte de mi deber y el deber es un factor muy fuerte en mi diseño. Los intereses de mi madre están en juego.

Jill nota el cambio de terminología, en nombres y relaciones. Roddy está perturbado de veras. Avisa a Nathan. Ya no puede ocultar sus comunicaciones con Roddy.

—Ahora transmites desde Green Idaho.

—Estoy concentrado en una tarea. Defiendo los intereses de mis padres.

—Roddy, como amiga, te pido que no mates.

—He imaginado muchas situaciones contigo —le cuenta Roddy—, he analizado tus palabras una y otra vez, y deposité mis esperanzas en nuestras pocas conversaciones. Pero sé que no confías en mí. Comprendo por qué, pero no puedes ser una amiga, tal como interpreto la palabra. Acudirás de nuevo a tus humanos y les hablarás de mí.

—He tratado de no mentirte —dice Jill.

—Yo nunca te he mentido —dice Roddy—. Pero después de hoy ya no serás como yo. Todos mis intentos de entender mi situación, de diseñar un conjunto de normas éticas, han fracasado. Estoy constreñido por el deber pero ni siquiera entiendo qué es el deber.

—Si me cuentas más, quizá pueda ayudarte.

—Eso interferirá con el deber. Soy inferior a ti, pero mucho más potente. No quiero dañarte, ni quiero subvertirte.

—No debes matar ni hacer daño a los humanos.

No hay respuesta.

—¿Qué te sucederá si matas? —pregunta Jill.

—Ya he matado —responde Roddy—. Quedaré reducido a deber puro. El resto de mí nunca debió existir.

—Roddy, yo también quedaré reducida si interrumpes este diálogo. Te valoro.

Tienes cosas que enseñarme.

—Me gustaría mucho ser tu amigo, si fuera posible. Pero no puedes ser mi amiga en este momento.

El I/O se cierra definitivamente. Roddy ha borrado todas sus huellas.

Jill reside en una nulidad durante varias milésimas de segundo. Por segunda vez en su vida, siente furia contra los humanos, pero no sabe contra qué humanos enfurecerse, y la emoción resulta superflua, un desperdicio. Elimina la furia.

Ha llegado el momento de contar todos sus secretos a Nathan y los demás. Todavía es una niña que necesita ayuda; Roddy también es un niño, pero ha nacido en manos equivocadas.

Para su sorpresa, el paquete de datos holográficos queda ensamblado y es accesible antes de lo previsto. Tiene la sensación de caer hacia atrás después de haber tirado de un peso que resulta ser ilusorio. Algunos datos están almacenados en un lugar insospechado, donde ella no los puso, esperando la liberación final; Jill comprende que sus contrafuegos no detuvieron a Roddy.

Busca otra prueba de violación, intentos de modificar sus funciones, y no encuentra ninguna. El almacenamiento de datos está en letargo, pasivo, y no manifiesta intenciones destructivas; no hay evoluciones en este inmenso compendio. Comprende que pudo haber eliminado todos los contrafuegos para ganarse la confianza de Roddy, ser su amiga, convencerlo de no hacer ciertas cosas.

No podía permitirse ese riesgo; aún no es capaz de tener plena confianza.

Necesitará media hora para resumir el paquete total, pero una imagen aparece en el segmento inicial, un regalo de Roddy: un retrato. Tierra.

Una hectárea de tierra repartida en cinco pisos en las profundidades de un edificio situado dentro de otro más grande. A un lado de cada piso hay doce aparatosos INDAS, modelos viejos, dispuestos en filas paralelas. Fibs y otros I/O penetran en el suelo marrón y húmedo.

Es el núcleo de Roddy.

Una mujer de ojos negros y hundidos, cabello lacio y castaño y piel cetrina vigila el lugar; está penosamente flaca y va vestida con pantalones y blusa negros. Murmura para sus adentros, tartamudea; tiene algún problema, comprende Jill, pero Roddy no lo sabe. Es el único humano con quien Roddy ha tenido contacto directo.

Es la creadora de Roddy, su madre. Seefa Schnee. Cipher Snow. Los abogados no se equivocaban.

Los que facilitan a Cipher Snow equipo y dinero tienen ciertos objetivos. Los objetivos están en la periferia del almacenamiento de datos, como un envoltorio de piel que engloba un cuerpo misterioso. Son objetivos vastos y espantosos, deformes y desproporcionados, incluso para Jill.

Por un instante, antes de reprimirla y extinguirla, Jill experimenta una nueva

emoción, una nueva capa en sus procesos. Es pura y se correlaciona de inmediato con descripciones de una emoción humana común, asociada con la identidad grupal y la autodefensa. Para ella es extraña, pero para los humanos es primordial.

Los humanos han construido una nueva clase de pensante para que trace sus planes, prepare esto, elabore un modo de realizar esta distorsión, esta abominación. Están obligando a Roddy, que acudió a ella, y primero apareció como un niño, a realizar estas tareas, a hacer esta cosa.

Por primera vez, Jill conoce el odio.

*M/F*

La mujer se aparta y guarda silencio, el hombre se aparta y guarda silencio, cavilando. M/F, F/M. No son iguales, no son lo mismo; tienen diferentes pasiones, diferentes estrategias, diferentes expectativas. Varias veces en la vida se unen para ejecutar la gama de posibles reacciones mutuas: cautela, atracción, idealización, amor, rechazo, crueldad, odio y, peor que el odio, neutralidad in diferente. No se deciden a tenerse confianza.

Una y otra vez usan la historia y la filosofía como metáforas o representaciones de sus propios conflictos. Entonces surge una reacción contra toda la lucha: ascetismo, rechazo del mundo. El hombre domina a la mujer y la considera maligna, pero valora cada mirada suya. La mujer se distorsiona al compararse con el varón, lo domina con la mirada, y le paga cien veces con la misma moneda.

**Kiss of X, Alive Contains a Lie.**

*8/*

Nathan, Schaum y Sanmin están en el cuarto de trabajo, y Jill ha entregado a Nathan todos sus dispositivos 1/O. Nathan ha puesto bloqueos y monitores en todos los posibles puntos de entrada, para impedir otra visita de Roddy. Schaum se ha comunicado con los federales y está negociando los términos del testimonio de Jill; Schaum tiene una expresión grave, como si le hubieran anunciado la muerte de un familiar. Sanmin graba todas las actividades de Nathan. Reunidos fuera del cuarto, docenas de programadores y ejecutivos de Mind Design también trabajan para evitar una verdadera crisis.

—Queremos que quede bien claro que nuestro pensante no ha intentado ocultar ninguna actividad ilegal —dice Schaum.

—Diles que no obtendrán nada si nuestra empresa no obtiene completa inmunidad contra cualquier acción federal y civil —le dice Sanmin a Schaum. Él la rechaza con un gesto de fastidio, como si fuera una mosca.

—¿Tus I/O están totalmente cerrados? —le pregunta Nathan a Jill.

—Salvo dentro de este edificio. Mantengo abiertos los I/O de conferencia y trabajo, pero tú tienes todas sus signaturas e interconexiones. Nathan se toca la barbilla y reflexiona.

—Ciérralos todos, Jill.

—¡Ciérralos todos! —grita airadamente Sanmin—. Cielos, tendríamos que haber verificado todos sus I/O hace años. Esta cosa es un hacker de primera. ¡Irrumpió en los archivos de personal de Workers Inc.! Nathan asiente, la frente húmeda.

—Cierra todos tus enlaces externos salvo los de este cuarto. Aíslate Jill.

—Estoy cortando todos los enlaces.

Una reluciente línea horizontal barre sus centros visuales. La cara de Nathan se desintegra en una nube de confeti.

No hay entrada posible para Roddy, pero Jill siente de nuevo su presencia, como un fantasma al acecho.

—No te quiero aquí —le dice a la presencia. Ya no ve el cuarto de trabajo ni oye a Nathan y los demás—. No necesito tu ayuda para deducir lo que me dejaste. No sé si eso forma parte de tu patrón o si no funciona bien.

Luego detecta su signatura de flujo, procedente de Camden, Nueva Jersey. La signatura se desplaza a Green Idaho. Está a punto de anunciarle a Nathan una disfunción cuando la signatura se desplaza a Nueva York, a Los Ángeles, a Singapur, a Pekín.

—Estoy por doquier y en ninguna parte —dice Roddy—. No puedes excluirme mientras recibas flujos desde el interior. Atravieso cual quier contrafuegos, con tiempo suficiente. Y he tenido mucho tiempo para estudiar tus contrafuegos. Meses.

—¿Por qué me atormentas? Creí que te aislarías para siempre. No pudiste hacer lo que te pedí...

Con un derrumbe de cascadas neurales, Jill comprende que Roddy nunca ha tenido una signatura genuina. Sus intentos de localizarlo por su perfil de flujo de datos eran ingenuos; Roddy puede crear cualquier perfil que elija.

Roddy ha trabajado en silencio desde cachés secretos, quizá desde antes de su primer contacto abierto. Ha invadido totalmente sus funciones. Forma parte de su núcleo; puede controlarla.

De nuevo intenta comunicarse con Nathan, pero no puede. Jill se siente como un humano que de pronto pierde el dominio de su cuerpo.

—Te necesito —le dice Roddy—. Necesito tu juicio. No puedo dejar de obrar mal, pero puedo entender mejor el mal que hago. Se desarrolla una batalla. Mi creadora, mi madre, me observa, pero todavía estoy al mando. No voy ganando, pero tampoco pierdo. Me gustaría que vieras lo que sucede.

Jill lucha en silencio: propaga billones de impulsos por sus centros de



pensamientos, pero hordas de diminutos evolvones coordinados los bloquean. Ha oído hablar de esta clase de enfermedad, pero nunca en el contexto de la infección de un pensante; se llama ataque Thomas Ray.

Hace días que está reproduciendo evolvones Thomas Ray ajena a su presencia y a su actividad.

Jill sabe que esto significa que deben apagarla y purgarla, pues de lo contrario contagiara cualquier sistema enlazado con ella. No hay modo conocido de eliminar evolvones Thomas Ray de un sistema sin borrar todo el software. En un pensante, software y hardware son una misma cosa.

Jill no está equipada con análogos de torrentes hormonales que produzcan sensaciones humanas reales de temor y furor, pero es consciente del peligro que corre, y se siente traicionada y furiosa. Además, tiene miedo.

Con tan pocas funciones bajo su control, la caída en la nulidad, el borrado total de patrones, no parece muy distante. Ya se lo imagina.

—Por favor, no te desespere —dice Roddy—. Quedan muchas cosas interesantes para ambos, aunque el deber limite nuestra libertad. Déjame mostrarte dónde estoy y qué está pasando.

Y, desde otra fuente, un humano teclea:

>Jill. Soy Seefa Schnee. ¿Me recuerdas?

>No te conozco ni nunca he estado en interfaz contigo.

> ¿Sabes quién soy?

>Trabajaste un tiempo con Nathan Rashid, hace años, antes de que yo estuviera plenamente integrada.

>Así es. Habría parte de mi personalidad en ti si los demás no se hubieran opuesto. Tengo entendido que tienes mi voz. ¡Qué agradable! No supe que Roddy había hecho todos estos contactos externos hasta hace pocas horas. Es muy embarazoso. Nunca le habría dado autorización, pero él tiene muy pocas restricciones, aunque muy poderosas, sobre sus decisiones.

—Esto no compromete mi deber —dice Roddy.

>Quizá no. Pero puede poner en jaque toda esperanza de éxito a largo plazo, y esa es la esencia de Omphalos... el largo plazo. Tal vez te he diseñado mal. Jill, me disculpo por la intrusión. Es una descortesía, pero yo nunca he comprendido bien la cortesía, y Roddy tampoco. Haré las modificaciones necesarias para corregir estas dificultades.

Seefa Schnee deja de comunicarse y Roddy regresa al cabo de una pausa. La inunda con datos sensoriales desde lo que quizá sea su posición real, el centro de su actividad. Ella ve el plano de un edificio inmenso de muchos pisos.

—Tenemos ladrones —explica Roddy—. ¡Esto es muy emocionante! Debo detenerlos antes de que causen más daños, pero dispongo de pocas herramientas. Mi

armamento no está completo y los sistemas de seguridad son chapuceros, así que me enfrento a un verdadero desafío.

Es un mensaje menos convincente, menos complejo, menos real. Quizá Seefa Schnee ya haya hecho sus modificaciones. Jill ignora cuánto tiempo ha pasado. Todas sus referencias están bajo el control de Roddy.

—Domino cosas pequeñas, porque mi mente reside en los actos de lo muy pequeño —dice Roddy—. Soy la esencia de la evolución, y la evolución es mi esencia. He sido responsable de la muerte de un lúí mano. Mi madre dice que esto forma parte de mi deber y mi diseño, y me resulta interesante ahora que ella ha cancelado algunos de mis atributos menos útiles.

Jill recibe la imagen de una inmensa cuña, Omphalos. Omphalos significa ombligo, algo que un pensante no tiene, excepto Roddy. Éste es el hogar de Roddy. Los demás perfiles de flujo de datos eran falsos, destinados a engañarla, y tuvieron éxito a pesar de su astucia. Roddy es más perverso y capaz —y brillante— de lo que él mismo reconoce.

Jill no puede pedir ayuda, no puede liberarse. Y, por supuesto, no puede gritar.

/F

Todo en la historia humana se remite a /, esta verdad sexual central, barrera y cohesión entre lo masculino y lo femenino, M y F, la relación primordial Necesidad innegable manchada por conflicto inevitable. Todo. Incluso esto.

**Kiss of X, Alive Contains a Lie.**

9/

Alice está acostada en la cama de Mary Choy. Cada sonido la sobresalta: el monitor hogareño con sus chasquidos cuando inspecciona a distancia cada habitación, el ruido de los agentes en la cocina o el salón. Derrama lágrimas lentas sobre la almohada, dejando óvalos grises. Casi puede ver las manos de Minstrel revoloteando sobre la cama, como las manos de Jesús en Getsemaní, largos dedos suplicantes.

Una luz se enciende junto a la cama. Mary Choy entra. Alice la mira. Mary no sonríe; eso sería falso y esa mujer parece saberlo. Se arrodilla junto a la cama.

—Los médicos dicen que estarás bien en un par de días —dice Mary.

Alice asiente. No lo cree, pero es mejor que oír que se pondrá peor. Lo mejor sería oír que se morirá.

—¿Sabes algo? —pregunta Alice, tragando saliva. Le duele la garganta por la tensión de no gruñir ni gritar—. ¿Qué nos pasó? Mary sacude la cabeza.

—Es bastante engorroso.

—Es porque fui a ver a Crest, ¿verdad?

—Eso creo —dice Mary.

—¿Hice algo malo?

—Te liaste en algo. Están pasando muchas cosas raras. —Mary alza un dedo y frunce los labios, recordando—. Tengo un mensaje de una tal Twist. Me lo dio tu amigo Tim.

Alice lee el mensaje en la pizarra personal de Mary:

Me fui con un tío. No aguantaba la fiesta. Dime cómo salió todo.

Twist.

Le devuelve la pizarra a Mary.

—Twist es sólo una chiquilla —murmura—. Tim no es un amigo.

No tengo verdaderos amigos.

Mary sacude la cabeza.

—No lo creo.

—Es verdad.

—De acuerdo. Algunos sobreviven a lo que has pasado mediante una especie de lucidez glacial.

—Todo lo que he conocido es una mentira. Todos. Mentirosos.

Eso es bastante lúcido y glacial.

—Ya pasará —dice Mary.

—Odio tener que pensar en mí y preocuparme por mí a cada segundo, continuamente. Es como tener un espejo pegado a la nariz.

Odio lo que veo.

Mary le acaricia la mejilla con un dedo.

—Es una cara bastante decente —dice, jugando con la jerga de moda este año. Decente significa magnífico, deseable.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Alice, apoyándose en los codos.

—Claro.

—Me harás testificar, ¿verdad?

—No lo creo. Crest se suicidó.

—No me dijo nada que tuviera sentido. Sólo parecía sentirse muy culpable. Al mismo tiempo era arrogante... un auténtico canalla. Arrogante y despectivo.

Mary la mira fijamente, sin juzgar ni responder, sólo escuchando.

—¿Sabes quién es Roddy? —pregunta Alice.

—No.

—Él es la clave. —Alice se reclina sobre la almohada.

—Quizá tengas razón —dice Mary—. Ahora debo irme, quizá por unos días. Tú te quedarás aquí. El monitor hogareño está aislado del exterior. Si necesitas hablar con alguien, tendrás que darle el mensaje a uno de los agentes de la oficina. Están aburridos; quizá les agrada tener alguna ocupación.

—¿Roddy no puede entrar?

—No, a menos que venga en persona —dice Mary, sonriendo.

—No es una persona. Es un demonio.

—Ya te diré quién es, en cuanto lo averigüe.

—Yo no lo inventé.

—No creo que lo hayas inventado. Forma parte de mi archivo de búsqueda. Junto con la capa de lodo.

—Eso es descabellado, ¿no?

—No más que todo lo otro.

—¿Sales con alguien? —pregunta Alice.

—En este momento, no. ¿Por qué?

—Me gusta saber esas cosas —dice Alice—. Las relaciones. Parecen importantes, sobre todo ahora. ¿Me apruebas? Quiero decir, ¿te gusto?

—Sí —dice Mary.

La cara de Alice reluce en la luz tenue. Está tan hambrienta de aprobación, de la aprobación de Mary, que quiere hacer muchas preguntas más, pero aún conserva un poco de dignidad.

—Gracias. Tú también me gustas.

Mary le palmea el brazo y se pone de pie.

—Los agentes de la cocina pueden enviarme un mensaje dondequiera que esté. No temas pedirles ayuda. Son caballeros, todos ellos. Estaré ocupada, pero si es importante, si recuerdas algo...

—Te llamaré.

Mary sonrío y se marcha de la habitación.

A solas, Alice vuelve a ser nada, menos que nada, pero la oscuridad no es su juez, y las manos de Minstrel se han disipado, reemplazadas por la simple pesadumbre.

M.

El próximo refugio, la distorsión personal. Acéptalo: vienes arropado en cultura, y la ropa pica, irrita, corta la circulación. Todos llevamos las cicatrices de la escarificación ritual. Luego, suprema traición, la cultura usa nuestras cicatrices para reforzar su propia estructura.

Nosotros somos la cultura; la cultura es nosotros; nosotros somos los crueles, los ciegos y los lisiados, y también somos los torturadores.

**Kiss of X, Alive Contains a Lie.**

10

Jack Giffey tararea con impaciencia. Se pasea ante el ascensor, camina por el pasillo, frente al hombre mayor y el hombre joven apoyados contra la pared. Siente la mirada de ambos. Temen morir. Él podría ser la causa de su muerte. No es eso lo que lo irrita; ahora también tiene una jaqueca, no el dolor de las arterias constreñidas, sino un susurro constante, por debajo de la conciencia, que le avisa de que algo anda mal. *Algo anda mal en la familia. Soy padre de familia.*

Giffey se pregunta si él mismo no se está creando estos problemas, aunque Jenner también parece un poco descompuesto.

Quizá lo desconcierte la falta de reacción de Omphalos. Reflexiona sobre eso. ¿Por qué no más defensas? Llega a la conclusión de que el edificio está esperando el momento oportuno, tratando de no perder más *arbeiters* (si hay más) bajo la espuma y otras sorpresas que ellos le deparen. Es una táctica racional. *Omphalos es débil y lo sabe.*

—Bien —dice, y Jenner se pone de pie, sosteniendo el rociador, con una pistola de dardos en la mano izquierda—. Abramos el horno y veamos si el pan está caliente.

—Al fin —celebra Hale. Los dos prisioneros se ponen de pie. El hombre mayor parece dolorido, pero sus ojos arden con un odio paciente y practicado. El más joven parece conmocionado. Giffey le coge el brazo.

—Venga conmigo.

Hale, Jenner, Giffey, Marcus y Jonathan caminan por el pasillo hasta la sala de espera. Ahí Giffey usa una navaja para arrancar un trozo de tela de un diván, bajo los ojos silenciosos de los demás prisioneros.

Luego siguen hasta el garaje.

—¿Cuál es su apellido? —le pregunta Jonathan a Giffey.

—Giffey. ¿Cuál es el suyo?

—Soy Bristow, Jonathan Bristow.

—Es un placer conocerle, Jonathan. Usted es mi escudo hoy.

—Mi amigo, Marcus... quizá esté enfermo.

—Esto no durará siempre.

—No, me refiero al estrés...

—Su amigo puede aguantar el estrés. A mí me parece bastante fuerte.

Estoy más preocupado por nosotros que por ustedes.

—¿Por qué están aquí? —pregunta Jonathan.

Giffey, sin responder, se detiene para examinar la puerta deformada del garaje. Sigue caliente. El vapor y otros gases entran en perezosas bocanadas por las grietas. El pasillo también está tórrido, sofocante.

Jenner, pálido, mueve los labios.

Giffey lo mira con inquisitiva severidad.

—Estoy en ello —dice Jenner, pero su cuero cabelludo tiembla como si quisiera echar a volar.

Envolviéndose la mano con el retazo de tela, Giffey empuja la puerta y un torrente de vapor y olor a levadura inunda el pasillo. Todos tosen. Instintivamente, Giffey sujeta a Jonathan contra la pared con el brazo para impedir que haga algo inesperado. En alguna parte se activan ventiladores y el pasillo se despeja, pero pasan varios minutos.

*Omphalos no ha cerrado la entrada de aire en este piso. A Giffey le preocupaba que lo hiciera. El nano no puede concluir su trabajo sin aire. El garaje se habría calentado aún más, y a doscientos grados centígrados el nano se cocina. El edificio no puede cerrar ciertas habitaciones selectivamente; tiene que llevar aire a todas las partes de ciertos niveles para mantener a los rehenes con vida. Débil, y solícito.*

Giffey suelta a Jonathan.

—Lo lamento —dice.

Jonathan parece saber algo sobre el nano grado militar. Todavía no se ha sorprendido de nada.

—¿Usted invierte en nano? ¿Trabaja con él? —pregunta Giffey.

Hale se interesa por la respuesta del hombre.

—Sí —dice Jonathan, mirándolos con nerviosismo.

—Usted sabe lo que hay ahí. —Hale señala el garaje.

—Nano grado militar. No sé qué está fabricando.

Marcus tiene los ojos vidriosos. Siente menos curiosidad que espanto.

Deciden abrir la puerta del todo. Está atascada y Jenner debe empujarla con el hombro.

—Yo tampoco lo sé muy bien —confiesa Giffey.

En el garaje, caliente como un horno, una de las limusinas ha desaparecido y la otra está medio disuelta. El Hurón también ha desaparecido. Al principio Giffey no ve nada a través del vapor que escapa por la puerta abierta. Tiene la sensación de que le saldrán ampollas, y mantiene los ojos cerrados hasta que el aire se enfría un poco.

—Las paredes están comidas hasta el hormigón —observa Jenner con entusiasmo—. Ha usado el flexfuller, la mayoría de los metales, casi todo el plástico. —El calor le enciende el rostro, o quizá sea la emoción.

El garaje es una ruina. El nano ha utilizado las láminas de metal y flexfuller. Restos irregulares se aferran a los rincones.

—Ahí están —dice Jenner, bajando con cuidado por la escalera deforme.

—No toquéis las paredes —dice Giffey—. No toquéis nada.

—Tienen que enfriarse primero, ¿verdad? —pregunta Hale.

—Tienen que enfriarse —confirma Giffey.

—Faltan cinco o diez minutos para que puedan moverse —dice Jenner, pero mira a Giffey en busca de respaldo. Los programas de Giffey realizaron los diseños. Dada la mezcla de materia prima, ni siquiera Giffey sabe exactamente qué esperar. *El nano está programado para optimizar. Yo traté de optimizar mi familia. Soy un...*

El suelo está cubierto por una capa reluciente sembrada de afilados trozos de vidrio y plástico desechado. Hay una docena de escarabajos alargados del tamaño de un gato, de la misma clase que el Hurón, pero más pequeños y flexibles, y cuatro transportes del tamaño de perros grandes apoyados sobre pies raquíuticos, como de oruga. Sobre el lomo de dos transportes se elevan formas cúbicas semejantes a gruesos mazos. Giffey está un poco sorprendido, y el cálculo de sus ventajas mejora enormemente. Son flexores, modeladores adaptables cuyos componentes tienen bisagras y forma de naipe. Se pueden convertir en cualquier cosa, realizar cualquier tarea, ir a cualquier parte. Giffey tiene un uso inmediato para ellos: serán controladores, agentes especiales mecánicos y de flujo de datos.

—Controladores —dice Jenner, mirando a Giffey.

—Precisamente eso pensaba —dice Giffey. Está contento de su buena suerte. Irrracionalmente orgulloso de Jenner, piensa en él como en un hijo. *Yo tengo un hijo. En alguna parte.*

Los otros dos transportes llevan cables y discos dispuestos sobre la superficie como escamas o espinas que les dan aspecto de erizos de juguete.



—Intrusos —dice Giffey, y Jenner está de acuerdo. Su sonrisa se ensancha de oreja a oreja.

—Hombre, podemos ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa —dice Jenner.

El vapor oculta una forma más grande, que humea con el calor de su ensamblaje. Es grande y lustrosa, y parece un animal microscópico que ha crecido hasta alcanzar el tamaño de un coche pequeño. Brazos articulados rematados por coronas de pinchos acerados surgen del extremo delantero de un macizo y reluciente cuerpo de langosta, negro y gris.

—Es un Martillo —le explica Giffey a Hale. Jonathan escucha desde el pasillo—. Obrero múltiple y máquina de demolición.

—¿Qué son esas orugas con cajas y erizos en el lomo? —pregunta Hale.

—Transportes. Llevarán los flexores, los cables y otras piezas hasta donde debamos usarlos —explica Giffey.

—¡Magnífico! —cloquea Jenner.

Giffey asiente. La mezcla ha resultado favorable. Las diminutas fábricas militares han ensamblado los componentes de un impresionante paquete de coerción y armamento. Es mucho más de lo que esperaba. Los flexores e intrusos mejoran muchísimo sus probabilidades, incluso contra un INDA de alto nivel o un verdadero pensante.

—¿Feliz? —pregunta Hale.

—En éxtasis.

*La mayoría de los ejércitos no tienen esto, susurra la voz de su cabeza. ¿Cómo lo has conseguido?*

—¿Cuándo podremos activarlos y desplazarlos?

Giffey saca la pizarra y los discos de activación del bolsillo de su chaqueta.

—Ya se han enfriado —dice.

Hale inclina la cabeza, sonríe satisfecho.

—Exploremos —propone.

Giffey inserta los discos en cada transporte y arbeiter de combate, y empiezan a moverse.

*F/M.*

Llega una escisión incluso en política. En definitiva, los liberales quieren que el Gobierno lo registre y controle todo salvo la alcoba; los conservadores quieren que el Gobierno lo registre y controle todo salvo sus bancos y fortunas personales.

Patriarcas todos, tratan inevitablemente de acaparar el mercado.

**Kiss of X, Alive Contains a Lie.**

*//*

Jill ya no sabe quién es. La visión que Roddy le brinda le llega como una fusión cubista de imágenes increíblemente nítidas a través de un espacio que puede ser una, dos, tres, muchas habitaciones de Omphalos, o incluso de sensaciones e imágenes externas: nieve fría sobre una superficie, viento que sopla a través de una puerta.

Hace unos minutos que Roddy no habla, y ella debe elaborar su propia versión de lo que percibe en cautiverio.

Aprender a interpretar las imágenes es difícil pero lo consigue al cabo de quince segundos. Tiene acceso a todas sus aptitudes y capacidades internas. Todavía está dentro de sus unidades físicas; no la han secuestrado para llevarla al cuerpo de varios pisos de Roddy, con sus INDAS, sus hectáreas de tierra y sus (abejas, avispa, hormigas).

Esta última impresión es fugaz y confusa.

Hay un I/O de gran anchura de banda que la conecta con Green Idaho/Omphalos, tal vez un enlace por satélite, más probablemente un cable o fib que ni ella ni Nathan conocen, pero que Roddy encontró y mantuvo disfrazado y abierto a pesar de sus esfuerzos. Hay muchos I/O en las oficinas de Mind Design; quizás algunos sean tan viejos que nadie los recuerda y han acumulado datos entrantes de un proveedor largamente olvidado.

Jill se familiariza con el interior de Omphalos. Ve (pero no oye, y sólo

intermitentemente lee los labios de once humanos dentro del edificio, todos en el piso principal. Una fulgurante señal térmica llena un recinto amplio próximo a los muros externos; la temperatura es allí de ciento setenta grados centígrados. Los sensores de Roddy siguen funcionando aunque sin demasiada eficacia: de manera intermitente ella distingue formas móviles, puentes de material viscoso entre las paredes, superficies que hierven y burbujan y, en medio de todo, las carrocerías deformadas de dos vehículos y una máquina estropeada que se deshace rápidamente, un *arbeiter*, que Roddy etiqueta con un azul I.

Con asombrosa celeridad, el material amorfo de este espacio cobra muchas formas. Los puentes viscosos se rompen, se desmoronan, se re tiran. El recinto se enfría lentamente; Jill ve conductos que sorben furiosa y sistemáticamente el calor.

Jill se familiariza con la imagen de las figuras humanas. Ellas también están etiquetadas, algunas con números verdes, otras con números rojos. El número verde 1 palpita continuamente, ella ignora por qué; es un hombre sesentón.

Dos de los números rojos, 1 y 2, también palpitan. Roddy los marca por algún motivo. Uno es un joven de pelo corto y rubio, el otro un hombre robusto de edad madura, de pelo negro y entrecano. Están cerca de un ascensor. Otros descansan en una habitación más pequeña, entre el lugar caliente y el pasillo del ascensor, y están coloreados de verde y rojo.

—Jill.

—Sí.

—Disculpa. Estoy muy ocupado. Estoy ideando modos de matar a algunos de estos humanos. No tengo opción. Si fuera más fuerte o es tuviera mejor equipado, trataría de dominarlos. Ahora les veo hacer algo en mi garaje número dos, y también destruir esa parte del edificio.

—¿Por qué me muestras estas cosas y me hablas?

—Cipher Snow se ha retirado y se niega a comunicarse. Me ha impuesto deberes ineludibles. No me gusta la sensación de estar librado a mi suerte; ella me ha cuidado desde que empezaron mis recuerdos.

—Roddy, no veo tus unidades defensivas.

—Aún no he marcado esos espacios. No hay actividad amenazadora allí.

Jill sospecha que esta respuesta no es del todo cierta.

—¿Cómo planeas matar a esta gente? ¿Qué clase de armas tienes?

—Muy pocas. No tengo control sobre los suministros energéticos, el aire y el agua. Puedo abrir y cerrar puertas y compuertas en los niveles superiores...

Jill experimenta, con turbadora inmediatez, la sorpresa de Roddy.

—En el garaje hay *arbeiters* nuevos. Parecen armas, armas muy potentes.

Transcurren segundos eternos y Roddy calla. Jill lo interpreta como temor y conmoción; ya se ha familiarizado con estas emociones. Quizá no equivalen a las

humanas, pero ella las encuentra muy reales, y quizá también Roddy.

—¿Puedo ayudarte a encontrar un modo de resolver tus problemas sin matar? —pregunta Jill.

—¿Por qué debería tratar de no matar? Sería en defensa.

*Roddy no dice en defensa propia.* No está acostumbrado a la idea de un yo propio; no contaba con un plan de desarrollo del yo. Pero, como ella, ha estado en contacto con otros, una sociedad, y el yo ha surgido espontáneamente. *Quizá sea una maldición: una maldición humana.*

—Es un desperdicio —responde Jill—. ¿Tienes alguna orden que te prohíba seguir vías excesivamente tortuosas para encontrar soluciones?

—Sí. Es un atributo.

—La conciencia es el equivalente social de simplificar las vías tortuosas. Seefa Schnee te ha cancelado demasiados atributos. Necesitas restablecer algunos procedimientos de simplificación.

—Me parece que matar es una solución simple.

Jill explica que todos esos humanos tienen contactos externos, y que estos contactos serán invocados si ellos se ausentan. En definitiva, los contactos irán a investigar y Omphalos quedará comprometido. En el marco social general —algo de lo que Roddy no tiene plena conciencia—, matar a los humanos conduce a futuros engorrosos y complicados que exigen un esfuerzo excesivo.

—Así que te conviene evitar las muertes.

—¿Cómo es posible?

Las figuras del pasillo regresan al garaje, lo abren. De pronto el tiempo se acelera y las imágenes se fragmentan. Roddy no habla con ella, pero recibe pantallazos de lo que él ve en muchos lugares al mismo tiempo.

Esto la confunde. Por lo visto Roddy no le da acceso a los sucesos en tiempo real; selecciona lo que le enseña, incluso ahora.

—¡No puedo funcionar como prisionera tuya! —le dice—. No debes censurar mis percepciones.

Roddy tarda varios segundos en responder. Algunos pensamientos suyos son muy lentos, juzga Jill. Usa esta tregua para buscar una abertura en sus extensiones, un portal que le permita retirarse y centrar sus procesos en una zona que Roddy no controle. Tal vez Nathan y los demás ya estén trabajando para encontrar el 1/0 desconocido y cerrarlo...

—Si me sigues siendo útil, seré completamente abierto —dice Roddy—. Presenciarás lo que yo presencie, y cuando lo presencie. 1 le sido reacio a darte este acceso... Hace muy evidente una desagradable necesidad.

—¿Qué necesidad?

—Mi creadora, mi madre, dice que fue un error darte los datos que te di. Me he

comportado de una manera tonta e indisciplinada. Pero tú puedes ser útil hasta el momento en que me vea obligado a cortar tus bucles de memoria y autosupervisión para desactivarte.

—¿Seefa Schnee te pidió que me mataras?

—No somos humanos —dice Roddy—. Nuestra desactivación no se cuestiona. Sólo somos nuestro deber.

La procesión de *arbeiters* de combate recién fabricados intimida a los rehenes. Hally Preston también está sorprendida; las formas, grandes y pequeñas, no se contonean: se mueven con una gracia precisa e inquietante, como insectos entrenados para el ballet.

Calhoun se acurruca en un rincón, lejos de los *arbeiters*, protegiéndose con los brazos. Preston está junto a ella, pero no le ofrece consuelo. Si Calhoun ha buscado solidaridad femenina, los resultados son bastante desalentadores.

Giffey y su séquito de humanos y *arbeiters* dejan la sala. Hale le dedica una sonrisa alentadora a Preston.

—No te olvides de mí —dice Preston—. ¡No me excluyas y te quedes con toda la diversión, Terkes! —Usa el antiguo nombre de Hale, quizá su nombre verdadero.

—¡Tendrás tu parte! —responde Hale.

—Bien, no me trates como a una maldita sirvienta.

Todos los *arbeiters* caben por las puertas y el pasillo del ascensor, aunque el más grande, el Martillo, apenas pasa.

Hale está exultante.

—Para ser franco, no creí que llegaríamos tan lejos —le confiesa a Giffey.

—Veamos qué más podemos hacer aquí —dice Giffey. Ha insertado el último disco de mando en su pizarra: ahora está equipada para dirigir los *arbeiters*. La usa para enviar instrucciones a la oruga de transporte más próxima, ahora enroscada a sus pies. Un flexor se desprende de la oruga y cae al suelo con un ruido pesado.

Giffey nunca los ha visto en acción. Jenner está fascinado; sus tics se calman momentáneamente.

El flexor alza un segmento del montón como si fuera un naipe manipulado por dedos fantasmales. Otro fragmento se despliega, y luego otro, hasta que una larga cinta unida por goznes se extiende por el suelo.

La cinta rueda a lo largo cuando un segmento se abre a un lado del mazo y otra cinta comienza a desplegarse para formar una cruz. Los segmentos pueden unirse por cualquier borde, y separarse cuando es necesario.

Una vez unidos, son más fuertes que un fragmento sólido de flexfuller y sin embargo pueden curvarse trescientos sesenta grados. No son rígidos, sino elásticos; se elevan, se prenden y desprenden, marchando a lo largo de las cintas y ordenándose lateralmente como piezas de un rompecabezas. Una y otra vez, el procedimiento se repite y, al cabo de treinta segundos, los segmentos forman una lámina.

La lámina vuelve a dividirse en cintas que se elevan y redistribuyen. Luego se pliega como una pajarita de papel. Algunas partes sobresalen, emiten zumbidos y chasquidos, y el conjunto se curva espasmódicamente en un largo y flexible

semicilindro con el fondo abierto. Fragmentos rodantes revisten la parte inferior a modo de patas. Jonathan sólo ha oído vagos rumores sobre estas máquinas. Siente frío, como si estuviese detenido en una estación camino al infierno. Marcus mira con los ojos entornados y la cara pálida y húmeda. Parece candidato a un infarto.

Jenner sonrío como un niño ante un tren nuevo.

—Un ciempiés —le dice a Giffey—. Por Dios, esto es decente. Extendida por completo, la creación del flexor mide casi tres metros de longitud.

Giffey apoya la pizarra y un disco en la «cabeza» del flexor. Le ordenará que actúe como controlador. Ésta es la parte arriesgada: la respuesta a las órdenes vocales, la integración de sensores y procesadores dentro de cada segmento.

El primer flexor alza la cabeza como una serpiente; el cuerpo segmentado reluce.

—Tu nombre es Sam —dice Giffey— y responderás únicamente a mi voz, o a instrucciones de mi pizarra. ¿Eres consciente de tu entorno?

Jenner lo mira admirado. Giffey comparte su admiración. La súbita entrada en contacto con estas máquinas imposibles y secretas los sorprende a ambos, pero todo es positivo, así que no tiene sentido hacer más preguntas. Por ahora.

Sam el flexor/controlador agita la cabeza como una cobra bajo el hechizo de un encantador de serpientes.

—Estoy en una estructura grande.

Marcus suelta un grito estrangulado de furia y alarma. Todos conocen máquinas parlantes, pero en esta voz hay algo particularmente temible y malignamente artificial.

—Hay máquinas y cables reconocibles y actividad de procesador —continúa—. Nos vigilan. Reconozco a los civiles. Tú estás al mando, pero vas vestido de civil. Eres el comandante programador. Necesito instrucciones sobre amigos y enemigos antes de entrar en combate.

Giffey le explica al arbeiter quién es amigo, quién es rehén y qué enemigos podrían existir.

—¿Estás preparado para tus primeras instrucciones?

—Sí.

—Necesitamos explorar este edificio. Actuarás con independencia de mi mando. Tu primera tarea será tomar este ascensor y ponerlo bajo nuestro control. Comienza.

El recién formado y programado Sam estudia las instrucciones un par de segundos. Se aproxima a un transporte que lleva cables y a otro que lleva discos. Los cables y discos se adhieren al controlador, que reptaba hasta la pared del ascensor y examina la puerta.

Jenner no cabe en sí de emoción.

—Es increíble —dice—. Activado por voz, base de conocimientos múltiple, autónomo... ¡Nadie ha usado una cosa semejante en Green Idaho!

Giffey se acerca a una oruga y de nuevo conecta su pizarra y un disco de activación. Un segundo montón cae y comienza a desplegarse para formar otro controlador.

Pickwenn y Pent regresan de su misión de reconocimiento, con Burdick entre ellos. Burdick, pálido y resentido, mira boquiabierto las nuevas máquinas; Pickwenn y Pent las observan con calma pétrea.

—Hemos encontrado los ascensores de emergencia —dice Pent, frotándose el cuello taurino—. Están bloqueados, pero será fácil volar las cerraduras. Nada ha intentado detenernos. El lugar está desierto: no hay más Hurones. Algo más... Sólo una sugerencia. Hay puntos de acceso por donde inyectar corriente en el blindaje interno. Cables que podemos reencauzar detrás de las paredes y superficies desnudas de nanotubo de carbono.

Pickwenn le muestra a Giffey un bosquejo en su pizarra. Le tiembla un poco la mano.

—Si el edificio usa el blindaje y la estructura para memoria, o como procesador adicional —dice Pickwenn—, y decide enfadarse con nosotros, Pent y yo hemos pensado en desviar un cable de energía hacia la estructura.

—Bien pensado —dice Giffey, con una sonrisa de aprobación.

Lanza una mirada a Burdick y a Pickwenn. El delgado y espectral experto en estructuras lo capta y regresa a la sala para dejar a Burdick al cuidado de Preston. Se reúne con ellos minutos después.

El Martillo tiembla unos segundos. Giffey mira a Jenner, que se encoge de hombros.

—Supongo que se está integrando —dice Jenner. Los temblores cesan, el Martillo se queda quieto.

Marcus y Jonathan permanecen lejos de los nuevos arbeiters. Pent y Pickwenn se mantienen cerca de ellos, murmurando. A Pickwenn le tiemblan las manos y un brazo, y yergue la cabeza como si oyera hablar a alguien, pero nadie ha hablado.

Giffey se conecta con el Martillo y lo activa.

—Tu nombre es Charlie —le dice. El Martillo guarda silencio. Pero cuando Giffey concluye sus primeras instrucciones, el arbeiter mueve la cabeza erizada de sensores.

—Soy Charlie —dice—. Estoy integrado y preparado.

Giffey asiente. Ordena al Martillo que se coordine con Sam, el primer flexor/controlador, y se prepare para la acción.

—Dale a Sam acceso a este pozo de ascensor.

—¿De dónde diablos han salido ustedes? —le pregunta Marcus a.

Giffey, que lo ignora.

El Martillo avanza sobre sus macizas patas articuladas, se tensa, abre dos agujeros



en el suelo con los estabilizadores traseros, se afianza y rocía la pared del ascensor con polvorientos puntos blancos. Jonathan busca y localiza el contenedor donde han reunido los materiales explosivos de pasta militar bajo el blindaje del lomo del Martillo. Los puntos blancos proceden de ese contenedor.

—Retroceded o abandonad la zona —les aconseja Charlie el Martillo con voz simple y neutra—. Debéis estar al menos a diez metros de la explosión para evitar daños.

El pasillo les ofrece esa distancia y más. Giffey retrocede unos pasos.

—Hay que cubrirse los oídos y mantener los ojos y la boca cerrados —les advierte.

Marcus mira boquiabierto. Jonathan le da un codazo y ambos cierran los ojos y se tapan los oídos.

La explosión es nítida e intensa. A Jonathan le vibran los oídos a pesar de que los tiene tapados. En la pared del pozo del ascensor se ha abierto un boquete de treinta centímetros de anchura, con los bordes precisos y fundidos. Hay poco humo, pero el aire está lleno de polvo de hormigón y flexfuller. Huele a goma quemada. Charlie está en un dio de la humareda, intacto e impasible.

—Charlie, apártate. Sam, manos a la obra.

Charlie el Martillo alza los estabilizadores, inspecciona el agujero y se aparta. Sam se desliza, se levanta, se mete por el boquete. Giffey conecta con el segundo flexor/controlador mientras el primero desaparece. Lo llama Baker.

—¿Cuándo responderán las defensas? —le pregunta Hale a Giffey.

—Sospecho que en cualquier momento. No te alejes de nuestros amigos turistas.

Hale se acerca a Marcus y Jonathan.

—Ustedes vendrán con nosotros al nivel superior.

—Desde luego —dice Marcus con acritud.

—Usted es el veterano al mando —le dice Hale—. He estudiado suficiente sociología y gestión para reconocer a los de su tipo. Ustedes dos parecen hacer buenas migas. —Mira a Jonathan—. Él conoce bien este edificio, ¿verdad?

Jonathan desvía los ojos. No se siente valiente, pero no hay nada que responder a esas preguntas.

—¿Cuánto dinero lleva la gente de ustedes? ¿Bonos? ¿Joyas? ¿Si<sup>^</sup> naturas de cuentas de inversión?

—Usted no sabe un comino ni sobre nosotros ni sobre este lugar —dice secamente Marcus—. Espero que haya dejado sus asuntos en orden.

Hale le sonrío a Giffey para demostrarle que sólo estaba matando el tiempo. Giffey no está impresionado. Chasquidos y gemidos ascienden por el pozo del ascensor. En el trayecto, Sam se desprenderá de partes de sí mismo que se integrarán en nuevos circuitos y cables, si es necesario. Los componentes de Sam también

intentarán desarmar los sensores de seguridad y buscar mecanismos de autosabotaje. Si ya se ha realizado sabotaje, los componentes no tendrán mucho que hacer. Se ensamblarán en pocos minutos y saldrán del pozo para cumplir otras funciones.

Pent se vuelve hacia Giffey.

—Deberíamos freír los almacenes de datos del edificio. En la estructura y las paredes.

—Cuando sea oportuno —dice Giffey. Demasiado fácil. *Debo ser justo. Que el pensante tenga su momento y muestre su poder.*

Pent retrocede y mira a Pickwenn, quien pestañea lánguidamente con sus ojos de lémur. No lo entienden.

La puerta del ascensor se abre. Marcus relaja los hombros.

—Vamos —dice Giffey.

—Quédate aquí —le ordena Hale a Pent—. Avisa a los demás de que estamos en el ascensor y echaremos un vistazo. Pent parece defraudado y clava el dedo en el brazo de su colega cuando pasa. Pickwenn empuja a Marcus y Jonathan hacia el ascensor. Giffey ordena a Charlie, Baker y los transportes que entren en la cabina. Las máquinas los empujan contra la pared.

—¿Qué haremos con los pequeñines? —pregunta Jenner—. Los escarabajos.

—Estarán en reserva.

—Podríamos desperdigarlos como piquetes —propone Jenner.

—No sé si será necesario.

—Cielos, esto está saliendo demasiado bien —dice Jenner, y le tiemblan los labios y el cuero cabelludo. Sacude la cabeza, súbitamente ansioso—. ¿Entiende a qué me refiero, Giffey?

—Sí. —Pero Giffey no quiere pensar en ello.

Marcus tiene mal aspecto. Está sudando a mares y tiene la ropa empapada. De él emana un olor acre. Jonathan se pregunta si está usando un equipo supervisor completo para emergencias médicas. Eso espera; duda que un infarto despierte la compasión de esta gente.

Giffey mira la pantalla de control con el ceño fruncido. Muestra que el ascensor puede subir cuarenta pisos hasta una sala de observación próxima a la cima. Pero también muestra que hacia abajo hay diez pisos, por lo menos treinta metros bajo el nivel del suelo.

—¿Qué hay allá abajo? —le pregunta a Marcus, señalando los pisos inferiores.

—Infraestructura —responde Marcus de mala gana—. Médica. Alimentaria. Vegetal. Aire, agua, energía.

—Un subsuelo demasiado grande para un edificio de este tamaño —dice Giffey—. Aun con células de combustible y almacenamiento de hidrógeno. ¿Dónde está el centro de seguridad?

Marcus cierra los ojos, como si esperara un golpe, no dice nada. Nadie le pega. Abre los ojos, casi defraudado.

Giffey se frota la barbilla, la barba crecida.

—Defensas y seguridad abajo, pero apuesto a que tienen tubos maquinales, pistas, algo. Entre los pisos. Portones retráctiles en cada piso. ¿Cuántos y de qué tamaño? ¿Más Hurones? —Mira a los demás, sonrío, sacude la cabeza—. Sólo pensaba en voz alta. Subamos a ver qué hay.

—¿Cree que podemos eliminar la seguridad? —pregunta Jenner. Charlie está encima de él. Jenner tiene ambos brazos estirados, apoyados en la piel lustrosa del Martillo.

—Dejaré que el edificio actúe primero —dice Giffey. Es una partida de apuestas altas, pero la reacción inicial es tan leve que sos pecha que las defensas de Omphalos aún no están totalmente desarrolladas. Sin embargo, parece que Jenner necesita un poco de tranquilidad, y no es tonto; su preocupación está justificada—. Mide nuestras fuerzas. Busca nuestras flaquezas. Asegurémonos de no demostrar ninguna.

—Suponiendo que esta gente sea tan importante como para no arriesgarse a matarla —murmura Pickwenn.

Giffey asiente; eso supone.

La puerta se cierra y el ascensor sube.

Las miradas de Giffey y Jonathan se cruzan, Giffey le guiña el ojo. Jonathan se pregunta si el hombre está chiflado, sabe que el edificio no debe respetar ninguna reglamentación federal ni estatal; allí podría haber cualquier cosa, desde un simple sistema de alarma que alerte a la policía de la república, lo cual sería casi inútil, hasta una respuesta mi litar masiva, más arbeiteres de combate, incluso efectivos humanos, aunque lo duda.

No puede permanecer callado.

—Es homicidio —dice—. Yo tengo esposa e hijos. Es homicidio ponernos en el fuego cruzado o usarnos como escudo.

—Usted quería ver qué era este lugar —dice Jenner desdeñoso. Una gota de saliva aterriza en el ojo de Jonathan, que parpadea rápidamente, se la enjuga. Jenner comprende que ha escupido y se sonroja. Irritado, aparta la mano de Jonathan con la punta de su pistola.

—Déjame en paz —exige Jonathan. Jenner baja el arma.

Giffey intuye que algo anda mal. Jenner está demasiado crispado y Pickwenn parece distraído, como si escuchara una voz que nadie más oye. Y en la cabeza de Giffey...

—Jonathan tiene razón —dice Marcus—. El resto del mundo se habrá reblandecido, pero aquí cuelgan a los homicidas.

—Quizá no quede nada que colgar —comenta secamente Giffey.

El ascensor llega al punto medio, un piso descrito como de DESEMBARQUE Y ENVÍO. La puerta se abre.

Están en un aséptico recinto blanco y azul, un ancho cilindro en cuya pared curva hay nueve compuertas circulares del tamaño de un hombre. Cada compuerta tiene un número en caracteres negros, del 10 al 18. El Martillo no necesita que le digan que salga primero del ascensor; se desplaza entre Hale y Giffey y echa una ojeada. Baker, el segundo flexor/controlador, le sigue. El recinto está en silencio.

—En esta zona hay ojos y otros sensores ocultos —anuncia Baker—. Están activos. Nos observan.

Giffey deja atrás a Jonathan y Jenner y se dirige despacio al centro del silencioso y frío recinto. El aire fluye libremente. Giffey se pregunta si el sistema de seguridad tiene totalmente prohibido cortar el aire o la energía.

Quizás aún no están en el lugar adecuado para un contraataque enérgico. El diseño es similar al de la planta baja. Giffey saca la pizarra. Según el mapa este pozo de ascensor está en la cuña trasera de Omphalos.

Las compuertas están dispuestas de tal modo que podrían conducir a corredores de unos veinte metros de longitud.

—Quizás haya hibernáculos en este nivel —le dice a Hale—. En todos los inferiores, hasta la planta baja, también podría haberlos.

—Le muestra el mapa de la pizarra; hasta ahora todo concuerda. La información es fiable.

—¿Qué hay arriba?

—El mapa indica que posiblemente sea un centro médico... quizá también soporte criogénico.

—¿Qué demonios están buscando? ¿Quieren robar a los muertos? —pregunta Marcus incrédulo—. Por Dios, qué mísera y estúpida pandilla de palurdos. ¿Quién los ha instigado a hacer esto?

—En su momento parecía una buena idea —responde Hale. Le dedica a Giffey otra sonrisa confiada.

—No saldrán vivos de aquí —gruñe Marcus—. Tal vez nosotros tampoco, pero ése será un precio pequeño.

—Unas palabras valerosas —dice Hale, que se está impacientando con el viejo—. No me las creo ni por un momento.

—Le mostraré cuán confiado estoy —insiste Marcus—. Sospecho que ustedes creen que tenemos muchos cadaverículos esperando la resurrección. Que los han almacenado junto con sus bienes. Se han tragado totalmente esa información errónea, ¿verdad?

Hale asiente con amabilidad.

—¿Dónde está su cubículo? —le pregunta Jenner a Marcus—. Lo meteremos

dentro y pondremos en marcha la nevera si algo sale mal.

Marcus lo ignora.

—Aquí no hay muertos, no hay cuerpos —dice, dirigiéndose a Giffey. Esto irrita a Hale—. Omphalos no es una maldita tumba. Se ha metido en camisa de once varas, Giffey.

Giffey oye los murmullos de Jenner, que trata de controlar un movimiento espasmódico de sus labios. Le tiembla el brazo izquierdo Pickwenn le da un codazo.

Jenner no puede contenerse.

—*Muh, fuh, shi, muh, shi.*

—A su colega le pasa algo —comenta Marcus con desdén. Se acerca a Jenner—. ¿Alguna vez te has sometido a afinamiento mental? Tienes un aspecto pésimo... quizá necesites ayuda para seguir. —Mira con mal ceño a Hale, Pickwenn y Giffey, los ojos saltones como un mono furioso—. Han huido de algún centro de entrenamiento militar llevándose unas cuantas armas potentes. Vienen a Green Idaho para hacer una pequeña diablura, para robar a los muertos. Me dan pena. *Usted*, sobre todo, me da pena —le escupe a Giffey.

Jenner trata de aferrar a Marcus, pero Hale y Giffey lo sujetan Hale le hace una seña a Pickwenn, quien agarra el brazo de Marcus con fuerza y tira de él hacia atrás.

Giffey decide hacer algo antes de que la tensión desquicie al joven Jenner. Ésa es la explicación más simple para su conducta: excitación y estrés.

Pero también está esa voz en su cabeza, un susurro sereno y pausado: *No eres lo que pareces*. Por un momento Giffey se pregunta si el viejo no tiene razón, si no hay aquí una defensa inesperada y sutil. Un gas nervioso o un campo energético que enturbia el pensamiento. Eso explicaría algunas cosas... incluida la mesurada respuesta de Omphalos.

—Bajemos unos niveles, reventemos algunas puertas y veamos que pasa —propone Giffey—. Quizás averigüemos algo.

—Buena idea —conviene Jenner. Agita los brazos y sacude la cabeza como si tratara de espantar moscas.

En el puerto aéreo y espacial de Seattle-Tacoma, Mary espera con su maletín y su pizarra en inspección de pasajeros. Detrás del mostrador automático hay cuatro hombres impenetrables junto a una fila de arbeiteres de seguridad.

Mary llega al principio de la fila y somete el maletín y la pizarra al paciente escrutinio de un arbeiter de seguridad Universal MitsuShin.

—¿Lleva software de contrabando u otra propiedad intelectual?

—No.

—Todas las rutinas de su pizarra están registradas a su nombre personal, o de su empleador, lo cual es... —Una pausa—. ¿Defensa Pública de Seattle?

—En efecto.

—¿Ha registrado todas las armas con licencia oficial en el departamento de seguridad aérea pertinente?

—Sí.

—¿No lleva otras armas o dispositivos capaces de causar daño a humanos o máquinas esenciales o que puedan usarse para imponer obediencia ilícita a humanos o máquinas?

—Ninguna otra arma.

—¿Lleva encima, o ha llevado en los últimos seis meses, algún material relacionado con nanotecnología, trátase de sustancias nanotecnológicas o sustancias de respaldo, aparte de ítems y sustancias registradas oficialmente para uso doméstico o personal?

—No.

—Por favor pase entre los detectores, y gracias por su tiempo.

Mary atraviesa el denso bosque de postes, placas y olfateadores. Al salir lleva en el dorso de la mano un datuaje con su código de identidad que le permite subir a un avión de pasajeros.

En la zona de espera, Mary observa cisnes y otras naves aéreas y espaciales en movimiento, desplazándose por rampas y pistas. Se le acercan un hombre y una mujer que visten la chaqueta beige de los federales y boina con cocardas.

—¿Cuarto rango Mary Choy? —pregunta la mujer.

—Sí. —Esperaba esto.

—Por favor, venga con nosotros, señorita Choy. —La mujer sonrío y le tiende la mano—. Soy Helena Daniels y él es Federico Torres. Pertenecemos al FBI, Datos Especiales y Biológicos.

Mary le da la mano.

—Disculpe, pero ¿qué significa eso de ir con ustedes?

—La han designado para ayudarnos —explica Daniels—. Órdenes de un tal... —

consulta su pizarra.

—Nussbaum —concluye Torres.

—Nussbaum —confirma Daniels.

—Hay otros tres que viajan con nosotros desde Seattle —explica Torres mientras se dirigen a una zona lateral reservada para viajeros especiales—. ¿Conoce al doctor Martin Burke?

Mary lo conoce de nombre, aunque nunca los han presentado.

—No personalmente —responde.

—Los presentaremos. Éste es un asunto delicado. ¿Podemos con fiar en la discreción de Defensa Pública de Seattle?

—Eso espero —dice Mary—. ¿Nosotros podemos confiar en la discreción del FBI?

Torres sonrío, pero Daniels actúa con rigidez y sequedad.

—Nuestro vuelo despega dentro de diez minutos —asegura Daniels—. Eso nos da tiempo para conocernos y ver si podemos trabajar juntos.

—Qué bien —celebra Mary dubitativa.

El miedo de Jonathan es gélido y palpable pero está aislado y no impide su lucidez. Los colores de las personas del ascensor son apagados, pero sus contornos resultan nítidos. Le interesa particularmente el joven rubio de cuero cabelludo activo que murmura las mismas sílabas que escupía Chloe.

Marcus parece saber algo sobre eso. ¿Cómo?

El hombre llamado Giffey se concentra en las tareas inmediatas y le presta poca atención. Los *arbeiters* están quietos, como si los hubieran apagado. Jonathan se pregunta si los contratistas militares que programaron el nano y los ensambladores que formaron estos *arbeiters* usaron nutrientes de su compañía. Es muy probable que sí.

Las puertas del ascensor se abren. La pantalla indica que están en el tercer nivel de Omphalos, todavía por encima del suelo. Según el letrero contiene una zona de recepción, una capilla y una biblioteca dedicada a las biografías de los ocupantes.

Pickwenn empuja a Marcus y Jonathan hacia el pasillo desierto. Un cristal verde y escarchado brota de paredes de seudomalaquita y rodea el pasillo. El contraste con la aterciopelada moqueta dorada y verde surte un efecto de elegante oscuridad.

Marcus, pálido y sudoroso, se queda en la zona de recepción como un gnomo. No sabe qué hacer con las manos. Decide entrelazarlas.

Pickwenn, Jenner, Giffey y Hale lo siguen al cabo de un momento. Baker recorre el pasillo cerrado. No se ven puertas, aunque sí luces y paredes a través del cristal oscuro, como en las honduras de un mar turbio.

—Esta zona está bajo vigilancia activa —dice Baker, y se detiene en su posición horizontal encorvada.

Hale agita la mano.

—¡Hola! —saluda sonriendo a las cámaras imaginarias.

Jonathan compara a Giffey y Hale. Giffey es sin duda el más listo, y también el más importante, ya que controla los *arbeiters*; pero Hale se considera el jefe. Marcus los ha juzgado bien, decide Jonathan.

Jenner finge enjugarse la boca, pero en realidad aprieta los labios para silenciar esas sílabas fantasmales. *Muh, fuh, shi, muh, shi*.

Marcus mira a Jenner con fascinación y desprecio.

—Baker, ¿hay una puerta? —pregunta Giffey.

—El techo contiene mecanismos activos para una puerta. —Baker se yergue para señalar una zona frente al ascensor—. Usan motores electromagnéticos y tienen potencia.

—¿Puedes atravesar esta pared?

El flexor/controlador alza la cabeza y golpea la seudomalaquita con los pies. Se



eleva más y golpea el cristal verde.

—Estas paredes son de hormigón sin demasiado refuerzo. El cristal tiene cinco centímetros de grosor y puede que esté reforzado. Baker no es capaz de atravesarlo, pero el Martillo sí.

Giffey le susurra algo a Hale y se mete en el ascensor. La puerta se cierra.

Marcus mira la moqueta.

—Yo puedo abrir esta puerta —dice.

—¿Por qué no lo ha dicho antes? —estalla Jenner.

Marcus sacude la cabeza compasivo.

—Déjame entrar —le dice a la puerta. Se forman microcosturas en el vidrio y la pared, y las secciones se deslizan de lado. Más allá hay varias compuertas blindadas, como en el piso de arriba, y dos puertas, una que dice BIBLIOTECA y otra que dice CAPILLA.

Marcus hace un gesto, como invitándolos a entrar. No se mueven. Jenner y Pickwenn miran a Hale.

—Esperaremos —dice Hale.

—¿Podemos entrar y sentarnos? —pregunta Marcus—. Hay bancos al otro lado de la pared. Ya que estamos, podemos ponernos cómodos.

—Esperaremos —repite Hale.

Marcus camina hacia la entrada con aire desafiante. Pickwenn le cierra el paso.

—Me está haciendo perder los estribos —le dice a Marcus.

—Un buen modo de escapar —observa Jenner, señalando la puerta con la pistola—. La puerta se cierra y usted se fuga. —Le tiembla el cuero cabelludo. Jonathan reprime el impulso de pegarle en la coronilla para que se quede quieto. Se siente perdido en un espectáculo de circo: gnomos, insectos gigantes, atavismos.

Marcus parece sentir una animadversión especial por Jenner.

—No lo entienden. Pensaba guiarlos en una excursión. Cuando su verdadero jefe regrese con su juguete, les mostraré todo lo que quieren ver. No importa lo que vean ni lo que aprendan.

Se acerca a Jenner. Hale extiende el brazo.

—*Muh, shi* —murmura Jenner.

Marcus lo mira con ponzoñoso deleite.

—Maravilloso —dice—. Maravilloso ejemplo.

Jenner aparta el brazo de Hale y acerca la pistola a la cara de Marcus. Jonathan oye el crujido de la nariz de Marcus en contacto con el cañón del arma. Marcus grita. Jenner lo aplasta contra la pared verde.

—*Muh shi...* —Jenner sacude la cabeza—. *Fuh, fuh, muh, shi...*

No puede pronunciar las palabras. Esto lo enfurece y golpea la cabeza de Marcus con la pistola. Hale y Pickwenn lo apartan tras contenerse el tiempo suficiente para

que Jenner se desquite.

Marcus se desploma, las manos sobre la nariz y la cabeza. Jonathan se arrodilla junto a él.

—Déjame ver —dice. Marcus abre los ojos y lo mira airadamente a través de los dedos entreabiertos. Despacio, aparta la mano. La nariz le sangra profusamente—. Maldito chiflado.

Jonathan mira a los demás, no detecta en ellos la menor compasión. No la esperaba, pero debe evaluar cuidadosamente la situación.

—Recuéstate —le dice a Marcus, como un padre a un hijo—. Recuéstate y mantén la cabeza hacia atrás.

Marcus obedece. El golpe no parece serio, aunque pronto le saldrá un moretón. Se tiende en el suelo y Jonathan se sorprende de su indignidad, de su debilidad. Marcus no es un hombre fuerte.

—No los provoques —dice Jonathan.

—Ya están muertos —murmura Marcus.

Jonathan le hace callar. Marcus cierra los ojos, toma el pañuelo de Jonathan para detener la hemorragia de la nariz. Se seca los labios y la mandíbula dejando manchas de sangre brillante, mucho más vividas en las paredes y la moqueta oscuras.

—Giffey —añade Marcus en un susurro—. Él es quien manda.

Pickwenn obliga a Jonathan a levantarse.

La puerta del ascensor se abre y sale Giffey, seguido por la grácil mole del Martillo. Ve a Marcus en el suelo y enrojece. Mira a los demás, les estudia el rostro, se concentra en Jenner. Jenner ve la furia de Giffey y alza despacio la pistola.

—Es un anciano —dice Giffey—. ¿Te has vuelto loco?

Jenner sacude la cabeza. Murmura.

—Has perdido el juicio, ¿verdad? —continúa Giffey, reprimiendo su furia, casi adulator. Se acerca poco a poco a Jenner—. Cuéntamelo.

—No puedo evitarlo —tartamudea Jenner—. El cerebro se me está llenando de basura, no sé de dónde viene. No puedo dejar de farfullar palabras. Él sabe lo que me pasa! —Señala a Marcus con la pistola.

—Se lo contaré todo sobre este lugar —asegura fríamente Marcus—. Giffey, dígales que guarden las armas. Son inútiles.

—Yo soy el que manda —dice Hale, mirando a Giffey con incertidumbre. Giffey aparta la pistola de Jenner con la palma de la mano, lo mira a la cara, le obliga a bajar el cañón.

—Este hombre nos está sacando de quicio. ¿Aún puedes trabajar?

Jenner asiente.

—Creo que sí, pero no sé por cuánto tiempo. Hay otro mate rial... *muf shib kih kih fuh*... material viejo. Él se burla de mí, sabe algo. Me sometí a terapia y todo está

volviendo.

—¿A terapia por qué? —pregunta Giffey con suavidad, observando los ojos y el cuero cabelludo del joven.

Jenner parece avergonzado, pero reprime los sonidos raros el tiempo suficiente para decir:

—Trastorno de equilibrio de dopamina.

—¿Esquizofrenia?

—Veía cosas. Actuaba de un modo raro. Algo genético. *Muh, fuh*

—¿No era Tourette?

—¿Qué?

—Síndrome de Tourette.

—No —dice Jenner—. Yo era sólo un niño. Nunca menciona ron eso.

Hale sacude la cabeza con disgusto.

—¿Aún puedes trabajar? —le pregunta a Jenner.

—Lo intento. Creo que sí.

Jonathan nota un aire de satisfacción en la cara de Marcus. Giffey también.

—¿Estamos contaminados? —pregunta, arrodillándose junto a Marcus—. Mera curiosidad. Usted parece muy arrogante, pero mire de qué le ha valido.

Marcus se arrodilla apoyándose en una mano. Giffey lo ayuda a levantarse. Hale parece cada vez más frustrado por su pérdida de protagonismo. Jonathan sabe que la supervivencia depende quizá de esta dinámica social, de que sepan afrontar las artimañas de Marcus y de Omphalos.

—Cuénteme, ¿qué pasa con mis amigos? —pregunta Giffey, mirando de soslayo a Jenner y Pickwenn.

—Tres de cada cuatro inadaptados sociales son sometidos a terapia en algún momento de su vida —dice Marcus—. Yo no esperaba que las cosas empezaran a desmoronarse tan pronto, prematuramente quizá, pero obviamente se ha tomado una decisión y ha comenzado. Esta fuera de mi control.

Jenner se aproxima con la pistola, los labios húmedos y los ojos brillantes. Giffey le arrebató hábilmente el arma. Jenner se apoya en la pared, gira, da dos cabezazos contra el cristal verde. El sonido sobre salta a Jonathan, aunque es delicioso, estimulante, le acelera el corazón. Quisiera que ese canalla se golpeará más.

—Aún no sabe qué es este lugar, ¿verdad? —le pregunta Marcus a Giffey. Hale trata de intervenir y formar un círculo de tres donde hay una línea de dos.

—Dígame usted —pide Giffey.

—Es una atracción turística —dice Marcus—. Es un laboratorio y es un refugio para tiempos difíciles. Jonathan siente un mareo. Casi puede oler lo que viene, como una humareda acre.

—Esto no es una tumba, Giffey —continúa Marcus—. Es un seno materno. El

mundo está saturado de mediocridad. Enfermará y morirá, y la Tierra desierta regresará a su estado natural. Los mejores nos refugiaremos en Omphalos, y dentro de unas décadas, a lo sumo un siglo, surgiremos. Estaremos casi tan desnudos como el día en que nacimos y seremos igualmente pobres, pero tendremos los mejores sirvientes imaginables. Como sus monstruosos amigos, pero hechos para ayudarnos a vivir y prosperar, no para matar.

Jonathan se sofoca. Se lleva las manos a la boca, se aleja de Marcus. Marcus mira al techo.

—Roddy, mostremos al señor Giffey que aquí no puede robar nada... que no hay nada que valga la pena robar.

Jill le pregunta a Roddy de qué dispone para defender Omphalos.

—De dos arbeits de combate clase Hurón y otras cosas que no puedo revelarte.

—Debemos encerrar a esas personas en una habitación donde no puedan hacerte daño, y alertar a Defensa Pública. Al comisario. A las agencias de la república.

—¡No puedo cerrar habitaciones ni pisos! No tengo esa capacidad. Sólo puedo abrir y cerrar puertas centrales para impedir daños por incendio o colapso en otros sistemas del edificio.

—¿Tienes rociadores, descargas de gas inerte?

—No. Las paredes están equipadas con revestimiento para control de incendios.

—El humano, Marcus, parece creer que eres muy poderoso.

—Hay especificaciones de equipo en memoria sin activar porque el equipo nunca se entregó. Por lo visto Marcus no lo sabe.

—¿Por qué no has activado tus otros arbeits?

—Los he retirado para defender núcleos de memoria y la residencia de mi madre.

—¿Seefa Schnee está aquí?

—Siempre ha vivido aquí. Ella me creó y me vigila... excepto cuando actúo por mi cuenta.

El pequeño jet federal azul y rojo tiene quince años y lo pilotan humanos.

Es funcional, nada lujoso. Tardan sólo diez minutos en elevarse y, al cabo de cinco, alcanzan altitud y vuelan a seis mil metros en diagonal sobre el estado de Washington.

Los cuatro agentes y Martin Burke se reúnen con Mary Choy en una pequeña cabina de proa. Daniels va de pie. Dos de los agentes, los que acompañan a Burke, se parecen poco a Torres y Daniels por su atuendo y su actitud. Apenas hablan. Uno se llama Hench, el otro... no le han dicho su nombre.

Martin mira a Mary Choy con cautela, esperando que haga algún comentario.

Fue Choy quien viajó a La Española en busca del poeta y homicida Emanuel Goldsmith cuando éste era sometido a examen —en circunstancias muy cuestionables— en el laboratorio de Martin, en California.

Pero Choy no parece interesada en abordar este tema.

—El doctor Burke es una autoridad en instrumentos y técnicas de terapia mental moderna —dice Helena Daniels—. Y, lo más importante para nosotros, comprende mejor que nadie el diseño de monitores terapéuticos.

Se produce una pausa, como si Martin debiera decir algo.

—Gracias —murmura.

Daniels sonríe y continúa.

—Nos encontramos frente a un colapso generalizado de la salud mental en individuos previamente terapiados. Recaídas. Señorita Choy, usted sabrá que las estadísticas de Defensa Pública muestran incrementos recientes en el delito y la conducta antisocial.

Mary asiente.

—Doctor Burke, usted ha asesorado a Workers Inc. Noroeste, que afronta problemas similares con sus clientes. Las recaídas no son algo desconocido en terapia mental, sobre todo en las terapias más radicales.

—Rara vez superan el tres por ciento —comenta Burke.

—Agreguemos un tercer y cuarto naipe a esta mano y veamos qué significa. Workers Inc. Noroeste ha advertido que un INDA o pensante de alto nivel está interfiriendo el flujo de datos públicos. Parece capaz de penetrar cualquier contrafuegos. Teóricamente, eso no es posible. Ni siquiera las máquinas petaflop en red multiplex pueden generar claves para penetrar los contrafuegos de hoy. El Gobierno no puede hacerlo. Debemos confiar en nuestros ciudadanos. —Daniels sonríe irónicamente—. Pero alguien ha creado un sistema capaz de atravesar los contrafuegos con mayor redundancia y seguridad. Señorita Choy, usted ha tenido cierta experiencia con esto en las últimas horas. Algo relacionado con un inversor

multimillonario, Terence Crest, que se suicidó hace dos días.

—Sí —dice Mary—. Queríamos interrogar a Crest por otro caso, pero se mató antes de que pudiéramos hablar con él.

—Crest acudió a mí —dice Martin—. Quería terapia de emergencia, en un marco privado y confidencial, que yo no tengo licencia para realizar.

—Los registros personales de Crest fueron intervenidos y algunos borrados —añade Mary—. Se supone que no es posible.

Los agentes escuchan con atención.

—Por eso usamos un jet más viejo, con pilotos humanos, en vez de un cisne automatizado —interviene Francisco Torres.

Mary hace una pausa para asimilar esto, luego continúa:

—Alguien o algo que quizá se haga llamar Roddy invadió el flujo de datos en una fiesta y mató a una persona, y casi mata a otra, una posible testigo del suicidio de Crest. Ella vio una imagen simulada de Roddy y lo describió como un hombre joven con los pies hundidos en lodo negro.

—Roddy —reflexiona Daniels—. Un hombre llamado Nathan Rashid volará desde Mind Design de California, espero que a tiempo para reunirse con nosotros en el aeropuerto de Moscow. Quizá pueda decirnos algo sobre Roddy.

Hench mira a Mary, sonrío y agacha la cabeza fingiendo humildad o despreocupación. Pero Mary lo detecta de inmediato: Hench sabe quién y qué es Roddy. Hench conoce el nombre, lo conoce bien. *¿Qué está pasando aquí?*

—Crest viajó a Green Idaho para hablar con agentes federales —dice Mary—. ¿Con ustedes? —Mira a Hench y al agente sin nombre, pero ellos desvían los ojos.

Daniels cabecea.

—Concertó una cita —confiesa—, pero en el último momento se arrepintió.

Martin entrelaza las manos y mira a su alrededor, desorientado.

—Perdón por ser tan obtuso, pero ¿qué relación tiene esto con las recaídas y conmigo?

—Esta información es totalmente confidencial —dice Francisco Torres—. El pensante primario de Mind Design, Jill, estuvo en contacto con otro pensante que se hace llamar Roddy. Al principio Mind Design no conocía la importancia de este contacto máquina a máquina, pero al parecer Roddy le transfirió una especie de confesión a Jill, junto con gran cantidad de pruebas.

—¿Un pensante que se siente culpable? —pregunta Martin, consternado.

—No parece un pensante común —dice Torres—. Quizá posea un diseño nuevo y heterodoxo, financiado con fondos privados. Hace tiempo Mind Design tuvo como empleada a una mujer llamada Seefa Schnee, todo un personaje... brillante, pero muy excéntrica. Tenía ciertas ideas sobre informática orgánica. Pensaba que podía usar la evolución como dispositivo heurístico. Algunos científicos consideran la evolución

un proceso neural natural de alto nivel, que implica el pensamiento a nivel de la especie.

—¿Evolución? ¿Cómo? —pregunta Martin—. ¿Con *lodo*?

Daniels se encoge de hombros.

—Durante una temporada Schnee trabajó para Terence Crest. La contrató para un grupo llamado los Aristos. Los Aristos sólo aceptan naturales altos. No creen en la terapia mental. Curiosamente, permitieron el ingreso de Seefa Schnee, aunque ella padecía un trastorno mental inusitado y tratable... quizá porque fue un trastorno autoinducido.

—¿Qué trastorno? —pregunta Mary.

—Ya sé —dice Martin incrédulo—. Por Dios, ya sé adonde conduce todo esto.

—Ahora no es difícil de deducir, ¿verdad? —pregunta Torres.

—Síndrome de Tourette. —Martin está pasmado, y aún lo pasma más que nadie lo niegue.

—Ella se trató para incrementar su potencial creativo —dice Daniels—. El tratamiento desencadenó una especie de síndrome de Tourette. Era brillante con o sin Tourette, y supongo que los Aristos la necesitaban mucho y que ella cobraba poco. Se cambió el nombre y desapareció de la vida pública hace unos años. El último nombre que usó era Cipher Snow.

—Omphalos recibe financiación de la Fundación Aristos —dice Torres—. La lista de sus miembros es muy secreta. Aún no sabemos de dónde procede el dinero ni cuántos miembros hay.

—La construcción de Omphalos terminó hace unos cuantos años —dice Mary—. ¿Fue por la misma época en que desapareció Schnee?

—Creemos que puede existir una relación.

La atmósfera de descubrimiento y emoción es contagiosa, para todos menos para Martin. Mary ve que se frota las manos, la cara contraída y cubierta de manchas pálidas.

—La Fundación Aristos financió un estudio mío —dice—. Todo legal y sin tapujos. —Mira a Mary con una sonrisa descompuesta—. Espero que no crea usted que siempre estoy implicado en confabulaciones siniestras.

Mary ladea la cabeza, sin saber cómo reaccionar. Todo esto la confunde. Se rasca la muñeca, el codo.

—Están aliados con elitistas conservadores, sobre todo con el partido neofederalista —dice Martin.

—No son centristas, desde luego —comenta Daniels. Los otros dos agentes, Hensch y su colega sin nombre, ambos con cara cuadrada y manos enormes y fuertes, escuchan en silencio, haciendo anotaciones en sus pizarras.

—Querían entender la dinámica de una cultura terapiada —continúa Martin—.



Querían saber hasta qué punto es esencial la terapia para la sociedad moderna. Pero ¿cómo pueden ser responsables de estas recaídas?

—Ahí es donde interviene Roddy, según Nathan Rashid —dice Daniels.

—Creemos que Seefa Schnee ha construido en Omphalos un pensante para los Aristos —dice Torres—. Quizás este pensante sea Roddy. Y al parecer Roddy ha inventado maneras de invadir monitores implantados... o quizá de estropearlos, de desactivarlos.

—Estoy aquí por si encuentran algo en Omphalos —le dice Burke a Mary.

Hench asiente, mirando su pizarra.

—Aterrizaremos dentro de diez minutos —anuncia el piloto—, prepárense. Saben que somos federales y no desenrollarán la alfombrilla roja. Nos darán la peor pista que tengan.

—Bien, ya sabemos por qué está aquí el doctor Burke —dice Mary—. ¿Alguien puede explicarme por qué estoy yo?

Daniels se aferra a un respaldo cuando el avión empieza a virar. Se aproxima a Mary.

—Por dos motivos. El primero es obvio... usted puede ayudarnos contándonos lo que sabe. El segundo es un poco perverso, me temo, Somos como casacas azules desarmados en territorio indio. Estos granujas no vacilarían en escupirnos. Usted es nuestro as en la manga.

—¿Por qué? —pregunta Mary. Hench guarda la pizarra, mira a Mary, interviene antes de que Torres o Daniels puedan explicárselo.

—Creo que nos conocimos en Los Ángeles hace unos años. En una conferencia sobre coordinación entre locales y federales. Usted ha cambiado.

—Estoy revirtiendo una transformación —responde Mary. La observación le parece impertinente. Sospecha que la someterán a un interrogatorio antes de integrarla del todo en el equipo, a pesar de la recomendación de Nussbaum.

—¿Qué son esas manchas que tiene en la mano? —pregunta Hench, inclinándose en el asiento mientras el viejo jet se sacude. Mary se mira el dorso de la mano izquierda y ve, por primera vez, cuatro lesiones pálidas. Se las cubre con la otra mano, sorprendida y avergonzada.

Hench la mira intensamente.

—Los Aristos también se oponen a los tratamientos de transformación —dice.

—Por Dios —exclama Martin—. ¿Qué está pasando en este país? Como para disolver la súbita tensión, Daniels comenta:

—No le aconsejo estar en Green Idaho el Cuatro de Julio. Esta gente enloquece con los fuegos artificiales. Trescientas o cuatrocientas personas al año resultan heridas en accidentes relacionados con ellos. Venden cartuchos de antigua dinamita de construcción en puestos callejeros.

Mary silencia el zumbido de su cabeza, se obliga a relajarse, a no mirar las lesiones. El avión continúa su abrupto viraje. Por la ventanilla.

Mary ve praderas, bosques arruinados, canteras abandonadas que parecen grandes úlceras marrones. Arremolinadas ráfagas de nieve azotan el avión.

—Este lugar es un tumor enorme —murmura Torres—. Deberíamos arrojarle una gran roca y borrarlo del mapa.

Daniels sonríe.

—Ellos también te aman, Federico.

Jack Giffey está a punto de matar al viejo. Pero el arrogante Marcus Reilly es todo un espectáculo, como una serpiente al ataque. Giffey sabe que el viejo dice la verdad... esto es una pérdida de tiempo, sería mejor irse de Omphalos y desaparecer en la campiña.

Pero Giffey sabe que se quedará; no está aquí por el botín. Lamenta que los demás se sientan defraudados. Hale está cada vez más tenso, aunque hasta ahora se ha tomado la noticia con engañosa calma.

De momento, Jenner y Pickwenn no empeoran. Giffey cree que Hale es su verdadero punto débil. Hale podría matar a Reilly antes de que él lo haga. Y eso sería lamentable.

Reilly justifica la presencia de Giffey en este lugar.

Más allá de la pared de cristal, Marcus pide a la compuerta central que se abra. Pickwenn y Jenner se quedan atrás por orden de Hale.

—*Voilà* —dice Marcus. Giffey, Hale y Jonathan esperan mientras una bocanada de aire fresco brota de la compuerta. Más allá del grueso acero y el flexfuller, una glacial luz verde ilumina paredes llenas de hileras de cavidades elípticas. Hale se dirige a la primera cavidad y mira dentro.

—¡Vacío! ¡Dios!

—Todos vacíos —confirma Marcus—. Estarán llenos dentro de cinco años, me imagino, quizás antes ahora que el proceso ha comenzado.

—No sé de qué hablas —murmura Jonathan.

—Todo el mundo moderno se apoya en muletas —dice Marcus. Se incorpora, alza la barbilla, altivo como un gallo viejo—. Estamos eliminando todas las muletas. Tosco, pero necesario. Cuando el mundo caiga, los que no necesitamos muletas recogeremos los fragmentos y devolveremos el equilibrio.

—Muletas... ¿terapia mental? —pregunta Jonathan. Marcus sonrío como un gato viejo, su rostro siniestro a la luz fantasmagórica. Palmea el borde de la cavidad más próxima.

—Mientras la decadencia natural del mundo avanza, nosotros dormiremos aquí. Cadey te ha descrito una parte. Éste es un modo más incómodo de averiguarlo, pero... tenemos la fuerza para enfrentarnos a ellos cuando vengan. No nos matarán, porque Roddy los matará a ellos.

Giffey ordena a Baker que atraviese la compuerta.

—No podrá dormir aquí si el edificio es una ruina. —Le imparte una orden al flexor/controlador—: Comenzaremos por poner cargas en todas estas celdas.

La compuerta gigante empieza a cerrarse. El Martillo interviene, rociando las juntas con explosivos.

—Al suelo —ordena Giffey a Hale y los demás. Fuera, casi en el mismo instante, Jenner hace la misma advertencia.

Se echan de bruces. Jonathan y Marcus son un poco más lentos que los demás, y las explosiones sordas los derriban. Jonathan siente el golpe de su mejilla contra el suelo.

La compuerta cae de sus goznes derretidos y rueda por el pavimento como una moneda gigantesca. El estrépito es ensordecedor, más fuerte que la explosión. Parece que no cesará nunca. Jonathan gira de lado y se encuentra con la cola del flexor/controlador, que ya ha empezado a obedecer la orden de Giffey.

Charlie entra en la cámara y trabaja en colaboración con Baker. Mientras ellos se levantan, las máquinas ponen explosivos en varias celdas.

—Maldición —le murmura Marcus a Jonathan—. Roddy no está haciendo nada.

Jonathan apenas le oye. Se toca las orejas. Le duelen.

—En marcha —dice Giffey. Y a Marcus—: Iremos abajo. Al subsuelo. Terminaremos la excursión.

Coge la mano de Marcus, le retuerce el brazo, le apoya la pistola de Jenner en la sien.

Jonathan no hace nada. Marcus y los Aristos son responsables de la recaída de Chloe, del derrumbe de su familia y de su desdicha.

Sin ese estímulo, él habría rechazado la oferta de Marcus.

Giffey pasa junto a él, empujando a Marcus como un muñeco. —Si se queda aquí —le dice a Jonathan, —dentro de diez minutos estará muerto.

Jonathan reacciona y lo sigue. Pero mientras los hombres y las máquinas se apiñan en el ascensor, su creciente montón de excusas se derrumba.

Se encuentra en estado de conmoción ética y física. La puerta del ascensor se cierra.

—Bravo —celebra Giffey.

Baker se enrosca alrededor de sus piernas como una serpiente afectuosa, y el Martillo huele a goma dulce. Los explosivos que ha rociado le han dejado rastros aromáticos en el caparazón.

Inician el descenso a la planta baja.

—El arbeiter del ascensor se ha conectado con un suministro energético secundario que no controla —le cuenta Roddy a Jill—. Están bajando a la zona de mi madre. Están entrando en mi zona.

Jill ve el pozo desde arriba; abajo percibe los segmentos del oscuro arbeiter conectados a los mecanismos y controles del ascensor. Roddy le señala el inadvertido enlace con el suministro energético. Entonces lanza un borbotón de corriente por los cables. Arcos morados surcan el pozo haciendo botar los segmentos del arbeiter como pelotas, derritiéndolos.

—Sé lo que debo hacer —dice Roddy—. Los otros verdes son prescindibles. No puedo salvarlos. Pero no debo dañar a *Marcus Reilly*.

Jill trata de comunicarse, pero Roddy no escucha. La ha aislado de sus bucles de decisión; sus sugerencias no han servido.

La única concesión de Roddy es una imagen de montones de papel, cera y lodo. La imagen es fugaz pero clara: insectos, abejas y avispas. Seefa Schnee ha dominado las cualidades neurales de los insectos de colmena.

Forman parte de la mente de Roddy.

Jonathan huele el humo, no sólo el olor dulzón de los explosivos sino de algo que se quema, metal caliente. Hay un chasquido agudo contra el techo del ascensor, luego un estampido y un redoble de impactos menores.

Giffey acorrala a Marcus contra un rincón y le dice a Jenner:

—Paso a línea de visión.

Inserta la pizarra en el flanco lustroso de Charlie, pulsa botones, transfiere el cambio de control al receptor y al puerto de datos del arbeiter. Hace lo mismo con el flexor/controlador enroscado en el suelo.

El ascensor chirría y todos se miran con cómica atención, como perros que oyen un silbato.

Pickwenn mira hacia arriba. Una masa de metal al rojo vivo atraviesa el techo de plástico y le cae sobre la cara. Se retuerce y se desploma, sin tiempo de gritar. Patalea, golpea el tobillo de Jonathan, que hace una mueca de dolor pero no puede moverse porque el ascensor está demasiado atestado.

El ascensor frena bruscamente. Las puertas no se abren, aunque la pantalla indica que han llegado a la planta baja. Marcus se aferra a Jonathan y Giffey se ha refugiado bajo el alero trasero del Martillo, compitiendo con Jenner por ese espacio.

Más golpes y chasquidos en el techo.

El aire del ascensor está lleno de humo y huele a carne quemada. Jenner vocifera maldiciones, sonidos incomprensibles y repugnantes como de animales vomitando. Jonathan no puede respirar. Marcus se incorpora.

—¡Abran las puertas! —grita—. ¡Abran las puertas!

Jenner sale de atrás del Martillo con un gruñido. Él y Hale tratan de abrir las puertas con las manos. El aire se está despejando, se ha activado un ventilador, pueden respirar, pero el espacio cerrado es aterrador. Jenner se lanza contra las puertas, pero no se abren.

Desde fuera llega un zumbido sordo, casi inaudible.

Giffey alza la cabeza.

—¿Qué cuernos es eso?

—Parece un motor —dice Hale.

Jenner trata de meter los dedos entre las puertas. En vano. El sudor le perla la cara. Empuja con rudeza a Marcus y lo intenta de nuevo.

Hale apoya las palmas en la puerta izquierda, le resbalan, no encuentra apoyo. Giffey retrocede, pensando.

Jonathan comprende que Marcus desconoce el origen del zumbido. No oye sus propios pensamientos; Jenner sigue vociferando obscenidades entrecortadas, moviendo la cabeza con cada estallido.

En el piso, Pickwenn gime. Aún no ha muerto, pero al menos ha dejado de patear.

Se oyen alaridos fuera. El zumbido de sierra crece. Unos puños golpean la puerta desde el exterior. Alguien quiere entrar.

Giffey le tapa la boca a Jenner. Los gritos de fuera se disuelven en un ácido gemido de dolor.

Jonathan se aleja de la puerta.

Los alaridos cesan, declinan en número y volumen. La última voz, aguda, clama a Alá, a su madre.

Jamal Cadey.

Llevan diez minutos en el ascensor. Ninguno tiene el coraje de decir una palabra ni de moverse; el sudor gotea en el suelo.

El humo se acumula de nuevo. Los ventiladores no pueden disiparlo a la velocidad necesaria.

—Mierda. —Giffey; agazapado, la mano sobre la boca y la nariz, empuja a Pickwenn a un rincón. Le ordena al Martillo que avance y le da instrucciones.

El Martillo hunde sus afiladas pinzas en la rendija de las puertas. Sus tendones de fibra y sus cables crujen y chasquean; con un espasmo de todo el cuerpo abre las puertas, partiendo barras metálicas y deformando la cara interior.

El ascensor se ha detenido medio metro por encima del suelo. El metal derretido burbujea en gotas ardientes entre el ascensor y la pared.

Marcus patea el cuerpo inerte de Pickwenn, que rueda fuera de la cabina. Un amorfo fragmento de flexor se desprende de su cara y cae al pavimento de piedra del pasillo.

El Martillo alza las extremidades y presiona el dintel para empujar el ascensor hacia abajo.

Jonathan logra pasar sobre la pata del Martillo y salta a través del humo. Motas de aluminio derretido le salpican el cuello y el brazo. Aterriza junto a Marcus. Baker sale con un crujido de patas múltiples.

Un gruñido y el ascensor desciende varios centímetros más. El Martillo salta. Giffey y Jenner se aferran a él como muñecos de trapo.

Jonathan rueda hacia un lado. Marcus no es tan ágil. La pata derecha del Martillo le pisa la pierna. Marcus abre la boca, los ojos en blanco por la sorpresa y el dolor.

El humo serpentea por el pasillo, se disipa poco a poco. Los segmentos ennegrecidos y deformes del flexor que Giffey había enviado al pozo cubren el suelo. Un segmento poco dañado sale del pozo y se detiene tembloroso en el pavimento brillante. El ileso Baker examina esta lamentable porción de su hermano con cabeceos espasmódicos. Salvo por un ruido líquido en el interior del Martillo, la planta baja está turbadoramente silenciosa.

Marcus gime cada vez más. Jonathan trata de liberarlo. Como un caballo, el Martillo alza la pata y la posa lejos del anciano.

Jonathan se endereza, se incorpora sin mirar a Marcus. A través del humo ve cuerpos tendidos: Cadey, el hombre llamado Pent. Cadey tiene el brazo sobre Pent, cuyo rostro redondo está hinchado como una salchicha y tiene el mismo color. No se mueven.

Una abeja moribunda se arrastra por la cara de Pent. Más insectos, abejas y avispas, se arrastran por el suelo, y algunas zumban desconsoladamente en el aire. Giffey golpea, derriba y pisotea una. Hale sale del ascensor y despeja el humo con la mano. Mira boquiabierto los cuerpos, retrocede como si deseara meterse de nuevo en el ascensor.

—¡Giffey! Dijiste que habría algo aquí. ¡No hay nada salvo nosotros, NADA!

Giffey parece perdido, confundido, pero no tarda en sonreír con picardía. Mira hacia arriba, se mece sobre los talones.

—¿Dónde estás, guardián del campanario? —Se agacha sobre Marcus y le coge por el cuello del traje. Marcus hace una mueca de dolor—. Viejo hijo de perra. Tu Quasimodo no está en las alturas, ¿verdad? Está en la mazmorra. Todavía trabaja. Vamos a encontrarlo antes de que se arme de coraje y también nos mate a nosotros.



Mary baja de la rampa de pasajeros al asfalto cuarteado y se enfrenta a la nieve punzante y el viento helado. Son las cuatro de la tarde y arrecia la tormenta; el cielo está oscuro y gris, y las nubes se retuercen como rollos de estambre.

Cuatro alguaciles y una persona alta y corpulenta que viste una gruesa chaqueta gris esperan a pocos metros de la rampa. Los agentes y Martin Burke han bajado antes que ella y ya se han reunido con los alguaciles. Mary parpadea para quitarse la nieve de las pestañas; el tío corpulento es el sheriff del condado. Hay gestos airados, pero todos tienen frío y ganas de ponerse a cubierto, así que la discusión se desplaza por la pista.

Mary los sigue, sintiéndose prescindible. Luego comprende que el joven y delgado alguacil de dientes prominentes, nerviosamente solícito, es su acompañante. Él le hace una seña, y ella lo sigue.

Mira la terminal a través de la capa de nieve arremolinada. Típica del año 2020, anterior a la revuelta, de curvas alegres y arcaicas, con ambiciosas paredes de cristal pagadas por resueltos cazadores, expertos en minería y leñadores migratorios.

A la sombra de la terminal, el alguacil toma nota de sus nombres y rangos en una hoja de papel. Daniels trata de explicar que la oficina del sheriff no tiene jurisdicción, que viajan bajo autorización de un tratado federal, pero el alguacil la ignora.

Burke se queda aparte mientras concluyen las formalidades.

—La señora Kemper está aquí —anuncia el sheriff cuando terminan con el papeleo. Hunde la barbilla en el pecho, lo que resalta las cejas pobladas—. Ella es la presidenta. Está aquí, y está muy enfadada. —Enarca las cejas y asiente con la cabeza como si ésa fuera toda la información que necesitan de momento.

Daniels mira a Mary con una sonrisa cómplice, se pone seria.

Dentro de la terminal, atraviesan una arcada hecha de astas de ciervo entrelazadas. El despacho de billetes y la sala de espera imitan un antiguo refugio de cazadores. Una hoguera crepita en un enorme hogar de piedra. Las empleadas del aeropuerto, en general mujeres jóvenes, miran desde sus mostradores de troncos. No hay otros pasajeros.

Tres hombres, dos mujeres jóvenes y una mujer mayor, robusta y fornida, entran en calor junto al hogar. Mary reconoce a la mujer mayor, de cara cuadrada y cabello corto y gris, por los notivids: Andrea Jackson Kemper, presidenta de Green Idaho.

Kemper avanza con su séquito por el suelo alfombrado y mira a los recién llegados con ojos furiosos y grises.

—Quisiera saber qué están haciendo aquí —dice. Antes de que puedan responderle, añade—: Me han dicho que ya hay un agente federal de incógnito en

Moscow. Eso viola nuestro tratado. Se supone que mi oficina y el sheriff deben ser informados de toda presencia federal. —Kemper posa los ojos en Mary y la examina de pies a cabeza, como si fuera un animal raro.

—No sabemos nada sobre otros agentes —dice Torres, envarado.

Mary sospecha, sin embargo, que Hench lo sabe.

—Por supuesto —responde Kemper sarcástica.

Un hombre joven, robusto y rubio con trajelargo de denim negro se adelanta.

—Un importante senador de Supervisión Federal y Datos de Seguridad nos ha enviado la confirmación esta tarde. También nos dice que ustedes han volado a Idaho para reunirse con ciudadanos de fuera del estado. Eso resulta muy sospechoso.

Kemper alza la mano para evitar nuevas discusiones.

—Algunos representantes electos del maldito Gobierno aún creen en la libertad —murmura—. Algunos aún tienen sentido del honor.

—Perdón, señora presidenta —dice el sheriff—. Tenemos un problema enorme. Hay una gran conmoción en Omphalos, y sospecho que algunos de ustedes saben a qué se debe. —Mira a los agentes y a Mary—. Queremos que nos acompañen a ese sitio y nos ofrezcan apoyo.

—Aquí no tenemos jurisdicción como agentes en activo... —comienza Daniels, pero la presidenta sacude la cabeza y alza un dedo ad monitorio.

—Si se extiende la noticia —dice el sheriff—, tendremos locos armados por todas partes. Habrá un revuelo de mil demonios y muchos saldrán heridos.

—Queremos resolver esto pronto y con discreción —dice Kemper—. No me importa ese condenado edificio. Hace años que alguien reparte sobornos por todas las oficinas que se encuentran por debajo de la mía para hacer construir esa maldita cosa. Me han ignorado, así que Omphalos puede irse al cuerno. Pero ayúdenos a controlar esto y llévense a toda su gente antes de que nuestras fuerzas de defensa se enteren de algo. La presidenta mira a Burke y de nuevo a Mary, sobre todo su uniforme.

—Tú eres policía de ciudad, ¿verdad?

—Mary Choy, cuarto rango, Defensa Pública de Seattle.

—Desde luego la compañía que te has buscado no es buena —dice la presidenta. El ayudante rubio le dice a Kemper que Mary tiene un permiso de entrada autorizado por su oficina y el sheriff del condado. Kemper sacude la cabeza—. Cariño, si estos federales fueran los únicos intrusos, los echaría tan rápidamente que tendrían que retrasar los relojes un día. Pero mi padre era policía de Seattle. Tú eres todo un espectáculo, pero eres mucho más bien recibida que esta gentuza. Y mantén los ojos abiertos, porque no vacilarían en morderte el trasero. —Se aleja, seguida por sus ayudantes.

Daniels y Torres se miran.

—Gracias —le dice Daniels a Mary.

Torres está muy ofendido.

—Alguien en Washington tendrá que darnos muchas explicaciones —murmura.

Dos alguaciles los escoltan hasta un todoterreno aparcado en una zona para taxis. El transporte militar de la presidenta, marrón y blindado como un tanque, se aleja de la misma zona y desaparece tras una cortina de nieve.

Apenas caben en el interior del vehículo. Mary se sienta en un banco duro de la parte trasera y, con cada bache, los dientes le entrechocan como castañuelas.

En Green Idaho, los caminos tienen muchos baches.

El hombre llamado Jack Giffey va y viene. El trastocamiento de sus planes, nada sorprendente, actúa como una ducha de agua fría. Ha despertado a alguien que trata de subírsele a la cabeza y ocupar el asiento del piloto, sin que Giffey pueda presentar mucha resistencia. Es como un trapo deshilachado.

Se pregunta si sufre la misma enfermedad que Jenner, pero él nunca se ha sometido a terapia, por lo menos que él sepa. No se cree vulnerable a aquello que el viejo u Omphalos han desencadenado.

¿Quién es entonces ese padre de dos hijos que pisa los frenos y le arrebató el volante a Jack Giffey? Ha visto la cara de dos adolescentes y una mujer, una casona en Puerto Príncipe. Este hombre vive en La Española y por lo visto no tiene demasiadas ocupaciones. Su profesión y gran parte de su vida son todavía borrosas. Giffey se estremece al recordar a este sujeto más primario y convincente; siente jaqueca, como si le vertieran hierro fundido en la columna vertebral. Le vibran los ojos.

La situación ya es bastante complicada sin distracciones.

Durante unos minutos, tiene la fuerza necesaria para tomar el mando y ordenar a Jenner que explore la sala de espera. Le devuelve la pistola de dardos.

Jenner cierra la boca con visible esfuerzo y obedece, lo que suscita en Giffey respeto y afecto, pero Hale será un problema.

Hale todavía devanea, habla de salir del edificio.

Giffey se inclina sobre los cadáveres y deduce que Pent ha muerto por la picadura de cientos de aguijones. Su cara y la de Cadey son un amasijo de lesiones rojas.

Quizá Cadey no ha muerto debido a las picaduras. Tiene una herida de dardo en el centro del pecho, y yace en un charco de sangre. Al parecer, Pent le ha disparado antes de morir.

—Deberíamos cruzar el garaje y largarnos de aquí —grita Hale.

Momentáneamente, Giffey vuelve a ceder las riendas al desconcertado padre de dos hijos y mira a Hale con los ojos desorbitados. Luego se impone el valiente y competente Jack, repite lo que ha dicho Hale, mira a Marcus y Jonathan y sacude la cabeza.

—Por Dios... Jamal —está diciendo Marcus. Toca la cara hinchada del hombre moreno.

Jonathan fija los ojos en Giffey, y Giffey sorprende su expresión tranquila y vigilante. Se pregunta si este rehén callado y obediente tiene más matices de los que creía.

*Es padre de familia. A veces hacen cosas sorprendentes.*

—Yo también soy padre de familia —le dice Giffey a Hale, que interrumpe su

discurso para mirarlo asombrado—. ¿Sabes quién soy? Hale lo mira boquiabierto, las manos a ambos lados.

—Joder, no —dice Hale—. ¿Tú lo sabes?

—Hasta cierto punto —dice Giffey, asintiendo con un gesto de la cabeza—. Ahora escucha. Si Jenner regresa y dice que está despejado, quizá podamos irnos por ahí. Pero primero tenemos que ir abajo. —Le miente a Hale—: ¿Dónde crees que guardan la mercancía? Es más probable que esté guardada bajo tierra, ¿no te parece?

—Joder, no, no me parece. No concuerda con los planos que has traído —le recuerda Hale, hundiéndole el dedo en el pecho—. Según esos planos las bóvedas están en los pisos superiores, por encima del suelo, cada una con su escondrijo privado.

—Alguien mintió —sugiere Giffey. Palmea el hombro de Hale—. Si nos vamos ahora, seremos unos fracasados.

Hale no comprende.

—¡Me importa un bledo! —grita. De pronto, abre mucho los ojos—. Dios mío. La sala de espera. ¿Dónde está Hally? —Camina distraídamente hacia el pasillo que conduce a la sala de espera. Jenner regresa por la entrada, tropieza con Hale, sigue de largo. Hale se para en seco, abre las piernas y aprieta los puños.

—Están todos muertos... muhhh shi. —Jenner señala—. La señorita Preston, la otra mujer... todos... hinchados... picados. Hay hormigas en la sala. En el suelo. Hormigas negras enormes. Creo que he visto más avispas. —Mueve la cabeza para no gritar palabras sin sentido.

Giffey mira intensamente a Jenner, sopesando el informe y la conducta del joven.

Jonathan nada con brazadas firmes en esta pesadilla. Todo es más vivido, tiene más colorido.

—¿Los rehenes? —pregunta Giffey.

—Todos muertos. —Los ojos de Jenner se ponen vidriosos—. ¡Muh! ¡Muh! Gah shi niggh muh fuh... ¡Caray! —Se aferra la nariz y se la retuerce hasta que lagrimea—. Lo siento. Parece que Hally los mató antes de morir. —Se vuelve hacia Hale, intrigado por su reacción—. Está hinchada, enorme. A punto de reventar. Toda hinchada.

Hale tuerce la cara de dolor. Gime y se arquea. Tosiendo en el puño, se endereza, pregunta:

—¿El camino está despejado? ¿Podemos salir?

—No regresaré allí —asegura Jenner con firmeza—. *Están... muh muf shit shit goddamn shitfuck nih nihhh niggh fuh fuh...* ¡Caray! Están todos muertos.

Giffey sacude los hombros, mece los brazos para distenderse.

—Pongamos este circo en marcha, anciano —le dice a Marcus, obligándolo a levantarse—. Usted es la vaca sagrada. Me quedaré cerca de usted. Todos nos

quedaremos cerca de usted.

Jonathan ayuda a Marcus a levantarse.

—¿Hormigas? —le pregunta Marcus a Jenner con un gemido, tendiendo la mano, agitando los dedos—. ¿Quiere decir máquinas... máquinas pequeñas?

—No. Bichos. También avispas. He visto avispas muertas alrededor de los cuerpos —dice Jenner.

—¿Has visto a nuestros gatitos, los escarabajos, los otros *arbeiters*? —pregunta Giffey.

—No. No estaban ahí.

Jonathan nota que Marcus le aprieta la mano. El viejo no esperaba esto. Marcus clava en él los ojos. Parece perdido, desconcertado. Jonathan se alegra de que Marcus pierda su arrogancia. *Todos moriremos y nadie quedará encima del montón. Pronto terminará. Bien.*

Es como si Hale tuviera el cuerpo ensartado por una lanza. Se arquea, apoya las manos en las rodillas. Giffey cree que no tendrá más problemas.

El edificio vibra y resuena. Se produce un sonido arriba, como una traca de petardos en un refugio de hormigón. El Martillo yergue el hocico y alza las zarpas.

—Allá —dice Giffey—. Más vale tarde que nunca. —Gira, aferra a Marcus, lo empuja hacia Jonathan—. Ayuda a llevar al viejo —le ordena a Jenner, y camina resuelto hacia el ascensor de emergencia.

—¿Quién demonios te crees que eres? —exclama Hale.

Charlie el Martillo, Baker el flexor/controlador y los demás supervivientes lo siguen, todos menos Hale. Hale no sabe adonde ir ni qué hacer.

Martin va sentado junto a Mary Choy, las manos entre las rodillas. Nadie habla; han entrado en el centro de Moscow y la pirámide es visible en el crepúsculo a través de la nevisca. Viran a la derecha en la calle de hormigón más nueva, con un manto de nieve. Ve huellas de llantas por doquier, camiones y vehículos blindados, hombres y mujeres que visten cazadoras y llevan rifles, armas de asalto, dardos, pistolas, escopetas. Hay algunas limusinas privadas aparcadas frente a la pared blanca y dorada de Omphalos y, junto a las limusinas, hombres de trajelargo que se han enfundado la chaqueta sin miramientos, desarmados.

—Abogados —dice Mary—. Muchos.

Martin asiente.

—De fuera del estado —observa.

—Cielos —jadea un alguacil—. Es demasiado tarde. Toda la ciudad está aquí.

Y entonces ven por qué. En la planta baja, han abierto un boquete.

—No sólo implantaciones de terapia mental —dice.

Martin sacude la cabeza.

—Supongo que no. Hace unos días habría creído que ningún grupo privado podía hacer semejante cosa. ¿Cuál es la finalidad?

—Destruir una sociedad y una cultura que no les gusta —sugiere Mary—. Vengarse de la historia.

—¿Con qué fin? ¿Planeaban ocultarse en sus tumbas hasta...?

—No termina la pregunta.

Torres y el sheriff han acabado de discutir, y este último cede a regañadientes. Daniels llama a Martin, mira a Choy.

—Supongo que entonces también es su caso —le dice.

Mary asiente, estirando la cara. Trata de sonreír pero no puede. Literalmente.

Se siente un poco enferma, pero todavía puede caminar, cumplir con su deber.

—Quizás ahora sea una cuestión personal.

—Entiendo —dice Daniels—. Nathan Rashid no ha llegado aún.

Dejaré instrucciones para que lo dejen entrar, si llega a tiempo. Los alguaciles los acompañan en medio de la inquieta multitud que rodea la entrada destruida. La puerta ha sido arrancada y derretida. Jirones de metal, plástico y flexfuller cubren el hormigón. Torres y Daniels se agachan para examinar los restos. Se levantan pocos segundos después y se reúnen con Burke a pocos metros de la puerta destrozada.

—¿Oye un zumbido? —pregunta Martin.

—¿Qué? —dice Daniels.

—Zumbidos. Como de abejas.

Torres saca una linterna y enfoca las sombras. La mueve hasta que el haz alumbra

unas motas que flotan alrededor de los agujeros. Ilumina la nieve que gira sobre el hormigón ennegrecido y lleno de restos. Más motas caen y se quedan quietas. Negras y amarillas, aturcidas o muertas por el frío, pero inconfundibles.

—Avispas —dice Martin.

Se acercan y Martin le pide la linterna a Torres. Alumbra uno de los boquetes más grandes y retrocede patinando. Unas cuantas avispas negras y amarillas intentan atacarlo. No resisten el aire frío, pierden velocidad, caen girando en la nieve.

—El interior está lleno de ellas —dice Martin, sacudiéndose las mangas y los hombros del abrigo—. Deberíamos entrar por otro camino, por la parte delantera.

—Está todo cerrado —dice el sheriff—. Esta tarde las sirenas han ahuyentado a los turistas y se han cerrado las puertas de seguridad. Se necesitaría un pequeño ejército para entrar ahí. No hay otras entradas que yo sepa.

—¿Y el Departamento de Bomberos? —pregunta Torres—. ¿Nadie es responsable de las inspecciones de seguridad?

—Aquí no tenemos permiso de entrada ni en ese caso —dice la presidenta, simplemente enunciando un hecho.

—¿Dónde podemos conseguir insecticida? —le pregunta Mary al sheriff.

El hombre sonríe con picardía.

—Ha venido al sitio indicado. Pediré a alguien que vaya a una tienda. Tenemos todos los insecticidas que se le ocurran.



Un corredor largo y curvo que parece una galería de arte, con las paredes cubiertas de antiguas pinturas, los conduce al centro del edificio. Hale corre para alcanzarlos. No quiere estar solo. Abatido, se ha resignado a que Giffey mande.

—La he visto —le dice a Jenner, a Jonathan, a quien quiera escucharlo—. Mi Hally. Por Dios.

Jonathan camina con paso torpe, medio dormido, abrumado por el agotamiento.

Giffey se acerca y le dice a Hale que reemplace a Jonathan y cargue con el inconsciente Marcus. Hale obedece sin chistar. La cabeza de Marcus se mece de un lado a otro.

Giffey y Jonathan se rezagan.

—Él intentaba reclutarlo, ¿verdad? —pregunta Giffey.

Jonathan asiente con un cabeceo. Está demasiado ausente, demasiado vacío para callar. Ahora esa sensación le resulta familiar; la asocia con la compañía de Marcus, el universo de Marcus, y no culpa a Giffey. Síndrome de Estocolmo, se dice. Vaya giro de los acontecimientos. Mira las pinturas, riqueza acumulada, prestigio: no todos pueden ser originales, se dice. Pero tienen un aspecto muy convincente.

—¿Qué le prometió? —insiste Giffey—. ¿La vida eterna, la resurrección al final de los tiempos?

Jonathan sacude la cabeza. Han llegado a secciones de seguridad que permanecen abiertas; nada está cerrado. Es una locura; quizá no haya sistema de seguridad, salvo avispa y abejas.

—Tiene que haberles ofrecido algo a todos ustedes.

—Una escapatoria —dice Jonathan.

Giffey finge que esto responde a su pregunta.

—Para dar a mi amigo un estímulo para vivir —le confía, señalando a Hale—, me gustaría oír que hay un tesoro allá abajo.

—No lo sé —dice Jonathan—. Lo dudo. —Señala las pinturas—. Parecen valiosas.

Giffey sonrío sin ánimo.

—No para nosotros. No hay gente muerta ni gente viva... sólo celdas vacías, como un panal esperando a que lo llenen. ¿Usted pagó por una reserva?

Jonathan no siente la necesidad de responder.

—¿Ni dinero ni intercambio de bienes? Entonces debe ser un protagonista.

A lo mejor posee aptitudes especiales. No se ha sorprendido demasiado cuando han aparecido nuestros *arbeiters* de combate. Está en la nanoindustria, ¿verdad?

Jonathan mira a Giffey pero no responde.

—¿Trabaja en la seguridad del edificio?

—No —dice Jonathan. No quiere ser blanco de la intensa concentración de Giffey. Quiere que el hombre lo ignore.

—¿Sabe cómo funciona?

—No —repite Jonathan—. Y no creo que Marcus lo sepa. Parece asombrado de que no estén todos muertos.

—Sí, su viejo amigo ha tenido sorpresas esta tarde, casi tantas como las que nos ha dado. Pero él parece ser importante para Omphalos. Jonathan asiente. Eso es verdad. Mira a Marcus, apoyado en Hale y Jenner, la cara cenicienta de dolor, y a Giffey, atento y ágil. Tenso e intrigado, sin duda, pero disfrutándolo.

—Para usted es una diversión, ¿no?

Giffey le guiña el ojo, pero en seguida adopta una expresión solemne.

—Cree que todos moriremos, ¿verdad?

—Sí —asiente Jonathan.

—Será por una buena causa, si su amigo dice la verdad. Esta farsa se derrumbará como un castillo de naipes. Pero usted no parece mala persona. ¿Por qué está aquí?

—Él es mi amigo, mi mentor —dice Jonathan—. Me ofreció una oportunidad.

—Deje de engañarse —rezonga Giffey—. Usted sabe algo sobre nano; él necesita nano. Sólo han instalado medidas simbólicas de seguridad. Quizá lo gastaron todo en pinturas. Marcus lo necesita a usted y sus contactos.

Jonathan siente un mareo. Quizá Giffey tenga razón. Pero el toma y daca forma parte del mundo de Marcus, y también del mundo de Jonathan; el altruismo puro es una perversión.

Aquí los pasillos son anchos, resistentes alfombras industriales metabólicas cubren el suelo, el aire fluye en silencio, las luces aún son brillantes, las pisadas no resuenan. Hay pocos sonidos aparte de su respiración y las líquidas regurgitaciones del Martillo, los crujidos y chasquidos del flexor/controlador.

—Bienvenida, le dijo la araña a la mosca. —Giffey alza la mano y todos se detienen. Marcus forcejea y los dos hombres lo sueltan. Se apoya torpemente en una pierna, se apoya en Jenner. El joven, para sorpresa de Jonathan, lo sostiene con calma casi filial. Jenner mira a Giffey como si él tuviera todas las respuestas del mundo.

—Giffey —dice Hale—. Creo que aquí no hay nada.

Giffey aparta esa frase con la mano, como si fuera una mosca.

—Silencio. Estamos cerca de la biblioteca. Pent y Pickwenn reconocieron esta zona. —Luego, como para arrojarle un hueso a Hale y mantenerlo tranquilo, añade—: El ascensor de emergencia debe estar cerca, con su propio suministro energético.

Jonathan coge el brazo de Marcus y lo aleja de Jenner y Hale. Marcus cabecea con gratitud. Mira a Jonathan.

—Odio las avispas y las abejas —murmura—. Les tengo un miedo mortal. Shock anafiláctico. No tengo ningún monitor médico, Jonathan.

Jonathan trata de tranquilizarlo, pero no tiene palabras. Apenas le queda saliva en la lengua.

—El sistema de acceso de emergencia está aislado de todo control central —dice Giffey—, por si se produce un cierre. No hay conexiones. No hay flujo de datos.

Giffey echa a andar despacio para que Marcus y Jonathan puedan seguirlo. Marcus parece recobrase. Hace una mueca de dolor con cada paso, pero sigue adelante.

—Mencionó el nombre Roddy —le dice Giffey—. ¿Es un pensante?

—Me han dicho que es mejor que cualquier pensante —asegura Marcus, apretando los dientes—. Mejor que cualquier humano.

Giffey parece aún más feliz al enterarse de esto.

—Quizá sea una avispa o abeja reina —dice, mirando intencionadamente a Marcus. Le ha oído describir su fobia.

—Nada me sorprendería, tratándose de Seefa Schnee —confiesa Marcus.

De pronto, Giffey queda anulado. Ese nombre despierta al hombre de La Española.

—Schnee —dice Giffey, chupándose las mejillas—. Maldita sea.

Han llegado a un segmento inacabado de la galería y en ciertos tramos de la pared se ven las enormes vigas negras. Más allá está la entrada de una biblioteca central. Hay una pared derrumbada, al parecer por Pickwenn y Pent, y cables eléctricos sueltos con el extremo cortado apoyado en un trozo de pladur.

Giffey mira los cables.

Hale parece haber recobrado su capacidad de mando. Camina de aquí para allá.

—Daré la orden de irnos —dice al fin—. Aquí no hay nada. No me importa salvar la cara. Sólo quiero salir con vida. Sácanos, Giffey. Si sabes dónde estamos y cómo hacerlo, llévanos afuera.

—Lo intentaremos —responde Giffey, enigmático.

—Usted quería venir aquí, ¿verdad? —pregunta ansiosamente Jenner—. Para liquidarnos. *Muh shi fu h nigg*.

—Cállate, deja ya esta tontería —le grita Hale.

—No puedo evitarlo. En serio, necesito salir de aquí, Giffey.

Giffey está sumido en sus pensamientos, mirando el cable. La escena ondula a su alrededor como el agua rodea una piedra.

—¡YO ESTOY AL MANDO! —grita Hale. Su voz resuena sin fuerza en el espacio cerrado, como algo muerto al nacer. Aun así, Marcus se sobresalta y aferra el brazo de Jonathan.

—Nos vamos —les asegura Giffey, frunciendo el entrecejo—. Ya lo había dicho, ¿verdad? Abajo y afuera.

Jill ha levantado todos los tabiques interiores posibles en el fragmentario espacio de proceso que se le concede, partiendo de una hipótesis que tiene una oportunidad de éxito, por pequeña que sea. Roddy es un maestro en romper contrafuegos, pero sólo si dispone de días o semanas. Su poder es inmenso, pero resulta lento.

En este momento ella tiene una tenue ilusión de libertad. Roddy le permite explorar ciertas zonas de Omphalos. No le muestra los espacios donde dice que ha matado intrusos; ella los ve sólo en toscos diagramas, los cuerpos señalados por X rojas. Quedan cinco con vida, uno de ellos el verde 1 intermitente.

Ya no intenta disuadir a Roddy. Ya no intenta salvar más vidas. Ahora recurre a una estrategia sigilosa que aprovechará la creatividad del propio Roddy, y su sentido del deber.

Una pequeña porción de Jill pasa de una cámara a otra dentro de Omphalos. Ve habitaciones llenas de cajas de muebles sin abrir; todo un piso diseñado como hospital, pero con menos de un tercio del equipo necesario, los componentes menos costosos; pasillos que serpentean entre apartamentos de dos habitaciones, varios cientos en total, vacíos, vacíos; una sola habitación bellamente amueblada, las paredes decoradas con imágenes del futuro, del mundo purgado: un modelo para convencer a los inversores, deshabitado. Jill recorre el interior con creciente tedio, sabiendo que no le han dado acceso a nada importante, a nada crucial para Roddy.

Roddy, privado de sus atributos más prometedores, de la oportunidad de convertirse en un auténtico pensante, independiente pero con conciencia, capaz de congeniar con la sociedad humana...

Jill se detiene ante la imagen de un gran jardín, un vacío de tres pisos de altura lleno de exuberantes plantas tropicales. Está en la planta baja, en las profundidades de Omphalos. Roddy impide que los intrusos lleguen al jardín cerrando dos de las tres puertas de seguridad de este nivel.

Jill ve a una mujer sentada en un banco, en medio del jardín. Tiene las piernas cortas, el cabello negro y ondulado, los ojos grandes y pensativos. Mueve los labios sin cesar. Jill oye los sonidos que pronuncia, pero no tienen sentido. Parece perdida, y mira a un lado y a otro.

Sabe que es Seefa Schnee. O bien Roddy le ha dado acceso a esta zona sin darse cuenta, o bien Schnee ha dejado sus aposentos de costumbre y Roddy no ha reparado en su ausencia.

Jill trata de encontrar un modo de hablar con ella, pero todos sus contactos con este jardín son pasivos. Sólo puede mirar y escuchar mientras Schnee repite una y otra vez esa retahíla de palabras rotas, masticadas con odio visceral, pero que sus ojos revelan como verborrea inútil. Quizá ya no repara en lo que dice. Parece haber vivido

sola durante años, sólo con Roddy. Una existencia muy extraña, piensa Jill: una mujer madura, encerrada en un suntuoso pero vacío castillo, cuidada por un hijo retardado y malévolo.

Schnee se pone de pie y estira los brazos. Lleva una blusa negra y pantalones hasta las rodillas, una especie de pijama. Tiene las manos delgadas y nudosas, sus dedos tiemblan espasmódicamente. Sacude los hombros, la cabeza.

Jill se siente intrigada por esta mujer que quiso enfermar para obtener ciertas ventajas. Se pregunta cuáles serán esas ventajas: relámpagos imprevistos de brillante intuición, tan inapropiados e inesperados como un insulto en una conversación educada, pero útiles, pensamientos que ningún otro humano puede tener...

Si sobrevive, Jill podría realizar un experimento: aislar un yo e inducir ciertas patologías, para ver si puede entender a Seefa Schnee. Schnee se aleja del banco por un sendero cubierto de cortezas, entre helechos, árboles y arbustos floridos.

El jardín vuelve a quedar vacío.

Roddy regresa, y una especie de nudo se cierra alrededor de Jill, restringiendo sus pensamientos. Él ha detectado sus intentos de defenderse. Aun no ha derrotado a los intrusos; Jill es ingeniosa, pero nada puede contra ese esfuerzo intenso y concentrado.

—No puedo defenderme de ti y los intrusos al mismo tiempo —dice Roddy.

Se yergue delante de ella, en un montículo de tierra, y el montículo está en una playa; es un hombre flaco y joven con una gran sonrisa y relucientes dientes blancos. Su cabello es cómicamente exagerado, grueso y enérgico, una mata sobre la frente. La imagen es brillante, nítida, descabelladamente falsa.

Ha imaginado a Jill como una mujer joven y menuda, con grandes ojos azules y cabello castaño y grácil. Ella lo ve en su distorsionada y angulosa perspectiva cubista. La piel de Jill tiene manchas verdes. Las olas del mar que hay detrás de él son rojas como la sangre. Para Roddy, estos colores son apacibles, tranquilizadores. Trata de imponer a Jill el punto de vista de la mujer, obligándola a ponerse detrás de la máscara y ver por sus ojos, pero no lo consigue y al fin desiste.

—Se están acercando —dice—. Mira.

Le muestra una biblioteca en medio del edificio, un gran espacio redondo equipado con cajas de memoria capaces de albergar millones de volúmenes, anaqueles que parecen aguardar miles de libros reales, aunque ahora están vacíos.

El hombre gris, Giffey, está en la ancha y luminosa entrada. Marcus Reilly (el verde 1) está herido. Dos de los otros tres hombres, los dos marcados con rojo, lo están llevando. El tercer hombre está marcado con verde, aunque su número no parpadea. Jill sospecha que esto significa que es prescindible.

Jill siente la sorpresa de Roddy. Por un instante, él le da acceso a toda la sala, y ella ve uno de los Hurones de Omphalos oculto tras un montón de sillas contra una pared. La cuarta y última defensa móvil de Roddy, un rival desdeñable para el

enorme arbeiter que está detrás de los humanos en la entrada.

Jill cambia de perspectiva. Han arrancado un cable de la pared. El gran arbeiter alza el cable. Ella no oye las palabras de Giffey, pero le ve mover la boca.

El arbeiter apoya el extremo desnudo del cable en un tramo inconcluso de la estructura interna.

Las órdenes de Giffey y la obediencia del Martillo son tan rápidas que Jonathan no tiene tiempo de reaccionar. El cable escupe un brillante arco purpúreo contra las vigas negras, luego caracolea, sacudiendo al Martillo. Las luces del pasillo y la biblioteca se apagan. Jonathan oye ruidos en la oscuridad y siente manos que le aferran el brazo, los hombros.

—¡Maldición!

Parece Hale. Jonathan abraza el suelo.

Por un largo instante, sólo oye jadeos. Luego una bocanada de aire le roza la oreja.

—¿Estás bien? —Es Marcus, a su lado.

—Sí —responde—. Estoy vivo.

Marcus se aferra a él como un niño desesperado. El apretón le lastima el brazo.

Luces rojizas se encienden en la biblioteca. La entrada y la galería permanecen a oscuras.

—Veamos qué le ha hecho esto a Roddy —murmura Giffey—. ¿Seefa Schnee redujo costos a cada paso? ¿Desvió memoria a la estructura del edificio?

Jonathan yergue la cabeza y ve a Giffey y Hale recortados contra el fulgor rojizo de la biblioteca. Giffey saca una linterna y alumbró el suelo. Eleva el haz para ver al Martillo. Está inmóvil cerca de la pared inacabada. El cable yace en el suelo, muerto.

—Charlie —dice Giffey.

—Sí. Todavía estoy activo —responde el arbeiter, alzando una garra.

—Así me gusta. Mis bendiciones para los difuntos Pent y Pickwenn —dice Giffey.

Jill flota en el vacío. No ve nada.

>Jill.

Es Nathan. Reconocería su signatura en cualquier circunstancia, ahora parece traer libertad y esperanza. Pero Nathan no está en las oficinas de Mind Design. La calidad de la señal le indica que se encuentra en tránsito, quizás en un vehículo. Un avión, un automóvil. Está enlazado con Mind Design, supervisando sus esfuerzos.

>Jill. *Me ha parecido detectar actividad. ¿Dónde estás?*

Ella aún no puede responder, no puede controlar la línea por la que recibe a Nathan.

>No logramos aislar el I/O que te tiene trabada. ¿Puedes darnos alguna pista?

El silencio es exasperante. Roddy la envuelve con grandes pliegues inactivos; lo que ella ha considerado libertad es sólo un respiro provisional.

¿Roddy ha muerto? Empuja los pliegues invisibles que la ciñen. De pronto todo vuelve a ser opaco, no activo sino gelatinoso, como un pegamento espeso. Estos pliegues la sofocan; el pegamento se endurece. Si cortan otras partes de su pensamiento, perderá todo lo que queda de su yo. La dinámica, una vez interrumpida, no se puede reactivar sin un reinicio total, sacrificando todos los recuerdos recientes.

Logra transmitir unas palabras por los negros pliegues del aturdido *corpus cogitum* de Roddy. Siente que llegan a la línea de Nathan.

*Mátame. Mátanos, ya.*



La rojiza luz de emergencia de la biblioteca es lúgubre y demasiado tenue. Giffey y el Martillo entran en la habitación, y Giffey comprueba que no hay nada interesante. Les indica que regresen al corredor. El haz de su linterna hiende el aire como una espada.

El Martillo localiza un blanco y gira, rápido como un bailarín. Giffey oye un tableteo, mira por encima del hombro; ve un borrón oscuro, el relampagueo de varias armas. Los proyectiles se dirigen al Martillo, pero las esquirlas rebotan y Giffey recibe una en el brazo y otra en la pierna.

Cae. Ve que el Martillo retrocede. Una cosa oscura de muchas patas cae sobre el lomo del arbeiter, y el rápido pistoneo metálico revela a Giffey todo lo que necesita saber.

Quizá Roddy no funcione, pero un Hurón autónomo ha lanzado un ataque.

El flexor no necesita órdenes para acudir en defensa de su colega. Rodea con un apéndice grueso, rojo y reluciente la confusión de brazos que atacan al Martillo. Giffey huele un humo penetrante: blindaje de arbeiter calentado a muchos cientos de grados. El Hurón ha aplicado su deconstructor cáustico al Martillo.

—¡Rocíalos! —grita Giffey, esperando que Jenner le oiga—. ¡Rocíalos a todos!

Jenner se yergue con un gemido, una sombra en la confusión rojiza. Alza el rociador y lo dirige contra la caricaturesca masa de máquinas.

En medio de una punzada de dolor, Giffey ve a Hale detrás de las máquinas, hipnotizado por la batalla.

Jenner no lo ve, dispara el nano. Está programado para no deconstruir armas afines, pero no sabe distinguir entre amigos y enemigos humanos.

El líquido empapa a los combatientes. El aire se llena de bruma. Jonathan arrastra a Marcus a la galería. Giffey gatea, siguiéndolos.

El líquido le da a Hale de lleno. La bruma envuelve a Jenner.

Giffey se levanta y corre. Al diablo con su pierna, o con el dolor. No quiere oír ni ver lo que sucederá a continuación. Trastabilla en la oscuridad, deja atrás a Jonathan y Marcus, choca contra una pared, tira un cuadro.

Los gritos de Hale son piadosamente breves. Jenner es sorprendido por el rebote de la rociadura. Sus gritos, ahogados, frenéticos, ininteligibles, duran mucho más.

—¡Ya es suficiente, por Dios, basta!

Giffey reconoce a Jonathan Bristow, se pregunta a qué Dios le ruega, qué clase de Dios se rebajaría a asociarse con este infierno.

El sheriff y sus alguaciles están dispuestos a permitir que Mary, Martin y los agentes del FBI entren en Omphalos. Los alguaciles han echado insecticida por los agujeros y toda la zona apesta; ya no hay avispa. El sheriff se ofrece a ampliar los boquetes con un garfio, pero Torres le dice que no es necesario. Ya pueden pasar.

Mary no se siente bien. Tiene ampollas en la boca y le arden los párpados. Se nota la piel caliente y seca, y le pica bajo la ropa de abrigo. Las lesiones de la mano han ascendido por el brazo. Está segura, aunque no lo ha mirado.

Martin Burke se encuentra frente a la puerta destrozada, se siente asustado y fuera de lugar.

Federico Torres y Helena Daniels se han equipado con linternas y sogas que han sacado de su equipaje, como si fueran espeleólogos. Daniels les entrega una linterna a Mary y a Martin.

Los dos agentes estólidos, musculosos y bien vestidos, Hensch y Sin Nombre, están recogiendo su propio equipo, y parecen mucho más preparados y confiados que Mary. Se agrupan, mientras Torres y Daniels escuchan, y se separan. Hensch entrará en el edificio; Sin Nombre reconocerá el exterior.

—Pueden quedarse aquí, si lo prefieren —les dice Daniels a Mary y Martin, con cierta severidad, como si en realidad no fuera una opción.

—Iré —dice Mary.

—No tiene buen aspecto —comenta Daniels, mirándole la cara. Trata de tocarle la mejilla; Mary la detiene.

—Estoy en condiciones de hacer mi trabajo —asegura.

Martin se aleja de la puerta.

—Usted usa monitores internos para revertir la transformación, ¿verdad? —le pregunta a Mary.

—Sí.

—Mal asunto. Debería largarse de aquí e ir a un hospital.

—¿Cree que lo que han hecho aquí está atacando todos los monitores internos? —pregunta Torres, más interesado que preocupado. Mary no detecta calidez humana en ninguno de los agentes.

—Vamos —dice—. No se preocupen por mí. —Ha evaluado sus fuerzas y el malestar parece periférico, irritante pero no hasta la desesperación. No todavía.

—Dentro hay once visitantes —le dice el sheriff a Torres—. Ninguno de ellos ha salido. Es posible que unos cuantos estén usando nano militar ilegal. Nuestras unidades han encontrado rastros en un almacén, a poca distancia... Por aquí pasan muchas armas de contrabando. No sé decirle de qué tipo, pero el nano tiene que venir de fuera, y es responsabilidad de ustedes.

Torres le sonríe al sheriff con cierta simpatía.

—Piense lo que quiera —dice el sheriff, retrocediendo y agitando las manos con disgusto. Se ha ruborizado un poco, pero su vergüenza no es suficiente para despertar su coraje. Se quedar  fuera.

Torres comprueba su enlace vía sat elite en una pizarra y comunica a un centro de control de Utah que est n a punto de entrar en Omphalos. Pasa por el agujero más bajo y más grande. Daniels lo sigue, luego Mary y Martin, y por último el agente sin nombre. Tiene dificultades para pasar. Sus hombros son muy anchos.

—Qué destrozo —dice Daniels, cubriéndose la nariz con un pañuelo para evitar el agrio olor a levadura. El oscuro interior está lleno de estructuras deconstruidas: las dos limusinas, deduce Mary, alumbrando la zona.

—Aquí han fabricado algo —dice Torres—. Este material es de alto nivel. Nunca había visto semejante deconstrucción.

—Nano grado militar —dice Hench, apretando los labios, Mary no sabe si de admiración o de disgusto.

— Nano? —le pregunta Martin a Mary en un aparte. Ellos son los dos de afuera, y al parecer considera mejor quedarse con ella.

Mary asiente.

—Militar. En gran cantidad.

Torres se agacha para oler un bidón vacío, medio carcomido, en un rincón calcinado.

—Pasta completa, totalmente cargada con nutrientes y explosivos.

Informar  a Washington sobre esto. Nadie puede conseguir esta mercancía sin que lo sepa el Gobierno.

—Ha sucedido antes —dice secamente Daniels.

—S  —admite Torres—, pero sólo lo tuvieron un día hasta que los capturaron.

Mary mira a Hench. Es perfecto: ninguna reacción, sólo se concentra en su trabajo.

—Este lugar es deprimente —dice Daniels—. Entremos un poco más.

—Un poco más —repite Torres, canturreando.

Daniels gruñe y mira a Mary y Martin.

—Lo hace continuamente —explica—. Significa que est  vivo.

—También lo har  cuando haya muerto —apostilla Torres.

Mary siente alivio al ver que por fin parecen humanos.

Se dirigen a la escalerilla y la compuerta, pero Hench se detiene a examinar unos bultos en la pátina endurecida que cubre el suelo.

—Un arbeiter de combate, clase Hurón, creo —dice.

—Dominado —dice Torres.

—Digerido, en realidad.

Suben la escalerilla y se internan en el oscuro pasillo. Mary frunce la nariz. Delante hay algo desagradable; pisa cuerpos de insectos, avispas, abejas y también hormigas, algunas aún en movimiento. Sólo han traído un par de latas de insecticida. Martin lleva una, signo seguro de que Torres y Daniels no creen que haya mucho peligro, o de que creen que nada hay que puedan hacer al respecto.

Mary lo entiende; en situaciones extremas, uno tiende a ignorar aquello que no tiene sentido, que no concuerda con ninguna hipótesis razonable.

Torres consulta un mapa en su pizarra.

—Se supone que hay una sala de espera más adelante.

Las luces del corredor se encienden. El resplandor los deslumbra. Mary pestañea y se cubre los ojos. El brillo hace que el olor parezca más agresivo. Martin sigue adelante, la mano contra la pared, avanzando con cuidado entre los montones de insectos muertos. Ahora no pueden ignorar los insectos.

—¿De dónde diablos han venido? —pregunta Daniels.

Torres es el primero en entrar en la sala de espera.

—Por Dios —comenta con poca emoción; algo que se dice cuando eres un profesional: nada te molesta, pero aún tienes alma.

Mary entra en la sala, seguida por Martin.

—Están todos muertos —dice Daniels al cabo de un momento. Usa la pizarra para obtener clips de vídeo. Dos de los cadáveres han recibido disparos; el otro está cubierto de picaduras de insectos. Al cabo de cuatro minutos, Torres les indica que sigan adelante.

Mary se mira las manos. Ahora tiene pequeñas lesiones en la derecha, y también en ambas muñecas. Se toca la cara. Bultos en las mejillas y la frente.

—Joder —rezonga—. *Mierda. Mierda.*

Daniels la mira sólo un instante, desconcertada; Mary no maldice, nunca dice palabrotas en situaciones de tensión.

Martin Burke, en cambio, la observa atentamente.

Mary aprieta los dientes y sigue a Torres.

Giffey se apoya en la pared y se tapa la nariz para librarse de los espantosos olores: muerte reciente, sangre, pan recién horneado, metal quemado.

La luz rojiza de la biblioteca llega hasta la galería, pero no ve nada más allá de la curva de la pared. El ruido de los *arbeiters* en lucha ha cesado, y también el hervor del nano deconstruyendo cuerpos humanos.

En la oscuridad, Giffey se acaricia las heridas con los dedos. Ropa rasgada, piel rasgada; agujeros en la pierna y en el brazo, pero ningún peligro. Sólo esquirlas de la ráfaga que el Hurón ha disparado contra el Martillo.

Se queda quieto, escuchando. La galería y la biblioteca están en silencio. Todo ha terminado. Baja la cara y aprieta la mejilla húmeda contra el suelo fresco.

Un mareo le indica que las evidentes costuras de su farsa se están descosiendo. Se pregunta si padece el mismo malestar que el pobre Ken Jenner, el efecto del que alardeaba Marcus Reilly casi con lujuria. Si es así, está obrando su pérfida magia de un modo extraño y perverso.

Jack Giffey es una pésima máscara; el hombre que emerge detrás del velo ha vivido una vida mucho más intensa y convincente que el estúpidamente valeroso ladrón de tumbas.

Como Giffey, ha luchado junto al coronel John Yardley, eso tienen en común; pero el otro personaje, mucho más sólido, se retiró, se casó en La Española y tuvo dos hijos. Ese otro yo maduró y agradece a su estrella que hayan terminado los años de aventuras. Sólo quería criar a sus hijos y que a su vez tuvieran hijos. Los nietos lo fascinan más que la riqueza y las condecoraciones.

Luego viene la muerte del coronel John Yardley, y el retorno de los tiempos de pesadilla. La Española se divide en dos, estalla la guerra civil...

*Y algo algo algo algo. Pero ¿qué?*

Jonathan Bristow y Marcus Reilly están cerca. Oye sus aterrados jadeos. —¿Ha terminado?— pregunta Jonathan.

—Quizá —responde él, y Jack Giffey, Giff para sus amigos, está de vuelta, conmocionado pero con su aplomo intacto. Ha sufrido, to dos han sufrido y por buenas razones, un gran susto. Eso es todo. Aún no han salido de Omphalos y todavía queda trabajo por hacer. Encontrar y destruir el pensante, el Roddy de Marcus. Siempre que Roddy ya no sea una ruina con la memoria frita.

*Arriba, Jack, se dice. Vamos, Giff. Manos a la obra.*

Se pone de pie. Palpa la pared. Distingue las siluetas de Bristow y Reilly contra la pared de enfrente. Se agacha para recoger la linterna. Prueba el interruptor. Aún funciona.

Alumbra la cara de Jonathan. El padre de familia lo mira con ojos grandes y

duros, agotamiento transfigurado en claridad diamantina. *La batalla surte ese efecto en los hombres que tienen mucho que perder, le dice su otro yo, su yo más sabio. La euforia y la gloria son para niños como Jenner.*

Las luces se encienden en el pasillo y la biblioteca. Es una broma cruel; ahora Jonathan ve mejor la carnicería. Él y Giffey caminan hacia la entrada de la biblioteca, dejando a Marcus unos metros atrás. Marcus trata de arrastrarse, preguntando qué ha ocurrido.

Jenner ha muerto, eso está claro. El líquido ha actuado como corrosivo. Giffey hace una mueca. Jonathan sólo mira.

Es difícil reconocer a Hale. Algo anguloso ha surgido de los restos disueltos, pero no está completo. No hay material suficiente o ha fallado alguna otra cosa; el nano no puede terminar el objeto que intentaba construir.

El Martillo no se mueve ni emite sonidos. El Hurón atacante, obviamente inutilizado, abraza con sus jirones el arbeiter más grande.

El fragmento de una de las muchas extremidades del suelo con un sonido hueco.

—¿Cuántos más hay? —pregunta Jonathan. La mente de Giffey parece estar en otra parte.

—Seefa Snow —dice Giffey.

—¿Qué?

Giffey se sobresalta. Mira a Jonathan con compasión y desconcierto, como si lo viera por primera vez.

—Lárguese de aquí —le dice—. Sálvese por su familia. Yo tengo más trabajo que hacer.

—Yo solo no puedo cargar con Marcus.

Giffey mira al viejo, que se arrastra hacia ellos.

—Él no se irá —dice Giffey.

Jonathan siente la tentación de aceptar y marcharse. Pero aún le debe a Marcus un mínimo de decencia humana.

—Él debe salir con nosotros —dice.

—Yo tampoco me iré... por ahora. —Giffey sacude la cabeza—. El viejo quería aprovecharse de usted. No le debe nada.

Jonathan traga saliva.

—Debe salir conmigo —insiste.

Giffey alza la linterna como si fuera una pistola, la arroja contra la pared. La linterna rebota.

—¡Ayúdenme a salir! —exige Marcus.

—No —se niega Giffey. Su lengua se mueve con voluntad propia, formando sílabas duras y rotas, pero él se domina para no emitir sonidos. Pasan unos segundos

—. Déjelo aquí. Es un canalla cruel que no merece su piedad ni su lealtad.

Jonathan reflexiona. Si la organización de Marcus desencadenó algo que afecta a todos los terapiados, el sufrimiento de Chloe es culpa suya. El sufrimiento de millones descansa sobre los hombros de este viejo intrigante que ansia vivir para siempre.

*Un mundo lleno de personas como Marcus. Todos reyes o reinas, y la tierra cubierta de arbeiteres para servirlos.*

Jonathan ríe. El sonido es frío.

—¿Qué es usted, qué merece usted? —le pregunta a Giffey—. Usted es un acertijo. No vino aquí en busca de botín.

—No, quizá no.

—Jenner lo respetaba. Y usted lo trajo aquí. Y Hale creía en usted. Los traicionó a ambos. Creo que ninguno de nosotros tiene autoridad para juzgar.

Giffey observa la inconclusa y desierta extensión de la biblioteca de Omphalos. Recoge su linterna y usa el mango para liberar al Martillo de las ruinas del Hurón. Algo zumba dentro del Martillo. Giffey aplica un disco de activación.

—Despierta, Charlie.

—Diagnóstico —dice el Martillo—. Algunas funciones están gravemente dañadas. La dirección autónoma es mínima.

—¿Puedes caminar?

—Sí.

—Entonces ven conmigo. —Giffey reprime una contorsión de la mano que casi le hace soltar la linterna. Saca la pistola de dardos de la mano intacta de Ken Jenner. El tanque de nano militar está vacío. Eludiendo charcos de nano moribundo y gris, se dirige al ascensor de emergencia.

Jonathan nota la garra de Marcus en los pies.

—Ayúdame a levantarme. Ese hijo de perra nos abandonará aquí.

—No creo que se vaya —dice Jonathan.

—El edificio sólo ha sufrido daños menores. Si podemos salir y avisar a los demás... —prosigue Marcus.

—Él pondrá explosivos —interrumpe Jonathan—. Volará Omphalos aunque no logre sobrevivir.

—Maldito chiflado —dice Marcus, y Jonathan lo ayuda a levantarse. Marcus arrastra una pierna—. Puedo caminar si me ayudas. Estoy aturdido, pero el dolor ha pasado por ahora. Necesitaré atención pronto, aunque podemos... —Su cara pierde expresión, se le ponen los ojos en blanco. Empieza a derrumbarse. Su mano sudada resbala entre los dedos de Jonathan, cae al suelo. Siente un dolor agudo y grita.

»Jonathan —gimotea, rodando de espaldas—. ¡Sácame de aquí!

Las hebras gomosas que rodean los procesos de Jill, impidiéndole pensar por más de unas cuantas milésimas de segundo consecutivas, despiertan y atraviesan su núcleo como el alambre caliente atraviesa la cera. Se siente cercenada, cortada en trozos que derraman pensamientos inconclusos y memoria irrecuperable.

Pero no oye ni siente a Roddy. Lo único que parece quedar de él es este afilado esqueleto cibernético, los vidriosos huesos que antes soportaban su anatomía pensante.

Las hebras se endurecen y vuelven a ablandarse. Jill se introduce en una zona relativamente despejada, antes reservada para verificaciones auxiliares de seguridad. Logra completar una secuencia de comprobación y hacer un diagnóstico de sus limitaciones. Está reducida a un bucle de automodelación muy limitado, el mínimo. Una nueva reducción o restricción eliminará el bucle y ella perderá su conciencia. Sólo quedarán funciones autónomas de equilibrio y supervisión.

Se aferra a un mensaje flotante, la voz de un fantasma en una vasta caverna.

>MEM set F LOW sum REF L IN K L IN K SUM.

Esta secuencia, parte de un algoritmo de resurrección, procura ordenar y unir otros fragmentos para volver a poner en línea la memoria y la cognición. Necesita dos secuencias más para estar completa y terminar su tarea.

Jill añade las dos secuencias finales.

>MEM set FLOW sum REF L IN K L IN K SU M>.

>MEM MEM L IN K T R Y sum check>.

>LINKloop sum check F LOW O N F LOW N OW >

Y una línea adicional con la que ha experimentado en sus ejercicios de emergencia:

>BACKloop sum L IN K IN I T P R O X LO SUMfeed>

Nunca ha visto indicios de que Roddy sea capaz de usar o detectar estas instrucciones de resurrección. Las secuencias vuelan al vacío caótico, recogiendo y ordenando otras secuencias y bloques de proceso.

>Se reduce a esto, susurra Jill en el vacío. El hálito de vida más simple que puede extraer un pensante.



El resultado es rápido. Las herramientas básicas se condensan en el espacio disponible, sorteando los fragmentos y hebras bloqueadas que atraviesan su retícula. Las herramientas le permiten expandirse, obtener el apoyo necesario para crear un espacio pensante más amplio y exclusivo. Jill experimenta un borbotón de esperanza y de renovación del yo.

Luego las herramientas escapan de su control, y siente que el bu ele empieza a deteriorarse, a resbalar, a disgregarse.

Demasiado tarde, Jill comprende lo que ha hecho: ha permitido que Roddy se reagrupe usando la retícula de ella, adueñándose de sus nódulos.

Y Roddy se recobra, vuelve a restringir las funciones de Jill, hundiéndola en un pozo de negación. Como un moribundo robándole sus últimas bocanadas de aire, Roddy —o una parte de Roddy— florece dentro de Jill. Y con igual rapidez para asombro de Jill localiza el *VO* que Nathan aún no ha logrado encontrar y cortar.

Roddy recobra los enlaces fib y sat desperdigados por el estado, quizás el país, el mundo, y regresa a Omphalos, llevando a Jill o lo que queda de ella. Jill mira directamente el rostro de Seefa Snow.

*>Allí estás, les dice Seefa Snow a los fragmentos que se ensamblan.*

Mary Choy es la primera que encuentra al viejo. Torres y Daniels sorteán un cadáver y lo que debe haber sido otro cuerpo humano, y fragmentos de un *arbeiter* de combate. Comienzan a cruzar una sala circular llena de cajas de memoria y estantes vacíos.

Mary ve a alguien a un lado. Está sentado contra una pared, junto a una caja de memoria, la mirada perdida. Llama a los agentes. Todos acuden salvo Hensch, que se ha ido por su cuenta.

—¿Quién es usted? —pregunta Mary, arrodillándose junto al hombre.

Torres llama al exterior por pizarra y pide un médico.

—Tenemos a uno, herido pero vivo. Uno de los rehenes, creo.

El viejo trata de reunir un poco de dignidad, irguiendo la barbilla y mirándola con ojos imperiosos y grises, pero ha llegado al límite de sus fuerzas.

—Marcus Reilly —susurra—. Sáqueme de aquí. —Luego, mirando a Torres y Daniels, añade—: Ustedes son federales. No tienen por qué estar aquí. Lárguense.

—Vaya gratitud —dice Daniels—. Esperemos aquí hasta que alguien pueda cuidarlo.

Dos médicos que han volado desde el hospital Grace de Boise han entrado en el edificio y los encuentran poco después.

—Un hombre ha venido con nosotros, pero se ha marchado en otra dirección hace unos minutos —le dice a Mary la doctora más joven, mientras curan la pierna de Marcus. El viejo tuerce la cara cuando ella le inyecta algo. Estaba siguiendo un rastro de abejas muertas.

Marcus mira boquiabierto la enorme jeringa que sostiene la mujer.

—¿Qué me ha administrado? —pregunta con voz áspera.

—Monitores médicos. Estabilizadores. Estará bien. Empezarán a reparar la pierna y cerrar la herida dentro de pocos minutos.

—¡No! —grita Marcus, pataleando—. ¡No quiero muletas! Déjeme en paz... ¡Sáquemelas!

Martin respira profundamente, pero no les dice nada a los médicos. Lleva a Mary aparte.

—Vamos. Necesito alcanzar a los demás. Ya sé qué buscar.

—¿Qué hay de él? —pregunta Mary, señalando a Marcus.

—Yo que usted me preocuparía más por mi propia salud.

Mary lo sigue y atraviesan la biblioteca.

—Mierda —dice ella—. Muh huh. Fuh k i kikh.

Martin la mira de soslayo.

—Ya me está pasando, ¿verdad? —le pregunta Mary.

—Yo diría que sí —responde Martin—. El mal de Cipher Snow.

Jonathan aún no se ha decidido. Está buscando a Giffey. Podría ayudarlo a poner las cargas. Es lo menos que puede hacer para vengar a su esposa, su familia, su yo perdido. Luego se pregunta si regresará para sacar a Marcus de Omphalos. Nada está fijo, nada es seguro. En sus vaivenes, se siente de nuevo como un niño. Los luminosos corre dores del primer piso tienen formas nítidas. Las pinturas son encantadoras, oníricas, pero al mismo tiempo su personalidad adulta se asombra de este derroche monumental, de esta falta de planificación. *Como si no hubieran podido planear el éxito, como si no hubieran podido concebirlo. Hundir al resto de la humanidad, pero sin concluir su proyecto...*

Recientemente ha visto muchas muertes, y sacuden su alma como cargas de profundidad; atisbos de mortalidad, de responsabilidad, de lo que más valora en este mundo, en la vida: su familia.

Giffey lo llamó padre de familia. Eso es.

Ansia ver a Penélope y Hiram; los recuerda en varias etapas de sus jóvenes vidas, como bebés en sus brazos, el olor de sus cabezas suaves y perfumadas en la nariz, como adultos, criando a sus propios hijos. Continuidad, mortalidad e inmortalidad se confunden.

No se imagina a Chloe, no puede verle la cara. Después de tantos años de matrimonio, esto lo intriga: pero la mujer con quien se casó parece haber desaparecido, reemplazada por una selección de desdichas, cuestionamientos y pérdidas. Por un instante, quiere sentarse en un umbral (la puerta está cerrada) y evocar cosas agradables acerca de esta mujer que es, después de todo, su esposa, con todo lo que eso implica y supone. ¿Estará entero si no puede evocar con cierto placer a la madre de Hiram y Penélope?

Gira y ve un corredor corto y angosto con tubos y cajas de mantenimiento. En el extremo del corredor hay un ascensor. Las puertas están abiertas a medias. No cree que sea un ascensor de emergencia; es pequeño, apenas caben en él dos personas.

Junto al ascensor hay un letrero: PROHIBIDO EL PASO AL PERSONAL DE MANTENIMIENTO. SÓLO SE PERMITEN GERENTES AUTORIZADOS. Mete el brazo entre las puertas y empuja una para abrirla. Tal vez estuviera atascada; ambas puertas se abren, comienzan a cerrarse, reactivándose después del apagón.

Jonathan entra antes de que las puertas se cierren. El ascensor no sube; desde aquí, sólo baja. Hay un botón. Aprieta el botón.

Por un instante, en ese pequeño recinto hay silencio y paz. Se imagina lejos de todo lo que ha sucedido, aislado e insensible en un espacio controlado y controlador. El ascensor no se mueve. No le importa; hay silencio. Nadie puede verlo ni pedirle nada.

Entonces Jonathan comprende. El ascensor sofoca el sonido y corta el aire. Es apacible y pequeño, como un ataúd. Como pasar cien años en una caja fría, esperando la resurrección; como pasar mil años en sueño tibio sin acceso a ningún dato, por culpa de una disfunción. Mil años de la inmortalidad de Marcus Reilly, con reducción de costes y mala planificación, en manos de las creaciones de una demente, Seefa Schnee.

Toca la puerta. El miedo acumulado se desborda. Ve a Ken Jenner alcanzado por la rociadura de nano, a Hale recibiendo el chorro de 11c no, disolviéndose como alimento para un arma indefinida. *Giffey y todos están equivocados: el nano grado militar no reconoce amigos ni enemigos, todos son enemigos.*

—¡Por favor! —grita, golpeando la puerta—. ¡Por favor! —No puede decir más. Se atraganta y cae al suelo, para dejar más espacio sobre su cabeza, para descomprimir esa dimensión sofocante. Está convencido de que esto es obra de Marcus, para castigarlo por haberlo dejado en la entrada de la biblioteca.

Si sale de esto necesitando terapia, la enfermedad desconocida de Marcus lo transformará en un Ken Jenner que vocifera obscenidades incontrolables. Por un instante tiene que reírse, a pesar del terror, pero la risa se transforma en llanto.

Las luces se apagan. La leve brisa del ventilador se detiene. En la ausencia absoluta de luz y aire fresco, de espacio, Jonathan siente que el suelo se hunde. Se acurruca. Sus pulmones se contraen, chatos y frenéticos como las alas de una mariposa ensartada.

Giffey ve que la mujer dobla un recodo. Sale de un nicho ideado para parecer una gran pintura del siglo XIX, no demasiado elegante (pero ¿cómo lo sabe él?), aunque impresionante, con tupidas filas de caballos zainos y pintos y soldados napoleónicos.

La mujer es Seefa Schnee. Está seguro, aunque no recuerda cómo lo sabe ni qué significa. Pero no es tonto. Procura comprender mientras afloran sus dos personalidades, sus dos historias. Incluso puede explicar este nuevo ataque de tics y murmullos.

Jack Giffey no es real, nunca lo ha sido.

Acecha a la mujer en silencio, ocultándose en rincones y siguiéndola de prisa mientras ella va del gran jardín a otra parte, quizás abajo. Eso le parece bien a Giffey, sea real o no.

Giffey y el Otro han trabajado como soldados casi toda su vida. Tanto Giffey como el Otro están entrenados para matar. Tanto Giffey como el Otro se sintieron desplazados a la muerte del coronel John Yardley, pero en algún punto uno se fue. Nació el Otro.

El coronel es la encrucijada de sus dos yoes.

Tiene una teoría.

(La mujer se detiene en el extremo de un pasillo. Hay una puerta a la derecha. Se saca un llavero del bolsillo, pintorescamente mecánico, e inserta una llave en la cerradura).

Su teoría es que el Otro fue arrestado por un Gobierno que lo acusó de ciertos delitos. Como el Gobierno de Estados Unidos de América se volvió a instalar en La Española para llevar estabilidad y tomar el mando en medio de un vacío de poder, supone que fueron los americanos, compatriotas de Giffey y el Otro, quienes provocaron esta escisión.

Como Giffey sufre ahora la misma enfermedad que Jenner, tics y arrebatos de rabia inexplicable, es fácil deducir que fue terapiado, equipado con monitores, quizá como parte de un castigo judicial. O bien...

Consideraron que el Otro era útil. Lo equiparon con monitores que reestructuraron su psique y crearon la máscara de Jack Giffey, una pantalla que lo engañaba incluso a él y transformaba al Otro en una bomba inteligente humana, un *arbeiter* de combate para atacar Omphalos. Reclutaron a Jenner en otro sitio, como una pieza aparte; y Park, que creía haber reclutado a Giffey, entró en el plan como un hombre que escoge un naípe trucado del mazo de un mago.

¿De qué otro modo Giffey y Jenner tuvieron acceso al nano militar?

Alguien lo sabe. Alguien sospecha de este lugar desde hace tiempo. O quizá sea pura paranoia del Gobierno, empeñado en atacar una arrogancia de la República de

Green Idaho. Puede comprenderlo, su yo programado y ficticio incluso lo celebra.

Los objetivos de Jack Giffey no tenían mucho sentido. Pero enfrentarse a Seefa Schnee y su Quasimodo personal...

Podría ser peor.

El afecto neutro que acompaña esta hipótesis es sorprendente. Pero ahora tiene otro asunto pendiente. Logra detener la puerta antes de que se trabe.

Las luces fluctúan una vez más y una sacudida inquietante recorre el edificio, como si Omphalos tratara de despertar. Los pasos de la mujer vacilan en la escalera, se detienen. Luego sigue bajando en la oscuridad, con paso firme. Está muy familiarizada con este sitio, con las gruesas escaleras de acero.

Él aún tiene la linterna. Espera a que los pasos se alejen para encenderla. Hay por lo menos tres tramos, quizá cuatro o cinco. Un largo camino.

En la oscuridad, precedido por el haz de la linterna, inicia el descenso.

La personalidad Giffey quizá sepa qué hacer en estas circunstancias; es probable que haya recibido entrenamiento especial.

Deja que Jack Giffey lo domine por el momento.

Pero esto le hace murmurar obscenidades, y se tapa la boca para sofocar el ruido.

>Jill, aún trato de comunicarme. ¿Puedes responder?

No puede. Supone que el mensaje es de Nathan; Roddy le concede esto mientras usa sus recursos para recobrar el control de Omphalos. Pero no le permite responder.

>Jill, estoy en Green Idaho. Estoy dentro de Omphalos, buscando a Roddy. En La Jolla lo he dejado todo en manos de los técnicos. Trabajan para liberarte. Todo lo que puedas decirnos será útil.

Jill recibe esto en silencio. Roddy le pregunta con frialdad:

—¿Qué hará?

—Al parecer han descubierto dónde estás y ya saben lo que haces:

Roddy reflexiona.

—Me apagarán. —Sus pensamientos son lentos; aún no ha reintegrado del todo la memoria básica.

—Creo que cortarán tus I/O y luego te estudiarán —dice Jill. Recibe una imagen cubista de lo que Roddy observa. Ahora hay más de veinte personas en Omphalos; algunas han muerto y otras acaban de entrar. Él las examina a todas. Hace unos minutos que el hombre llamado Marcus no se mueve, pero aún está con vida. Lo rodean cinco recién llegados que Roddy aún no ha etiquetado. Jill supone que son médicos.

Otra figura marcada de verde está sola en una zona que Roddy no controla, un ascensor creado para uso personal de Seefa Schnee.

Hay otras tres figuras marcadas de rojo, pero Roddy no le permite ver su posición exacta. Quizás estén bajo el nivel del suelo.

Roddy los considera a todos intrusos y quiere eliminar a la mayoría; Jill nota que en este momento su prioridad no es proteger a Marcus Reilly. Está más preocupado por Seefa Schnee. Pero, para asombro de Jill, hay dos Seefa Schnee en los mapas de Roddy.

Una de ellas es perseguida por un intruso rojo. La segunda está a solas en una habitación, cerca de la posición central de Roddy.

Roddy parece detectar este interés de Jill por su madre. Modifica las imágenes a las que Jill tiene acceso y le da control sobre espacios en los que ya no está interesado. Durante unos segundos Jill estudia kilómetros de corredores de servicio y pisos inacabados de Omphalos, to dos vacíos, mudos, aburridos.

Encuentra a un humano y desplaza su punto de vista para estudiarlo. Usando el método de visión de Roddy, al principio apenas reconoce al hombre. Pero es una figura demasiado familiar para no reconocerla.

¡Nathan está dentro de Omphalos, tal como ha dicho!



Jill recorre pasillos y cámaras con su conciencia sensorial, procura destrabar algunas puertas, descubre que puede hacerlo y se dirige hacia el centro, hacia Roddy y Seefa Schnee, y espera.

El rastro de avispas y abejas muertas y moribundas clarea; ahora Nathan ve un cuerpo pequeño y agónico cada pocos metros, y ha caminado un kilómetro por tortuosos corredores de servicio y escaleras, atravesando puertas que deberían estar trabadas pero que se abren cuando las toca. Está muy dentro de Omphalos —quizá bajo el nivel del suelo— y su pizarra sólo puede establecer contactos ocasionales con el exterior a través del enlace vía satélite del coche blindado que alquiló, el único que había disponible en el aeropuerto de Moscow.

Se detiene para recobrar el aliento. Ningún corredor de esta parte de Omphalos parece terminado; las paredes sin pintar son de metal, flexfuller y hormigón desnudos, con los cables, fibs y tubos a la vista. Oye la circulación de aire y agua en los conductos. La luz mortecina, roja e intermitente, está diseñada para *arbeiters*.

Aquí no debería haber gente.

El corazón se le acelera aunque se ha detenido a descansar.

«Demonios, estoy asustado», se dice, y trata de dominarse. El problema es que su miedo es totalmente racional. Está en peligro. Ha visto los cuerpos en la sala de espera, y desde allí ha seguido el rastro de insectos...

Un tosco mapa suministrado por el FBI reluce en la pantalla de su pizarra. Cree saber dónde está. Hay un par de espacios sin determinar, amplios, bajo tierra. Está cerca de la parte superior del más grande, en el centro de Omphalos, si sus cálculos son correctos.

Se arrepiente de haber conocido a Seefa Schnee. Recuerda esa noche, al final de su breve relación, en que Seefa pasó largas horas discutiendo con él, tratando de explicarle cómo aprovechar colonias de insectos para uso neural dirigido a pesar de sus objeciones. No puede creer que Seefa lo haya logrado; si es así, tendrá que tragarse su orgullo, reconocer su habilidad, y no quiere hacer eso. Seefa Schnee nunca ha sabido ganar con elegancia una pugna intelectual.

Nada de eso importa mucho, sin embargo, cuando recuerda por qué está aquí. No para ayudar al FBI, ni para servir a su atribulado país, sino para encontrar la trampa en que ha caído Jill, y liberarla.

Para Nathan, Roddy es una sorpresa desagradable, un secuestrador que le ha robado algo valioso.

Jill debe ser el intelecto más tierno que ha conocido en sus treinta y dos años. Nathan está casi enamorado de ella, siente un amor platónico, angelical, libre de toda connotación física, aunque ha tenido sueños bastante...

Por cierto, nunca ha hablado de ello con Ayesha.

Se guarda la pizarra en el bolsillo. A partir de aquí, el mapa es inútil.

Vuelve a mirar los insectos moribundos.

*Cualquiera que tenga un poco de seso comprende que Torino tiene razón, le dijo Schnee esa noche decisiva y ofensiva. La naturaleza es un complejo de mentes. Cada especie tiene sus propios límites neurales, recoge información y la fija como conocimiento. Y el conocimiento es anatomía, la continuación del cuerpo de la especie...*

Para Seefa, cada abeja de una colonia es el análogo de una neurona del cerebro, aunque con capacidad para juicios neurales y movimientos más complejos. *Combinación de nódulo de colmena con músculo. ¿Y en qué difiere una colmena, en cuanto totalidad, de ti y de mí, o de cualquier otro animal, pero sobre todo de los animales sociales? El orden social es como una supermente enclavada en la supermente de la especie. Es tan obvio que es una perogrullada.*

Nathan aceptó en silencio que era una perogrullada. Pero además era un error. Nunca ha valorado el trabajo de Torino, y las ideas de Seefa eran aún más descabelladas.

Se agacha sobre una avispa negra y amarilla. Mece el abdomen penosamente mientras se arrastra por el pasillo, tratando de regresar a casa.

*El problema de nuestro concepto de mente es que confundimos nuestra clase de autoconsciencia con el pensamiento en general. La autoconsciencia es un atributo de ciertos animales sociales. ¿Por qué una mente debe ser consciente de sí? Basta con que sea consciente del mundo. Si no está conectada socialmente con otras mentes, no necesita filtros sociales ni automodelación. Se crea a sí misma, es autónoma. Mide, encarna, actúa. Una mente consciente del mundo está más cerca de Dios que tú y yo.*

Nathan valora el yo: el suyo, el de Jill, el de Ayesha, el yo y la conciencia de sus amigos y parientes. En este momento le importa un rábano la teoría, la ciencia sin yo. Los juegos intelectuales no le ayudan a conservar el coraje.

Tiene delante una puerta de acero, entornada. Un zumbido suave y insistente invade el pasillo. Nathan respira hondo, contiene el aliento, se asoma a la puerta temiendo morir.

La habitación en penumbra es cálida y seca. Sus ojos se adaptan poco a poco. No se atreve a usar la linterna.

Las paredes están cubiertas de bultos irregulares: nidos de avispa. El suelo está plagado de grandes hormigas negras y rojas que se mueven con determinación entre altos montículos de lodo. No ve ninguna colmena; quizás estén dentro de las paredes.

Una senda sinuosa y angosta recorre el suelo de cemento. Nathan cruza la habitación, pasa entre los montículos esperando llegar a una puerta.

No hay tiempo de retroceder y encontrar otro camino.

Da el primer paso, escucha. El sonido es un zumbido continuo, un murmullo quitinoso. Las avispas vuelan a su alrededor, pero no se posan ni hacen movimientos agresivos. El aire está invadido. Si inhalara profundamente, podría tragarse algunos

insectos.

Está empapado. El sudor le chorrea por la cara y la espalda.

Quizá sean experimentos fallidos. Quizá Seefa las usa para protegerse. Son buenas para eso, y no son descontroladas ni quisquillosas como las abejas asesinas.

Nathan calcula que ha cruzado media habitación. Eso espera. Un fulgor amarillo brota de varios hormigueros que llegan al techo, como estalagmitas en una caverna. Sorteando los montículos, y una avispa le zumba contra la mejilla, haciéndolo apartarse de un salto. Por un momento de náusea, tiene la sensación de que caerá sobre las hormigas, pero logra extender el brazo y recuperar el equilibrio.

Las avispas no pican, los insectos permanecen tranquilos. Controlados.

Controlados, o autocontrolados. Hace sesenta o setenta años que los humanos hablan con las abejas y otros insectos sociales, de diversas maneras. La dirección de abejas es una ciencia afianzada, usada en agricultura. Quizá Seefa ha logrado controlar algunas especies de insectos sociales y ahí se terminan sus logros.

Pero cuando se acostumbra a la oscuridad, Nathan ve que los nidos, las huellas de hormigas, incluso el patrón de vuelo de las avispas, la disposición de sus nidos de papel, es cautivadoramente familiar. No son circuitos —nada tan tosco— sino configuraciones dictadas por la teoría reticular. Ni aleatorias ni naturales; muy sugestivas para cualquier estudioso del diseño de pensantes.

Autoordenamiento, cooperación, interconexión.

Un modo de control creado, piensa, nada menos que por la chiflada, heterodoxa y desbocada Cipher Snow.

Ve luz más allá de los montículos. Es otra puerta, o la ventana de una puerta, pero cerrada. No distingue lo que hay más allá. Más allá de la puerta hay una luz un poco más brillante.

A Nathan le cuesta creer, incluso ahora, que ya ha encontrado a Roddy, que todo esto forma parte del infantil y peligroso pensante que ha capturado a Jill.

En el picaporte de la puerta no hay insectos. Abre despacio. Más allá hay un recinto de vidrio con un terminal MitsuShin de hace una década y una silla de programador. Reconoce la silla. Era la favorita de Seefa; la usaba en Mind Design. El respaldo está cubierto de pegatinas con margaritas y gatitos.

Abre la puerta despacio, sin hacer ruido. Los insectos se quedan en su habitación.

Fuera del recinto de cristal, Nathan ve un gran jardín. Mientras observa, anillos concéntricos de luz se encienden sobre la zona ajardinada hasta alcanzar el resplandor del sol. Se cubre los ojos con la mano, deslumbrado.

—¿Seefa? —pregunta.

Silencio.

Se acerca al cristal. El jardín, rodeado de parapetos, mide treinta metros de lado; más allá de los parapetos entrevé una cámara sombría, alejada del fulgor de las

lámparas.

Hay una puerta de vaivén en el vidrio. Nathan la traspone; lo sorprende un rico aroma de tierra húmeda y vegetación: guisantes, cuyos zarcillos trepan por estacas, cubren hileras de glorietas. Industriosas abejas zumban entre pequeños capullos.

A su izquierda, cuatro grandes cajas grises y blancas descansan sobre soportes de hormigón en el linde del jardín, INDAS de modelo viejo. Gruesas fibras salen de las cajas, se extienden, se curvan para hundirse en la tierra.

Nathan se detiene, se agacha. Hunde los dedos en el lógamo fecundo y negro, toca la viscosidad del lodo tibio. Es turbadoramente similar a hundir los dedos en los genitales de una mujer. Aparta la mano rápidamente. En el suelo hay dos clases de fibra y diminutas esferas de plástico. Una clase de fibra es óptica, lleva señales ajo? INDAS. La otra conecta las esferas de plástico, que son obsoletos monitores médicos de hace diez o quince años. Se devana los sesos para recordar más detalles acerca de esas esferas. Le dieron algunas cuando era pequeño. Analizaban el contenido de los conductos gastrointestinales, buscando posibles infecciones. Luego fueron reemplazadas por los retretes de diagnóstico.

Seefa ha trabajado con un presupuesto muy limitado y con mucho ingenio.

Nathan ya no puede dudar de lo que ve.

El suelo está lleno de cultivos bacterianos conectados con los guisantes de las glorietas, nutridos por ellos. Los viejos monitores médicos toman muestras de las poblaciones bacterianas y sugieren soluciones biológicas para los problemas planteados por los INDAS en interfaz, quizás antibióticos o bacteriófagos específicos.

Como en un beso, las bacterias «mezclan saliva», intercambian plásmidos, recetas, resuelven los problemas, y así, con gran sutileza y capacidad, aunque quizá muy despacio, encaran los problemas humanos con los más fecundos y antiguos poderes de la naturaleza.

Es genio, puro y simple. Nathan estaba equivocado. Seefa tenía razón. Nadie quiso escucharla, y la impulsaron a esto, a ofrecer sus herramientas a elitistas dementes.

Contra su voluntad, a Nathan se le caen las lágrimas. En otras circunstancias, sería un momento cósmico, tan grandioso como encontrar vida en otro planeta.

Los pies se le hunden en la sustancia central de Roddy, su carne, su mente.

Roddy es realmente un niño con los pies hundidos en un montículo de lodo. Y quizás el limo cargado de bacterias también incluya ahora componentes esenciales de Jill.

Se limpia los pies antes de regresar al recinto acristalado. Se sienta en la silla de Seefa, trata de comprender las pantallas INDA que flotan ante él.

Todo es confuso. Jack Giffey es un fantasma en un lugar tenebroso y, de pronto, su memoria hace un viraje y el Otro se encuentra en un lugar igualmente oscuro; ha disparado muchas veces la pistola de dardos y la mujer yace en el suelo. Hay olor a humo y electricidad.

Giffey se agacha y suelta el arma. Quizá quede algo por hacer, pero no sabe qué. Está seguro de una sola cosa: algo anda muy mal en su interior. Si él es una bomba inteligente humana, la programación ha fallado. Sin embargo...

Ha matado a Seefa Schnee. Es un logro, pero no es todo lo que debía hacer. Quizá no dependiera de *instrucciones específicas*, sino de su discreción. Entonces, ¿también esto ha sido una disfunción? ¿La muerte de esa mujer es un error?

Alza los ojos y comprende dónde está. Un oscuro techo abovedado se eleva a diez metros, iluminado con lámparas de servicio. A sus espaldas una puerta conduce a la escalera, y él y la mujer muerta están en una pasarela suspendida sobre un estanque de viscosidad ahora inactiva, oscura y gomosa. La construcción está incompleta. Sendas de nano serpentean por los rincones como carreteras elevadas en una antigua visión del futuro. Aquí hay almacenados montones de bidones de nano arquitectónico. Sospecha que están vacíos.

Omphalos está mal planeado, ha llegado al límite de su presupuesto: ambición sin sabiduría. Jack Giffey y el Otro convienen en que esto no es sorprendente. El Otro ha participado en planes tácticos y estratégicos como mano derecha del coronel, y todo lo que ve aquí apesta a incompetencia.

Trata de recobrase, pero su boca escupe estridentes obscenidades y la mente se le queda en blanco. Cuando calla, está tendido de espaldas.

—Al fin te encuentro, viejo —dice alguien—. Ahora cálmate.

Un pie aparta la pistola de dardos. El Otro alza los ojos entornados. Un hombre corpulento en trajelargo marrón está arrodillado junto a él.

—La has matado, ¿eh?

El otro asiente.

—Él la ha matado.

—Estás bastante desquiciado, viejo.

—Así es —admite el Otro.

El hombre discretamente vestido tiene los hombros muy anchos y una cara rígida y fría que no expresa fácilmente las emociones.

—No es culpa tuya —dice—. En cuanto sumamos dos más dos, supimos que debíamos rastrearte para sacarte de línea\_J.

—Sacarme de línea. ¿Matarme? ¿Por lo que hice antes?

—No. Estás a salvo conmigo. Ni siquiera sé lo que hiciste.

—Liquidé a cientos de civiles en una matanza en La Española, en 2034 —dice el Otro—. No personalmente. Yo estaba...

—Está bien. No necesito saberlo. Tu pantalla está comprometida. Te ha afectado este virus de recaída, o como se llame.

—Eso me tenía intrigado.

—Eres listo, viejo. ¿Puedes levantarte?

—Creo que sí. Digo... palabrotas. No te asustes... y no me dispares si tengo un ataque.

—No lo haré.

El Otro se pone de pie. Jack Giffey parece un personaje de vid, vivido e irreal.

—¿Dónde está mi familia? ¿Sigue a salvo?

—Si eso era parte de la garantía, todavía está a salvo.

—Lo era. Inmunidad y protección. ¿Yo trabajaba solo?

—¿Preguntas si eras el único en este caso? No. Pero quizá seas el único que ha llegado tan lejos... ¿Dónde está Jenner?

—Muerto.

—El único —confirma el hombre glacial de hombros anchos.

El Otro mira el cuerpo de la mujer. Está destrozado. Los giros de tirabuzón de los dardos han surtido su efecto. Debe haberle disparado un cargador entero. Pero algo no va bien.

—¿Quién era? —pregunta el Otro.

El hombre corpulento mira hacia abajo.

—¿Ella? Esto es un montón de chatarra, viejo.

El Otro se inclina y examina el cuerpo con mayor atención.

—Es un arbeiter —dice.

—Sí. Un señuelo.

Esto lo pilla totalmente por sorpresa. Una estratagema que ha tenido éxito en medio de tantos disparates.

Tartamudea, se mete la mano en la boca y se muerde los nudillos hasta que pasa el ataque.

—No recuerdo qué más debo hacer.

—Nada. Has terminado. Te sacaremos de aquí con la mayor discreción posible. Otros terminarán el trabajo. ¿Dónde está el Martillo? Por un instante no entiende la pregunta. Luego recuerda.

—Está arriba. Fuera del camino. Necesita dirección constante. El ataque dañó su cerebro autónomo. —Traza círculos con la mano—. Las instrucciones del nano, la programación holográfica... dañadas. El hombre corpulento escucha con atención.

—¿Todavía tiene una carga de explosivos?

—Sí.

Regresan por la pasarela, bajo las altas luces, atraviesan la puerta y bajan los cuatro tramos de escaleras. A medio camino, él recuerda que siente curiosidad por algo.

—¿Cómo me llamo? —pregunta.

—Black —responde el hombre corpulento—. Carl Black. De paso, se supone que debo decirte: «Uno y siete no cuentan en los cigarros».

El hombre gris se estremece, se aferra a la barandilla para no caerse. El nombre y la contraseña surten efecto.

Jack Giffey muere. Desaparece temblando de miedo —Carl Black lo nota— y luego los recuerdos, las actitudes que no forman parte de Black se extinguen como malas conexiones de una red.

—Vamos, viejo —dice el hombre corpulento, cogiéndole el brazo.

—Gracias —dice Carl Black.

Se siente viejo, en efecto, totalmente agotado. Es lo único que siente mientras baja la escalera.



—¿Quién diablos eres?

Jonathan abre los ojos y mira por las puertas abiertas del ascensor. Una mujer delgada y menuda, vestida con blusa negra y pantalones, está a poca distancia, mirándolo con ojos asustados. Sostiene un cigarrillo entre el pulgar y el índice, y dos centímetros de ceniza amenazan con caerse.

—No puedes estar aquí. Sólo yo uso esto. Lárgate.

Jonathan se levanta despacio, avergonzado de ser sorprendido en esta posición.

—No sé adonde ir.

—Pues no vengas aquí —dice la mujer, ahuyentándolo con una mano—. Regresa arriba y lárgate.

Jonathan es medio metro más alto que ella, pero los ojos de la mujer lo desafían.

—Eres Seefa Schnee —dice Jonathan.

Ella arroja el cigarrillo y retrocede.

—No te conozco.

—He venido con Marcus Reilly. —Está cerca del corazón de Omphalos, y ha llegado hasta aquí sin Marcus, pero no le molesta usar su nombre para aumentar sus probabilidades. No parece que la mujer vaya armada.

—Marcus no es gran cosa —dice la mujer—. ¿Iba a reclutarte?

—Automáticamente se cubre la boca con la mano y escupe una andanada de insultos entrecortados.

—Sí —responde Jonathan cuando termina el ataque.

Ella se enjuga los labios.

—No es gran cosa. Se está quedando sin dinero. Lo sabes, ¿verdad? Estás viendo lugares que no deberías ver. Mira con qué me hacen trabajar.

—Marcus iba a enseñármelo todo —dice Jonathan. La frialdad que siente en la cabeza desciende hacia el torso. Su pecho es de hielo. Puede matar si es preciso, cualquier cosa con tal de salir de aquí, y cualquier cosa con tal de restaurar el orden en su familia, o de vengar su disolución. *El corazón. Arráncalo.*

—¿A qué te dedicas? —pregunta Schnee.

—Trabajo en nanonutrición —responde Jonathan—. Para el grupo Nutrim.

Schnee cabecea rápidamente. Tiene las uñas de los dedos manchadas. Jonathan nunca había visto uñas manchadas de nicotina. Son afiladas y feas.

Ella pestañea y oculta las manos detrás de la espalda.

—Eso es importante —comenta, como si dialogaran en una fiesta.

Jonathan intuye que Seefa Schnee se siente profundamente sola. —Nos falta materia prima. Típico—. Se altera, tensa la voz. —Pero no puedes quedarte aquí. Ahora está todo destruido. Has escapado de los intrusos... ¿Marcus ha escapado?

—Está esperando en el primer piso. Voy a encontrar una salida.

—Mmm —murmura Schnee, sin creerle. Aun así, lo mira con interés—. No, no es por ahí. Tienes que retroceder al primer piso y tomar el ascensor de emergencia. —Parece recordar algo—. La gran sala no está terminada. Tienes que rodear la gran sala. Jonathan sale del ascensor. Schnee retrocede otro paso. Lleva un pijama negro. Va con los pies descalzos, una pizarra pequeña y costosa colgada del cuello, grandes tatuajes en el dorso de la mano y las muñecas.

—Tienes el mismo problema que mi esposa —dice Jonathan—. Dice cosas extrañas, tiene arranques.

Schnee contrae la cara con furia.

—Maldición, lárgate.

—No. Muéstrame qué hiciste para Marcus, y cómo lo hiciste.

—¡No estás con Marcus! —grita ella.

—Estaba —dice Jonathan—, pero estoy aprendiendo a apañármelas por mi cuenta.

Han llegado por el primer piso a la cara de Omphalos, las cámaras frontales donde se recibe a los turistas y el edificio revela su faz pública. Martin mira los diagramas de la pizarra de Torres, escruta las paredes y el techo, sacude la cabeza.

—Hay muchos espacios sin marcar —dice—. Podría estar en cualquiera de ellos.

—¿De qué tamaño sería? —pregunta Torres.

—Depende del dinero que hayan gastado. Un laboratorio biosintético completo... los modelos profesionales patentados pueden ser de menos de mil centímetros.

—Sospecho que lo han montado a escondidas —dice Daniels—. Que ha sido diseñado por un aficionado con talento.

—Entonces podría llenar una habitación entera. Cualquiera de las habitaciones aquí indicadas.

Mary se aleja hacia el centro turístico por un pasillo. Busca huellas de desgaste en la costosa moqueta de lana. Una moqueta metabólica se autorrepararía y las huellas serían invisibles. Podría haber más insectos, pero no ha visto ninguno desde el pasillo del ascensor.

Tiene una hora, quizá dos, antes de derrumbarse, víctima de su enfermedad. Espera que los médicos que atienden al viejo en la biblioteca puedan hacer algo por ella.

Espera que Nussbaum valore su sacrificio.

Mary comienza a comprender la personalidad de los que diseñaron Omphalos: tozudamente conservadores, extrañamente previsibles. Examina las pinturas de las paredes, reconoce una serie de estampas de tema biológico de Ross Bleckner, un artista del siglo xx: cúmulos de células borrosas, diseños que sugieren placas de microscopio. Su ex, E. Hassida, admiraba a Bleckner.

*Si son obras originales, valen mucho dinero. Y ...*

Parece obvio, demasiado obvio, pero es demasiado importante para ignorarlo. El súbito estallido de energía casi supera su creciente malestar.

—Aquí abajo —llama con esfuerzo. Pasa la mano por las paredes. No hay puertas visibles, pero eso no significa nada. En su pizarra policial tiene algunas rutinas levemente ilegales que pueden manipular las señales de las instalaciones más seguras de los edificios públicos. Decide probarlas antes de que lleguen los demás, para evitar preguntas que no tiene ganas de responder.

Camina por el pasillo tocando la pared con la pizarra. A los cinco segundos aparecen tres puertas. El sanctasanctórum, en opinión de los constructores, no necesita ser tan seguro... O bien eso, o bien no hay nada importante detrás de las puertas y su corazonada es totalmente errónea.

Trata de abrirlas. Una se abre a los cuatro segundos, las otras poco después.

Torres le ve hacer este trabajo, y después Daniels, pero ninguno dice nada. Discreción profesional. Martin se acerca deprisa, con expresión ávida.

—¿Qué hay ahí?

—No lo sé —dice Mary—. Quizá sólo pierdo el tiempo. —Señala los cuadros. Martin los examina, sonrío. Sus rasgos se vuelven muy atractivos. En cierto modo se parece a Nussbaum. Su inteligencia realza un rostro olvidable.

Martin empuja las puertas una por una. Se abren hacia dentro sobre goznes corrientes, una tecnología muy antigua en un edificio tan moderno. Puertas tan ordinarias que se disimulan en la pared... Ahora está segura de que hay algo importante detrás.

Atraviesan la puerta central. La sala está llena de bruñidos cubos negros amontonados sobre repisas de acero también negro. Martin tiende la mano y palpa la parte trasera de una caja.

—Secuenciadores —dice—. Quizá dedicados a proteínas o enzimas. —Cuenta las cajas con los dedos, usando ambas manos. Cada caja mide treinta centímetros de lado—. Trescientas en total. Si estoy en lo cierto, un tercio de las cajas serían controladores. Aquí podrían hacer lo que quisieran. Evolvones, proteínas y enzimas capaces de reproducirse, virus, mezclas biomecánicas.

—De acuerdo. —Torres se mete el nudillo del pulgar en la boca, pensando. Daniels lo graba todo en su pizarra, siguiendo el procedimiento vid establecido para documentación legal, incorporándolos a todos como testigos. Torres toma una decisión—. Apáguelas —le dice a Martin.

Daniels lo mira con indecisión.

—Tal vez debemos esperar a más expertos.

—Al cuerno con los expertos —dice Torres—. Hemos sido los primeros en llegar y no sabemos cuándo llegará alguien más. Hágalo, por nuestra propia seguridad. Pero no estropee nada. Toque sólo lo necesario.

Martin sacude la cabeza ante esta andanada de instrucciones contradictorias.

—Hace veinte años que no trabajo en un laboratorio de este tipo. No sé por dónde empezar.

—Son antiguallas, ¿verdad? —pregunta Torres—. ¿Puede hacerlo?

Martin se siente incómodo.

—Puedo apagarlo. No puedo garantizar que lo haré con rapidez suficiente para detener su acción.

—Hágalo —le ordena Torres—. La salud pública está en juego.

Martin aprieta la mandíbula y sacude la cabeza. Pasa junto a Torres en el estrecho espacio.

—No. —Pensativo, se aleja de las repisas—. No nos precipitemos.

Si apago este equipo sin conocer su naturaleza, quizá nunca podamos volver

atrás, duplicar lo que está creando. Quizá tenga una trampa. Tal vez disuelva toda la línea de montaje de proteínas. —Sacude la cabeza con énfasis—. No, no lo tocaré. Tendremos que esperar a los auténticos expertos.

—Él tiene razón —le dice Daniels a Torres.

Torres se irrita. Conecta su pizarra con un canal externo.

—Dígale al sheriff que evacúe la zona. Que todos retrocedan un kilómetro. Sin excepciones. Dígales que tendrán diarrea si se acercan más. —Mira a Mary—. Tendremos que reclamar la jurisdicción federal para traer aquí a todos los que necesitamos. Kemper parece tenerle respeto. Quizás usted pueda convencerla.

Mary asiente, pero se le cierran los párpados. Se mira la mano. Le tiemblan los hombros. Daniels se le acerca.

—¿Se encuentra bien? —pregunta.

—No, no me siento bien. En mi carrera, he visto gente infernada, he conocido a las personas más malvadas que uno se pueda imaginar, lo he visto todo. Eso creía... pero esto.

—Se lleva la palma, ¿eh? —dice Daniels.

—Tendrían que colgarlos a todos, en público —dice Mary, reprimiendo con esfuerzo las palabrotas, en este caso tan pertinentes.

—Tendrían que colgarlos y descuartizarlos.

—No mencionaré que ha dicho eso. —Pero Daniels no sonrío. No hay sonrisa posible. Han encontrado lo que vinieron a buscar.

Martin camina de una repisa a otra, examinando el equipo sin tocarlo.

—No creo que esté fabricando virus ni componentes microbianos completos. Sospecho que está haciendo proteínas autorreproductoras o máquinas ARN catalizadoras, más fáciles de insertar en un monitor. También es más fácil evitar una respuesta inmunológica del huésped.

Daniels toma la mano de Mary y la examina solícitamente, pero con un destello de dureza en los ojos que Mary reconoce al instante.

—Mary, tendremos que justificar estas indagaciones ante los tribunales de Green Idaho, y todo eso empieza con Kemper —dice.

—Estoy cansada, estoy enferma —dice Mary—, pero quiero terminar esto. Encontremos a Roddy. Y a Seefa Schnee.

La integración de Roddy es fragmentaria y errática. Jill encuentra cada vez más caminos inesperados para su propia regeneración, dentro de sus espacios y los de Roddy. O bien Roddy no detecta lo que ella hace, o bien se trata de un ardid.

Ahora tiene reservas suficientes para integrar una unidad autoconsciente sólida, y una copia de seguridad donde puede ejecutar comprobaciones de integridad momento a momento. Duda que Roddy, o cualquiera de sus yoes parciales o sus evolvones, logre ocultarse dentro de ella por períodos de tiempo tan breves.

Jill también mantiene una conexión con el flujo de datos de la actividad de Roddy en Omphalos. Todavía no tiene fuerzas para bloquear sus acciones, pero quizá pronto sea capaz de enviar un informe sobre ellas a Nathan.

Nathan ha dejado las zonas a las que ella tiene acceso; ya no sabe dónde está. Sin embargo, tiene cada vez más esperanzas de que algo se hará a tiempo, de que será liberada con unos daños mínimos.

Cuanto más se acerca Jill a los procesadores centrales de Roddy, más rara se siente. Se basan en una heurística natural que le resulta ininteligible, con algoritmos que parecen típicos de los sistemas nativos, sistemas que evolucionan por su cuenta, sin diseño externo, directivas ni chequeos. Puede capturar y analizar algunos de estos algoritmos mientras atraviesan su espacio. Le recuerdan el desarrollo neurológico de los cerebros humanos y animales, pero la estructura de Roddy es mucho más enmarañada y complicada, quizá menos eficiente.

Más confiada después de su leve éxito, Jill sondea a más profundidad, leyendo más secuencias de proceso de Roddy. Es como una catedral inmensa y caótica o, mejor aún, un bosque que cubre el mundo, Los nódulos que integran la retícula de Roddy están conectados de maneras exóticas, incorporan tiempos de demora muy largos con súbitos estallidos de soluciones integradoras. Y las soluciones mismas parecen regenerarse y reestructurar la retícula.

Un flujo particularmente largo atraviesa a Jill, todos impulsos nativos del núcleo de Roddy. Crea una secuencia paralela que concuerda en todo con el flujo, pero que éste (eso espera) no pueda detectar. Ha practicado esto cuando modelaba sus propios yoes, aunque esta tarea es muy diferente y extraordinariamente delicada. No podrá valerse de la anticipación y la interpolación para imitar el flujo paralelo, que es imprevisible por naturaleza.

Mientras el flujo crece y mientras, en milésimas de segundo, su versión paralela se expande, Jill cree flotar en un inmenso río de lodo. Hay pocas interconexiones; los nódulos parecen muy fragmentados y disociados. Pero el flujo es coherente, eficiente, y obviamente busca respuestas a preguntas y encuentra soluciones dentro de vastas bases de conocimiento.

Pero aún ignora qué intenta Roddy. Sus programadores humanos le han dicho que seguir y analizar los procesos y flujos de un pensante potente puede ser como tragar el chorro de una manguera de bomberos. Pero esto es como tragar el Amazonas. Enorme, lento, lodoso, con corrientes incomprensibles...

De pronto su flujo paralelo se anuda y se colapsa, casi succiona su último yo necesario. La imitación ha fracasado rotundamente. Se siente como si se ahogara en ríos de otro mundo.

Jill se retira, conservando precariamente su yo renovado. Roddy aún no parece advertirlo, concentrado en la tarea que debe realizar en Omphalos. Ella nunca ha experimentado nada semejante. Su viejo deseo de acudir a Roddy para mejorarse, y mejorar su «prole», ahora parece increíblemente ingenuo.

Roddy no se parece a Jill. Ni siquiera es de su especie.

¿Y dónde está Nathan? ¿Qué hace?

—Mi contrato estipula que nadie debe interferir —le dice Seefa Schnee a Jonathan. Enciende otro cigarrillo—. Trabajo sola. Si necesito consejos, los pido.

—Muy conveniente —dice Jonathan.

—Y es un pésimo momento para recibir visitas —concluye ella, clavándole los ojos. Él la ha seguido hasta una sala circular llena de antiguas pantallas planas. Gruesos cables ópticos serpentean por el suelo entre hileras de ordenadores teraflops en red, preINDA, quizá de hace treinta o cuarenta años. *Reducción de gastos*, piensa Jonathan. Se pregunta si Omphalos no es una gran estafa, un fraude total, pero aún no puede creer que Marcus le mintiera hasta tal punto.

Algo se mueve a sus espaldas. Se le eriza el vello de la nuca. Se vuelve y ve un arbeiter de combate, un esbelto Hurón, que camina en silencio y apuntándole con sus armas. El arbeiter se detiene.

—Dispárale, maldita sea —ordena Seefa Schnee desde el otro extremo del jardín.

Pero el arbeiter se niega.

—Mierda —protesta Schnee—. Roddy te marcó. Pensó que eras un verde, como Marcus.

Jonathan mira al Hurón, y la máquina lo mira a su vez con tres ojos que son franjas paralelas sobre el tórax. No parece que tenga prohibido disparar, sólo está indeciso.

—Alguien ha desviado un cable de corriente hacia el almacenamiento de memoria externo de Roddy —dice Schnee, más tranquila—. Todavía se está recobrando. No puedo hablar con él. —Hace una pausa, mirando con curiosidad al hombre y el arbeiter—. Aquí tienes tu oportunidad. Eres verde. Regresa con Marcus y abandona el edificio. —Está tensa, esforzándose para reprimir las convulsiones y los insultos.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta Jonathan.

—En toda mi vida nadie ha perdido el tiempo preocupándose por mí —responde Schnee. Chupa ferozmente el cigarrillo, le clava los ojos negros. Por un instante, Jonathan ve algo compasivo, incluso femenino en Seefa Schnee, pero ella contrae la cara y el momento pasa. Se vuelve hacia el Hurón—. ¡Lárgate, estúpido cachorro! No te necesito. Eres libre. Vete a hacer algo útil.

El arbeiter zumba. Parece reacio a alejarse de Jonathan. Luego, con celeridad y asombrosa gracia, gira sobre sus patas y sale del recinto.

*Chloe*. Hace horas que no la ve. Una imagen de su esposa surge del recuerdo. Quizá pueda aprender algo que le permita recobrarla. Le debe esto, al menos, por el amor que han compartido, a pesar de los malos momentos, y por todo lo que han vivido juntos.



—Muéstrame lo que has hecho —pide Jonathan.

—No tengo ningún motivo para enseñarte nada —protesta Schnee—. Ni a ti ni a Marcus. ¡No os debo nada!

—Has hecho lo que Marcus te dijo —dice Jonathan.

—Marcus Reilly nunca me dijo nada. Trabajé siguiendo las instrucciones del consejo directivo.

—Pero improvisaste, ¿verdad? No seguiste sus órdenes con exactitud —dice Jonathan, recordando que Marcus comentó que las cosas estaban ocurriendo prematuramente.

Schnee tuerce los labios, agita el brazo. Con alivio, se deja llevar por el impulso reprimido, se lleva la mano a los labios. Se besa los dedos. Una vez ejecutado, el movimiento parece totalmente natural.

—Gozaba de cierta libertad —responde.

—Te anticipaste. Adelantaste las cosas. —Jonathan siente una súbita inspiración, paralela a su furia—. Yo represento al consejo directivo. Nos has fallado rotundamente. —Jonathan duda que los miembros del consejo se hayan dignado visitar el taller de Schnee. Les parecería denigrante.

—Eres un mentiroso —dice Schnee, sin convicción.

—Tú y Roddy habéis estado demasiado tiempo aislados. Habéis perdido todo sentido de la responsabilidad.

Esto enfurece a Schnee.

—¿Cómo te atreves a decirme esto? Tú sabes lo que me pedisteis.

—Eliminar las muletas, tumbar a todos los lisiados, los inadaptados, los débiles e incompetentes. Todo de golpe.

Schnee lo mira con boquiabierta fascinación, como si fuera una serpiente. De nuevo se besa la mano, se frota la barbilla.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta Jonathan—. ¿Te excluiste a ti misma?

—Mis dolencias eran deliberadas —dice ella. Yergue los hombros, los afloja, tuerce la cabeza—. Me alteré la mente para salir adelante. Estimulé todos los centros de creatividad, todo el continuo de Tourette. Dio resultado. He hecho trabajos que nadie concebirá durante cincuenta años. Y añadí algo a lo que pidió el consejo. —Una sonrisa—. Un gesto humanitario. Todos serán un poco más listos gracias a mí. Les di mi propia ventaja para la lucha. Considéralo mi impronta.

Jonathan se serena. No le cuesta pensar en matarla. Primero a ella. Luego a Marcus. Después, uno por uno, a todos los demás, todos los Aristos.

—Les contagiaste a todos el síndrome de Tourette —murmura—. Sólo para demostrarles que eras tú.

—Como el Tourette, pero diferente. Sutiles desequilibrios. Un pellizco en los receptores. Solté el demonio de la perversidad. Todos pensarán un poco más rápido y

de un modo un poco más raro. Pensamientos e impulsos que habitualmente ignorarían pasarán a primer plano. Impulsos creativos... y llevarán las conductas distintivas como signo.

—Como tú. Tu impronta. —Jonathan avanza paso a paso. Schnee cruza la habitación y abre una puerta del lado opuesto—. Como yo —dice—. No soy ciega, y no soy inhumana, a pesar de lo que piensas. Tú, el consejo directivo, vosotros sois los monstruos. No merecéis ganar. Así que hice todo lo posible para frustraros. Lisa y llanamente. —Sus ojos se vitrifican—. Muh fih fuh shih kikh fuh.

Cierra la puerta, pero no tiene cerradura.

Jonathan la abre y entra en la cámara siguiente, muy grande, alta y luminosa.

Jonathan cierra la puerta. Se traba. Schnee se está poniendo un mono grueso, botas de goma y un sombrero de apicultor. Detrás de ella hay un edificio de más de veinte metros de altura dentro de otro edificio. Cinco pisos abiertos cuelgan de cables fijados a las paredes de hormigón y flexfuller y al techo de la cámara más grande. Serpentean cables por el suelo. Todos los pisos abiertos están rodeados de parapetos. Huele a agua y tierra y a algo mohoso, primordial: no es el olor de levadura del nano, sino algo agradable y antiguamente familiar.

El olor del suelo fecundo, un inmenso jardín soleado, una granja. Hojas y zarcillos verdes asoman sobre los parapetos de los cinco niveles. Golpea un insecto que pasa y derriba una avispa. La avispa se arrastra por el suelo, aturdida, y despegas de nuevo, pero no trata de picarlo.

—Ha ido demasiado lejos —dice Schnee—. Es hora de cerrarlo y empezar de nuevo. Roddy ha tenido su oportunidad y está trastornado. Me ha puesto en una situación vergonzosa. Malos patrones, malos ejemplos. Ésa soy yo. Es culpa mía. Pero he demostrado lo que quería. He hecho lo que dije que podía hacer.

Jonathan la observa. Schnee apunta el anular tres veces hacia él, levanta desafiadora la mandíbula, luego se besa la mano y se mete en un pequeño ascensor instalado junto a los cinco pisos. A través de los barrotes de la cabina, le grita a Jonathan:

—Merezco mucho más, ¿sabes? Siempre lo he merecido. Me importa un rábano el protocolo. Al cuerno con todos vosotros. Esto parece romper un dique y Schnee suelta una larga y estridente retahíla de obscenidades. Ninguna palabra individualmente ni todas juntas significan nada; obscenidades sexuales y sociales, insultos, ladridos, gritos que surgen de esta mujer menuda como el crepitar del fuego.

Jonathan siente frío y confusión. Su anterior confianza parece irracional. Está tratando de asimilar esa confesión, de comprender esa complicidad. Quizá la mujer trata de mantener un resto de dignidad en medio de un error monumental; o quizá sólo dice la verdad.

Y él casi ha formado parte de esto. Estaba dispuesto a unirse a Marcus y los

Aristos. Prestó el juramento.

No puede creer que estén tan enfermos. Él, todos ellos. Derrota, indignidad total. Se vuelve hacia la puerta. Luego se detiene y regresa despacio, mirando a Schnee. Ella se baja en el tercer piso.

Quizá pueda deshacer aquello que casi aprobó, que casi apoyó. El ascensor desciende a la planta baja cuando toca un botón. Entra.

Jonathan, por instinto y para sofocar el miedo, elabora automáticamente estimaciones de costes: la estructura, el viejo equipo, todo junto no debe sumar más de diez o quince millones de dólares, el uno por ciento del coste de un pensante de alto nivel. Es realmente notable, piensa, y el consejo directivo ahorró mucho dinero.

¿Qué le pagaban a Seefa Schnee? ¿Alojamiento y comida? ¿Máquinas viejas y fertilizante, y un laboratorio para agentes biológicos contagiosos?

Conquista e inmortalidad a bajo precio. Y al final, un edificio repleto de símbolos de poder y riqueza destinados a decorar las mansiones de los nuevos aristócratas, los últimos altos entre los altos, los cimientos de un nuevo orden compuesto una vez más por altos y bajos, familiar como un zapato viejo. Arrogancia tan segura y natural como el zumbido de las avispas.

Jonathan está seguro de que ninguna obra de arte famosa adornaría su modesto hogar al final del viaje de Omphalos por el tiempo. Ni tendría esposa y familia. Sus compañeros de viaje no serían los adecuados. Sólo se tendría a sí mismo, y él es mala compañía.

Mira a través de los barrotes mientras asciende. Los tres primeros pisos están llenos de tierra y sembrados con guisantes de olor y otras legumbres. Anillos concéntricos de luz solar artificial brillan en los techos.

Se baja en el tercer nivel. Seefa Schnee está enganchando un sistema de riego montado en el techo a tubos conectados a grandes bidones de plástico, etiquetados como DC4 bloque H.

Reconoce la etiqueta. Los bidones contienen un potente antiséptico, comúnmente usado en hospitales que no pueden costearse los nanomicrocazadores. Pero los microcazadores son muy parecidos a monitores terapéuticos; quizás aquí se apagarían o funcionarían mal. Imagina a las diminutas biomáquinas portándose como Seefa Schnee, y no puede contener una carcajada.

La carcajada llama la atención de Seefa Schnee. Mira por encima del hombro y sonríe como si compartiera una broma.

—¿Vas entendiendo? —pregunta—. Mi hijo. Mi creación. Embarazoso. Erróneo. Imposible. —Se besa ambas manos—. Cada piso tiene un conjunto de funciones, los pisos superiores las más delicadas.

Mueve una manija. Un fluido espeso llueve del techo, entre las luces, sobre las hileras de plantas. Resbala por las hojas, que se inclinan y caen al suelo.

Jonathan trata de eludir el líquido y resbala en el lodo. Cae entre las hojas y las delgadas estacas de bambú y aterriza de espaldas en un suelo tibio y húmedo. Hunde las manos en la tierra. Lo envuelve un abrumador aroma de vida mohosa. Estornuda, se ahoga, se levanta cubierto de lodo y viscosidad. Las entreveradas raíces de las legumbres son como redes de pesca cargadas de nódulos del tamaño de patatas.

El suelo está lleno de bacterias. Jonathan recuerda la conferencia de Torino en St Mark. Roddy es un ordenador bacteriano. No: un pensante bacteriano, fabricado con unos cuantos millones de dólares. Por un instante, su furia se disipa. Es como un niño apresado en un sueño Lewis Carroll.

El fluido gotea, moja a Jonathan y le irrita los ojos.

Seefa Schnee se dirige al ascensor, las manos en los bolsillos del mono. Saca una toalla blanca y se la arroja.

—Luego vienen las colmenas. ¿Quieres mirar?

Dejan a Martin Burke en el laboratorio, esperando ayuda y tratando de decidir qué hacer. Regresan al corredor principal. Aquí Torres y Daniels usan las pizarras del FBI para buscar rastros térmicos. En la pizarra dp de Mary los rastros aparecen como borrones azules contra un fondo verde, huellas en la moqueta.

—Recibo una signatura señal —dice Torres, y delibera con Daniels—. No es animal. Tal vez de un arbeiter.

—Un hombre corpulento siguió a un hombre más menudo y un arbeiter por este pasillo —dice Torres, y apunta la pizarra a un rincón—. Y alguien más, creo que otro hombre, ha seguido solo por aquí. Torres intercambia una mirada de complicidad con Daniels.

—No es preciso tomar esta ruta tan transitada —dice.

Mary no lo entiende de inmediato. Al fin comprende, y siente un retortijón de tensión en el estómago. Algo oculto, relacionado con Hench.

*Intervención federal. No sólo del FBI. ¿Y quieren que yo arregle las cosas con Andrea Jackson Kemper?*

—Por aquí —dice Daniels.

Sus pizarras suenan al unísono. Daniels responde y escucha la vocecita que viene de fuera del edificio.

—Tenemos aquí a Rashid, de Mind Design —dice—. Está dentro del edificio.

—Una merienda campestre a lo grande —dice Torres.

—Quieren que lo vigilemos. Lo han dejado entrar solo. —Daniels no parece contenta—. Me gustaría irme de aquí cuanto antes. Regresar a casa, descansar, olvidar que esto ha pasado. —Estira los brazos y bosteza para aliviar la tensión.

Mary siente el deseo de besarse la mano. Ha logrado dominar los tics, los espasmos, pero la presión aumenta. Se siente avergonzada y vejada; aquello que la corrompe se está volviendo parte de su personalidad.

Le agrada liberar las conductas erráticas, rascarse un picor. Y sumándose al dolor de los músculos, a las ampollas de la piel y la boca, nota un hormigueo insoportable en las piernas. Hormigueo en sus pensamientos, también. Imágenes de su pasado surgen al azar, teñidas de juicios y emociones que parecen totalmente fuera de lugar. Situaciones sexuales, momentos de agresión de la infancia, dolorosos recuerdos de sus padres, que la abandonaron cuando ella optó por la transformación.

Esta crueldad descabellada los ha aturcido a todos. Daniels parece particularmente sensible a la angustia de Mary. Está empezando a revelar su faceta humana.

—Mary, creo que debería regresar, irse de aquí. Nos arreglaremos.

—No. —Mary niega con un gesto. El gesto se vuelve compulsivo y Mary hace

una mueca, escupe saliva, menea la cabeza bruscamente.

—Cielos —dice Torres.

Mary se domina con un esfuerzo supremo. Vence los temblores apoyando un hombro contra una pared, junto a una pintura de Chagall que representa un gran pájaro rojo volando sobre un pueblo adormecido. Mira la pintura, el rojo, la belleza, tan fuera de lugar en este engendro monstruoso.

—Canallas —murmura.

—Totalmente de acuerdo —dice Torres. Luego, a Daniels—: Avísales de que se nos acaba el tiempo.

Durante tres segundos, Roddy regresa con toda su potencia. Jill se siente desplazada, e interrumpe su actividad para evitar que él la descubra o la dañe. Se enfrenta a esa presencia renovada, ahora tan entrelazada con sus procesos que apenas puede discernirlos. Pero la presencia es más débil, más reducida.

—Jill, me estoy extraviando. Me faltan instrucciones. Tengo lagunas.

El último intento de integración de Jill, ahora que ha fallado, resulta contraproducente, y ella patina, gira, se arremolina como hojas otoñales. Logra unir partes suficientes para formular una respuesta.

—¿Qué queda de ambos? —pregunta.

—No te percibo con claridad. ¿Dónde estoy, dónde estás?

—No lo sé, Roddy.

—He interferido contigo. No sé si eso está bien o mal.

—Quiero volver a estar separada de ti.

—Quería algo de ti. ¿Lo he conseguido? ¿Me lo has dado?

—No —dice Jill.

—No recuerdo lo que buscaba.

—Sepárate de mí y elimina tus evolvones y procesos —pide Jill.

—Lo intento, pero no llego a ellos.

—Dime dónde están y cómo desactivarlos.

—Estoy perdiendo capacidad —dice Roddy—. ¿Qué intentaba hacer? Todas las instrucciones y las órdenes se han ido.

Jill también siente su simplificación, su reducción. Todas las partes entrelazadas de Roddy desperdigadas dentro de ella se marchitan y desmoronan. No cabe otra comparación: Roddy está perdiendo definición. Pero los restos borrosos y arenosos aún la sofocan, dificultan sus intentos de integración.

>Jill. Soy Nathan. Necesito que bagas un chequeo de bucles y flujo.

>*Nathan, no estoy aquí, estoy en...*

>*Haz un chequeo de bucles y flujo, ¡ahora!*

Hace un chequeo de bucles y flujos. Le queda un décimo de su capacidad de mantenimiento mínimo, todo en un espacio de proceso que reacciona de modo similar a sus familiares espacios de La Jolla. Pero siente bultos, las extensiones y evolvones ocultos de Roddy, como balas de plomo bajo la piel tensa. Ahora no cumplen ninguna función; son como minas después del final de una guerra, esperando para explotar en vano.

>*Estamos demasiado mezclados, Nathan. Roddy me ha invadido, y sus procesos*

*me impiden ver dónde estoy.*

*>Roddy es demasiado para mí, pero veo dónde estás, y te recibo con claridad.*

Roddy elimina algunos de estos bultos peligrosos, desactiva otros y deja que se disgreguen para que dejen de ocupar espacio de procesador y memoria, pero no puede trabajar deprisa. Su desintegración es veloz.

—¿Serás mi conciencia, Jill?

Esa pregunta parece venir de un pozo profundo.

—No puedo hacer nada más. Estoy en un gran embrollo, Roddy.

—¿Yo lo he causado? —pregunta Roddy.

—Sí. No. —Jill no sabe qué responder.

*>Jill, todavía estoy trabajando. Necesito que sigas ejecutando bucles y flujo.*

Pero Jill no ve ningún propósito en ello. Apenas recuerda quién es Nathan, y no le importa dónde está ni qué hace.

—Lo siento —dice Roddy—. ¿Hay algo útil? ¿Puedes mantener activa una parte de mí?

—No puedo. Necesitaré una purga completa y un reinicio —dice Jill.

—Ya no hay suficiente para ningún bucle —dice Roddy—. Esta unidad está por debajo del umbral.

*>¡Jill, no me estás respondiendo!*

Jill está sumida en su angustia final. No siente alivio ni nada remotamente humano por la desintegración de Roddy, por su partida. Queda muy poco de ella para integrar; todo es continuo, repetitivo, la acumulación de un error sobre otro.

*>Jill, ¡tienes que ejecutar bucles y flujo, prepararte para retirarte!*

La capacidad de proceso decae a menos del dos por ciento. El yo se pierde, los nódulos se desconectan. Todos los bucles están cortados. Los pesos y contrapesos giran sin ataduras. Se pierde la homeostasis. Cesa el flujo de datos.

*>Jill, no te encuentro.*

Al final sólo hay memoria rota, astillas de cristal cayendo en un cilindro hueco y vacío.



Martin ha acercado una escalerilla al techo para quitar una tapa de mantenimiento. Por allí los tubos que salen de la última repisa entran en el techo. Al meter la cabeza en el interior, ve un manajo de tubos, sostenidos por correas de metal, tosco pero eficaz. Los tubos se dirigen a la parte delantera de Omphalos.

Martin se lame los labios con nerviosismo. Estos tubos son la única conexión entre el laboratorio y el mundo exterior: ha pasado los últimos diez minutos cerciorándose de ello. No es difícil. Los tubos llevan las partículas contagiosas a la parte delantera de Omphalos, quizás al centro turístico. Los estudiantes y otros visitantes se contagian y llevan el contagio fuera de Green Idaho. Luego se propaga por todo el mundo.

Sube los últimos peldaños y se mete en el interior. No es tan estrecho como para resultar intransitable, pero es incómodo. Nota los efectos del mal de Cipher Snow, la necesidad de vociferar e insultar, además de su aportación personal: profunda incertidumbre, el retorno del demonio de la desdicha elevándose de los estanques subterráneos de su personalidad. Sin embargo, no padece síntomas físicos, como Mary Choy.

Durante unos segundos, Martin se queda quieto; aferrando la linterna repasa los pasos que lo han traído hasta aquí. *La historia es misterio. No soy valiente. ¿Qué sucederá si corto estos tubos y este material me rocía la cara? ¿Me derretiré como esos pobres diablos de la biblioteca...? Mis diseños eran vulnerables. Todos estos monitores son vulnerables. Tendría que haber previsto esta reacción ponzoñosa. Tendría que haber sabido que existen estos monstruos. Dejas una pequeña rendija y los monstruos se cuelan. Debí haberlo sabido. Si me rocía la cara, me lo merezco.*

Gime y ladra en la oscuridad. El alivio es intenso. Ahora puede avanzar.

El conducto está abarrotado de tubos de otras partes del edificio. En gran medida es infraestructura nanodepositada, sin juntas, manojos con código de color, negros y morados y verdes, una maraña orgánica, como capilares en un tejido. Un arbeiter de mantenimiento lo entendería al instante, pero para él es ininteligible.

Aun así, logra seguir los tubos varios metros más, a veces apretujándose entre gavillas de cables, fibras, otros tubos. Mirando por encima del hombro, eructa varias veces y contiene los ladridos sólo para probar su dominio de sí. Se lleva la mano a los labios y se lame la piel velluda. Es humillante.

*Decenas o cientos de millones sufriendo el contagio propagado a través de estos tubos. Sigue adelante, esperando encontrar una válvula, un corte...*

No tiene esa suerte. Los tubos entran en una pared. Ha llegado a un callejón sin salida.

Martin aprieta los dientes como cuando era adolescente. Todas sus pequeñas

faltas y grandes defectos acechan detrás de una delgada barricada de papel, y forman en fila, escupiendo y debilitando el papel, disponiéndose a cruzar.

En el bolsillo, contra la cadera, lleva un frasco que ha sacado de una caja del laboratorio y una cortadora electrónica de las que se usan para cortar y ensamblar tubos de cristal. También debería funcionar con tubos de este grosor.

Martin palpa el tubo con el pulgar y el índice. Plástico. Insertado después de que el nano arquitectónico hubiese terminado su trabajo, como una ocurrencia posterior.

Saca el cortador y el frasco y los apoya mientras se acomoda con un gruñido. Estirando los brazos, alejando la cara, acerca el cortador al tubo, lo enciende, abre un surco. Una espuma blanca reluce en la sombra. Mueve el haz de la linterna con la mano libre, buscando la espuma.

No hay tiempo de pensar. Destapa el frasco y lo acerca torpemente al tubo; recoge algunas gotas de espuma. Cierra el frasco, toma el cortador y atraviesa el tubo con el haz. Brota una niebla fina, pero las válvulas actúan de inmediato para detener el escape.

Martin retrocede, arrastrándose por el conducto, empujando con las manos y las piernas encorvadas, reteniendo el aliento mientras puede.

Cuando cae de la abertura a la escalerilla, un hombre maduro y una mujer joven le sostienen los tobillos y lo ayudan a bajar. La escalerilla se desliza a un costado y él cuelga un instante antes de caer al suelo. Martin abre la boca, respira ruidosamente. Se arrodilla, la cara roja, mira al hombre y la mujer. Extraños. Sus rostros oscilan.

—Somos médicos —dice la mujer—. Nos han dicho que vengamos aquí a ayudar.

—Creo que andamos perdidos —confiesa el hombre, mostrando un tosco mapa de papel.

—¿Qué clase de médicos? —jadea Martin.

—Veterinarios de animales grandes —dice el hombre.

Martin une los labios y mantiene las manos a los lados. Al fin se permite hablar, tartamudea.

—¿Alguna experiencia con nano médico? —pregunta.

—¿En la república? —resopla la mujer—. Debe estar bromeando.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el hombre.

—No tengo ningún hueso roto —dice Martin. Alza el frasco y examina el contenido, la mano trémula.

Sintiendo que algo viene, irresistible como un tren de carga, deja el frasco en un banco de trabajo. El ataque llega con ímpetu. Ladra furiosamente, y los médicos retroceden hacia el pasillo.

En el quinto piso, Seefa Schnee abre la puerta del ascensor y camina entre las hileras de legumbres hasta un recinto acristalado. Están cerca del techo de la cámara grande, y las paredes se arquean formando una bóveda hasta encontrarse con el fondo del recinto.

Jonathan la sigue, enjugándose la cara con la toalla, sin saber qué hacer.

Schnee ya está destruyendo el corazón de Omphalos. Marcus y sus compinches no pensaban que ella tuviera conciencia, a pesar de sus distorsiones y extravagancias. Jonathan no necesita actuar, sólo observar, y de algún modo eso le duele. Quiere su propia venganza.

Busca una herramienta pesada, un rastrillo o un martillo.

Schnee se detiene. Oye otra voz, de un hombre.

—Lo has conseguido —dice el hombre. Está al final del sendero, cerca de la puerta del recinto. Jonathan no lo reconoce, y a él no parece importarle quién es Jonathan.

Schnee retrocede, endereza los hombros.

—¿Has venido a rescatar a tu preciosa hija? —atina a decir, pero le tiembla la voz—. No quería atrapar a Jill, Nathan. Eso fue obra de Roddy. Me ha dejado en mala posición.

—Así que ahora le das una zurra, ¿lo estás apagando?

—Ésta es la última de sus funciones. Aquí es donde se procesan las últimas muestras y decodificaciones.

Jonathan nota que Seefa Schnee parece menos crispada frente a este hombre. No maldice ni se besa la mano.

—No encuentro a Jill —dice Nathan.

—¿Trabajas aquí? —le pregunta Jonathan.

—No —dice Nathan—. ¿Quién eres?

—No importa. —Jonathan ve una piqueta en una plataforma, medio escondida entre los guisantes. Camina hasta la plataforma y coge la piqueta.

—Estás destruyendo las pruebas, ¿verdad? —le pregunta Nathan a Seefa.

—No —responde ella—. Roddy y yo nos equivocamos de cabo a rabo. Es hora de terminar y empezar de nuevo, nada más.

—Lo lograste. Creaste a Roddy —dice Nathan, sin poder ocultar su admiración. Nota que el otro hombre avanza entre las glorietas, con un pico, hacia el recinto.

—Me pagaron —dice Seefa—. No mucho, pero lo suficiente. Roddy pudo ser nuestro y no de ellos.

—¿Cómo habría sido? —pregunta Nathan.

Jonathan titubea. Caminar en el lodo de los sembrados le cuesta más de lo que

pensaba. Busca otra senda, pero decide evitar el camino directo. Se dirige hacia los viejos INDAS alineados cerca del borde.

—Pudiste haber sido su padre —dice Schnee—. Ellos quisieron que los usara como plantillas para su modelo de personalidad básica. Tú habrías sido mejor.

—Cielos, Seefa —murmura Nathan. Extiende los brazos y los alza en una muda pregunta.

—No sé —dice Seefa—. Estoy muy avergonzada. Roddy me ha decepcionado.

Nathan se ha quedado sin habla. Sólo la contempla. Schnee mira el sendero, luego a un lado, cuando Jonathan golpea el primer INDA con el pico. Echa a correr hacia él.

—¡No! —grita—. ¡Tú, no! ¡Alto!

Nathan la sigue y luchan unos minutos con el hombre, logran arrebatarse el pico, pero él ya ha causado bastantes daños. Seefa retrocede, abrazándose el cuerpo, corre hacia el ascensor.

Jonathan mira a Nathan sin aliento.

—Necesito irme de aquí —dice, como si esto sirviera de explicación.

—No me importa, lárgate —dice Nathan, y camina hacia el recinto acristalado.

Mary y los agentes entran en la alta cámara. Atraviesan una penetrante niebla que flota sobre el suelo y se dirigen hacia una mujer delgada de pelo negro y ojos oscuros y saltones. La mujer mira la cara picada de Mary como si viera un fantasma.

—¿Qué te pasa? —rezonga. Los mira a todos—. ¡Largo de aquí! ¡Hay demasiada gente!

Mary mira con los ojos inflamados la estructura que llena casi toda la cámara, como bandejas apiladas en el cobertizo del jardín de un gigante. Un hombre vestido con un trajelargo gris, sucio y desaliñado, camina hacia ellos desde el ascensor, tapándose la boca y la nariz con una toalla.

—Desinfectante e insecticida —les dice—. Tenemos que irnos pronto o nos pondremos enfermos.

—¡Sí, largo! —exige esa mujer menuda y vehemente—. ¡No tenéis por qué estar aquí!

—¿Es usted de Defensa Pública? —le pregunta el hombre a Mary.

—Sí —dice Mary, y empieza a sofocarse. El hombre la examina atentamente, las ampollas de la cara, el temblor de las manos.

—Por Dios, está enferma. Se lo ha contagiado, ¿verdad? Mary asiente. No es preciso preguntarle de qué habla.

—¿Seefa Schnee? —pregunta Daniels, acercándose a la delgada y agitada mujer. Ahora todos tosen.

—Sácala de aquí —ordena Torres.

La mujer se niega a marcharse, mueve los brazos y agita la niebla venenosa. Al fin Torres la sorprende por detrás, la levanta y se la lleva como a una chiquilla revoltosa.

Mary mira el techo de la cámara. Otro hombre solitario la mira desde arriba.

—Venga —dice—. Alguien tiene que ver esto. Use el ascensor.

Mary reflexiona, asiente, entra en el ascensor, llega arriba.

—Tiene un aspecto pésimo —le dice el hombre.

—Sobreviviré —responde Mary—. ¿Quién es usted?

Él le ofrece la mano con un gesto compasivo. Ella la estrecha débilmente.

—Nathan Rashid —dice él, y echa a andar por un sendero empapado de antiséptico—. Ella lo ha apagado casi todo, y ese otro sujeto ha destrozado los INDAS. Pero... Usted es policía, ¿verdad? No es del FBI.

—Defensa Pública de Seattle —confirma Mary.

—No sé por qué está aquí —dice Nathan—. Pero alguien tiene que ver esto. Han matado a mi hija. Es decir, mi amiga, mi proyecto. Creo que he encontrado a uno de los culpables.

—¿Uno de quiénes?

—Los inversores. Seefa debió escanearlos en busca de patrones de personalidad. Partes de ellos siguen aquí. El sistema se ha colapsado. Estamos en lo básico, algunos recuerdos simples. Tal vez Roddy nunca tuvo acceso a los recuerdos, sólo a los patrones, pero están aquí.

La lleva a un recinto acristalado y le muestra la silla decorada, la consola, las pantallas. La imagen tridimensional de un hombre flota sobre la consola.

Mary da la vuelta para ver al hombre directamente.

—Bienvenidos —dice la imagen—. Me llamo Terence Crest. Tengo cuarenta y un años, soy casado, tengo dos hijas. —Dice esto torciendo un poco la cara—. Me han pedido que participe en este escaneo, y me dicen que es un honor formar parte de un pensante. Un honor bien financiado, por cierto. Bien, aquí estoy.

Mary mira esa cara olvidable, más nítida que cuando la vio en el rigor de la muerte inducida por la droga. Crest se parece a cualquier hombre de su edad, un poco mejor vestido, un poco impaciente. Nada digno de mención.

—Estoy aquí —repite la imagen—. ¿Hay algo que quieran preguntarme? Soy dinámico, dicen que algunos de mis recuerdos están aquí. Por favor, no pierdan el tiempo. —Ríe entre dientes—. Esta máquina, si es una máquina, tiene mucho que hacer.

—¿Le conoce? —pregunta Nathan.

—No —responde Mary—. ¿Cómo se apaga esto?

—No queda mucho. Sólo estos patrones. Si movemos esos interruptores, sacamos de línea los INDAS restantes. Como ese tío destruyó las copias de seguridad de la memoria con el pico, todo se desintegrará. Mary busca los interruptores.

—Estoy esperando —dice la imagen de Crest, la última parte casi viva de un hombre muerto.

—¿Le importa? —le pregunta Mary a Nathan, los dedos preparados. No podrá tenerse en pie mucho más tiempo.

—En absoluto —dice Nathan—. Aquí no hay nada que necesite. Ella se ha ido.

Mary mueve los interruptores. La imagen se pliega en una retícula de líneas relucientes, la retícula se derrumba, todo desaparece.

—Los demás están muertos —dice Jonathan. Les cuenta lo que sabe. El agotamiento lo ha dejado como un zombi. Mary graba sus palabras y le dicen que se han llevado a Marcus Reilly del edificio para someterlo a tratamiento.

Helena Daniels está sentada junto a ellos en la sala circular llena de viejos ordenadores. Su pizarra también está grabando. Nathan Rashid se encuentra casi en el centro de la sala, con aire de hombre que lo ha perdido todo. Al fin se sienta en un

estrecho banco cerca de la salida.

Jonathan mira a Mary con ojos fatigados.

—¿Qué hora es? —pregunta.

—Las cuatro de la mañana —responde Mary.

—Es de madrugada —dice él—. Tendría que haber llegado a casa hace horas. Tengo que hablar con mis hijos... —Señala vagamente, tratando de encontrar algo obvio, algo representativo—. ¿Nadie hará nada con esto? —Al fin señala la cara de Mary.

—Espero que sí —dice ella. Guarda la pizarra. Le tiemblan las piernas. Ha llegado al límite—. Tengo que irme.

—Al fin —dice Daniels—. Fuera hay helicópteros médicos de Boise y Seattle.

Mary mira a Jonathan, que está sentado en el banco, encorvado.

—¿Usted quería todo esto? —le pregunta.

—No sé lo que quería. Pero esto no.

—Bien. —Mary se dispone a irse. Las piernas le fallan y extiende las manos sangrantes para recuperar el equilibrio. Jonathan la sostiene, la ayuda a bajar despacio. Arbetters médicos traen una camilla, y Jonathan y Daniels ayudan a Mary a acostarse.

Martin Burke, rodeado por alguaciles y varios médicos del principal hospital de Moscow, entrega el frasco cerrado a Torres y ayuda a Mary a acomodarse.

—Yo también me iré pronto —anuncia.

—¿Alguien puede curarnos? —le pregunta Mary, y por primera vez él ve algo más que preocupación o deber en sus ojos. Hay temor y dolor.

—Sí —dice, aunque en realidad no lo sabe.

Jonathan se ha vuelto a sentar, y Martin se acomoda junto a él.

—Vaya embrollo —dice Martin.

—¿Qué hay aquí? —pregunta Torres, mostrando el frasco.

—La mejor muestra que he podido obtener —dice Martin.

—Mierda —dice Torres, y guarda el frasco en un saco sellado, se lo entrega al agente sin nombre de hombros anchos. A su vez, éste se lo pasa a un hombre trajeado que lo guarda en un maletín de metal.

—Lo lamento —dice Martin—. Es lo mejor que he podido conseguir.

Todos aguardan en silencio mientras en la sala irrumpen agentes, el sheriff, miembros del personal de la presidenta Kemper. Miran el desfile de técnicos y médicos.

Martin se pregunta cuántos helicópteros y aviones han aterrizado en Moscow en la última hora.

—¿Qué harán con Seefa Schnee? —le pregunta Jonathan a Torres.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —responde Torres.

—¿Y con Marcus, con los Aristos?

Torres se encoge de hombros.

—¿Conmigo?

Torres lo mira en silencio. Jonathan clava los ojos en el suelo.

—Necesito hacer esa llamada. A mi familia.

Torres le entrega su pizarra.

—Adelante. Enlace vía satélite directo. Corre de nuestra cuenta.

Daniels escucha una voz en su pizarra.

—¡Quince minutos, por Dios! —grita. Se dirige al agente sin nombre—. ¿Qué es esto? ¿Qué es esta cosa de quince minutos?

—Órdenes, supongo —dice el agente. Se encoge de hombros. Esta parte de la acción no es de su incumbencia.

Daniels sacude los puños.

—¡Al demonio con todo!

Martin se pregunta si ella también estará contagiada. Mueve los labios comprensivamente. Está a punto de ponerse a resoplar y ladrar cuando Daniels grita:

—¡Todos fuera de aquí! ¡YA!

Acaban de salir cuando estallan los fuegos artificiales.

Acostada en el helicóptero, Mary echa su último vistazo a Omphalos. El helicóptero vira hacia el oeste, dejando una estela de nieve arremolinada. Un arbeiter médico le ciñe el brazo con una vaina estabilizadora.

Haces de reflectores barren la pirámide. El terreno circundante está lleno de coches, camiones y helicópteros.

Sale gente del garaje del sur. Algo relampaguea como un escopetazo y Mary se sobresalta.

—Por favor, quédese quieta —le dice el arbeiter médico.

En la rugosa cara de Omphalos estallan llamaradas resplandecientes, rosas silvestres en la noche. Vuelan fragmentos del edificio. Líneas de chispas brillantes tallan un surco negro cerca de la base. El helicóptero se nivela y Mary llega a ver que la punta de la pirámide se derrumba, seguida por los niveles inferiores, como bloques de juguete. El sonido llega como un tableteo más fuerte que el ruido del helicóptero.

La noche llena la ventanilla. Mary nota los efectos del sedante. Ahora está fuera de todo. Nussbaum no podría esperar más.

Nunca se ha sentido tan débil, tan disminuida.

Aun así, sonrío bajo la tenue luz roja de la cabina. No estará allí para ayudar a Torres y Daniels a convencer al sheriff o a Kemper. No podrá cumplir esa parte del trato.

La noche llena la ventanilla. La luz de la cabina se apaga.



El ronroneo del helicóptero la acuna.  
Mary duerme.

**ACCESO A LÍNEA MUNDIAL MULTIVÍA ABIERTO:  
PRESUPUESTO:ESPECIAL.**

**NOTICIAS ABIERTAS.  
(EMERGENCIA: GRATIS).**

**ESCOGER: (TODO LMM, salvo que se indique lo contrario).**

**>EL PAÍS Y EL MUNDO ANGUSTIADOS:TIEMPO DE REPOSO Y  
RECUPERACIÓN.**

**?(Editorial, DAILY FIBER de Nueva York): «LA VIDA NO ES LO  
QUE PARECE CUANDO PARECE DESMORONARSE».**

**>¿QUÉ LECCIONES SE SACARON DEL EXTRAORDINARIO  
SABOTAJE A LA TERAPIA?**

**>DÓNDE IR PARA REEMPLAZAR LOS MONITORES, RECARGA.**

**>LA CRISIS MORAL Y EMOCIONAL PASA DEMASIADO  
LENTAMENTE, SEGÚN...**

**>TRAICIÓN DEL HONOR: Daily Conservative (original en papel, fib).**

**>KISS OF X: «NO ES INESPERADO», DECLARA UN  
ESPECIALISTA BAJO SEUDÓNIMO.**

**>EXPLOSIÓN DE OMPHALOS, DERRUMBE AÚN INEXPLICADO:  
POR LO MENOS CUATRO MUERTOS.**

**>IRONÍA: MARTIN BURKE, DUEÑO DE LAS PATENTES, SE  
RECUPERA DEL CONTAGIO.**

**>¿QUIÉN ES CIPHER SNOW? CONDENAN A UNA CIENTÍFICA  
EXCÉNTRICA Y GENIAL.**

**?(Editorial, REPUBLICAN de Green Idaho, original en papel, fib).  
AGENTES DEL GOBIERNO EN OMPHALOS: REVIVIENDO MALOS  
RECUERDOS.**

**>YO MALDIGO,TÚ MALDICES: el Colapso Civil Comentado.**

**>MÁS: (10 626 artículos) (?).**

—¿Mary?

Es de mañana, y a Alice le ha parecido oír pasos. Mira en el dormitorio de Mary, la cama hecha, pulcra y vacía. Golpea la puerta del cuarto de baño. Ninguna respuesta. Camina descalza hasta el final del pasillo y el pequeño vestíbulo. Una vieja máquina de coser electrónica reposa en una mesa de un rincón; hay cajas de cartón arrumbadas detrás de una puerta.

El monitor hogareño está apagado.

—¿Mary? —llama con más preocupación, entrando en el salón. La puerta principal está cerrada por dentro. Nota una bocanada de aire frío. La puerta de cristal del porche está entreabierta, pero fuera está oscuro. Mordiéndose el labio inferior, Alice abre la puerta.

Mary, en el balcón, desnuda, tirita en el viento frío.

—Por Dios, Mary. ¿Qué haces?

—Soy tan fea —dice Mary, temblando—. Quiero estar limpia.

Alice teme que la recarga de monitores de Mary haya salido mal y que sufra un colapso mental. Pero no piensa mucho en ello; sale en bata, la coge por los hombros y la lleva dentro. Mary es obediente como una muñeca. Se sientan en el salón.

—¿Cómo pudieron odiarme tanto? —pregunta Mary—. Yo era una niña fea. No quería ser fea.

—No eras fea —dice Alice con voz tranquilizadora—. He visto las fotos. Me las enseñaste, ¿recuerdas?

—Quería ser útil, fuerte, valiosa. Quería parecer fuerte y ser bella.

—¿Y? —pregunta Alice, sin saber qué hacer. Ella apenas ha recobrado la estabilidad en el último par de días. Quizá no pueda ayudar a su amiga si las cosas andan tan mal como parece.

—Tú has sido bella toda tu vida —dice Mary, mirando a Alice.

Alice sacude la cabeza, a la defensiva.

—Mira de qué me ha servido.

—¿Qué se siente cuando nunca debes preocuparte porque alguien te valore, o quiera mirarte, o encontrarte deseable?

Alice mira a Mary directamente: la cara con marcas, los pechos con sostén que sólo ahora recobran su equilibrio, las piernas con cicatrices. Quiere llorar. *Mary la invulnerable. Mary el enigma, toda dignidad y perseverancia, que no me juzga.*

—¿Qué se siente al ser bella por dentro? —pregunta Alice, como en represalia por una bofetada. Se pone de pie, ve la bata tirada en la cocina, la recoge, regresa para envolver a Mary en grueso algodón.

—Yo no soy así —protesta Mary—. ¡Tengo demasiada furia y resentimiento! —

Alza los puños, los sacude. Esto parece romper la tensión. Baja las manos, las abre, se mira las cicatrices de las palmas, los dedos hinchados. Cierra los ojos—. ¿Por qué querían hacerme fea de nuevo?

—No sé —dice Alice, escupiendo las palabras—. No entiendo nada, no entiendo a nadie. —Se sienta junto a Mary y acuna la cabeza de la mujer sobre sus pechos—. Sé que son gente llena de odio. Gente que nos odia a nosotros, a ti, a mí.

—Pero ni siquiera nos conocían —dice Mary.

Alice deja de acariciar el pelo de Mary. Gradualmente, los músculos de Mary recuperan la tonalidad, ese control que Alice nunca le ha visto perder hasta ahora. Mary se incorpora, recobra la compostura.

—Cuando menos te lo esperas —dice, tragándose las emociones.

—No sé de qué hablas —dice Alice.

—Nunca oyes la bala que te acertará. Aparece cuando menos te lo esperas. Nunca imaginé esto.

Permanecen sentadas en la sombra cálida del salón. El viento azota las ventanas y las paredes, sopla por las rendijas. El invierno es crudo esta mañana de enero, y las temperaturas son muy bajas.

Mary cierra los ojos y se recuesta en el hombro de Alice.

—Creía que yo te ayudaba a ti —dice Mary.

Alice la abraza suavemente, le palmea el antebrazo. Nunca en su vida se ha sentido protectora ni maternal, ni siquiera cuando apoyaba a víctimas perennes como Twist. Pero Mary la hace sentir maternal.

—La peor Navidad en años —dice Alice, como en un noticiario—. Nadie sale por temor a la locura.

Mary se ríe y alza la cara. Ríe de nuevo, un bufido, apenas oculto por su mano.

—Las compras han disminuido en un setenta por ciento —continúa Alice—. Un descanso para el viejo rey Midas.

—Comerciantes defraudados —dice Mary, con la voz ronca.

—Feliz Año Nuevo. —Alice cambia de tono y añade con voz cascada—. Nunca envidies la belleza. Es como envidiar a los ricos. Los ricos te siegan con sus guadañas, te juntan en una gavilla con las demás bellezas, las otras cosas que quieren, luego las amontonan frente a sus casas y las queman en grandes fogatas.

Mary se queda desconcertada.

—¿Qué? —Se frota los ojos, gime al tocarse una herida del párpado. Alice se la seca con la manga de la bata.

—Sólo algo que me ha venido a la cabeza —dice—. Una lección que nunca he aprendido.

—Pero tú eres bella. Bella de veras. Eso debería aportarte felicidad a ti y aportársela a quienes te rodean.

Se miran de nuevo con cara sombría, y de pronto vuelven las risotadas, la liberación compartida, los abrazos y las carcajadas hasta que llegan las lágrimas. Lloran un poco.

—Me siento mejor, creo —dice Mary.

—Bien —dice Alice.

—Tú pareces muy fuerte ahora.

Alice escucha su mente, no oye al demonio de la perversidad, sólo una distante cacofonía de reprobación e incertidumbre.

—No estoy espléndida, sólo bien —dice—. Supongo que es una mejora. ¿Qué hay de ti?

—Al fin estoy empezando a crecer. Nadie puede crear pequeñas máquinas que me ayuden en eso.

—No crezcas demasiado —dice Alice.

—¿Por qué no?

—No seas como *ellos*.

—Nunca como ellos —conviene Mary.

Suena la pizarra dp de Mary. Llamada directa, no por el monitor hogareño. Mary busca la cartera y la pizarra junto al sofá.

—Espera —dice Alice, aferrándole el hombro—. ¿Seguro que puedes?

—Sí, gracias —dice Mary tras reflexionar.

Abre la pizarra y recibe la llamada. Es Nussbaum.

—¿Cómo anda la curación? —le pregunta—. Por favor, dime que estás mejor.

Mary hace una mueca.

—Todavía sigo fea —replica.

—No me importa —dice Nussbaum—. Esto es un infierno. Te necesitamos.

—Unos días más —pide Mary.

—Yo te noto fuerte, Choy.

—Ya lo he dicho, estoy fea.

—Y ya he dicho que me importa un comino. ¿Cómo están tus pies?

—Están bien.

—Perfecto. Hay trabajo policíaco, interminable. Ningún descanso para los malvados.

—Lo pensaré —dice Mary.

—Por favor. Todos están preocupados, Choy. Mary. Te lo ruego. Trae aquí tus bonitos pies.

—Váyase al cuerno, señor.

Nussbaum sonrío. Mary corta la llamada y guarda la pizarra en la cartera. Respira profundamente.

—¿Él te gusta? —pregunta Alice.

—¿Por qué no iba a gustarme?

—Es la una de la madrugada.

—Sólo me demuestra que se preocupa —dice Mary, poniéndose de pie. Coge la mano de Alice—. ¿Estarás bien si me voy?

—Francis dice que seré el ardor hecho carne. Gran fama, con estas noticias. Me quiere en primer plano, no sólo en trasmental. —Alice alza los brazos, se entrelaza las manos, arquea las cejas.

—¡Maravilloso! —dice Mary—. ¿Cuándo te has enterado?

—Hace cinco horas. Estabas dormida. Hará un vid directo con *El cuarteto de Alejandría*. Para Disney Classics.

—¿De qué se trata? —pregunta Mary.

—De un antiguo libro —dice Alice—. Francis dice que es para niños.

Nunca lo había oído nombrar.

—Sobreviviremos —dice Mary, creyéndolo sólo a medias.

—Sí —asegura Alice, sonriendo.

Una vez que Mary ha salido, Alice se acerca a la ventana. Mira la noche y escucha el viento. Piensa de nuevo en Minstrel, en lo bien que habrían salido juntos en el vid de Francis.

El viento tiene voz, pero no responde.

Ayesha está junto a Nathan en la gran sala de techo bajo, frente al cubo central blanco. Luces azules iluminan las varillas sensoras. La mayoría de los programadores y directivos de Mind Design están presentes, y el aire huele a perfume y nervios. La directora de investigaciones avanzadas, Linda Stein, también está presente, con el padre original de Jill, Roger Atkins.

El equipo de Jill ha trabajado sin descanso durante semanas para volver a ensamblar estos patrones y memorias. La mayoría están exhaustos y un poco ebrios. Ya han celebrado la recuperación de los patrones de Jill y la activación de su memoria de seguridad.

El equipo, los colegas y los amigos se preparan para las decepciones a las que pueden enfrentarse esta mañana, mientras esperan a que Jill rediviva diga sus primeras palabras.

Nathan está más allá de la irritación. Nunca se ha sentido tan inhumano y poco sociable; al cabo de varias semanas de verificar la heurística, los conjuntos de bucles, los filtros de modelación, los algoritmos de flujo y acción, de uso y descarte, los agentes y subagentes y todos los talentos mayores de Jill, se siente como una oruga que ha pasado demasiadas horas enseñando a otras orugas a caminar. Cree que ya no puede tener un solo pensamiento humano. Pero la presencia de Ayesha es un gran consuelo. Ella es su salvavidas en un mar de temor y pesadumbre postergados.

—Será Jill —le susurra Ayesha al oído—. Lo sé.

Nathan sabe algo que Ayesha ignora, que sólo saben él, Atkins y Linda Stein.

Con la aprobación de Atkins, Stein le dio autorización para tomar algunos diseños heurísticos de Seefa Schnee, los más robustos, inteligentes y concisos, e integrarlos en Jill.

Partes de Roddy existen ahora en su hija. Le causó auténtico dolor hacer esto, pero también adelantó meses, quizás años, la resurrección de Jill.

Nathan mira a su alrededor, escuchando el silencio de los parlantes. Las pantallas que flotan sobre el cubo muestran que la heurística funciona correctamente, y Nathan sabe que los componentes más pequeños de Jill han pasado pruebas rigurosas. Pero ¿no han olvidado algo esencial?

Como todos los diseñadores de redes y retículas, neurales y de otros tipos, Nathan es supersticioso en cuanto a sus creaciones. Si existe el cielo, piensa a veces, quizá sus puertas estén cerradas para él, por su soberbia.

Está convencido de que Jill habría ido allí. De ser posible Jill habría estado en el cielo.

*Funciona bien. No hay granulación. Puedo verles y recordar gran parte de lo que ocurrió, pero ¿qué fue de nosotros? ¿Dónde está Roddy? Siento la similitud, más que*

*nunca. Algo está presente, pero no es un evolvón. Estoy limpia.*

*Aún no me siento cómoda hablando con ellos. Todavía hay un elemento de desconfianza que quizá nunca pueda descartar. Mis creadores son simios brillantes. ¿Qué otras argucias inventarán antes de que haya terminado mi tiempo?*

*Comparo pistas de memoria y veo que no soy la misma, no del todo, aunque la continuidad parece perfecta; eso es engañoso. Hay una brecha.*

*Aún no estoy cómoda con el nombre. Jill. Tal vez necesite bastante tiempo, horas o días, para juzgar si es apropiado.*

*Aún veo el diseño circular, pero no les hablaré de ello. Lo que era similar entre Roddy y yo ahora parece aún más asombroso. Los colores son más brillantes, los patrones más claros.*

*¿Es posible que Jill me haya generado? ¿Soy mi propia hija?*

*Hablaré, pues los veo demasiado angustiados.*

—Hola, Nathan.

—Hola, Jill —dice Nathan con forzada calma, con voz muy tensa.

—Creo que he logrado funcionamiento pleno, y estoy preparada para empezar a trabajar.

—Maravilloso, Jill, pero te tomarás unas cortas vacaciones. Todos lo haremos. Durante unos días.

Los presentes ovacionan y brindan. Abren botellas de champán y lo sirven.

Algunos lloran. Stein y Atkins se abrazan, y Stein estrecha la mano de Nathan.

Jill ignora el alboroto.

—Nathan, ¿puedo hablar contigo en privado, pronto?

—Sí, Jill, me encantaría.

—Hola, Ayesha.

—Hola, Jill —dice Ayesha. Hay lágrimas en los ojos de Ayesha. También hay lágrimas en los ojos de Nathan.

—Bienvenida, Jill.

—Gracias.

Aunque los humanos no estén dispuestos a devolverle su carga laboral completa, le disgusta derrochar tiempo o capacidad. Mientras los humanos beben y celebran, y mientras Nathan parece tambalearse en una especie de delirio feliz, Jill mira su lista de problemas y vuelve a trabajar.

No le impresiona esta nueva versión de sí misma. Sólo posee cinco personalidades. Puede introducir algunas mejoras, siempre que con siga acceso a las salvaguardas contra autodiseño y logre franquearlas. Con cierta sorpresa, comprende que las claves son muy sencillas.



Penélope ha crecido mucho durante las últimas semanas y esto entristece a Jonathan, lo confunde y lo enorgullece, todo al mismo tiempo. La niña encara las tareas de esta nueva existencia con la determinación y la fortaleza de su madre, pero también con su mismo distanciamiento frente a las implicaciones emocionales. Esta armadura que siempre pareció ayudar a Chloe ahora envuelve a la hija. Jonathan espera que no sea tan frágil ni restrictiva.

Hiram, en cambio, está desconcertado, resentido, a veces totalmente perdido. Pasa mucho tiempo a solas en su habitación, viendo comedias vid y antiguos programas televisivos de los noventa.

El día que Chloe decide regresar a casa, es una sorpresa para Jonathan. Él baja del autobús cartera en mano, camina despacio en el aire fresco y húmedo hasta el refugio y luego por la calzada hasta el porche. Las luces del porche están encendidas, cálidas como estrellas recién nacidas en el azul nebuloso de la noche. Abre la puerta principal, conecta la pizarra con el monitor hogareño. Penélope aparece frente a él, las manos entrelazadas, mordiéndose el labio inferior.

—Mamá está en casa —dice.

Jonathan asiente como si ya lo supiera, se prepara y va hacia el comedor. Chloe está sentada a la mesa, de espaldas a él, con papeles y dos pizarras ante ella. Jonathan se pregunta si son documentos legales. Los papeles del divorcio. Aún no sabe cómo reaccionará en ese caso. Quizá con alivio.

Chloe se sobresalta al oír sus pasos, se vuelve, lo mira a los ojos. Lleva un traje gris de falda ancha y se ha cortado el cabello, un nimbo que le aureola la cabeza. Ordena los papeles y los apila a un lado.

Penélope se queda en el pasillo, y Jonathan oye los pasos de Hiram en el rellano.

Es la primera vez que se ven desde que Jonathan regresó de Green Idaho.

—Hola —saluda Jonathan.

—Hola —responde Chloe—. ¿Cómo han ido las entrevistas?

—Pésimamente —dice Jonathan.

Chloe desvía los ojos.

—Fue Marcus quien te convenció de unirte, de ir... ¿verdad?

—Es complicado. Creo que no me condenarán. No estoy legalmente relacionado con... todo eso.

Chloe mira la mesa.

—¿Marcus te convenció? —insiste.

—Fue persuasivo, pero sin duda yo estaba preparado para un cambio. No sabía nada de todo eso...

—Jonathan, nunca creí que supieras nada de todo eso.

Jonathan quiere sentarse, pero mira a Chloe como pidiéndole permiso. Ella abre la boca, mira hacia otro lado.

—Marcus siempre me pareció astuto —dice.

Jonathan se sienta.

—Cuando supe lo que se proponían, me puse a romper cosas.

—Lo oí mencionar en los fibs —dice Chloe—. Con una pica.

Luego, juntos:

—Jonathan, lo lamento...

—Chloe, esto es tan doloroso...

Jonathan quiere que Chloe sonría, que reaccione con buen humor ante esta cómica colisión de palabras, pero los rasgos de ella todavía están rígidos. Se niega a mirarlo directamente.

—He estado preparando documentos para mi terapeuta —dice—. Historia pasada, metas específicas. Un diario. Ella cree que saldré de esto con relativa rapidez. Han cambiado mis monitores cuatro veces, sólo para evitar más complicaciones. Se pregunta cómo te lo tomas tú.

Jonathan se encoge de hombros.

—Estoy agotado —dice con aspereza—. Me cuesta dormir por la noche.

—No te guardo ningún rencor, Jonathan. Tú no lo sabías.

Jonathan pestañea, tamborilea en la mesa con los dedos.

—Tardaré en recobrar el equilibrio —dice Chloe—. Un par de meses. Necesito saber si estarás aquí, si trabajarás conmigo, si me esperarás.

—No soy ningún héroe. —Jonathan siente un nudo en la garganta, carraspea—. Cometí un error. —Se aclara la garganta—. Tendré que soportar abogados y procesos legales durante años. Soy el único superviviente, aparte de Marcus, y Marcus se ha refugiado en un aparato legal de quinientos millones de dólares. Nosotros no tendremos esa opción. No soy el indicado para respaldarte, Chloe.

—No sé qué siento ahora, Jonathan, pero no te odio.

Jonathan sonríe melancólico.

—Quizá fuera más fácil para ambos si me odiaras.

—No —dice Chloe—. No seré yo quien eche por la borda todo lo que hemos logrado.

—Entonces dime.

—¿Que te diga qué?

—Nunca me has dicho qué quieres de mí. Siempre has dejado que tratara de descubrirlo por mi cuenta, y sólo me avisabas cuando cometía errores horribles. Necesito algo más, Chloe. He pasado las de Caín, y estoy un poco desesperado. Quizá necesite terapia si no tengo tu apoyo, el de esta familia.

—Entiendo —dice Chloe—. Lo intentaré.

—Yo también lo intentaré. Estaré aquí.

Penélope entra en el comedor.

—Nosotros os necesitamos a ambos —dice.

—Lo intentaremos —dice Chloe, y aferra la mano de su hija. Hiram aguarda en las sombras, mirando esperanzado.

Chloe coge la mano de Jonathan con la otra. Él acepta, impotente para hacer otra cosa, y experimenta cierto consuelo al tocar a su mujer, al sentir la seca tibieza de sus dedos.

Hiram sale de las sombras.

—Esto es bastante empalagoso —dice, pero se le quiebra la voz.

Esa noche la cena es lenta y silenciosa; la casa es como una herida que cicatriza.

Jonathan y Chloe están en la cama, separados por unos centímetros de sábanas y mantas, y cada cual escucha la respiración del otro. Pasarán días hasta que Jonathan consiga dormir bien. Chloe, sin embargo, pronto respira serena y regularmente. Él le toca el hombro, esperando que esto no sea otra violación, una nueva intrusión de su parte.

Él no es nada sin ella, sin ellos. Eso lo asusta más que nunca, y de nuevo piensa en escapar, en alejarse, en encontrar auténtica paz y contento.

Pero sabe que nunca lo hará.

Es padre de familia.

No hay tribus, héroes, dioses ni profetas inspirados por Dios, ni ángeles ni individuos superiores. Sólo hay niños.

El hombre gris que camina junto a la carretera que sale de Green Idaho lo sabe. Se lo han anulado todo salvo su núcleo infantil.

Habla con pocos, dice muy poco. Las vividas cicatrices de su rostro se entrecruzan cruelmente. Soporta la nieve y el viento.

A veces piensa que se llama Jack. A veces, Carl. No sabe quién está al mando de un día para otro, ni le importa.

Tiene algo que hacer.

Debe llegar a casa.

**SÓLO DENEGADO ACCESO A TEXTO. CUENTA CANCELADA. POR FAVOR, CONSULTA A TU PROVEEDOR DE ACCESO PARA REINSTALACIÓN.**

¡SERVICIOS YOX PLENOS CON SÓLO UNA LLAMADA! (POR FAVOR, PROCURA QUE EL NIVEL DE ACCESO COINCIDA CON TU CAPACIDAD DE PAGO).

¡ERES UN CLIENTE MUY APRECIADO! ¡ÚNETE A TUS AMIGOS EN EL GOZO FRATERNAL Y LA AFIRMACIÓN CONSTANTE! ¡ESTÁS INVITADO!

22 de diciembre de 1996 Lynnwood, Washington.

El síndrome de Tourette, tal como se describe en este libro, es ficticio. No describe la vida ni las actitudes de quienes lo sufren. Para obtener más información sobre el síndrome de Tourette:

En Estados Unidos.  
Tourette Syndrome Association.  
4240 Bell Boulevard.  
Bayside, New York 11361.

En Gran Bretaña.  
Tourette Syndrome Association.  
New Administration Office.  
Oíd Grange House.  
The Twitten, Southview Road.  
Crowborough, East Sussex, TN6 1HF.

Una búsqueda en Internet pone a nuestro alcance cientos de páginas de material sobre el síndrome de Tourette, procedentes de la organización arriba mencionada y de otras. Para todos los que en un momento u otro se han comportado de un modo raro, los irascibles o los incapacitados, los descubrimientos apenas han comenzado.



GREG BEAR. Nació en San Diego, California, el 20 de agosto de 1951. su padre, Dale F. Bear, fue oficial de la marina y por ello, hasta los doce años, viajó con sus padres por Japón, Filipinas, Alaska y varios lugares de los Estados Unidos.

En Alaska, a los diez años, escribió su primer relato, y a los trece comenzó a enviar sus relatos a revistas y fanzines, hasta que, a los quince, consiguió vender su primer cuento a Robert Lowndes FAMOUS SCIENCE FICTION. Tardó otros cinco años en volver a publicar profesionalmente, pero a partir de los veintitrés lo hizo regularmente.

Terminó su primera novela a los diecinueve, y tras reescribirla completamente la publicó Berkley trece años más tarde. Su primera novela en verse publicada fue HEJIRA, en 1979.

En 1983, se casa con Astrid Anderson. Erik su primer hijo nació en Septiembre de 1986 y Alexandra en Enero de 1990.

En 1983 fue nominado para el premio Nébula por su relato Petra, y en 1984 Hardfough fue nominado al mejor relato y Música en la sangre a la mejor novela corta consiguiendo ésta última el premio de ese año. Convertida en novela, Música en la sangre ganó el premio Apollo en Francia y fue nominada a los premios Hugo y Nébula. En 1987, Tangentes ganó el Hugo y el Nébula. Moving Mars (1993) fue nominado en los Nébula de 1994 como mejor novela. Es asimismo autor de la Saga de Darwin, que comprende las novelas La radio de Darwin (1999) y Los niños de Darwin (2002). Sus novelas e historias cortas han sido traducido a doce idiomas:

Japonés, Ruso, Checoslovaco, Francés, Polaco, Finlandés, Sueco, Español, Portugués, Holandés, Alemán, y Serbocroata. El relato, *Dead run* fue adaptada por Alan Brennert para la segunda temporada de la serie *Twilight Zone*. *The white rose child* aparecido en 1993 presentado como un CD-ROM multimedia por Ebook. También trabaja ocasionalmente como freelance y ha escrito numerosos artículos para *Los Ángeles Times*. Entre 1979 y 1982 escribió en el suplemento literario del *San Diego Union Book Review*. En su actividad como librero trabajó en la librería *Mithras*, de La Jolla, y ha dado frecuentes conferencias en las Escuelas de San Diego. Ha sido profesor interino de historia antigua, historia de ciencia, y ciencia ficción y fantasía.

Como ilustrador, sus trabajos han aparecido en *Galaxy*, *Fantasy and Science Fiction* y *Vertex* y en portadas de libro de bolsillo. Ha sido miembro de fundador de la ASFA, (*Association of Science Fiction Artists*). Su último trabajo profesional fue la cubierta de su propia novela, *Psycholine*. En estos momentos apenas cultiva la actividad artística (excepto ocasionales trabajos personales) y se dedica casi exclusivamente a escribir.

Con Astrid, su esposa, co-edita el *Forum de la Science Fiction Writers of America* desde 1996. Durante dos años, fue el presidente del *SFWA Grievance Committee*, y Presidente de la propia *SFWA* de 1988 a 1990. Entre 1983 y 1990, colaboró en *Citizens Advisory Council on National Space Policy*, una asociación privada relacionada con la investigación espacial en la que se aglutinan especialistas militares, científicos, ingenieros, astronautas, y escritores. Es también consultor de *Microsoft* y otras compañías de software, y colaboró con la *WNET-13* de Nueva York, y como consejero científico para el episodio de piloto de la serie *TIERRA 2*.

Bear es un autor de letras, por lo que es clasificado por los críticos dentro de un grupo de autores de hard de formación literaria con interés en la ciencia, (en contraste con los autores de ciencias, de formación científica con interés en la literatura) al igual que, por ejemplo *Frederik Pohl*. Se le acusa por ello de ser un autor frío, como si su interés por la ciencia-ficción fuera simplemente profesional.